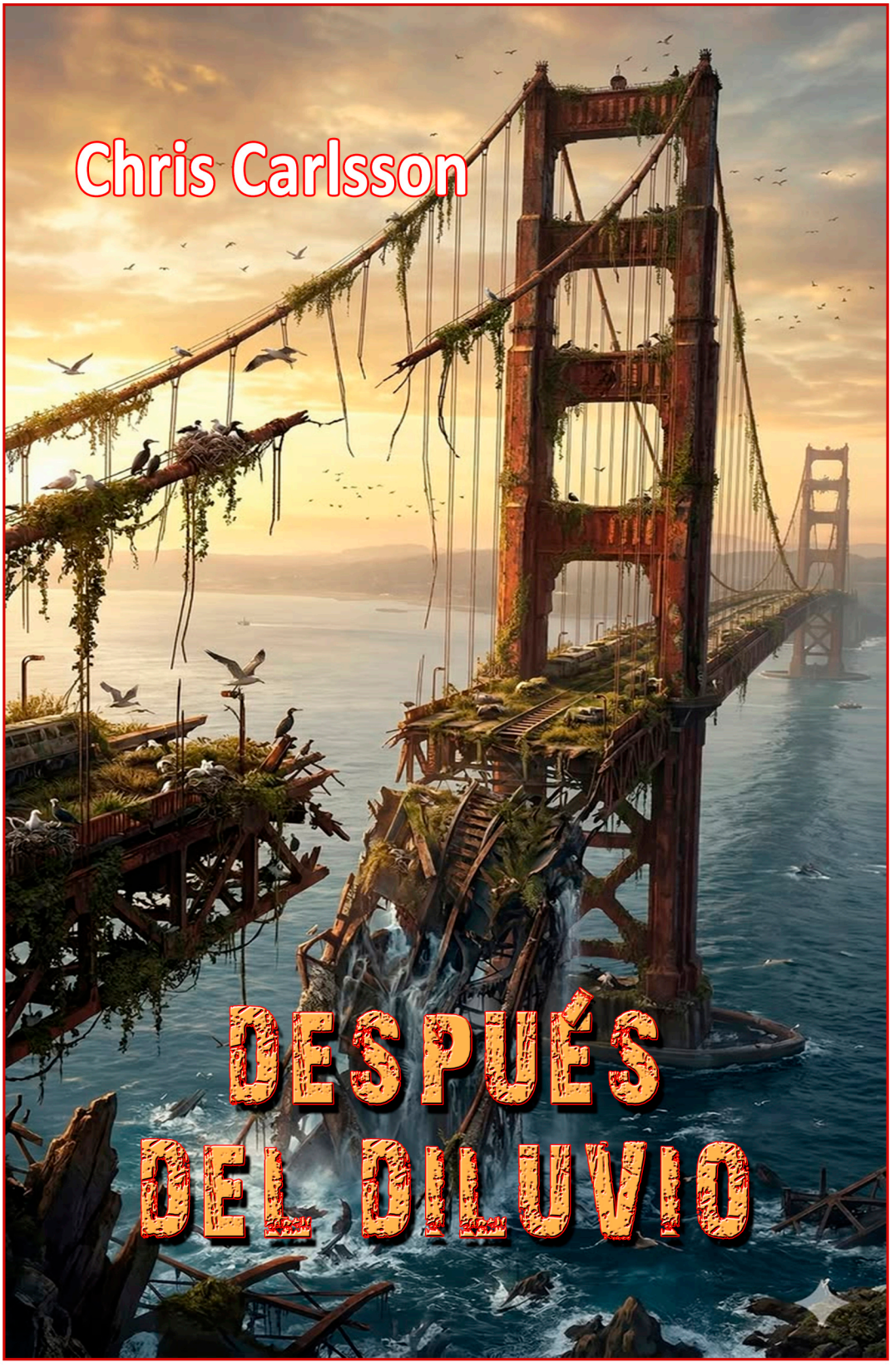

Chris Carlsson
DESPUÉS
DEL DILUVIO

Una novela sobre el San Francisco postcapitalista

Un pirómano adolescente amenaza a un San Francisco parcialmente sumergido de mediados del siglo XXII. Mientras un investigador busca pruebas en la ciudad utópica, llena de canales y vías rápidas, estallan conflictos políticos y sociales. Cuando no existe la propiedad, ¿qué es el delito y cómo se protege una sociedad utópica del mal comportamiento? ¿Deberían los científicos tener la misma libertad de creación que los artistas? ¿Qué es un "mercado libre" para el trabajo sin dinero ni mercancías?

> Un viaje provocador y especulativo al Área de la Bahía de San Francisco en 2157… más un mapa del tesoro imaginario que un plano utópico… Este libro podría tener mucho más en común con *la Quinta Cosa Sagrada* de Starhawk si Carlsson no fuera tan preciso y persistentemente alérgico al tipo de religión terrenal que Starhawk promueve. *Después del Diluvio* es para ateos, agnósticos y activistas que no necesitan a la diosa para su impulso revolucionario.
>
> —Anu Bonobo,
> *Fifth Estate Magazine,* otoño de 2005

After the Deluge

A NOVEL OF POST-ECONOMIC SAN FRANCISCO



Chris Carlsson

Chris Carlsson

DESPUÉS DEL DILUVIO

Título original: *After the deluge*

Portada original de Hugh D'Andrade
www . hughillustration .com

Licencia Creative Commons

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prólogo

I. El tren se deslizaba
II. Oye, Nwin
III. Ric iba a Tweezer Towers
IV. Nwin bajó las escaleras
V. Claro que pueden
VI. La pala y el rastrillo
VII. Debería haber salido
VIII. Entrecerrando los ojos
IX. Se sentó con un plato
X. Una victoria era pensar en Nance
XI. Al salir del baño
XII. La luz plateada de la luna
XIII. El comedor de Rixies
XIV. Desde su percha
XV. El taxi acuático
XVI. La exhibición de Vyne
XVII. Había pasado la semana
XVIII. De pie en agua fangosa
XIX. Atravesando el vestíbulo con prisa
XX. A las siete
XXI. Le costaba concentrarse
XXII. El alquitrán surcaba el cielo
XXIII. Ric entrecerró los ojos
XXIV. Buenos días

XXV. Bric se movía por la ciudad
XXVI. Al entrar en la habitación
XXVII. Emmy estaba de pie
XXVIII. Alentina se bajó del tranvía
XXIX. Obin, Stella y Eric
XXX. “¿¿¡Estás LOCO!??”
XXXI. Fue un día espectacular
XXXII. ¿Se nos acabó el jabón?
XXXIII. El olor a manzanas
XXXIV. Respirando con dificultad
XXXV. Saltó del tranvía
XXXVI. Win se levantó
XXXVII. Ric se aferró las rodillas
XXXVIII. Se oían voces zumbando
XXXIX. Athy esperaba en su oficina
XL. Swin despertó
XLI. ¡Ric! —La voz de Anita resonó
XLII. Un cálido sol brillaba
XLIII. Las jarras de cerveza

Expresiones de gratitud

Comentarios sobre esta novela

Acerca del autor

PRÓLOGO

Tomó un coche de juguete del escritorio y lo puso boca abajo. Era difícil imaginar una época de autopistas y calles, avenidas y carriles, todos completamente cubiertos de asfalto. Haciendo girar las ruedas, se imaginó conduciendo, con gafas de sol y sin expresión alguna. Tiró el juguete a un rincón.

Un cartel descolorido le llamó la atención. Entrecerró los ojos y leyó "Adiós a la Costa" en enormes letras azul eléctrico, que se reflejaban entre los anuncios de las pistas, nombres que no le decían nada, y la fecha: 15 de junio de 2031. Contuvo la risa, preguntándose si entonces sabían que se despedían de algo más que un anfiteatro...

La tapa del bidón de gasolina se levantó sin mucho esfuerzo. Derramó una cuarta parte del contenido con solo

inclinarlo, y una mancha húmeda se extendió por el suelo. Luego empapó la cama, las cortinas apolilladas, dejando el perímetro de la habitación para el final. Bueno, casi para el final. La habitación se hundía en el centro como un colchón viejo, formando un pequeño lecho de lago que llenó con gusto, retrocediendo y saliendo por la ventana a la oscuridad exterior.

El cielo delataba un atisbo de mañana por el este. Desató su esquife y avanzó por la penumbra del amanecer durante unos 90 interminables segundos, antes de volver a amarrarlo junto a otra casa cercana, esta saqueada hacía mucho tiempo, con el piso de arriba prácticamente vacío. A toda prisa, llenó la habitación como un veterano, entregando la lata vacía a la intemperie. Sus guantes apestaban, le ardían las fosas nasales. Sus botas de goma apestaban a la evidencia, el mismo combustible que había impulsado todos esos coches de película desaparecidos.

Temblando de emoción de vuelta en el bote, sus manos estaban entumecidas por el frío mientras se quitaba los guantes. Buscó torpemente varias cerillas de cartón mohosas antes de encender una. Sosteniéndola contra uno de los guantes, arrojó el guante de goma en llamas e increíblemente, falló. El guante golpeó la pared y se hundió siseando en el agua. "Increíble", murmuró al vacío. El segundo guante en llamas atravesó la ventana y la habitación se incendió, una bola de calor salió por la ventana, casi tirándolo al suelo. Se desplomó en el esquife,

con el corazón acelerado, latiendo en sus oídos. Volvió sobre su ruta acuática hasta la primera casa, mirando por encima del hombro para admirar su obra mientras las llamas surgían del techo detrás de él. Encendió un pequeño trapo y lo arrojó por la ventana. Antes de que el trapo cayera al suelo, la habitación explotó como una bomba, con una ola caliente de glorioso poder explosivo liberado. Se giró hacia atrás, casi cayó a la bahía. Le dio una patada al interruptor de la aleta cerca de su pie y el barco se alejó del infierno. Metió la mano en sus pantalones y se acarició, endurecido por la excitación, llegando al clímax de inmediato.

Limpiándose con un trapo, contempló el fruto de su trabajo. El olor era intenso. Dirigió su nave hacia la bahía, todavía fascinado por las llamas que saltaban de tejado en tejado. Después de unos minutos, no había nada que ver más que humo a la luz del amanecer. Se dirigió al norte, con los oídos aún zumbando. Le ardía la cara. Frotándose la frente, se dio cuenta de que no tenía cejas.

Ya era pleno día. El humo gris detrás se fundía inofensivamente con la niebla que apenas se retiraba ante la luz del amanecer. Sentía un frío intenso, un escalofrío que le castañeteaba los dientes, la adrenalina a flor de piel y sin remordimientos. Mirando hacia la Bahía Este, esperaba luz solar, calor y suerte. Pasaría media hora antes de que el sol despejara las colinas.

Dirigió su bote hacia casa y decidió decolorarse el cabello.

Capítulo I

El tren se deslizaba entre interminables hileras de apartamentos suburbanos, pero Eric podía ver agua en varias calles que conducían a la bahía. Llevaba dos días fuera de Chicago y había leído cada letrero del vagón al menos una docena de veces, desde el extintor hasta la salida de emergencia, pasando por las normas para el baño y el equipaje. Los cuadros que adornaban las paredes del tren le habían interesado al principio, pero después de dos días se desvanecieron en el anonimato.

Ahora las aguas de la bahía lamían los costados del balasto de la vía del tren; más al este, cientos de edificios estaban semisumergidos en sus ubicaciones originales. Al otro lado de la bahía se alzaba Oakland. Vio embarcaciones de todos los tamaños y formas: esquifes, lanchas, góndolas, barcazas. Cientos de ellas.

Un cielo azul emergía de la penumbra matutina. Pelícanos, gaviotas, gorriones, halcones y muchos otros, cuyos nombres no podía recordar, retozaban, navegaban y se elevaban. Vio una tenue humareda gris que se elevaba a lo lejos. Una especie de fuego.

El mapa de San Francisco apareció en la pantalla de la pared y una línea roja brillante indicaba la ruta para el corto trayecto restante. La estación de tren se encontraba en la bahía, rodeada de agua por tres lados.

Ese mapa es el rocío, pensó. Su aprensión se disipó brevemente mientras se entusiasmaba con un futuro en la cartografía y contemplaba los curiosos contornos del San Francisco del siglo XXII. La bahía en sí era enorme, extendiéndose cuesta arriba sobre paisajes urbanos en todas direcciones.

"Centro de San Francisco, 15 minutos", informaba el anuncio. Se pasó las manos por el pelo y se secó la cara, quitándose la suciedad acumulada durante la noche. Le dolían los senos nasales por el aire fresco y controlado. Abrió la ventana, inhalando el olor a agua salada a través del aire húmedo y brumoso. Asomarse le mareó mientras los edificios se desdibujaban como misteriosas cajas de colores.

Tenía una cautelosa esperanza y trató de aferrarse a esa sensación, a pesar de un nudo en el estómago que competía

por su atención con un dolor de cabeza persistente que lo había atormentado desde el día anterior.

Café, necesito café. Y un bollo de canela enorme... Debería estar feliz, emocionado, pensó, taciturno. Necesitaba un cambio de aires y un cambio de suerte. Había salido de Chicago sin que nadie se diera cuenta. El viejo del puesto de frutas de la esquina, Virgil, fue el único amigo del que se despidió. *Algo bueno va a pasar.*

Durante ocho meses sombríos en la Ciudad de los Vientos, había probado media docena de situaciones laborales. Una temporada en el Museo de Historia Natural, dos semanas en el Zoológico. Pensó que le gustaría la ciencia, pero no había conectado con ninguno de sus compañeros, ni con el trabajo en sí. Luego, otra breve temporada en la Universidad como investigador asociado en un estudio sobre el uso del agua en la zona. Ahí fue donde se enamoró de Cynthia, y al principio parecía bastante amigable, hasta que salieron un par de veces. *No se la puede culpar.*

Apartó ese pensamiento mientras el tren salía de un túnel y rodaba por un largo puente curvo. A lo lejos, podía ver edificios altos, la famosa Pirámide naranja y el resto del horizonte de San Francisco.

Se hundió en su asiento, apoyándose en su mano; todos sus miedos regresaron rugiendo.

¡¿Qué demonios hago aquí?! Ni siquiera conozco a nadie.

Virgil, fueron sus comentarios casuales los que llevaron a este momento.

¡San Francisco! ¡Hombre, es la mejor ciudad del mundo! ¡Las colinas, los canales, los hermosos edificios... y las mujeres! —Se inclinó sobre una caja de manzanas que había entre Eric y su taquilla—. Te digo, Eric, si vas a San Francisco, ¡encontrarás el amor allí, Virgil te lo garantiza! ¡Las mujeres de la bahía son salvajes! —Miró a Eric con picardía. En ese momento, le había parecido una conversación estúpida, típica de las exageraciones y el sexismo irredento de Virgil. Pero atormentaba a Eric, y San Francisco empezó a parecerle la única solución para su dolorido corazón—. Puedes dejar tu corazón en San Francisco[1] —se rió Virgil mientras Eric inspeccionaba las fresas en ese hermoso día de primavera de hacía dos meses—. A ver si encuentras el mío. Lo dejé allí.

Se dirigió al baño, donde se lavó a toda prisa. En el espejo, Eric se vio a sí mismo quitándose el pelo grasiento de la cara de perro y mirándose las cicatrices. ¡Genial!, le estaba saliendo un brote.

---

1 Referencia a una canción de los Bee Gees de la década de 1960. [Todas las notas son del traductor].

El tren frenó notablemente y Eric golpeó la toalla contra la pared y salió del baño, arrastrándose, temiendo su inminente llegada, preguntándose a dónde iría.

Minutos después, mareado, bajó al andén y lo invadió un penetrante y concentrado olor a agua salada y descomposición. Los graznidos de las gaviotas resonaban en la estación, pero no vio pájaros. El estruendo del metal y el crujido de los muelles estaban cerca, pero fuera de la vista. Agarrando su mochila, subió al andén hasta la Estación Central de Trenes, una elegante estructura de estilo misión española. Se detuvo justo frente a la imponente entrada arqueada, maravillado por la elaborada mampostería y los intrincados suelos y paredes de baldosas.

Dentro de la terminal, la gente iba y venía, pero con una sensación de calma. Grupos de personas se congregaban, conversando y riendo. Pequeñas mesas de cafetería rodeaban el pabellón principal, abarrotadas de pasajeros que esperaban. En el extremo izquierdo, un pequeño equipo con overoles salpicados de pintura trabajaba a gatas en el suelo de mosaico. El aroma a marihuana y café eclipsaba el olor a mar del exterior.

Eric se giró hacia un clamor en la puerta del andén. Un revisor trajo una carretilla llena de fajos de revistas, y una multitud se abalanzó sobre él. Abrieron los paquetes con entusiasmo y comenzaron a repartir ejemplares de la nueva revista *Free Radical* [Radical Libre].

"Oigan, oigan, tranquilos", les advirtió el revisor. Estaba acostumbrado a este baile ritual y tuvo que contener a la multitud ansiosa para que no se llevara todos los ejemplares antes de poder pasarle la mitad de los paquetes a una mujer que los esperaba con su propio carro. Ella los acompañó a través de las puertas.

Eric vio un asiento vacío en una de las mesas y dejó sus pertenencias. En la ventana, pidió un espresso doble y un muffin[2]. Un chico extrañamente gruñón detrás del mostrador deslizó tímidamente un muffin en un plato pequeño y se lo ofreció, y luego se giró para preparar el café. Instantes después, lo trajo de vuelta, frunciendo el ceño.

Eric asumió que había hecho algo malo. "Lo siento, ¿yo...?"

—¿Eh? ¡Oh, no, nada... olvídalo! —espetó el chico y se dio la vuelta.

Encogiéndose de hombros, Eric llevó su desayuno a la mesa. No era precisamente la alegre bienvenida sanfranciscana que Virgil le había prometido.

“¿Siempre están tan irritables detrás del mostrador aquí?”, le preguntó a la mujer sentada en la silla de al lado.

---

2 El muffin es una especie de magdalena que suele incorporar frutas o frutos secos, ir cubierto con algo de chocolate o con fondant de diferentes formas y sabores.

¿Ah, él? Está furioso, quién sabe por qué. No te lo tomes como algo personal. No eres tú, es el mundo.

—Vale, gracias. —Eric dio un sorbo al café, saboreando su amargo sabor. El muffin era más dulce y con más sabor a nuez que los pasteles de desayuno del este, donde eran pesados y tenían menos sabor que estos. Se lo terminó.

Se estaba limpiando las migas del regazo cuando irrumpieron en la estación. Una enorme camioneta roja entró por la puerta. En ella, dos mujeres llenaban el bullicio de la estación con inspirados solos de trompeta, mientras un gigante rechoncho tocaba con firmeza una tuba grave. Delante, conduciendo el lento vehículo, iban un hombre y una mujer con disfraces de payaso: trajes amarillos brillantes con largas colas. Líneas blancas y amarillas subían en espiral por sus sombreros de copa, increíblemente altos.

"¡Llegamos tarde, uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu!", cantaban, "¡pero tú NO!". Los dos de delante bajaron del carro de un salto y empezaron a correr de mesa en mesa por el entrepiso, corriendo como locos mientras lanzaban papelitos en cada mesa, intercambiando una o dos palabras en cada sitio. Los habituales apenas parecían notar la llegada del Carro de Bienvenida, pero los recién llegados, como Eric, se quedaban boquiabiertos.

La mujer del traje amarillo se acercó a la mesa de Eric, con la cola ondeando a su espalda mientras giraba como un

derviche hacia él. La desconocida en la silla de al lado ni siquiera levantó la vista, así que la señora del carro de bienvenida dirigió sus palabras a Eric. Lanzó un pequeño folleto sobre la mesa que decía "Bienvenido a San Francisco", con una ilustración del horizonte de la ciudad, con banderas ondeando al viento en cada azotea.

"Estás invitado", se inclinó hacia Eric, su estridente cara de payaso oscureciendo cualquier expresión real que pudiera haber tenido, "¡a la Primera Noche en la Cima de la Marca!" Y se alejó, mientras su compañero la seguía en su avance al otro lado de la estación.

¿Yo? Eric estaba confundido. Abrió el folleto. «El Welcome Wagon de San Francisco te invita a pasar tu primera noche con el lujo de antaño en la cima de Nob Hill. Si eres nuevo en San Francisco, únete a nosotros para una noche inolvidable. Dirígete al Muelle C y sube al ferry».

Virgil, ¿por qué dudé de ti? Recogió su mochila y se dirigió a un muelle con una docena de embarcaderos que se adentraban en la bahía. Se dirigió al Muelle C, como le habían indicado, y subió a una embarcación verde de 9 metros con aspecto de vaina de guisante, con un toldo translúcido que colgaba sobre un entramado dorado de ramas. Un pequeño grupo de recién llegados ya estaba a bordo. El hombre del traje amarillo con el enorme sombrero de copa se unió a ellos, pero el resto del equipo del Carro de Bienvenida no estaba a la vista.

"Amigos de todos los géneros y preferencias. Bienvenidos a nuestra bella ciudad", hizo una reverencia con un gesto florido y agitó la mano sobre el paisaje urbano detrás de él. "Soy Fernando Ramírez, su anfitrión para el viaje a Top of the Mark[3]. Si tienen alguna pregunta, no quedará sin respuesta. Mientras tanto, tomen asiento y deleiten sus ojos. Haremos algunas paradas de rutina antes de llegar a la estación de California Street. Ahora sé que es temprano, pero están invitados a buscar debajo de su asiento". En medio del barajar general, se descubrieron y exhibieron copas de champán. Fernando hizo una breve demostración de buscar en un gabinete a lo largo del costado del ferry y fingió desánimo al no encontrar nada. Luego se golpeó la frente y levantó cuidadosamente su sombrero para revelar una gran botella de champán en su cabeza. Lo abrió y se abrió paso entre los felices turistas, sirviendo champán y haciendo comentarios sugerentes.

"¿Necesitamos mostrar nuestros cuadernos de ejercicios para esto?", preguntó un hombre de piel curtida junto a una mujer de aspecto maternal detrás de Eric.

Fernando se detuvo y se quedó mirando. Se le quedó la mandíbula abierta, pero no salió ningún sonido. Empezó a agitar el brazo como un molino de viento, farfullando y

---

3 El Top of the Mark es un bar ubicado en la planta 19 del Hotel Mark Hopkins, en Nob Hill, en la intersección de las calles California y Mason, en San Francisco, California. Está situado en el punto más alto del centro de San Francisco.

jadeando. "¿Trabajo... cuadernos? ¡¿Pero señor?! ¿De qué está hablando?" Fernando miró a su alrededor, con fingida exasperación, como si necesitara ayuda. "¿Alguien puede ayudarme? *¿Cuadernos?* "

Eric sin duda sabía de libros de trabajo. En Chicago, y en la mayoría de los lugares del este, las oficinas de contratación locales aún intentaban llevar un registro de quiénes presentaban sus informes anuales y quiénes no, y para ciertos fines era necesario mostrar el libro de trabajo, como en los grandes eventos deportivos y culturales. Había oído que San Francisco y la Costa Oeste habían abandonado cualquier sistema de contabilidad, y que había sido sorprendentemente fácil. Aun así, se mantuvo callado.

Algunas chicas que habían estado en su tren se reían en la parte de atrás, disfrutando del espectáculo de Fernando. Una levantó la mano y se puso de pie. "Cuadernos, ya sabes, es donde llevas la cuenta de tus Anuarios o de cualquier trabajo que estés haciendo". Nadie parecía creer realmente que Fernando no supiera nada de los cuadernos, y ella ofreció su explicación con un espíritu de teatro participativo más que una explicación real.

“¡Aaaah, gracias, señorita!” Se giró en el momento indicado, con su florete a mano, hacia el hombre de piel curtida y su esposa. “Lo siento mucho, mi buen señor. Aquí no tenemos libros de ejercicios. Todo el trabajo es voluntario y los bienes y servicios se distribuyen sin control alguno...

Todo aquí es gratis”. Tenía las manos en las caderas, como si hubiera dado esta charla muchas veces. Se dirigió a todos. “Están en San Francisco. Hay de todo para todos. Vengan, relájense, pásenlo bien. Si se quedan”, se encogió de hombros, “verán qué pueden hacer para ayudar. Mientras tanto, disfruten. Son nuestros invitados”.

Un murmullo alegre recorrió a los recién llegados. La declaración, combinada con el champán, desató una euforia entusiasta mientras el ferry desembarcaba de la Estación Central de Trenes.

La capitana, una mujer morena, corpulenta y de aspecto salado, llamada Maude, gritó: "¡Todos a bordo, nos dirigimos al CENTRO!". Un aleteo comenzó en la popa del barco, y lentamente se adentraron en la bahía. Maude tosió violentamente mientras dirigía el bote hacia el norte, rodeando un estadio de ladrillo rojo. Del agua, frente al estadio, sobresalía una vieja estatua verde deslustrada de un jugador de béisbol que miraba una pelota invisible en la proverbial distancia, con el bate tras él al final de su poderoso swing. Las olas que le lamían las rodillas le daban un aspecto fantasmal y extrañamente elegante. Un gran pelícano pardo se posó en su gorra al pasar.

En la bahía, docenas de estructuras flotantes parecían estar ancladas. Cerca unas de otras, se alzaban altos mástiles y las “Enredadera”s se balanceaban entre sí. Palmeras altas

y rectas salpicaban las laderas de San Francisco en todas direcciones.

Giraron más al norte y se vislumbró una isla en medio de la bahía, cubierta de luces brillantes y lo que parecían montañas rusas y carpas de feria. Un flujo constante de pequeñas embarcaciones iba y venía de los muelles cercanos a la orilla.

"¿Qué es eso?" preguntó Eric a un hombre mayor que llevaba una bandeja de plántulas verdes en su regazo.

—Ah, esa es la Isla del Tesoro. Si te quedas mucho tiempo aquí, tarde o temprano tendrás que ir. Es donde intentamos gestionar la oferta y la demanda, ¿sabes a qué me refiero? —Le guiñó un ojo con complicidad, pero Eric no supo a qué se refería. Decidió no preguntar, por ahora.

San Francisco surgió de la niebla, el sol trabajando duro para levantarla. Eran casi las 10. A la izquierda, las colinas redondas estaban cubiertas de denso follaje con casas y senderos que descendían hasta pequeños muelles a lo largo de la costa. Grandes edificios de cristal, de docenas de pisos de altura, se alzaban en el agua, el antiguo centro. Muchos estaban cubiertos de hiedra y “Enredadera”s. Miles de pájaros volaban alrededor de los edificios y dentro y fuera del dosel de niebla que se elevaba lentamente sobre las cimas de los rascacielos. Un fuerte graznido diferente a todo lo que Eric había escuchado nunca estalló de repente. Una

bandada de más de doscientos loros verdes brillantes voló entre la orilla y el ferry. Se rió, por primera vez en días.

Una familia que había visto en el tren estaba sentada frente a él, mirando hacia la ciudad. Papá y mamá forcejeaban con tres niños pequeños demasiado emocionados para quedarse quietos. "¡Miren, miren!", chilló el más pequeño, un niño, señalando a las focas que se mecían en el agua. "¿Qué son esos peces, mamá?", preguntó su hermana, señalando a tres elegantes criaturas que saltaban del ferry. Se giró hacia el hombre que estaba detrás de ellos, esperando que pudiera decírselo. "Delfines. La bahía está llena de ellos". Eric observó la bahía con más atención, donde brillantes vetas plateadas llenaban el agua cristalina, con densos bancos de peces flotando debajo. Una pequeña bandada de pelícanos se deslizaba a centímetros de la superficie de la bahía. Eric se sintió como si estuviera visitando una isla tropical. La vida latía a su alrededor.

A su derecha se acercaron a una enorme torre que se alzaba sobre una plataforma de cemento. La capitana Maude anunció con voz aburrida y rutinaria: «Puente de la Bahía, primera parada». Ya no era un puente, tras haber sido destruido por el terremoto de 2044. La gente había construido espacios habitables en la torre, y era una parada habitual de diversas rutas fluviales. Velas de colores brillantes con letras ornamentadas ondeaban en sus tramos superiores, mientras que la omnipresente hiedra y

“Enredadera”s se entrelazaban por todas partes, entrecruzándose en todas las configuraciones imaginables.

Maude dirigió su embarcación hacia los cañones del centro. Góndolas, balsas y pequeñas embarcaciones se mezclaban; la gente usaba largas pértigas para desplazarse, mientras que algunos aún tenían remos. La mayoría tenía biobotes personalizados como el de Maude, con aletas estructurales para la propulsión.

Próxima parada: Rincon Towers, luego Dominos, Tweezer Towers, Pyramid y California Street Depot. Si necesita otra dirección, puede hacer transbordo en cualquiera de esos lugares a un taxi acuático.

El ferry atracó en un muelle en Rincon Towers, cuya fachada estaba cubierta de murales, de colores vivos y estilo angular, aparentemente capítulos de la historia de la antigua California. Subieron tres pasajeros, entre ellos un hombre de una belleza impresionante, de larga melena rubia y suelta, con una túnica azul oscuro con intrincados bordados.

Siguieron adelante. Los Dominos eran grandes torres grises que se inclinaban locamente, lo que les dio su apodo. Habían sido así por más de 100 años y estaban completamente ocupados, los pisos interiores rediseñados para acomodar la inclinación. Visible al norte estaba la gran Pirámide naranja, con un globo ocular gigante en su vértice. El ferry se agitaba lentamente por el canal de California, ruinas apiladas entre

torres, el agua lamiéndolo todo. Pequeños esquifes entraban y salían del tráfico, mientras barcazas y taxis obstruían el canal principal. No era un atasco de tráfico, pero la densa masa ocasionalmente se detenía por completo. Los barcos que gemían y chirriaban proporcionaban una corriente subyacente a los cantos y gritos de los barqueros y barqueras. "¡Quítame esa cosa del camino!" "¡Cuidado!" "¡Oye, no puedes hacer eso!" "A tu izquierda, a la izquierda, ¡cuidado ahora!" Eric se mareó al ver el caótico tráfico acuático, pero aun así San Francisco estaba ejerciendo su seductor encanto en él. Mientras tanto, puentes elevados se elevaban por los aires conectando edificios a todas las alturas y ángulos, muchos de ellos tubos transparentes llenos de gente moviéndose de un lado a otro.

“Ciudadanos y camaradas”. Ramírez llamó la atención de todos. “Ya casi llegamos a nuestra parada”. El ferry estaba llegando al final del canal, donde la calle California se alzaba como una pared vertical ante ellos. Los turistas señalaron los tranvías que subían y bajaban la colina. La estación en sí era una estructura de madera pulida con espacio para amarrar una docena de barcos. Varios taxis estaban atracados a un lado bajo un gran letrero que decía: “NO SE ADMITEN BARCAZAS. Las barcazas deben usar los muelles de Union Square o Portsmouth Square”. Los aleros, ventanas y puertas de madera con curvas barrocas le daban a la estación un aspecto más acorde con un chalet en los Alpes que con la Cuenca del Pacífico. Observarás la exquisita carpintería del

Depósito. Se construyó en 2048, pero tuvo que ser trasladada cuesta arriba dos veces debido a la subida de las aguas, la última vez en 2122. Está hecha completamente de madera de secuoya recuperada de las ruinas del terremoto de 2044. Síganme, por favor.

El ferry se detuvo. Con un gesto triunfal, Ramírez saltó a la pasarela, con su cola amarilla bailando tras él mientras agachaba su gran sombrero bajo la marquesina del ferry. Los recién llegados arrastraron sus maletas por la pasarela hasta la estación, subiendo por una amplia escalera de caracol hasta el entrepiso del segundo piso, donde un enorme objeto negro brillante formaba parte de la pared. Ramírez se detuvo para recomponerse. Se apoyó en la superficie de mármol, golpeándola con una mano mientras los catorce recién llegados se reunían a su alrededor.

“¿Qué creen ustedes, amigos míos, que es esto?”

Un niño preguntó: "¿Mármol roto?", lo que provocó una ligera risa. Ramírez sonrió. "Este es un ejemplo revelador del antiguo San Francisco. ¿Ves ese enorme edificio?" Señaló a través del tragaluz la torre que se erguía en el agua, mayormente marrón oscuro, pero con toques de color. Diez pisos más arriba, las paredes habían sido removidas para hacer una gran abertura en la esquina, de la que brotaban “Enredadera”s verdes y mesas de café colocadas a lo largo del borde. "Ese es el antiguo edificio del Bank of America, que una vez fue la sede del banco más grande del mundo. Y

esto", lo golpeó con fuerza, "este es el Corazón de los Banqueros". Las personas mayores del grupo se rieron, pero los más jóvenes, incluido Eric, simplemente se quedaron allí parados.

“No lo entiendo”, admitió una de las mujeres más jóvenes que estaban delante.

“Ah, claro, déjame explicarte. Los banqueros manejaban dinero y decidían a quién se le permitía construir casas, fundar fábricas y negocios, e incluso comer. Los banqueros decidían quién cargaría y quién montaría.” Hizo una pausa, consciente de que aún no había aclarado su punto. “Bueno, los hombres —porque en su mayoría eran hombres— que dirigían los bancos eran famosos por su falta de compasión. De ahí el corazón de piedra muerta y oscura, el Corazón del Banquero.”

Los jóvenes asintieron con la cabeza, pero la idea del dinero y los bancos les resultaba completamente ajena. Ramírez ya lo había visto muchas veces, pero siempre lo intentaba. "Síganme, por favor". Los condujo hasta la cuesta de la calle California, donde terminaba en una gran plaza circular. La emoción se apoderó de los turistas mientras esperaban el teleférico de la calle California para subir la colina. Eric observó Kearny de arriba abajo: un canal una cuadra al norte y dos al sur, con transbordadores y barcazas obstruyendo las vías fluviales.

Unas campanas resonaron cuando el teleférico se puso en marcha con una sacudida y comenzó a ascender lentamente la colina. Eric estaba de pie en el estribo, agarrado a una barandilla. Un gran cartel exterior mostraba una pintura abstracta, con llamativas franjas rojas y azules sobre un objeto negro que podría ser un árbol o quizás solo una mancha. Un pequeño bosque serpenteaba colina arriba tras el cartel, bordeando terrenos baldíos y edificios de apartamentos. Una antigua iglesia de ladrillo rojo se alzaba en la esquina de Grant, con un cartel que proclamaba que había sido reconstruida en 2115. Por la calle Grant, cientos de personas se arremolinaban entre puestos, con pancartas en chino que se entrecruzaban por encima de todo.

En Stockton, el aire se impregnaba de un dulce aroma cítrico. A ambos lados de la calle California, los naranjos y limoneros se mecían suavemente en el aire cálido de pleno verano. El sol asomaba, y la niebla finalmente aflojaba su dominio sobre la mañana. Una bandada de loros pasaba ruidosamente entre los limoneros mientras los pasajeros subían y bajaban.

"¡Mira, papá!", dijo un niño junto a Eric, señalando entre los árboles de Stockton hacia los muelles de Union Square, donde estaba atracado un reluciente barco dorado y rectangular. "¿Qué clase de barco es ese?". El conductor del tranvía se inclinó para evitar que el padre se avergonzara.

Ese es un escarabajo dorado. Lo acaban de diseñar en la Biofabricación de la Universidad de California. Lo están probando como transbordador, pero es solo un prototipo.

El padre sonrió agradecido y se volvió hacia su hijo, compartiendo la emoción del descubrimiento.

Eric se dirigió con cuidado a la parte trasera del tranvía, donde había un espacio libre en la barandilla. Se unió a unos clientes habituales de San Francisco. Dos tipos corpulentos con chalecos naranjas y cascos debatían sobre el futuro del equipo de béisbol local, los Seals.

No me importa, podrían estar a 25 juegos de distancia. Aún podrían remontar. Los Oaks no pueden aguantar. Están jugando muy por encima de sus posibilidades.

¡Chingado! Los Oaks se lo van a llevar. Cinco horas apuesto a que los Oaks llegarán lejos. "Estás listo."

Eric se metió entre ellos y un trío para alcanzar la barandilla trasera. Los tres también discutían sobre una cuarta persona, ausente.

"No creo que haya hecho nada al respecto", dijo la mujer alta y de cabello oscuro contra cuya espalda estaba apoyado el hombro.

"Bueno, no es culpa suya", respondió un tipo flacucho, y luego otro intervino: "¿Y el resto de su departamento? Hay mucha gente responsable de esto, no solo Duvall".

Las conversaciones contradictorias se difuminaron en el fondo cuando se dio cuenta de que iban prácticamente cuesta arriba. El viaje en teleférico no fue nada tranquilo, pero no sintió miedo, solo euforia. Las aguas brillantes danzaban entre el denso tráfico de barcos hasta donde alcanzaba la vista, California abajo, más allá del viejo Ferry Building que habían pasado de camino. La Pirámide naranja, con su peculiar globo ocular, se alzaba ostentosamente al noreste. Las banderas ondeaban bajo la luz del sol, cada vez más pura, y los omnipresentes loros entraban y salían de los callejones entre los altos edificios hundidos en el agua.

El tranvía se inclinó hacia adelante y se detuvo. Los pasajeros que ocupaban la plataforma trasera con Eric desembarcaron, y el tranvía continuó subiendo por otra manzana con una pendiente menos pronunciada. Un enorme edificio blanco apareció justo enfrente de una estructura bronceada igualmente imponente. Eric se asomó por el lado derecho del tranvía para admirar los antiguos hoteles y apartamentos que llenaban la cima de Nob Hill. En la cima de la colina, apareció el Hotel Mark Hopkins, cuyo patio proporcionaba una superficie plana junto a la inclinación de la calle Mason hacia el sur. Ramírez condujo a la tropa fuera del tranvía hacia las imponentes puertas del hotel. De pie en el patio florido, Ramírez les contó

brevemente la historia de los elegantes hoteles antiguos, e incluso la historia anterior de Nob Hill como hogar de los barones ferroviarios originales de la década de 1860. "Esa entrada semicircular llena de carruajes tirados por caballos al otro lado de la calle, en el elegante Hotel Fairmont, está justo al lado de la casa de piedra rojiza de color óxido que ven, que una vez fue la mansión de James Flood.

"Así que mientras estés aquí, aprecia el hecho de que estás disfrutando de una vida opulenta que antes estaba reservada solo para unos pocos".

"¿Quién vive aquí ahora?", preguntó un hombre anodino con una camisa marrón de cuello alto y gotas de sudor formándose en su frente mientras estaban de pie bajo el sol.

"Sí..." Ramírez sonrió e hizo una reverencia. "Una comunidad de unas 1300 personas vive en los antiguos hoteles. Mantenemos la tradición de traer visitantes y recién llegados. Generalmente, se espera que se vayan después de la primera noche, pero si desean quedarse más tiempo, solicítenlo en recepción".

Ramírez sonrió con picardía. «Quizás te inspire el espectáculo de esta noche. O algo que veas o escuches». Observó cada uno de los catorce rostros. «No hay reglas fijas, pero os aseguro que se necesita una combinación de suerte e inspiración».

Síganme, por favor. Entraron en fila al vestíbulo rodeados de enormes candelabros, lujosos sofás, antiguas mesas de madera pulida, enormes óleos y una barra larguísima al fondo, ya llena de decenas de personas. ¿O seguían allí desde la noche anterior?

Un ruido ominoso llenó el aire, zumbando... cada vez más fuerte. Eric miró a su alrededor alarmado, pero vio que nadie fuera de su grupo estaba particularmente preocupado. De repente, un estruendo estrepitoso de bolos le hizo taparse los oídos. Tres enormes círculos de metal plateado aparecieron rodando, cada uno con un humano despatarrado dentro, dando vueltas y vueltas, formando un círculo cada vez más cerrado, hasta que dieron una vuelta rápida en un pequeño círculo. Un acróbata saltó de cada círculo.

Dos hombres bajos, morenos y necesitados de un afeitado, con bigotes de manillar a juego y cabello despeinado, estaban de pie a cada lado de una mujer cuyo cabello era del mismo largo y tenía un físico similar. Los tres tenían brazos y hombros enormes, los pechos y la cintura de la mujer la diferenciaban de sus hermanos. Ella levantó un brazo en el aire en un gesto tradicional de "tah—daahhhh", y ellos sonrieron e hicieron una reverencia. Ejecutaron varias rutinas coreografiadas, lanzándose unos a otros al aire, saltando y cayendo por turnos, y finalmente agarrando trapecios que habían bajado del alto techo. Fueron elevados y desaparecieron en un agujero redondo en el techo.

Ramírez reapareció, tras cambiarse el uniforme amarillo por ropa informal. «Amigos, permítanme mostrarles sus habitaciones. Nos gustaría darles unas horas para que se instalen, exploren el lugar, coman algo y se orienten. Más tarde, habrá más diversión y juegos con algunos de mis colegas. Hay un banquete de almuerzo desde...», y miró a su alrededor para observar un gran reloj detrás de la recepción, que marcaba cinco minutos para el mediodía, «...aproximadamente desde ahora hasta las 3 p.m. Almuercen cuando quieran. La cena será a las 7:30, seguida de entretenimiento, un poco de historia, un popurrí de clips de películas y, si aún lo necesitan, más preguntas y respuestas... Síganme».

Se les unieron dos socios de Ramírez, se dividieron en grupos y les mostraron sus habitaciones. La de Eric era una suite enorme con una vista panorámica. Entrecerrando los ojos bajo el sol del mediodía, pudo distinguir la Estación Central de Tren por donde había llegado y el estadio de béisbol cerca. *Debía ser donde juegan los Seals.*

Tarde esa noche, Eric estaba mareado y borracho. Terminado el espectáculo, se dirigió a su habitación. El banquete y el interminable suministro de vino habían hecho el trabajo. Todos los invitados estaban borrachos y/o felices. Eric había sufrido un espectáculo que parecía durar una eternidad. Un personaje de Blancanieves en busca del "amor verdadero" había viajado por el mundo, conociendo personajes tontos de todos los rincones del planeta.

Docenas de cantantes habían presentado un espectáculo llamado "Babylon by the Bay" [Babilonia en la Bahía], lleno de dobles sentidos, canciones satíricas sobre políticos locales y personajes históricos famosos. Subieron al escenario con sombreros extravagantes adornados con lugares emblemáticos y chistes de actualidad, torres de frutas, un arcoíris, todo tipo de mega—accesorios. Pero a Eric no le gustó mucho. Intentó reírse con todos, pero por dentro estaba irritado. No le hacía gracia. *No soy un turista. ¡Me voy de aquí a primera hora!*

Capítulo II

Oye, Nwin, ¿vienes a la fiesta esta noche?

Nwin salía de su apartamento cuando apareció su vecino, como siempre. Aturdido, intentó concentrarse en Lupe sin que se le notara la irritación.

Nwin, te necesitamos. Estamos planeando nuestros disfraces para el Carnaval y hay mucho que organizar.

“Lupe, yo...”

Estoy pensando en una combinación de amarillo y rosa, con muchos detalles dorados. Tenemos que planificar la carroza, ya sabes, y diseñar los recuerdos, ya sabes, y la música, y...

Nwin avanzó por el pasillo. Lupe se detuvo al darse cuenta de que la estaba ignorando.

—Oye, no tienes que ser tan grosero, ¿sabes? —Nwin se encogió de hombros y agitó el brazo hacia atrás con desdén cuando llegó el ascensor.

Dios mío, ¿qué se cree? Se supone que todos están entusiasmados con el Carnaval. Con todas esas fiestas caseras, todos sentados fingiendo que se caen bien. Debería mudarme.

Emocionado, se movió inquieto mientras subía más gente en el séptimo piso. Saludó con la cabeza a Renato y Luisa, una pareja brasileña que había conocido cenando una vez. Se metió en la esquina trasera del ascensor, impaciente por salir del edificio.

Los taxis acuáticos y las lanchas se detuvieron frente a los muelles de la puerta principal. Nwin, de casi 18 años, medía más de un metro ochenta y tenía la piel color chocolate. Su cabello, normalmente negro pero recién teñido de rubio, le caía sobre los ojos entrecerrados. Sus labios grandes y su nariz ancha y prominente lo identificaban como un típico híbrido llamativo de San Francisco: la mirada de un asiático con rasgos africanos. Se dirigió directamente al primer transbordador que se dirigía al sur y subió. Ya era mediodía. Una brisa cálida disipó su aturdimiento y giró la cara hacia el sol, absorbiendo el calor. Manoseó una lupa en su bolso.

Un cartel colgado de las vigas del transbordador proclamaba: «NADIE QUIERE, ASÍ QUE TODOS TENEMOS QUE HACERLO. HAZ TUS ANUALES... ES FÁCIL, ES DIVERTIDO, ES JUSTO». Nwin frunció el ceño y entrecerró los ojos al ver un taxi acuático que pasaba a toda velocidad.

Los loros graznaban ruidosamente por encima del griterío de los patronos y oficiales. Era difícil discernir las normas de tráfico marítimo en la bahía. Los accidentes eran poco frecuentes, probablemente porque el Gremio de Prácticos insistía en un aprendizaje de dos años para los patronos.

El transbordador se detuvo en Rincon Hill al norte, el Puente de la Bahía y Rincon Hill al sur. Gritos y risas llenaron el aire desde Treasure Island. Nwin apenas se dio cuenta, mirando fijamente la columna de humo que se elevaba desde algún lugar de la costa de Oakland.

Tras cruzar la entrada de Mission Bay y detenerse en el viaducto de Potrero Hill, en la calle 19, el autobús partió hacia el muelle de Precita Creek, no lejos de la casa de sus padres. Era una agradable y calurosa tarde en San Francisco, con más de 25°C cuando Nwin desembarcó. La brisa que había disfrutado cerca de North Beach no los había seguido hacia el sur. Se quitó la chaqueta de cuero negra y se la echó al hombro, pero su camisa y pantalones negros aún resistían el calor. Al subir la colina, su camisa se oscureció de sudor.

Se detuvo a la sombra de un roble enorme donde había pasado incontables horas sentado de niño. Unas voces parlanchinas llamaron su atención. Más adelante vio a varias chicas que conocía —y a las que no soportaba— acercándose. Trepó al árbol, deslizándose en una de las ramas más robustas. Las chicas pasaron por debajo, y Nwin pasó desapercibido.

“Y me dijo que estaría allí, pero cuando lo vi…”

"¿Quieres decir que realmente tuvo el valor de aparecer?"

“Claro, pero no lo creerías…”

Las voces se fueron apagando a medida que las tres chicas caminaban pesadamente por la calle con sus zapatos de plataforma, mascando chicle y balanceando bolsos de hombro de moda, brillando y reflejando la luz a su alrededor.

Nwin frunció el ceño y se recostó en la rama, contento de haber escapado. Habían sido compañeras de clase y ahora, cuando se encontraba con ellas, siempre había una conversación amistosa que odiaba. *Todo es tan falso.*

Un perro ladró con urgencia, pero Nwin no podía ver nada desde su percha. La calle estaba tranquila, sin movimiento. El perro estaba en algún patio trasero, fuera de la vista. Un coyote cruzó la calle corriendo bajo el árbol, y un cubo de basura cayó de lado y empezó a rodar en un gran semicírculo

cuesta abajo. Nwin sonrió con sorna, sintiendo cierta afinidad con el recolector urbano descontrolado.

Un letrero en el patio del otro lado de la calle llenó su vista, como aquel letrero cutre que había visto en el transbordador: «Nadie quiere, así que todos tenemos que hacerlo». *¿Quién lo dice?* Sacó su lupa y comenzó a enfocar la luz del sol a través de ella en el borde exterior de la rama en la que estaba sentado. Pronto, el calor concentrado hizo que la corteza ardiese. El olor a humo le aceleró el pulso. Guardó la lupa en su mochila y bajó rápidamente.

Mirando furtivamente a un lado y a otro, cruzó la calle. El bote de basura metálico que el coyote había volcado seguía tirado en la calle. Se acercó al letrero en el jardín. Sacó su lupa, enfocó el haz de luz en el letrero y encendió una llama. Repitió la acción en el otro extremo del letrero y pronto quedó envuelto en llamas. De pie a la sombra del árbol, admiró su obra.

Las llamas consumieron el cartel, que se estrelló contra el suelo y los restos carbonizados continuaron ardiendo mientras Nwin seguía subiendo la colina.

Llegó al claro en la cima de la colina y se adentró en el sendero que conducía al patio trasero de sus padres. Respiraba con dificultad y el corazón le latía con fuerza, tanto por la subida como por la emoción. Rodeó una densa espesura de zarzamoras y observó a alguien sentado en la

ladera, una mujer o quizás una niña. La miró y vio que lo observaba fijamente. Regresó a su camino y continuó.

"Ey."

"¿Eh?" Se detuvo y la miró con los ojos entrecerrados, con el sol en los ojos mientras ella estaba sentada con el sol directamente detrás de ella.

“¿Haces esa mierda todo el tiempo?”

"¿Qué?"

“¿Tirar botes de basura y provocar incendios en el patio de alguien?”

"No sé de qué estás hablando", respondió Nwin y comenzó a alejarse, enojado, confundido y sin ganas de recibir un sermón.

Como una gacela, la mujer se levantó de un salto y en tres grandes saltos diagonales agarró el brazo de Nwin con un agarre de acero.

—¡Oye! ¿Qué pasa? —Tiró de su brazo tan fuerte como pudo, pero no pudo liberarse de su agarre.

Lo giró para que la mirara. Lo más inusual era que era más alta que Nwin, con cabello largo y negro y un cuerpo delgado y musculoso. Su rostro era severo, algo masculino, pero con

labios carnosos y pómulos prominentes. Sus pobladas cejas se arqueaban sobre unos ojos brillantes.

No me importa lo que *hiciste.* Solo quiero saber por qué.

Su agarre se aferró con más fuerza a su antebrazo. Pensó en patearla en la rodilla y escapar, pero el dolor en el brazo y la velocidad con la que ella lo había atacado lo dejaron conmocionado. "Mierda, no sé... por diversión, supongo... Odio esos carteles de los Anuarios... Odio..."

Ella le dedicó una sonrisa forzada. «Odio, ¿eh? Me gusta el odio. Hay escasez de odio por aquí, y aun así hay tanto que odiar, ¿sabes?»

Él la miró desconcertado y no dijo nada.

"¿Cómo te llamas?"

“Nwin.”

“Está bien, Nwin. Tengo una propuesta para ti.

Él la miró expectante, con el corazón latiéndole con fuerza. Ella aflojó su agarre en el brazo.

Tengo unos amigos que me gustaría presentarte. ¿Puedes venir? ¿Esta noche?

—Eh, sí, supongo. ¿Dónde?

“Café Hurricane, en Polk Street, a las 10 p.m., por la parte de atrás”.

—Vale. ¿Para qué?

Las explicaciones vienen después. Digamos que tenemos un proyecto que podría interesarte.

Ahora estaba intrigado. La miró con una sonrisa cómplice.

Ella volvió a agarrar su brazo, hundiendo sus dedos en él.

—¡Ay! ¿Por qué haces eso?

Con los labios apretados, lo fulminó con la mirada. "Esto no es un juego de niños. Si crees que todo es diversión, no vengas".

Retrocediendo, se frotó el brazo, ahora liberado. "Mierda, no tenías por qué hacer eso". La miró con los ojos muy abiertos.

“Las diez de la noche, no llegues tarde”, y echó a andar por el sendero que atravesaba los arbustos de moras.

—¡Espera! ¿Cómo te llamas? —la llamó Nwin.

—Nance, como Nancy, pero sin la «y» —gritó por encima del hombro—. Te esperaré. No me decepciones.

"Estaré allí", murmuró, sin sonar convincente ni siquiera para él mismo.

Capítulo III

Ric iba a Tweezer Towers, donde un albergue juvenil prometía habitaciones comunes. El Top of the Mark no era un buen lugar para quedarse después de la primera noche. La gente allí siempre estaba "dispuesta", entreteniendo a visitantes y turistas. Quería un lugar para relajarse, una base. Quería explorar y, tal vez, con suerte, hacer amigos.

Desembarcó en el vestíbulo del segundo piso, con las olas golpeando el edificio. A través del agua vio lo que debió haber sido una plaza en las puertas principales originales. Las aceras rotas y el exótico follaje submarino eran un patio de recreo para animales y peces de todos los tamaños y colores. Un rugido lo saludó desde el otro lado del canal de California, donde los leones marinos retozaban sobre los escombros de cemento de un edificio derrumbado que emergía del agua. Entre el cemento roto, cubierto de musgo húmedo y algas

marinas, las enormes bestias yacían en las partes más secas, estiradas y absorbiendo el poco calor que atravesaba el cielo envuelto en niebla. Algunas ya estaban aireando su virilidad, como luchadores de sumo empujando y maniobrando hasta que uno se cayó de las rocas. Eric se quedó atónito al darse cuenta de que los escombros a solo 40 pies de distancia estaban cubiertos de cabezas de morsa esculpidas, colmillos y extrañas coronas de cemento moldeado. Negando con la cabeza ante esta última maravilla, entró en las Torres Tweezer.

Originalmente había dos torres con una gran antena en la cima. Unas pasarelas acristaladas unían los 25 pisos superiores, convirtiéndolo en un solo edificio desde dentro, pero desde lejos parecía unas pinzas enormes. Eric esperó a que las tres personas detrás del mostrador de información terminaran su animada conversación. Se reían a carcajadas cuando una de ellas, una mujer de mediana edad, finalmente se volvió hacia él. "¿Sí?"

“Estoy buscando el albergue juvenil”.

“Vaya al 2755, el 'vator' está allí a su izquierda”.

"Gracias."

El ascensor estaba abierto y, al entrar, no se cerró, aunque un material translúcido cubrió la entrada. Las paredes y el suelo se hundieron ligeramente al empezar a ascender. El

ascensor pareció estremecerse. Se apartó de la puerta y se sorprendió al ver la superficie suave y orgánica de las paredes; sus paneles de madera eran en realidad una especie de piel.

Se detuvo lentamente y una joven cubierta de pintura apareció allí con un cubo y una bolsa de pinceles. Entró y anunció: «Treinta y tres, por favor». Se giró hacia Eric, presentándolo como un desconocido en el edificio. «¿Le dijiste adónde ibas?».

“Eh, no, yo eh…”

"¿Vas al albergue?"

Él asintió.

—Veintisiete, por favor —canturreó, dejando su cubo con cuidado en un rincón. Miró a Eric un segundo—. ¿Sabes qué es esto?

Admitió que no. «Parece un biodispositivo. Obviamente no es un ascensor normal».

Bien. Lo llaman 'biovator'. Convierte las órdenes de voz en impulsos para impulsar la cápsula hacia arriba y hacia abajo. Los técnicos de laboratorio lo improvisaron en Mission Bay con genes de varias especies. Usa “Enredadera”s como cables. De alguna manera se conecta a la “Enredadera” para navegar. Creo que es el rocío —dijo con tono confidencial—

. Hay quienes piensan que va demasiado lejos. En fin, esta cosa solo se ha instalado en unos pocos lugares.

Al pasar por cada piso, el biovator sin puerta ofrecía un rápido vistazo, a través de una película translúcida, a imponentes jardines, intrincadas escaleras y escalas de cuerda, y rellanos circulares alrededor de grandes espacios abiertos. La música evocadora se hacía más fuerte a medida que ascendían. Finalmente, el biovator se detuvo en el piso 27. "Gracias", dijo en voz baja, y salió.

El edificio parecía inclinado, con su geometría interna torcida. Una rampa circular descendía serpenteando a través de 15 plantas. Tenía unos 25 metros de ancho, atravesando un hueco de ventilación abierto, hasta el otro lado de la rampa curva. La luz entraba a raudales por los paneles de vidrio colocados a diferentes alturas. No muy lejos de donde se bajó del biovator, dos mujeres flotaban en el aire, con su espesa cabellera enmarañada cayendo en cascada tras ellas.

El canto barroco resonaba en el espacio, acompañado por los sonidos de un extraño cuarteto: un arpa, un berimbau, una flauta y un oboe. Los cantantes —una docena de personas de diferentes edades suspendidas de dos en dos en extrañas sillas colgantes o hamacas— cantaban mientras trabajaban en un complicado bordado colgante. Una tela diáfana se extendía sobre una estructura de tres lados. Los artistas cantantes estaban dispersos por ella, trabajando en varias partes de una elaborada serie de murales bordados.

Unas guías mantenían todo en su lugar y subían y bajaban con poleas.

Eric se quedó mirando maravillado. Se movió lentamente por la rampa, siguiendo los números que subían desde el 2700. Su corazón latía con fuerza mientras una sensación de vértigo lo invadía. En varios puntos aparecieron puertas en la pared o en pequeños callejones sin salida. Llegó al 2755 y llamó.

La puerta se abrió de par en par y dio paso al albergue juvenil. Con el olor a ajo y a un delicioso guiso de pescado, Eric sintió un hambre voraz.

“Hola, ¿buscas un lugar para quedarte?”, preguntó la alegre pelirroja que abrió la puerta e instó a Eric a entrar. “Soy Jack, bienvenido”.

“Gracias, sí, esperaba que tuviérais una cama disponible para…” e hizo una pausa, dándose cuenta de que no tenía una idea clara de cuánto tiempo se quedaría o qué iba a hacer exactamente.

Jack había regresado a la recepción y comprobó que “la viña”[4] estaba abierta tras él. "Bueno, tenemos plazas disponibles las próximas dos semanas, y todo está reservado

4 El autor, nos propone un modelo de ordenador biológico y una red de estos, a la que denomina Vyne “Viña”, o “Enredadera”.

para dos meses. Así que puedes quedarte hasta el 25 de julio, ¿de acuerdo?"

“Está bien, genial, gracias”, dijo Eric con seriedad. Firmó el registro y Jack lo condujo de vuelta al pasillo, subiendo por la escalera de caracol hasta la habitación 2920. “Bueno, hay unas 13 personas aquí ahora mismo, y diez literas, así que busca una cama vacía y siéntete como en casa. Hay espacio en uno de los armarios, y puedes usar cualquier cajón disponible de las cómodas”.

"Gracias", dijo Eric, aliviado. Se acercó a los enormes ventanales y contempló la luz de media mañana que caía sobre los edificios y el agua. Abajo, decenas de pequeñas embarcaciones navegaban por los canales entre los edificios. Al oeste, la niebla se elevaba, dificultando la visibilidad. Se quedó con las manos en las caderas, absorto en sus pensamientos, y no se dio cuenta de que Jack seguía allí, y se había reunido con él en la ventana.

"Qué vista tan bonita, ¿eh?"

"Sí."

"¿De dónde eres?"

“Vivía en Chicago y antes de eso en Connecticut”.

“¿Y qué te trae por aquí?”

"Todavía estoy tratando de entenderlo", dijo avergonzado, mirando a Jack, quien le devolvió una mirada amistosa, cálida y firme.

Jack se rió, lo que hizo sonrojar a Eric. Dejándose caer, se volvió hacia la ventana.

—Oh, no te preocupes, hombre. Todo el mundo viene aquí buscando algo. Te sorprendería la frecuencia con la que no saben qué es... Oye, tengo que bajar a recepción. Si quieres, hay un *marisco buenísimo* para comer. ¿Tienes hambre?

Eric se relajó un poco y sonrió agradecido. "Claro que sí. ¿Qué hora es?"

Jack miró el reloj de pared, que marcaba las 10:40. "Es algo pronto, pero puedes venir a partir de las 11:30. Vale la pena la espera. Paulo es increíble, tenemos suerte de tenerlo".

"Voy a estar allí."

"Nos vemos", dijo Jack al salir. Antes de cerrar la puerta, respondió: "No dudes en preguntar si necesitas ayuda con cualquier cosa. Pero, por supuesto, puedes encontrar casi todo lo relacionado en el Vyne en tu habitación".

"Bueno."

Eric dejó su mochila en una cama vacía cerca de los ventanales. Metió su ropa doblada en un cajón, colgó su

chaqueta y sus camisas, buscó un gancho para su mochila y se dejó caer en la cama para contemplar el paisaje.

Se incorporó sobre un codo, fascinado por las góndolas. Las aguas de la bahía brillaban entre los edificios por donde antes discurrían las calles, inundando cientos de edificios. Pero eso había sucedido hacía mucho tiempo, y San Francisco había aprendido a aislar los fondos submarinos y a establecer accesos más arriba, con casi un siglo de crecida de las aguas. El transporte había evolucionado con el clima. Gran parte de la tecnología para adaptar las zonas urbanas inundadas se había desarrollado aquí mismo, en el Área de la Bahía.

Cerró los ojos y sintió un odio hacia sí mismo tan familiar como un zapato viejo.

En ese momento irrumpió una pequeña horda, como si un autobús los hubiera dejado en la puerta.

Me encanta. ¿Lo has visitado?

“He oído hablar de ello, pero aún no he estado”.

“—Clases gratis.”

“—Una plaza genial con todos esos maravillosos…”

"—¡Mañana!"

No notaron a Eric en su litera mientras continuaban contando sus entusiasmos y descubrimientos. Eric escuchaba desconsolado. No se le ocurrió presentarse. En cambio, permaneció allí, escuchando, haciendo conjeturas sobre ellos, encasillándolos, perdido en sus pensamientos y suposiciones.

Un “oh, hola” rompió el hechizo, cuando una de ellos lo observó, una mujer baja y robusta, de pelo castaño y cara de querubín, con una hermosa falda y chaleco bordados.

Con franqueza, se acercó, extendiendo la mano derecha. "Me llamo Victoria. ¿Y tú como te llamas?"

Eric se incorporó con dificultad y extendió la mano sin fuerzas. Mientras golpeaba las manos, murmuró su nombre.

"Encantada de conocerte, Eric", anunció a la sala. Los demás gritaron sus nombres mientras lo saludaban, pero Eric perdió la cuenta al instante. Él les devolvió el saludo tímidamente y luego se dejó caer de nuevo en la cama. Los demás reanudaron su charla, cambiándose de ropa, cepillándose los dientes y peinándose.

Pronto se dirigieron al comedor. Eric se puso los zapatos y se acercó a los lavabos, ahora vacíos, se peinó y se alisó la camisa. *«Uf»,* fue todo lo que pudo pensar mirándose. Regresó a su cama y, de repente, dormir le pareció muy tentador. Se pellizcó detrás de la oreja, una manía que había

adquirido para obligarse a salir al mundo en momentos como estos.

Dos pisos más abajo, el comedor estaba abarrotado, y Eric se encogió ante el bullicio de las mesas llenas. Suspirando, se dirigió al bufé, donde se sirvió un buen montón de arroz, y encima, el *marisco,* un marisco local de la bahía que flotaba profusamente por todas partes. Eric se dejó llevar por el color naranja quemado y el intenso olor a ajo y especias, mientras buscaba con torpeza un sitio donde sentarse. Recorrió la sala con la mirada hasta que vio un asiento junto a la ventana, en el rincón más alejado.

“¿Esta ocupado?” preguntó mientras se acercaba.

“No”, respondió un hombre mayor y hosco.

"¿Te importa?" preguntó Eric.

El hombre, de barba blanca y arrugado, con el rostro rojo contrastando con el pelo blanco, miró a Eric como si estuviera desperdiciando los últimos momentos de su vida. Señaló el asiento y no dijo nada, aunque negó con la cabeza.

El comportamiento taciturno del anciano le impidió a Eric conversar. Dos personas frente a ellos también comían en silencio, aparentemente sin conocerse. Eric se puso a comer.

Apenas había dado tres bocados cuando alguien llamó la atención. Era Paulo, el cocinero.

¡Ay, ayúdenme! Me alegra ver que todos comen bien. Por favor, ¿alguien puede agradecer la comida?

Una mujer al otro lado de la sala se levantó. «Gracias, Paulo, por tu excelente cocina. Gracias a cada uno de los animales que comeremos esta noche. Gracias a los amigos que dedicaron tiempo a cultivar, cosechar, entregar y preparar nuestra comida. Gracias a la Tierra por mantenernos a todos vivos».

“Amén”, respondió un coro.

Eric murmuró algo de desaprobación y reanudó la comida. El anciano lo miró de reojo, notando su manifiesta negatividad ante la Oración de la Comida.

Continuaron comiendo en silencio.

Raspando el plato y terminando los últimos bocados, el anciano se aclaró la garganta. "Eh, eh, ¿eres nuevo en la ciudad?", se dirigió bruscamente a Eric.

Eric acababa de tomar un bocado, por lo que asintió.

“No te gustan las oraciones, ¿eh?”

Eric meneó la cabeza, ahogándose un poco ante la pregunta.

El hombre bajó la voz. "Oye, no somos muchos por aquí. Si quieres", y le pasó una tarjeta a Eric, "aquí tienes un lugar que podrías disfrutar probando".

Dicho esto, se levantó, tomó sus platos y se despidió.

Eric miró la tarjeta: Oficina de Investigadores Públicos, 15 Civic Center Plaza. En el reverso decía: Katherine Fairly, Jefa, y debajo, Ron O'Hair, Subjefe.

Guardó la tarjeta en su bolsillo y continuó comiendo.

Capítulo IV

Nwin bajó las escaleras corriendo.

Su padre estaba en la parte de atrás, y probablemente su madre también. Corrió a su habitación y se paseó por ella, como un león enjaulado. Finalmente, se sentó en el sillón mullido en el que había pasado incontables horas de niño. Apoyó los pies en el alféizar de la ventana y se aferró a los brazos del sillón, repasando mentalmente los últimos minutos.

El corazón le latía con fuerza en los oídos, la sensación de peligro tiñendo su visión de rojo. «Nance», susurró, e inconscientemente empezó a frotarse el brazo donde ella lo había sujetado con lo que parecían tenazas.

—¡Hola, cariño! Creí que habías entrado. —Su madre, en la puerta, interrumpió sus pensamientos.

“Hola”, la saludó Nwin sin emoción.

Sonriendo, se acercó y le tocó la cabeza suavemente, luego le apretó el hombro. "¿Qué te has hecho en el pelo? ¿Te has afeitado las cejas?", preguntó con preocupación maternal.

"Pensé en probar con el rubio por un tiempo, y mis cejas son tan negras que se veía raro. ¡Oye, es *mi* pelo!" Intentó reír, pero estaba irritado e ignoró las preguntas.

—¿Tienes hambre? Tengo sopa en la estufa... —ofreció esperanzada.

Él la miró, pero negó con la cabeza. "No", y se giró hacia la ventana.

Voy a la Isla del Tesoro esta semana. ¿Quieres algo?

Él se volvió hacia ella, repentinamente interesado. "Se supone que ahora tienen un sombrero peruano; es el rocío. ¿Puedes conseguirme uno?"

—Lo intentaré —prometió—. Estoy en el jardín con papá. Deberías venir a saludarlo antes de irte.

—Mm—hmm —murmuró Nwin, demasiado preocupado para responder.

Su madre bajó las escaleras. Nwin se levantó, encendió la radio, encontró una de sus canciones favoritas para bailar y

empezó a bailar al ritmo. Dio vueltas por la habitación, agitando los brazos, golpeándose contra muebles y paredes.

Tras dos melodías rápidas, se dejó caer en la silla. Recuperó el aliento, se levantó, cruzó la habitación, abrió la puerta del armario y sacó una carpeta de una caja. Extendió el contenido sobre su escritorio: diagramas, gráficos, notas y recortes de prensa. Manoseando los papeles, no encontró lo que buscaba. Apretó la mandíbula e inconscientemente apretó los dientes. Pasó rápidamente hoja tras hoja, con la esperanza de encontrar los papeles que estaba seguro de haber dejado allí.

¡Maldita sea! ¿Dónde diablos dejé eso?

No tenía nada en su apartamento. Guardaba pocas cosas en su casillero de la granja. Consternado, metió los papeles en la carpeta y devolvió la caja al armario. La tapó con ropa vieja, cerró la puerta con cuidado y miró por la ventana. Abajo, su padre estaba encorvado sobre su huerto. Nwin sintió un ligero temor mientras intentaba inventar una excusa para salir sin detenerse a saludarlo.

Pateó el escritorio al darse la vuelta para salir de su habitación. Se golpeó la frente con el puño varias veces, intentando recordar algo, reactivar un circuito. *¿Dónde está?*

Al pie de las escaleras, dudó un momento, y finalmente se dio la vuelta y salió al patio trasero. "Hola, papá".

Jeffrey Roberston se giró de rodillas al oír la voz de su hijo y vio a un hombre rubio, y se desorientó brevemente antes de darse cuenta de que era Nwin.

—Hola. Ven aquí y ayúdame —propuso, sabiendo que Nwin tendría una excusa para no ayudar.

Me tengo que ir. Solo quería saludarte, ¿vale?

¿A qué viene tanta prisa? ¿No puedes dedicarle un minuto a tu viejo?

Los músculos de Nwin se tensaron. *¿Es que nunca puede decir simplemente "hola" y "adiós"?*

—Papá, de verdad, ya llego tarde a mi turno de la tarde. Quizás la próxima vez, ¿vale?

Jeffrey murmuró para sí mismo: "¡Un trabajo mucho más interesante que *este!*", pero Nwin ya había salido por la puerta y bajaba la colina. Jeffrey regresó a su jardín y reanudó la escardadura, con los hombros aún más hundidos. Se sentía aún más decepcionado cada vez que Nwin confirmaba que seguía trabajando en la granja.

Nwin dejó que la colina lo arrastrara hacia abajo, escupiendo al suelo. "¡Mierda!" Metió los puños apretados en los bolsillos, con la chaqueta encajada entre el brazo y el estómago. Olvidando de inmediato a su padre y la tensión

familiar entre ellos, sus pensamientos se dirigieron al diagrama desaparecido.

Llegó al pie de la colina, donde Precita Creek, y comenzó a cruzar el puente de madera pulida de Harrison Street, uno de los varios que servían al tráfico peatonal entre Bernal y el Distrito de la Misión. Se curvaba dramáticamente hacia arriba y hacia abajo, con un patrón vago de los puentes japoneses tradicionales. Nwin se detuvo a mitad del tramo y se inclinó sobre la barandilla, mirando hacia abajo al agua que corría. A lo largo de las orillas crecían densos sauces, pequeñas pozas se arremolinaban junto al arroyo principal. Los peces revoloteaban en el arroyo. Los veteranos y los niños pescaban desde el puente, bromeando ruidosamente unos con otros y contando chistes. Una vez había sido uno de esos niños, pero no le gustaba pescar. Prefería ver el río correr, lanzando un palo de vez en cuando para atrapar la corriente. Ahora estaba de pie sobre el agua, sin ver nada, perdido en sus pensamientos.

¿Quién demonios era esa tal Nance? «No hay suficiente odio por aquí, y sin embargo, hay tanto que odiar...». Las palabras resonaron en su cabeza.

Odiaba a su padre. Odiaba San Francisco. Odiaba muchas cosas. ¿Las cosas que le gustaban? No pensaba en ellas. Le gustaba sentarse a contemplar el río, observar al zorro en su guarida cerca de sus parterres en el trabajo, dormir en el

césped bajo un sol abrasador. Pero nunca *pensó* en que le gustaran estas cosas, simplemente le gustaban.

Miró a los pescadores y frunció el ceño. Estaban muertos de risa, y Nwin supo que sería una broma tonta. Un niño estaba hurgando en algo de su cubo; probablemente habían metido un cangrejo de río o algo así.

Caminó por el puente y cuando pasó junto a uno de los cubos, le dio una patada brutal, haciéndolo rebotar contra la barandilla, derramando el agua y un pez desamparado, que se revolcó indefenso sobre los tablones pulidos del puente.

"Oye, ¿qué carajo estás haciendo?" gritó el dueño del cubo, caminando hacia Nwin.

Nwin lo fulminó con la mirada y se alejó a paso rápido del puente para seguir su camino. El hombre se giró para recuperar su pescado, sacudiendo la cabeza y mirando a Nwin con enojo.

Capítulo V

¡Claro que pueden tomarse vacaciones! ¡Queremos que se tomen vacaciones! —gritó un hombre alto con barba descuidada y gafas, poniéndose de pie para hablar a la multitud en la esquina noreste del parque Washington Square. Eric estaba sentado cerca, observando.

¡Bien! ¿Pero quién va a controlar esto? ¿Quién se encargará de planificar y asegurarse de que no nos quedemos sin provisiones básicas? Está bien que me digas que me vaya, pero no veo a nadie asumiendo la responsabilidad. ¿Cómo vas a hacerlo si no estoy aquí? Una mujer que no parecía tan vieja como sonaba se sentó bruscamente y cruzó los brazos, con una mueca de furia en el rostro.

Una mujer mayor, con la espalda encorvada tras años de dolor artrítico, se levantó de su asiento. El público, que había estado zumbando como un enjambre de abejas, se quedó en silencio de repente. La mujer levantó el brazo de su chal y señaló hacia la colina que se alzaba sobre ellos. "Sabes que llevo aquí mucho tiempo".

"¡Sí!", gritó alguien en las primeras filas. Eric observó que la mayoría de los presentes miraban expectantes al orador, quien era anciano comparado con todos los demás.

He visto a mucha gente ir y venir durante los últimos 53 años. Ha habido crisis y muchas veces en las que las cosas parecían arreglarse solas. —Hizo una pausa para respirar hondo y reunir fuerzas para proyectar su voz—. Quiero que todos se detengan un momento. Están alterados y se lo están tomando demasiado en serio.

Los aplausos se escucharon desde varios puntos del césped.

Ahora, Susan, necesitas unas vacaciones. ¡Confía en el jardín! Puedes irte y nosotros nos encargamos. No eres la única que se preocupa por la continuidad, aunque a veces creas que sí. Sé mucho, aunque ya no siempre esté disponible para ayudarte, y hay otras personas perfectamente capaces de cubrir tu lugar. ¡Y sí, tu lugar es MUY GRANDE! Te queremos y queremos que vuelvas. Pero respira hondo y recuerda: nadie es indispensable. Si el

trabajo aquí es importante, y lo es, la gente lo hará. Así de simple.

Más aplausos y vítores para Jane Johnson, la “conciencia” de Telegraph Hill según muchos.

Susan se levantó de nuevo y dijo: «Bueno, mira, voy. ¡Diablos, yo también quiero ir!».

“¡JA!” gritó alguien desde atrás y muchos se rieron.

Susan miró fijamente hacia las risas, pero levantó las manos hasta que todos volvieron a escuchar.

Estaré aquí una semana más antes de poder organizar mi vida lo suficiente como para irme. Organicemos el traspaso para que no haya hueco cuando me vaya. Estaré fuera al menos seis meses, quizá más, así que tendrás mucho trabajo, ¡créeme!

Eric se levantó y cruzó el parque. Un equipo de pintores yacía despatarrado bajo un árbol, con un picnic extendido sobre una lona. Los pintores no hablaban mucho; dos dormitaban mientras otros dos jugaban al ajedrez, y los dos restantes contemplaban los árboles en silencio. Un terreno en una esquina estaba lleno de bicicletas, y una pequeña caseta al lado bullía de actividad. Eric se acercó, pensando que tal vez un paseo en bicicleta sería justo lo que necesitaba para las próximas dos horas.

En el perímetro del estacionamiento de bicicletas, se encontró detrás de dos personas que entregaban sus bicicletas al encargado en la caseta bajo un cartel que la identificaba como "Washington Square Velome". Esperó pacientemente, admirando los tranvías que pasaban y moviendo el pie al ritmo de la contagiosa música de baile que salía de un bar al otro lado de la calle.

Pronto llegó su turno. "¿Qué puedo hacer por usted?", preguntó el hombre canoso, un anciano con dientes faltantes y cabello sucio y enredado apenas oculto bajo una gorra.

“¿Tienes autos prestados?” preguntó Eric.

—Claro que sí. Elige la que prefieras —dijo, señalando la flota estacionada en la esquina. Volvió a su banco de trabajo.

Eric eligió una hermosa máquina plateada con detalles rojos, llamada Silver Fox. Empezó a sacarla y luego se dio la vuelta, llamando al mecánico. "Oye, ¿tengo que traer esto aquí o…?"

“No, hombre, déjalo en cualquier lugar, hay velomes[5] por todos lados”.

“¡Genial, gracias!” Y se fue.

5 Establecimientos de distribución de bicicletas y patinetes.

Recorrió en bicicleta una cuadra por Columbus y se sumergió en la multitud. Las mesas de los cafés abarrotaban los laterales de la avenida, dejando poco espacio para avanzar, así que desmontó y empezó a caminar. Elegantes parejas paseaban del brazo por el centro de la calle, mientras la gente corría por todas partes. Intensos aromas asaltaron su nariz: carnes asadas, flores perfumadas, salsas tentadoras, lúpulo fermentando y los olores naturales de humanos y animales, que de alguna manera eran más pronunciados de lo que solía percibir. Niños corrían entre las piernas de los adultos, persiguiéndose, aullando de alegría al atrapar a sus presas.

Eric se detuvo en seco cuando un hombre que empujaba una carretilla de mano cargada con revistas atadas apareció en su camino. Los malabaristas lanzaban bolos de un lado a otro a su derecha, mientras que calle abajo a la izquierda podía ver un baile al aire libre en marcha, parejas con disfraces desde vestidos de gala hasta la última moda, batas de hojas tejidas. Estas prendas tenían una gran demanda. Inventadas por diseñadores de San Francisco el año pasado, habían sido adoptadas con entusiasmo no solo aquí, sino en todo el mundo. Las batas de hojas se entraban sobre la cabeza como un poncho, y consistían en hojas intrincadamente tejidas diseñadas para mayor durabilidad, aguante y resistencia al agua. Una vez que se publicó la fórmula de la semilla, comenzaron a aparecer variaciones. En la pista de baile frente a él, Eric pudo ver media docena de

tipos de hojas, hermosas mezclas verdosas junto a arreglos caóticos de amarillos, rojos y naranjas.

Al ver la oportunidad, se desvió hacia la derecha subiendo por Vallejo, un sendero fresco y sinuoso bordeado de pequeños árboles y arbustos. Los tendederos cruzaban de un lado a otro, unidos a los pisos superiores del edificio. Colgaban de los tendederos ropa tendida y pancartas de colores, incluyendo una de un gran árbol que decía simplemente "¡Los jardines crecen... crecen los jardines!".

Eric cabalgó lentamente por el sendero, esquivando a niños pequeños que construían castillos con pegotes de barro frente a una casa victoriana de tres pisos, elegantemente pintada. En Stockton, avanzó rápidamente sobre las vías del tranvía hasta la parada de tranvías que se dirigía al sur, hacia la colina a lo lejos. Ahora se encontraba en un barrio típicamente chino. Contenedores de frutas y verduras bordeaban las aceras, mientras una densa multitud maniobraba. Los olores también cambiaron, aunque no pudo identificar ninguno de los nuevos y extraños olores. Observó grupos de bicicletas y peatones esperando en una calle lateral mientras cruzaba, y después de otra cuadra se encontró con un grupo de ciclistas ya detenidos, esperando a que un teleférico cruzara frente a ellos, junto con varias docenas de ciclistas y peatones. El tráfico vehicular incluía cada vez más bicicletas de carga de todos los tamaños y formas, algunas con grandes contenedores cerrados delante, otras arrastrando remolques voluminosos cargados

con telas, cajas de productos agrícolas y, en un caso, apilados en varios cuadros de bicicleta.

Avanzó lentamente para ver la calle transversal. A su derecha, la calle parecía ascender casi verticalmente. Un teleférico ascendía lentamente, mientras algunos ciclistas se agarraban a los lados, subiendo la colina sin que nadie les diera un respiro. Otros ciclistas bajaban la cuesta a toda velocidad, con mechones de pelo sueltos al viento. Eric, con timidez, se pasó la mano por su corto cabello castaño.

Continuó su camino, pasando junto a una larga franja de palmeras que parecían centinelas. Al acercarse a la cima de la colina, se topó con unas ruinas de cemento desmoronadas con un letrero: «Antiguo túnel de Stockton: Destruido en el terremoto de 2044». Vides y hiedra crecían densamente sobre la mayor parte, incluyendo las ruinas de los edificios cercanos. Continuó subiendo la colina. Tras una corta curva, el pavimento dio paso a una superficie de grava endurecida, atravesando más jardines. El dulce aroma del naranjo y el limonero aligeraba la subida, y saludó a unas amables jóvenes que podaban árboles y cantaban.

Cerca de la cima, vio un grupo de pequeñas tiendas alrededor de un patio lleno de mesas. El movimiento en el patio despertó su curiosidad, así que se detuvo para tomar un descanso e investigar. Aparcó su bicicleta con otras personas y entró en la cafetería de al lado.

“Hola, ¿qué puedo ofrecerte?” dijo un joven ansioso, levantando la vista de un libro.

“Oh, un té helado, por favor.”

El hombre se acercó a la hielera y sirvió un vaso alto de una jarra, una copa inusual, de copa acanalada. En la amplia copa, Eric encontró su té adornado con varias rodajas de naranja y limón frescos.

“¿Seguro que no quieres probar uno de estos?”, ofreció el propietario, ofreciendo un plato con pequeños hojaldres y rodajas de limón confitado.

Ya a medio camino de la puerta, Eric se dio la vuelta cortésmente y tomó un hojaldre, sin querer ser grosero. Cuando se acomodó en una silla de la esquina del patio, dio un largo trago a su bebida y luego mordisqueó el hojaldre. Era sorprendentemente ligero, con una delicada crema de limón en el centro. *¡Mmm!* El té helado también estaba bueno.

En la mesa de al lado, varios trabajadores con delantales y manchas de tinta revisaban un gran volumen. "Miren esto", dijo una mujer con el pelo canoso recogido en una larga cola de caballo. "No podemos permitir este recorte tan descuidado; miren lo que le hace a la encuadernación".

“Sí, me di cuenta de que el corte de ayer fue muy malo. No podemos seguir teniendo a nadie que venga

despreocupadamente pensando que puede ayudar. Ya lo he dicho antes, pero ¿no crees que podríamos hacer toda nuestra operación entre nosotros y los aprendices?" El hablante, de espaldas a Eric, era un tipo corpulento con una cabeza de cabello negro azabache muy espeso. Cuando miró a su izquierda, Eric notó una barba densa a juego. La vista poco favorecedora desde el asiento de Eric reveló la espalda baja del hombre que se extendía por su camiseta y jeans. *¿Cómo es que tipos como esos no notan el aire en sus traseros?* Él mismo era tan consciente de sí mismo que no podía imaginarse siendo tan inconsciente.

"¿De dónde vamos a sacar aprendices, Henry, si no les damos la oportunidad de probar? Creo que deberíamos dejar de darles a los trabajadores de Annuals nada que requiera capacitación real. Y, seamos sinceros, incluso manejar esa podadora requiere cierta habilidad", argumentó el tercero en la mesa, un hombre demacrado cuyos ojos hundidos y pómulos marcados reforzaban la intensidad de su discurso.

—¡Chicos! —suspiró la mujer—. ¡Hemos tenido esta conversación un millón de veces!

—Marta… —pero Henry fue interrumpido por el Sr. Cheekbone, quien levantó las manos y se levantó de la mesa—. Oye, tienes razón, y de verdad que no quiero volver a pasar por esto. Vamos a ponerlo en la agenda de la reunión de personal, ¿vale? Pero ya sabes que todo se reducirá a lo

que queramos hacer, ya que aquí somos los de por vida. — Miró a su alrededor al terminar y notó que Eric estaba atento a la conversación.

"Bastante interesante, ¿eh?", dijo con tono autocrítico.

—Oh, lo siento, no quise escuchar a escondidas —protestó Eric, sonrojándose profundamente.

Henry se dio la vuelta y sonrió, extendiendo la mano y dándole una palmada en el muslo.

—Tranquilo, chico. Hacemos esto siempre. ¡Aquí no hay secretos de Estado, eso seguro! —¿Son editores? — preguntó Eric.

—Sí —dijo Marta—. Mira, mira, en esto estamos trabajando ahora mismo. —Señaló el prototipo sobre la mesa e invitó a Eric a acercarse.

Se levantó y se unió a ella mientras Henry y el Sr. Cheekbone se daban la vuelta para marcharse. Marta presentó a sus compañeros: «Este es nuestro talentoso fundador, Henry Chadsworth, y su leal, aunque discutidor, socio, Bernie Wadsworth. Soy Marta Rivera, la tercera, pero necesaria rueda de esta empresa inestable», sonrió y extendió la mano.

Eric todavía se sentía avergonzado por haber sido descubierto escuchándolos, pero entendió la situación y le

dio un manotazo a Marta: "Soy Eric Johanson, acabo de llegar ayer de Chicago. Encantado de conocerte".

Tras un rápido vistazo a su hermoso volumen, con sus elegantes láminas a todo color con ilustraciones intercaladas con poesía y cuentos, aceptó la invitación para visitar su taller. Cruzaron el patio y entraron bajo el letrero de "Libros que Valen la Pena".

A un lado, Eric vio a Bernie encorvado sobre una amplia encimera, grabando en un gran bloque de madera. Una vieja imprenta ocupaba el suelo, rodeada de viejos escritorios y sillas de madera, un enorme diccionario sobre un pedestal y varios escritorios de persiana a lo largo de la pared del fondo. Henry, con una visera verde, se sentó en uno de los escritorios examinando un manuscrito. El olor a tinta, metal y madera casi despertó en Eric recuerdos genéticos; sabía que sus antepasados habían trabajado en periódicos. Los diarios familiares describían talleres que este lugar parecía replicar, hasta en los blocs de papel secante y los cajones metálicos de la tipografía.

Miró a su alrededor, maravillado por el equipo antiguo y el aura de profunda artesanía. "¡Esto es precioso!", exclamó.

"¿Te gusta?", sonrió Marta. "La verdad es que no te invité sin una pequeña esperanza... Reclutar gente nueva para mantener este tipo de lugar es una de nuestras responsabilidades más difíciles".

—Bueno —dijo Eric con reticencia—, no creo estar listo para comprometerme. Pero gracias, quiero decir...

Marta parecía un poco desanimada, pero se recompuso y dijo: «Claro, no hay problema. Acuérdate de nosotros cuando estés listo, ¿vale?». Y dicho esto, se dedicó a su trabajo. «Echa un vistazo», hizo un gesto.

“Gracias, me gustaría.” Marta señaló hacia la esquina del fondo, donde una puerta abierta conducía a otra habitación.

Eric admiró estanterías llenas de libros mohosos, docenas de herramientas y máquinas desconocidas. Entró en una habitación blanca y limpia donde dos mujeres con batas estaban sentadas, incongruentes, frente a ordenadores de décadas de antigüedad. Grandes plotters e impresoras dominaban el fondo de la habitación, y una enorme mesa de trabajo central estaba cubierta de montones de papeles. Una joven aburrida caminaba lentamente alrededor de la mesa, recogiendo una hoja a la vez de las pilas y formando una nueva pila con las páginas intercaladas en una mesa aparte. Saludó a Eric con la cabeza cuando apareció en la puerta.

Las dos mujeres frente a las computadoras miraban fijamente sus monitores y no notaron a Eric. Echó un vistazo rápido a su alrededor y se fue, desandando el camino por el antiguo taller, agradeciendo a sus nuevos conocidos su

tiempo y hospitalidad. Al salir de nuevo al patio, notó que todas las tiendas que lo rodeaban eran editoriales o librerías.

Eran casi las cinco. Mientras montaba en su bicicleta, varias personas salían en tropel de los diversos talleres, algunas dejándose caer en los asientos de las mesas del café, otras dirigiéndose hacia sus bicicletas o saliendo a la luz del atardecer. «Fin del día», pensó.

De nuevo sobre dos ruedas, avanzó media cuadra y, para su sorpresa, llegó a California. A su izquierda, la bahía descendía unas cuadras detrás de la Estación de California. Y un poco más adelante, adentrándose en el agua, se alzaba la Pinza. Bajó sin problemas ladera abajo, con el aire fresco de la tarde, frenando a fondo, temeroso de perder el control y chocar contra la Estación. Pero llegó sin incidentes, dejó la bicicleta en el velome de la Estación y subió a un taxi que partía con una docena de pasajeros en dirección al hostal.

Capítulo VI

La pala y el rastrillo se detuvieron con un ruido sordo, y Nwin los arrojó a un rincón. Se quitó el delantal de trabajo, lo colgó en la puerta de su casillero junto con su cinturón y se dirigió al fregadero para lavarse.

Angelo, Tina y Beth entraron por la puerta del granero, riendo a carcajadas. Angus los siguió un minuto después, con el ceño fruncido.

Tina no paraba de aullar, y Beth le daba puñetazos a Angelo juguetonamente. "¡No puedo creerlo! ¡Vas a pagar por eso...! ¡Sabes que sí!"

Nwin se miró en el espejo de pie junto al fregadero, observando impasible a sus compañeros. Angus guardaba sus herramientas, lavando con cuidado las paletas, las tijeras

de podar y las tijeras pequeñas. Vio a Nwin en el espejo y asintió y bajó la mirada para terminar de lavarse las manos.

Se quedó de pie frente a su casillero nuevamente cuando Angus pasó y le preguntó: "¿Visitaste el estanque del sur hoy?"

—No. Estuve trabajando en las rosas de la calzada. — Señaló el cubo que había dejado sobre la mesa, lleno de bellezas de tallo largo destinadas a la mesa del Crossroads.

Angus examinó las rosas, gruñó algo evasivo y se dirigió al fregadero. "Encontré plantas pisoteadas en el estanque del oeste... ¡Me cabrea!" Se echó agua en la cara. "¿No has visto a nadie jugueteando en los bordes?", preguntó acusadoramente.

Nwin sabía lo que venía. "No, hombre, no he visto nada", se encogió de hombros, cerró su casillero y se dirigió a la puerta.

Tina y Beth también lo vieron. "Oye, Angus, ven a fumar un porro con nosotros, ¿quieres?". Pero Angus estaba seguro de que Nwin sabía quién había estado dañando su trabajo durante las últimas semanas. Para Angus, todos los adolescentes formaban una gran conspiración para arruinarlo todo, y cuando aparecía un daño inexplicable, siempre sabían a quién culpar.

—Nwin, diles a tus amigos que paren. ¡Si los atrapo, se arrepentirán!

Nwin ya había protestado varias veces contra las acusaciones de Angus durante las últimas semanas. "¡Eres un imbécil!", declaró, y con esa nota, Nwin salió del taller hacia la luz dorada del atardecer, mientras la niebla comenzaba a extenderse sobre las colinas del oeste.

Se subió a su bicicleta y empezó a pedalear por la sinuosa veloway[6] hacia Mission District. *¡Mierda! Olvidé llevar esas flores a la mesa... Bueno, Angus lo hará. Le dará otra excusa para estar enojado conmigo.* Frustrado, pedaleó más fuerte. El viento de la niebla era vigorizante, se sintió renovado. Los Willows se alzaban a su izquierda, el césped lleno de gente sentada escuchando jazz en vivo en el cenador ornamentado. El olor a pollo asado salía de la cocina pública, y una pequeña fila de personas esperaba para unirse a la fiesta y agarrar un plato de uno de los mejores *pollos asados de la ciudad.* De repente hambriento, Nwin salió de la veloway y cruzó Mission Creek por el pequeño puente rústico. Dejó su bicicleta entre unas pocas docenas de otras en un pequeño estacionamiento y se dirigió al pollo.

---

6 Autopista para bicicletas. En 1897 Horace Dobbins, inventor y empresario estadounidense, presentó la Cycleway Pasadena, una autopista elevada exclusiva para bicicletas que uniría Pasadena con el centro de Los Ángeles. En España se le suele denominar carril bici.

"¡Hola, Nwin!", le saludaron una pareja que conocía, Hank y Susan, que estaban con un grupo al otro lado del césped. Vio algunas caras conocidas. Sin ganas de socializar, les devolvió el saludo y consideró irse apresuradamente. Pero el hambre arreciaba bajo el impulso de su olfato, así que decidió quedarse a comer. El público estalló en aplausos y gritos de alegría cuando el conjunto interpretó un clásico.

Nwin esperaba a que los cocineros le sirvieran ensalada y pollo. "¡Hola, amigo! ¿Claro u oscuro?", preguntó un hombre jovial y barbudo con delantal y gorro de cocinero.

“¡Dame esa pechuga jugosa de ahí!” señaló Nwin.

"¡Disfruta!", exhortó el cocinero, dejando caer el plato estrella en el plato de Nwin. Una mesa a un lado estaba cubierta de folletos sobre la granja avícola que proporcionaba la comida y los restaurantes y cocinas del pueblo a los que abastecían. Había fotos de la granja, con gallinas sonrientes entre pirámides de huevos en una bucólica granja al atardecer, iluminada por un cielo rosa y naranja.

"Oye, amigo, ¿qué es lo último?", preguntó Hank mientras Nwin se sentaba.

—Oh, no mucho... Pasé la tarde desherbando y podando rosales. Luego me dio una buena bronca ese viejo del trabajo porque alguien le pisoteó las plantas de arroz. ¡Lo sabe todo!

O eso cree... Los problemas los causan los jóvenes, y como yo soy joven... bueno... —Nwin dio un buen mordisco al pollo.

—¡Mi abuela es así! —exclamó Susan—. Siempre culpando a los jóvenes de todo, como cuando algo se rompe o tarda en arreglarse o reemplazarse. Supongo que necesitan un chivo expiatorio.

“Es una ruina. No voy a aguantar mucho más si sigue saltándome encima”, dijo Nwin. “Qué lástima, es un buen lugar. Ya llevo seis meses y... mis rosas. Las echaré de menos, junto con el zorro que se mudó hace unos meses. Deberías venir a verlo con sus crías”.

"¿Dónde está el zorro?" preguntó Hank.

Tras tragarse el pollo con un buen trago de agua, Nwin continuó: «Tiene una guarida bajo el castaño de Indias grande, cerca de donde la Calzada desemboca en Potrero Hill. Los tuvo hace un mes; los tres pequeños ya han empezado a explorar».

—¡Rocío![7] Voy a pasar pronto a echar un vistazo. No está muy lejos de mi casa —dijo Hank.

---

7 La palabra Dew, Rocío se utiliza con frecuencia en la novela como exclamación. "Mountain Dew" era originalmente una jerga sureña o escocesa-irlandesa para referirse al aguardiente casero (es decir, whisky o poitín casero), una referencia a la canción folclórica irlandesa de 1882 "The

La música se detuvo de nuevo. Aplausos. Nwin terminó su ensalada mientras la banda comenzaba con otro éxito del público. Se recostó y eructó. Anocheció. Luces cálidas iluminaban el cenador y el borde del césped. Pequeñas luces de tormenta y velas comenzaron a brillar creando un ambiente acogedor, pequeñas llamas anaranjadas danzando alrededor del público, de unas 150 personas. La banda estaba bien, pero pronto Nwin se hartó. Además, hacía frío y viento a medida que el anochecer absorbía la última fuerza de la niebla que se cernía sobre él.

Se puso de pie, saludó a Hank y Susan y se despidió. En su bicicleta, cruzó el puente hacia la vía rápida, donde un grupo de ciclistas pasaba en todas direcciones. Esperó un hueco y se unió a la corriente, rumbo al oeste.

Unos minutos después, giró desde el veloway junto al arroyo hacia Dolores Street. Un denso huerto de limoneros se extendía a un lado de la calle frente a las casas, con majestuosas palmeras antiguas bordeando el centro. Al otro lado, un estrecho veloway serpenteaba entre hermosos arbustos. Cuesta arriba, más allá de una acera multicolor llena de mosaicos, se encontraba Dolores Park. Estaba a punto de entrar en el parque cuando vítores exuberantes y estridentes instrumentos de metal resonaron desde la calle 19: un desfile improvisado de tragafuegos, zancudos, gente

---

Rare Old Mountain Dew". Así mismo la palabra Dew, es utilizada en relación con la niela de la ciudad.

esparciendo flores de cestas, un pequeño coro de cantantes casi inaudible detrás de dos trombones, cuatro trompetas, una tuba y media docena de trompas. Los cantantes tenían los brazos sobre los hombros de los demás, y prácticamente todos en el disparatado desfile se movían de un lado a otro, perdidos en el momento.

Esto no era inusual. Algunos días era imposible cruzar la ciudad sin encontrarse con dos o tres desfiles. Vio una o dos caras conocidas entre la multitud, pero nadie cercano, así que giró cuesta arriba y caminó con su bicicleta hasta la cafetería del parque. El desfile lo siguió y, tras quince minutos bulliciosos de aplausos y bailes, se disolvió. La cafetería pronto se llenó de la euforia postmarcha.

Nwin se acomodó en un rincón resguardado del viento para saborear un espresso oscuro y contemplar el púrpura intenso que se desvanecía en el cielo lejano. Un gran cartel, desprendido de la pared lateral del café, ondeaba al viento. "¿Quién es el Monarca del Capuchino?", gritaba el gran titular del cartel, anunciando un próximo concurso para el mejor barman de San Francisco.

Dos jóvenes aparecieron junto a él. "Oye, Nwin, ¿qué pasa?"

Nwin reconoció vagamente a uno de ellos. "Uuhh, hola", dijo sin comprometerse.

Oye, ¿no te acuerdas de mí? Estábamos juntos en aquella clase de reparación de bicicletas en el Precita Levee, ¿recuerdas? Serge. Y este es Tran —dijo, presentándome al chico más bajo. Tenía el pelo negro y liso, ojos azules, piel morena y párpados planos.

—¿Entonces, estás en un club de ciclismo? —preguntó Serge. Llevaba la camiseta del Billy Goat Hill Club, verde Kelly, una cabra blanca montada sin elegancia en un gran triciclo que descendía a toda velocidad por una colina anónima.

—No, hombre, nunca me apunté. Ahora soy jardinero.

Tran apartó la mirada y se puso las manos en las caderas. Exhaló con bastante fuerza, y Serge se sintió avergonzado.

—Oh... Oye, bueno, nos vamos, me alegro de verte. ¡Nos vemos! Y se fueron.

La lucha política entre el Partido del Jardín y los Primeros del Tránsito dejaba a Nwin indiferente. Había escuchado los argumentos de cada facción, pero nunca se dejó convencer por ninguna. Le gustaba su trabajo de jardinero y consideraba su bicicleta práctica. No le preocupaba el tráfico normal, ni creía que los espacios abiertos y los jardines escasearan. En su opinión, todo parecía estar bien, lo que le valió el desprecio de los militantes de todos los bandos. En realidad, no le importaba. Tenía sus propias ideas.

Su irritación incipiente se olvidó rápidamente al ver a Valentina y a una amiga entrar al patio del café. Valentina había trabajado en el Tazón de Arroz unos días y luego se fue. Durante esos días, Nwin se enamoró perdidamente de ella, y cuando dejó de ir, se preguntó cómo encontrarla. Allí estaba, se sentó al otro lado del café. Reía, mostrando todos sus dientes, y Nwin sintió una punzada en el corazón. Él contempló sus largas piernas y su exuberante y ondulado cabello castaño. Llevaba una pequeña chaqueta negra de satén y unos vaqueros ajustados que acentuaban sus piernas. Junto a ella, sentada, una chica regordeta y alegre, con un overol rojo y una camisa amarilla, sus largas trenzas negras adornadas con plumas y retazos de tela de colores.

Sabía que tenía que ir allí, hablar con ella, averiguar dónde vivía. Pero no podía moverse. Mirando su café, pensó en irse rápidamente.

Seguía sentado allí. Miraba furtivamente a las chicas, absortas en la conversación, pero Valentina no lo miraba. Si lo hacía, ¿qué haría? Tomó un periódico abandonado de una mesa cercana y se sumergió en él. Leyendo sin absorber nada, finalmente dejó el periódico. Valentina y su amiga desaparecían entre los arbustos cuando sus ojos las encontraron.

¡Chingado! Tiró el periódico de vuelta a la mesa de al lado, se cruzó de brazos y se quedó mirando al vacío. Su corazón

latía demasiado rápido, pero el miedo venció al deseo y no se levantó.

Se sintió estúpido. *¿Por qué no fui a saludarla?*

Había estado dando vueltas por un tiempo, con la esperanza de cruzarse con ella de nuevo. Estaba completamente oscuro ahora, así que se detuvo para ponerse su chaleco reflectante y encender las luces de su bicicleta. Su propio atuendo era bastante modesto al lado de algunas de las bicicletas iluminadas descontroladamente por la ciudad. Solo usaba intermitentes morados brillantes en la parte trasera y un pequeño faro en la delantera. Pero otros iluminaban las veloways con tubos de neón chillones, espectáculos de luces que entrecruzaban sus manillares y cuadros. Un tipo había creado un pequeño sistema de proyectiles desde el cual su bicicleta lanzaba pequeños grupos de bengalas. Mientras pedaleaba, flotaban brillando y luego se apagaban antes de llegar al suelo.

Nwin apenas se dio cuenta mientras pedaleaba sin rumbo. Rodeó el Estanque del Mercado y se dirigió hacia el Wiggle. Tras cruzar una puerta arqueada verde, rodó junto a un largo muro antiguo que había conocido tiempos mejores. Al otro lado del muro solía haber una especie de almacén o gran almacén. Ahora era una loma cubierta de hierba que descendía hacia el Estanque del Mercado.

En el muro desmoronado de 110 metros de largo se encontraba un antiguo mural de finales del siglo XX. Un ingenioso mural dentro del mural mostraba la ciudad, comenzando desde un centro anterior al diluvio, lleno de coches y bicicletas, y pasando por encima de sí misma para mostrar el río Hayes, que se transformaba en un sendero hacia el oeste hasta la playa, donde una enorme serpiente se convertía en una huella de bicicleta. El mural se consideraba un tesoro cívico de tiempos pasados y se habían hecho grandes esfuerzos para salvarlo tras sucesivos terremotos y grandes tormentas.

Al final del muro, cruzó el caudaloso arroyo y el imponente puente Sans Souci, evitando a los ciclistas que se acercaban. El veloway seguía el sinuoso curso del río Hayes, con sauces y laureles salpicando las orillas, junto con acacias y altramuces. Muchos tramos a lo largo del arroyo daban a las casas circundantes, en su mayoría antiguas casas victorianas que se alzaban elegantemente junto a este cauce desde que fue enterrado bajo alcantarillas de cemento hacía mucho tiempo. Los exuberantes jardines que llenaban el pequeño valle desprendían una salvaje variedad de aromas dulces y orgánicos a la luz de la luna.

Tenía otra hora antes de llegar a la calle Polk. En la concurrida intersección de las calles Haight y Rexroth, se cruzaban las ciclovías. Se detuvo y dejó las ruedas en la ciclovía junto a la heladería Real Authentic Organic. Una

joven mujer dentro del establecimiento no le prestó atención y él apenas la miró.

Se unió a una corta fila en la heladería, arrugando la nariz ante la extraña combinación de dulzura y sudor que impregnaba el lugar. "¿Qué te pongo?", preguntó una alegre mujer canosa cuando llegó su turno. "Dame una bola de Old Gym Socks" [Calcetines viejos de gimnasio], sonrió con suficiencia.

Sonrió preocupada. "¿Sigue igual de mal, eh? Hemos estado intentando quitar ese olor, pero con tantos ciclistas que pasan por aquí, sigue volviendo. ¡Lo siento!"

Sí, huele bastante raro. Oye, pero me apetece una bola de fresa.

La mujer le entregó su cono mientras le gritaba por encima del hombro: "Frank, ¿podrías subir el ventilador al máximo, por favor?"

Nwin volvió a salir al aire nocturno, solo para ser azotado por el escape de la tienda, una dosis concentrada del mismo dulzor sudoroso. Caminó rápidamente por la calle hasta un banco junto al arroyo. Sintió frío al comer su helado, entre el frío del arroyo y la niebla que se arremolinaba en el cielo. No pudo terminarlo y tiró las sobras a los arbustos.

“¡Eso es repugnante!”, reprendió un anciano que caminaba con un bastón.

Nwin siguió caminando, ignorando la exigencia del hombre de que recogiera su cono del arbusto. En la siguiente cuadra llegó al bar Caballo Reidor y se agachó. Una charla bulliciosa inundaba el bar lleno de humo. Nwin no vio a nadie conocido, así que retrocedió rápidamente. Al otro lado del arroyo, un bar de fideos parecía tentador. Se detuvo en la orilla e intentó cruzar, pero el arroyo corría con fuerza y se había mojado con esa clase de maniobra en arroyos por todo el pueblo. A pesar del frío, la pereza lo venció.

Río abajo, cruzó una pasarela y regresó al Noodle Bar. Estaba oscuro y vacío, pero olía bien. Tiró la chaqueta sobre un asiento lejos de la puerta. Una mujer salió de la cocina y se le acercó. Cuando Nwin por fin la miró, se quedó atónito, pues se parecía muchísimo a su madre.

"¿Qué te pongo, cariño?", dijo, mascando chicle con la mano en la cadera y balanceando una toalla. Nwin le sonrió, sintiéndose inmediatamente como en casa. "Fideos con champiñones", sugirió. "Listo". Volvió a la cocina y momentos después regresó con un tazón humeante de fideos en un caldo cremoso, con cebolletas y shiitakes[8] burbujeando en la sopa.

—¡Gracias, huele genial! —dijo Nwin con entusiasmo—. Oye, ¿cómo se llama este sitio?

---

8 La seta china o shiitake (Lentinula edodes) es una seta comestible de color marrón y aroma intenso originaria de Asia Oriental.

—Niggle Woodles —ofreció ella, y al ver su confusión, continuó con un dejo de resignación—, ya sabes, Wiggle Noodles[9], mi hijo lo invirtió.

—Ah, ya entiendo —dijo Nwin con una sonrisa y se puso a sorber su deliciosa sopa—. ¡Rocío! —le gritó mientras ella desaparecía de nuevo en la cocina.

“Me alegro cariño, hay mucho más si quieres”.

Tres personas entraron y se sentaron al otro lado del local, riéndose entre dientes de algún chiste. Nwin les devolvió el saludo familiar, aunque nunca los había visto. Sorbió su sopa con entusiasmo.

Mirando el gran menú de la pared, una de ellas, una mujer, exclamó a grito pelado: "¡Vaya, qué buena sopa!", y sus compañeras se unieron a ella en una risa afable. Nwin frunció el ceño. *¡Idiotas!* ¿Acaso no entendían la cultura de la apreciación de los fideos? Pero se mantuvo tranquilo y terminó su plato. Recuperó la calma y pronto se adentró en la noche, dejando cuidadosamente sus platos en la papelera y agradeciendo de nuevo a la dueña, maravillándose de nuevo de su parecido con su madre.

Las vides de jazmín perfumaban el aire exterior. Emocionado por el delicioso sabor de la sopa de fideos casera, Nwin respiró hondo, se metió las manos en los

9 Wiggle Noodles significa fideos ondulados.

bolsillos y caminó por el sendero hacia la pasarela. Era hora de ir al Café Hurricane y descubrir qué hacía esta extraña y aterradora mujer. Se frotó el brazo inconscientemente, donde ella lo había agarrado con fuerza.

Recuperó su bicicleta y comenzó hacia el norte por Rexroth, pasando Alamo Square, descendiendo hacia Western Addition. En Golden Gate, ingresó en Armstrong Diagonal, atravesó las puertas arqueadas y subió por la rampa que llevaba a los ciclistas por encima de todas las casas, jardines, arroyos y calles. Sus desgastados tablones de madera traqueteaban y crujían mientras corría, de tejado en tejado en una larga línea recta hacia Cathedral Hill. Las copas de los árboles y los jardines en los tejados daban la sensación de viajar por un bosque, pero esta era una veloway de tránsito rápido para cruzar la ciudad rápidamente. Nwin pedaleaba furiosamente, balanceándose ocasionalmente y rodeando a los ciclistas que serpenteaban. La Diagonal no estaba muy transitada por la noche, ya que la mayoría de la gente se quedaba en sus vecindarios. Además, no había muchas entradas o salidas a la vía principal.

Subiendo para encontrarse con Cathedral Hill, la Diagonal terminaba en el extremo este de Japantown. Una rampa en espiral de tres pisos lo llevó al nivel de la calle. La bicicleta de Nwin comenzó a tambalearse de esa manera reveladora. ¡*Mierda! ¡Otro pinchazo! ¡Es el tercero en dos semanas!* Su neumático silbó al desmontar y arrancó un clavo enorme del flanco. "¡Malditos equipos de carretera!", maldijo en voz

alta, suponiendo que algún miembro del personal de mantenimiento había abandonado el clavo en la Diagonal sin pensarlo. Miró a su alrededor y encontró un velome a poca distancia cuesta arriba. Empujando su bicicleta hacia la puerta, se acercó al mostrador a toda prisa. Dos tipos se levantaron, dejando sus pipas.

Exhalando una gran nube de humo de marihuana, un hombre alto y negro se acercó sonriendo y tomó la bicicleta de Nwin, tranquilizándolo. "¿Una llanta? No se preocupes, señor". El hábil mecánico colgó la bicicleta en el portaequipajes y en cuestión de segundos le quitaron la llanta. Antes de que se diera cuenta, el tipo estaba inflando la llanta reparada y se fue. "Toma, toma esto", dijo Nwin, y dejó un buen porro verde en el mostrador mientras se daba la vuelta para irse. "Oh, sí, muy bien, señor, gracias", dijo el mecánico con cariño mientras regresaba a su puesto y a su compañero fumador.

Ligeramente drogado por inhalar el aire denso del velome, Nwin cruzó la colina y bajó hacia Van Ness. Otro desfile pasaba, con las bocinas a todo volumen y un cuerpo de tambores cerrando la marcha en una carroza tirada por bicicletas. Con pancartas y banderas ondeando, esta celebración en particular incluía a docenas de ciclistas que clamaban por más veloways elevados. Los tranvías se habían amontonado, y Nwin esperó mientras la calle congestionada se desenredaba lentamente. Cientos de peatones abarrotaban la intersección, entrando y saliendo de los

numerosos teatros y cines de la zona. Finalmente, Nwin logró abrirse paso a través de la caótica intersección con el resto del tráfico.

En Polk Street, giró a la izquierda y aparcó su vehículo en el aparcamiento cercano. El Café Hurricane estaba en Cedar Alley. Tuvo que abrirse paso entre la densa masa de gente a la entrada del callejón, rebotando entre empujones, e incluso en un momento sintió una mano rozándole los pantalones. Se dio la vuelta, pero era imposible distinguir cuál de las docenas de hombres vestidos de cuero lo había manoseado. «¡Osooooo!», gimió para sí mismo mientras cuadró los hombros y siguió adelante.

Entró en el lúgubre bar, adaptándose a la tenue luz. Los clientes se relajaban en la barra y contra las paredes, en su mayoría hombres, vestidos casi siempre con cuero negro. Antiguas melodías de baile resonaban con fuerza en una gramola.

De repente, le inmovilizaron los brazos. Unas manos lo agarraron por detrás y lo empujaron hacia el fondo de la barra. Se retorció contra la atadura, pero no pudo escapar. Observó a Nance a un lado y a un misterioso hombre bajo y fornido, con un gran bigote y pobladas cejas negras, al otro. Cada brazo estaba sujeto con una tenaza.

Una pequeña puerta se abrió en la pared del fondo y lo empujaron, liberando finalmente sus brazos. Se tambaleó

contra una mesa, casi desplomándose sobre ella. Un tubo de neón azul en espiral colgaba sobre la mesa, y luces azules aún más tenues se alineaban en la pared del fondo. El inquietante resplandor de la habitación no iluminaba bien las oscuras siluetas en las sombras.

Nance apareció de nuevo a su lado. En voz baja, casi gruñona, se dirigió a él: «Mis compañeros no estaban seguros de que fueras a aparecer. Pero yo sabía que sí. Siéntate». Lo empujó hacia una silla. Él intentó mantener la calma, asustado y respirando con dificultad.

Capítulo VII

Debería haber salido. Eran las 22:15 y había cenado sin incidentes en el hostal, solo en un comedor desierto. Nada que ver con la multitud que había vuelto a "casa" a comer. Eric yacía en su litera, exhausto pero inquieto, con las imágenes del día revoloteando en su mente. Era difícil creer que hubiera llegado ayer por la mañana.

Un anciano roncaba al fondo de la habitación, encima de una de las diez literas, pero por lo demás estaba solo. Contempló las luces centelleantes de la ciudad durante lo que le parecieron horas. De repente, oyó risas y silbidos mientras la gente entraba a trompicones, borracha, en la habitación. Se tapó la cabeza con las sábanas, intentando dormir al menos un poco.

A la hora del desayuno, se sentó a una mesa larga, comiendo tostadas y estudiando el mapa de la ciudad. Planeaba pasar todo el día visitando Haight—Ashbury y el parque Golden Gate. Levantó la vista y vio a Victoria, Liz y Fred dirigiéndose hacia él.

"Hola, vecino", dijo Victoria con cariño mientras se sentaban en su mesa. "Siento lo de anoche", dijo Liz. "Estos tipos estaban muy borrachos...". "¿Por qué tienes que contárselo a todo el mundo?", protestó Fred.

—Oye, no te preocupes, casi dormí todo el tiempo —dijo Eric—. ¿Hubo alguna fiesta o qué?

—No, solo fuimos a un bar, The Pond. Supongo que nos tomamos unas cervezas —contó Fred.

—¡Fred! —Los ojos de Liz brillaron—. Perdona, ¿cómo te llamabas? —Eric. —Ah, sí, lo siento, soy fatal con los nombres.

Olvídalo. Eres Liz, ¿verdad?

Sí. Mira, Fred debió de tomarse una docena de cervezas mientras escuchábamos a esta gran banda. El estanque es lo máximo. Tiene una terraza al aire libre con vistas a un estanque, y la banda tocó en un hermoso escenario situado en la orilla opuesta. Tienen altavoces en la terraza, así que es como si estuvieran tocando justo delante de ti. Además, se les ve muy bien porque el estanque es diminuto.

Suena genial. ¿Me lo puedes mostrar en este mapa?

Victoria se inclinó. "¡Mapa de Rocío! Aquí, está justo aquí, ¿lo ves? Ahí está Market Pond y el bar está a este lado. ¿Lo ves?"

Voy para allá, quizá me detenga a echar un vistazo. ¿Vas a subir otra vez?

“Esos chicos”, dijo, señalando a Liz y Fred, “planean ir a la Oficina de Contratación para ver si hay trabajo. No sé qué haré hoy, pero oí hablar de un recorrido histórico a pie. Todavía no tengo muchas ganas de trabajar”, explicó Victoria.

—Eso también suena bien —dijo Eric, sin dejar de examinar su mapa.

Uno a uno, se dedicaron al desayuno, pasando fruta y cereales. Eric se apresuró a engullir su último bocado de tostada, apuró el café y se levantó para irse.

“¿Te vas corriendo?”, preguntó Victoria, con una sonrisa traviesa en las comisuras de sus labios.

—Sí, me tengo que ir —dijo Eric, incómodo—. ¡Que tengas un buen día!

De vuelta en su habitación, rápidamente cogió su cámara bióptica, su diario, un sombrero y sus gafas de sol, se tomó

un bloqueador solar y salió corriendo. Impulsado por la incomodidad, quiso escapar antes de que Victoria lo invitara a unirse a ella o decidiera hacerlo. Parecía muy agradable, pero no era su tipo, y además, no sabría qué decir.

En la pasarela circular pasó junto a algunas mujeres que se ponían sus arneses preparándose para salir a flotar a trabajar en el gran tríptico colgante. Los sonidos de calentamiento de los instrumentos de afinación llenaban el conducto de aire desde algún lugar abajo. Caminó rápidamente hacia el biovator y tocó el interruptor de llamada, una cálida depresión verde pálido que envió un pequeño cosquilleo en su dedo. Momentos después, la puerta translúcida se levantó cuando llegó el biovator. Entró, desconcertado de nuevo por una sensación blanda cuando el suelo cedió un poco. El material transparente de la puerta cayó y, a su orden, el dispositivo lo llevó al vestíbulo. En el muelle buscó una góndola que se dirigiera a Russ Gardens, donde planeaba conseguir una bicicleta y dirigirse al oeste. Los taxis acuáticos se balanceaban al frente, los esquifes de carga crujían junto al muelle de carga. Los leones marinos se extendían entre las ruinas al otro lado del canal. Arriba, las gaviotas chillaban, girando y dando vueltas entre los rayos de sol que enviaban brillantes rayos de luz contra las paredes y dentro del agua. Se avecinaba un día cálido, lo que seguramente incrementaría el ya fuerte olor a animales y agua de mar.

Un barco muy parecido al que Eric había viajado el primer día llegó al muelle. El capitán era otro tipo práctico, anunciando a gritos los destinos incluso antes de atracar: «Línea 6, servicio a Rincon Towers, Estación Central de Tren, Russ Gardens, Mission Bay, Crossroads, The Willows, Lago Valencia».

Eric esperó mientras desembarcaban unos ancianos, seguidos de un joven que guiaba a un ruidoso grupo de niños pequeños. El ferry estaba vacío, salvo por una pareja con mochilas. Eric subió a bordo para desandar el camino. Reconoció algunos lugares de interés, como los murales históricos de Rincon Towers y las avenidas cubiertas de palmeras en la colina que se alzaba tras las Torres. En lo que pareció mucho menos tiempo que antes, el ferry rodeó el antiguo estadio y se dirigió hacia los muelles de la estación de tren.

"¡Siguiente parada, Russ Gardens!", gritó el capitán, y el ferry, dando volteretas furiosas, salió de la estación de tren y se dirigió hacia el norte por el canal, luego al oeste, frente al malecón. Las banderas ondeaban a lo lejos. A medida que el barco se acercaba, resultaron ser la decoración característica de Russ Gardens, situado en el límite de Mission Bay y los restos del barrio de South of Market, según su mapa. (SOMA, South of Market, era el nombre histórico del barrio, que databa de la época prerrevolucionaria, cuando Abundance Street aún se conocía como Market Street). Se levantó y notó que le temblaban las piernas

incluso después de un viaje tan corto, pero rápidamente recuperó el equilibrio, se quitó la gorra para agradecer al revisor y subió por el muelle hacia Russ Gardens.

El malecón se alzaba sólidamente al borde de los jardines, y subió por una escalera y bajó por el otro lado. El interior del muro contrastaba notablemente con las losas grises de granito que formaban su capa exterior defensiva. El muro interior tenía bancos empotrados aquí y allá, pinturas coloridas, melancólicas, abstractas y audaces, “Enredadera”s trepadoras, densas jardineras llenas de flores y delicadas lámparas curvas intermitentemente a lo largo de su longitud. Admirándolo desde los escalones, parecía nada más que un clásico jardín inglés. Macizos de flores y setos bordeaban extensos prados verdes. Árboles frutales en miniatura comprendían pequeños huertos, y las bayas crecían abundantemente en parterres elevados. En medio de todo ello se alzaba un gran pabellón de piedra con una cafetería al aire libre y un pequeño carrusel a su lado. Eric caminó por el sendero de piedra a través del gran césped. *¿Qué es este lugar?*

Al entrar en el café, un tipo calvo y corpulento con un enorme bigote estilo manillar del siglo XIX saludó a gritos a Eric. "¡Hola, joven! Has llegado bastante temprano", gritó, limpiándose las manos en su delantal verde y saliendo pesadamente de la cocina. "¿Qué te traigo? ¿Desayuno? ¿Café?"

“Gracias, pero en realidad solo vine a echar un vistazo mientras cruzaba la ciudad”.

¡Qué bien! ¡Me alegra que hayas venido! ¿Conoces los Jardines Russ? —continuó con entusiasmo.

—No, en realidad no —respondió Eric con cautela, preguntándose en qué se estaba metiendo.

¡Pase! ¡Tenemos un pequeño y encantador museo dentro que le cuenta toda la historia! —Señaló un edificio octogonal que tenía detrás.

Aliviado de no estar necesariamente a punto de ser encarcelado por este hombre gregario y peculiar, Eric entró. El tipo desapareció en la cocina, gritándole a Eric: "¡Que te diviertas! Y si tienes alguna pregunta, puedes encontrarme aquí".

"Gracias."

Era, en efecto, un pequeño museo, una réplica de las casas octogonales de la década de 1860 sobre las que había leído en el tren. La exposición constaba de dos paredes con fotos antiguas, un largo texto explicativo y una pequeña vitrina llena de objetos. Russ Gardens se encontraba originalmente en este mismo lugar en la década de 1850, cuando la zona estaba rodeada de dunas de arena y las aguas poco profundas de Mission Bay aún no se habían rellenado. Había sido uno de las primeras "escapadas" recreativas de San

Francisco. Sin embargo, no duró mucho, y para la década de 1860 ya había desaparecido: las dunas de arena habían sido niveladas por palas de vapor y la arena y otros escombros se habían vertido en los humedales para "hacer tierra". La tierra así formada era bastante inestable, por supuesto, especialmente cuando se producían terremotos. Como decía el cartel:

> En el temblor de 1906, toda la zona, para entonces densamente construida con pequeñas fábricas y viviendas, quedó arrasada. Nadie supo nunca si las estructuras habían sido destruidas por el terremoto porque dos días después la tormenta de fuego pasó y convirtió todo en cenizas. En 1989, el terremoto mató a menos de una docena de personas en San Francisco, pero finalmente provocó la destrucción de docenas de edificios después de que el daño sísmico los hiciera irreparables. El auge de la construcción que siguió llenó la zona de lofts baratos e instalaciones industriales ligeras, pero los funcionarios de la ciudad no hicieron cumplir las normas de seguridad sísmica, por lo que todo el vecindario volvió a quedar arrasado en el gran terremoto de 2044. Ese terremoto también provocó un hundimiento dramático en las partes de vertedero de la ciudad. La crecida de las aguas luego recuperó las "tierras hechas". En el sur de Market, las aguas se precipitaron hasta Howard Street entre las calles 4 y 7.

En 2103 se construyó un nuevo malecón (hoy la Calzada de Kioto) junto con la reconstrucción de todo el sistema de alcantarillado para reciclar los residuos como fertilizantes y aguas grises. El nuevo fertilizante fue perfecto para estabilizar las tierras recuperadas del vecindario. Tras tres años de bombeo y estabilización del suelo, San Francisco comenzó la reconstrucción de la zona.

Uno de los primeros fue Russell Faigenbaum, quien, al enterarse de Russ Gardens, adoptó el nombre para su nuevo complejo turístico. El excéntrico Faigenbaum diseñó sus instalaciones para que reflejaran la antigua Europa en el nuevo San Francisco, y atrajo a otros a su ayuda. Recibido con burla y despreciado por estar fuera de onda, persistió. Finalmente, la ciudad aceptó el acogedor y divertido complejo turístico público donde ahora se encuentra.

Eric se apartó del mostrador y pasó junto al carrusel que giraba ruidosamente sin pasajeros. Eric no pasó mucho tiempo en los Jardines, en parte porque era una mañana fría y quería seguir adelante. Cruzó las puertas de la ciudad y caminó por la calle 5 hasta Folsom. Un velome lo llamaba al otro lado de la calle, junto a una pintoresca ciclovía arbolada. Esperó a que pasara un tranvía y luego corrió, entre un pequeño grupo de bicicletas, hasta llegar a la caseta. Era el escaparate de una fábrica de bicicletas bastante grande, bulliciosa.

Un hombre alto, de piel color ébano, lo saludó. Llevaba una pequeña gorra de ciclista, un maillot de carreras y unos pantalones elásticos de un rosa chillón hasta la pantorrilla. "¡Hola, James!", gritaron desde la fábrica, y se alejó con estrépito, murmurando: "Discúlpame un momento".

Eric admiró las relucientes bicicletas que adornaban las paredes. La mayoría eran de bambú. Aún predominaban los herrajes metálicos, pero a Eric le atrajo una que parecía ser completamente de madera, hasta los pedales. Las ruedas, por supuesto, eran de goma, aunque en lugar de radios, el interior tenía un disco sólido de algún tipo de corteza, papel o tela rígida. Agachado frente a ella, tocó el misterioso material, maravillado por su artesanía. No vio a James con sus ruidosas calas entre todo el ruido de la fábrica.

“Bastante bonito, ¿eh?” comentó James con orgullo.

Eric se levantó y silbó con admiración. "¿De qué está hecho eso?", preguntó, señalando el interior de la rueda.

Es un invento nuestro. Nuestro tecnólogo jefe lo ideó mientras hacía experimentos en UC[10] Mission Bay. Es un proceso de laboratorio que él llama "extrusión de corteza". Lo cultivan a medida y crece aquí mismo, en nuestro edificio. Además, es súper resistente. Nunca he visto que se rompa uno.

---

10 UC: Universidad de California.

“¿Ustedes ofrecen tours?” preguntó Eric.

“Claro, todos los viernes por la mañana, pero puedes pasear si no interfieres”.

Creo que volveré para el tour. ¿Puedo llevarme una Bambú un día?

¡Por favor, hazlo! Para eso están aquí. Y, de hecho, nos estarías ayudando porque no estamos recibiendo los pedidos que esperábamos. Elige la que prefieras. —Señaló una pequeña flota en estanterías—, y llévate algunas de estas también. —Le entregó un fajo de tarjetas de bambú con un dibujo grabado de «Nuestra primera bicicleta».

Eric metió las cartas en su mazo. Chocó las manos con James y eligió su montura para el día: una bicicleta alta con manubrios verticales y manijas talladas en los extremos. El asiento de mimbre le preocupaba. Quizás sería demasiado duro para su trasero. Pasó la pierna por encima y se acomodó, y cedió con facilidad. Dejó caer su mochila en la cesta que colgaba convenientemente del manubrio y, con un gesto de la mano, salió hacia adelante y se incorporó al tráfico.

Tras unos cientos de metros, miró hacia atrás y tuvo que detenerse. Un jardín de bambú en la azotea enmarcaba una monumental rueda de bicicleta. *¿Cómo no lo había visto antes? Tendría que acordarme de apartar la vista del suelo.*

Su padre solía fastidiarlo con eso todo el tiempo. Su entusiasmo se desvaneció abruptamente al caer en su habitual autodesprecio pedaleando más despacio. Se sentía muy cansado.

"¡Mierda!" Se dio una palmada en el muslo, intentando ahuyentar los pensamientos oscuros que lo acechaban. No pudo contener la ira y redujo aún más la velocidad; otros ciclistas pasaban a un ritmo constante mientras él serpenteaba desconsoladamente. Presa de un dolor inquebrantable, solo pudo salir del veloway. Una vez detenido, la autocompasión dio paso a la ira. "¡Ching, ching, Chingado!" Apretó el puño contra la palma. Finalmente, respiró hondo, asqueado consigo mismo.

"¡Demonios!", se subió a la bicicleta y se alejó, concentrándose en pedalear y andar derecho y constante. Al cruzar la calle 7 se vio inmerso en un tráfico denso, principalmente bicicletas de carga de todas las formas y tamaños. El vecindario estaba lleno de pequeñas tiendas y fábricas: "Lámparas de bombilla tenue", "Ventanas (y puertas) que abren y cierran", "Muebles Pegleg de Peggy", "Tapizados de aterrizaje suave", etc. Eric siguió a un grupo de bicicletas delante de él y giró a la derecha en la calle 9 hacia Civic Green y Central Freestore, o eso decían las señales en la intersección. Las líneas de tranvía también se cruzaban en la calle 9 y Folsom, descargando pasajeros en las multitudes que llenaban las calles y los cafés cercanos.

Silenciosa e inalámbricamente deslizándose sobre vías magnéticas, los tranvías centenarios aún parecían antiguos.

Eric se acercó al Civic Green por la calle 9. Al otro lado de la calle, al cruzar el paseo marítimo de madera de Mission, observó a media docena de trabajadores con overoles con grandes soles bordados en naranja y amarillo en la espalda, trabajando en los paneles solares de un edificio de apartamentos de una manzana de largo, decorado con detalles ornamentales.

"Oye, presta atención, wouldja", espetó un tipo que intentaba pasar por la izquierda de Eric mientras tiraba de un remolque doble muy cargado.

“¡Lo siento!” murmuró y se detuvo mientras reducía la velocidad.

Cuando el chico del remolque giró para hacer una entrega a los muelles de carga de Freestore, Eric salió del área verde hacia una gran plaza arbolada, cada una de sus varias secciones con su propio escenario o restaurante al aire libre y fuente. Elegantes edificios antiguos, incluido el famoso Ayuntamiento, de casi 250 años de antigüedad, sobreviviente de innumerables terremotos e incendios, rodeaban a miles de personas en el área verde. Eric desmontó y caminó con su bicicleta hacia el cuenco central cerca de la imponente fuente. Encontró un buen lugar desde el cual contemplar la escena. Su estómago anunció su

intención de ser alimentado con una serie de fuertes ruidos. Eric se movió para obedecer.

Capítulo VIII

Entrecerrando los ojos en la tenue luz, Nwin no pudo distinguir los rasgos de nadie. Contó cinco personas en la habitación, incluyendo a Nance. Sus hombros y brazos ondulantes reflejaban la inquietante luz azul, proyectando sombras que acentuaban su ya impresionante complexión. Ella llevaba el cabello recogido, lo que confería a sus majestuosos rasgos una severidad aguileña. No pudo ver sus ojos dentro de sus oscuras cuencas.

—Nwin —dijo ella bruscamente.

Se retorció y se enderezó automáticamente.

“Cuéntanos por qué te gusta provocar incendios”, le preguntó.

"¿De qué estás hablando?"

—Nwin —repitió Nance con una voz profunda y seductora—, sabemos de tus pequeñas aventuras, así que puedes dejar de mentirnos.

Él la miró en silencio, impasible.

Me gustas. Les hablé de ti a mis colegas y quieren que les gustes también. Para que eso suceda, tendrás que mostrar entusiasmo, Nwin.

Él protestó: “Debe haber algún error…”

—¡Nance! —dijo otra voz de mujer desde las sombras—. ¿Puedo hablar contigo? Nwin reconoció un acento británico, o quizá australiano, nunca lo supo. En cualquier caso, no parecía contenta.

Nance desapareció en la oscuridad donde se intercambiaron murmullos inaudibles. Tras un breve intercambio, Nance regresó y miró fijamente a Nwin.

—Supongo que me equivoqué contigo. Puedes irte. —Se dio la vuelta y regresó a través de la penumbra hacia una puerta que se abría a la oscuridad. Entre sillas que

arrastraban y carraspeos, los demás la siguieron. Nwin no los había visto bien.

Exhalando profundamente, se preguntó por la inexplicable extrañeza de lo que acababa de suceder. Después de todo eso, allí estaba, solo, en una extraña habitación iluminada con neón azul en la trastienda de un bar. "¿Qué demonios?", exclamó en voz baja. Levantándose de su asiento, comenzó a abrirse paso por el bar, pero tras una fracción de segundo de vacilación, dio marcha atrás y salió por la misma puerta trasera que los demás.

Se encontró en un patio perfumado por una gran datura justo a su izquierda. Las luces ornamentales colgadas a lo largo de las escaleras traseras creaban un ambiente cálido y festivo. No había rastro de Nance y su grupo.

Paseaba sin rumbo por un jardín, buscando un pasillo que diera a la calle. Una pequeña cochera tras un edificio de apartamentos parecía prometedora. Caminó en silencio hacia ella, pero se detuvo de repente cuando un fuerte jadeo rompió el silencio. Las sombras se reflejaban en las ventanas de la cochera, mientras las velas iluminaban a una mujer a horcajadas sobre su amante, con sus pechos y su larga melena perfectamente recortados contra la persiana. Los jadeos se convirtieron en gritos rítmicos de placer mientras subía y bajaba en un viaje acelerado hacia el clímax.

Nwin estaba paralizado. Su corazón latía con fuerza y, de repente, sus pantalones le apretaban demasiado. En la ventana, la mujer echó la cabeza hacia atrás y emitió un largo y estremecedor grito de placer, antes de desplomarse sobre el pecho de su hombre. Nwin, repentinamente cohibido, miró rápidamente a su alrededor. Al no ver a nadie, se alejó nervioso rodeando la cochera y, como era de esperar, encontró un pasadizo a la calle.

Al salir por Larkin, caminó hasta California Street y luego dio la vuelta hacia Polk. Los tranvías atascaban la intersección, pero Nwin se las arregló para sortear el atasco y la marea humana que salía de los bares y cafés de la calle. Polk Street tenía un carril de ladrillos rojos a un lado, vías de tranvía en el medio y una pista de veloway al otro. Nwin zigzagueaba entre las pequeñas mesas junto a la acera que bordeaban el carril de ladrillos rojos, esquivando algún que otro tranvía. A toda velocidad, vio un sinfín de hombres peludos vestidos de cuero negro. Algunos sonrieron y se acercaron a él mientras pasaba corriendo. No era allí donde quería estar. Encontró el camino hasta el pequeño aparcamiento donde había dejado la bicicleta y, minutos después, iba por Polk hasta Civic Green, dejando que la gravedad hiciera el trabajo.

Deslizarse hacia el Green a las 11 p.m. un viernes siempre era divertido. Esta noche, el aire confortable iluminado por la luna insinuando la promesa de una ola de calor había mantenido alejada la niebla. Nwin estaba de pie,

retorciéndose en la esquina y mirando a un lado y a otro, pero sin registrar nada. Luces centelleantes y el murmullo de las conversaciones llenaban la plaza. Más cerca de él había un extenso café. Los camareros, apenas daban abasto, siguiendo el ritmo de las largas filas de gente sedienta. Un solo de guitarra de blues estridente rompió repentinamente el murmullo. Nwin no podía ver el escenario, que apuntaba en otra dirección desde su posición estratégica, pero los aplausos estallaron desde las mesas a su alrededor. Las conversaciones subieron de volumen para competir con la música amplificada. Aparcó su bicicleta y se puso en la fila para una cerveza.

“Apoyo a MacMillan”, dijo una mujer de pelo corto a su compañero que estaba delante de Nwin, un tipo desgarbado y encorvado, completamente desaliñado.

"Mira, se ha desvivido por responder a las objeciones de la Fiesta del Jardín y los Integritistas, y yo, por mi parte, estoy muy entusiasmada con las nuevas investigaciones sobre la comunicación entre especies. ¿Por qué *no deberíamos* apoyarlo nosotros?", imploró con visible exasperación.

“En primer lugar, MacMillan es un ególatra. En segundo lugar, desde la Muerte Total, esta línea de investigación ha sido prohibida por una buena razón”, argumentó su compañero. “Los humanos aún no son capaces de tomar decisiones inteligentes sobre los límites entre las especies… ¡el hecho de que un ególatra carismático pueda convencer a

mucha gente de que es capaz es MÁS motivo de preocupación, no menos!”

No sé por qué crees que MacMillan es tan ególatra. ¿Alguna vez te has sentado a hablar con él?

—No, y no quisiera. ¡Me da escalofríos!

La mujer cruzó los brazos mientras enderezaba los hombros y se quedó en silencio, visiblemente frustrada.

El tipo flacucho se pasó una mano por el pelo enredado, se limpió las gafas y se movió inquieto. "No te enfades, Alison. ¿No podemos dejarlo pasar por ahora?"

Suspiró, mirando hacia la multitud. "Parece que siempre lo dejamos pasar. ¡Me pregunto qué hacíamos juntos, para empezar!"

"Bueno, amigos, ¿qué vamos a comer?", preguntó un camarero sudoroso y locuaz que claramente se lo estaba pasando bien.

“Un par de pintas de Angkor Steam”, pidió el tipo flacucho.

"Ya voy", dijo el camarero, girándose justo a tiempo de chocar con una bandeja de vasos detrás de él. "¡Oye!", gritó el lavaplatos, mientras varios vasos se estrellaban contra el suelo. "¡Chingado, hombre, cuidado!", continuó consternado, adaptándose a la carga más ligera y avanzando

hacia el otro extremo de la barra. "¡Puedes limpiar eso también!", le gritó al camarero.

El camarero sonrió tímidamente a Nwin y a la pareja frente a él, negando con la cabeza mientras tomaba la escoba y el recogedor. Enseguida colocó dos vasos de cerveza esmerilados y esculpidos sobre el mostrador y les dedicó el saludo de costumbre: "*¡Salud y anarquía!*". La mujer puso los ojos en blanco mientras agarraban las jarras heladas y desaparecían entre el público.

"¿El siguiente?"

“Igualmente, gracias”, dijo Nwin. Tras un breve momento, le sirvieron la cerveza. “Listo, *¡salud y anarquía!*”, repitió el camarero, dirigiendo ya su atención a una pareja detrás de Nwin.

Nwin giró; el vaso helado de su Angkor Steam tenía la forma de un templo camboyano alto y delgado, con la palabra Angkor escrita en el fondo. Tomó un trago rápido antes de buscar asiento.

—¡Oye, Nwin, ven! —gritaron Marco y Stefania, amigos del Cuenco de Arroz. Aliviado, Nwin se unió a ellos.

"¿Qué está girando?"

“Hola Nwin, ¿qué te trae por aquí esta noche?”, preguntó Stefania.

—Oh, estaba cruzando la ciudad y pensé en pasarme a ver qué hay de nuevo, quizás escuchar algo de música si es buena. ¿Sabes quién toca?

“Creo que DeeDee King y sus Blues Allstars”, dijo Marco.

"¿En realidad?".

—No estoy seguro, pero creo que es a quien vi en la marquesina. ¿Por qué no vas a echarle un vistazo? Te guardaremos el asiento —le animó Marco.

“Está bien, gracias, vuelvo enseguida”. Nwin se abrió paso pasando la fuente hacia un lado del escenario. No parecía DeeDee King, aunque había una guitarra bastante mala tocando. Se inclinó hacia delante para ver la marquesina, y decía “Big Bertha's Power Players” en letra pequeña en la parte superior, junto con “Tonight”. En letra más grande debajo estaba DeeDee King, pero su espectáculo era la semana que viene. Justo entonces, Nwin sintió una corriente de aire perfumada y un susurro de ropa detrás de él, y se giró para ver a Big Bertha subiendo las escaleras hacia el escenario. En el escenario, su compañera de banda anunció: “¡Y tengamos una gran bienvenida al estilo de San Francisco para la voz que mantiene a Nueva Orleans a flote... Big BERTHA!”. El público aplaudió y pisoteó con entusiasmo. Bertha ya estaba empapada en sudor, secándose la frente, ¡y todo lo que había hecho era subir al escenario! Sus frases profundas y conmovedoras pronto llenaron el aire, y la

banda aceleró el ritmo tras ella. Nwin observó un minuto y luego regresó a su mesa.

Dejándose caer en la silla, les contó quién era quién en el escenario.

—Entonces, Nwin, ¿qué pasa con esas plantaciones pisoteadas? No sabes quién las está pisoteando, ¿verdad? —preguntó Marco.

¡Gracias por preguntar! Angus parece creer que lo estoy organizando yo o algo así. ¡Qué imbécil!... No, no tengo ni idea.

—Lo sabía. Claro que no lo sabes, ni siquiera sé por qué alguien pensaría que lo sabías —dijo Stefania en tono de apoyo. Ella solo tenía unos 20 años.

“Tenemos que detenerlo”, continuó Marco. “Hemos perdido muchos días de trabajo por ello, y de todas formas, las plantaciones no rendirán tanto. ¡No entiendo por qué alguien arruinaría el trabajo de otro! Es decir, ¿cómo se atreven?”

Nwin no dijo nada. Stefania chasqueó la lengua, pero tampoco dijo nada. Después de unos minutos, Nwin se fijó en Marco y dijo: "¿Quieres atrapar a los culpables o simplemente proteger las plantaciones?".

“Uuhhh…”

Porque podríamos cercar esa zona sin mucho esfuerzo. Y dudo que alguien esté tan interesado en causarnos problemas como para tomarse la molestia de romper una simple valla.

Supongo que eso lo solucionaría. ¿Qué tipo de valla? — preguntó Marco.

“¡Odio las cercas de alambre de gallinero, son TAN feas!”, intervino Stefania.

“Vi algunas cercas de bambú, ensambladas en secciones, que serían fáciles de instalar y no fáciles de saltar”.

“Lo propondremos la semana que viene en la reunión del lunes”, sugirió Marco.

Nwin dio un último trago largo a su cerveza antes de levantarse. "Creo que deberías proponerlo, porque si lo hago, Angus se opondrá".

"No creo que Angus esté tan enfadado contigo", protestó Stefania.

"Deberías ver cómo me mira, cómo me habla cuando no hay nadie cerca", continuó Nwin. "Ese tipo es un imbécil, y probablemente tendré que renunciar por su culpa". Angus le parecía un obstáculo insalvable, que la mejor manera de superar era renunciar y dedicarse a otra cosa.

—Bueno, espero que no —dijo Stefania de mal humor.

Nwin se despidió de sus amigos y, tras un saludo, se marchó, animado por la cerveza y anticipando el fresco viaje de regreso a casa. Pedaleó sin incidentes hasta Rincon Towers, donde recuperó su bote para el último tramo sobre el agua hasta la Pirámide. Amarró en el muelle residencial, subió por la escalera y llegó al vestíbulo trasero, y en poco tiempo estaba en su pequeña habitación en el piso 33. Somnoliento después de un largo día, se desmayó en cuanto se acostó.

Capítulo IX

Se sentó con un plato rebosante de fideos Pad Thai, frescos y picantes, justo como a él le gustaban. La plaza bullía. Había elegido un rincón estratégico junto a un monumento a los Bibliotecarios, dejando su mochila junto a pilas de libros de bronce al pie de la estatua. Desde allí dominaba una vista del Central Freestore y de la mitad de la plaza en pendiente, no muy lejos del escenario donde los poetas leían en voz alta.

Terminó su plato y se relajó, dejando que el cálido sol lo bañara. Niños parlanchines corrían, perseguidos por una anciana que luchaba con buen humor por seguirles el ritmo. Bajando lentamente de su sitio, Eric se echó la mochila al hombro y caminó hacia la fuente. Un gran tablero de mensajes bajo un pequeño bosquecillo de árboles llamó su atención. Estaba dividido en Mensajes del mismo día, Próximos eventos y Anuncios. Había media docena de

mensajes personales pegados, además de carteles para un Festival de Blues en la concha acústica, una serie de conferencias sobre Historia del Arte Chino y otra sobre Historia Marítima que se celebraría en un barco histórico. El único anuncio decía que el Bart—Mart se había mudado a Hayes Valley Commons, unas pocas cuadras al oeste, pero que seguía abierto todos los días.

¿Bart—Mart? Siguió caminando, anónimo entre la masa de humanidad, con las mesas de la plaza todas ocupadas. Otros hacían picnic en el césped, los niños retozaban en la fuente. Salió del área hundida de la plaza hacia el majestuoso y antiguo Ayuntamiento. Entró, atravesando las ornamentadas puertas de hierro y el vestíbulo de mármol. Una enorme escalera de caracol lo llamaba desde el patio principal del edificio, brillantemente iluminado. Levantó la vista para contemplar una rotonda imponente. Un cuarteto de cuerda en un piso superior llenó el aire de música mientras comenzaba a subir la larga escalera. Se dio cuenta de que estaban acompañando una ceremonia de matrimonio cuando aparecieron unos novios en el rellano superior. Una multitud de simpatizantes bajó las escaleras, tomándose fotos en un clamor emocionado, riendo y hablando animadamente.

Eric se retiró a un lado de la rotonda y encontró un lugar al lado de un hombre delgado y moreno.

"Son hermosas, ¿no?" preguntó el hombre.

“¿Los conoces?” preguntó Eric.

—No, solo estaba aquí para visitar a mi hija. Trabaja en la biblioteca de transporte, justo ahí.

“¿Y qué está pasando aquí?”

Los consejos y juntas tienen sus oficinas aquí y celebran reuniones públicas en el segundo piso, en las cámaras. Aquí se reúnen el Consejo Vecinal, la Junta de Tránsito, el Consejo de Jardinería, el Consejo de Educación, la Junta de Energía y la Junta de Aguas.

Eric observó a los recién casados bajar la escalera: la novia, con un tradicional vestido blanco fluido, seguida por dos niñas con vestidos verde claro, que reían mientras sujetaban la cola. El orgulloso y feliz novio descendió lentamente con su nueva esposa del brazo. De alguna manera, esto dejó a Eric frío. Los rituales siempre le parecían inertes. No se podía negar el espíritu de estas personas, pero algo lo irritaba de todos modos. Al menos la música sonaba genial en la resonante cámara.

Eric asintió a su informante y susurró: "¡Gracias! ¡Buena suerte!", y se alejó a paso rápido de la creciente comitiva nupcial.

Junto a la rotonda había una sala muy grande con cientos de personas deambulando dentro. El letrero sobre la puerta decía "Sala de contratación". “¡Nadie quiere, así que todos

tenemos que hacerlo! ¡Haga anuales!", rezaba una gran pancarta en el otro extremo de la sala. Las mesas se alineaban en las paredes, cubiertas de folletos, fotografías y cuadernillos. Exhibidores de vides más grandes de lo habitual colgaban a lo largo de la pared larga por donde había entrado, enumerando cientos de trabajos. Un gran letrero sobre “la viña” más cercana a él decía "Pruebas". Otro al otro lado de la sala decía "Aprendizaje". Una gran ventana en la pared cercana se abría a una cocina. La gente llevaba sándwiches y café a pequeñas mesas cuadradas esparcidas por todo el pasillo. Cerca de Eric estaban sentados tres viejos, dos de ellos inmersos en una partida de ajedrez. Un estante cercano estaba cargado con juegos y libros de referencia. "¿Por qué no te sientas y te orientas, jovencito?", gritó un hombre de la partida de ajedrez.

—Gracias —dijo Eric y acercó una silla.

"Entonces, ¿cómo funciona esto exactamente?", le preguntó al anciano después de instalarse.

"¿Nunca has estado en una sala de contratación?" Las cejas se levantaron con incredulidad.

Bueno, aquí no. Usé la sala de contratación de Vyne en Chicago.

El viejo asintió. "Es bastante sencillo. No muy diferente a Chicago, me imagino. Hay las categorías habituales: Anuales, Pruebas y Aprendizaje. ¿Eres nuevo aquí?"

“Sí, llegué hace unos días”.

"Puedes hacer anuales para tantear el terreno", señaló el cartel de "¡Haz tus anuales!". "Oye, no buscas un compromiso serio de inmediato, ¿verdad?"

No. Planeo hacer una prueba. Los anuales son frustrantes. Siempre estás haciendo tonterías y los habituales te tratan fatal.

Es una forma práctica de ver gran parte de la ciudad. Y no siempre son los peores trabajos.

Sales un día a la semana, solo para mantenerme en movimiento. Siempre conoces gente buena.

Eric sonrió y asintió. Todavía se sentía más viajero que residente, y el impulso de asumir su propio peso aún no había despertado.

"¿Puedes cuidar mi bolso?"

—Claro, no hay problema. ¡No nos vamos a ningún lado! —dijo el viejo riendo.

Eric se dirigió al muro de Anuarios. Dos enormes hojas de parra mostraban cientos de trabajos, y las ofertas se actualizaban ante sus ojos. ¿Qué no había en esa lista? Ayudante de cocina, limpieza de calles, mantenimiento de alcantarillado, lavaplatos, camarero, reponedor, dependiente de taller de herramientas, vendedor de café expreso, limpiador de ventanas, repartidor, agricultura, mantenimiento de autopistas, jardinería, zapatería, construcción de viviendas, celador de hospital, servicio de hotel, sistemas solares y eólicos, fabricación de bicicletas, y así sucesivamente.

Eric cogió un folleto sobre la Fábrica de Bicicletas Bambú, donde había elegido su bicicleta esa mañana, y leyó sobre su sistema de fabricación con materiales naturales. El folleto invitaba a venir y trabajar como Anual o a inscribirse en una Prueba antes de un Aprendizaje. Otro folleto describía el Sistema de Basura y presentaba las ofertas de trabajo para los Anuales, entre ellas el mantenimiento preventivo del hogar y la revisión continua del sistema.

Junto a los Anuarios se encontraban los listados de Educación. De nuevo, la lista era interminable y parecía abarcar todas las actividades humanas. "¡Aprender cuenta!", decía el cartel superior, un recordatorio de que mejorar los conocimientos y las habilidades beneficiaba a todos y contaba para la obligación de 60 horas anuales de los Anuarios. Sobre las mesas, docenas de folletos ofrecían atractivas oportunidades en empresas de toda la ciudad.

Eric se acercó al muro de Pruebas, donde encontró llamadas de reclutamiento de artesanos, pequeñas fábricas, equipos técnicos cualificados e incluso de la propia Oficina de Contratación, todos con la esperanza de atraer a quienes buscaban un compromiso. Se entendía que una breve participación en los Anuales debía preceder a una Prueba, y que una Prueba de 90 a 180 días era necesaria antes de embarcarse en un Aprendizaje de 2 a 5 años. Eric guardó los folletos en su bolso y volvió a sentarse.

"¿Encontraste algo?" preguntó el anciano.

—Quizás. Pero quiero ver la ciudad y conocer todo antes de empezar a trabajar —respondió Eric.

"No hay mejor manera de ver la ciudad que viajando en veloways o en tranvía".

"Sin duda, pero iré solo, gracias". Este tipo estaba demasiado empeñado en ponerlo a trabajar. Claro, eso era típico de la gente mayor: trabajo y responsabilidad. Sus padres eran así, pero sus abuelos habían sido muy malos. No se podía hablar con ellos sin sentir una gran presión para elegir una profesión y entrar en un programa de aprendizaje.

Los hombres que jugaban al ajedrez miraron a Eric, luego se miraron entre sí y al tercero. Al volver a la partida, uno de ellos empezó a chasquear la lengua contra el paladar, un sonido que podría haber sido de desaprobación, o tal vez no.

Eric había agotado la hospitalidad que estos tipos le habían brindado. El hombre con el que había estado hablando ahora hojeaba un periódico. Eric se levantó.

"Gracias por cuidar mi bolsa", dijo, y todos gruñeron. El hombre levantó la vista del periódico y dijo: "¡No lo olvide! *¡Todos tenemos que hacerlo!* ".

Eric frunció el ceño y se marchó rápidamente, aliviado de irse. También se alegró de salir de la Sala de Contratación. Su autodesprecio no llegaba hasta el punto de dudar de su capacidad para cumplir con su deber. Sabía que podía hacer casi cualquier trabajo, cuando quería.

Irrumpiendo en el Civic Green, se abrió paso entre las masas arremolinadas de vuelta a su bicicleta de bambú. Respirando hondo en la cálida tarde, decidió explorar por su cuenta. *Encontraré un buen trabajo dando vueltas por ahí... como esos editores de ayer... eso era fantástico.*

Pasó unos minutos moviendo y estacionando varias bicis apiladas sobre la suya. Se fijó en una pequeña pegatina con un puente rojo en casi todas. Alrededor del logo se leía "Hecho en San Francisco".

Pedaleó hacia el lado sur de la plaza, frente al bullicio de la tienda Central Freestore, con sus puertas abiertas. Al mirar hacia adentro, casi atropella a una mujer que intentaba

maniobrar su triciclo de carga para entrar en el camino que tenía delante. En el último segundo, la vio y frenó.

“¡Guau!” gritó involuntariamente.

La pequeña rubia luchaba por poner el triciclo a una velocidad razonable. Solo podía ver su cabeza asomando por encima de las cajas y paquetes atados a la plataforma de carga. Se abalanzó tras dejar pasar a algunos ciclistas más rápidos y dio la vuelta. Ella se paró sobre los pedales intentando ponerlos en marcha, pero el peso era demasiado para ella.

“¿Puedo ayudarte?” preguntó galantemente.

—No lo sé. ¿Puedes? —respondió ella, exasperada.

Se bajó del coche y se dirigió al borde del veloway. Ella ya estaba medio apartada. Sacó un pañuelo y se secó la cara.

¿Qué estás haciendo con todas estas cosas?

“Supongo que me dejé llevar un poco en el Freestore”, admitió.

"¿Puedes retirar algo? Está justo ahí", asintió, señalando las puertas principales, a media cuadra de distancia.

“Supongo que tendré que hacerlo”, admitió.

Espera. Tengo una idea. Yo podría ir en tu triciclo y tú en mi bici. ¿Está lejos?

—Te vas a reír.

"¿Qué quieres decir?"

Se frotó el cuello y se miró los pies. "Tengo que ir a Haight". "¿Y qué? No está lejos, ¿verdad?"

“¿No conoces la ciudad?”

“No, acabo de llegar”.

“El Haight no está tan lejos, pero es cuesta arriba.” “Oh,” observó la carga de nuevo. “¿En qué estaba pensando?” “Oye, ¿puedes esperar aquí mientras llevo algunas cosas?” “Déjame intentar montarlo primero. Quizás pueda pedalear hasta casa por ti.”

“¿Estás seguro?”

"Iba a ir de todas formas. Déjame intentarlo. Pero primero...", y agarró el ajustador del asiento y lo levantó unos centímetros. Apretando los pedales, puso la carga en movimiento. Una vez que arrancaba, seguía rodando. "¿Qué tan empinadas son esas cuestas?", preguntó por encima del hombro.

Ella pasó corriendo junto a él en su bicicleta. "¡Oh, no tan mal!", dijo alegremente. Había bajado el asiento a su altura, que no era mucho más de un metro y medio.

¿Qué te parece? ¿El manillar está demasiado alto?

“Es más fácil que eso”, dijo arrugando la nariz y señalando su triciclo.

Gruñendo mientras aceleraba la considerable carga, pronto disfrutó de la vista. Su cintura esbelta se fundía con un trasero dulce y redondo, que se movía con un ritmo tentador al pedalear.

—Oye —llamó Eric, más fuerte de lo necesario—, ¿cómo te llamas?

“Tanya, ¿y tú?”

“Eric, Eric Johanson”.

“¡Encantado de conocerte, Eric!” Ella le dedicó una sonrisa encantadora.

Se preguntó: "*¿Soy un ingenuo?* Pensamientos oscuros para un día tan soleado".

—Qué amable de tu parte —gritó por encima del hombro. Luego aminoró el paso y se situó a su lado—. Espero que

vengas a cenar esta noche, ¡y no aceptaré un no por respuesta!

Se animó. "¡Claro, con gusto!", resopló.

Docenas de tranvías pasaban por la importante intersección de Abundance y Van Ness. Eric seguía a Tanya entre cientos de bicicletas y caminantes para no perderse. Las campanas tintineaban, los tranvías resonaban y las voces emitían advertencias, epítetos y chistes: una coreografía bien entendida.

Vio un enorme letrero de «Bart—Mart» al final de un callejón. «¿Qué hay ahí?», preguntó, señalando.

Ese es el Mercado de Trueque donde la gente intercambia cosas. A algunos les *encanta.* ¡El regateo es horrible! ¡No entiendo por qué a alguien le *gustaría!*

Ahora el tráfico se dividía entre un giro brusco a la izquierda hacia Valencia, con Abundance Street Hill justo enfrente, y un giro amplio a la derecha hacia Octavia Parkway. Al otro lado de la calle, en Valencia, había una rampa de acceso en espiral con una torre de madera que conducía a un veloway exprés en la azotea, un atajo diagonal que cruzaba el Distrito de la Misión hasta el dique Precita. Todos lo llamaban "Camino".

Eric y Tanya llegaron a la cima, donde sintió la tensión de la carga de golpe. Bajo ellos se extendía un estanque

bucólico rodeado de mesas de café a un lado y un cenador con escenario al otro. La Calle Abundancia desaparecía en el agua, retornando al otro lado.

Tanya rodó hacia la derecha a través de un portal de hierro esculpido. Unas letras grandes y temblorosas deletreaban "El Meneo". Eric la siguió, pero al mirar hacia el estanque, vio un tranvía que descendía por Abundancia desde el lado oeste. ¿Y ahora qué? Para su asombro, el tranvía rodó justo sobre la superficie del lago. "¡Oye, Tanya! ¡¿Cómo funciona eso?!"

¿Eh? ¿Ah, el tranvía? Las vías magnéticas están justo debajo de la superficie, no se ven bien. El tranvía flota a centímetros de las vías. Estamos tan acostumbrados que ya ni nos damos cuenta. Bastante raro, ¿verdad?

“Bueno... ¡sí!”

Llegaron a un puesto de frutas y zumos con las típicas mesas y sillas esparcidas. Los ciclistas descansaban tomando algo y Eric le gritó a Tanya: "¡Oye, necesito un descanso!".

Se detuvo enseguida. «Perdona, se me olvidaba, ¡trabajas mucho más que yo! ¿Qué te gustaría?»

“Una mezcla de arándanos y maracuyá”.

Ella se fue mientras él se dejaba caer en una silla. Minutos después, regresó con un refresco grande de color naranja

sangre para él y un agua con gas para ella. "¿Puedo probarla? Nunca he probado esa combinación".

—Claro. —Le acercó la bebida—. ¡Mmm! La próxima vez pediré una.

Un flujo constante de ciclistas pasaba. Eric se secó la frente con una servilleta y disfrutó de la bebida fría. Una agradable brisa lo refrescó aún más.

“¿Entonces ese es el estanque del mercado?”

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Ah, me lo contaron unos huéspedes del hostal. Parece un nombre raro para un estanque.

Se llama así por la calle... ¡Ah! La calle de la Abundancia se llamaba calle del Mercado antes de la revolución.

“Aaah.”

“Entonces, ¿dónde te hospedas?”

“Torres de pinzas”.

Debe ser una vista espectacular. Hace años que no bajo, pero solía pasar el rato en la Pirámide. Tenía un novio que vivía allí hace mucho tiempo.

—Ajá —comentó distraídamente—. Entonces, ¿qué haces?

Últimamente he estado escribiendo mucho. El año pasado tocaba la batería en una banda. Hace años hice una prueba con los Shitsys, pero no me gustó. Puedo ayudar cuando lo necesito, pero cada cosa se arregla sola. Sigo haciendo anuales con los Shitsys todos los años para seguir con mi formación. Últimamente he estado haciendo mucha jardinería en el Panhandle. También trabajo en la radio del barrio.

Todavía no he escuchado la radio. ¿Qué ponéis en tu emisora?

Principalmente se trata de diferentes tipos de música, pero también hacemos programas de interés público y llamadas. El mes pasado produje media hora sobre la recolección de almejas y camarones en la bahía.

Voy a echarle un vistazo. ¿Cuál es el número?

“Somos 94.9 FM, JIVE 95. Uno de los DJ dice que se llamaba así hace mucho tiempo”.

Eric se rió. "Bueno, supongo que ya estoy más descansado que nunca. ¿Seguimos adelante? ¿Cuánto más?"

Casi la misma distancia que hemos recorrido, pero mucho más fácil y sin pendientes pronunciadas. Este es el Wiggle,

así es como los ciclistas siempre han ido de este a oeste. ¿Ves ese muro desmoronado? —Señaló un poco más adelante, donde un viejo muro se sostenía con vigas y montones de rocas, coronando una larga pendiente que descendía hasta Market Pond. Al final, una pequeña circunvalación conectaba las dos partes de Abundance Street. Un pequeño puente en la carretera cruzaba un arroyo que corría desde algún lugar detrás del muro, a lo lejos.

Ese es uno de los murales más antiguos que se conservan en la ciudad. Se pintó por primera vez en la década de 1990 y se restauró hace unos 50 años, pero la parte superior se ha perdido para siempre. Es el Wiggle, que muestra el río Hayes, el Panhandle y el antiguo centro mucho antes de que subiera el nivel del mar... ¡Ya verás, vamos! —Y se puso de pie de un salto.

—Oye, me está empezando a gustar este manillar alto. ¡Qué bien sentarse así de erguido! —dijo sonriendo, mientras avanzaba a toda velocidad.

Eric apenas rodaba. Había subido Telegraph Hill el día anterior y pedaleado Nob Hill, así que ya le dolían las piernas. Al menos, esperaba, había superado la subida en este paseo.

Al final del muro, un arroyo bucólico descendía burbujeante hasta el estanque. Tanya se acercó a un puente lleno de ciclistas y caminantes, y él la siguió. Ella le advirtió: «Es empinado, así que intenta coger impulso. Avisaré de que

vienes». Dicho esto, salió disparada, gritando como una loca: «¡CUIDADO! ¡VIENE UNA CARGA GRANDE! ¡DESPEJEN EL CAMINO! ¡VIENE UNA CARGA GRANDE!».

Todas las miradas se posaron en Eric mientras pedaleaba hacia el puente. Era una subida rápida y difícil para salvar el arroyo, y la atravesó tan rápido como pudo. A mitad de camino, se esforzaba por mantener el equilibrio. Varias personas corrieron a ayudarlo. Frenó al darse cuenta de que estaba a punto de caer hacia atrás. "¡Uy, uy!", gritaron varias voces. "¡Eh, ayúdenme!". "¡Todos a EMPUJAR!". Riendo y bromeando, cinco o seis personas se apiñaron detrás de la bicicleta de carga, bromeando entre sí y con Eric.

¿Qué tienes ahí? ¿Cadáveres?

“¡Creo que desenterró un banco y robó todo el oro!”

“¿Qué es esto? ¿Toda la biblioteca?”

Tanya estaba en la cima del puente, sonrojada profundamente. Eric sintió pánico, pero cuando el triciclo empezó a ascender lentamente, pedaleó con todas sus fuerzas. Siempre evitaba este tipo de atención, pero no tenía tiempo para preocuparse y, desde luego, no podía escapar. Bajó rodando por el otro lado entre vítores a sus espaldas, y algunos se dispersaron al final mientras Tanya corría delante, gritando advertencias.

En la vía rápida junto al río, Eric se concentró en mantener un ritmo constante. Tanya se quedó atrás a su lado. "¿Estás bien? Lo siento. Es mucho peor de lo que pensaba".

Eric la despidió con un gesto. Al llegar a un parque estrecho, se cruzaron con otra ciclovía que se abría paso entre un denso bosque entre casas. Un flujo constante de ciclistas se unió al sendero. "Oye, Tanya, ¿dónde conseguiste esa bici tan bonita?", llamó una mujer de edad indeterminada con cabello corto y negro y gafas. Estaba sentada erguida en una vieja bicicleta inglesa, con pantalones y botas negros bajo un suéter largo y gris, un maletín de cuero colgado a la espalda. "Oh, hola Marge", dijo Tanya, moviéndose inmediatamente frente a Eric. "No es mía, es suya", hizo un gesto por encima del hombro. Marge giró el cuello. "Hola". A Tanya le preguntó: "¿Quién es?".

—Eric... ¿Johnson? Me salvó afuera de la tienda.

—¡Ay, no! ¡¿No me digas que son todas tus cosas?! —Marge se enfadó al instante—. ¿No prometiste parar?

"Pero..."

Marge salió corriendo, dejando chispas de ira a su paso.

“¡Mierda!” Tanya se hundió en la bicicleta y su alegría desapareció.

"¿Qué es eso?" preguntó Eric.

Con tristeza, Tanya confesó: «Marge está en mi casa. De hecho, fuimos amantes, pero eso fue hace tiempo. En fin, hemos estado discutiendo por el espacio de almacenamiento y el desorden. Cree que soy la peor acaparadora, al menos así me llamó en la reunión».

"¿Y?..."

"Sí, probablemente lo soy."

“¿Qué pasa con esta carga que traemos?”

¡No, no, esto no es basura! Son cosas que nuestra casa necesita... Dos tinas de cerámica para el jardín... Y agarré algunos libros... Unas cajas de zumo, unas botellas de vino de mesa, un par de pollos congelados... ¡No puedo creer lo pesado que es todo! Lo siento mucho. Has sido tan amable. Oye, ya sé, después de cenar quizá mi compañera de piso pueda darte un masaje. Me debe un favor y me dijo que podía darme uno. ¡Te lo daré!

Eric asintió mientras avanzaba pesadamente, con el sudor goteando de su barbilla.

Pasaron una esquina concurrida con un velome y una heladería tradicional. Otro puente se alzaba más adelante, de nuevo con subida, pero no tan empinado como el anterior. Estaban en Haight y Rexroth. Miró a su alrededor, pero no encontró nada de lo que había visto en fotos. De nuevo, Tanya se adelantó, gritando advertencias. ¡*Menudo*

conjunto de tuberías! Se sorprendió a sí mismo, subiendo y cruzando sin ayuda.

Ya no faltaba mucho para llegar a casa de Tanya. Pasando otra puerta de hierro verde, como la del extremo este del Wiggle, entraron en el Panhandle. Elegantes árboles centenarios se alzaban por todas partes, huertos elevados se agrupaban en los bordes cerca de...

¡Guau! Cada casa era una delicia: enormes torretas, ventanales curvos, molduras ornamentadas, diseños de madera. Algunas estaban pintadas con colores vibrantes, otras con mayor modestia. Era un museo de arquitectura al aire libre, enmarcado por un exuberante parque y tierras de cultivo.

Una brisa marina entró. El sol del atardecer se filtraba entre los árboles. La brisa era estupenda.

"Giramos aquí", gritó Tanya, saliendo del Panhandle hacia la calle Ashbury. Entraron en un patio trasero bajo un enorme eucalipto colgante. "Aquí estamos", anunció.

“Y ni un minuto antes, ¿dónde está tu baño?”

Él desmontó y salió disparado por la puerta mientras ella le gritaba: "Primera puerta a la derecha".

Capítulo X

Una victoria era pensar en Nance. Entonces su rostro cambió y era Valentina. Era la mujer que había visto a través de la sombra en la cochera, y luego desapareció. Dando vueltas en la cama, se tapó la cabeza con la almohada. Debería haber ido a trabajar hoy, pero no tenía ganas.

¡Angus es un cabrón! ¡Quiere que me vaya y es un trabajador de por vida! Nwin estaba a punto de cumplir su compromiso de 120 días. La agricultura y la jardinería estaban bien, pero no se veía trabajando con Angus.

Se quedó allí tumbado, repasando mentalmente el día anterior, orgulloso de no haber caído en la trampa de ninguna admisión. En ese momento, recordó lo que había estado buscando en casa de sus padres. Tendría que volver a la biblioteca a buscar el manual.

Se sentó en el borde de su cama y miró con ojos legañosos la luz del sol que se reflejaba en la bahía. Rascándose la axila, se acercó y vio su propio reflejo en la ventana. *Raro. ¡Realmente raro!* Sus ojos, sin cejas y el cabello rubio decolorado. Debajo de él, cientos de pequeñas embarcaciones fluían en direcciones opuestas, como hormigas en el agua. Más allá, un gran carguero se dirigía a un fondeadero en la bahía, de un azul penetrante bajo el sol de la mañana. Treasure Island se alzaba a media distancia, el teleférico ya giraba alrededor de la isla. Más allá aún, la exuberante vegetación de East Bay alfombraba las colinas. Casas y edificios emergían ocasionalmente del verde bosque, que hacía tiempo que se había apoderado del área devastada por el terremoto.

Nwin se movió lentamente. Se estiró, girando primero a la izquierda y luego a la derecha con las manos extendidas hacia el techo. Se agachó para tocarse los dedos de los pies y un dolor agudo le recorrió la parte baja de la espalda. "¡Aaagh!". Extendió la mano hacia el alféizar de la ventana cercana para sostenerse.

¡¿Qué demonios?! Se incorporó lentamente, sujetándose la espalda. El dolor remitió, dejando un dolor sordo que le recordaba que algo no iba bien con su espalda. Fue al baño y ajustó la ducha, tan caliente como pudo. En la ducha se cepilló los dientes y se inclinó hacia adelante con cuidado, con las manos sobre los muslos, dejando que el chorro de agua caliente le diera en el punto dolorido.

¿Ya tengo problemas de espalda? ¡Solo tengo 17! Salió, se secó, se vistió y agarró un paquete pequeño, asegurándose de meter su pipa y un poco de porro. Bajó ruidosamente al piso 31 y entró al comedor. En el bufé, cogió unos pasteles y saludó al vendedor de café, levantando dos dedos. Después de sentarse junto a la ventana, volvió a por su café con leche doble.

Buenos días, ¿cómo está el giro hoy?

Buenos días, Franklin. ¡Es una ruina! ¡O es el rocío! Depende. —Sonrió con suficiencia y tomó su bebida—. Gracias —gritó por encima del hombro. Se desplomó en el asiento de la ventana y mordió una garra de oso, extrañamente reconfortado por el subidón de azúcar. Lo bajó con un café bien cargado y miró a su alrededor.

Al otro lado de la sala, Lupe y sus amigas charlaban. Una mujer lucía su disfraz de carnaval. Como gallinas o algo así, picoteaban, señalaban, gesticulaban, reían y se divertían. Nwin se levantó y se dirigió al otro lado de su mesa, dándole la espalda a la escena.

Abrió su cuaderno y escribió una palabra: «inescrutable». Sorbiendo su café, pensó en lo bien que sonaba esa palabra. Quería ser inescrutable. Se creía bastante desarrollado filosóficamente. Aún no podía reconocer su propio autoengaño adolescente. Se movía a caballo entre Oriente y Occidente con su desapego omnisciente y su riguroso marco

analítico. En su mente, ya había trascendido la parálisis que imaginaba que había frenado a sus predecesores. Estaba actuando. En la acción, forjaría una nueva síntesis y desafiaría por sí solo la hipocresía de una sociedad que se había vuelto fácil y autocomplaciente.

Su ensoñación se interrumpió cuando alguien se sentó a su lado. "Oye, ¿cómo es que no estás en el trabajo?"

Era Johnny Templer, quien trabajaba como cocinero en la cocina de la Pirámide. Conocía a los padres de Nwin y trataba de vigilarlo.

—Hola, Johnny. —Nwin tomó un sorbo de café—. Necesitaba un día libre. —Negó con la cabeza como para enfatizar el punto.

"¿Oh?"

Este tal Angus. Cree que sé quién ha estado pisoteando sus nuevas plantaciones.

“¿Y tú?”

“No me sorprendería que fueran algunos niños de Potrero Hill, pero nunca los he visto allí y, de todos modos, no los señalaría”.

—Ah. —Johnny bebió su café y miró hacia el lejano Golden Gate. Se quitó la redecilla y dejó caer su largo cabello

castaño, pasándose los dedos por él—. Qué día tan bonito, ¿verdad?

"Claro que sí."

Se sentaron en silencio. Los veleros se deslizaban alrededor de Alcatraz, una falange de molinos girando furiosamente a barlovento, las ruinas de enormes patas sobresalían sin sentido del bosque. El resto de la isla era un paraíso tropical, con palmeras y denso follaje. En lo profundo de los árboles, Nwin sabía (por su tía), que había una maravillosa serie de baños calientes y fríos, un spa con todo tipo de masajes e hidroterapias. Johnny se recogió el pelo con la redecilla, se levantó y puso la mano en el hombro de Nwin. "Bueno, no te metas en ningún agujero".

“Gracias, Johnny”, respondió simplemente, agradecido de que Johnny nunca lo sermoneara ni lo interrogara.

Sus cavilaciones sobre la inescrutabilidad, fueron interrumpidas por la ausencia de Johnny, ahora pensó en Valentina y se sintió estúpido de nuevo por no haberla abordado en Dolores Park. Se prometió estar preparado para la próxima vez.

Metió su diario en una pequeña mochila y se fue. Nwin caminó por el pasillo y entró por la puerta que decía "Postes", una de las características que atraía a muchos jóvenes a la Pirámide. Entrecerró los ojos cuando un cuerpo

pasó a toda velocidad en el expreso, seguido segundos después por otro. Agarrando uno de los postes locales, lo rodeó con las piernas y se deslizó por un piso. Podría llevar un tiempo bajar de esta manera, pero era divertido. Saltando al siguiente poste, Nwin comenzó a coger su ritmo, deslizándose más rápido, saltando, agarrando un poste y deslizándose. Sus manos y piernas comenzaban a arder por la fricción. Se detuvo para ponerse los guantes, pero recordó que ya no los tenía. Tomó un poste expreso, bajando tres pisos a la vez, siempre un viaje vertiginoso. Ahora dolía. Se tomó un descanso de los postes y bajó corriendo unos cuantos tramos de escaleras, perfeccionando su salto de 5 escalones a la vez.

"¡Guau! ¡Cuidado!", se quejaron dos mujeres que aspiraban las elegantes alfombras que adornaban la escalera. Bailó entre ellas, despreocupado, y reanudó su salto descendente. En el sexto piso, agarró una pértiga exprés para precipitarse los últimos tres pisos hasta el vestíbulo. Golpeó el fondo con un ruido sordo cuando el suelo acolchado absorbió su impacto. "¡BAJANDO!" lo hizo correr hacia un lado justo a tiempo, mientras un tipo con ojos desorbitados se desplomaba a la tierra, regordete con overol y un sombrero panamá sujeto por una cuerda bajo su cuello. Saltó hacia un lado cuando una copia al carbón cayó a toda velocidad detrás de él, obviamente su gemelo. Rieron, respirando con dificultad, retorciéndose las manos. "Hola, hombre, disculpa si te asusté", le dijo el primero a Nwin.

"Es lo que se busca", sonrió, y salió al cálido sol de la mañana. Tras sortear una pasarela alrededor del edificio, llegó a los muelles residenciales, encontró su esquife *Hot 1* y se subió. Al pasar la entrada, recordó pasar por la caseta de suministros para adquirir discos de combustible para su esquife. Del armario convenientemente fijado en el exterior de la caseta, sacó dos discos de clorofila y azúcar de color verde moteado y los insertó en la ranura de combustible de la pared del esquife.

Empujando la depresión en la parte trasera del centro de la embarcación (*su frente)*, sintió que las aletas traseras comenzaban a aletear de manera constante. Empujó el nódulo a sus pies hacia la izquierda. Algunas personas colocaban mangos largos en los nódulos de dirección, pero Nwin era un purista y le gustaba *el Hot 1* sin adornos mecánicos (*artificiales)*. Además, dirigía suavemente con los pies. Con los brazos extendidos en el borde del bote, se recostó, el sol ahora de lleno sobre él, y se movió de manera constante a través del denso tráfico en los cañones acuáticos del centro. Los puentes aéreos se elevaban sobre la cabeza entre los edificios, mientras góndolas, taxis acuáticos, líneas regulares de ferry y esquifes bailaban dentro y fuera de los canales. Nwin cruzó Sansome, disparándose detrás de las ruinas donde se habían asentado los leones marinos. Se detuvo, notando un crecimiento cada vez más denso de plantas acuáticas verdes brillantes a lo largo del borde de una piscina dentro del edificio derrumbado. Olía a sal y

leones marinos. Se balanceaba en el agua, observando a los mosquitos atravesar la piscina semiprotegida, oyendo las burbujas de los peces que entraban y salían de las algas y las ruinas submarinas. Un pez grande —*¿lubina? ¿salmón? ¿carpa?* —Nwin nunca supo identificar peces— emergió justo el tiempo suficiente para atrapar uno de los mosquitos con sus feos labios. Las gaviotas chillaban en el aire cálido en busca de su propio desayuno.

Las Torres Tweezer se elevaban hacia el sur, pero él continuó su camino hacia la bahía abierta. Una barcaza larga y estrecha, cargada de productos, cruzaba más adelante, así que Nwin esperó detrás de un grupo de otras embarcaciones. Justo delante, un transbordador azul y varios taxis de carga obstruían su paso. Nwin buscaba una fisura por la que colarse cuando, tras su hombro derecho, alguien gritó: «¿Qué prisa tienes? ¡No iremos a ninguna parte en unos minutos, al menos!».

Nwin se dio la vuelta, impaciente e irritado por el consejo no solicitado. Un hombre rubio de piernas largas se agazapó en su propio bote y rió entre dientes. Tenía un bigote inusualmente grande y una barba rojiza, meticulosamente esculpida. Nwin sabía que tenía razón, pero aun así lo miró con el ceño fruncido.

—¡No me culpes a mí! —se rió entre dientes, y, volviendo su atención a otra parte, se vio inmediatamente envuelto en

el partido de anoche—. ¿Viste la última entrada? ¡Lo tenía justo donde quería, y lo dejó escapar!

Dos tipos sentados sobre cajas de tomates en una pequeña barcaza fueron los destinatarios de sus comentarios. Balanceando los pies, se pasaron un porro. "'Déjalo', ¿qué quieres decir con 'déjalo'?", dijo uno. Su compañero, entusiasmado con la conversación, aventuró: "Deford es el mejor de la división. No puedes dejar que batee con corredores en posición de anotar y no esperar daño. ¡El tipo puede batear de forma impecable!"

El rubio estiró sus largas piernas, se puso de pie para encarar a los hombres que estaban encima de él y se inclinó hacia delante como un árbol alto azotado por un fuerte viento. «Miller ha estado fantástico toda la temporada. Los Seals ni siquiera estarían en la contienda si no hubiera sido por su relevo. Pero esa curva gorda y flotante para Deford fue un regalo de los dioses. ¡No ha lanzado un lanzamiento tan malo en todo el año! ¡Mi abuela podría haber bateado ESA!»

El primer tipo le ofreció el porro, que aceptó mientras ajustaba su peso para no caer en las cajas de tomates. Dio una calada larga. El segundo continuó: "¡Así es el béisbol, tío! Nadie puede hacer el lanzamiento perfecto siempre, y los buenos bateadores se aprovechan de los errores. Así que", aceptó la devolución del porro, "¿quién te gustaría que llegara a los playoffs?".

El rubio negó con la cabeza. "Obviamente, me gustaría decir los Seals, pero no si no consiguen batear. Y su defensa también ha perdido demasiados. Los Oaks tienen el primer puesto asegurado". Los otros dos sonrieron y se dieron un manotazo. Uno sacó su gorra de los Oakland Oaks y se la puso. "¡Guau, guau, no pueden vencer a los poderosos Oaks!"

Pero el comodín está en juego. Supongo que me gustan los Slugs. Santa Cruz ha ido mejorando cada vez más, y están a solo 5 juegos de los Gamblers. Reno simplemente no tiene el pitcheo suficiente. El bateo solo te lleva hasta cierto punto, especialmente cuando los sacas del aire y los bajas al nivel del mar.

¡Santa Cruz! ¿Cómo podría ganar algo un equipo llamado los Banana Slugs [Babosas Plátano]*?* —dijo el aficionado de los Oaks con desdén—. Si Reno se desmorona, será Sonoma. Los Farmers tienen a Morris y Gutiérrez lanzando, y...

La atención de Nwin volvió al atasco. Vio su oportunidad y la aprovechó, esquivando varios transbordadores y taxis de carga, evitando por poco otra barcaza que se aproximaba.

Pronto evitó el desastre del canal de California y aceleró alrededor de Rincon Hill. Hizo un bucle hasta el estadio y lo rodeó, pasó rápidamente por debajo del puente del ferrocarril y corrió paralelo a la Calzada de Kioto, el nombre oficial del malecón. En la esquina extrañamente cuadrada de

la 7.ª y Kioto, atracó *el Hot 1* en el muelle público, subió por la pasarela y saltó el muro. Era una mañana ajetreada. El tráfico pesado llenaba los veloways en todas direcciones. Se abrió paso a través de la intersección hasta el velome en el Crossroads. La mesa de la granja a poca distancia al lado del velome tenía dos cubos llenos de flores frescas y un pequeño letrero que decía: "Nuestra cosecha de arroz comienza en seis semanas. El entrenamiento comienza el 1 de agosto. Deje su nombre aquí o inscríbase en ´la viña´".

Nwin apenas lo miró, pensando que quizá no estaría allí para la cosecha. Subió al velome, buscando a su favorito con la mirada. Al no ver nada que buscase, impulsivamente pensó en subirse a un tranvía, y se subió a uno cuando se alejaba. Por un momento se aferró a las manijas verticales sobre el estribo, al estilo antiguo. Metió las gafas de sol en el bolsillo y se pasó la mano por su pelo corto y rígido, que le daba un tacto antinatural, intentando aprovechar la brisa.

Poco después entró para subir por la escalera de caracol a la azotea. Arriba, bajo el sol, se sorprendió al encontrarse solo. Tomó un periódico arrugado y lo sacudió. *El Muelle de la Bahía* de ayer. Como era la sección de San Mateo, no le interesó, salvo una cosa que le llamó la atención y le aceleró el corazón.

Incendios misteriosos azotan barrios inundados

SAN BRUNO—Los investigadores buscan la ayuda de cualquier testigo que pudiera haber visto a alguien cerca de las casas del sur de San Francisco que se incendiaron la semana pasada. Los primeros indicios apuntan a que los incendios fueron deliberados, pero los investigadores no han identificado a ningún sospechoso. Se insta a los residentes de las zonas altas con vistas a los barrios sumergidos a mantenerse alerta. Si observa alguna actividad sospechosa entre las casas inundadas, comuníquese de inmediato con los Servicios de Emergencia.

Nwin leyó el breve artículo varias veces. Dejó el periódico a un lado y se recostó con los brazos cruzados. Pateó la silla frente a él, intentando ganar espacio para las piernas, pero no se movió, así que puso los pies en el asiento. *¿Por qué les importan esas casas? De todos modos, están arruinadas. Demonios, llevan una eternidad bajo el agua.* Sus pensamientos corrían. ¡*Deberían haberse deshecho de ellas hace mucho tiempo! Ahí, obstruyendo la bahía, casas horribles y estúpidas. ¿Por qué querría alguien protegerlas?* Las aguas habían subido hacía décadas y no había señales de que fueran a retroceder. La gente eludía la responsabilidad de las enormes zonas costeras donde el antiguo desarrollo urbano seguía contaminando las aguas.

Nwin bajó corriendo las escaleras hacia la salida, saltando al ver que el coche aminoraba la marcha en Abundance Street. Cruzó la calle corriendo como un loco, sorteando

bicicletas, tranvías, grandes vagones y algunos viejos camiones solares. Bajó ruidosamente al sótano de la biblioteca, directo al mostrador de archivos. Tomó un papel y anotó lo que quería: Documentos del Frente de Liberación de la Tierra[11]. Se giró hacia el mostrador y le entregó su solicitud a una joven amable, que desapareció durante unos diez minutos. Nwin paseaba nerviosamente, preguntándose si se habría tomado un descanso cuando regresó, sonriendo, con una caja abultada.

Cosas de principios del siglo XXI, ¿eh? ¿Estás haciendo un proyecto de investigación?

"Sí, es cierto", dijo Nwin. Tomó la caja y se metió en una cabina cercana para examinar el contenido en privado. No tardó mucho en encontrar lo que buscaba. Ya había pasado por esto antes. De hecho, probablemente era el único que había revisado este material en décadas. Sacó el folleto titulado "Provocando incendios con temporizadores eléctricos" y se dirigió a la fotocopiadora.

"¿Ya encontraste lo que buscabas?", gritó la joven entusiasta. Nwin asintió con la cabeza, con la esperanza de desanimar cualquier interés. En pocos minutos, consiguió

11 El Frente de Liberación de la Tierra, es más conocido por su nombre en inglés, Earth Liberation Front (ELF), de donde derivan su autodenominación como Los Elfos, es el nombre de un colectivo anónimo y autónomo de individuos o células, que, de acuerdo con ELF Press Office, usan "el sabotaje económico y la guerra de guerrillas para detener la explotación y destrucción del medio ambiente". Fue fundado en Brighton, Reino Unido, en 1992.

sus propias copias y devolvió la caja tras enterrar el panfleto en la pila.

“Liberación de la Tierra... ¿no hubo algún tipo de levantamiento?...”

En 2032, pero los masacraron. Los infectaron con armas biológicas. —¡Puaj! —arrugó la nariz, ajena al significado de las palabras.

Sonrió con rigidez y le dio las gracias de nuevo. Unos minutos después, subía la colina jadeante. Hacía un día tan bonito que decidió visitar su parque favorito en la cima de Russian Hill.

Capítulo XI

Al salir del baño, Eric se encontró con un perro peludo que le lamía la mano. Con una mueca, se metió ambas manos en los bolsillos mientras la bestia babosa le daba golpecitos en la pierna con el hocico empapado.

—¡Perdón, Benjie es un incordio! —Tanya lo apartó, pero la incomodidad de Eric le pareció extraña—. Oye, ¿tienes alergia o algo así?

—No, simplemente no me gustan los perros grandes y peludos. Tienen una forma especial de llenar el espacio, ¿sabes?

Gruñó mientras empujaba a Benjie por una puerta y la cerraba de golpe. En el lavabo, se lavó las manos, indicándole a Eric que hiciera lo mismo si quería. Después de un viaje tan sudoroso, estaba encantado de enjuagarse.

"¿Te gustaría tomar una ducha?" ofreció Tanya amablemente.

—Hombre —se dio una palmada en la frente en una exageración cómica—, no tengo nada que ponerme.

“Tenemos al menos tres hombres en esta casa, la ropa de alguien te quedará bien”. “¡En ese caso!”, sonrió, y ella lo llevó a la ducha con una toalla gruesa y suave.

"Volveré en un segundo con algo de ropa".

Cuando estuvo lavado y seco, encontró la pila de ropa que ella había metido discretamente en el baño. Se sintió un poco tonto al salir. La camisa le caía sobre los hombros, los pantalones le quedaban demasiado grandes de cintura y demasiado cortos.

Tanya estaba sentada a la mesa de la cocina, tomando una taza de té y leyendo una revista. El sol del mediodía iluminaba la habitación con un resplandor rosado. "¿Té?"

"No, gracias."

Ella sonrió y rió juguetonamente, mirándolo de arriba abajo. "Te quedan muy bien, ¿verdad?"

“Al menos están limpios”, dijo, mucho más avergonzado de lo que dejaba ver.

Pongo tu ropa en el horno solar de atrás. En realidad es para hornear pan, pero es genial para secar la ropa con prisa.

"¿Quieres que hagamos un recorrido por nuestra casa?"

“Dirige el camino”.

Al salir del pasillo de la cocina había varias habitaciones. La primera era pequeña y oscura, un estudio de música. Luego venía un gran comedor con paneles de madera pulidos, coronados por un antiguo papel pintado eduardiano. Varias habitaciones elegantes completaban la planta baja. Al llegar al segundo piso, una mujer pasó corriendo en bata de baño con una toalla alrededor de la cabeza. Apenas los reconoció, y Tanya le dijo a su espalda: "Esa es Mónica. Creo que tiene una cita". Llamó a la puerta frente a las escaleras y, al no obtener respuesta, la abrió lentamente, gritando un suave "¿hola?". Encendió el interruptor para iluminar el dormitorio. Una ventana del este proporcionaba algo de luz, pero la habitación estaba en sombras a última hora de la tarde. Una pared azul intenso rodeaba la puerta, y dos pequeñas litografías pastorales colgaban en marcos dorados a su izquierda, junto a un espejo alto.

"La habitación de Jane", dijo Tanya sin más comentarios. Frente a la cama, la “Enredadera” cruzaba la moldura y desaparecía por un pequeño agujero en la esquina. Continuaron por el pasillo, entrando y saliendo rápidamente

de otros dos dormitorios, antes de llegar a la segunda sala de estar con vistas al patio trasero.

“Subamos por las escaleras traseras al tercer piso”, sugirió Tanya, y Eric la siguió obedientemente. Allí los techos eran más bajos y la trastienda era un porche que se usaba como almacén. Tanya admitió con tristeza: “Todas estas cosas son mías. Tengo que ordenarlas y llevar algunas al Bart—Mart o regalarlas, pero nunca llego a hacerlo”.

Eric leyó las cajas: platos, cocina, libros (varios de estos), ropa, zapatos (¡dos cajas grandes!), materiales para disfraces, útiles de arte, partes de bicicletas, todo apilado sobre unas viejas cómodas de madera y un escritorio volcado sobre un costado.

“¿Todo esto es tuyo?” preguntó Eric incrédulo.

"Sí, es difícil de creer, ¿no?"

Se acercaron pasos bruscos desde adentro. La puerta se abrió de golpe y Marge fulminó a Tanya con la mirada. "¿Dónde vas a meter toda esa porquería que acabas de comprar?". Se cruzó de brazos mientras Tanya permanecía frente a ella en silencio, incapaz de responder. Disgustada, Marge hizo un gesto de despido exasperado, se dio la vuelta y desapareció ruidosamente, con sus elegantes botas negras marcando cada paso sobre el suelo de linóleo. Un portazo se cerró un instante después.

—¡Ay, Dios mío! —gimió Tanya. Incorporándose lo más que pudo, empujó con cuidado a Eric hacia la cocina del piso de arriba. —Esto es para tomar té, café y aperitivos. Pero no se usa mucho. Preferimos la amplia cocina del piso de abajo. A veces me gusta sentarme aquí y escribir en mi diario —dijo, señalando una bonita mesa redonda con encimera de granito junto a la ventana. Eric observó las fichas de dominó inclinadas, las Torres Tweezer, la Pirámide naranja y el resto del centro. —¡Qué vista!

Los pasos de Marge resonaron por el pasillo y la escalera principal. "¡Qué bien, se fue!", dijo Tanya. "Vamos".

A la derecha pasaron el baño dividido. A la izquierda estaba el dormitorio de Tanya, un espacio alegre, estrafalario y desordenado, con las paredes repletas de cuadros, pinturas, pósteres, y encima de la cama colgaban un par de lanzas amenazantes. Su cama estaba revuelta, la ropa tirada por el suelo. La puerta del armario estaba entreabierta, la ropa sobresalía del perchero sobre montones de zapatos. Su ventana daba a la misma vista que la pequeña cocina, con el brillante atardecer anaranjado encendiendo chimeneas en las ventanas lejanas. Tanya empezó a arreglar la cama y a echar la ropa en un cesto de la ropa sucia. "Lo siento, normalmente soy bastante ordenada", afirmó contra toda evidencia.

"¡Vyne!", gritó, y la “Enredadera” verde en lo alto de la pared empezó a desplegar su gran hoja. "¿Mensajes?",

preguntó, y una lista de mensajes nuevos apareció a la derecha. Como no parecía importarle, Eric la revisó. "Mamá, Jane, Sue, Phil, reunión de la Fiesta en el Jardín, cambio de horario de Radio Ignatius, agenda de la casa..."

—¡No puedo creerlo! Phil se fue a Brasil hace tres años y no me ha enviado ni un mensaje. Pensé que me odiaba —dijo con tristeza.

¿Por qué?, preguntó Eric.

Bueno, creo que estaba enamorado de mí. Me encontró en la cama con Marge, y eso le rompió el corazón.

—Mmm... —Eric no supo qué decir. Tanya estaba sentada en su cama, con cara de tristeza. Luego corrió al armario para sacar un vestido azul y unos zapatos a juego—. Dame un segundo, ¿vale? —dijo. Eric regresó a la cocina, donde la luz del atardecer acentuaba el tono naranja del centro.

Tanya emergió para romper el hechizo, tomándolo del brazo. "¡Vamos, todavía hay mucho más que ver!"

Caminaron por el pasillo y echaron un vistazo rápido a la habitación de Marge, austera, con una cama individual oscura contra la ventana y un retrato en blanco y negro de la propia Marge con marco azul en la pared, frente a un espejo alto y delgado en la pared opuesta. «Esa foto la hizo Vivian West. ¿Conoces su obra?»

¿No está ella en Nueva York o algo así?

"Londres. ¡Buena foto, ¿verdad?" No pudo evitar asentir. Una pequeña cómoda con algunos objetos se encontraba en un rincón, y un viejo escritorio de persiana se alzaba imponente contra la pared, bajo la “Enredadera”.

Miraron rápidamente a dos habitaciones más, una para invitados, antes de llegar a una hermosa habitación circular en la parte delantera del edificio. "Este es nuestro estudio de escritura", anunció con orgullo. La habitación no era completamente redonda, pero la cúpula con sus grandes ventanales curvos bajo una torreta daba esa sensación. Una escalera de caracol de madera pulida ascendía a través de un piso hasta la torreta. "Tienes que ver esto", dijo Tanya con entusiasmo. Subieron las escaleras y se apretujaron en una pequeña habitación esférica, con ventanas estrechas que daban a cada una de las direcciones cardinales y delgadas claraboyas cortadas en el techo. Una antigua máquina de escribir y una computadora casi igual de vieja estaban sobre dos mesas de trabajo poco profundas. En el lado opuesto de la torreta, un pequeño sofá con un reposapiés llamaba al escritor perdido en sus pensamientos. Dos de las pequeñas ventanas se habían dejado abiertas y el viento corría por la pequeña habitación.

¡Este es el mejor lugar! Me encantaría pasar el rato aquí.

—Quizás lo consigas —dijo Tanya esperanzada, lo que lo sorprendió.

Tanya cerró una ventana, comentando que la torre solía resultar sofocante sin ventilación. Tras admirar durante unos minutos las nubes color melocotón contra el mar azul del atardecer, regresaron a la habitación de abajo. Un equipo de micrófono y auriculares cubría una pared, y varias mesas robustas ocupaban el centro de la habitación. Una enorme alfombra persa azul dominaba el suelo. También había una pequeña biblioteca, con libros que cubrían las paredes. «Vengo aquí a trabajar en mis guiones de radio. Dos de mis compañeros de piso son escritores muy dedicados y usan esta habitación».

Lo condujo hasta la puerta de un pasillo. Una ráfaga de aire vespertino los recibió al pisar un estrecho puente colgante. «Solo has visto uno de los edificios», anunció al detenerse en medio del puente, asomándose a la ornamentada barandilla. «Nuestra casa es una de las siete del conjunto más grande, llamada 'Page Mews'. Me gustaría un nombre más artístico o abstracto, pero nadie lo ha solicitado».

Eric miró hacia el jardín, parcialmente visible entre los edificios. "¿Cuánta gente vive en Page Mews?"

Unos cincuenta. Los siete edificios están conectados por puentes colgantes y pasillos en el sótano. Por supuesto, el jardín es una extensión ininterrumpida: verduras, flores,

zonas de juego. Compartimos la jardinería, aunque también hay parcelas privadas. Me pareció extraño cuando llegué, pero supongo que hubo fuertes discusiones sobre quién usaba qué verdura, así que...

"¡No es que no haya mucho para comer!" exclamó Eric, ofendido por la idea de parcelas privadas.

Cierto, pero creo que se trataba más del orgullo del agricultor. Si has cuidado de un huerto de tomates o has plantado algo especial, y luego descubres a alguien recogiendo todas tus judías o pimientos...

—¡Parece que podrías resolverlo sin tener que recurrir a *terrenos privados!* —dijo Eric, realmente molesto.

"Bueno, como dije, sucedió antes de que yo llegara aquí, y no ha habido ningún problema desde que llegué".

"¿Cuánto tiempo llevas aquí?"

Ya casi tres años... Por suerte, no nos reunimos mucho como grupo, solo cuatro veces al año, cerca de los solsticios y equinoccios. Generalmente, cada edificio se ocupa de sí mismo, a veces de cada piso.

Esto también sorprendió a Eric. En Chicago había vivido en un enorme edificio de apartamentos con más de 200 unidades, y no había forma de gestionar el lugar sin un

sistema de autogestión para todo el edificio. Dividirlo por plantas le parecía una locura.

“¿Cómo funciona cuando necesitas un techo nuevo, o tienes que reemplazar paneles solares, o recablear una parte de un edificio y no de los demás?”

No tenemos problemas con esas cosas. Todos colaboran, y los electricistas expertos se las arreglan. De hecho, siempre llaman a nuestros electricistas para arreglar las casas de otros. ¡Rayos! ¡Tu ropa!

Tanya corrió a la casa vecina, confundiendo a Eric, quien asumió que deberían ir por el otro lado. Tanya se precipitó por una escalera de dos pisos que iba al patio trasero. Eric casi la atropella tratando de seguirle el ritmo cuando de repente se detuvo para quitarse los zapatos. Apretándolos contra su pecho con su brazo izquierdo, se sujetó a la barandilla con la derecha mientras comenzaba a saltar por dos y tres escaleras a la vez. "Espero que lleguemos antes de que sea demasiado tarde", dijo por encima del hombro. Fueron directos al horno solar. Tanya abrió la puerta de golpe y emergió una pequeña voluta de humo. Agarró la ropa del estante superior ("¡AY!") y la arrojó sobre una mesa cercana, donde chisporroteó, quebradiza y ligeramente humeante. Se inclinó y olió.

¡Chingo! Me temo que te arruinamos la ropa, o quizás *yo.*

Eric tocó la camisa, tiesa y ligeramente chamuscada. La olió. Efectivamente, se había quemado. Le dio la vuelta con delicadeza y vio las líneas negras grabadas por la parrilla.

“Lo siento mucho”, se lamentó Tanya.

"No es para tanto", la tranquilizó. En realidad, se alegraba porque se había sentido fuera de lugar y confundido por su generosidad. Aunque había traído su carga hasta allí, durante el recorrido por la casa empezó a sentir que recibía regalos sin respuesta. Ahora al menos podía perdonar su pequeña transgresión. "De verdad", le tocó el hombro, "no eran nada del otro mundo. Hay muchos más de donde vinieron". "Sí, lo sé", dijo ella en voz baja. Se desplomó desconsoladamente, pero a la luz del crepúsculo parecía atractiva.

"¿Qué hay de esa cena que me prometiste?" dijo, sintiéndose extrañamente cómodo con esta linda, inteligente y encantadora mujer.

Ella se animó de inmediato. "¡Vamos! Siempre hay algo bueno en casa de Trixie. Es la mejor chef de las Caballerizas". Le tomó la mano, lo cual le agradó, y lo arrastró por los jardines, por el pequeño parque infantil y hasta la parte trasera de la última casa de la fila.

Capítulo XII

La luz plateada de la luna caía sobre las aguas de Mission Bay antes del amanecer. Los edificios del campus estaban bien iluminados como siempre, y ya estaban llenos de estudiantes con los ojos brillantes. Se avecinaba un día despejado y sin niebla.

En su esquife, Nwin se dirigió rápidamente hacia los muelles de la calle 7 y Kioto, camino del Tazón de arroz. Los humedales fangosos al oeste de Mission Bay eran el lugar ideal para cultivar el arroz experimental de los laboratorios del campus de la UC en la bahía. Los arroyos restaurados que rodeaban la ciudad se canalizaron a través del delta de Mission Creek, lo que permitió el flujo continuo de agua dulce y el mantenimiento de las mareas salobres en el lado este de la calzada de la calle 7.

Nwin temblaba en el frescor del amanecer al subir desde los muelles por la Calzada de Kioto. Saltando las escaleras, trotó lentamente, pasando por el Cruce, la mesa de la granja y las chozas que bordeaban el camino hacia el granero. Al llegar, vio señales de vida y saludó a Rikky, un veterano de la granja que se había hecho amigo suyo hacía tres meses al comienzo de su Prueba.

“Hola Rikky”, llamó, arrojando su chaqueta y mochila en un casillero.

Rikky se puso el mono y respondió: "¿Cómo va eso de girar?"

Nwin no respondió mientras se ponía el mono, pero miró a Rikky distraídamente, como si ya estuviera diciendo las palabras que pasaban por su mente.

¿Qué pasa, tío? ¡Parece que tienes un huevo intentando salir de tu garganta!

—¿Eh?... ah, lo siento. Solo pensaba... Bueno, la verdad es que estoy preocupado por Angus.

—Sí, ha sido duro, ¿verdad?

"Creo que me persigue."

—¡Ay, ni hablar! —se burló Rikky—. Trata a todos por igual.

"No lo sé", dijo Nwin, desanimado.

Rikky se dirigió a la puerta. "Nos vemos en el círculo", dijo con calma.

“Sí, nos vemos”.

Minutos después, estaba afuera. Había amanecido y se adentró tranquilamente en un círculo de árboles bien iluminado y encontró un asiento en una caja de madera al fondo del grupo.

“Buenos días”, saludó sin dirigirse a nadie en particular.

Junto a la larga mesa de picnic, varios granjeros estaban enfrascados en su Tai Chi matutino, otros lanzaban un disco en el campo y otros compartían una fumada matutina. El frisbee[12] golpeó la mesa del desayuno, tirando varias tazas de café al suelo.

¡¿Tienes *que* hacer eso cada mañana?! Barry estaba de mal humor. Liza también. Les gritó a los culpables: "¡Palearán mierda por eso!". No es que pudiera hacer cumplir esa

12 El término frisbi o frisbee, a menudo utilizado para describir genéricamente todos los discos o platos voladores, es una marca registrada de la empresa de juguetes Wham-O. Es un juguete deslizante o artículo deportivo que generalmente está hecho de moldeado por inyección de plástico y aproximadamente 25 cm de diámetro con un labio pronunciado. Se utiliza de forma recreativa y competitiva para lanzar y atrapar, como en los juegos de discos voladores.

"sugerencia", pero probablemente podría conseguir una votación si se resistían.

El cielo se iluminó a medida que todos se reunieron lentamente alrededor de las mesas.

Bueno, bueno, ¡ya basta de charlas triviales! ¡Vamos al grano!

Como de costumbre, fue el cascarrabias del personal, Angus Kingston, quien insistió en "empezar". Ya había mucha información útil sobre la agricultura en el aire (observaciones, lecciones aprendidas, etc.), pero el proceso tenía sus propias exigencias.

—¡Ay, Angus! ¿Quieres arrancar la hierba? —respondió el coro.

Rikky, un veterano de anteriores desastres del Tazón de Arroz, así como del éxito actual, intervino. "Bueno, primero, ¿quién es nuevo? Bueno, chicos (en realidad, dos mujeres y un hombre de pie, inseguros, al final de la mesa), saluden a Vicky, nuestra recepcionista oficial este mes". Vicky sonrió y saludó.

“¿Noticias y opiniones?”

Nwin se sumió en sus pensamientos. Aún estaba aturdido por la noche anterior. Se chupó distraídamente una ampolla

en el dedo. Estaba deseando ponerse a trabajar, con ganas de echar un vistazo a la guarida del zorro.

"¿Oigan, les *importa?*", preguntó Liza a un pequeño cuarteto que estaba a un lado, tocando sus guitarras. No tocaban muy alto, pero eso sí perturbaba la conversación principal. Los habituales solían tener este problema con los que hacían sus Anuales. Estos últimos simplemente no tenían mucho que aportar a la ronda matutina. Los habituales necesitaban la mañana para hacer planes de verdad y porque era el único momento para registrarse. Era raro el voluntario que podía sentarse durante la sesión matutina todos los días.

Liza volvió a la reunión. "El departamento de meteorología dice que no lloverá hasta octubre como muy pronto, así que deberíamos revisar las estaciones de riego. Barry, ¿podrías contactarnos y enviar consultas?"

“Claro, lo haré hoy”.

Necesitamos que limpien y engrasen nuestros remolques. Angus, ¿podrías llevar a Fred, Elaine y a nuestros tres novatos a prepararlos?

—Sí, ¡y estoy de acuerdo en que Danny, Helen y Susie deberían palear mierda!

—¡Vale, vale, *lo siento!* ¡No puedo creer que se enfaden tanto por un accidente inofensivo! —Helen se llevó a Danny

y a Susie, asegurándose de recoger el disco de bambú pulido y tirarlo al irse.

Angus siguió manteniendo la palabra. "Nuestras plantaciones han sido pisoteadas tres veces en la esquina suroeste. Tenemos que encontrar a los culpables..."

“O tendremos que cercar la zona”, intervino Marco.

Nwin agregó rápidamente: “Hay una cerca liviana y fuerte que podemos conseguir en secciones de la Fábrica de Bambú”. Angus lo miró atónito.

“¿No es eso una fábrica de bicicletas?”, preguntó una mujer que estaba delante.

Sí, pero tengo amigos allá y les conté lo que estaba pasando aquí. Mi amigo Jerome me habló de sus nuevas cercas modulares.

—¡Vallas! —rugió Angus, golpeando la pared del fondo con su pala. Liza intervino antes de que Angus tomara el relevo. Propongo que enviemos a Nwin a buscar un prototipo para que podamos revisarlo. ¿Alguna objeción?

Angus estaba furioso, murmurando para sí sobre cercas y el cierre de tierras comunales, pero todos los demás estaban dispuestos a ello. "De acuerdo, está acordado. Nwin, ¿te encargarás?"

“Claro”, sonrió, preguntándose si podría ser tan fácil.

Nwin, estás en los parterres, ¿verdad? Marco y Sylvio están en el campo, desherbando, junto conmigo, Bob, Jerry, Rikky y Stefania.

“Espera. Tengo un anuncio”, dijo Stefania. “Recibí una petición de mis primos en Chile. Los han allanado dos veces el mes pasado, la última vez tres personas murieron. Otro de esos grupos nostálgicos que añora la Era del Dinero”.

—¡Mátenlos! —dijo Angus con entusiasmo—. ¡Bastardos como esos deberían ser destruidos!

¿Qué les pasa a los vecinos? ¿No pueden pedirles ayuda a sus vecinos?

“Me parece que deberían gestionarlo localmente, pero como recibí el mensaje, pensé que al menos debía compartirlo. ¿Se te ocurre alguna otra sugerencia? Les enviaría el consejo de Angus, pero probablemente ya lo hayan considerado o rechazado”, dijo Stefania.

—Esperemos y veamos. ¡Me pongo a trabajar! —dijo Jerry. Eso interrumpió la reunión.

Nwin agarró un rastrillo, una azada, sus guantes de trabajo y se dirigió hacia las marismas. Bordeó la calzada, siguiendo un pequeño sendero entre arbustos de flores azules. Silbando para sí mismo bajo el sol de la mañana, se preguntó

si se encontraría con Valentina en el café donde la había visto el otro día.

Llegó a un castaño de Indias de California que se extendía sobre el pantano desde las orillas de la calzada. Potrero Hill se alzaba a poca distancia. Detrás del tronco del árbol había descubierto una guarida de zorros. No quería entrometerse ni causar pánico, así que se movió muy lentamente. Divisó un gran afloramiento en el borde del pantano a unos metros de distancia. Subió y se instaló en el puesto de observación. Pronto observó la hierba susurrar en un acercamiento constante a la guarida. Se puso de pie en silencio y miró lo mejor que pudo a la base del árbol, donde pudo distinguir una mancha marrón rojiza entrar en la guarida y escuchó un maullido felino. Sacó sus prismáticos y observó bien a la mamá zorro mientras dejaba caer un ratón de campo muerto en el nido para sus bebés.

Un halcón de cola roja volaba en círculos sobre sus cabezas y Nwin se dio cuenta de que no era el único forastero que había descubierto la guarida. Pero el halcón no podría alcanzar a las crías en el nido. Nwin permaneció impasible, disfrutando de la danza de la naturaleza.

Generalmente trabajaba cuatro días a la semana, desde antes del amanecer hasta cerca del mediodía, haciendo lo que fuera necesario en el Tazón de Arroz. Se había encargado de podar los rosales y aplicar las habilidades que

había aprendido de niño con su "tía" en la rosaleda de Harrison.

Los veteranos, con más de cinco años de experiencia, parecían tener una conexión intuitiva con el trabajo. Nwin no estaba seguro de si algún día la conseguiría, pero disfrutaba de las marismas y de las criaturas en su ambiente natural. Era aire fresco y un trabajo honesto y de calidad; sabía que estaba haciendo algo valioso, aunque su padre no lo viera así. Y aún tenía tiempo de sobra para dedicarse a la acuarela, la escultura en metal e ir a cafés, bares y fiestas.

Nwin se adaptó a su rutina: desherbó parterres, cortó dalias y lirios, rosas y geranios, y preparó hermosos ramos para exhibir. También cortó algunas flores de datura[13] por su delicioso aroma, echando rápidamente los esquejes en un cubo de agua que había guardado unos días antes. Las horas pasaron rápido y, mientras el sol calentaba y alcanzaba su cenit del mediodía, Nwin regresó al patio con sus herramientas y su cubo. Saludó a los demás que seguían trabajando en los arrozales.

Cortó y recortó sus ramos, envolviéndolos con cordel y periódico, y los colocó en un cubo. Envolvió las flores de datura en una toalla húmeda y las metió en una bolsa impermeable dentro de su bolso para llevárselas a casa. Llevó los ramos en una bicicleta agrícola a la Encrucijada,

13 Datura stramonium es una planta alucinógena, ampliamente distribuida y de fácil accesibilidad, que contiene alcaloides anticolinérgicos tóxicos.

donde los colocó sobre una mesa con una pequeña exposición sobre el Tazón de Arroz y otras zonas agrícolas de la ciudad. Regresó rápidamente al granero, dejando la bicicleta a un lado, y se quitó el overol.

De vuelta en el cruce, tomó un tranvía que subía por la Séptima hasta la Tienda Central. Se bajó en Abundancia para dar un corto paseo hasta el Civic Green.

Un bosque de colores llenaba la plaza, donde cientos de personas disfrutaban de la música de orquesta desde la concha acústica. La gente pasaba el rato escuchando, conversando en pequeños grupos, leyendo, probando nuevas comidas, jugando al ajedrez y a las damas, lanzando discos. Los niños hacían rodar aros sosteniéndolos con un palo, y algunos chapoteaban en la fuente. En el rincón más alejado, un pequeño grupo rodeaba una tarima desde la cual un chico rubio y larguirucho les hablaba con urgencia.

Nwin se dirigió al antiguo Auditorio Cívico, un clásico gris, construido en 1915 para la Feria Mundial. Tuvo que esquivar un flujo constante de gente que salía, cargando con sus bolsas llenas de artículos para el hogar, ropa y demás del almacén. Este era el más grande y el mejor surtido, así que siempre se podía encontrar un pantalón que se ajustara, bolígrafos del color adecuado, una radio o un carro de carga, prácticamente cualquier cosa "básica". Lo que no se encontraba llegaba la semana siguiente o era realmente

escaso. Había que ir a la Isla del Tesoro para conseguir artículos raros.

Nwin no necesitaba mucho. Tenía ropa de sobra (a su madre le encantaba hacerle ropa) y su apartamento tenía radio empotrada, además del Vyne. Pero necesitaba sábanas nuevas. El último juego se había quemado una noche mientras fumaba un porro en la cama. Así que, sábanas nuevas, su chicle de menta favorito y un cuaderno. No hacía la compra, ya que siempre podía comer en una cocina comunitaria del edificio o en una cafetería. Tenía suerte de que una docena de buenos cocineros vivieran en su edificio, y siempre estaban buscando más bocas que alimentar.

Se abalanzó entre los bulliciosos "compradores" (la palabra persistía, aunque ya no se producía ninguna "transacción"). Se apartó de una mujer que llevaba una caja de cortinas nuevas por el pasillo.

Encontró un juego de hojas negras, como las que había leído en una vieja novela de espías, y tomó un juego extra en amarillo pastel. En cuanto a la oficina, se decidió por un cuaderno hecho a mano, con una encuadernación intrincada y breves aforismos en elegante caligrafía aproximadamente cada diez páginas. ("A veces el papel es lo único que te escucha", "Hay misterio en el universo, pero ¿qué es?" —Renée Magritte—", "Nunca hagas pronósticos, sobre todo sobre el futuro ". —Sam Golden).

Había cajas de chicles y caramelos cerca del departamento de alimentación, y él eligió también sus chicles, guisantes salados liofilizados y un tarro de crema de limón. Recorrió los pasillos de salida, pasando la mercancía por un escáner, que registraba los artículos para rastrear la demanda.

“Oye Nwin, ¿qué estás haciendo?” Nwin se dio la vuelta y se encontró con su primo Tho, hijo de la hermana de su madre.

"Solo estoy recogiendo algunas cosas. ¿Qué pasa?"

Estoy llenando los estantes de anuarios. Hay comidas que desconocía, ¡cosas de Brasil, China, de todas partes! ¿Has oído hablar del 'cupua—fu'? (Lo pronunciaba *koo—pwa—soo)*. Es una fruta rara, aquí, toca esto.

Le ofreció a Nwin un extraño cilindro marrón y peludo, quien, obedientemente, lo golpeó con los nudillos. Parecía de metal.

"¿Qué es?"

¡Fruta! ¿Verdad que es el rocío? Esta se cultiva en un invernadero tropical en San Mateo. La próxima vez que vayas a la Heladería Real en Rexroth, prueba el helado de Cupua—fu, ¡está buenísimo!

Metió todo en su bolso y salió nuevamente.

La música estaba llena de cuerdas vibrantes y tambores retumbantes, así que se acercó a la plaza y se deslizó por el césped, sacando un chicle. Se recostó y cerró los ojos bajo el sol del mediodía. Al poco rato dormitaba.

* * *

¡Ey, despierta!”

Un zapato le dio en las costillas y se dio la vuelta, poniendo instintivamente las manos sobre la cabeza.

“¡Nwin, despierta!”

Levantó la vista y vio a tres chicas de pie junto a él, con las manos en las caderas. "¿Qué...?", murmuró.

Valentina y dos amigas miraron hacia abajo mientras Nwin se desdoblaba desde una posición casi fetal, ante su suave insistencia. Se incorporó de repente, cepillando su ropa, avergonzado mientras miraba alrededor del Civic Green. Había dormido un rato, a juzgar por el sol.

Las chicas se rieron y susurraron unas a otras.

Se puso de pie con dificultad, atónito de que Valentina estuviera allí, despertándolo en el Civic Green. *¿Estoy soñando?*

“Sabía que eras tú”, dijo Valentina, “¿Qué diablos te hiciste en el cabello?”

Sus amigas rieron entre dientes, mientras Nwin inconscientemente se pasaba la mano por el cabello, luchando contra el peso del sueño profundo del que apenas había salido.

Él miró a sus amigas con los ojos entrecerrados, sin comprender.

—Ah, sí, lo siento. Nwin, esta es Harmony —y señaló a la chica bajita y delgada con pantalones cortos negros y una camiseta deportiva naranja—, y Shelley. Nwin reconoció a Shelley como la chica que había visto con Valentina en el Café Dolores Park. Llevaba largas trenzas negras tras su rostro redondo y angelical. Ofreció una sonrisa encantadora, agarrándose el codo con la mano opuesta y jugueteando distraídamente con su bolsillo.

Estábamos caminando por el Green y te vi tirado ahí. Nos acercamos, y aunque te ves bastante raro, me di cuenta...

—Sí, ella sabía que eras tú desde allá —añadió Harmony, señalando la fuente.

—Qué bien —dijo Nwin con aprecio—. Tías, necesito un café. ¿Os apetece algo?

"Claro", dijeron las chicas al unísono. Habían estado dando vueltas sin rumbo. Ir a tomar algo era lo que hacía la gente.

Nwin y Valentina se pusieron uno al lado del otro, Shelley y Harmony detrás. Nwin miró de reojo a Valentina. "¿Qué has estado haciendo desde que dejaste la granja?", preguntó.

Agradecida por la actividad para romper el hielo, Valentina comentó: “Oh, he estado haciendo Anuarios por todos lados.

A ver... la granja fue hace al menos un mes. ¿Qué he hecho desde entonces? Mi...

Mi favorito era el ferry transbahía. Trabajé en la cafetería en la ruta a Vallejo, fui tripulante de un ferry nocturno a Sacramento y fui la última oficial en Oakland, Hayward y Redwood City.

—¿Te gusta el agua, eh?

¡Es genial! Los delfines saltando, los peces, los pájaros, el cielo, el olor del agua y del sol, y toda la gente diferente. ¡Y las tripulaciones del ferry también son muy divertidas! ¡Geniales!

“Mi padre solía ser capitán de un remolcador oceánico”.

¿En serio? Me encantaría probarlo. ¿Crees que me llevaría de viaje? —preguntó con entusiasmo.

"Está jubilado", confesó Nwin en voz baja. "Se lastimó gravemente. Hace años que no sube a un remolcador". Apartó la mirada, frustrado por haber mencionado a su padre.

"Lo siento."

Se encogió de hombros y metió las manos en los bolsillos, mirando al suelo mientras continuaban en silencio. Una risa estridente rompió el hechizo.

Harmony se despatarró en el césped detrás de ellos y Shelley rió a carcajadas. "Ella... ella...", señalando a Harmony. "Se tropezó", y se dobló de la risa. Harmony se recompuso, sonriendo y frunciendo el ceño, luego extendió la mano para volver a atarse el zapato. Se sonrojó profundamente y le lanzó una mirada maliciosa a Shelley. "No tiene tanta gracia", dijo con amargura.

"Igual que el payaso que vimos la semana pasada", explicó Shelley con alegría, "¡deberías haberla visto!". Y volvió a reírse a carcajadas, ofreciéndole la mano a Harmony. Harmony sonrió. Aceptó el empujón, y pronto estaban sentadas en la cafetería mientras Nwin iba a pedir su capuchino y tés helados para las chicas.

"Es monísimo", susurró Shelley con aire de complicidad, y Valentina la fulminó con la mirada y la pateó por debajo de la mesa. "¡Ay!". Nwin regresó con una bandeja llena de

bebidas y se sentó junto a Valentina. "¿Y dónde más trabajabas?"

Una consulta dental, una panadería, un taller de rotulación. Y también unos días de Velome, con clases básicas de reparación.

¡Vaya, eso es mucho en un mes! Todavía no podía creer que ella lo hubiera reconocido durmiendo, y ahora allí estaban. Deseaba que sus amigas se fueran.

“¿Todavía en el Tazón de Arroz?”, preguntó Valentina.

Sí, por ahora. Estoy llegando al final de mi prueba. Al principio me gustó, pero ese viejo cascarrabias me ha estado dando mucha lata. No creo que pueda quedarme a menos que me deje en paz.

"¿Cuál es su problema?"

Me culpa de todo. Le pisotearon las plantas varias veces, y cree que sé quién lo hizo.

Valentina levantó las cejas, animando a Nwin a continuar.

¿Conoces a esos chicos de Potrero Hill, los rusos? ¿A Aleksy, Vlad y todos los demás?

Ella negó con la cabeza.

Son unos animales rudos, les gusta romper cosas. Plantamos un pantano cerca de su territorio, y ese es el lugar que siempre recibe los ataques. No me sorprendería que fueran ellos, pero nunca los he visto, ¡y jamás los denunciaría, pase lo que pase!

—¿Ni siquiera si los vieras? —preguntó Harmony, incrédula. Era varios años menor que las demás.

Nwin la miró con silenciosa condescendencia y negó con la cabeza. Miró su café y se volvió hacia Valentina.

Mi amigo Calvin trabaja en la fábrica de bicicletas Bambú en la Quinta Avenida. Me enseñó una cerca modular que diseñaron, así que le propuse cercar ese terreno. —Hizo una pausa—. Parece que fue hace mucho tiempo.

Valentina sonrió con simpatía y preguntó: “¿Dormiste mucho tiempo?”

Él le devolvió la sonrisa y se encogió de hombros. "Quizás una o dos horas".

Harmony anunció que era hora de volver a casa. "Vamos, Shelley, mamá dijo que teníamos que volver a las 5:30".

Shelley frunció el ceño a su hermana pequeña, sonrojándose. El parecido era evidente para Nwin. Shelley no iba a dejarse arrastrar por su hermana menor, al menos no de inmediato.

Interviniendo en la conversación, se volvió hacia Nwin. "¿Dónde trabajas exactamente?"

“En el Mission Bay Tazón de Arroz, junto a la calzada de la calle 7”.

¿En serio? Paso mucho por ahí. Estoy tomando clases en UC Mission Bay, así que tenemos que tomar el despegue en la 7.ª y Kioto.

Nwin la miró sorprendido. "¿Qué estás estudiando?"

"Estoy empezando", admitió con vacilación, "son cosas básicas. Espero dedicarme a la biomorfología o quizás ser médica ".

“¿Biomorfología?”

“Sí, donde se diseñan nuevos biodispositivos: esquifes, conchas... incluso la vid”.

No sabía que se llamaba así. Tengo un bioesquife.

¡Rocío! ¿Podemos sacarlo a dar una vuelta algún día? — preguntó Valentina emocionada.

Nwin se enderezó, maravillado de cómo todo parecía ir tomando forma. "Claro, me encantaría".

Harmony se inclinó hacia delante con entusiasmo: "Oooh, ¿puedo ir también?"

Shelley le dio un codazo, negando con la cabeza como hacen las hermanas mayores. "No hay espacio para más de dos, Harmony".

Harmony retrocedió y la decepción se apoderó de ella.

Nwin también lo vio, y aunque estaba contento de tener un plan vago con Valentina, sintió lástima por Harmony. "Oye, te daré una vuelta algún día", dijo con amabilidad.

¿En serio? ¿Lo dices en serio? Harmony se levantó de un salto, electrizada ante la perspectiva. Shelley, Nwin y Valentina intercambiaron miradas cómplices, mientras Nwin asentía sin dar más detalles, sonriendo.

Valentina se levantó para acompañar a sus amigos a casa. "Oye, Nwin, me alegra haberte encontrado". Le dio un golpe en la mano. "Vyne, ¿vale?"

“¿Cuál es tu apellido?” recordó preguntar.

Rogers, vivo en el Lower Haight, en el Pierce Palace. Siempre puedes contactarme a través de mis abuelos, los Panduccino.

Nwin la miró, sorprendido y asombrado. Todos conocían el nombre Panduccino. Claudia Panduccino era una de las revolucionarias más conocidas que aún vivían. "¿Eres tú?", preguntó, incapaz de formular una pregunta completa.

Valentina se rió. "Mi mamá es descendiente directa", dijo, henchida de orgullo. "Mi abuela Francesca es hija de Claudia. Claudia vive en Mendocino. ¡Tiene 114 años y sigue fuerte!". Volviéndose hacia Shelley y Harmony, dijo: "¡Vamos, chicas!

¡Llegaremos tarde!"

“¿Todos ustedes viven en el Palacio?” preguntó Nwin, y asintieron mientras se despedían.

—¡No olvides tu promesa, Nwin! —insistió Harmony, sin comprender del todo todo lo que había sucedido en la mesa.

"No te preocupes", la tranquilizó sin convicción. Todos se dieron un último golpe de mano, y cuando él se dio la vuelta para irse, él y Valentina se miraron a los ojos por última vez, sonriéndose alegremente.

Cruzó el Green flotando, prácticamente al otro lado, antes de recordar que su mochila seguía en el café. Regresó a toda prisa y se disculpó con unas mujeres mayores que acababan de sentarse a la mesa. Mientras se apartaban de su camino, metió la mano debajo, agarró su mochila, les dio las gracias y volvió sobre sus pasos.

Encontró el grupo habitual de tranvías en Abundancia, se subió a uno bajando por la Octava y en Kioto se bajó de nuevo. En la esquina había una caja de herramientas con un botiquín de primeros auxilios, agua, una camilla plegable y otros suministros de emergencia. Tomó tres bengalas y las

metió en su mochila. Caminó una manzana hasta los muelles del Cruce, encontró su esquife donde lo había dejado y soltó amarras. En segundos volaba, girando hacia la bahía abierta. El sol del atardecer proyectaba un resplandor anaranjado sobre la ciudad mientras la bahía se tornaba de un intenso color aguamarina.

El corazón de Nwin latía con fuerza al recordar su encuentro con Valentina. Se clavó la palma de la mano en el muslo mientras guiaba el bote alrededor del estadio hacia el norte, rumbo a la Pirámide. La luz naranja del sol sobre las torres del centro atenuaba el habitual contraste brillante de la Pirámide, y pronto llegó al muelle residencial y amarró *el Hot 1* para la noche.

* * *

El día siguiente hacía calor, por lo que Nwin abandonó el Tazón de arroz antes del almuerzo y salió a dar un paseo.

Se recostó, conduciendo distraídamente *el Hot 1* entre las viejas ruinas, agachándose bajo los restos de una grúa oxidada. Las gaviotas graznaban en lo alto y el viento hizo que un trozo de metal suelto se estrellara contra una viga de soporte. Nwin se agachó instintivamente y huyó a toda velocidad.

Contempló con asco las grúas, los tejados y los pisos superiores de los edificios abandonados y semisumergidos.

Con impaciencia, aceleró por los acantilados del cerro Potrero que se alzaban sobre el agua. Tuvo que frenar bruscamente ante una larga valla que le bloqueaba el paso. La valla estaba hecha de viejas redes marinas, de las que se usan para la acuicultura. Al acercarse, oyó el parloteo animado de los niños no muy lejos.

Observó una docena de pequeños muelles de madera que se extendían desde la orilla hacia la bahía. Una clase de niños de ocho años estaba de pie en el paseo marítimo con tres adultos, uno de los cuales guió al grupo hacia un muelle estrecho. Después de reunir a los niños en su lugar, el líder dio la vuelta al siguiente muelle adyacente. Metiendo la mano en el agua, sacó una pértiga, con mejillones adheridos a ella. Nwin comenzó a dar volteretas más adentro de la bahía. Aceleró, poniéndose de pie para recibir el viento y el rocío en la cara. Su aburrimiento cedió cuando comenzó a pensar en el siguiente golpe. Dos inmensos cargueros se alzaban frente a ellos, anclados en la bahía. Redujo la velocidad y comenzó a virar hacia el sur cuando notó que la gente bajaba por una escalera hacia una lancha.

No puede ser. No quería acercarse demasiado, pero quería ver mejor. Maniobró en un amplio círculo, desapareciendo brevemente detrás del carguero, empequeñecido bajo su casco oxidado y descascarillado. Cortó cerca de la proa del barco y volvió a aparecer a la vista, mucho más cerca de la lancha. Tres hombres y una mujer estaban en la lancha, alguien más todavía en la escalera. Se detuvo y miró

fijamente, seguro de que la mujer en la escalera era Nance. Retrocedió a toda prisa, con la esperanza de pasar desapercibido, y se retiró detrás de la proa antes de que alguien lo viera. Su corazón latía con fuerza. "No hay suficiente odio en este mundo", recordó de golpe, de su primer encuentro con la misteriosa Nance.

¿Quiénes son? ¿Qué hacen? Su mente se llenó de curiosidad y miedo. Trazó un amplio círculo alejándose del barco y sus pasajeros que partían. Cuando volvió a ver el carguero desde el oeste, no había rastro de la lancha. Mirando hacia el centro, no pudo distinguirla entre docenas de pequeñas embarcaciones. A pesar de su intensa curiosidad, temía ir tras la lancha. Si lo veían, podrían ir tras él, ¿y entonces qué? Un escalofrío le recorrió la espalda.

De todos modos, se dirigió hacia el norte, pero se dirigió al dique Precita. En el dique atracó y subió a toda prisa por la escalera de caracol sobre el Arcobolo y la ladera de las Alturas de Bernal. Impulsado por una creciente amargura, subió con paso firme. Le había enviado algunos mensajes a Valentina. No hubo respuesta.

Los pensamientos sobre Valentina quedaron a un lado al llegar a la cima de la colina con su vista panorámica. A lo lejos, en el centro, las ventanas de los Domino's inclinados reflejaban el sol matutino. Al otro lado de la ladera, bajo él, podía ver el patio trasero de sus padres. Allí estaba su padre de rodillas, cabizbajo, trabajando la tierra. Su sombrero de

paja temblaba levemente al pasar de una hilera a otra; la camisa roja a cuadros lo distinguía de su prolífico jardín. Nwin lo miró fijamente, frunciendo el ceño.

¡Ese estúpido jardín lo es todo para él! Tiró tierra que había recogido sin darse cuenta y se limpió la mano en la pierna. ¡De repente, una mano se posó en su hombro! Saltó automáticamente, rodando un poco por la hierba alta y amarilla.

“Nwin, soy sólo yo”, se rió Al Robledo.

"Mierda Al, ¿qué intentas hacer? ¿Darme un infarto?"

¿Qué haces aquí? ¿Mirando a tu papá?

—No. Vine aquí por la vista, y porque...

—¿Sí? —Al levantó los hombros y las cejas con gesto interrogativo—. ¿Has hablado con el viejo últimamente?

Nwin negó con la cabeza, irritado por hablar de su padre. "¡No se trata de él!", espetó.

¿Por qué no hablas con él? Al conocía a Nwin desde pequeño, y a su padre antes de la lesión. Lo había visto luchar durante la convalecencia, encerrarse en sí mismo y aislarse, sin poder retomar su capitanía. Hubo una vez en que Jeffrey era uno de los amigos del Club Dovre, bebiendo, jugando al billar o al póquer, discutiendo sobre béisbol,

hablando de mujeres hasta altas horas de la noche. No todas las noches, claro está. Era un marinero responsable y sabía que no debía darse un capricho antes de un día en el mar. Pero ya no salía, al menos durante años. Su amargura por la derrota ya era bastante mala, pero cuando empezó a culpar a Al de poner a la gente en su contra, bueno, eso fue demasiado incluso para Al. Pero Al seguía sintiendo cariño por Nwin e intentaba ofrecerle orientación, incluso amistad. ¡Pero Nwin no se lo puso fácil! Cuando Nwin tenía trece años, Al había pasado la mayor parte del verano ayudándolo con su partido de béisbol, asistiendo a sus partidos y dándole consejos. Su padre no se había interesado e incluso se había vuelto hostil, gritándole a Nwin que "se pusiera serio". Al alentó a Nwin a seguir jugando, atónito de que su padre pudiera reprender a un niño de 13 años.

Nwin se levantó estirándose, más cómodo ahora con Al, pero todavía furioso por su padre. "¡No quiero hablar con él ni sobre él!", declaró, dando por terminado el tema.

"Entonces, ¿qué está pasando?" preguntó Al.

Nwin miró hacia arriba, luchando por dentro, sin saber si podía confiar en Al. Bajó la vista al suelo, y una pequeña piedra rodó colina abajo. "¡Mierda! ¡Nada!"

Al no dijo nada, simplemente se puso en cuclillas, arrancó un trozo de hierba y empezó a masticarlo. No tenía prisa.

Nwin volvió a sentarse también, visiblemente agitado.

Se sentaron allí, contemplando la ciudad. El arroyo Precita gorgoteaba a lo lejos, donde peatones y bicicletas cruzaban el puente curvo de la calle Harrison. Al recordó algunas veces a lo largo de los años en que se había topado con Nwin en la colina. No servía de nada presionarlo. Se mantenía callado. El chico hablaría si quería.

—Oye —dijo Al en voz baja—, ¿has oído hablar del plan de traer lobos aquí?

Nwin lo miró con curiosidad. "No, ¿qué es eso?"

Al le contó sobre la reunión comunitaria donde su madre y el resto del consejo vecinal discutieron sobre el último plan del Consejo de Restauración para el corredor natural. Nwin negó con la cabeza, con cierto entusiasmo, silbando de asombro. Pasaron otros diez minutos en silencio, y entonces Al le dio una palmada en la espalda: «Ven si alguna vez quieres, ¿de acuerdo?».

—Sí, claro... gracias —dijo Nwin sin comprometerse. Se dieron la mano y Al empezó a subir la colina con dificultad, a pesar de sus 81 años.

Los pensamientos de Nwin iban y venían del ataque que planeaba, a Valentina, a Nance y sus misteriosos socios en ese carguero en la Bahía. Angus apareció, bloqueándole el paso. *¡Ese cabrón!* El odio de Nwin se desató al hablar de

Angus. *¡Jamás debió pelearse conmigo! ¡Voy a desahogarme!*

Distraído por la ira, se levantó y regresó pisando fuerte hacia la ladera este por donde había venido. No vio a su madre en el porche trasero, con las manos en las caderas, escudriñando a través del sol radiante, segura de que era su hijo quien se alejaba de la cima de la colina.

Suspirando, entró, abrió la “viña” con una orden seca y envió un breve mensaje a Nwin.

"Hola Nwinnie", dijo automáticamente. "Hoy voy a la Isla del Tesoro, así que intentaré conseguir tu sombrero. ¿Vendrás a cenar la semana que viene? ¡Vyne te quiero".

Mientras tanto, Nwin se abría paso entre las escaleras de caracol y los patios del Arcobolo. Cascadas de “Enredadera”s floridas rodeaban las barandillas, perfumando intensamente el aire. Aceleró el paso, abriéndose paso por varios pasillos laberínticos más antes de salir al dique, no lejos del muelle público donde había dejado el *Hot 1.*

Saltando al agua y soltando amarras, se adentró de nuevo en la bahía. Rodeó el Cerro Potrero y se dirigió a la Isla del Tesoro. Sabía que no podría desembarcar allí, pero algo lo atraía. Hacía mucho que no iba a la isla. Se deslizó hacia el lado este y distinguió el Palacio Rosa. Las luces chillonas de un siglo de barrios rojos brillaban provocativamente. La

visión del Palacio despertó un deseo sexual desenfocado. Empezó a alejarse de la isla, enfilando hacia el extremo norte. Mirando hacia adelante, se agachó repentinamente cuando un esquife se alejó a toda velocidad de la isla a solo 150 metros de su propia trayectoria. Se asomó para ver cómo el ocho plazas giraba hacia el sur y ganaba velocidad.

No había duda: eran Nance y cuatro personas más.

Ese debía ser el mismo grupo que estaba en el Huracán. El ocho plazas tenía bastante más potencia que su pequeño esquife y desapareció rápidamente en la distancia, dirigiéndose hacia el carguero del que los había visto partir antes. Se devanó los sesos. *¿Qué tramaban?* Se habían interesado por él debido a los incendios. *¿Cómo sabían de él? ¿Y quién más lo sabía? ¿Cómo lo encontró Nance en Bernal aquella vez? ¿Cómo llegaron a la Isla del Tesoro en su propio bote?* Era más de lo que Nwin podía digerir.

Señaló hacia la Pirámide, ahora justo enfrente de su posición al norte de la Isla del Tesoro. Los delfines saltaban entre las olas, pero se mantenían a raya. Intentó recordar el nombre del carguero del que venían... *¡Leopold Tanzania,* eso era! Volvió a casa para investigar.

Capítulo XIII

El comedor de Rixies no decepcionó. Eric y Tanya se sentaron cómodamente, rebosantes de ratatouille[14] sobre arroz salvaje Mission Bay, almejas de la bahía al vapor y ensalada de la huerta. La conversación bullía en torno a la enorme y majestuosa mesa, menguando durante la seria actividad de masticar y relamerse los labios, pero ahora resurgiendo con estruendo con la discusión. Las velas parpadeaban en los candelabros, proyectando un cálido resplandor sobre las paredes agrietadas y desconchadas, un amarillo descolorido perfilado por vigas de madera oscura. A medio metro del techo, en una repisa victoriana a juego,

14 La ratatouille, o en occitano ratatolha es una preparación típica de la cocina francesa que consiste en un estofado de diferentes hortalizas típicas del sur de Francia. Proviene de la región de Provenza y del antiguo condado de Niza, por lo que se la llama también ratatouille niçoise.

diminutas esculturas contemplaban impasibles la sala abarrotada.

¡¿Lobos?! ¡No hablas en serio! —chilló un hombre delgado y tímido al final de la mesa. Una mujer corpulenta frente a él se rió—. ¡Solo tienes miedo de que te coman! —Enfadado, el hombrecito se inclinó hacia delante, señalando con el dedo—. ¡Qué estupidez! Mira, hay una razón por la que las ciudades evolucionaron como lo hicieron. No hay espacio para grandes mamíferos salvajes. ¡Lo siento!

—Vamos, Vinnie, podemos aprender nuevas formas de coexistir —dijo el hombre que estaba a su lado con un jersey verde informal.

Con irritación en el rostro, Vinnie lo fulminó con la mirada. "¡Ya tengo bastantes problemas conviviendo con tu maldito perro!", a lo que la mesa soltó una carcajada de aprobación.

“Oye, ¿has oído hablar de la propuesta MacMillan?”, preguntó una mujer de cara redonda que vestía una bata de médico.

“¡Este tipo debe estar loco!” respondió con énfasis el dueño del perro.

—Entonces, ¿no crees que debería haber ninguna investigación sobre la comunicación entre especies?

—¡No me pongas palabras en la boca! Yo no he dicho eso —espetó. Eric pensó que ya conocían la postura de los demás, dadas las rápidas respuestas y la creciente tensión emocional.

El dueño del perro continuó: «La investigación es una cosa, ¡pero MacMillan va mucho más allá! Quiere romper *todos* los límites de la integridad de las especies. En esto estoy de acuerdo con los integristas».

La mujer de rostro redondo miró a su alrededor esperando refuerzos. Junto a ella, un hombre se apoyaba en una mano, con su largo cabello castaño suelto, ocultando su rostro de la vista de Eric, se movió y se recostó, apartándose el cabello de la cara. Apretó la mandíbula, afiladísima, y abrió y cerró la boca como si las palabras intentaran escapar.

Contra su suéter negro su rostro rosado parecía casi luminiscente.

“Creo que es una pregunta difícil”, dijo finalmente con voz profunda y meliflua. La conversación cesó cuando tomó la palabra. “Tengo curiosidad. La propuesta de MacMillan, en sí misma, es muy específica y no puedo decir que la encuentre tan amenazante. Siempre me he preguntado qué nos dirían los delfines si pudieran. ¡Imagínense si tuvieran una historia oral de los últimos 500 años o incluso algunos chistes nuevos! Quizás Angie tenga razón”.

—¡Ciencia no es una mala palabra! —dijo Angie, de cara redonda, desafiante—. La investigación, bajo control social, es vital. No me convence del todo la propuesta de MacMillan, pero por principio apoyo una nueva apertura hacia la investigación científica. ¡El miedo y el odio hacia nosotros mismos nos han frenado durante demasiado tiempo! —Sus ojos brillaban, con un tono personal en su voz.

"¡Vamos!", regañó el dueño del perro, y otros se sumaron. Geri, enmarcadora y madre de tres niños pequeños a quienes acababa de enviar a jugar, comentó: "¿Autodesprecio? ¿Crees que la muerte masiva simplemente cayó del cielo? Por algo la ciencia tuvo que estar encerrada".

¿Tenemos que llegar hasta ahí? La ciencia no tiene la culpa, lo siento. Era un mundo de locos. Cualquier loco podía crear un laboratorio y el único control era un gobierno indiferente y la mano invisible del mercado. Cualquier empresario podía secuestrar el acervo genético. Los negocios tenían las riendas, ¡pero la ciencia cargó con la culpa! Angie se recostó en su asiento, frustrada por su incesante necesidad de defender la ciencia contra una falsa comprensión de la historia.

El hombre que quería oír chistes sobre delfines se llamaba Gerald. Le puso el brazo sobre el hombro y le acarició el cuello suavemente. Angie, por reflejo, apoyó la cabeza en su hombro antes de, aparentemente, resistirse y enderezarse.

Tanya le susurró a Eric: "¿Estás bien?", y él asintió con entusiasmo. Hacía siglos que no participaba en una conversación así. Los cafés y salones filosóficos de Chicago eran mucho menos competitivos y pretenciosos. Tanya se recostó en su silla, aburrida. Quería volver a su habitación, pero no le parecía bien dejarlo solo allí, al menos no todavía. Quizás si empezaba a hablar con alguien más, podría largarse. Desplegó los brazos e intentó parecer interesada.

Ahora la atención se desplazó al otro extremo de la mesa, donde Trixie, la cocinera, dominaba la conversación. "Pero Emmy, *no* tienes por qué hacerlo. Llevas meses trabajando más que nadie aquí, ¡y ni siquiera tienes una carrera! Anda, ¿cuántos Anuarios crees que has hecho desde enero?"

Una joven se encorvaba con dificultad, con la cabeza, cubierta con un pañuelo rojo, apenas alcanzando el borde de la silla. Sus ojos y dientes blancos brillaban sobre su piel negra mientras hablaba. «¡Rayos! No sé... ya deben de ser cientos».

—¿Pero por qué? ¿Por qué trabajas tanto? ¿No tienes ningún proyecto propio? —la presionó Trixie—. ¿No has oído hablar de la campaña para reducir los Anuales a 30 *horas?*

Sintiéndose repentinamente atacada, Emmy se incorporó, revelando que era una de las personas más altas de la mesa. "Sé que la mayoría de la gente busca su vocación. Supongo que yo también. Pero, ¿sabes?, me levanto por la mañana y

me gusta probar cosas nuevas; me gusta la variedad. Normalmente no lo siento como un trabajo, es más como un rompecabezas o un juego. Además, el reconocimiento que recibo es realmente gratificante", dijo en una queja transparente sobre las relaciones familiares.

Trixie negó con la cabeza con complicidad y le dio una palmadita a Emmy en el brazo. "Oye, supongo que eres la persona para la que se diseñó el sistema... despierta y decide qué hacer. Cultivar por la mañana, fabricar al mediodía, interpretar a Lady Macbeth por la noche... ¡La Nueva Mujer!", declaró en tono de apoyo.

Emmy resopló y se recostó en su silla. "No sé nada de la Nueva Mujer", dijo, cruzando sus brazos increíblemente largos y delgados. Mirando desafiante a su alrededor, añadió: "Es aburrido hacer lo mismo todos los días. ¡No sé por qué alguien querría hacerlo!". Eric la observaba desde el centro de la mesa, fascinado por la mecánica de sus movimientos, que se acentuaban dramáticamente por el contraste entre su camiseta blanca elástica, sus hombros redondos y curvados, y su piel casi violácea.

Una danesa frente a ella intervino: "¿Qué problema hay con 60 horas al año? ¿O con tener una carrera? Leí en *Free Radical* que tenemos que luchar contra la ética del trabajo. ¡Es una locura! A la gente le gusta trabajar, quiere compartir lo que tiene. ¿Qué problema hay si alguien quiere hacer muchas cosas? Tenemos que trabajar para comer, para

tener un hogar. Creo que trabajamos lo suficiente, ni demasiado ni demasiado poco. Creo que Emmy es genial".

—Annika, lamento decirlo, pero vienes del norte de Europa, ¡la cuna de la Ética del Trabajo! —dijo riendo el dueño del perro desde el otro lado de la mesa. Un pequeño coro rió con él.

¡Aaah! Annika se levantó, disgustada, dándole un manotazo. Mirándolo fijamente, dijo: "¡Tú! ¡Dejas que tu perro corra por todo el patio, y tenemos que cuidarlo y recoger sus excrementos! Estás hecho un desastre. ¿Quién limpia tu baño?", exigió, y sin esperar respuesta, "¡TÚ NO!", y salió de la habitación.

Un silencio incómodo se apoderó de la mesa. William, murmurando y negando con la cabeza, empezó a recoger los platos, apilando ruidosamente. Esto pareció ser una señal y la gente empezó a llevarlos a la cocina. En la radio de la cocina, una alegre melodía zydeco inundó el aire. Los platos tintinearon cuando Tanya agarró el brazo de Eric, señalando hacia la puerta trasera.

“Eh … ¿no deberíamos ayudar?”, insistió.

—No, eres un invitado, y no es mi semana. ¡Vamos! —lo instó. Lo sacó por la puerta mientras él le devolvía el saludo a Trixie y decía: «Gracias. ¡Estuvo genial, sobre todo esas

almejas!». Trixie le devolvió la sonrisa como si no fuera nada especial y volvió a su conversación con Emmy.

“Eso sí que fue rocío”, declaró Eric.

—¿Sí? —respondió Tanya con escepticismo—. Creo que si hubieras estado aquí todo el tiempo no lo pensarías.

"¿Por qué no?"

Estas peleas duran años. Desde que llegué aquí ha sido así. William y su perro contra Vinnie y sus nervios; Angie, la doctora, actuando como si la Ciencia fuera una religión intocable, con Gerald, con su brillante armadura, corriendo a defenderla. ¡Es repugnante, un bucle sin fin!

Permaneció en silencio mientras caminaban por el largo patio trasero en la fresca tarde. El silencio se volvió incómodo, ambos desconcertados.

—Eh, bueno, escucha, Tanya. Gracias por enseñarme todo. La cena estuvo...

“Oh no, gracias a TI, por salvarme valientemente de esa ridícula carga”.

Ambos se rieron de su repentina formalidad.

"Creo que me voy a ir ahora", anunció Eric.

“Dime otra vez dónde te alojas”

“En el albergue Tweezer Towers, en el Canal de California”.

“Ah, sí…” Llegaron al estacionamiento de bicicletas. “Bueno, aquí estamos”.

“¡Mi ropa!”

—¡Mierda! Casi lo olvido. Escucha, tengo que conseguirte unos repuestos.

—No, olvídalo. Ya tengo demasiados. ¿Pero quizás podamos encontrar unos pantalones que me queden mejor? —sugirió mientras se miraba los tobillos desnudos, agarrándose la cintura para sujetarlos.

—¡Hombre, esos no te quedan nada bien! ¿Por qué no dijiste nada? —lo reprendió, por haber entendido que a él sí le gustaban. —Sígueme.

En el segundo piso de su edificio, abrió un gran armario lleno de ropa. «Llévate lo que quieras».

Hojeó un par de pilas de libros.

“Los más grandes están a la izquierda, los más pequeños a la derecha, al menos esa es la idea”. Al tercer intento, encontró uno que parecía prometedor. Ella se quedó allí mirándolo mientras él reflexionaba sobre dónde podría ir a cambiarse.

—¡Ay, lo siento! ¡Siempre olvido que no todo el mundo quiere desnudarse delante de desconocidos! —dijo, caminando por el pasillo—. Puedes cambiarte aquí —abrió la puerta de una pequeña habitación.

"Gracias", dijo tímidamente. Unos minutos después, prometía mantenerse en contacto mientras cruzaba la puerta en su bicicleta e intentaba recordar cómo llegar a casa. "¿Por aquí?", gritó, señalando hacia el Panhandle.

Sí, solo tienes que ir al Panhandle y seguir el Wiggle hacia Abundancia. Puedes encontrar el camino desde allí, ¿verdad?

"Creo que sí..." gritó mientras se alejaba rodando y saludando.

Capítulo XIV

Desde su lugar entre las ramas del árbol favorito de Nwin para trepar a la cima de Russian Hill, la ciudad se extendía hacia el oeste. Una bandada de loros cruzaba el cielo hacia una deliciosa merienda en los floridos jardines cerca de Fillmore. Un enorme barco cargado de contenedores metálicos atravesaba el Golden Gate. Las torres del viejo puente aún se alzaban a la entrada de la bahía, pero la torre más cercana se inclinaba precariamente, con molinos de viento girando desde su marco verde. Nwin bajó la mirada e intentó encontrar dónde había dejado de leer en *Free Radical* antes de quedarse mirando al vacío.

"¡No tenemos que hacerlo!" era una columna de Cameron Floyd. Floyd era uno de los defensores de reducir la jornada del Anuario a 30 horas y hacía campaña contra la idea de que "todos tenemos que hacerlo".

Nunca imaginarías que llevamos 75 años viviendo en un mundo posteconómico. La propaganda incesante de "hacer nuestra parte" nos tiraniza, promoviendo una cultura de trabajo incesante por el mero hecho de trabajar. ¿Por qué tanta gente se levanta y va a trabajar todos los días? El mundo que nuestros padres y abuelos crearon tras la Muerte Comunitaria está inteligentemente diseñado. Nos legaron un sistema de producción local autosuficiente, brillantemente eficiente y duradero, por el que todos podemos estar agradecidos. Desafortunadamente, también nos dejaron con una ética del trabajo que hace tiempo que quedó obsoleta.

Si alguien prestara atención, tendríamos cifras reveladoras sobre cuántas personas ya han optado por salirse de la rutina de las carreras profesionales y los Anuarios. Entonces, quizás quienes aún vamos a trabajar todos los días, solo para poder hacer más de lo que hicimos el día anterior, nos daríamos cuenta de la frecuencia con la que nuestro trabajo es, en realidad, innecesario.

Dejemos atrás de una vez por todas esta perniciosa ética del trabajo. Destruyó el mundo anterior y aún nos tiene en sus garras. ¡Hay más en la vida que el trabajo! ¿Existe algún Ginsberg o Picasso en ciernes que haya estado demasiado ocupado trabajando como para oler la brisa marina y simplemente pasar el día, hasta que un rayo creativo lo deslumbre?

Su padre, Jeffrey Robertson, alto pero encorvado, prematuramente envejecido, con las arrugas de su piel oscura, coaguladas por el polvo del jardín, amenazando con asomar la cabeza en su imaginación. *Las mismas conferencias aburridas noche tras noche, una y otra vez, el esfuerzo propio, el placer del trabajo bien hecho...*

Ya fuera jardinería o arreglos, nunca pudo cumplir con los estándares de su padre. Nwin hizo una mueca, los recuerdos lo perseguían, la incesante presión de su padre: hazlo así, no así, elige una carrera, especialízate. "Mejor elegir a que te elijan. ¡Menudas palabras!"

Su padre había sido un gran capitán de remolcador antes de sufrir lesiones graves en un accidente laboral, cuando Nwin era joven. Le amputaron el pie y su mano izquierda no podía agarrar nada. Tardó 14 meses en crecer un nuevo pie y más meses en recuperar la fuerza. Para entonces, llevaba casi dos años alejado del remolcador. Cuando intentó volver, ya no pudo más. Su pasión por el trabajo se había desvanecido y la antigua tripulación se había dispersado. Se deprimió profundamente y se retiró a su jardín. A medida que Nwin llegaba a la pubertad, su padre, siempre presente, se había vuelto cada vez más controlador. A Nwin le irritaban los sermones, la presión y la amargura que su padre descargaba en él.

Jennifer, su madre, observaba con impotencia cómo padre e hijo se distanciaban cada vez más. Había intentado fingir

que todo iba bien, pero para cuando Nwin cumplió 14 años, ni él ni su padre podían estar tranquilos el uno con el otro. Jennifer formaba parte del Consejo Vecinal de Bernal Heights y del comité local de agua. Había sido instaladora de Shitsys en la Gran Conversión durante sus primeros años de edad adulta, así que sabía reparar y reemplazar módulos domésticos. Era una de los ocho técnicos de guardia del vecindario, aunque el sistema requería poco mantenimiento activo. (Cada casa tenía sus propios colectores solares, sistema de aguas grises, gas metano para complementar el calentamiento de agua y una producción constante de bloques de fertilizantes que se redistribuían a las granjas locales).

El área común de Bernal, al otro lado de la colina, florecía con plantas nativas, pero también con terápsidos[15], pequeños mamíferos y ciervos. A lo largo del perímetro residencial se encontraban jardines y huertos, todos enriquecidos con fertilizantes del vecindario. Las tuzas[16] excavadoras habían destruido muchos jardines hasta que un

---

15 Los terápsidos (Therapsida) son un grupo de sinápsidos pertenecientes al clado de los esfenacodontios, (incorrectamente llamados "reptiles mamiferoides", ya que no pertenecen al grupo de los reptiles, contrariamente a lo que se pensó en un principio), del que se cree que descienden los mamíferos.

16 Los geómidos son una familia de roedores castorimorfos conocidos vulgarmente como tuzas, taltuzas o ratas de abazones. Se encuentran en Canadá, Estados Unidos, México, América Central y Colombia. En México habitan seis especies que se encuentran en peligro de extinción. La palabra tuza proviene del náhuatl tozan.

esfuerzo concertado de captura las retiró a las colinas de East Bay. Una explosión demográfica de ciervos había empujado a los animales del Parque McLaren hacia la vía verde de Islais Creek, y finalmente encontraron su camino hacia la vía verde de Folsom, pasando por Holly Park y hasta la cima de Bernal para pastar. Ahora, los vecinos debatían la idea de introducir lobos para controlar la población de ciervos. Los estudios indicaban que la recuperación de grandes depredadores hacía maravillas para el equilibrio de especies en los hábitats recuperados.

"¡Pero no podemos tener lobos vagando por nuestros patios traseros!" insistió una madre de mediana edad. "¿Tengo que encerrar a mis hijos dentro de casa?" Esperaba que el consejo de su vecindario cortara esto de raíz. Jennifer la había mirado, pensando en Nwin, saliendo del jardín, persiguiendo mariposas por la colina, rodando por la hierba alta. Con sus amigos, había jugado a Ecologistas y Ganaderos, construido minivehículos, arañado el barro durante los días de lluvia, canalizando riachuelos en pequeños estanques formados por palos, rocas y barro. El fuego de hierba que había iniciado cuando solo tenía siete años revoloteó inquieto por su mente, una intrusión momentánea.

Quería seguir estudiando la cuestión. Un experto en restauración testificó que los lobos coexistían con los humanos sin muchos conflictos siempre que tuvieran suficientes presas. Otros señalaron que había una oferta

limitada de ciervos, zorros, zarigüeyas, zorrillos y otros pequeños mamíferos en los corredores silvestres y las cimas de las colinas. La explosión demográfica era real, pero podía revertirse rápidamente. Encontrar un estado estable en el pequeño rango y el terreno artificialmente restringido sería difícil. Si se introdujeran lobos, argumentaron, el Control Animal tendría que estar listo para intervenir. Así que el debate continuó, para ser retomado después de nuevos informes de la Comisión de Corredores Silvestres y el subcomité de Restauración.

"No veo cómo podemos tomar una decisión significativa sobre esto en Bernal Heights. Necesitamos consultar con los ayuntamientos vecinos, probablemente con toda la ciudad. Los lobos no se van a quedar en un solo barrio, al igual que los coyotes y los zorros", concluyó la presidenta del ayuntamiento, Rhonda Delacorte, una veterana con amplia experiencia en debates sobre restauración.

Jennifer Robertson seguía creyendo en la comunidad y la familia, a pesar de que su hijo se había mudado a los dieciséis años y la visitaba con poca frecuencia. Asumió que se estaba separando como un adolescente normal. *Volverá y volverá a formar parte de la familia cuando esté listo. Nwin y Jeffrey se respetarán de nuevo.*

Los deseos de su madre estaban lejos de sus pensamientos mientras estaba sentado en el árbol, acariciando la lupa en su bolsillo. Había terminado de leer y se sentía nervioso. Bajó

del árbol y comenzó a caminar cuesta abajo hacia el oeste. La calle serpenteaba, balanceándose de un lado a otro a través de densos jardines. Una bicicleta de reparto subía con dificultad la cuesta, cargada con comestibles. En Polk se subió a un tranvía que pasaba, y salió a toda velocidad después de tres cuadras cuando divisó un velome en Union y Van Ness frente a una gasolinera y su reluciente silo de metal entre densos árboles en la esquina suroeste. Saltó cuesta abajo, extrañamente lleno de energía.

En el velome agarró una Red Fury, una gran cruiser [crucero] con una alta relación de transmisión, adecuada para la velocidad, con una canasta profunda incorporada en el portaequipajes trasero. El mecánico de turno agitó su llave inglesa hacia él mientras la empujaba afuera. Su elección de ruedas hizo que subir la colina Van Ness a Clay fuera desalentador. Las marchas altas eran el doble de difíciles de pedalear que otra bicicleta. Pero pronto coronó la colina y se encontró con un gran atasco de gente, bicicletas y tranvías, por delante, nada inusual para media tarde. Arriba, el 'Velobrij' transparente llevaba ciclovías entre Cathedral Hill y las partes altas de Nob Hill. Se lanzó por Sacramento Greenway hacia Polk, se deslizó en un flujo de bicicletas que se dirigían al sur por el veloway y aceleró con la ayuda de la gravedad.

En la calle Eddy, se desvió hacia el centro. Las aceras arboladas daban sombra al veloway que serpenteaba por el centro. Una multitud ruidosa desfilaba por Eddy en

Leavenworth, aplaudiendo y coreando: "¡Retirada de Duvall! ¡Aniquilación de ratas ya!". Los tambores cerraban la marcha, marcando un ritmo frenético. Inevitablemente, los bailarines los seguían, girando y contoneándose frenéticamente.

¿Duvall?... Nwin intentó recordar quién era. El llamado a la erradicación de ratas parecía un retroceso a los viejos tiempos. ¿Por qué no traer gatos, aunque solo habían pasado unos años desde que se resolvió el problema? *¡Humanos y animales, qué desastre!* Observó a los últimos bailarines que giraban en la intersección.

Una manzana y media después, pasó junto a unos densos arbustos en la esquina de Tailor y, agachándose bajo un árbol bajo, se detuvo frente a una tienda deslucida, con ventanas sucias tras una reja metálica. Unas letras doradas desportilladas que se arqueaban en el escaparate decían «ABC Locks and Safes» [Cerraduras y cajas fuertes ABC]. Apoyó la bicicleta contra la fachada del edificio y alargó la mano hacia la sucia manija de la puerta. Esta se abrió sin resistencia y Nwin entró en el extraño mundo de Pius Lee Wong.

Wong estaba sentado tras un largo mostrador de madera, inmerso en una partida de Go con otro anciano chino, que le daba la espalda a Nwin, con una larga trenza negra colgándole por la espalda. Candados y cadenas viejas colgaban de la pared. Nwin se acercó al mostrador. Juegos

de mesa polvorientos yacían amontonados sobre una mesa detrás de la repisa. Platos antiguos cubiertos de polvo llenaban una vitrina. El aire estaba cargado de polvo.

Wong observó su siguiente movimiento, ignorando a Nwin. Su compañero lo miró de reojo, con su perilla fibrosa y despeinada retorciéndose mientras masticaba un palillo. Una joven cruzó la cortina de cuentas que separaba la fachada de la tienda del apartamento que había detrás. No era mucho mayor que Nwin y vestía el tradicional abrigo azul pálido bordado con árboles, pájaros y flores en blanco. Se deslizó detrás de Wong y saludó a Nwin con una leve y silenciosa inclinación de cabeza. Su rostro estaba completamente blanco por el maquillaje, y su boca, rojo rubí. Los vibrantes colores se veían realzados por su cabello negro azabache, peinado en un moño redondo tradicional, con palillos asomando a los lados.

Hola Sue.

—Nwin —respondió ella, sin comprometerse—. ¿Lo mismo?

Él asintió: «Solo una esta vez, ¿de acuerdo?». Sus manos forcejearon con su mochila. Ella se alejó flotando suavemente a través de la cortina de cuentas, y Nwin pensó en qué debía llevar en los pies para moverse tan silenciosamente. Momentos después, reapareció; los dos hombres seguían impasibles, concentrados en su juego.

—Toma. —Giró la lata grande al final del mostrador, donde aterrizó en el suelo con un golpe seco—. Solo para limpiar, ¿verdad? —dijo sin emoción.

—Eh, sí, sí, eso es todo. Claro, limpiar. Lo necesitamos para el cultivador de la granja. —Habló mientras bajaba la vista hacia la lata, mirando en dirección a ella mientras se dirigía a la puerta a través del desorden. Afuera, lo invadió una oleada de aire perfumado. Al levantar la vista, identificó el magnolio, cuyas flores desprendían su aroma sensual, seductor de abejas, pájaros y humanos, portadores de sus genes a nuevos lugares. Respiró hondo, aliviado de estar fuera del polvo y la oscuridad. Echó la lata en la gran cesta de la bicicleta.

Cuidadosamente se deslizó a través de los arbustos hacia Eddy. Tomó el sendero para bicicletas hacia Abundancia, trotó a la izquierda una corta distancia y giró al sur en la calle 5. En Russ Gardens, rodeó la Calzada de Kioto en su camino hacia la Encrucijada, donde entró por las puertas del jardín hacia el Tazón de Arroz. Dos cobertizos de almacenamiento estaban cerca de la entrada, lejos del granero de la tripulación. Al no ver a nadie en la tarde calurosa, colocó cuidadosamente la lata dentro del primer cobertizo, reorganizando algunas herramientas para ocultarla. En un estante encontró una caja de guantes, lo que le recordó que necesitaba un par nuevo. Metió uno en su mochila y regresó a la puerta. Se dirigió al oeste por Mission Creek hasta que llegó a la calle Harrison y cruzó el puente.

Los densos rosales creaban un clima cautivador de dulzura húmeda. Flores amarillas, blancas, rojas y rosadas se pudrían sobre el veloway, un arbusto espinoso que sobresalía para atrapar a los incautos. Nwin serpenteaba y se agachaba entre la jungla de rosas, respirando profundamente, pensando ya en lo que necesitaba en el taller.

En la calle 22, una antigua vía férrea se había convertido en una avenida curva conectada con el parque Niños Juntos. A la derecha de la avenida se alzaba una extraña estructura con torretas: el "Edificio Atlas Stair". Una mujer inmensa estaba sentada en el porche, fumando un puro envuelto en un brillante estampado floral naranja y magenta.

—Oye, Nwin —llamó con brusquedad, agitando su gruesa mano y haciendo una pausa para respirar hondo—. ¿Dónde has estado? —resolló—. No te he visto en... demonios, ¿cuánto tiempo hace? ¿Un año? ¿Más?

—Hola, tía —le sonrió Nwin a la montaña canosa del porche—. Me mudé a la Pirámide.

—¿Por qué? ¿Dejaste tu casa en Bernal? ¿Qué pensó su madre? Debe estar triste —negó con la cabeza, mirando a Nwin por encima de su pecho agitado.

—No, tía, es maravillosa. ¡Mamá me apoya todo el tiempo... de verdad!

"¿Le traes flores?" entrecerró los ojos, inclinándose hacia delante.

—Eh, claro, a veces. Trabajo en el Tazón de arroz —dijo, alegrándose—. He estado cultivando las rosas de allí —declaró con orgullo.

La tía dio una calada larga, la sostuvo y lentamente dejó que el humo saliera por las comisuras de la boca. Sonrió a través del humo. "Aaah. Qué bien". Pareció satisfecha con su respuesta.

Voy a la tienda. ¿Crees que Jimmy estará allí?

“Está todo el tiempo en la tienda, ¿sabes?”. Dicho esto, se metió el cigarro en la boca e intentó poner las manos sobre sus rodillas, pero cuando las colocó apenas le llegaban a la parte superior de los muslos.

Nwin le dedicó una sonrisa de despedida mientras subía a la bicicleta, saludándola con la mano. En la esquina, en una vieja casa victoriana, con las ventanas abiertas, resonaba el sonido de serruchos, lijados y martillazos. Un letrero rústico, en un ángulo peculiar en el escaparate principal, presumía: «Taller Comunitario Shotwell: ¡Si no puedes triunfar aquí, no lo necesitas!». Nwin rodó la bicicleta por un lateral y la apoyó en la pared. Vio unas naranjas sanguinas especialmente maduras en el árbol de detrás del edificio, así que fue a coger unas cuantas y las metió en su bolso. Entró en la vieja cocina,

ahora convertida en comedor y sala de estar. Al bajar por el pasillo, la primera puerta a la izquierda daba a carretes de cable, placas de circuitos sobrantes, altavoces, cestas de chips viejos, cables, conectores. Todas las piezas útiles para reparar cualquier electrodoméstico o dispositivo de los últimos doscientos años estaban ordenadamente organizadas en altos estantes a lo largo de las paredes. Un gran banco de trabajo se extendía por la pared de enfrente. Sobre él se encontraban cuidadosamente ordenadas herramientas de diagnóstico, incluyendo un osciloscopio, voltímetros y lectores de medios magnéticos. Docenas de diminutas computadoras de mediados del siglo XXI estaban apiladas en una caja. La pared izquierda, junto a la ventana, estaba cubierta de herramientas, cada una delineada con tinta para que quien la bajara supiera dónde devolverla.

La “Enredadera” estaba abierta en la pared; su exhibición de hojas curvas ocupaba la mitad de la pared y colgaba a un metro y medio del tallo nudoso y retorcido que cruzaba la parte superior de la habitación. Mostraba un dibujo esquemático que el usuario anterior había estado consultando. Nwin lo miró y reconoció algunos circuitos eléctricos básicos. Una opresión familiar le apretaba la garganta y el pecho mientras pensaba nerviosamente en intentar hacer algo en el taller. ¡Al menos no tenía que preocuparse de que apareciera su padre!

Se sentó y sacó los papeles que había copiado en la biblioteca. Extendió las páginas de "Preparando fuegos con

temporizadores eléctricos: una guía del ELF, el Frente de Liberación de la Tierra", publicado 150 años antes. Encontró una instrucción titulada "La conexión entre el cubo y el encendedor", y la hojeó hasta...

Opción 2: Coloque el encendedor para que queme a través de la tapa de un balde de 5 galones

Ventajas: Su instalación es extremadamente rápida. Solo se requiere un contenedor de acelerante por cada dispositivo incendiario.

Desventajas: La llama comienza pequeña y crece lentamente.

Coloque el cubo de 5 galones en la ubicación deseada. Deje la tapa puesta. Coloque el temporizador y el encendedor sobre la tapa. La bengala debe apuntar ligeramente hacia abajo, permitiendo que la llama que sale de la parte superior entre en contacto con el plástico. Para que la bengala apunte hacia abajo, coloque el extremo no encendido de la bengala en el borde elevado de la tapa. Si necesita levantar aún más el extremo no encendido, coloque un bloque de madera debajo. En lugar de un bloque de madera, puede pegar cajas de cerillas con cinta adhesiva, colocando una encima de otra hasta alcanzar la altura necesaria. Cuando la bengala se encienda, quemará un agujero en la tapa y encenderá los vapores de gasolina. El agujero en la tapa aumentará gradualmente de tamaño.

Esto era lo que necesitaba: un plan paso a paso para crear un pequeño temporizador con alambre, soldadura, cinta adhesiva, un reloj y una pila de 9 voltios. Las pilas de nueve voltios ya no existían, pero podía sustituirlas por una pequeña célula solar, fácilmente configurable al voltaje deseado. Juntó los papeles, dejando las instrucciones del temporizador en la parte superior, puso su mochila sobre la pila y se detuvo a escuchar. Al lado estaba la carpintería, donde oyó serruchos y martillazos. Comenzó el rugido de una cepilladora, y pronto el chirrido de la madera cortada llenó la casa. Nwin salió al pasillo con cautela, mirando a ambos lados, sin ver a nadie.

Cerró la puerta del taller eléctrico y se puso a trabajar rápidamente. La ventana abierta dejaba entrar un aire con aroma a naranja en la habitación sofocante y con olor a químicos. La destreza que desarrolló bajo la estricta dirección de su padre le fue muy útil. En 20 minutos fabricó varios temporizadores pequeños con las piezas que tenía a mano. De un contenedor de relojes desechados sacó piezas cruciales; el resto eran piezas comunes.

Una ráfaga de viento recorrió la habitación y dispersó sus instrucciones. Dejó caer los relojes y corrió rápidamente a recoger los papeles del suelo y bajo los estantes. Una hoja había caído detrás del banco de trabajo, la misma que describía cómo conectar el temporizador.

Envolvió cuidadosamente su obra y colocó los tres temporizadores en una caja vacía que encontró en un estante. Cerró la caja con cinta adhesiva, la metió en su mochila, revolvió y ordenó sus papeles y los guardó. Devolvió todas las herramientas a sus lugares, las piezas a sus contenedores. Con la superficie de trabajo limpia, el taller tal como lo había encontrado y la mochila al hombro, se dirigió a la carpintería de al lado. Allí, como era de esperar, encontró a Jimmy, su primo, junto con otros dos, un hombre y una mujer a quienes Nwin no reconoció.

"¡Hola Jimmy!" gritó.

—¡Nwin, tío! ¿Dónde te has metido? —Jimmy sonrió ampliamente. Tras limpiarse las manos en su delantal cubierto de aserrín, le dio una palmada en la mano a Nwin y lo abrazó con fuerza.

—¡Guau! —jadeó Nwin—. ¡Eres un bruto! —Retrocedió después de que Jimmy lo soltara, quitándose el serrín de la ropa.

"Oh, lo siento, déjame ayudarte".

—No, no —Nwin retrocedió—. Estás cubierto de aserrín. Puedo hacerlo. No es nada.

Jimmy, a partes iguales músculo y grasa, ocupaba con creces el rincón donde se encontraba de pie junto a una columna desmesuradamente ornamentada, colocada de

lado sobre un banco de trabajo. Sus grandes manos estaban irritadas y encallecidas, pero aun así poseía un toque delicado, bellamente visible en su trabajo. En la cabecera de la columna, la feroz cara de halcón se alzaba con el pico ganchudo bajo unos ojos llameantes. La energía era palpable y se extendía por la columna en caras de zorro, oso, zarigüeya, ardilla y rata, dispuestas a lo largo de enredaderas retorcidas y giratorias talladas en la hermosa veta de la secuoya. Una vez recubiertas de soylent, las caras se destacaban de la veta de la madera con aún más fuerza.

"¡Qué bien se ve!", dijo. "¿Adónde va?"

Es para el nuevo cenador del Parque Precita. Es de la secuoya que cayó el mes pasado en el Panhandle, aquella extraña tormenta de viento de 20 minutos, ¿recuerdas?

Nwin admiraba enormemente el trabajo de Jimmy.

—Entonces, ¿qué te trae por aquí después de tanto tiempo? ¿No oí que te mudaste al centro?

Nwin le contó todo sobre su vida en la Pirámide, su trabajo en el Tazón de arroz y un poco sobre sus padres.

—Te ves bien, ¿pero tu pelo? ¿Rubio? ¿Qué es eso? —bromeó Jimmy.

—Oh, nada. Solo estaba bromeando y decidí intentarlo. Menuda tontería, ¿no?

—¡Oye, tío, tú dijiste tontería, no yo! —se rió Jimmy—. Ven a pasar un rato conmigo, tío. Ahora mismo tengo que terminar esto —dijo, volviendo a su columna.

—Jimmy, nos vemos luego, ¿vale?

—¡No seas tan extraño! —lo regañó con buen humor, y se despidió con la mano—. ¡Qué bonito corte de pelo!

Ya era tarde y Nwin tenía hambre. Lleno de entusiasmo por el logro, cabalgó por la calle 22 hacia Valencia, evitando el permanente partido de fútbol que había convertido tramos de la avenida en tierra abierta. "¡Centro, Centro!", gritaba un tipo moreno y bajo con la camiseta azul real de los Excelsior "Shovels" (o *Excavators,* como decían sus camisetas) mientras corría hacia la portería. Su compañero de equipo disparó un balón alto y arqueado hacia él, y se abalanzó sobre él, justo fuera de su alcance, y cayó en una maraña de brazos y piernas cuando el balón rebotó en los brazos expectantes del portero. Nwin se detuvo mientras el ataque fallaba, y ahora avanzó por las líneas laterales de Mission hacia Valencia, saludando a algunos amigos en el campo.

En Valencia se unió a cientos de ciclistas en la amplia veloway, yendo y viniendo, perdido en la anónima prisa de aquí para allá.

Capítulo XV

El taxi acuático se precipitó por una abertura hacia un viejo arco. Salieron en Abundance, o eso supuso Eric al ver una larga escalera que ascendía a Twin Peaks a lo lejos. Góndolas y esquifes surcaban las aguas, maniobrando entre barcazas de carga, transbordadores y taxis. Se aferró con todas sus fuerzas, seguro de que una colisión era inevitable. Pero los capitanes conocían el ritmo del tráfico. Una ética cooperativa bien desarrollada convirtió lo que podría haber sido una pesadilla caótica en una hermosa coreografía. Eric hizo una mueca de alivio cada vez que esquivaban por los pelos una embarcación que se acercaba.

Subiendo por Stockton, llegaron a los muelles de Union Square, donde se bajó. Era media mañana en un día cálido y

sin niebla. Los loros graznaban mientras volaban de palmera en palmera en el parque. Un enorme globo dorado coronaba una alta columna en el centro de la plaza. De él brotaba agua, que se dividía en múltiples chorros y caía con estrépito 40 metros en la poza circundante. Eric caminó rápidamente hacia el otro lado de la plaza para evitar el rocío. Se sentó para que el sol lo secara.

El sol hizo su trabajo y abandonando el soleado césped, cruzó Powell con sus antiguos tranvías y se dirigió al oeste por Geary, pasando una hilera de teatros. Las amplias aceras albergaban una interminable hilera de terrazas, todas abarrotadas de gente tomando espressos, comiendo croissants, magdalenas y montones de fruta. Respiró hondo bajo los limoneros dispersos entre arbustos, jardineras, bancos y pequeños puestos que ofrecían crepes al momento. La gente salía en masa de una cafetería varias manzanas más arriba, cerca de Tailor Street, donde una energía contagiosa atrajo a Eric.

Se sentó en un asiento vacío en el perímetro, aliviado al ver que nadie le prestaba atención. Miró fijamente un menú, jugueteando en una esquina. Había comido hacía solo una hora, pero el bullicio del lugar despertó su curiosidad.

"¿Sí?", preguntó un camarero desde el otro lado de la mesa. Eric levantó la vista, paralizado por un instante. Finalmente, exclamó: "¡Un espresso doble y un muffin de salvado!", justo cuando el hombre estaba a punto de pasar a

la siguiente persona. El camarero hizo un gesto con la "V" y desapareció entre la multitud. Clientes silenciosos se sentaron alrededor de la mesa que Eric había elegido instintivamente. Se sintió alejado de la intimidad bulliciosa y la sociabilidad bulliciosa que lo habían atraído.

Grupos de personas se agrupaban cerca. Tres hombres de mediana edad, panzudos, de pelo largo y grandes barbas, estaban uno frente al otro cerca de un pequeño seto a su derecha, enfrascados en una conversación. Justo más allá de ellos, un grupo risueño de más de una docena se extendía alrededor de una de las grandes mesas. Varios de ellos llevaban leotardos. *Probablemente para una clase de baile,* supuso. Al otro lado del café, dos mesas más pequeñas estaban ocupadas por ancianas de pelo blanco, jugando ruidosamente a lo que parecía ser bridge. Justo a su izquierda había un prominente tablón de anuncios lleno de notas escritas a mano y un cartel dominante: "El Rincón de los Inventores a las 7 p.m. todos los jueves por la noche en el Café Thimble". Los eslóganes garabateados gritaban "¡Innovar o morir!", "Cambiar es humano" y cosas así.

¡Slap! El hombre delgado a su izquierda había tirado una revista y se había marchado bruscamente. Eric la cogió: *Free Radical, Revista de Opinión.* La vibrante portada mostraba una imagen alocada de un volador de cometas sobrevolando un paisaje desértico entre miles de mariposas monarca. El corredor llevaba un casco de cuero y gafas anticuadas, pero estaba cubierto de mariposas; el cielo a su alrededor

también estaba repleto de ellas. Las alas de su cometa eran exactamente lo contrario del patrón naranja y negro de la monarca.

Eric lo abrió. "¡No tenemos por qué!" era el editorial principal, seguido de un artículo a favor de cerrar el 20% de las calles restantes de la ciudad y convertirlas en granjas. A continuación, "Me niego a preocuparme por los Refuseniks [Renegados]", y luego "Velocidad personal y libertad de elección". Un debate destacado enfrentaba a un defensor del "Acuífero de Autoabastecimiento" contra "Nuestro Legado de Frescura de la Montaña".

Un pequeño artículo le llamó la atención: "Vacas y pollos compiten en las dunas", que trataba sobre un pequeño rancho ganadero en las dunas del extremo oeste que había desafiado a un rancho avícola vecino para ver cuál podía alimentar a más habitantes de San Francisco durante el año. Los ganaderos y los avicultores aparecían gesticulando por la apuesta. En juego estaban el derecho a presumir, un viaje como la entrada de San Francisco al Campeonato Regional de Proteínas y un banquete ofrecido por el perdedor en el rancho del ganador, que incluía una limpieza completa de las habitaciones de los animales. Eric se maravilló ante la rareza del asunto.

* * *

Tras un agotador paseo de un día por los barrios del oeste, encaramados en las ondulantes dunas de arena sobre las que se había extendido la ciudad dos siglos antes, llegó al Golden Gate Park. Tras entrar por un antiguo portal de cemento desde la Vía Verde de la 19.ª Avenida, disfrutó de un mágico paseo bajo la luz crepuscular del parque. Antiguos tocones evidenciaban árboles que una vez se alzaron majestuosos frente al Pacífico, cinco kilómetros al oeste. El bosque se había reducido considerablemente a medida que las dunas recuperaban la mayor parte del extremo occidental del parque. Pero aquí, en esta entrada, un saludable bosque de eucaliptos, cipreses, acacias y robles aún se mantenía firme en el límite del parque.

Disminuyó la velocidad en su viaje hacia el este, deambulando de un lugar a otro, pasando por pequeños estanques y arboledas, encontrándose con alguna que otra manada de ciervos, esforzándose por no enemistarse con las mofetas que se cruzaban en su camino. Finalmente, llegó a una plaza con una antigua concha acústica en el centro. Al otro lado se alzaba un museo bajo, curvo y de cristal verde con una alta torre de madera. Parecía como si un niño hubiera construido un observatorio de troncos de Lincoln y lo hubiera pegado en posición vertical a una caja de cristal caída. La plaza estaba llena de sillas, con una hermosa fuente antigua que brotaba detrás de ellas, con una extraña variedad de esculturas y estatuas esparcidas por todas partes. Al lado cercano se alzaba una estructura anacrónica

que parecía nada más que un pórtico caído de un cohete espacial del siglo XX. Detrás se alzaba otra estructura, alta y con forma de huevo, con varias rampas que sobresalían y que conectaban con una serie de montículos cubiertos de hierba. El cartel anunciaba que era la Academia de Ciencias, un Planetario y un Acuario. Eric navegó a través de la plaza, haciendo nota mental de regresar.

Se desvió por un sendero sinuoso a través de un denso bosque, emergiendo en un túnel de arcos florales que a su vez lo dejó al pie de "Hippie Hill", un montículo de hierba bastante poco pretencioso con una banda atemporal de jóvenes de pelo largo fumando marihuana y tocando la batería. El sol se había ocultado en el horizonte. El crepúsculo cayó sobre un cálido regalo de una tarde. Finalmente, el camino de Eric lo llevó a Haight Street, un extenso centro comercial peatonal salpicado de docenas de puestos que ofrecían comida, marihuana, artesanías, libros hechos a mano, fajos de poesía y un mar de vieja música grabada. Encontró un velome en un pequeño parque al otro lado de la vía rápida de Stanyan, donde depositó la Silver Fox que había montado todo el día.

En el Haight, Eric se sintió como si hubiera bajado de una máquina del tiempo. Deambulaba sin rumbo entre bailarines y pequeños públicos ante escenarios que parecían surgir a cada cuadra. Aceptó ofertas para fumar y pronto se sintió como hacía tiempo que no lo hacía. Rió entre dientes cuando una mujer dulce y corpulenta, con un vestido largo de

cachemira y el pelo enmarañado y revuelto con plumas, lo abrazó y lo hizo girar al ritmo de una banda de reggae. Después de unos minutos, lo soltó y se fue dando tumbos entre la multitud, hasta que se sentó en un banco al borde de un concurrido café. Había llegado al Haight Ashbury.

En ese momento, una procesión llenó la calle, doblando la esquina de Clayton con túnicas blancas, naranjas y rosas. La mayoría lucía collares de cuentas marrones, y todos llevaban gafas de montura metálica bajo pequeños sombreros triangulares y sandalias de madera. Tocaban pequeños tambores, címbalos y cantaban mientras giraban como derviches. Eric se recostó en su asiento y observó.

—Oye, ¿no estabas en casa anoche? —preguntó. Sorprendido, levantó la vista hacia Emmy, la intensa mujer negra que había estado defendiendo su placer de trabajar en los Anuarios en la mesa.

—Sí... ¡Hola! —dijo, consciente de lo cansado y drogado que estaba. Extendió la mano para que le diera una palmada, que ella le devolvió—. Soy Eric, Eric Johanson.

Hola. Soy Emmy Ndbele Hodges. Estaba con algunos de los otros que había conocido en casa. «Ellos son Angie, Gerald, y Annika», hizo un gesto, y cada uno saludó con la mano con indiferencia, absorto en su propia conversación. «¿Quieres acompañarnos?», rió entre dientes. “No quiero que te dejes llevar por el fervor religioso que hay por ahí”.

Eric se volvió hacia la frenética procesión, retrocediendo cuando otra acólita se acercó a él. Notó que algunos otros se habían sumado a la celebración o lo que fuera. Saltó un pequeño seto para entrar en el café, donde se sentó junto a Emmy.

“No creo que me *quieran*”, reveló, “y, por supuesto, ¡yo no los quiero!”

—¿Ah, sí? —arqueó las cejas. De nuevo le impresionó su rostro asombroso, sus dientes blancos y brillantes, sus ojos redondos y luminosos que brillaban en un rostro largo y delgado. Su cabello, rizado al estilo afro, suavizaba sus angulosidades a la vez que realzaba su inusual altura. Él le sonrió, sin darse cuenta de que por una vez se sentía tranquilo, y le confesó: «No soy religioso; de hecho, odio todos esos estúpidos rituales».

—Hmmm … —Emmy parecía pensativa.

—¡Mierda! —se contuvo—. Perdón si te ofendí. ¡No es nada personal! —Su ánimo estaba al borde del abismo.

Sonrió, iluminando el lugar, y sobre todo el ánimo decaído de Eric. "¡No te preocupes! Yo tampoco soy una de *ellos*", explicó, "pero intento no darle mucha importancia. O sea, puedo respetar las creencias de los demás incluso si no busco un guía espiritual, ¿sabes?"

Asintió, insatisfecho. Mentalmente se reprendió. "¡Respeto a la gente, no las ideas estúpidas!"

Emmy rió. Estaba completamente relajada, recostada en una silla bajo una sombrilla decorada con figuras luchando en un bosque. Su largo cuerpo, de alguna manera, se acomodaba cómodamente en la pequeña silla del café, entre otras dos personas en la pequeña mesa redonda. Puso sus largos dedos en la parte superior de la espalda de Eric y lo acarició con familiaridad, enviando una poderosa oleada por su columna hasta la ingle. "¿Quieres algo de beber?"

Agradecido, la miró con una amplia sonrisa y asintió: «Me vendría bien un té helado, o quizás algo más fuerte», pensando que ella podría sugerir algo. Empujó su bebida. «Prueba esto». Tenía alcohol, sí, una mezcla de jugo tropical con ron y vodka, supuso. «¡Guau!». Su paladar, drogado, se aferró de inmediato al fuerte sabor de la bebida. Emmy levantó su copa para saludar al camarero que pasaba, quien le hizo la señal de victoria. Cuando ella dijo «Dos, por favor», él asintió.

Se apoyaron el uno en el otro y se apresuraron a llenar los espacios en blanco de su historia y la de él. Riendo, se detuvieron cuando las palabras explotaron, acumulando correspondencia y coincidencias. Ella era originaria de Oakland, él había vivido en el South Side de Chicago. Ambos amaban el blues y a Dostoievski. Los rituales, las oraciones y las ceremonias los hacían sentir incómodos, aunque ella era

más abierta, él más intolerante. Ninguno era gaianista[17], pero ambos simpatizaban con el integrismo, que defendía la especificidad de las especies y la integridad de los diversos hábitats, humanos y no humanos. Ninguno apuntaba a una carrera, y ambos se preguntaban si la especialización llegaría alguna vez.

Iban por su tercera copa, con las rodillas juntas bajo la mesa, charlando sin parar, cuando Annika, Gerald y Angie se levantaron. "Eh, si pudiéramos interrumpir un segundo", sonrió Gerald, su piel sonrosada brillando con los reflejos del atardecer. Angie, con ambos brazos alrededor de uno de los suyos, les sonrió con complicidad, su pelo negro y liso cayéndole sobre los hombros. Annika miraba hacia la calle. "Nos vamos a casa", dijo, "¿se quedan?"

Rodeó a Eric con el brazo. "Sí, pero iremos en un rato", lo que provocó una oleada de emoción y ansiedad en Eric.

Sonrió con aire de borracho, despidiéndose con la cabeza. Annika le devolvió el saludo, sin afecto, quizá irritada porque Emmy la había abandonado por Eric. Quizás se sentía

---

17 Gaianismo (de la diosa griega de la Tierra, Gaia) es una espiritualidad centrada en la Tierra. No necesita tener dioses, solo la reverencia a la Tierra. La teoría que popularizó el gaianismo moderno, la Hipótesis de Gaia, ni siquiera menciona a una Diosa, sino que postula que la Tierra es un espacio vital complejo y autorregulado de múltiples organismos (básicamente, en la interpretación espiritual, es una forma de decir que la Tierra es un organismo complicado).

extraña entre Gerald y Angie. Le dedicó a Emmy una breve sonrisa antes de girarse para seguirlos.

Después de que se fueron, Emmy le dedicó una sonrisa traviesa, bajó el brazo hasta su muslo y comenzó a acariciarlo. La cabeza le daba vueltas y los pantalones le apretaban mientras la cálida mano de Emmy subía por su muslo. Emmy le susurró al oído: «Vayamos a mi casa», a lo que él no puso objeción.

Tropezando por la calle Haight, evitando el mobiliario urbano y los grupos de seres humanos animados, Emmy hizo todo lo posible para que Eric no perdiera el equilibrio. "Paremos un segundo, ¿de acuerdo?", instó, así que se sentaron en el borde de una jardinera. "¿Estás bien?". Ella lo miró a los ojos con preocupación.

"Bueno", dijo arrastrando las palabras, "he estado moviéndome todo el día, he vuelto a caballo..."

“¿Entonces no quieres venir?”

¡No! ¡No, no es eso! Incluso en su estupor, estaba ansioso. No quería perder la oportunidad de acostarse con esa mujer hermosa y brillante.

“No creo que estés en condiciones de volver a tu hostal”, dijo con sensatez. No parecía borracha en absoluto. “Mira, Eric, ven a casa conmigo. Mañana nos despertaremos juntos y veremos cómo es el mundo”. Ella lo agarró del brazo,

tirando de él para ponerlo de pie. “No falta mucho”. Se entregó a ella, dejando que la niebla de la embriaguez lo envolviera por completo mientras ella lo guiaba. Apenas notó la entrada a Page Mews, ni nada más sobre la noche.

Cuando se despertó era de mañana y tardó un minuto en orientarse. El sol de la mañana entraba a raudales en la habitación desconocida, adornada con delicadas pinturas en miniatura. Frente a la cama había una cómoda de mármol falso con un espejo. Se levantó, notando que estaba en una cama individual, y se observó en el espejo. "Oh, hombre". Sucio y despeinado, parecía como si se hubiera arrastrado hasta aquí. En ese momento notó un gran redoble de tambor en su cabeza. Echó hacia atrás las sábanas y se sentó en el borde de la cama, dándose cuenta de que estaba desnudo y que su ropa estaba cuidadosamente apilada en una silla en la esquina. *¿Me quité la ropa? No la doblo, así que supongo que no.* Una creciente vergüenza se apoderó de él.

La puerta se abrió. Reflexivamente se cubrió con la manta. Agachándose ligeramente por la puerta, Emmy se enderezó frente a él, con las manos en las caderas, sus estrechas muñecas fluyendo hacia unos brazos imposiblemente largos y delicados. Su desnudo abdomen negro era la cintura más alta y diminuta que Eric había visto jamás. Sus dientes blancos lo iluminaron como un foco. Empezó a reír y echó la cabeza hacia atrás, con el pecho hundido mientras sus hombros temblaban, y se agarró los codos en un intento inútil de contener su alegría fácil. Una risa contagiosa salió

de Eric antes de que su fuerte dolor de cabeza lo detuviera en seco. Agarrarse la cabeza palpitante lo llevó aún más a la risa histérica, que empezaba a parecerle menos divertida a Eric.

"Estoy... Estoy..." No podía parar de reír. Jadeando, finalmente pronunció un débil "¡lo siento!" mientras se doblaba tratando de contenerse.

"Supongo que fui bastante ridículo", murmuró Eric entre sus pensamientos. Ahora se sentía profundamente avergonzado. Ella finalmente logró dejar de aullar y se secó las lágrimas. "No sé por qué te ves tan raro esta mañana, pero...", y se acercó y le puso ambas manos sobre la cabeza, frotándole las sienes con los pulgares, aliviando la presión, "¡... sí que lo haces!". Volvió a reírse entre dientes, mientras él empezaba a ronronear ante su tacto tranquilizador y aliviador. Al cabo de un rato, detuvo el masaje y se sentó a su lado.

Deberías venir a tomarte un plato de huevos y café. Es el mejor remedio para la resaca que conozco.

—Mmmff. —Le acarició el hombro.

Ella se levantó y él casi se cae al suelo al levantarse. No sabía dónde estaba parado con ella. Desde luego, no recordaba la noche anterior después del borroso camino a

casa. "Vamos, vístete", dijo con un dejo de impaciencia. "Voy a prepararte el desayuno. ¿Quieres ducharte?"

“Eso sería genial”.

Dos plantas más abajo. Hay toallas limpias en el estante. El desayuno está también dos pisos más abajo. Ve a la parte de atrás cuando bajes, ¿de acuerdo?

Él asintió y la observó con admiración mientras se marchaba. "¡Debe de medir casi dos metros!", se maravilló al verla agacharse para pasar la puerta. No era bajo, pues medía 1,90 m, pero Emmy le sacaba algunos centímetros fácilmente, con sus extremidades increíblemente largas. No podía dejar de pensar en sus piernas interminables que se asomaban por debajo de sus pantalones cortos mientras se recomponía y se iba a duchar.

Tras una ráfaga de agua en la que se frotó brutalmente de pies a cabeza, golpeándose la cara en un inútil intento de quitarse la resaca, se vistió y se dirigió al comedor. Resultó ser la misma habitación donde había cenado con Tanya en la casa de Trixie. Annika estaba sentada a la mesa con una taza de café humeante en la mano, leyendo el periódico. Por la puerta de la cocina, Emmy entró afanosamente con platos llenos de huevos, rodajas de melón y melocotón, y pan fresco con mantequilla.

—¡Gracias! —dijo entusiasmado, con el cabello mojado peinado hacia atrás y el rostro recuperando su habitual expresión juvenil. Ella se sentó a su lado y juntos saborearon la abundante comida.

Annika los miró con una sonrisa cómplice. "Oye, dice que habrá una ola de calor durante unos días". Gruñeron con la boca llena. Entusiasmada con la tarea de dar la noticia, Annika continuó. "Veamos, terroristas atacan granjas chilenas, la sequía azota el este de África, miles se reúnen alrededor de los últimos días del glaciar Alpine". Nada afectó la concentración inmediata de Eric, que estaba masticando. Sacudió el periódico mientras buscaba noticias locales. "Integritistas celebrarán una convención en septiembre; se completaron las reparaciones de la Diagonal Mercx; el debate sobre el lobo aúlla".

—Eh —Emmy terminó de masticar un bocado del delicioso pan—. Annika, gracias, pero prefiero leerlo yo misma después, ¿vale? Annika parecía molesta, con el ceño fruncido por la consternación. —Lo siento. —Un minuto después, dobló el periódico, tomó su taza de café y se fue.

"¡Me está volviendo loca!" admitió Emmy. "Sé que tiene buenas intenciones, y que puede ser encantadora y..."

Emmy se sacudió la frustración. "Oye, ¿cómo conociste a Tanya?"

Eric contó cómo casi atropelló a Tanya y luego pedaleó para llevarla a casa con su pesada carga.

Emmy negó con la cabeza. "¡Esa es Tanya!"

"¿Qué quieres decir?"

Es la acaparadora de Page Mews. Una acaparadora. Colecciona todo tipo de objetos raros: platos viejos, cuadros, ropa, muebles... ¡lo que sea! ¿Viste su habitación?

—Sí, pero no fue *tan* malo —afirmó Eric, sin mucho entusiasmo.

"Debes estar bromeando, ¿verdad?"

Él levantó las cejas y se encogió de hombros.

“Bueno, mira, de todos modos, tengo un trabajo que hacer”.

¿En serio? ¿Qué haces hoy? —preguntó Eric con genuino interés.

Mantenimiento del canal. La Oficina de Contratación dice que últimamente ha habido escasez de trabajadores, así que me ofrecí como voluntaria. Hoy es mi turno.

—Mmm —dijo Eric con una decepción apenas disimulada—. Entonces...

Ella le lanzó una mirada que decía “olvídalo”, así que se detuvo.

"Te ayudaré, ¿de acuerdo?" Se levantó, recogiendo sus platos de camino a la cocina.

Él murmuró su asentimiento, pero apenas pudo hablar, la depresión y la confusión lo aplastaron momentáneamente. Se quedó mirando su fruta y dio un mordisco desganado. Ella regresó a través del comedor como un torbellino. "Así que me voy de aquí". Con ternura, puso su mano en su cuello y se inclinó. Él tragó rápidamente su fruta, justo a tiempo para recibir el jugoso beso que ella le dio. Su lengua se lanzó tras el jugo de fruta fresco, y mientras se retiraba, eufórica, apretando su cuello con sorprendente fuerza, mostró esa sonrisa deslumbrante y dijo: "¡Mmm, melocotones! ¡Eres dulce!" Riéndose de su reacción, le aplaudió y dijo: "Te veré pronto. ¡Me gustas!". Con eso se dio la vuelta y desapareció.

Se sentó aturdido, sintiéndose como si hubiera estado en un sube y baja. Llevó los platos a la cocina, los enjuagó y los metió en el lavavajillas. No había nadie cerca mientras limpiaba la encimera y se daba la vuelta para irse. Gerald entró en la cocina con un saludo soñoliento. Fue directo al café y, con una taza nueva en la mano, se volvió hacia Eric. "Oye, supongo que estarás por aquí, ¿eh?"

—Um, bueno, no lo sé. ¡Ojalá!

Gerald giró la cabeza en un gesto inconscientemente inquisitivo. Pero Eric no tenía ganas de entrar en detalles. Se despidió y salió hacia el calor matutino. Iba a hacer un calor sofocante, pensó, mientras se dirigía hacia el Panhandle.

Capítulo XVI

La exhibición de Vyne mostraba cuatro docenas de barcos con bandera de Tanzania. El *Leopold Tanzania* era un portacontenedores de 70 toneladas, capitaneado por Alfredo López—Carrillo. «Exhibe al Capitán Alfredo López—Carrillo», ordenó Nwin.

Nació el 8 de noviembre de 2119 en Valparaíso, Chile.

Estudió en la Escuela Naval de Chile, graduándose en enero de 2144 con licencia para capitanear todas las clases de buques. Autorizado para ingresar por Capitanías de Puerto en...

Según la lista que se desplazaba por el directorio de Nwin: Valparaíso, Tokio, San Francisco, Lisboa, Manila, Yakarta, Mombasa, Génova, Estambul, Túnez, Cádiz, Melbourne,

Puerto Elizabeth, Dar Es Salaam... casi todos los lugares de los que había oído hablar y muchos más.

Mmm, pensó, intentando descifrar un ángulo del barco y su tripulación. *¡La tripulación!* «Tripulación de exhibición registrada a nombre del Leopold Tanzania», declaró.

José Serra, John Anderson, Sven Nilsson, Margaret Wong, Melilah Absour Nardz, Charlotte Bellinger, Ricardo Donatello, Jaime Suárez—Ochoa.

Nada familiar. Se le ocurrió otra idea: «Mostrar pasajeros registrados en el *Leopold Tanzania* ».

Josephine Grigeirevich, Elliot Simpson, Jane Simpson, Anna N. Kzcyzcynski, William Morales, Carlos González.

Salvo la improbable posibilidad de que la inicial "N" de un nombre fuera Nance, no había descubierto nada. Su último pensamiento fue: «Mostrar manifiesto de carga entregado por el *Leopold Tanzania* a San Francisco».

Perú: 2 contenedores: sombreros, plata reciclada, muebles de madera y utensilios de cocina, botánicos secos; Ecuador: 6 contenedores: café, plantas acuáticas en animación suspendida, algodón teñido, ropa de mujer terminada, llantas de bicicleta, convertidores eólicos móviles.

Colombia: 12 contenedores: cocaína, café, palmito, instrumentos musicales.

México: 4 contenedores: café, artículos deportivos, ropa de hombre, zapatos, sistemas de iluminación solar, cuerda de cáñamo.

Estudió la lista, pero no pudo relacionarla. Desanimado, suspiró: «Nwin Robertson, cambio», y la hoja de la "Enredadera" se enrolló. Tamborileó con los dedos sobre la mesa, mirando por la ventana el *Leopold Tanzania* en la lejana bahía. Sus pensamientos vagaron sin rumbo hasta que echó un vistazo a los edificios vecinos del centro hacia el Tazón de arroz, al oeste del campus semisumergido de Mission Bay. Al principio, sintió que la irritación aumentaba al pensar en Angus y sus plantaciones. «¡Cualquiera diría que estoy ahí fuera de noche pisoteándolas!», exclamó en voz alta, exasperado.

"¡Mierda!" Se golpeó la frente sin querer, atónito ante una posibilidad improbable pero vaga que podría ayudar a desentrañar el misterio. "Stefania, Stefania... ¿qué decías? ¡Algo sobre atentados en Chile!". El capitán del *Leopold Tanzania* era chileno.

"¡Vyne!" Inmediatamente se empezó a desplegar la pantalla. "Mensaje para Stefania Listero, del Tazón de arroz en San Francisco. Stefania, necesito reunirme contigo para hablar de una coincidencia que estoy explorando. Almorzamos el viernes en el trabajo, ¿de acuerdo? Nwin Robertson está aquí". El vyne volvió a enrollarse.

Se dirigió a un armario y volvió a sacar los papeles del Frente de Liberación de la Tierra. En otra bolsa tenía los tres temporizadores que había construido el otro día. Y había traído a casa las bengalas que necesitaba. Lo extendió todo en el suelo y empezó a ensamblar las piezas.

* * *

Mientras tanto, más temprano esa mañana, su madre había regresado al interior después de ver a su hijo a lo lejos en el cerro Bernal.

"Oye Jeff, ¿tienes esa lista?" gritó desde la puerta trasera.

Su marido estaba a gatas, desbrozando el jardín. Se detuvo y metió la mano en el bolsillo trasero. "No. ¡Mira el refrigerador!"

¡Rayos! ¿Dónde está esa estúpida lista? ¡El barco sale en veinte minutos! Si perdía la oportunidad de hoy, Jen sabía que tendría que esperar otra semana entera.

¡No lo encuentro! ¿Querías vino tinto y qué más?

Jeff se levantó, enderezándose con cuidado para contrarrestar la rigidez en las rodillas y la espalda baja. Dejó la paleta y los guantes junto a la puerta mosquitera al entrar en la cocina. Tenía 79 años y, aunque tomaba su suplemento diario, sentía su cuerpo de maneras nuevas y desalentadoras.

Sí, una caja del mejor Chianti de Sonoma y otra de un buen Merlot de Alexander Valley, ¿vale? Y a ver si hay alguna novedad en los productos farmacéuticos para la rigidez articular.

Hay un montón de hierbas en la tienda. ¿Has probado alguna?

¡Quiero drogas de verdad! Esas infusiones no están mal, pero cada día estoy más rígido. Mmm, ah, sí, a ver si encuentras uno de esos aspersores nuevos de Australia que leí. ¿No te pidió Nwin que buscaras uno de esos sombreros raros de Perú, el Tíbet o algo así? Y no olvides que necesitamos un congelador nuevo para el bloque.

¡Dios mío, cómo pude olvidarlo! Se preguntó si se estaba volviendo loca. Primero no pudo encontrar la lista, luego no recordaba nada, aunque algunos artículos eran para ella. Había estado tomando potenciadores de la memoria, pero que ella supiera, no le habían hecho ningún efecto. Justo entonces vio la lista, que sobresalía de debajo del cubo de compostaje.

¿Cómo demonios llegó ahí? Se la metió en el bolsillo, mirándola para recordar qué obtener. "Me tengo que ir, cariño, te veo cuando vuelva, probablemente sobre las cuatro. ¿Vas a preparar la cena?"

“¿Creí que tenías otra reunión?”

—Ah, sí. Bueno, si preparas algo, puedo comerlo después, ¿vale? —Y dicho esto, le dio un beso en la mejilla y salió por la puerta.

Jeffrey la siguió con la mirada. Amaba a Jennifer, se dijo, pero no sentía mucho más allá de sus articulaciones rígidas. Podía oler su bálsamo labial de albaricoque donde le había rozado la mejilla. De vuelta al huerto, donde lechugas, tomates, judías y pimientos crecían con esplendor. El suyo, de hecho, formaba parte de una franja continua de huertos que rodeaban las laderas superiores de la colina. Contempló más allá, las hierbas autóctonas y la profusión de flores silvestres que unían el paisaje azotado por el viento.

Jennifer se subió a su triciclo, con sus largas trenzas negras bailando tras ella mientras descendía a toda velocidad la colina hacia el dique del arroyo Precita. Los muelles sobresalían de la antigua calzada. Estaba cubierta de densos edificios de apartamentos de varias plantas, una de las comunidades más importantes de la ciudad, con unos 1500 residentes en el "Arcobolo". Al llegar al pie de la colina, el dique apareció a la vista. Un pequeño grupo de personas se dirigía lentamente hacia el muelle, subiendo al autobús de Treasure Island, así que se relajó y pedaleó, sabiendo que tenía tiempo.

Ella entró rápidamente en el velome, dejó caer su triciclo y llamó a Serge: "Hola, ¿te importaría darme una pequeña

lubricación para esta tarde?", saliendo corriendo antes de que él pudiera responder.

Se puso en la cola del TI y vio algunas caras conocidas.

Franklin, ¿cómo estás? Me enteré de que tu querida hija se iba a estudiar a Vietnam.

“Sí, va a vivir en el río Mekong, estudiando el cultivo del arroz y mejorando su vietnamita. Sus abuelos le han estado enseñando, pero la inmersión es insuperable”, dijo Franklin con orgullo.

Sí, ojalá lo hubiera hecho. Ya casi no sé vietnamita. Nunca leo ni hablo con gente de allí. Supongo que debería. Pero sabía que no lo haría.

Al ver a su vecina Mariko, gritó: "Estoy pidiendo el nuevo congelador, ¿recuerdas?"

Claro, no hay problema. Voy a comprar una bomba solar nueva, que en el almacén gratuito no se cansaban de pedir. Y Julián quería que buscara arte nuevo.

Jennifer pensó en su casa, llena de los oscuros dibujos al carboncillo de Nwin de años pasados. "Mmm, quizá yo también adquiera un cuadro".

Subieron al ferry de dos pisos y tomaron asiento. Al alejarse de la orilla, comenzaron los disparatados efectos de

sonido y la música de calíope. El azafato pasó entre los pasajeros distribuyendo formularios de pedido y chupitos. Jennifer se tomó un trago de tequila, como la mayoría. Toda la experiencia fue tan disparatada que ponerse un poco borracha la hizo aún mejor.

Jennifer llenó su formulario, marcando un congelador y añadiendo "Australian sprinkler" [Aspersor australiano] y "Peruvian Mountain Hat" [Sombrero de montaña peruano] en la sección de varios. En la carta de vinos, marcó los pedidos de Jeff, añadiendo tres botellas de champán excepcional para ella. Examinó los recién llegados y vio la sección "Especialidades de Europa del Este". Copas de cristal, una botella de Becherovka, una caja de Bohemian Pilsner y un juego de mantelería rumana completaron su pedido. Solo por ir hoy, recibiría una caja de papayas mexicanas, unos binoculares chinos y una selección de bufandas batik indonesias.

“¡La Isla del Tesoro, en efecto!”, se rió, mientras el tequila le hacía soltar el sentimiento gracioso.

Oye Mariko, ¿qué vamos a hacer con todas esas papayas?, se rió.

—Me imagino que alguien las querrá —respondió Mariko en un tono más serio del que exigía la pregunta.

Pelícanos y gaviotas volaban en círculos alrededor del ferry, focas y leones marinos bramaban a lo lejos. Delfines saltaban con gracia del agua a treinta metros a estribor. Como de costumbre, la Bahía de San Francisco rebosaba de vida.

Jennifer se acercó y se inclinó sobre la barandilla, observando cómo el barco surcaba las aguas espumosas, con bancos de peces y diversas criaturas marinas esquivando a ambos lados. Respirando profundamente, Jennifer exhaló lentamente. El sol le calentaba la mejilla mientras una brisa refrescante le acariciaba el otro lado de la cara. Siempre era un placer salir al agua, y también una lección de humildad.

La Isla del Tesoro se alzaba imponente. El nombre se le había dado a una extensión plana de vertedero, sede de una feria mundial del siglo XX. En aquellos tiempos, esta isla se llamaba "Yerbabuena", pero tras la inundación de la Isla del Tesoro original, el nombre se le quedó a su vecina rocosa. Después de que la revolución cambiara las ideas de escasez y necesidad, se convirtió en el lugar ideal para buscar "tesoros".

Llegaron al muelle y desembarcaron, entregando sus formularios a cambio de un recibo numerado. El mayordomo tomó los formularios y los escaneó para vincular los pedidos con los recibos. Los asistentes se congregaron en diversas direcciones, buscando sus juegos y actividades favoritos.

Risas mecánicas resonaban por la colina, una enorme noria giraba en la cima y una montaña rusa imponente daba la vuelta a la isla. Había puestos por todas partes. Los vendedores ambulantes animaban a los visitantes a dar una vuelta, a caerse, a probar suerte, a ver qué podían ganar hoy. Un Palacio del Placer con luces rosas parpadeantes atraía a cualquiera que buscara diversión sexual anónima. Los hombres y mujeres que lo albergaban solían celebrar sus Anuarios, una forma de experimentar con sus propias inclinaciones sexuales. (Un porcentaje relativamente pequeño de personas prefería ser juguetes sexuales para desconocidos a otros tipos de trabajo).

Jennifer y Mariko bebieron otro trago de tequila cada una mientras bajaban del barco y, mareadas, subieron la colina.

—Vamos, tomemos primero la montaña rusa —instó Jennifer.

Y allí se fue, sumergiéndose inmediatamente en un pronunciado descenso que estiró sus rostros en sonrisas absurdas.

"¡Eeeeeeeeee!", gritaron con los demás pasajeros. Tras rodear la isla, el tren se desvió hacia un túnel donde dio varias vueltas bruscas en la oscuridad total y, de repente, los escupió en una recta que daba al otro lado del agua, hacia San Francisco. Regresaron a la estación, jadeantes y con un poco de náuseas.

A la salida, un joven con sombrero de paja y pajarita las abordó. Puso el brazo sobre el hombro de Mariko y las invitó a jugar. No opusieron resistencia y las condujo a su lanzamiento de béisbol.

Tres bolas. ¡Derriba las quince botellas de leche y gana un premio HOY! Doce y reduces a la mitad el tiempo de espera en dos artículos. Diez y un artículo es tuyo en una semana. Menos de diez, bueno, una pequeña muestra de nuestro agradecimiento. —Señaló una vitrina llena de objetos de arte peculiares.

"¡Deséenme suerte!" Jennifer agarró la primera bola y, aprovechándose de sus años en el montículo de sóftbol, la lanzó. Golpeó con fuerza las botellas en la segunda fila y nueve de las diez primeras cayeron al suelo.

“¡Está bien, ahora *recógelo!*” exclamó Mariko.

La segunda bola trajo otras tres, pero ella falló en su último lanzamiento.

“¡Maldita sea!” exhaló.

¡Felicidades! Puedes elegir dos artículos de tu lista para completarlos en la mitad de tiempo.

“Escogeré el Chianti y el congelador”. Agitó el recibo bajo el escáner e hizo su elección.

¡Qué divertido! ¡Mira...! —Señaló un esquife en la bahía. ¡Creo que es Nwin!

Mariko permaneció impasible, observando el esquife y encogiéndose de hombros, dándose la vuelta sin hacer comentarios. Jennifer se quedó un minuto observando el esquife hasta que desapareció por el borde de la isla. Alcanzó a Mariko.

Se toparon con un concurso de ranas saltarinas. Un corredor polvoriento estaba delimitado con una línea de salida, un punto medio y una línea de meta, con una valla baja de madera a cada lado. La directora del juego y sus asistentes vestían atuendos vaqueros del Viejo Oeste.

¡Damas y caballeros! Por favor, elijan su rana y hagan sus apuestas.

Mariko eligió Fresa y Jennifer Aguacate. Cada una puso su ficha en la esquina de apuestas y encontró un lugar en el recorrido. Las ranas estaban coloreadas con los nombres de sus frutas o verduras, al igual que los carriles de carreras.

Sonó una campana, seguida de un pequeño "pop" y las puertas se abrieron de golpe. Las ranas saltaron hacia adelante, avanzando como si las pulgas le mordieran las ancas. Unas 50 personas se congregaron alrededor del campo, vitoreando y aplaudiendo. Una de ellas llamada

Banana perdió la ventaja al principio, pero finalmente se adelantó y ganó.

"¡Oh, maldita sea!", Mariko golpeó la pared de madera con la mano, decepcionada. Pero el segundo puesto le había dado un objeto en una semana, así que pidió la bomba solar.

Apostaron a las carreras de ranas dos veces más, pero perdieron en cada ocasión. Intentaron practicar la holomimética, donde había que imitar fielmente una rutina de baile y poses realizada por un holograma de uno mismo.

Por toda la isla había pequeñas galerías con pinturas, fotografías, esculturas, exhibiciones holográficas y entornos sónicos salvajes. Ambas buscaban arte y curioseaban en una cabaña de madera enterrada entre arbustos en una ladera baja. El propietario era un hombre mayor de pelo canoso que las saludó como viejas amigas, presentándose como Davinciano.

Caminaron hacia la alcoba trasera, donde las paredes estaban cubiertas con una mezcla de pinturas. Un solo contenedor contenía cien o más láminas, que Mariko comenzó a hojear de inmediato. Jennifer se sintió atraída por una pintura en la pared del fondo, de solo unos 45 cm de ancho y unos 35 cm de alto: un paisaje marino con una enorme ola gigante que coronaba el cielo nocturno. En la ola había docenas de edificios, puentes, barcos, algunos de ellos claramente de San Francisco. La ola saltaba al espacio desde

la Tierra, y arrastraba consigo el mundo artificial... "Oye, Mariko, mira esto".

—Mmm, qué interesante —dijo sin interés—. ¿Sabes? Creo que me voy a largar. —¡Voy al Palacio! —declaró Mariko, desafiante.

Jennifer se quedó atónita, sin sospechar que su vecina buscaría sexo anónimo en la Isla. Intentó actuar con indiferencia, pero aun así se sintió perturbada.

“Te veré en el ferry”. Y con eso, Mariko sacó una huella, caminó hacia el mostrador y se la entregó a Davinciano, le dio su registro y salió rápidamente.

Jennifer descolgó el cuadro de olas de la pared y, de camino al mostrador, una atractiva escultura de bronce, bastante abstracta, le llamó la atención. Le recordó el hueco de un árbol con un niño jugando al escondite dentro. La agarró también.

Davinciano inspeccionó las piezas. "Ah, una tal Giselle Carrerra... es extraordinaria, ¿no? Veamos, ¿quién es esta escultora?". Miró la parte inferior y no encontró ninguna marca. Le dijo a su “Enredadera”: "Lista de esculturas, por favor". La hoja grande mostraba una columna de títulos. Tocó el nodo desplegable y finalmente llegó a "Tree Stump" de Axel Pedersen, Dinamarca. "¡Bueno, ni siquiera es de aquí!". Para asegurarse, le pidió a su vid que mostrara una

imagen y confirmó que efectivamente era la misma pieza. "Las envolveré para ti y las llevaré al barco, ¿de acuerdo?", preguntó Davinciano.

—Sí, gracias —dijo Jen, pero su mente estaba en otra parte.

Salió de la galería, satisfecha con sus adquisiciones, pero distraída por la idea de Mariko teniendo sexo al otro lado de la isla. Llegó a otro concurso, un torneo de eliminación simple de miradas. Se requerían ocho personas, y ya había cinco, así que se sentó, y de inmediato se le unió un hombre moreno con camiseta blanca, cuya sonrisa la inquietó extrañamente. Unos minutos después llegó una mujer mayor de piel color café y comenzaron. Jennifer fue eliminada en la primera ronda.

Su día transcurrió con calma: después de un almuerzo relajado con sándwich de champiñones portobello, peras y tarta de queso, estaba lista para regresar, pero decidió probar un último juego —tejo— y ganó el primer premio. Decidió quedarse con el sombrero de Nwin de inmediato.

Al volver a subir al autobús, cambió su recibo por uno nuevo. En él figuraban los artículos que había comprado.

La lista de Jennifer:

FECHA DEL PEDIDO: 18 DE JUNIO DE 2157

Un congelador, 2 meses, ~~20 de agosto, 2~~ 1 ~~57~~ doble velocidad, 1 mes, entrega 20 de julio

Aspersor australiano, 3 semanas, entrega el 11 de julio de 2015

Sombrero de Montaña Peruano, 2 semanas, ~~2~~ de ~~julio~~ de ~~2015~~

1 Caja Sonoma Chianti, 1 semana, ~~25 de junio, 2~~ 1 ~~57~~ doble velocidad, 3 días, entrega 21 de junio

1 Caja de Merlot Alexander Valley, 2 semanas, entrega el 2 de julio de 2017

3 Botellas de champán Château Clicquot, 2 meses, entrega el 20 de agosto de 2017

Un estuche de copas de cristal, 2 días, ~~20 de junio de~~ 2015, HOY

Una botella de Beckerovka 2 días, ~~junio 20~~ HOY

Una caja de Bohemian Pilsner, 2 días, ~~junio 20~~ HOY

Un juego de mantel y servilletas de lino rumano, 2 días, ~~20 de junio~~ HOY

Una caja de papayas mexicanas, HOY

Un par de binoculares chinos, HOY

Bufanda batik indonesia, HOY

Mariko apareció en el transbordador, despeinada. A bordo, sus compras estaban empaquetadas y etiquetadas. Ambas estaban agotadas después de tanto alboroto y tanta bebida. Jennifer la miró de reojo, mientras las fantasías de su visita al Palacio le daban vueltas en la cabeza.

¡Supéralo!, pensó. *¿Cuál es el problema, de todos modos?* Pero era innegable que la hacía pensar en sexo más que en mucho tiempo, y la excitación la inquietaba.

“Entonces, ¿cómo estuvo?”, preguntó.

¿Qué? ¿El Palacio? ¡Fue genial! Nunca había conocido a un tipo calvo y panzón. Tenía algo, no sé qué, pero lo elegí. Fue extraño, pero me lo pasé bien y me divertí. ¿Sabes? Deberías probarlo.

"Ay, no es para mí", dijo Jennifer. "Jeff y yo estamos bien. Nunca pienso en acostarme con nadie más ".

"¿En serio?" Mariko estaba realmente sorprendida. "Lo que te dé vueltas, supongo."

El transbordador se tambaleaba sobre las olas agitadas. Al regresar, llevaron sus cajas al muelle y se ayudaron mutuamente a subirlas al velome, donde cargaron sus triciclos y regresaron a casa.

Fue una subida empinada. Tras esforzarse muchísimo a mitad de la subida del cerro Bernal, desmontaron junto a la cuerda de remolque que bajaba hasta ese punto. Era un bucle continuo con asideros a lo largo de la cuerda. Ataron sus triciclos a la cuerda y luego engancharon sus cinturones a los extensores. Jennifer pulsó el botón rojo y la cuerda gruesa empezó a llevarlas hacia arriba. Caminaron y mantuvieron los triciclos firmes en la ruta. En la cima, accionaron el interruptor de parada y se bajaron.

Jennifer pedaleó hasta casa después de un superficial "adiós".

No había nadie, y Jeff no había preparado la cena. Enganchó el triciclo a un poste bajo el porche y trajo la comida. Distraídamente, se preparó la comida, recalentando la sopa del día anterior y cortando papaya en rodajas para acompañarla.

Una triste música de piano llegaba desde un apartamento vecino, así que abrió la ventana de la cocina para dejarla entrar. Unos vecinos estaban sentados alrededor de una mesa de picnic en los jardines, tres casas más allá. Pero no tenía ganas de socializar y sorbió la sopa, preocupada por su hijo.

Capítulo XVII

Había pasado la semana y Eric había recorrido casi toda la ciudad. La ola de calor había pasado, la mañana estaba gris, el cielo nublado ocultaba el sol. Ser un visitante se estaba volviendo aburrido. *Quizás sea hora de empezar a hacer Anuarios,* pensó, como Emmy y los demás que había conocido sugerían constantemente. Además, solo le quedaban unos días en el Tweezer antes de tener que buscar alojamiento.

Emmy estaba en su mente constantemente. Ella lo había invitado a verse un par de veces, pero cada "cita" (¿qué otra cosa era, pensó?) terminaba con ellos retirándose a sus respectivas camas. Hasta ahora, a pesar de todo su autodesprecio y su deseo de retirarse, se estaba divirtiendo. Ella *es articulada, ingeniosa, irreverente y deslumbrantemente hermosa,* se maravilló. Y lo tocaba con

una familiaridad natural y una sensualidad relajada que lo hacía derretir. Luchó con su propia torpeza física, pero ella no pareció notarlo ni importarle. ¡Besar a Emmy ya era una experiencia sexual cumbre en su vida!

Lleno de emoción, se levantó de la cama y se dio una ducha rápida. Después del desayuno, pasó por recepción.

“¿Algún mensaje para mí?”

"Sí, creo que uno..." Jack se giró para revisar la “Enredadera”. Un pequeño punto brillaba junto al nombre de Eric en el registro de invitados. "Sí, ¿por qué no la llevas allí?" Señaló un pequeño salón con tres sillas cómodas contra la pared y pequeños expositores de “Enredadera” para los invitados. Eric se apresuró a abrir una “viña” con su nombre, dejándose caer en una silla. La hoja se desenrolló y aparecieron dos mensajes: el primero de sus padres y el segundo de Emmy. Sintió una punzada de culpa al recordar que no había hablado con sus padres desde que había llegado. Pero primero tenía que ver las últimas noticias de la dulce Emmy.

—¡Holaa...

Suspiró, y una profunda tensión le recorrió la espalda. Eric se retorció y sus músculos se tensaron.

Sus padres fueron los siguientes.

“Hola cariño”, dijo su madre con voz alegre, “no queremos molestarte, pero estamos un poco preocupados. ¿Podrías enviarnos un mensaje para que podamos ver si estás bien?” Su pequeño rostro bronceado se arrugó con seriedad en una mirada lastimera y suplicante. Se deslizó hacia un lado y su padre apareció a la vista. “¡Eric, hola! Todo por aquí está prácticamente igual”. Miró a su izquierda, con la mandíbula crispada, luego se giró con una expresión bastante sombría. “Supongo que por eso estás ahí”, seguido de una media sonrisa con los labios apretados, una media mueca que Eric no reconoció como su propia expresión de momentos antes. “Esperamos que encuentres lo que buscas”, y un ceño fruncido más obvio. “En fin, te dejamos, ¿de acuerdo?” y se deslizó a un lado, disimulando mal su incomodidad. El mensaje terminó.

Eric se recostó, vacío, culpable, resentido, y se llevó las manos a la cabeza. "¡Tengo que enviar un mensaje positivo, algo ligero!", se dijo. Luego se hundió aún más en la silla y gimió. "Sin trabajo, sin casa, sin amigos... bueno, ahí está Emmy, pero...". Se levantó y se acercó a la ventana, que daba al norte, hacia Alcatraz y la Isla Ángel, con el Golden Gate a su izquierda. Finalmente, regresó a la “Enreddera”.

“Mensaje para Stan y Sharon Johanson de New Haven, Connecticut. Hola, mamá y papá.” Forzó una sonrisa que sabía que no quedaría bien. “Llevo poco más de una semana en San Francisco. ¡Qué lugar! He estado caminando, navegando, en bicicleta y en tranvía por

todas partes. He conocido a un montón de gente. La verdad es que me lo estoy pasando genial.” La falta de convicción resonó en sus oídos. “Pronto empezaré a hacer algunos Anuarios de trabajo y también buscaré una habitación. Este hostal ha sido un buen lugar para empezar. ¡No os creeríais la vista desde el piso 29!”. Era cierto. Un buen lugar para dejarlo. “Me registraré cuando me instale, pero no os preocupéis por mí. Estoy bien. San Francisco es un lugar donde vivir es fácil.”

“Eric Johanson, cambio.”

Aliviado y agitado a la vez, regresó apresuradamente a su habitación a buscar su maleta. No tardó mucho en cruzar las puertas de cristal hacia el concurrido muelle. Se subió a un ferry de guisantes que se dirigía al sur y se sentó cerca de la parte trasera para tomar algunas fotos mientras se alejaban flotando. Se paró junto a la piloto del ferry, una típica capitana de un ferry de guisantes, ruidosa, corpulenta y mujer.

“Dirección Sur: Domino 2, Rincon Towers, Bay Bridge, Rincon South, estación Panduccino.”

¿Qué? Eric estaba enmarcando una foto cuando ella llamó a la estación de tren por ese nombre tan desconocido. Tomó algunas fotos de la pinza y la pirámide mientras ella terminaba su llamada de ruta.

“¿Cómo se llamaba la Estación Central de Tren?” le preguntó.

Encendía un puro mientras conducía sin esfuerzo el cochecito entre el tráfico peligroso. Resoplando furiosamente, lo miró a través de una nube de humo que él apartó con un gesto de la mano, intentando parecer despreocupado, parpadeando rápidamente. «Panduccino», respondió ella, convirtiendo su afirmación en un desafío.

“¿Es un nombre que debería saber?”, preguntó inocentemente.

Gruñó y soltó un largo ululato, que Eric interpretó al principio como un comentario sobre su estupidez, pero luego se dio cuenta de que había estado parando un ferry que pasaba con dirección al norte. Más humo y unas delicadas maniobras en un atasco de la calle Abundancia precedieron a su escueta explicación.

“Claudia Panduccino, una heroína de la revolución, especialmente para las mujeres. Especialmente para las *capitanas*”, enfatizó.

Se detuvieron y ella gritó "¡Torres Rincon!". Eric saltó y tomó nota mental. *Claudia Panduccino.* Frente a los antiguos murales del muelle, tomó algunas fotos más antes de atravesar el vestíbulo del edificio hacia el lado oeste, donde encontró el Canal de Minna. Un trecho más abajo, un equipo

de trabajo se balanceaba en una barcaza de mantenimiento compacta, con Emmy sobresaliendo entre los demás.

Eric se paró en la pasarela y esperó a que ella lo mirara. Cuando lo hizo, saludó frenéticamente, gritando su nombre. Pero estaba demasiado lejos para ser escuchado por encima del tráfico de barcos y ella parecía completamente absorta en arrancar densos bolsillos de algas estacionarias que estrechaban el canal e impedían el paso. Se sentó donde pudiera verla. Sacó un pequeño espejo que llevaba sin ninguna razón en particular. Ahora finalmente le encontraría un uso, pero solo si podía persuadir al sol para que despejara la parte superior de la torre detrás de él. El sol se puso a unos buenos seis metros en el agua. Todavía era media mañana, no llegaría a su punto durante otras tres horas, se dio cuenta abatido. Reanudó sus saludos, tratando de gritar a través de breves momentos en el ruido ambiental.

Finalmente, uno de los compañeros de barcaza de Emmy lo vio saludando y señaló. Emmy rápidamente levantó sus largos brazos, aleteando al reconocerlo. Eric la imaginó como una garza negra grande elevándose en el aire para planear a su lado. Se relajó, aliviado, y esperó. En minutos, la barcaza se detuvo, la tripulación trabajando con destreza los largos postes del canal, Emmy en el centro, Reina del Canal de Minna, con su postura lánguida pero erguida desprendiendo un inconfundible aire regio. Extendiendo los brazos hasta sus 2 metros de envergadura, esbozó una sonrisa electrizante.

¡Hola, cariño! ¿Estamos listos?

"¡Por supuesto que estamos listos!"

"Aaah, eres un encanto", le dirigió su mirada más coqueta y traviesa, dejándolo sin aliento. "Los muelles de Union Square, muelle 4, a las 7, ¿vale?" Él asintió con impotencia, sonriendo como un tonto. "Esta noche", añadió, "en punto". La tripulación observaba en silencio, pero con gran interés. Emmy dio la señal de zarpar y todos empezaron a bromear con entusiasmo.

—Te has encontrado con uno vivo, Emmy. Cuando termines, pásamelo —bromeó un joven corpulento con overol—. ¿Dónde lo encontraste?

Y entonces ya no podía oírlos, Eric saludó a Emmy, que se quedó mirándolo durante un largo rato.

Decidió revisar las ofertas de trabajo. La Sala de Contratación del Ayuntamiento era probablemente el mejor lugar, pero algo lo desanimó, quizá el tamaño, quizá los veteranos que conoció en su visita la semana pasada. En una “vid” del vestíbulo de Rincon Towers encontró las ofertas actuales. Se acomodó en una silla bien acolchada y empezó a curiosear.

La “viña” mostró instantáneamente tres columnas: Anuarios, Pruebas, Aprendizajes. La lista de Anuarios lo dejó sin inspiración. No quería lavar platos, abastecer estantes,

atender mesas ni limpiar canales. El parque eólico marino tenía potencial, pero se describía como trabajo manual y requería permanecer en una plataforma oceánica durante al menos dos días y una noche a la vez. *Nah.* No creía que pudiera soportar tanto tiempo en el mar. Una fábrica de neumáticos de bicicleta en un vertedero lleno de neumáticos desechados de siglos de antigüedad sonaba sucio y odiaba el olor a goma quemada. Las panaderías necesitan ayuda, pero empiezan a las 3 a.m., *¡olvídalo!* Techado. Al aire libre y te llevó por la ciudad y puedes ver las casas de muchas personas. Tal vez valga la pena intentarlo. Anotó la dirección en Goodlett Street en Fillmore.

Fabricación Reciclada por Encargo. Se preguntó qué podría ser exactamente, y también lo anotó: una dirección al sur, en Parnell y Ginebra. Auxiliar de hospital, servicio de reparto, monitor de acuíferos, patrulla de playas, guardacostas, estibador. Esperaba encontrar palabras que prometieran emoción, estímulo, algo que despertara su natural inclinación analítica.

Echó un vistazo a la lista de Pruebas buscando más sustancia intelectual, pero las posibilidades eran prácticamente las mismas. Un vistazo rápido a las plazas de aprendizaje disponibles prometía: redactor de artículos, editor de noticias de radio, diseñador de vías verdes y corredores naturales, arquitecto, trompeta de jazz, guitarra de blues (*¡ojalá!)*, técnico periodontal (*¡ay!*), construcción subacuática. Todas requerían compromisos de varios años

para los que no estaba preparado, y de todos modos tendría que organizar una Prueba primero. *Si tuviera el talento,* suspiró, *sería bluesman.* ¡En un instante!

Echó un vistazo a las ofertas que había anotado y decidió primero revisar el trabajo de techador. Necesitaba llegar a los muelles de Union Square y tomar un tranvía a Goodlett. Se guardó las notas en el bolsillo del suéter, donde descubrió una tarjeta que ya estaba allí. «Oficina de Investigación Pública, 15 Civic Center Plaza...». Recordó que la había recibido en su primera comida en el Tweezer.

El tipo había insinuado que no eran religiosos... "No hay muchos por aquí", le había dicho a Eric con cautela. *Está prácticamente en camino. Mejor pasa a ver si tienen algo. ¿Qué investigan por aquí?* Se imaginaba cazando gente peligrosa y violenta, pero lo descartó rápidamente, seguro de que el trabajo sería mucho más mundano y seguro.

Media hora después entró en la Oficina de Investigadores Públicos. Un joven estudioso le indicó la sala de espera. Poco después, Ron O'Hair, el hombre del comedor Tweezer, apareció en la pequeña puerta batiente que daba al resto de la oficina. Estaba aún más arrugado de lo que Eric recordaba; su espesa cabellera blanca y barba resultaban casi cómicas. Un chaleco de terciopelo verde sobre una camisa de leñador a cuadros burdeos y escarlata le daba un inconfundible brillo de San Nicolás. "¿Sí?". Obviamente, no recordaba ni reconocía a Eric.

Eric se encogió. "Yo... tú...", balbuceó, sonrojándose intensamente. "Me diste tu tarjeta en el Tweezer", soltó finalmente.

O'Hair giró la cabeza con curiosidad y luego se puso una mano en la cadera mientras chasqueaba los dedos con la otra. "Claro, vale", se iluminó la cara. "La oración, no te gustó". Ya con un tono amistoso, dijo: "Pasa. Tienes que conocer a Kathy... quiero decir, Katherine Fairly, la IP".

"¿IP?"

“Investigador Público... ¡Vaya, vas a tener que trabajar duro!”

Eric sonrió y lo siguió, pero esa última frase le dolió. ¡*Menudo comienzo! Cualquiera podría haberlo adivinado, ¡tan obvio! ¡Mierda!* Parecía tranquilo mientras seguía a O'Hair a la oficina de Kathy, la oficial IP.

En fin, aquí se hace hincapié en lo "público". En cierto modo, velamos por la seguridad y el bienestar públicos. Investigamos a las personas que son peligrosamente violentas consigo mismas y con los demás. También exponemos y explicamos comportamientos antisociales como el acaparamiento, la explotación del trabajo ajeno para beneficio propio, el uso de recursos sociales sin la aprobación de un organismo público, etc.

Fairly se levantó al entrar mientras su compañero terminaba su explicación. "Bien dicho. Ese será nuestro nuevo manifiesto... eh, quiero decir, nuestra declaración de principios". Se rió, con la mirada fija en Eric.

Kathy, te presento a Eric Johanson. El tipo que se quejó de la Oración de la Comida.

—¡Ah, sí! —Después de mirarlo de arriba abajo como una novilla premiada, se acercó para darle una palmada y sonrió radiante—. Papá me habló de ti y esperábamos que pasaras por aquí. Un cárdigan gris sal y pimienta combinaba con su pelo corto, muy bien peinado. Se acercaba a los 70, pero se sentía igual que durante décadas y estaba en excelente forma. Como Eric pronto descubriría, Kathy llevaba un escritorio portátil en los numerosos bolsillos de sus grandes pantalones cortos negros de algodón, su ropa de trabajo de diario. Unas botas de cuero de suela plana, suaves pero resistentes, dejaban a la vista sus pantorrillas musculosas y con forma de tronco.

"¿Tomas una copa?"

Era apenas la hora del almuerzo. "Un poco temprano para mí", dijó Eric.

¡Bien! Siempre me gusta celebrar, pero deberíamos esperar, ¡de acuerdo!

“¿Podría volver después del almuerzo?”

—Oh, no, para nada. Vamos a comer. Me gustaría charlar, ver qué tal nos va...

—Vale, claro, ¿por qué no?

—Papá, ¿adónde lo llevamos? —preguntó la IP con una mirada traviesa. O'Hair se encogió de hombros dramáticamente—. Supongo que podríamos llevarlo a... pero nooo, no, vamos a... nooo, eso tampoco sirve. ¡Oh! —chasqueando los dedos en la cara—. ¡A Spec!

Kathy empezó a protestar, levantando las manos, pero entonces él dijo: «New Spec's. A solo seis cuadras de Fulton y Octavia», y ella asintió.

Cruzaron el Civic Green, atravesaron el vestíbulo del Ayuntamiento, que se extendía por una manzana, y cruzaron el puente Goodwill para cruzar el atasco permanente de Van Ness. Al oeste del Civic Center, caminaron unas cuantas manzanas a través de los huertos de ciruelos que llenaban Fulton desde el Ayuntamiento, pasando por Octavia. Su destino resultó ser un bar bastante cutre en una esquina menos floreciente. Al entrar, Eric se acomodó a la oscuridad. Las paredes estaban cubiertas de extraños objetos típicos de San Francisco. Resultó que tampoco era un lugar para comer. Era un bar: "¡Con bocadillos!", le aseguraron a Eric.

Se sentaron y en pocos minutos tenían pretzels[18], una pequeña tabla de quesos, dos gin tonics y un agua con gas.

“¡Qué lugar!”, dijo Eric impresionado.

“Todo es nostalgia, una falsa nostalgia”, empezó Kathy. “Mientras exista San Francisco, la gente de aquí creerá en una época dorada de un pasado romántico y sombrío. Recuerdos de eventos, clubes, juegos, ¡lo que sea! ¿Por qué?”, continuó, “Alimenta una visión cómoda y tranquilizadoramente simple del pasado”.

“Oh, déjemosles tener sus *chucherías,* esas pequeñas baratijas y recuerdos empaquetados, ¿dónde está el daño?”, argumentó Pops.

Kathy respiró hondo y luego le dedicó a Eric una sonrisa cómplice. Él le devolvió la sonrisa, un reflejo nervioso. O'Hair miró a un lado y a otro y resopló. "¿Están teniendo una especie de fiesta de amor?", sobresaltando a Eric, que parpadeó avergonzado. "¡Vamos, hombre! Todo va a estar bien, ¡relájate!". Apuró su bebida y pidió otra con la mano.

---

18 Un bretzel, pretzel o lazo salado es un tipo de galleta o bollo horneado y retorcido en forma de lazo, con un sabor salado. Su origen se encuentra en Alemania y es también popular en la Suiza germanoparlante, Austria, Alsacia y América del Norte.

Eric se enderezó y miró a la IP. "¿De qué estamos hablando exactamente? O sea, pasé a echar un vistazo y tengo la sensación de que ya estoy comprometido con algo".

—Para nada. Sin presión —aseguró Fairly—. ¿Seguro que eres de Chicago? Eres tan de San Francisco... no te gustan los compromisos.

Se rió y trató de relajarse. «La primera pregunta sigue en pie. ¿A qué te dedicas y qué haría yo si *firmara?*»

—Sí, bueno, me parece bien. Primero, obviamente no podemos aceptar a nadie que trabaje en Anuales. Lo mínimo son tres meses de prueba —extendió sus gruesas manos—, porque no tengo tiempo para dedicarlo a alguien que no se quede. —Le lanzó una mirada que lo hizo no querer ponerse de su lado.

Él asintió.

"Busco a alguien con quien trabajar estrechamente, para examinar escenas de crímenes, realizar entrevistas, redactar informes y publicar resúmenes", miró a Eric, esperando su reacción. "Por eso", terminó su bebida y pidió una tercera, "la química es clave, ¿entiendes?"

Él asintió. "Eh... ¿qué pasa con la gente peligrosa, los tipos violentos? ¿Tenemos que atraparlos?"

Ella lo miró con picardía. "¿Policías y ladrones? ¡No, definitivamente no! ¡No somos policías! No hay policías, ¿recuerdas?" En realidad, nunca lo había pensado hasta ahora. "Cuando alguien se comporta de forma alocada, lastimando a la gente, no hay tiempo para esperar a que alguien más se encargue... ¿No recibiste el entrenamiento de seguridad pública a los 12 años?", preguntó, repentinamente sorprendida. Él asintió, pero la expresión de su rostro transmitía duda. "En fin, cuando alguien necesita ser "atrapado", generalmente es sometido por la gente que está cerca. Nuestro trabajo es obtener los hechos y hacerlos públicos". Se recostó, cruzándose de brazos, escrutando a Eric.

¡No me malinterpretes! Corremos riesgos. No principalmente por la violencia directa, pero vamos a lugares donde han ocurrido asaltos o a edificios que se han incendiado o derrumbado. —Pudo ver cómo Eric asimilaba esta advertencia. Sonrió tras una pausa—. ¡Pero si yo no he sufrido ninguna lesión en 27 años! ¡Y solo me han dado dos golpes!

Los ojos de Eric se abrieron. "¿Qué pasó?"

Papá se inclinó, agarró a Eric del hombro y susurró: «Esta mujer tiene cinturón negro y es el doble de fuerte que cualquiera que haya conocido. ¡No la hagas enfadar!». Se echó hacia atrás, riendo de su propia teatralidad absurda.

"En serio, Eric", continuó Kathy. "Es útil saber controlarse en una pelea. Si alguien ha bebido demasiado, o hay un conflicto doméstico, o simplemente está loco.

—Puede que tengas que convencerlos de que se comporten de otra manera —dijo con tono amenazador—. Los detectives privados no suelen verse envueltos en peleas de amantes ni en peleas violentas por celos. Pero cuando se trata de tu vecino, más vale que estés listo para intervenir. —Golpeó la mesa con la palma de la mano.

"No estoy seguro", replicó Eric. Nunca había estado en ninguna pelea, y las pocas veces que había estallado una cerca de él, otros la habían controlado.

Tu entrenamiento cubrirá esto: resolución de conflictos, primeros auxilios avanzados y defensa personal. Incluso te daré algunos consejos.

"¿Cuántos investigadores públicos hay?"

De dos a cinco en cada cuenca. Ahora mismo tenemos cuatro de por vida, tres aprendices y dos en pruebas... tú serías el tercero.

Mordisqueó queso y galletas, y luego apuró su vaso de agua. "¿Puedo tomarme unos días para decidir? Es un contrato de tres meses, ¿no?"

“Sí, tres meses”, afirmó Kathy. “¿Qué tal si almuerzas por aquí?”, dijo mientras Eric picoteaba la punta del queso sin interés. Se preguntó si almorzaban habitualmente.

—Bueno —dijo con tono definitivo, empujando la silla hacia atrás con fuerza. Eric la imitó y se levantaron al unísono—. Tenemos que volver al trabajo.

“Antes del viernes”, instó Fairly, “pásate y avísanos”.

Él asintió y los siguió hasta el huerto de ciruelos que había fuera del bar. Caminaron juntos hasta el Ayuntamiento, charlando de cosas sin importancia. Al entrar en el venerable edificio, Kathy y Pops le dieron una palmadita a Eric en ambos hombros y repitieron con entusiasmo que el puesto era suyo. Los vio alejarse por el pasillo, bastante erguidos y firmes al lado de la joroba de Pops. Eric sonrió radiante, un hombre con una oferta sobre la mesa.

Kathy Fairly regresó a su escritorio desordenado para estudiar otro caso de violencia doméstica: un alcohólico que lo negaba todo: no tenía problemas con la bebida ni explicaba los moretones de su esposa e hijos. La familia no ayudaba, temerosa de perder a su padre y esposo, o temerosa de su ira. Kathy odiaba estos casos sobre todo. Los vecinos habían denunciado a Lars Tyving cuatro veces en dos meses. En una ocasión, llegaron a las manos con el vecino, quien presentó la denuncia.

Suspirando profundamente, lo dejó a un lado, mirando por la ventana una cometa que bailaba al viento sobre el Civic Green al son de una banda de bluegrass. Frunció los labios, tamborileando con los dedos en el brazo de la silla. Publicar los hechos no sería suficiente. Los vecinos ya estaban involucrados, y dado el desagradable tono personal del asunto, no iban a resolver esto solos. Las Juntas Comunitarias no podían hacer nada sin la cooperación de Tyving. La presión pública de un aviso de PI en la "vid" solía llevar a las partes a mediación, para limpiar sus nombres al menos. Pero esta parecía ser una de tantas excepciones. Los Tyving podrían simplemente irse, solucionando el problema para los vecinos. Pero la esposa y los hijos... Suspiró profundamente de nuevo. Protección vs. autonomía, intervención vs. independencia. Eran precisamente este tipo de casos los que la hacían dudar de la tendencia social a dejar que la gente resuelva sus propios problemas. *Esa pobre mujer y sus hijos están completamente aterrorizados. ¿Cómo se supone que van a ser responsables de salvarse a sí mismos?* Quería sacar al hombre de la casa a rastras y ponerlo en una situación donde sintiera el mismo miedo aislado que él causaba. Pero no podía. Vigilantes, sabía adónde la llevaría eso.

"¡Mierda!" se levantó, frustrada e inquieta y contenta de haberse tomado una tercera copa.

Capítulo XVIII

De pie en agua fangosa hasta media pantorrilla, con frío a pesar de sus cálidas botas de goma y guantes aislantes, Nwin miró hacia el sol, que luchaba por abrirse paso entre la niebla. *«No aguanto más de media hora»,* pensó, y regresó a su trabajo, anticipando que el calor pronto le quitaría el frío. Él y varios otros recorrían lentamente las hileras, plantando nuevas plántulas en el agua fresca. Las ranas croaban por todas partes, cuidadas y queridas por todos los trabajadores del Tazón de Arroz como su mejor aliado contra los mosquitos.

Le dolía la espalda. Se puso en cuclillas justo por encima del agua e hizo algunos estiramientos y flexiones, intentando desenroscar la zona lumbar. Cuando se agachó para trabajar, supo que debía parar.

—Hola, Marco, Jerry —gritó. Se levantaron y lo miraron, protegiéndose los ojos del cielo brillante—. ¡Me duele la espalda! ¡Voy a dejarlo!

Marco saludó.

Nwin entró al granero, donde encontró a Angus, Rikky y Stefania discutiendo en la mesa. No le hicieron caso.

—¡Una valla! ¿Qué sigue? ¿Alambre de púas? —rugió Angus. Rikky parecía a punto de estallar. Stefania se sentó entre ellos, intentando calmar los ánimos.

—¡Angus, espera un momento! —la instó, y volviéndose hacia Rikky—: ¿Podemos calmarnos y tener una conversación civilizada?

—¡No me preguntes! —espetó. Luego, dando un puñetazo en la mesa, señaló a Angus—. Él es quien convierte cada problema en una gran pelea. Él es quien no para de culpar a la gente.

—¡Váyanse a la mierda! —rugió Angus con su jerga de veterano mientras se ponía de pie, con ambas manos sobre la mesa—. Llevo aquí 52 años. ¡Yo inicié esta granja, maldita sea! No voy a dejar que todo este trabajo se destruya por gente que no sabe hacer su trabajo, ¡y no voy a tolerar que vuelvan a las parcelas privadas!

¡Aaarrrgh! ¡Cabrón! ¡¡¡Nadie quiere terrenos privados!!! —gritó Rikky. Stefania se hundió en su asiento, impotente, con las manos sobre la cabeza y cerrando los ojos. Angus levantó su extremo de la mesa y la dejó caer, obligándola a reaccionar. Saltó sobre la mesa, interponiéndose entre Angus y Rikky.

¡Basta! ¡Basta! —gritó. Angus y Rikky, que habían estado a punto de atacarse, retrocedieron, atónitos al ver que la apacible Stefania estaba de pie sobre la mesa gritando. Una pequeña mujer rubia de hombros cuadrados y muslos gruesos, Stefania, parecía a punto de salirse de sus vaqueros. Dio un pisotón, primero a Angus y luego a Rikky. —Vale, vale, ¿Os portaréis bien? Rikky volvió a sentarse, cruzándose de brazos y con los labios apretados. Angus levantó las manos en señal de rendición y también se sentó, mordiéndose la lengua a regañadientes.

El silencio se apoderó de la habitación, y Nwin se arrastró hasta su casillero al otro lado de la pared del fondo. Todos lo notaron ahora. "Nwin, ¿qué tienes que decir sobre todo esto?" preguntó Rikky. Angus saltó sin dudarlo un momento, "¡Ya *sabemos* lo que piensa! ¡La valla es *su idea*!" Miró amenazadoramente a Nwin. Nwin le devolvió la mirada impasible. Le dolía la espalda e iba a tomar una ducha caliente. En su casillero, les hizo un gesto con el brazo con desdén y dijo: "Ustedes averigüenlo. No me importa, realmente..." y luego, con un destello de malicia, se dio la vuelta. "Quita la maldita valla, Angus. Puedes montar

guardia ahí fuera día y noche. *¡Entonces* atraparás a tus culpables!" Cerró de golpe su casillero, se echó la toalla al hombro y se dirigió a las duchas sin esperar ninguna réplica.

El agua caliente lo bañó, y el ruido y el vapor lo ahogaron todo. Se frotó el cuerpo, gastando la adrenalina que lo recorría en la rutinaria tarea de sembrar. Se tranquilizó bajo el reconfortante calor de la ducha, deshaciéndose por fin del frío que le había tensado la espalda y provocado los espasmos que lo obligaron a regresar del campo.

Cuando regresó a su casillero, Angus ya no estaba. Rikky y Stefania conversaban tranquilamente en la mesa. Una vez vestido, se sirvió una taza de café y se sentó. "¿Qué va a pasar?", preguntó.

“Angus está furioso”, dijo Rikky, afirmando lo obvio.

—Bueno, él sí tiene una discusión —le recordó Stefania.

“Vale, lo admito, pero no estoy convencido”.

“Quiere derribar la valla, ¿verdad?”, preguntó Nwin.

—Sí, pero es el único que lo cree tan firmemente. Ya lo oíste. ¡Cree que es el principio de un plan para reintroducir parcelas privadas! ¡Qué absurdo! —Los ojos verdes de Rikky brillaban bajo su despeinado cabello ámbar. El barro seco le cubría los brazos hasta las muñecas, donde la blancura limpia de sus manos parecía guantes.

“Tendremos que hablar de esto más formalmente en la reunión del próximo lunes”, dijo Stefania.

"Eso va a ser divertido", comentó Nwin sarcásticamente.

—Entonces, Nwin, querías almorzar hoy, ¿verdad? —Stefania cambió de tema, para alivio de todos.

"¿Estás listo para comer?"

—Supongo que sí. No tengo mucha hambre, pero quizá para cuando lleguemos a la comida sí la tenga. —¿Gwen's? ¿La taquería? ¿El bar de fideos? —sugirió.

"Veamos lo que Gwen tiene para ofrecer", aceptó ella, la perspectiva de una ensalada de mariscos frescos ya comenzaba a sonar bien.

Gwen's estaba bastante cerca, un edificio curvo de madera de tres pisos con vistas a Mission Bay, justo detrás de la Calzada de Kioto. Llegaron temprano, evitando la hora punta del almuerzo desde el campus, al otro lado del río. Justo cuando la comida llegó a la mesa, vieron una pequeña flotilla de esquifes y taxis que se dirigían a los muelles de la calle 7 desde el muelle de la UC. Momentos después, un antiguo silbato de vapor sonó en Russ Gardens, el sonido oficial del mediodía en esa zona de la ciudad.

“Recuérdame qué dijiste sobre Chile en la reunión de la semana pasada”.

Masticó con satisfacción un camarón crujiente, bebió agua y se aclaró la garganta. "¡Terroristas! La granja de mi familia ha sido atacada dos veces".

Mientras sorbía un mejillón, Nwin dejó que la idea le diera vueltas. "¿¡La gente se mata!?"

Ella asintió con expresión preocupada. "Sí, tres personas murieron la última vez".

¿Por qué? ¿Qué creen que intentan hacer?

"Es una locura", terminó otro bocado. "Creen que luchan por una vida mejor. Dejaron una especie de manifiesto afirmando que las cosas eran mejores en los viejos tiempos del Sistema Monetario. Sin esperas, sin escasez y con trabajo duro para todos... ¡¿Puedes creerlo?!"

Nwin comparó este relato con su breve encuentro con Nance en el Café Hurricane. No había ninguna conexión evidente.

“¿Por qué querías saber eso?” preguntó Stefania.

—Oh, estoy intentando averiguar algo sobre unas personas que conocí. Parecen un poco raras, y creo que una es chilena, así que pensé... —Su voz se fue apagando, sin querer hablar más del tema, temeroso de adónde llevaría.

Por suerte, Stefania no era muy curiosa. "¡No me imagino tener que defenderme de un ataque armado! ¡Pobre bisabuela! Seguro que es peor para ella. Lo pasó todo durante la Revolución".

"¿Qué edad tiene ella?"

“Veamos, la vi hace seis años en su cumpleaños número 115, así que supongo que ya debe de tener 121”.

"¿Está en buena forma?"

¡Claro! Es más fuerte que mi abuela y sigue siendo la anciana más activa de su pueblo. Además, forma parte del Consejo de Ancianos de Chile, como nuestro Consejo de Ancianos de California, guardianes de la revolución.

“¿Postre?” propuso Nwin.

"No, gracias, estoy llena. ¡Ya no puedo comer postres, me están engordando demasiado!", se lamentó.

Nwin rió suavemente, pensando que Stefania no tenía que preocuparse por estar gorda. Se levantaron y le dieron las gracias al camarero, enviando sus felicitaciones a Gwen. Afuera, el cálido sol finalmente había vencido a la niebla y San Francisco brillaba bajo un cielo azul, al menos hasta más tarde, cuando una suave niebla algodonosa envolviera la ciudad.

Nwin se despidió de Stefania al pasar por los muelles de la calle 7. Cientos de personas pasaban por el cruce de tránsito. Encontró *el Hot 1* donde lo había dejado y zarpó, cruzando rápidamente Mission Bay hacia el campus. El éxodo de la hora del almuerzo seguía en marcha cuando atracó en los muelles de la escuela. "Supongo que no hay buena comida por aquí", pensó, desconcertado al ver que ningún artista culinario se había instalado entre tantos científicos y estudiantes.

Saltó del *Hot 1* y subió por una escalera de caracol en el exterior del edificio de Estudios Botánicos. Tomó un puente elevado hacia el Instituto de Biofabricación y atajó por el jardín de la azotea, con cuidado de no pisar ninguno de los proyectos de los estudiantes que chirriaban y zumbaban en su camino. Se detuvo para maravillarse con un grueso tronco verde con patas rechonchas (aproximadamente del tamaño de un perro pequeño) que gruñía una y otra vez: "Llámame Ismael". En una pequeña puerta se aseguró de contener a las pequeñas criaturas que intentaron colarse detrás de él y bajó corriendo un tramo de escaleras. Aquí estaba el salón interior de estudiantes lleno de pequeños grupos conversando e individuos enterrados en sillas profundas estudiando atentamente. En la esquina más alejada, frente a las aguas azules de la bahía, lo encontró justo donde siempre lo encontraba.

—Joseph —dijo mientras se sentaba junto al hombre frágil y de pelo blanco—, ¿cómo estás?

El anciano lo miró, parpadeando repetidamente como si quisiera concentrarse en una aparición que había surgido del mar. "Oh", sobresaltado, "Nwin, ¿eres tú?"

—Sí, Joseph, ¿quién más?

“Apenas te reconocí”, graznó, “con ese pelo”.

Nwin se llevó la mano a la cabeza, olvidándose nuevamente de su cabello rubio.

“Joseph, ¿sabes algo sobre los terroristas que quieren restaurar el sistema monetario?”

El anciano miró a Nwin sin expresión alguna. Lo observó fijamente durante un largo rato sin decir palabra. Nwin sabía que solo tenía que esperar.

Finalmente, Joseph volvió a mirarla Bahía, con las manos cómodamente apoyadas en los brazos de la silla. Negó con la cabeza lentamente, emitiendo un suave «tsk tsk», casi en voz baja.

"¿Dónde escuchaste *eso?*" preguntó finalmente.

Nwin le contó lo que acababa de escuchar de Stefania, olvidándose de decir nada sobre su investigación del *Leopold Tanzania* y su capitán.

Joseph tomó su bastón, una antigua pieza de madera pulida que prácticamente vibraba con la sabiduría acumulada durante siglos. Se inclinó hacia adelante con ambas manos en el pomo, el bastón plantado entre sus pies. "Es mucho más complicado que eso. No sé por dónde empezar", dijo, con un leve tono de disculpa en la voz.

“Bueno, no tienes que explicar toda la historia del mundo, si eso es lo que estás pensando”, dijo Nwin, sabiendo que José comenzaría su historia hace mucho tiempo y muy lejos.

Joseph lo miró con una expresión que le indicó a Nwin que no le había gustado el último comentario. Volvió a guardar silencio. «Lo siento, tío», dijo Nwin usando su apodo habitual, aunque Joseph tenía edad suficiente para ser su bisabuelo y no era pariente directo.

"¿Recuerdas lo que te dije sobre mantener la mente abierta?", regañó Joseph. Nwin asintió, con tono apagado. "Restaurar el Sistema Monetario. No sé qué tendrán que ver los ataques terroristas con eso." Negó con la cabeza. "¿Quizás creen...?", y se detuvo. Suspiró profundamente, recordando con demasiada intensidad la muerte y el caos que siguieron a la Gran Mortandad y la revolución que la siguió.

“Nwin, no sé nada de terroristas chilenos. Sí recuerdo el Sistema Monetario”, se esforzaba por recordar. “Se trata del

miedo. Quieren que la gente se sienta atemorizada e insegura. Esa era la clave del Sistema Monetario".

Nwin no tenía ni idea. Esto no servía de nada. "¿Matar a unos que cuidaban viñedos?", empezó.

Joseph se encogió de hombros. "Es difícil de imaginar, ¿verdad?", sonrió. "Me parece una pesadilla. Fue hace muchísimo tiempo", se hundió aún más en su silla. "¿Me trajiste algo?", preguntó esperanzado.

"Claro, tío, aquí tienes", y Nwin sacó un pequeño periódico doblado, que desprendía un fuerte aroma al abrirlo. Joseph se recostó en su silla, sonriendo y respirando hondo. "¡Aaaaaah! ¡Qué olor tan dulce!". Los densos cogollos verdes de la mejor marihuana de San Francisco pasaron de Nwin a Joseph. "Eres un buen chico, Nwin".

Nwin se levantó y le dio a Joseph un pequeño beso en la cabeza. "Gracias, tío. Nos vemos pronto, ¿de acuerdo?"

Joseph agitó una mano mientras sacaba su pipa con la otra. Como superviviente de la muerte masiva, tenía un aprecio especial por fumar marihuana. El virus que había arrasado el mundo en 2074, matando a casi 3 mil millones de personas en un mes, no afectó a nadie que tuviera al menos rastros de THC delta—9[19] en la sangre. Antes de que Nwin saliera del

19 El Tetrahidrocannabinol o delta-9-tetrahidrocannabinol (Δ9- THC), es un compuesto psicoactivo natural derivado de la planta de cáñamo Cannabis sativa.

salón, el dulce aroma a marihuana lo atrapó mientras Joseph fumaba con entusiasmo detrás de él. "Oh, mierda, ¿dónde está el salón de no fumadores?", preguntó una chica a otra cerca de la puerta por la que Nwin salió. Bajó por el pasillo hasta una “Enredadera” pública y se sentó a revisar los mensajes.

¡Por fin Valentina había respondido! Él trajo su mensaje. Allí estaba ella, con el pelo castaño rojizo cayendo sobre su frente. Sonrió cálidamente a través de la pantalla verde. "Hola Nwin. Perdón por no haber regresado antes. Estaba de viaje en Reno con mi hermano, y luego trabajé un montón cuando regresé. ¡Gracias por pagarme!" Parecía seria. El corazón de Nwin latía furiosamente. "Escucha, mi abuela hará una actuación esta noche en Duboce Park a las 7. ¿Quieres encontrarte conmigo allí? Déjame un mensaje", rió y se desvaneció. Él respondió rápidamente que estaría allí. Ignoró un mensaje de su madre, pensando que lo recibiría más tarde. Regresó a los muelles, sin apenas notar nada en el camino.

Capítulo XIX

Atravesando el vestíbulo con prisa, Eric recordó peinarse el pelo mojado. Acababa de ducharse y se había puesto unos buenos pantalones de loneta, sus mejores botas y una camisa marrón de lino. En el bolsillo del pecho de la camisa llevaba bordado un intrincado sol naciente sobre un bosque frondoso. Llevaba su chaqueta de cuero negra favorita colgada del brazo.

Un fuerte silbido lo siguió hasta la puerta. Se giró y, avergonzado, vio a Jack, el recepcionista del hostal, apoyado en el mostrador de información con dos empleados del vestíbulo, sonriendo ampliamente y levantando el pulgar hacia Eric. Con una sonrisa tímida, Eric salió corriendo a buscar un taxi en el muelle. Instó al taxista a que lo llevara a Union Square lo antes posible. El taxista era un anciano canoso con un sombrero de marinero azul y un grueso

chaquetón azul. Parecía salido del siglo XIX. No le prestó mucha atención a Eric después de subir y darle instrucciones. Tarareó para sí mismo mientras conducía entre el denso tráfico.

A solo dos cuadras al oeste, estaban esperando para entrar al Canal Kearny cuando, de repente, el sonido de las sirenas llenó el cielo teñido de ámbar. "¿Qué es eso?", preguntó Eric, sobresaltado.

"Debe ser algún accidente", dijo el taxista, mientras se reclinaba y encendía un porro. Al ver esto, a Eric le palpitaba la mandíbula involuntariamente. Miró a un lado y a otro, pero solo pudo ver docenas de barcos apiñados, esperando. El taxista le ofreció fumar, pero él lo rechazó, preguntando: "¿No hay otra manera de dar la vuelta? ¡Tengo que encontrarme con alguien en tres minutos!"

El taxista abrió los brazos y se encogió de hombros. "Estamos un poco atascados, ¿sabes?" Eric no podía negarlo. Estaban atrapados entre más barcos de los que podía contar, sin ninguna vía de escape visible. Entonces aparecieron los barcos de emergencia delante en Kearny. Primero dos pequeños esquifes, con luces rojas intermitentes, seguidos de un pequeño bote rojo, con una vieja sirena a todo volumen en su popa junto con otra luz roja intermitente. Un equipo de emergencia se apresuró a avanzar para llegar al lugar del accidente donde Eric estaba atrapado. Todavía estaba a media docena de manzanas del lado norte de los

muelles de Union Square. Pensó en salir del taxi y abrirse paso entre los barcos hasta el edificio más cercano, subiendo a toda prisa y encontrando puentes elevados hasta llegar a Union Square. No conocer el camino lo disuadió. Podría tardar el triple de tiempo deambulando por todos esos edificios desconocidos. Frenéticamente preocupado, se sentó y se removió. El taxista lo observó, impasible. No estaba acostumbrado a que nadie tuviera tanta prisa.

Finalmente, el tráfico comenzó a moverse. Siguieron lentamente a los que iban delante, girando a la izquierda en una gran ola de tráfico de barcos hacia Kearny. Después de un corto tramo de mar abierto, más adelante a la izquierda pudieron ver uno de los esquifes de emergencia aún en la escena. Al acercarse, todos redujeron la velocidad para ver qué había sucedido. Un esquife y una barcaza aparentemente habían chocado, el esquife terminó estrellado en la esquina de Sutter, la barcaza se balanceó a poca distancia en el Canal, los miembros de la tripulación la alejaron desconsoladamente con una pértiga. El esquife de emergencia estaba atando el esquife roto a un cable de remolque, preparándose para arrastrarlo a un laboratorio de reparación donde sería remodelado y se le administrarían suplementos nutricionales hasta que tuviera la suficiente resistencia a la tracción para reanudar sus funciones de navegación.

El tráfico finalmente se despejó y el taxista aceleró a través de una pequeña abertura, girando rápidamente hacia Geary

y hacia los muelles. En la distancia, de pie cerca de la parte superior del muelle, recortada contra el atardecer color melocotón y rubí, sin lugar a dudas, era Emmy. Ella no era de las que minimizaban su notable tamaño. Al acercarse, Eric le sonrió y ella le devolvió la mirada desde debajo de un sombrero blanco muy ancho y ondulado que debía de tener más de dos pies de diámetro, con el ala hundiéndose a la derecha y subiendo a la izquierda. Un gran clavel rojo lo adornaba, a juego con el lápiz labial que se había aplicado para esta romántica ocasión. Su figura de dos metros se balanceaba con gracia en un largo vestido de algodón blanco que seguía las curvas clásicas de su cuerpo dondequiera que quisieran ir. Un bajo con flecos le hacía cosquillas en las pantorrillas de sus piernas de ébano, que a su vez desaparecían en pequeñas botas blancas con tacones de buen tamaño, aumentando aún más su dominante altura.

Eric estaba sin aliento y algo entumecido al desembarcar. Le costaba sentir las piernas mientras se abría paso hasta Emmy, caminando automáticamente, intentando calmar los latidos de su corazón y recordar respirar.

"¡Te ves increíble!"

Ella le dedicó una sonrisa increíblemente radiante, abrió los brazos y lo abrazó, asegurándose de meterle la cabeza bajo el ala ancha de su sombrero para darle un beso largo y prolongado. El delicado roce de sus labios al encontrarse casi le paralizó el corazón, y de hecho *le* detuvo la respiración.

Retrocedió un paso involuntariamente, jadeando. Se miraron y estallaron en carcajadas, volviendo a caer en los brazos del otro, apretándose y besándose de nuevo. Finalmente, se separaron lentamente, girándose para disfrutar de los últimos momentos de los profundos azules y púrpuras del atardecer.

“¿Y ahora qué?”, dijo Eric mientras su ansiedad se desvanecía como una piel vieja.

"¡Te tengo una sorpresa guardada!", dijo con aire de complicidad. "Ven conmigo", y al decir eso, lo tomó del brazo. Formaban una pareja impresionante y todos se detuvieron a admirarlos. Una pareja de ancianos negros sentados en un banco los llamó: "¡Emmy, eres la reina de la noche!". Ella saludó con la mano, sonriendo, y luego arrastró a Eric hacia ellos. "Tía, tío, este es Eric Johanson", dijo con orgullo. Él les tocó la mano a cada uno e hizo una pequeña reverencia, inspirado por el momento y la elegancia de Emmy, que los conquistó por completo. "¡Vaya!", dijo su tía, "¡qué joven tan guapo!".

"Emmy, ¡qué caballero tienes!", felicitó su tío. Se desearon buenas noches mientras Emmy y Eric seguían caminando por la plaza.

Eric se sentía absolutamente mareado mientras ella lo conducía a un hermoso carruaje tirado por caballos con pequeñas lámparas de queroseno colgando de cada una de

las cuatro esquinas. Cuando se acercaron, la conductora colocó una pequeña escalera de mano. Eric miró a Emmy, incrédulo. Ella sonrió y extendió su brazo, instándolo a subir al carruaje. Él aceptó su amable oferta y una vez dentro, se giró para ayudarla a seguirlo hacia el pedazo de historia forrado de terciopelo y ribeteado en oro. Cayeron juntos en el asiento trasero, abrazados. Sentados eran casi de la misma altura. Él giró su rostro hacia su cuello, besándola detrás de la oreja mientras ella reía y lo apartaba con poco entusiasmo. Se rindió después de un segundo, sintiendo la sacudida del arranque del carruaje. Ella gritó al conductor: "Sous les Pavés [Bajo los adoquines], ¿de acuerdo?" a lo que el conductor se giró, inclinando su sombrero de copa negro y respondió "¡Bien sûr! [¡Seguro!]"

Eric no sabía nada de francés, así que todo esto le sonaba misterioso y emocionante. Emmy movió su brazo desde sus hombros hasta su muslo, donde sus largos dedos lentamente hicieron sentir su presencia. Eric luchó contra su impulso de manosear el hermoso cuerpo de Emmy, permaneciendo tan quieto como pudo bajo su dulce toque exploratorio, admirando los viejos edificios que aún se mantenían en pie a lo largo de su ruta, elevándose por encima de los oscuros árboles que bordeaban el sendero. Un aliento caliente llenó su oído, enviando escalofríos electrizantes por su columna vertebral donde se encontraron con su mano debajo de sus abultados pantalones. Se retorció incontrolablemente, pero

justo entonces ella se apartó, alisándose el vestido y mirándolo de reojo, coqueta y provocativa.

¡Ah, ya llegamos! —anunció. El carruaje se detuvo frente a las ruinas de un viejo edificio de apartamentos. La fachada aún se conservaba en algunos tramos, y al final de una pequeña escalera que desaparecía en el sótano había un letrero que decía «Sous les Pavés». Se levantó, inclinándose para darle un beso en la mejilla a la conductora. —¡Gracias, Linda! Linda extendió la pequeña escalera y le ofreció la mano a Emmy mientras bajaba con elegancia. Eric la siguió.

Tras lanzarle un beso de despedida a Linda, arrastró a Eric por los escalones de piedra hasta un pasadizo subterráneo. Era un pasillo largo, oscuro salvo por alguna vela ocasional en la pared. Descendía, más profundo en la tierra, con piedras sueltas esparcidas por el suelo tenuemente iluminado. El pasillo giraba y al frente brillaba un tenue letrero amarillo: "¡C'est la Plage!" [¡Esto es la playa!][20]. Cruzaron la puerta y entraron en un restaurante que Eric no se parecía a nada que hubiera visto antes.

El suelo estaba cubierto de arena blanca y lisa. Las paredes eran de madera oscura, con un tinte incongruente, y grandes fotos granuladas en blanco y negro de algún tipo de manifestaciones o disturbios callejeros, aparentemente en París, aunque Eric no estaba seguro, ya que nunca había

20 Referencia al eslogan de mayo del 68 francés: *¡Bajo los adoquines está la playa!*

estado allí. Pequeñas mesas de madera estaban cubiertas con manteles de lino blanco y velas sencillas, cubiertos de plata maciza y múltiples copas de vino. Había dos tablas de surf históricas de madera, cada una de unos tres metros de altura, que separaban una sala de espera con pequeñas cabañas de palma, en una de las cuales había un grupo de amigos envueltos en toallas bebiendo piñas coladas. El lugar estaba un poco más de la mitad lleno.

El maître se acercó a Emmy, a quien parecía conocer. Vestía un traje formal, una pequeña pajarita que hacía juego con su pequeño bigote, el pelo engrasado y con raya en medio. "¡Bon soir mes amis!" [Buenas tardes amigos míos], dijo jovialmente. "¿Cenar?", preguntó sin esperar y los condujo a una mesa. Eric estaba confundido por las metáforas contradictorias del lugar, una confusión que empeoró cuando una de las camareras salió de la cocina con una bandeja repleta de suntuosos platos. Solo llevaba un diminuto bikini. Segundos después, otro camarero salió de la cocina, con su propio diminuto traje de baño.

Se sentaron. Emmy le sonreía radiante a Eric mientras este miraba a su alrededor con asombro. "Así que...", empezó, sin saber por dónde empezar. A ella le encantaba. "¡Vale, me rindo!", rió. "¿Explícate, por favor?"

“¿Explicar?” dijo ella inocentemente, con sus grandes ojos bailando, “¿Qué hay que explicar?”

Dejó que su mirada se posara en las caderas ondulantes de una camarera que atendía la mesa de al lado. Inclinó la cabeza hacia el lindo trasero. Emmy se acercó e hizo como si quisiera tocarlo, retirando la mano antes de que la mujer se diera cuenta, riendo.

“¿No sabes francés, eh?”, preguntó ella. Él negó con la cabeza. “Bueno, primero el nombre del lugar. Significa 'Bajo los Adoquines', y luego el segundo letrero en la puerta dice '¡Aquí está la Playa!'. ¿Te suena de algo?” Eric se quedó perplejo. “¿Qué te parecen estas fotos?”, señalando las imágenes tamaño póster de antiguas manifestaciones. “No eres un estudioso de la historia, ¿eh?”, sonrió ella. Él negó con la cabeza de nuevo, perdiendo la confianza en sí mismo al descubrirse su terrible ignorancia. “¡No te sientas mal!”, rió ella al verlo encogerse al otro lado de la mesa.

Apareció otro camarero, un magnífico Adonis, con músculos marcados que brillaban a la romántica luz de las velas del restaurante. Emmy y Eric levantaron la vista de su vientre plano y se posaron en su rostro amable y algo afeminado, aún más acentuado por su larguísima melena negra, recogida en dos trenzas y enrollada sobre las orejas. «Los especiales de esta noche son...» y recitó un montón de frases francesas que Eric no reconoció. Emmy observó su mirada desconcertada y pidió para los dos. También pidió una botella de Château Clicquot, uno de los mejores champanes locales. Eric se relajó al ver que a ella no le

importaba encargarse de los pedidos. De hecho, parecía esperarlo.

Tú vas a tomar vieiras en una salsa ligera de limón y ajo, y yo voy a tomar pollo asado con verduras al vino tinto. Creo que también vas a tomar verduras al vapor con las vieiras.

¡Me encantan las vieiras! ¿Cómo lo supiste?

Ella simplemente sonrió e inclinó la cabeza. El camarero regresó con el champán y, tras el festejo ceremonial, brindaron, riendo, encantados de estar en el primer atisbo de romance.

"Así que, volvamos a la historia", dijo con seriedad, después de vaciar su primera copa de champán. "El nombre del restaurante, *Sous les pavés, la plage* ('Bajo los adoquines... la playa') era un grafiti en las paredes de París allá por mayo de 1968, hace casi 200 años. Fue una de las mayores huelgas generales y levantamientos de la historia antes de la Mortandad. Mira, mira bien esta foto", y se levantó y lo condujo a una foto unas mesas más allá. "Disculpen", dijo cuando se detuvieron frente a una mesa con tres personas que estaban a punto de terminar sus postres y café. Asintieron con tolerancia. Señaló una pared en la parte de atrás de una turba de estudiantes en una barricada, y efectivamente allí estaba, "sous la pavés, c'est la plage" garabateado prominentemente en la superficie moteada.

Ella explicó más sobre el curso de los acontecimientos en ese tiempo lejano, señalando otro grafiti en la foto sobre su mesa, “Tous pouvoir a l'imagination!” (Todo el poder a la imaginación).

Leí algunos libros que argumentaban que este fue el verdadero punto de inflexión, a pesar de que pasaron más de cien años antes de que la economía fuera finalmente derrocada, y solo debido a la Mortandad. Nadie había articulado la idea de que la prosperidad material fuera un logro vano. En 1968 se produjeron levantamientos en todo el mundo, y aunque cada uno fue bastante específico de su país, de alguna manera todos transmitían algo más profundo. Hizo una pausa.

"Nunca supe de eso. Supongo que mi sentido de la historia no se remonta mucho más allá de la Revolución y la Mortandad", admitió.

"Bueno, cariño", dijo con un sorprendente acento sureño, "no te preocupes por tu linda cabecita, porque estoy aquí para ayudarte a resolverlo por completo", se rió.

"Gracias", dijo mientras rellenaba las copas, ambos disfrutando del bienestar que les producía el delicioso champán. Llegó la comida y comieron, compartiendo bocados, dejando que la delicada gastronomía les llenara los sentidos. Ella le contó un poco más de historia, y él le contó sobre sus orígenes familiares, admitiendo tímidamente que

provenía de una larga estirpe de hoscos habitantes de Nueva Inglaterra que se habían agazapado durante la Revolución, siendo él el primero en salir de Connecticut en generaciones.

La conversación giró en torno a su tarde en la oficina de Investigación Pública y su duda sobre inscribirse para una prueba de tres meses.

Fui a la tejeduría después de Investigación, pero no creo que sea para mí. Eché un vistazo al jardín donde cultivan los techos y vi cómo los cosechaban para la instalación, pero parecía que sería terriblemente aburrido después de uno o dos días. Asintió, saboreando un último bocado de la deliciosa ensalada de lechugas tiernas con rodajas de mandarina.

Así que creo que debería aceptarlo. Es el tipo de trabajo que me obliga a usar la cabeza, y vaya, probablemente sea una excelente manera de ver el lado oscuro de la vida aquí, ¿no crees?

"Sí, supongo..." dijo mientras masticaba.

Se inclinó ligeramente hacia adelante, apurando su quinta copa de champán mientras ella levantaba la segunda botella para ver si quedaba algo. Solo quedaba la suficiente para que cada uno bebiera la última gota. "Te diré la verdad. Me da miedo tener que lidiar con la violencia. También me siento un poco raro porque... bueno, ¿y si tengo que hacer cumplir

las normas sobre el uso de recursos? Es decir, si me envían a investigar algo que resulta ser un caso de uso indebido, no sé si podría hacerlo."

"¿Por qué?" preguntó sorprendida.

Mi tío es inventor. Se le ocurrió una forma genial de repavimentar las vías rápidas, pero a nadie le pareció que valiera la pena.

"¿No fue aprobado por la Junta de Revisión de Recursos?"

Cierto. Así que reunió a unos amigos y, de todas formas, se dedicó a una zona. Bueno, eso provocó un gran escándalo y le prohibieron usar los recursos comunitarios durante tres años. Y eso le impidió hacer cualquier trabajo que le interesara. Estaba resentido, muy enojado con sus vecinos que no lo habían apoyado. Yo solo tenía unos seis años cuando sucedió, pero lo recuerdo.

—Mmm. ¿Entonces crees que te resultaría difícil hacer ese tipo de investigación?

—No sé, quizá no. Ahora que te lo he contado, suena un poco trivial. —Se fue apagando y se dio cuenta de que había alejado la conversación del ambiente romántico que se había mantenido durante casi toda la noche. Disgustado, se disculpó y fue al baño. Estaba borracho, y la noche iba genial, pero tenía que hacer algo para volver a la normalidad. Se echó agua en la cara, pensando que no se veía tan mal con

su hermosa camisa. Cuando regresó a la mesa, Emmy estaba allí, con la barbilla apoyada en las manos y una expresión soñadora. Se acercó y le acarició la mejilla, lo que la hizo ronronear con agradecimiento. —¿Quieres postre? — preguntó.

"Estoy realmente lleno y…", sonrió con tristeza, "¡y bastante borracho!"

Ella se rió. "¡No estás borracho! ¡He visto borrachos y es otra historia!", lo que le hizo pensar que ella tenía historias oscuras que aún no conocía. Continuó: "¿Salimos?", y él asintió. Pasaron un minuto apilando los platos en montones ordenados, sacudiendo las migas en la arena a sus pies y arreglándose.

Al salir al fresco aire de la tarde, se abrazaron fuertemente contra el viento sorprendentemente cortante. "Pensé que podríamos dar un paseo en bote", comenzó, "¡pero hace un frío terrible!" Lo miró con ojos brillantes. Se detuvieron y se miraron. El beso duró un largo rato, cada uno sumergido en el tierno intercambio de dulces labios. Finalmente se separaron, jadeando y riendo suavemente, tomados de la mano y caminando alegremente por la calle. Fue un momento mágico, y ninguno quería que terminara. "Eric", comenzó ella vacilante.

“¿Hmmm?” respondió alentadoramente.

"¿Listo para venir a mi casa?"

—¡Pensé que nunca me lo pedirías! —dijo con sinceridad. Con el corazón latiéndole con fuerza y el ánimo elevándose a cotas que rara vez había alcanzado en su vida, encontraron un tranvía y emprendieron el viaje de media hora hacia Page Mews y la cálida y acogedora cama de Emmy.

Capítulo XX

¡A las siete, y ya pasaron! Nwin cruzó a toda velocidad el puente Sans Souci en el Wiggle at Church, inclinado contra el viento creciente. Valentina dijo que el espectáculo empezaba a las siete, ¡y llegaba casi cuarenta minutos tarde! En el parque, dejó la bici en la esquina Velome. Al menos 200 personas se extendían por la ladera herbosa que rodeaba a dos mujeres colgadas de un trapecio cubierto de flores. Nwin dio la vuelta por el lateral, buscando a Valentina. La vio sentada cerca del centro, en la primera fila, así que se agachó lo más que pudo y corrió delante del público hasta un lugar cerca de ella.

"¡Nwin!" susurró teatralmente, "¡Shhhhh!"

Se detuvo frente a ella y, tumbado de lado, se giró para encarar el espectáculo, apoyando la cabeza en un codo. Ella

le dio una palmada en la nuca, que él ignoró. Dos mujeres con elaborados disfraces adoptaron poses y las mantuvieron durante diez o quince segundos. Observó que ambas tenían el pelo canoso, aunque desde donde estaba sentado no parecían muy mayores.

* * *

El mundo dio un giro de 90 grados y, de repente, todo se puso patas arriba. Francesca observó a su nieta sentada en primera fila con unos amigos, pero desde ese ángulo era difícil verles las caras. Un joven corrió y se lanzó como en un tobogán, deteniéndose justo delante de Valentina. «Parece que lo conoce», pensó Francesca antes de volver a centrarse en su siguiente pose. Las luces al fondo del público centellearon mientras la gente exclamaba «ooh» y «aahh» ante la gracia aparentemente natural que Francesca y Bridget demostraban en el trapecio inmóvil.

Las flores se retorcían alrededor de los postes. Sus pies rozaban los lados, extendiéndose perpendicularmente desde el columpio de cuerda del que cada una se extendía. Su notable fuerza se escondía en suaves pasos entre poses, un momento de lado, luego una lenta danza aérea simétrica hasta una nueva posición, con las piernas extendidas en ángulo recto frente a cada una, una mirando al público, la otra hacia atrás.

Con cada pose completa, el público prorrumpía en aplausos. Un pequeño conjunto de cinco músicos, compuesto por un acordeón, un clarinete, una trompeta, un violín y un pequeño tambor, tocaba el acompañamiento, pero sin amplificación, el sonido subía y bajaba en el aire vespertino.

Francesca y Bridget terminaron con una caída al suelo en espiral, perfectamente sincronizada, y una reverencia amplia. Las dos abuelas parecían mucho más jóvenes de sus 68 años, pero nadie parecía viejo a menos que dejara de tomar bloqueadores de edad.

"¿Crees que deberíamos quitar esto ahora?" preguntó Bridget, después de que los aplausos se calmaron y el público se dispersó.

—No, dejémoslo. Me encantaría hacer otro concierto, esta noche o mañana —dijo Francesca. Saludó a Valentina: —¡Oye, Val, ven aquí!

—¡Abuela, eres la bomba! ¡Qué *bien!* —Valentina corrió entusiasmada—. Ya conoces a Shelley y Harmony...

Claro. Oigan, ¿quieren ir conmigo y Bridget a tomar un helado? De todas formas, tengo turno esta noche que empieza en un par de horas. A Francesca todavía le encantaba trabajar en la heladería. Hacía al menos tres turnos a la semana, cerrando a la 1 de la madrugada. Había

un velome adyacente que aseguraba un flujo constante de clientes. Podía ver a todos los adolescentes enamorándose, a los pequeños entrando con los ojos abiertos y balbuceando el sabor que querían probar, y a mucha gente más también.

Este es Nwin Robertson. Trabajé con él en el Tazón de Arroz, ¿recuerdas? Nwin, mi abuela Francesca Panduccino.

Francesca sonrió, reconociendo inmediatamente la mirada de un pretendiente, y le dio a Nwin una cálida palmada: "Me alegro de conocerte, Nwin".

“Yo también... eh...”

—¡Llámala Francesca! —insistió Valentina.

Nwin la miró agradecido antes de continuar: "¡Francesca! ¡Mucho gusto!". No sabía qué más decir. *¿Que es muy famosa? ¿Que su nombre es conocido? No. Todo suena estúpido. Mejor callar, pensó, ser "inescrutable".*

Salieron del Parque Duboce y subieron la colina junto al río Hayes, serpenteando por la orilla entre arbustos y árboles. En la calle Haight, en la esquina con Rexroth, la auténtica heladería orgánica bullía con fuerza. Las bicicletas bajaban por la colina de la calle Haight y desaparecían en Rexroth, detrás de la heladería. Otros ciclistas cruzaban Haight por Rexroth, de norte a oeste.

Nwin y Valentina caminaban juntos justo delante de Shelley y Harmony, como lo habían hecho en el Civic Green una semana antes. Francesca y Bridget iban un poco más adelante, hablando en voz baja.

—¡Llegaste tan tarde! ¡Qué lástima! —dijo Valentina.

—Sí, lo siento. Perdí la noción del tiempo y tuve mucho tráfico de camino —suplicó, y rápidamente continuó—: ¿Van a hacer otro concierto?

Oye abuela, ¿vas a hacer otro show?

Francesca se dio la vuelta al oír la llamada de su nieta. Nwin la miró expectante. "Sí, creo que lo vamos a repetir". Levantó las cejas inquisitivamente hacia Bridget, quien articuló "mañana". Francesca gritó: "Mañana, supongo que a las 7:00 p.m. otra vez. Pero podríamos hacer un espectáculo a la hora del almuerzo bajo el cálido sol a la 1:00 p.m.".

Bridget se encogió juguetonamente y le dio una palmadita en el hombro a Francesca. "¡Vas a hacer un programa a la hora del almuerzo!", bromeó. "¡Yo miraré!".

Francesca le devolvió un puñetazo juguetón al hombro a Bridget. Nwin le preguntó a Valentina: "¿Quieres volver a verlo?", pero ella estaba demasiado irritada para aceptar. "No... bueno, tal vez".

Nwin se sintió incómodo, a la defensiva por llegar tarde y por la poca amabilidad de Valentina. Se esforzó por pensar en algo ingenioso que decir, pero no se le ocurrió nada. Valentina caminaba con los brazos cruzados y los labios apretados.

Harmony chilló detrás de ellos: "¡Shelley!", y le daba la lata a su hermana. Shelley se reía y le ofrecía un periquito muerto. "¡Quítalo!", exigió. Valentina vio al pájaro y se giró para verlo mejor. "Veamos", dijo.

Shelley se lo entregó. Valentina lo tomó por las patas, colgando boca abajo. Las plumas blanco grisáceas se aferraban rígidamente al cadáver. Un pequeño pico amarillo y ojos negros, pequeños y sin vida. "Triste", dijo Valentina.

"¿Por qué estás triste?", preguntó Nwin. "¿Qué problema hay si se muere un pájaro?"

Ella lo fulminó con la mirada. Llegaron a la heladería antes de que la conversación pudiera continuar. Hicieron fila, examinando cuidadosamente los sabores del día.

¿Y qué será? ¿Chocolate con mantequilla de cacahuete? ¿Spumoni? ¿Pera asiática? ¿O nuestro último plato, limón?

“Chocolate con chispas de chocolate, por favor”, dijo Shelley.

“Vainilla con chispitas para mí, por favor”, dijo Harmony.

Nwin señaló un helado amarillo pálido y dijo: «Voy a probar ese Koopwasoo. ¿No es brasileño?».

Francesca lo miró de nuevo, sorprendida de que lo supiera. "Bueno, sí, de ahí viene la fruta, pero nosotros la conseguimos de un invernadero en..."

“¡Condado de San Mateo!”, interrumpió Nwin triunfalmente.

“¿Has trabajado allí?”, preguntó Francesca amablemente.

Nwin negó con la cabeza, disfrutando de su pequeña victoria. "No. Mi primo trabaja en la Tienda Central y me lo contó".

"Ah."

“Probaré con limón y una bola de masa para galletas de chipotle”, dijo Valentina.

Francesca y Bridget fruncieron el ceño ante la idea de comer masa de galleta de chipotle. La gente de su edad simplemente no se acostumbraba a ese sabor ahumado y picante como dulce, pero los jóvenes *de hoy* en día, bueno, ¡comían cualquier cosa!

Francesca fue al mostrador, se puso su delantal de patchwork y empezó a servir. "Oye, si llegas temprano, ¿puedo irme?", preguntó Arnie, un chico que estaba

haciendo sus Anuarios. "¿Qué prisa tienes? *En realidad, no* llego hasta dentro de una hora y media", dijo Francesca. Arnie frunció el ceño y volvió con el siguiente cliente, mientras Francesca servía tranquilamente los pedidos que acababa de tomar. Puso las tazas en una bandeja, sirvió unos vasos de agua y regresó a su mesa.

—¡Harmony, eres una idiota! —la regañó Valentina—. Abuela, ¿no te parece una tontería pensar ya en un trabajo fijo?

Bueno, Valentina, lo único que sé es que nadie sabe qué es lo mejor para los demás. Si Harmony se siente tan emocionada por algo, ¿por qué no debería considerar comprometerse? Siempre puede cambiar de opinión y hacer otra cosa más adelante si quiere.

—Sí, pero casi nunca probará *nada* antes de quedarse con un trabajo fijo. No puede ser buena idea.

—¡Oye, puedo hacer lo que quiera! —dijo Harmony indignada—. ¡Qué descaro tienes al intentar decirme qué debo o no debo hacer, teniendo en cuenta que tú no tienes ni idea de lo que vas a hacer...! Solo tienes envidia de que ya sepa que quiero dedicarme a la acuicultura. ¡La acuicultura es lo máximo! ¡Y estaré al aire libre todo el tiempo!

Nwin intervino: "¿Acuicultura? La estamos haciendo en el Tazón de Arroz... ¿Te acuerdas de Valentina?"

A Valentina no le gustó que Nwin defendiera a la mocosa Harmony. Se volvió hacia Harmony: "¿No dijiste que ibas a ir a la UCSF en Mission Bay? Ese lugar es una fábrica. ¿Quieres ser adicta al trabajo? Ya verás, terminarás trabajando en un laboratorio", resopló Valentina con desdén.

—Dios mío, Valentina, ¿cuál es tu problema? —Shelley corrió a defender a Harmony.

—Uuh, Valentina, ¿puedes venir aquí un segundo? —preguntó Francesca.

Valentina miró primero a Harmony y luego a Nwin mientras se levantaba y caminaba hacia el otro lado del café con su abuela.

"¿Qué?"

Francesca miró a su nieta con sus intensos ojos azules. "¿Qué? ¡Te diré una cosa! ¡Te estás pasando de la raya! Eso es. No conozco muy bien a Harmony, pero te aseguro que lo que acabo de ver es que fuiste grosera y santurrona. Creo que le debes una disculpa. Y deberías preguntarte por qué estás tan alterada".

Valentina se cruzó de brazos y frunció el ceño. No le gustaba que le hablaran como si fuera una niña pequeña. "¡Qué ridículo!", espetó. "Es obvio que una niña de 12 años no debería estar haciendo planes para un trabajo

permanente todavía. ¡No puedo creer que te pongas de *su* lado!"

—Ese no es el punto. *No* me pongo de su lado. Solo te digo que te comportabas de forma extraña, y no me gustó. — Francesca le dio la espalda a Valentina y regresó a la mesa para reunirse con los demás.

Valentina no podía creer lo que oía. Golpeó la pared con la mano, furiosa, y luego se dio la vuelta y salió. Nwin se levantó para seguirla, sin apenas despedirse de Shelley, Harmony y las abuelas. Francesca negó con la cabeza al verlo desaparecer. Pero por dentro tuvo que sonreír. Miró a Bridget con picardía: "¿Un pequeño romance en ciernes?"

“Ya veremos”, respondió Bridget con escepticismo.

A ciegas, Valentina caminó con paso decidido hacia el puente de la calle Walker y llegó al centro. Se detuvo y se inclinó sobre la barandilla, observando a los pececillos que nadaban en el arroyo y escuchando el coro de ranas toro en la hierba de la orilla. Empezó a llorar, al principio de frustración, pero luego los torrentes la incomodaron, pues la ansiedad y la ira contenidas la abrumaron.

Sollozó desconsoladamente. Entonces pensó en Shelley y Harmony, de la familia supuestamente feliz; Dios, *odiaba* sus vidas tan precarias. ¡Era como si ya fueran de mediana edad! Pero sabía que su abuela también tenía razón. ¿Por qué

andaba con Shelley y Harmony si la molestaban tanto? Pensó con tristeza que era porque no tenía otros amigos. Pero no era cierto.

—Hola, Valentina —dijo Nwin a poca distancia detrás de ella. Se secó la cara y lo miró mientras se tragaba las lágrimas.

"¿Qué quieres?" sollozó involuntariamente.

—Mierda. No sé —dijo mirando al suelo—. ¿Pensabas que necesitabas hablar con alguien?

—No lo entenderías... ¡*es* obvio! —Se giró hacia la barandilla, dándole la espalda a Nwin.

Le picó la curiosidad, pero lo intentó de nuevo. «Quizás te sorprenda».

Pasó un minuto. Luego otro, y otro. Él permaneció allí pacientemente mientras Valentina sollozaba en silencio junto a la barandilla.

Finalmente, se acercó y le puso la mano en el hombro. Era la primera vez que un chico intentaba consolarla. Valentina se sobresaltó al sentir su contacto, así que él se apartó y se acercó. Entonces ella lloró un poco más, volviéndose finalmente hacia él. «Lo siento. No es tu culpa», conteniendo los últimos sollozos. Se secó los ojos de nuevo y se sonó la nariz.

Sonrió hacia el arroyo: "¡No puedo creer que una niña de 12 años ya esté hablando de ser un *preso de por vida!*"

Ella lo miró agradecida, pero inmediatamente salió en defensa de Harmony. "¡Solo está hablando! ¿Qué tiene de malo emocionarse por algo? ¡Soy una imbécil!"

Él levantó las manos y dijo: "¡Oye, tranquila!". Sonrió.

Ella se rió, aliviada de poder soltar algo sin más lágrimas.

"¿Vamos a tomar sopa de fideos?", preguntó, recordando al Niggle Woodles que había descubierto una cuadra más allá.

Ella sonrió con las mejillas cubiertas de lágrimas. "Supongo que sí. No tengo hambre, pero..." La tomó del brazo y caminaron por el sendero hacia el puente en silencio. En un minuto estaban sentados junto a la ventana, con el río Hayes gorgoteando bajo ellos.

La propietaria se acercó casi de inmediato y reconoció a Nwin. "¡Hola! ¡Qué gusto volver a verte! ¿Trajiste a tu novia?", dijo, volviéndose hacia Valentina. "¿No eres la nieta de Francesca?". Asintió, sonrojándose al ser llamada la novia de Nwin.

"Encantada de conocerte", y se dieron la mano. "Y ya que estamos, yo soy Carolina Fasonara, ¿y tú?", le preguntó a Nwin.

Nwin Robertson. Oye, Carolina, ¿no conoces a mi madre? ¿Jennifer Robertson? ¡Te pareces mucho a ella!

—¡Ejem! —se aclaró la garganta exageradamente—. ¡Creo que ella se parece a *mí*! —y se rió—. Sí, conozco a tu madre. La vi en el Comité del Consejo del Agua. Después hablamos un rato y nos reímos un poco de nuestro parecido. Raro, ¿verdad?

Nwin asintió, asombrado. Le dijo a Valentina: "¡Esta sopa está *buenísima!*".

De repente, Valentina sintió mucha hambre. Mirando el menú, eligió los fideos soba con algas. Nwin arrugó la nariz y eligió los mismos fideos con champiñones que había pedido la última vez. Carolina tomó nota y desapareció.

"¡Nunca había visto este lugar!", se maravilló. "¡Llevo años aquí y nunca me había dado cuenta!"

"No estoy seguro, pero creo que empezaron hace poco", comentó, y al hacerlo se dio cuenta de que no sabía nada al respecto. "Oye, tengo un lugar favorito que me encantaría enseñarte".

—Sí, ¿dónde? —respondió ella con sospecha.

¡Allá en Russian Hill! ¡Tengo un árbol que te encantará!

"Me gusta trepar a los árboles", admitió, calentándose. "Mi favorito está en nuestro patio trasero".

“¿Dónde está eso?... Ah, sí, me lo dijiste, el Palacio Pierce, ¿verdad?”

—Sí, buena memoria —lo miró, contenta de que le hubiera prestado atención.

“¿Qué tipo de árbol es?”

“Es un roble enorme, debe de tener 200 años. Fue una de las primeras cepas de roble nuevo que resistió la plaga que arrasó la mayoría de los bosques a principios del siglo XXI. Se inventó aquí en San Francisco”, explicó. “Mi abuela me dijo que antes se les llamaba Not Oaks, así que con el tiempo se convirtió en n'oak. Están por toda la Bahía Este”.

¡Rocío! ¡Me encantaría subirlo! —dijo, levantando las cejas con esperanza.

Su sopa llegó junto con otra oleada de la energía de Carolina. "¡Ya está lista la sopa! Gracias por venir". Ambos sonrieron en señal de asentimiento, empezando ya a degustar sus humeantes tazones de sopa.

Sorbieron rápidamente, cada uno contento y aliviado de haber sobrevivido a la conversación hasta ese momento. Apenas terminaron, Valentina, con la esperanza de evitar

más incomodidades, anunció que sería mejor volver con su abuela, que la esperaban.

Nwin se sorprendió por la brusquedad. "¿En serio? Pensé que podríamos dar un paseo". Ella dudó. Él pensó que la situación podría empeorar rápidamente si decía algo incorrecto. Dijeron su último "gracias" a Carolina y a su esposo Norman mientras dejaban los platos en el cubo de la basura de la puerta.

Afuera, Nwin siguió a Valentina y la alcanzó, mientras ella caminaba a paso rápido de vuelta al puente. "Oye, oye, ¿qué prisa tienes?"

Ella frunció el ceño y no dijo nada.

“¿Dije algo malo?”

—No. —Negó con la cabeza enfáticamente; la nube oscura en su mente no tenía nada que ver con Nwin—. Vyne me atenderá en otra ocasión, ¿vale?

“Claro, pero ¿estás bien?”

Ella negó con la cabeza y le dirigió una mirada oscura que simplemente decía "piérdete".

Nwin empezó a sentirse enojado.

Se detuvo y lo encaró, muy seria. «Perdona mi mal humor. A veces me pasa esto».

Inclinó la cabeza, sin comprender pero dándose cuenta de que era mejor salir del camino.

Y él siguió derecho por el puente, mientras ella se volvía hacia la Auténtica Heladería Orgánica Real, despidiéndose suavemente por encima del hombro.

Capítulo XXI

Le costaba concentrarse en los papeles de su escritorio. A un lado, había una gran pila de carpetas, llenas de informes con los que debía familiarizarse. Pero no podía concentrarse. Miraba por la ventana hacia el Civic Green. Emmy bailaba en sus pensamientos. Apenas podía pensar en nada más. Y la vista del Civic Green desde el tercer piso era una gran distracción.

¿Cómo voy a trabajar?, pensó mientras se levantaba y se apoyaba en la pared junto a la ventana, sin poder apartar la vista de la multitud que se agolpaba abajo. Se pasó la mano por la cara, frotándose el ojo que le picaba intermitentemente desde hacía varios días. El olor de Emmy lo inundó; un tufo suyo había permanecido en su mano desde esa mañana. Había estado durmiendo con ella todas

las noches desde que salió del Tweezer, pero pronto tendría que encontrar su propia habitación.

"¡Mierda!" Se sentó, intentando concentrarse. No iba a encontrar un lugar donde vivir mientras trabajaba, así que mejor olvidarlo por ahora. Acercó una carpeta etiquetada como "Acaparamiento 2150—2156" y se quedó mirando el primer informe sin comprender. Algo sobre un anciano que vivía en el bosque de Sutro. Había una foto de cuando lo encontraron en un cobertizo que había construido entre los eucaliptos para guardar su colección de ropa, electrodomésticos, libros, muebles... Mirando la foto, era difícil entender por qué este anciano canoso llevaba todas esas cosas al bosque. Leyó el informe durante un minuto, repasando el perfil psicológico del hombre: solitario, de edad avanzada, aislado, asustado.

Sintiéndose ya algo somnoliento, se acercó y encendió una pequeña radio que estaba en el estante.

—Llamadas en unos 20 minutos, cuando empecemos con Mid—day Muddle [Confusión a media tarde], nuestro programa diario de debates en directo. Les habla David Ramírez, El Loco de la Mañana, terminando la última media hora de The Late Risers' Club [El club de los tardíos] aquí en Jive 95. La última pieza que escucharon fue el clásico "Barbarians in the Genome" [Bárbaros en el genoma], de Crystal Baker, que nos transporta a casi 100 años atrás. Ahora, en directo, cruzamos el planeta hasta Tombuctú, en

Mali, donde la cosa empieza a animarse en el Club Caravan... ¿Me oye, Françoise?

“Oui, oui, mais bien sûr. ¿Dahveed?

—Sí, ¿qué tal la fiesta en la capital musical del Sahara? —Hay una fiesta buenísima ahí. El baile apenas empieza. ¡Eh!

“El león de plumaje”.

Mientras las guitarras blues comenzaban y los ritmos sincopados del África occidental saltaban de la radio, Eric soñaba despierto con viajar con Emmy, tal vez haciendo una caravana a través del Sahara desde los ritmos urbanos palpitantes del África occidental hasta las tierras altas del este de África de donde provenían sus ancestros lejanos.

—¡Eric! ¿Cómo estás? —Papá le dio una palmadita en el hombro, rompiendo su ensoñación.

—Bueno —dijo, mirando tímidamente la pila de carpetas que aún no había abierto—. He estado leyendo sobre casos de acaparamiento —dijo vagamente.

Bien... Bien. Oye, no te preocupes demasiado por todo esto. Solo queremos que tengas una idea de los informes que elaboramos. Por cierto —bajó la voz casi hasta un susurro—, ¿has ido alguna vez a terapia?

—No, no lo he hecho —dijo Eric, sorprendido por la pregunta—. ¿Es un requisito?

"¡Claro que no!", rió Pops entre dientes. "A veces ayuda saber la jerga. Como habrás notado, un gran porcentaje de nuestros informes son historias sobre personas que están... ¿cómo decirlo?... psicológicamente dañadas".

"Mmm, sí, algo de eso noté", comentó, sin mencionar que apenas había leído, tan distraído por su nuevo amor, la vista, la radio y cualquier otra cosa que pudiera justificar su falta de concentración. Sintió una sensación de zozobra: descubrirían, que era un impostor, y se darían cuenta en cualquier momento.

"¿Esa música no hace que sea difícil concentrarse?" Pops frunció el ceño.

“La verdad es que ayuda”, afirmó. “Suelo leer con música”.

“¡No sé cómo puedes hacer eso!” resopló y desapareció en la oficina.

¡Tengo que superar esto! Hojeó algunos informes más de personas tristes y solitarias con escondites secretos de bienes. *¿Qué pasa con ellos después de que son descubiertos y reportados públicamente?* Dejó a un lado la carpeta de Acaparamiento y tomó una etiquetada como "Explotación 2155". El primer informe, fechado el 4 de junio de 2155, era el relato de una mujer en los Oficios de la Construcción, una

Vitalicia, que había engañado a tres Aprendices para que trabajaran en su casa, poniendo una claraboya y un baño nuevo. Según el informe, los Aprendices no se habían dado cuenta al principio de que la casa que los habían enviado a mejorar era la de la Vitalicia. Pero después de dos semanas de arduo trabajo, lo descubrieron. Después de un poco más de investigación, se enteraron de que los habían sacado del flujo de trabajo normal del servicio público. La Vitalicia, una tal Jeri Syracelli, tenía una moción de defensa adjunta al informe, alegando inocencia de cualquier delito, pero la queja fue sostenida. Le dieron a elegir entre una temporada de seis meses en un puesto de vigilancia contra incendios en las montañas o un retiro de un año en una granja orgánica en el norte del Valle de San Joaquín, y su apartamento estaría disponible como vivienda temporal en la Lista de Viviendas Públicas.

¡Mmm, qué buena idea! Puedo encontrar una habitación o apartamento temporal en la Lista de Viviendas Públicas. Se dirigió a "la viña" y le pidió que mostrara la Lista de Viviendas. Había varias docenas de anuncios, desde apartamentos en la cima de una colina con vistas hasta habitaciones individuales de hotel en el centro de la ciudad. Incluso había algunos apartamentos anunciados en la Pirámide, ese extraño monumento naranja. Había pocos apartamentos vacíos, y parecían ser ofertas temporales. *Eso me vendría bien. No sé dónde estaré dentro de unos meses.*

El público en la lejana Tombuctú estalló en aplausos a medida que la melodía se apagaba. El DJ de San Francisco interrumpió mientras apagaba los sonidos en vivo, "Esos son los sonidos calientes del Well Read Lion, las estrellas más nuevas que irrumpieron en la escena mundial desde el desierto de África, con su melodía, hmmm... bueno, olvidé preguntarle a Françoise cuál era el título de ese gran número..." Sonidos de papeles crujientes llenaron momentáneamente las ondas de radio, luego "Está bien, tenemos tiempo para dos canciones más antes de que Cameron Floyd comience a atender sus llamadas. El tema de hoy es... ¿qué es eso Cameron? Ah. Está bien. Cameron dice que hoy es micrófono abierto, sin tema en particular, solo llamen con lo que tengan en mente. Lleva puesta su gorra de los Oakland Oaks, así que fanáticos del béisbol...". Se fue apagando a medida que subía la música, una alegre Norteña de los Gigantes de Sonora. Su ritmo contagioso hizo que Eric moviera el pie, mientras su estómago comenzaba a rugir.

Un joven se acercó a su escritorio y le preguntó: "Hola, ¿eres el nuevo?"

"Soy Andy Steinway", dijo el tipo delgado y de rostro demacrado, con su cabello castaño y fibroso colgando sobre su cuello. Llevaba un chaleco de cuero que le caía demasiado largo sobre unos vaqueros holgados, ondeando sobre su pequeña pelvis. "Estoy en una prueba, llevo aquí un mes", miró a Eric con cautelosa esperanza: ¿sería un rival o un amigo?

Eric le sonrió, aliviado de encontrar a alguien además de Pop o la Investigadora Pública a quien pedir ayuda. "Oye, yo también, acabo de empezar esta mañana. Dime, ¿leíste todos estos informes cuando empezaste?"

Andy echó un vistazo a la pila y se rió. "También te los dieron, ¿eh? No te preocupes, nada es esencial. Ayuda", se estiró para hojear una carpeta, "a entender a qué se dedica esta oficina. Cuando empecé, no estaba seguro de qué hace realmente un Investigador Público".

“Entonces, ¿ahora lo sabes?”

—¡Claro! He estado trabajando en algunos casos la semana pasada. Nada grave, claro, pero interesante. —Señaló el distrito de Richmond en un gran mapa de la ciudad colgado en la pared, cerca del límite del Presidio—, quejas de vecinos por aquí sobre gritos nocturnos. Al principio pensaron que se trataba de algún tipo de actividad sexual pervertida. Pero luego siguió ocurriendo. Un vecino aquí, en la Avenida 21, justo donde termina en Lobos Creek, informó haber oído portazos, cosas destrozadas, llantos y gemidos. Ninguna víctima se ha presentado, pero los vecinos están convencidos de que algo terrible está sucediendo. Fui puerta por puerta hace unos días, en las calles 21, 22 y 20, incluso en la calle Lake. Andy se quedó de pie frente al mapa describiendo con seguridad su investigación. Pero aún no he tenido un respiro. El misterio continúa. Encontré algunos platos rotos y una mesa destrozada en el arroyo, pero

cualquiera pudo haberlos puesto ahí. Andy miró el mapa, frotándose la barbilla. Luego se volvió hacia Eric. Mi otro caso es del Taller Comunitario de Argüello. Una repentina escasez de materiales y varias herramientas desaparecidas. Busqué por todas partes y no encontré ninguna pista. La Investigadora Pública me dijo que volviera a intentarlo, entrevistara a los clientes habituales, caminara por el vecindario y viera qué encontraba. Así que supongo que lo haré.

—Oye, ¿quieres comer? ¡Me muero de hambre! —Eric se levantó.

—Eh, bueno, claro, supongo. Hoy traje mi almuerzo. Mi hermana me lo preparó —admitió, sonrojándose ligeramente.

¡Qué suerte! Tengo que encontrar algo. ¿Qué me recomiendas ahí en la plaza?

—De hecho, traigo mi almuerzo todos los días —dijo, mirando al suelo—. Soy alérgico a muchos alimentos —dijo, avergonzado.

Eric le aseguró a Andy que no le importaba. Mientras caminaban en silencio hacia el escritorio de Andy, al otro lado de la oficina, Eric se sintió un poco animado. Andy era obviamente un nerd[21] serio, así que no parecería tan malo

21 Un nerd, o nerdo, es una persona vista como demasiado intelectual,

en comparación. "¿Entonces te gusta estar aquí?", le preguntó a Andy.

Sí. Es mi tercera prueba y, hasta ahora, la mejor.

¿Dónde más has estado?

Ahora salían a la luz del sol y Andy estaba contento de hablar sobre sus experiencias laborales.

“Hice una prueba en el Hospital General en el Centro de Información”.

"¿Y?"

Fue un buen trabajo. La gente sin duda agradeció mi ayuda. Pero odiaba a los dos presos de por vida que estaban a cargo. Se acercaron a un puesto de pollo asado y burritos. Supongo que yo tampoco les caía bien.

Después de que Eric comiera un burrito con salsa extra, se sentaron en el pasto. El sol calentaba y el concierto del almuerzo apenas comenzaba al otro lado de la plaza. "¿Cuál fue tu otra prueba?"

Pesca. Todos me dijeron que primero probara las Anuales, pero estaba seguro de que me encantaría estar en el océano. Inspeccionó su sándwich en busca de ingredientes

---

obsesiva, introvertida o carente de habilidades sociales.

sospechosos, concluyó que era seguro, volvió a juntar el pan y le dio un buen mordisco. Cuando terminó, miró a Eric.

Eric intentó interpretar la expresión de Andy. Andy continuó, estremeciéndose, mientras decía: "¡Me mareé muchísimo! No lo soportaba. Dijeron que mejoraría en unos días, pero no fue así. Así que ese fue el fin de mi vida de pescador". Su boca se torció con una leve sonrisa, pero guardó silencio, concentrado en su almuerzo.

Entre bocados de burrito, Eric le contó a Andy sobre su llegada a San Francisco y sus aventuras durante los primeros días. Andy se rió entre dientes cuando le contó su historia sobre Tanya y el triciclo sobrecargado.

"¿Crees que es una acaparadora?" preguntó, incorporándose un poco más derecho.

"Supongo que diría que tiene tendencia a acumular cosas", rió. "¡Pero no le hace daño a nadie, excepto quizás a sus compañeros de piso!" Andy se unió a su risa. "Revisé toda su casa ese primer día, y llevo una semana y media quedándome allí". Explicó brevemente sobre Emmy, las Caballerizas Page y su certeza de que allí no pasaba nada malo.

¡Guau, ya tienes novia! Andy estaba impresionado, lo que a su vez le dio a Eric una oleada de felicidad. A él mismo le

costaba creerlo, y al pensar en Emmy, le parecía aún más increíble.

Después de almorzar, regresó a su escritorio y a la pila de carpetas. La radio seguía encendida, una especie de discusión furiosa. Se detuvo a escuchar.

"—¿No te gustan los pasillos salvajes?"

¡No! Cameron, ¿qué sentido tiene llenar una ciudad de animales salvajes? ¡No es seguro! ¡No es higiénico! ¡Es una tontería!

Gracias por tus comentarios, Bob. Vamos con Sue a la Misión. ¿Sue?

Hola Cameron, gracias por atender mi llamada.

Gracias por llamar. ¿Qué opinas de este debate sobre los animales salvajes, especialmente el último, sobre la llegada de los lobos?

Esa es una pregunta difícil. Tengo niños pequeños. ¿Sabes alguna cifra sobre ataques de lobos? Esa es mi principal preocupación.

Sí, tengo un informe de la Oficina Regional Occidental de Estadísticas Sociales. Veamos... en Centros Urbanos, ataques de animales, 2156, así que estas son las cifras del año pasado. En todo el oeste de Norteamérica se reportaron

1351 incidentes. Ciento sesenta y un ataques de osos, trescientas cuarenta y una mordeduras de serpiente, cincuenta y dos mordeduras de rata, 743 ataques de mapaches... ¡Uf! ¡Cuidado con los mapaches! Diecisiete casos de zarigüeyas, veintiséis de coyotes y solo once de lobos.

Qué interesante. ¿Entonces los ataques de lobos son los menos frecuentes de toda la lista? —Sí, pero esto no permite saber cuál es la población, ni distingue entre grandes ciudades como San Francisco y lugares más pequeños y rurales como Garberville, por ejemplo.

No lo sé, Cameron. Estaré muy preocupada por mis hijos.

Sí, ¿y quién no? Bueno, gracias por llamar. El siguiente es Roger, en Brisbane. ¿Roger?

Hola Cameron. Gran programa, como siempre.

"Gracias."

“Hola, quería hablar sobre esta campaña de la que formas parte para reducir los Anuarios”.

“Genial, me encantaría hablar de ello”, dijo Cameron con su voz suave y profunda.

Me parece que ya tenemos un problema con los tiempos de espera. No creo que estemos trabajando *lo suficiente.* ¡Creo que los Anuarios no son suficientes!

"Roger, Roger. ¿Qué prisa tienes? ¿Qué esperas para eso?"

¿No puedes prescindir de ello?”

¡Ese no es el punto! ¡Es la *idea* de tener que esperar por algo que quieres!

Bueno, diría que ese es el punto. Pero hablemos de la idea. Según tengo entendido, el sistema de Anuarios está diseñado para compartir el trabajo que todos acordamos que se debe hacer, pero que nadie quiere hacer todo el tiempo, ¿verdad?

Eso dicen. ¡Pero no es así! ¡En realidad, solo unos pocos Vitalicios y sus Aprendices hacen todo el trabajo! ¡Los que hacen Anuales empeoran las cosas tan a menudo como ayudan!

—Entonces, Roger, ¿puedo preguntarte si eres un preso de por vida?

¡Claro que sí! Puedes agradecerme a mí y a mis amigos de la Laguna de Brisbane por tus almejas de la bahía. Empezamos esta piscifactoría hace diez años y...

Bien, entonces tú y los tuyos trajeron de vuelta la almeja de la bahía. Me encantan esos tiernos bocados. Te lo agradezco, y seguro que a todos los que me escuchan también. Pero me parece que tu argumento podría darme la razón. Creo que mucha gente trabaja demasiado. Creo que el sistema que tenemos está bastante bien diseñado. Podríamos trabajar menos, quizás mucho menos, y seguir disfrutando de la misma vida que tenemos ahora. Seamos sinceros, no son los trabajadores de los Anuarios quienes...

—Eric —llamó Papá mientras se acercaba por detrás. Eric bajó el volumen de la radio para poder concentrarse en Papá.

Kathy quiere que hagas algo. Es esta noche, ¿puedes venir?

“¿Qué es?” preguntó.

—Toma. —Dejó un volante sobre el escritorio de Eric—. Rincón de los Inventores, jueves a las 19:00 en el Café Thimble.

"¿Qué se supone que debo hacer allí?" preguntó, sintiendo como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Simplemente ve y escucha. Intentamos estar atentos a este foro porque siempre hay gente tramando maneras de burlar a la Junta de Revisión de Recursos.

—Blit... ¿qué podía decir? No quería hablar de su tío. —Eh... vale. Creo que puedo. Tengo que hablar con mi novia —murmuró.

—Genial, le diré a Kathy que estás en ello —y se marchó arrastrando los pies.

"¡Mierda!", maldijo. ¡Justo lo que no quería hacer! ¡Y en su primer día! Se giró hacia “la viña” y gritó: "Mensaje para Emmy Ndbele Hodges, Page Mews. Hola, cariño", miró a la “viña” intentando no parecer demasiado triste. "Así que aquí estoy en el trabajo en mi primer día, ¿y adivina qué? Me van a enviar a una reunión esta noche". Hizo una pausa y se pasó la mano por el pelo. "¡Debería haberlo sabido! Tengo que ir al Rincón de los Inventores a ver si alguien está conspirando para burlar a la Junta de Revisión de Recursos. ¡¿Puedes creer mi suerte?!" Negó con la cabeza, sintiéndose ya derrotado por la montaña de carpetas que no había leído, y ahora esto. Llegaré tarde a casa, probablemente después de las 9 o incluso de las 10. O —se animó de repente—, nos vemos allí. Es en el Café Thimble de la Novena Avenida, no muy lejos de casa. De todas formas, allí estaré, así que si no te veo, te veo más tarde, ¿de acuerdo? Eric Johanson, aquí.

Volvió a encender la radio, pero el programa de entrevistas había terminado. Volvió a sus carpetas y sacó la titulada Violaciones de recursos, 2155—56. Dentro había una lista de casos con la cantidad y el tipo de recursos que se habían utilizado indebidamente. Revisó una serie de elementos

mundanos, en su mayoría muy pequeños y locales, como un lote de madera o un envío de piezas de bicicleta que habían sido desviados. Una lista le llamó la atención: "Apropiación indebida de tiempo de satélite". Leyó una historia sobre una pareja que había solicitado tiempo de telescopio satelital para realizar algunos experimentos astronómicos, pero había sido rechazada por su junta de revisión por pares. Luego crearon un parche de software que anuló el controlador principal, que luego usaron para llevar a cabo sus experimentos.

“Buscamos demostrar que los espejos espaciales prolongarían la temporada de crecimiento en el hemisferio norte y aumentarían la producción de alimentos en un 30% en las latitudes más altas. Esto, a su vez, promovería la autosuficiencia local en áreas donde había sido particularmente difícil de lograr”, argumentaban en su escrito. La premisa de su esfuerzo ya había sido rechazada por estar mal dirigida y el experimento se consideró mal diseñado en su revisión por pares original. Esto fue incluso antes de que llegaran a la Junta de Revisión de Recursos. Convencidos de que era una cuestión de celos profesionales y rivalidad científica, decidieron seguir adelante, pirateando el telescopio a pesar de los indignados esfuerzos del personal del satélite por controlarlo. Fueron expuestos rápidamente, después de lo cual perdieron toda credibilidad y fueron suspendidos del trabajo de laboratorio durante un año.

Eric volvió a pensar en su tío y en la ira que debía de haber cargado en su banco de trabajo día tras día. Recordaba vívidamente estar sentado en un rincón del garaje de su tío cuando, de repente, se produjo un terrible estruendo. Su tío rugió como un oso herido, con la sangre goteando mientras luchaba por envolverse la herida con una toalla.

“Hola, ¿eres Eric?”, preguntó una linda joven.

Soy Robin. Solo quería saludar. Soy aprendiz de primer año.

“¿Entonces ya hiciste la prueba?”

“Sí. Me encantó. Kathy me acogió, pero ahora quieren que me independice”, sonrió con orgullo.

“Debes ser buena”, ofreció Eric.

—¡Ah! ¡Están desesperados! —se rió.

“Oye, ¿has estado en el Rincón de los Inventores?”, preguntó de repente.

¡Claro! Es divertidísimo. Un montón de gente rara.

"¿Escuchaste algún robo de recursos cuando estabas allí?"

—¡Ay, no! —se rió—. ¿Es eso lo que te dijeron que buscaras? No te preocupes. ¡No hay nada que investigar!

Se preguntó qué la hacía estar tan segura, sobre todo después de leer la carpeta en su escritorio. "¿Entonces te asignan a algún tipo de investigación?"

"Sí, estoy en Incendio y Vandalismo".

"¿Hay mucho?"

Un montón de nimiedades. Tengo una queja que estoy investigando ahora mismo de la granja Tazón de arroz sobre alguien que ha estado destruyendo un campo. Bueno, tengo que volver al trabajo. ¡Encantada de conocerte, Eric! —Y se dio la vuelta, echándose el pelo negro hacia atrás y metiendo una mano en el cómodo bolsillo trasero.

—Yo también —le gritó mientras ella se retiraba—. *Preferiría hacer Incendio y Vandalismo,* temiendo el Rincón de los Inventores a pesar de las garantías de Robin.

Se volvió a revisar sus archivos. Llegó un mensaje con el característico sonido metálico. Lo pidió, y allí estaba Emmy, con su rostro moreno radiante y una sonrisa radiante. "Hola, guapo. Acabo de recibir tu mensaje. Claro, iré. Suena divertido. ¿Quieres que quedemos para cenar antes? Supongo que podríamos cenar en el Thimble antes de la reunión. ¿Vale?"

Él respondió de inmediato, sugiriendo una reunión a las 6:00 p.m. en el Café Thimble, se despidió y, respirando

profundamente, tomó su taza de café y se concentró en la lectura.

Capítulo XXII

El alquitrán surcaba el cielo antes del amanecer del 12 de agosto, durante la lluvia de meteoros de las Perseidas. El cielo sobre la bahía, fuera de la niebla, estaba completamente despejado. Nwin pilotó *el Hot 1* alrededor de las Torres Rincón en la oscuridad. El aire era muy fresco, así que se caló el gorro hasta las orejas. La lana peruana era muy cálida.

Sonrió, pensando que era gracioso que el sombrero que le había regalado su mamá estuviera encontrando su primer uso en este pequeño "recado". Había pasado por allí unos días antes después del trabajo a media tarde.

—¡Nwin! —su madre corrió hacia él y le dio un fuerte abrazo—. ¿Por qué no respondiste a mi mensaje? ¡Estábamos preocupados!

Murmuró algo sobre estar ocupado, quitándose de encima la culpa rutinaria que parecía acompañar siempre las visitas a casa. "¿Dónde está papá?"

—Tu padre se ha sentido mal, Nwin. Lo llevaron al hospital —dijo entre lágrimas—. ¿Qué le pasa? —preguntó Nwin con cautela.

Creemos que es el corazón. Ha estado con dolores en el pecho. La semana pasada lo encontré inconsciente en el jardín. Los médicos creen que tuvo un pequeño infarto — negó con la cabeza, dándose la vuelta mientras se atragantaba con las palabras.

“¡Pero no es tan viejo!”, protestó Nwin.

Dicen que su corazón está mal. Quizás sea genético, quizás alguna infección antigua que nunca recibió el tratamiento adecuado.

—Vaya —se sentó lentamente en una silla junto a la mesa de la cocina—. ¿Has estado en el hospital con él? ¿Dónde está? ¿En el General? ¿En el St. Luke?

En el General. He estado allí todos los días. Esta mañana estuve muy temprano, pero volví a casa cuando se quedó dormido. He estado dejando pasar las cosas con el trabajo del barrio.

“¿Los Shitsys?”

No, el Consejo Vecinal. Hemos estado trabajando en el plan de vivienda para el próximo año. El gran debate gira en torno a la demolición de un bloque de casas en la zona sur para que el arquitecto, Lloyd Lu Fei, pueda construir una nueva estructura para 1000 residentes.

Nwin escuchaba con la mirada perdida. No sentía nada. Un caleidoscopio de recuerdos le recorrió la mente: su padre entrando por la puerta cuando era muy pequeño, increíblemente grande y moreno, con botas de goma negras gigantes, oliendo a agua salada y a pescado, un monstruo aterrador que lo regañaba con todas las probabilidades. Más tarde, su padre sentado deprimido en un rincón de la cocina tras llegar a casa de las excursiones con sus compañeros.

Nwin aprendió a no contarle historias a su padre con mucha animación. Era casi como si cuanto más emocionado estaba, cuanto más había disfrutado su día en la fábrica de bicicletas, en la playa, en un barco, confeccionando ropa, limpiando el Ayuntamiento o cualquiera de las docenas de cosas que su clase hacía por la ciudad, más se enojaba su padre. Aprendió a ser breve y simple cuando tenía unos siete años, después de una historia sobre ayudar en una fábrica de sillas donde lo dejaron a él y a sus amigos trabajar en un torno. Mientras contaba la historia sobre trabajar las herramientas y darle vida a la pata de la silla, la respiración de su padre se había vuelto más fuerte hasta que gritó "¡Maldición!" golpeando la mesa con el puño, tirando un plato y sus tés helados al suelo. Nwin se había quedado

sentado en un silencio atónito mientras su padre se levantaba con dificultad y salía al jardín y su madre limpiaba el desastre.

—¿Nwin? ¿Nwin? —La voz de su madre interrumpió los recuerdos.

"¿Eh?"

“Aquí está el sombrero que prometí comprarte en Treasure Island”.

—¡Ah, sí! —Lo levantó, girando el patrón naranja, morado y marrón en su mano, fascinado al instante—. Gracias, mamá.

Le dio un beso en la mejilla mientras le ponía el brazo sobre el hombro. "Vuelvo al hospital más tarde. ¿Quieres venir?"

“Intentaré pasarme pero hoy no puedo”, mintió.

Ella se sentó frente a él. "Nwin, ¿qué pasa en el trabajo? Estás a punto de terminar tu prueba, ¿verdad? Vi a la tía el otro día y me dijo que le dijiste que estabas manejando las rosas".

Él frunció el ceño ante la mención del trabajo, pero cuando ella dijo "rosas", sonrió. "Deberías ver esos rosales, mamá, cerca de la calzada de la calle 7", dijo con orgullo. "Creo que solo necesitaban a alguien que supiera cómo hablarles. ¡De

hecho...!" Se deslizó ruidosamente de la mesa y fue a su mochila cerca de la puerta. Sacó un pequeño ramo y se lo entregó a su madre.

—¡Nwin! ¡Qué bonito! ¡Gracias! —dijo alegremente.

Había dejado caer el sombrero en su bolso y, después de decirle vagamente que su trabajo iba bien, rechazó comer y siguió su camino.

No olvides visitar a tu padre. Es la habitación 2214 del General, ¿de acuerdo?

Él saludó y asintió con la cabeza, pero no había ido a ver a su padre.

* * *

Se detuvo en el muelle de la calle 7, la niebla tapando el espectáculo de estrellas de arriba. En el fondo de su esquife ya tenía los cronómetros, las bengalas y tres pequeños cubos en una caja. En la tranquilidad antes del día le resultó fácil rodear la gran intersección. Media docena de tranvías estaban estacionados tranquilamente en la terminal al otro lado de Kioto. Los conductores de tranvías hablaban entre sí a una cuadra de distancia. En el estacionamiento del velome agarró una Red Fury [Furia Roja]. El taller de reparaciones estaba cerrado tan temprano, pero una flota de 40 bicicletas estaba lista. Aceleró por Crossroads [La encrucijada] y entró en la puerta de Tazón de arroz. Algún pájaro madrugador

estaba empezando a preparar el café en el granero. Pero Nwin no iba tan lejos, se detuvo en la pequeña choza a poca distancia de la puerta principal.

Apoyó la bici contra el lateral y abrió la puerta. Estaba oscuro dentro y apestaba a gasolina. Al encender la pequeña luz, varias polillas grandes volaron hacia su cabeza, sobresaltándolo. Apartó algunas herramientas para alcanzar el bidón de cinco galones, justo donde lo había dejado. Le costó levantarlo y meterlo en la cesta trasera de la Red Fury, sintiendo una punzada inquietante en la parte baja de la espalda. Con el bidón metido en la cesta, emprendió el regreso al muelle.

Vale, nadie va a venir AHORA, deseó, contando con la llegada de sus compañeros después del amanecer. La oscuridad seguía siendo completa cuando cruzó el Cruce un minuto después; las luces antiniebla amarillas proyectaban un brillo difuso bajo los postes donde se encontraban. Una pareja caminaba del brazo desde los muelles, pero se perdían el uno en el otro. Dejó la lata con cuidado en la cabecera del muelle donde había amarrado el *Hot 1,* usando las piernas para sujetar el peso voluminoso de la bici. Devolvió la bici al aparcamiento de la caseta, notando que había algunos peatones más alrededor de la extensa intersección que estaría atascada en unas horas.

Llevó torpemente la lata grande a su bote, esperando que su espalda cooperara. Se dio cuenta de que tendría que

encontrar un lugar donde detenerse para hacer la transferencia del cubo grande a los tres más pequeños. Las focas ladraban en la distancia. Olas más grandes inundaban el muelle, aparentemente agitadas por la estela de un barco que pasaba por la bahía. Subió y bajó media docena de veces mientras la estela se estrellaba contra el muro de cemento a lo largo de la calzada. Cuando se calmó, soltó amarras y comenzó un lento viaje hacia la bahía. Un ferry de vainas de guisantes estaba llegando justo cuando dejó atrás el rompeolas del muelle, así que maniobró para esquivarlo.

El cerro Potrero se alzaba a su derecha mientras apuntaba hacia la noche estrellada sobre el mar abierto. La niebla desapareció sobre su cabeza. Eran las 4:45 a.m., así que aún le quedaba una hora. Volviendo al sur, se sentó de nuevo, sobresaltado, cuando un trío de delfines saltó por encima de su proa antes de adentrarse en la turbia bahía. Aceleró pisando rápidamente el nodo direccional.

Luces centelleaban en varios barcos en la bahía, presumiblemente el *Leopold Tanzania* entre ellos. De la oscuridad surgió un esquife no muy lejos de su rumbo, pero se redirigió para pasar bastante detrás de él. Respirando profundamente, se inclinó hacia adelante en el esquife, balanceándose mientras este avanzaba a saltos. Giró alrededor de Hunter's Point y luego redujo bruscamente la velocidad, girándose para mirar más de cerca. Las viejas grúas del astillero formaban una pista de obstáculos en las aguas poco profundas, rodeando la isla restante en la cima

de la colina. Un extenso complejo ocupaba la mayor parte. Círculos concéntricos de habitaciones giraban en espiral, intercalados con jardines, convergiendo en la cima alrededor de un pequeño bosque de n'oaks. Una torre de observación se alzaba entre los árboles y dominaba la cima de la colina, pero parecía desocupada, recortada contra el cielo nocturno.

Nwin se balanceó silenciosamente frente al muelle residencial donde un gran letrero decía "The Lodge" [La Logia], notando una docena de esquifes amarrados en la oscuridad. No le gustó, demasiadas posibilidades de que apareciera alguien. De hecho, ahora había alguien: una anciana que bajaba lentamente por una larga escalera hacia el muelle. Silenciosamente rodeó la parte trasera hacia el Canal de Portola, donde el borde de la niebla se cernía sobre las paredes de cemento del canal. Una vez hubo una autopista a través de este barranco, pero ahora solo las ruinas de la misma eran visibles a lo largo de las paredes. Un globo ocular de 15 pies en el centro de un mural lo miró fijamente mientras pasaba. Al sonido de una puerta abriéndose, vislumbró a un joven sosteniendo a un bebé en el balcón de arriba, la luz se derramaba desde la habitación detrás de él. El hombre señaló a Nwin en su bote, como si su bebé pudiera verlo en la oscuridad muy por debajo.

"Hay demasiada gente por aquí", murmuró. Las orillas rectas del canal se abrieron de repente en una llanura fangosa, conectando con el arroyo Yosemite. Condujo por el

estrecho canal y en instantes volvió a la bahía, con Double Rock y Bay View Hill a su derecha, y la parte trasera de The Lodge aún dominando las alturas a su izquierda. Las luces empezaban a parpadear en varios apartamentos.

Aquí los madrugadores, panaderos o pescadores.

Rodeó Bay View Hill y se adentró en la laguna de Brisbane. La montaña de San Bruno se alzaba imponente. Se agachó hacia el oeste, adentrándose en un largo fiordo. Los tejados se alzaban sobre el agua, grandes almacenes sumergidos hacía tiempo. Las casas se alineaban en las crestas a ambos lados. Abajo, en la oscuridad, reinaba el silencio, salvo por alguna gaviota ocasional y el suave arrullo de las olas sobre los tejados y las laderas.

Se detuvo junto a un edificio largo y plano, a solo un pie sobre la línea de flotación. Inclinado sobre el borde del techo, no podía decir qué tan intacto estaba el techo, pero parecía perfecto para su tarea. El agua se acumulaba en el centro hundido del techo. *Debía ser agua justo debajo... podría estar anegado... podría no sostenerme.* Encontró un lugar para amarrar su esquife y luego se esforzó por levantar la gran lata en el bote que se balanceaba. Sintió que su espalda se quejaba mientras la levantaba y la atrapaba contra la cornisa, sintiendo que su bote se deslizaba debajo de él. "¡MIERDA! Unnnnhhhhh" y un último y poderoso tirón la envió estrellándose contra el techo, donde pudo escucharla moverse mientras caía hacia atrás en el bote. Le

palpitaba la espalda mientras se levantaba, alcanzando el techo y subiéndose al borde. Su lata de 5 galones se había detenido a un metro y medio de distancia, después de rodar por el techo inclinado antes de detenerse. La tapa permaneció sellada.

Regresó al bote y tomó las latas más pequeñas, colocándolas sobre el borde del techo. Subió, deteniéndose al sentir cómo se hundía bajo sus pies, crujiendo y agrietando con cada paso. Avanzó lentamente hacia la lata grande. Cada paso se hundía, el agua aparecía alrededor de sus pies. *Mierda, este maldito techo no me va a sostener,* el pánico aumentaba. Se puso de rodillas y se inclinó hacia adelante, apenas capaz de agarrar el asa. Tiró. Su espalda gritó de dolor, congelándolo en una agonía sin aliento. Intentó respirar, superficialmente al principio, luego más profundamente. Respirar lo ayudó. Lentamente ajustó su espalda. Dolía, pero podía moverse. Miró la lata que yacía en el techo peligrosamente débil. Se puso de pie muy lentamente, el agua se acumulaba a sus pies. ¡Un crujido más fuerte bajo sus pies! Movió un pie hacia atrás, agarrándose la espalda, y el primer pie comenzó a ceder mientras lo retiraba también. Llegó al borde del tejado y miró con los ojos abiertos su lata, que estaba al otro lado de un nuevo agujero que acababa de abrirse donde él había estado. El agua la lamía a plena vista.

Subió a su bote, tambaleándose contra las olas y el dolor de espalda. Tomó la vara larga del fondo del bote, que

guardaba a bordo para emergencias. Un extremo tenía un pequeño gancho que abrió. Con un brazo apoyado sobre el borde del techo, alcanzó el cubo con el gancho. Se apartó para maximizar su estabilidad y apalancamiento. Con un brazo sujetando rígidamente el edificio, jaló la lata hacia el borde, a un metro del nuevo agujero. Lentamente se fue acercando, hasta que pudo alcanzarla con las manos. Logró colocarla sobre el trozo más sólido del techo que quedaba.

De todos modos era impreciso. Ahora el bidón estaba en el techo, y le dolía demasiado la espalda como para pensar en volver a meterlo en el bote. Observó un almacén más alto más atrás, en el oscuro fiordo. "¡Bien, vamos!", dijo a nadie. Levantó la tapa y con cuidado inclinó el cubo hacia uno más pequeño, derramando la gasolina apestosa en el agujero que acababa de hacer. Pero casi llenó su cubo. Repitió el proceso con los otros dos cubos pequeños.

Cerró cada uno y los trajo de vuelta a bordo. Ahora tomó una pequeña pila de fósforos y bloques de madera y ató la parte inferior de una bengala a cada una de tres pilas similares. Después de enrollar la cinta alrededor de la bengala e inclinarla hacia abajo, la pegó al cubo y programó el temporizador a 15 minutos. Lo repitió dos veces más. El esquife se disparó a través del agua negra hacia el almacén más alto. Este tenía aleros inclinados que colgaban sobre el borde, al menos dos metros por encima del nivel del agua. El vidrio de las ventanas estaba roto. Nwin miró en la oscuridad y no encontró nada, agachándose reflexivamente cuando un

murciélago salió volando por la ventana. Encendió un fósforo y lo sostuvo en la ventana. Dentro había una larga habitación de concreto, muebles rotos aquí y allá en medio de charcos e incluso algunas malezas que brotaban a lo largo de los bordes.

La luz apenas comenzaba a aparecer por el este cuando colocó dos cubos en la ventana y se deslizó para colocar el tercero en una ventana a la vuelta de la esquina. Miró el cronómetro: aún faltaban seis minutos. Echó otro vistazo al tejado y le gustó lo que vio. *¡Esta ruina arderá!* Rápidamente aceleró al máximo su esquife, cruzando la laguna de Brisbane al amanecer. Un ferry navegaba hacia el norte por la península, pero no le prestó atención.

* * *

Uno de los pasajeros del ferry, un joven de rostro delgado que agarraba una bolsa de almuerzo y miraba distraídamente, lo vio por el rabillo del ojo. Puede que no le diera importancia, pero justo entonces una explosión sacudió la oscuridad bajo las colinas. El joven, junto con el resto de los pasajeros, saltaron y señalaron las llamas, gritando y llamándose unos a otros. El esquife que acababa de ver salir corriendo de la orilla había pasado detrás de ellos. Corrió al otro lado del ferry y echó un vistazo al esquife mientras rebotaba en la estela del ferry. Era biplaza, no pudo ver el nombre en la parte trasera, y había una persona

tendida en el bote. Se volvió hacia el incendio cerca de la orilla.

* * *

Nwin se recostó en el Hot 1, admirando su obra. No había imaginado que el fuego sería tan explosivo. Se había resignado al fracaso esta vez, asumiendo que el techo sobre la estructura de hormigón mojada ardería, pero no mucho. No pudo resistirse a masturbarse con las llamas, pero como otras veces, tardó solo unos segundos en llegar al clímax, tan excitado estaba por la vista del fuego. Secándose, su dolor de espalda clamaba una vez más por atención. No podía ponerse cómodo, así que se detuvo para reorganizarse.

Las llamas seguían ardiendo en el barranco. Se quedó de pie, contemplando el fuego distante. Al notar que varios barcos se dirigían hacia él rumbo a San Francisco, pensó que sería mejor ponerse en marcha. Giró hacia el norte y emprendió su propio viaje a casa; el cielo rosado del este prometía un día hermoso.

Capítulo XXIII

Ric entrecerró los ojos ante el sol de las cinco. Se había quedado en el trabajo más tiempo del previsto.

Los informes que esperaban que leyera eran abrumadores. *Con razón necesitan gente nueva,* pensó, exasperado. Más valía que no fuera así siempre, o no querría quedarse. Su respiración se volvió dificultosa mientras pedaleaba por la calle Abundancia con el tráfico. La niebla no se acumulaba, y Eric ya había empezado a apreciar los raros días de verano que se mantenían cálidos hasta la noche.

Dos jóvenes pasaron a toda velocidad junto a él, uno dándole un porro al otro mientras pedaleaban sin esfuerzo cuesta arriba. En la cima, Eric viró por Wiggle Gate hacia el puente Sans Souci. Pronto cruzó otro puente en Rexroth y Haight, preguntándose si también tendría nombre.

“Disculpe”, le preguntó a una mujer que estaba a su lado, “¿este puente tiene nombre?”

Sus ojos grises brillaron al mirar a Eric, lo que le hizo preguntarse si la había ofendido. "¡Depende!", dijo sonriendo, así que Eric dejó de preocuparse. "Creo que oficialmente se llama Puente Rexroth, pero mucha gente lo llama Puente de los Helados por eso", señaló hacia la Heladería Orgánica Auténtica Real, detrás del arroyo de donde acababan de salir.

“¿Eres nuevo aquí?” continuó.

“Sí, llevo en la ciudad aproximadamente un mes”.

“¿Cómo la estás encontrando?” preguntó cálidamente.

¡Me encanta! ¡Sin duda! ¡Me encanta!

Estaban entrando en la Vía Verde N'oak, serpenteando hacia el Panhandle. Eric miró la hora y se dio cuenta de que podía pasarse por casa antes de la cena de las seis con Emmy en el Thimble.

“¿Todo bien?” le preguntó la mujer, levantando las cejas expectante.

—Más o menos —asintió—. Hoy empecé una prueba en la Oficina de Investigadores Públicos. Y me he estado alojando en Page Mews, cerca de Ashbury.

—Lo sé bien. Trixie es una vieja amiga mía —sus ojos brillaron—. ¿Cómo te llamas?

—Eric Johanson —dijo, y torpemente ofreció la mano derecha para una palmada. Ella la tomó con la izquierda y la apretó con cariño—. Soy Bridget O'Reilly. Era una mujer mayor y atractiva, con un rostro que aún derretía corazones, trenzas grises sujetas sobre su largo abrigo azul con una cinta de terciopelo naranja. Él notó sus largos y delicados dedos sobre el manillar de la bicicleta; su mano derecha sostenía un brillante anillo de diamantes. Se detuvieron en la Wiggle Gate del Panhandle mientras el tráfico que se incorporaba llegaba desde Baker y el tráfico en sentido contrario se dirigía hacia ellos, obstruyendo la barrera.

—Aquí es donde me dirijo —dijo Bridget—. ¡Nos vemos, Eric!

La vio desaparecer por Baker. Los sanfranciscanos son tan amables. Le sorprendió. Cuando el tráfico se despejó, la multitud lo empujó a través de la puerta. *¿Casa o cafetería?* Eran solo las 5:25, así que decidió dejar sus cosas y cambiarse de ropa.

Pasó por la misma puerta que en su primera visita con Tanya. Y allí estaba ella, sacando pan del horno solar. "¡Hola, Eric! ¿Qué tal está girando?", preguntó alegremente.

"¡Genial!", le devolvió el ánimo. No habían hablado mucho desde que se lió con Emmy. Estaba seguro de que Tanya no estaba interesada en él. "¿Qué haces?", preguntó.

—Pan de aceitunas. Huele —y le acercó un pan a la nariz.

¡Guau, qué rico! El pan caliente, en este caso mezclado con el aroma de las deliciosas aceitunas de su huerto, le inundó la nariz. "¿Cuándo puedo comer?", preguntó.

“¡Tranquilo!”, se rió, “Habrá algunos en la cena”.

“No voy a estar aquí esta noche”, le dijo, “Emmy y yo vamos al Café Dedal."

“¡Será mejor que vayas temprano o tarde!”

"¿Por qué?"

“Esta noche es el Rincón de los Inventores”

—Es un asunto muy importante, ¿verdad? —Asintió, concentrándose en mover los panes en el horno—. La verdad es que tengo que ir a trabajar.

Tanya parecía confundida. "¿Qué trabajo es ese?"

“Hoy comencé una prueba en la Oficina de Investigadores Públicos”.

"¿Por qué irías al Rincón de los Inventores como investigador?" preguntó inocentemente.

No estoy seguro. Solo me dijeron que fuera a escuchar. Otra mujer que trabaja allí me dijo que es más bien una fiesta. Es solo mi primer día, así que por ahora estoy haciendo lo que me piden.

"Hmmm, sí, supongo..." Su voz se fue apagando.

¿Cómo lo sabes?

Ella negó con la cabeza. "¿No lo hace todo el mundo?"

Se encogió de hombros y cruzó el pequeño césped, bajando por el sendero de tierra entre huertos elevados. Un seto espeso rodeaba la zona de picnic, junto a los jacuzzis y las duchas exteriores. Saludó a Gerald, sentado en un jacuzzi, y a William y a una mujer a la que no conocía, sentados en el otro.

Subió corriendo las escaleras hasta la habitación de Emmy, de dos en dos. No había nadie cuando su paso hizo volar papeles de una mesa. Llamó a la puerta y entró sin detenerse.

"Oh, lo siento", murmuró al ver a Emmy cubriéndose, visiblemente asustada por su repentina entrada. Le acarició la cara y el cuello, besándola suavemente. Ella empezó a ronronear y soltó las mantas para envolverlo en sus brazos.

Su larga desnudez negra contrastaba marcadamente con las sábanas y mantas blancas. Eric se quitó los zapatos de una patada, mientras ella comenzaba a desabrocharle la camisa. Se quitó la ropa torpemente, completamente excitado, y una vez libre de la molesta carga de la ropa, fundió su cuerpo con el de ella, rozándose delicadamente con su piel cálida mientras entraba y salía lentamente de ella.

Eran más de las seis cuando yacían exhaustos abrazados, con el sudor goteando por sus cuerpos. Emmy rió entre dientes: "¡Qué bueno que viniste, o estarías sentado solo en ese café y yo seguiría profundamente dormida!".

—¿Qué? —Eric fingió horror—. ¿Me habrías dejado plantado? —Pero también se rió, incapaz de fingir incomodidad en un momento tan increíblemente cómodo. Entonces recordó el Rincón de los Inventores.

"¡Mierda!"

"¿Qué?"

“Tengo que ir a eso”.

¿En serio? ¿No podemos quedarnos en la cama el resto de la noche? —preguntó con timidez.

—Bueno, tú no tienes por qué ir, pero yo sí. Es lo primero que me pidieron. —Se quejó—. ¡Ya parece trabajo!

Se levantó de un salto, lleno de energía. "No te preocupes, cariño, será divertido. Se supone que el Rincón de los Inventores es un lugar muy animado, y yo nunca he estado". Se vestía rápidamente. "Vamos", me animó, "o no tendremos tiempo de comer antes de que empiece. ¡Quizás ni siquiera consigamos un asiento!"

“Está bien, está bien”, y se levantó y comenzó a vestirse lo más rápido que pudo, arrepintiéndose de haberse puesto la ropa del día sobre su cuerpo sudoroso, pero más preocupada por darse prisa.

En veinte minutos entraron al Café Thimble. Un dedal enorme colgaba sobre la puerta y todos los taburetes del café también eran dedales grandes. El lugar estaba abarrotado, solo quedaban unas pocas mesas vacías cerca del patio trasero.

“Tomemos una de esas”, dijo Emmy, señalando y tirando de Eric detrás de ella.

¡Emmy! ¡Hola, Emmy! —se oyó una llamada desde el centro del restaurante. El brazo frenético de una mujer rubia con un traje de terciopelo verde oscuro atrajo su atención.

—¡Hola Lorelei! —dijo entre dientes—. Es una amiga que conocí trabajando en el hospital... Creo que es doctora.

¡Vengan! ¡Hay espacio! Lorelei insistió en que la acompañaran.

"Me parece bien", le aseguró Eric a Emmy mientras ella dudaba, mirando de nuevo la mesa vacía del fondo. Se abrieron paso entre las mesas abarrotadas y se unieron a la mesa de Lorelei, donde ya había otras tres personas.

“Eric, Emmy, este es mi novio. Beauregard, mejor conocido como 'Bo'”, rió entre dientes. Bo era un hombre robusto y atractivo, con largos mechones castaños y una barba recortada, hombros anchos y pecho grande. Cuando se puso de pie, era incluso más alto que Emmy. “Este es Lou y esta es Zette”, terminó Lorelei, volviendo a sentarse. Lou y Zette eran una pareja mayor. El cabello negro de Lou casi había desaparecido, excepto por unos pocos mechones tenues que se sostenían sobre sus orejas. Llevaba gafas de montura gris y una camisa blanca abotonada. Su esposa Zette llevaba su fino cabello castaño largo como la mayoría de los habitantes de San Francisco, cayendo sobre un cárdigan color limón que se estiraba firmemente sobre su gran pecho. Llevaba mucho maquillaje, notó Eric, lo que le daba una artificialidad que parecía fuera de lugar cuanto más la miraba. Intercambiaron golpecitos y sonrisas mientras todos se sentaban.

“Prueba el ratatouille”, instó Lorelei, “está buenísimo”. Habían terminado de cenar y estaban pensando en el postre cuando Eric y Emmy se unieron a ellos.

Apareció un camarero, un hombre bajo y moreno con un delantal naranja adornado con un gran dedal plateado.

"¿Postre?", preguntó amablemente, y luego se quedó atónito al ver a Emmy y Eric. "¡Emmy!"

—¡Abdul! —Se levantó de un salto y lo abrazó—. ¿Qué haces aquí? —preguntó asombrada.

"Saben, me encantan los Inventores, y así puedo escucharlos." Miró a un lado y a otro con fingida preocupación, y luego susurró en voz muy alta: "¡A todos!". Todos rieron. "¿Y qué van a comer?". Tomó sus pedidos de postre y cena y se abrió paso sin esfuerzo entre los clientes, apiñados.

“Abdul y yo nos conocemos *desde hace mucho* tiempo”, le dijo Emmy a Eric. “Recuérdame que te hable de él algún día”.

Eric recorrió la sala con la mirada, disfrutando de los cálidos dedos de Emmy jugueteando en su nuca. En las paredes colgaban docenas de retratos con títulos honoríficos. Cerca de su asiento había uno con un hombre y un niño en bicicleta, otro con una mujer en un campo de maíz, y otro con dos hombres sosteniendo un dispositivo entre ellos. Sobre los retratos había un pequeño letrero que decía "Salón de la Fama del Rincón de los Inventores" junto a un enorme martillo dorado.

"¿Viniste por el espectáculo o buscas algo en particular?", le preguntó Emmy a Lorelei. Eric la miró; su piel sonrosada brillaba contra la gargantilla de terciopelo verde que hacía

juego con su traje. Tenía unos ojos verdes brillantes que brillaban en armonía con el sombrero pastillero de terciopelo verde sobre su cabello rubio casi blanco. Estaba deslumbrante, sin duda. Su amplia sonrisa revelaba una dentadura perfecta. "Estoy aquí como delegada del hospital. Siempre buscamos ideas creativas para que la hospitalización sea mejor, más sencilla, más placentera... ya sabes".

Lou y Bo conversaban en voz baja. Zette estiró el cuello para ver si los postres estaban en camino. Efectivamente, Abdul apareció con una gran bandeja, y pronto todos estaban comiendo. Al otro lado de la sala, cerca de la ventana, se estaba montando un pequeño escenario, se estaban retirando las mesas y se estaba abriendo un pasillo.

Un extraño zumbido se hizo más fuerte, distrayendo a Eric y a los demás de sus platos. Arriba, una serie de cables entrecruzados parecía vibrar. Tres góndolas de juguete diferentes aparecieron en los cables, recorriendo lentamente la sala por rutas complicadas. Justo entonces, la puerta principal se abrió de golpe y un hombre enorme y desaliñado entró. Los clientes murmuraron mientras el hombre maniobraba hacia el escenario, apoyando una bolsa de lona que había arrastrado contra la pared y arrojando su abrigo encima. Se irguió, con las manos en las caderas, mirando a varias personas, saludando con la cabeza aquí y allá, buscando a alguien.

“Ese es Brian O'Bannon”, murmuró Lorelei a Emmy y Eric. “Es uno de los gigantes de nuestro tiempo. Su bombilla”. Y supieron de inmediato quién debía ser. Las biobombillas habían reemplazado por completo las bombillas eléctricas que habían sido la fuente de luz interior desde que se sustituyó el queroseno. La biobombilla se alimentaba de la “Enredadera”, podía colocarse en cualquier lugar y utilizaba los genes luminiscentes de la luciérnaga para producir luz. Salvo cuando alguien la aplastaba o la dejaba caer desde una gran altura, eran indestructibles hasta entonces. Además, habían sido parte esencial de la transición de la antigua red eléctrica a la “Enredadera”.

La gente entraba a raudales, apretujándose contra las paredes y sentándose en el suelo. Al menos diez personas distintas se movían lentamente de mesa en mesa, presentándose y repartiendo folletos o muestras. Una mujer apareció entre Zette y Lou con un llamativo traje de piel de serpiente que le quedaba un poco grande. Su pecho se hinchó al respirar hondo antes de lanzarse a rapear.

"¿Han visto algo así?", preguntó, colocando un trozo de tela sobre la mesa, entre los platos y vasos. "¡Tóquenlo, anden!", y todos tocaron la tela rápidamente.

“¿Qué *es* eso?” preguntó Zette con genuino interés, “es tan suave y delicado”.

Mi hermana y yo tenemos una pequeña tienda en North Beach. Hemos estado experimentando con diferentes materiales, intentando hacer una manta realmente ajustable. Este es nuestro primer éxito, dijo con orgullo.

“¿Entonces es una manta?” preguntó Lorelei.

“En eso estábamos trabajando. Pero esto podría usarse para muchísimas cosas. Fíjate en lo transparente que es”, y lo levantó, demostrando su translucidez. “Mira esto”, y apretó un pequeño botón en la parte inferior, y luego lo volvió a sostener frente a ella. La tela se volvió completamente opaca en segundos, e incluso su textura pareció cambiar. Lo arrojó de nuevo sobre la mesa. “¡Tócalo ahora!”

Se transformó. Ahora era grueso, cálido y peludo.

—Dame un folleto —intervino Lorelei—. Soy del Hospital General y puede que nos interese.

“¡Genial!”, exclamó entusiasmada la mujer vestida de piel de serpiente, “dame también tu tarjeta”. Intercambiaron y ella se dirigió a la mesa de al lado.

Apenas se fue la mujer de piel de serpiente, apareció un hombre negro alto con pantalones de ciclismo ajustados y un maillot de carreras, con una pequeña gorra elegantemente colocada en la nuca. "Oye", empezó Eric, "¿no eres de la Gran Fábrica de Bicicletas de Bambú?"

El tipo sonrió: "¡Sí, soy yo! Me llamo James Sullivan, y el bambú es mi especialidad". Emmy se quejó ante su cansada frase de presentación. "¿Has estado en nuestra casa?", le preguntó a Eric.

La semana pasada. Creo que fuiste tú quien me ayudó, de hecho.

James bajó la mirada, disculpándose. "Lo siento, conozco a tanta gente...". Pasó con suavidad de la disculpa al tono agresivo. "Aquí tienes una lista de nuestras nuevas bicicletas, todas hechas con al menos un 80 % de bambú macizo. También estamos diversificando nuestro negocio con nuevos productos, como esta valla modular ajustable", y mostró una maqueta. "Nuestro último invento es la técnica de extrusión de corteza", y levantó una rueda de bicicleta que había estado entre sus piernas. "Sin radios, sin plástico, y robusta como las hay", presumió, golpeando la rueda.

Lou se incorporó y pidió ver más de cerca la rueda de corteza. "¿Puedes moldear la corteza a cualquier configuración?". James había llegado al límite de sus conocimientos, así que le dio una tarjeta a Lou y lo invitó a la fábrica a hablar con el jefe de tecnología.

La puerta principal se abrió de nuevo y el silencio se apoderó del lugar. Entró un hombre alto y atractivo, de larga melena rubia y barba pelirroja corta y bien definida. Vestía su característica túnica azul, con tachuelas plateadas en las

mangas que brillaban bajo las luces del café. Sus pobladas cejas se arquearon mientras sonreía y buscaba rostros conocidos. «Hola, Sharon», llamó, y se dirigió a una mesa no muy lejos de la puerta mientras el silencio audible pronto volvía a la normalidad.

—Ese es Sam MacMillan —anunció Bo. Miró a Eric y Emmy—. ¿Saben de su propuesta, verdad?

Eric recordaba haber oído el nombre en alguna parte, pero no sabía por qué. Le daba vergüenza admitirlo, pero se sintió muy aliviado cuando Emmy le pidió a Bo que se lo explicara de nuevo.

MacMillan se ha convertido en un pararrayos. Está prohibido mezclar especies, y él quiere una excepción. Su plan es desarrollar un embrión de delfín al que implantará cuerdas vocales, boca y lengua humanas. ¡Su objetivo es hablar con los delfines!, rió.

—¡O mejor dicho, para que los delfines nos hablen! —dijo Lorelei—. Está usando nuestro cariño por los delfines como arma para romper la prohibición —sacudió la cabeza con evidente desaprobación.

Lou la miró. "Eres integrista, ¿verdad?"

Lorelei asintió.

¿Podría explicar su postura sobre los biodispositivos? He estado confundido. No entiendo dónde ponen el límite.

Nuestra postura es bastante simple. Nos oponemos a la creación de nuevas especies como combinaciones de las existentes. Estamos a favor de la integridad de las especies existentes en la Tierra. ¡Diablos, ya hemos perdido tantas!

“Sí, pero ¿qué pasa con todos los nuevos dispositivos? ¿No son especies?”

No nos oponemos a los biodispositivos. La postura de nuestro grupo es que está bien inventar nuevos dispositivos biológicos utilizando genes de diferentes especies, pero solo si el organismo resultante no tiene cerebro, no siente dolor y no puede reproducirse. Apoyamos totalmente el estado actual de los límites éticos. Y no, *no son* especies nuevas, son *dispositivos* de diseño humano. Esa es una diferencia crucial.

Emmy preguntó: "¿Qué opinas del argumento que he escuchado que dice que los biodevices [biodispositivos] tienen memoria celular? Todas las investigaciones sobre corazones y otros órganos primarios demuestran que la memoria no se limita al cerebro, ¿verdad?"

Bo intervino. «Es una teoría interesante, pero no hay pruebas que la respalden. Creo que es cuestión de fe para sus defensores. ¡Sin cerebro, sin dolor, y sin memoria!», dijo con énfasis.

"¿No se encontraría en un aprieto si alguien demostrara que la memoria celular existe?", preguntó Lou con un tono cortante, "ya que su laboratorio es uno de los mayores productores de biodispositivos ".

Las fosas nasales de Bo se dilataron mientras le lanzaba una mirada penetrante a Lou. Lou se recostó, con los brazos cruzados sobre la barriga, sonriendo con suficiencia.

Antes de que Bo pudiera defenderse, las luces se apagaron y el escenario se iluminó con un foco brillante. Una mujer corpulenta estaba de pie frente al micrófono, con un turbante rojo de lentejuelas sobre la cabeza, totalmente incompatible con su ropa de trabajo y el delantal de cuero que llevaba. Se reía y señalaba a diferentes personas en mesas cercanas. "Bueno, bueno, amigos, es hora de comenzar la presentación de la noche. Esta noche, el Rincón de los Inventores tiene el honor de contar con Genevieve Bamfield, una de las pensadoras más destacadas en el campo de la tecnología mareomotriz, quien presentará su último invento: el Motor Integrado de Conversión Solar/Mareomotriz. Denle la bienvenida a Genevieve Bamfield".

Las voces, los gritos y el zapateo acompañaron el ascenso de la pequeña anciana al escenario. Se giró, con aspecto algo frágil, y se acercó el micrófono a la cara. Desestimando los aplausos, sonrió. «Sí, sí, es muy amable, gracias». El público guardó silencio, ansioso por escucharla. La primera

diapositiva se proyectó en una pantalla gigante que cubría la pared del fondo. Era una compleja serie de fórmulas matemáticas, con el dibujo de una cuadrícula estampada debajo.

Eric miró fijamente la imagen e intentó concentrarse en la explicación de la anciana. Su charla era extremadamente teórica y le superaba. Se maravilló de la silenciosa atención que la mujer exigía y se preguntó si era posible que todos en el Café Thimble entendieran realmente lo que se estaba presentando. Se inclinó y le susurró a Emmy: "¿Lo entiendes?".

Ella negó con la cabeza con tristeza, sonriendo con compasión. Se llevó el dedo a los labios haciendo la señal de «shhh», así que él se recostó, intentando comprender lo que veía.

Cuando este material cubre la parte inferior de un barco, puede extraer a través de cada celda cantidades mínimas de energía del mar. El regulador del puente almacena esta energía en las baterías de a bordo, junto con la que aportan los colectores solares. Los buques transoceánicos siempre han dependido de algún tipo de energía eólica o combustibles fósiles para complementar los motores de propulsión solar. Creemos que esto resolverá el problema de navegar durante tormentas prolongadas y eliminará la necesidad de quemar más combustibles fósiles en el mar.

Los aplausos se alzaron en el fondo y rápidamente se extendieron a todo el lugar. Bamfield agitó las manos, agradecida pero avergonzada. Estaba acostumbrada a resolver sus ideas en la privacidad de su laboratorio, no a presentar sus ideas al público de esta manera.

Suponiendo que el público había comprendido correctamente el final de la presentación, la mujer con su turbante rojo de lentejuelas regresó al escenario. Le dio una palmada en la espalda a Bamfield, que casi la hizo caer al suelo, pero los asistentes cercanos la sujetaron antes de que cayera. "¡Lo siento, lo siento mucho!", dijo la anfitriona, ligeramente borracha, quien se recompuso rápidamente y abrió el turno de preguntas.

Una vez más, Eric estaba completamente perdido. La jerga técnica, los desafíos y los contraargumentos lo superaban por completo. Pero se dio cuenta de que la anciana sabía lo que hacía, porque al final superó todas las objeciones, y la gente estalló en aplausos. Mientras tanto, el café volvía a bullir, las conversaciones se extendían por todo el lugar. Eric se levantó para ir al baño, donde ya había una fila de gente esperando.

—Es increíble —exclamó la mujer frente a él a su acompañante, a lo que él asintió—. ¿Crees que MacMillan va a hablar?

—No, estoy seguro de que guardará su munición para más tarde.

La mujer miró a Eric, dedicándole una sonrisa nerviosa al ver que la escuchaba. Se giró hacia su acompañante, quien hablaba en voz tan baja que Eric no pudo oírla por encima del bullicio del lugar. Miró a su alrededor. En una mesa cercana, un grupo de personas discutía sobre un dibujo, gesticulando desenfrenadamente; un hombre levantó las manos con disgusto y se dejó caer en su silla. Por toda la sala, grupos de personas hablaban intensamente, algunos apoyados en las paredes, otros apiñados sobre las mesas.

¿Se supone que debo espiar a toda esta gente?, pensó consternado. *¡No soy un espía!* Se cruzó de brazos, deseando que la fila se apurara. Volvió a mirar su mesa, donde Emmy y Lorelei se reían entre sí mientras Bo gesticulaba hacia Lou y Zette con inconfundible furia. Otra mujer bien vestida pasó con una cesta en el brazo, repartiendo muestras de un nuevo jabón. Detrás de ella, un hombre solicitaba firmas para apoyar los ensayos clínicos de una nueva crema antipicazón que había inventado.

Finalmente llegó su turno para ir al baño. Sonaba una especie de salsa. Descubrió dos pequeñas muñecas girando alrededor de un estante en la pared del fondo emitiendo la música mientras bailaban. Se quedó orinando en un largo tubo que se parecía vagamente a una tuba en miniatura, mirando los extraños pero familiares accesorios del pequeño

baño. El lavabo tenía la forma de un gran lirio, el espejo era un mosaico tridimensional de piezas de espejo que de alguna manera te permitían verte toda la cabeza a la vez. El trono de porcelana era precisamente eso, con un alto respaldo de terciopelo rojo y un cetro tachonado de rubíes que uno jalaba para tirar de la cadena. Se lavó las manos en el lavabo de lirio y regresó a su mesa, notando que muchos se estaban yendo.

“¿Todo bien?” preguntó Emmy alegremente.

“Había una fila larga”, explicó. “¿Listos para marchar?”

Claro, si es así. ¿Conseguiste lo que se suponía que debías conseguir?

Él se hundió, encogiéndose de hombros, "Supongo que sí... Quiero decir, no *escuché* nada que pareciera que podría interesar a un Investigador Público, ¿tú sí?" Ella negó con la cabeza.

Lou y Zette se habían ido mientras Eric estaba en el baño. Lorelei intentaba calmar a Bo después de que él y Lou se hubieran puesto muy violentos. "No te lo tomes a mal. Creo que Lou quiere provocarte".

"¿Pero por qué?"

No lo sé. ¿Le contaste algo más sobre lo que haces en el trabajo? Quizás esté buscando ideas.

¡MIERDA! —Bo se dio una palmada en la frente—. ¡Debería haberlo sabido!

¿Qué? ¿Qué soltaste?

Estaba muy enfadada con él. No dejaba de incitarme con lo de la memoria celular y con los problemas que tendríamos si se demostraba. Así que empecé a hablar de nuestro proceso, y creo que lo mencioné. Parecía desanimado.

“¿Eso?” preguntó Eric.

"No puede decirlo", explicó Lorelei. "Aún no lo han terminado y están empatados con otros grupos que trabajan en el mismo problema".

“¿Pero no…?”

Emmy le puso la mano en el brazo. "Vamos, vámonos".

Eric no entendía por qué no podían decírselo a alguien que claramente no estaba involucrado en la tecnología de la que hablaban, pero Emmy comprendió que no debía presionar. Se despidieron de Lorelei y Bo, y Emmy prometió volver pronto al hospital para otra sesión de los Anuales.

Recuperaron sus bicicletas y pedalearon hasta casa, mientras Eric se preguntaba cuál era el misterio del trabajo de Bo.

“Seguro que es algún nuevo biodispositivo, o quizá una mejora que mejorará categorías enteras... ¿Quién sabe?”, especuló Emmy. “Pero no deberías estar resentido. Los tecnólogos son muy competitivos. Todos quieren ser los primeros o los mejores en algo importante. Lo sabes, ¿verdad?”

Eric asintió, pero no lo entendía. Nunca había sido amigo de un inventor, y la historia de su tío no era la de querer ser el primero ni el mejor. Le recordó a Emmy a su tío. «Él pensaba ¿Por qué la gente no aceptaría algo que simplemente era mejor que lo que reemplazaba?»

No lo sé. ¿Requería muchos recursos? ¿Iba a cambiar drásticamente la forma de trabajar? ¿Socavaría ciertas prácticas laborales? Hay muchas preguntas que afectan a estas cosas.

"Supongo que sí." Volaban por el Panhandle, con las estrellas centelleando en un cielo despejado. "Hay muchas cosas en las que no he pensado mucho", admitió.

Emmy sonrió, disfrutando de la naturalidad de Eric. A los pocos minutos llegaron al patio trasero de Page Mews, donde una pequeña hoguera rugía a poca distancia de los jacuzzis. Los residentes estaban de pie cerca del fuego o saltando dentro y fuera de los jacuzzis. Tanya se reía en uno de los jacuzzis con otra mujer. Gerald estaba sentado

exactamente donde Eric lo había visto a las 5:30. "¿Te has movido algo?", bromeó Eric.

—Bueno —suspiró Gerald profundamente, sumido en una nube de intoxicación y agua caliente—, sí. Salí a comer y luego limpié la cocina. Después de eso, no me quedó más remedio que volver.

"¿Quieres?" Emmy miró a Eric con picardía.

“¡Vamos!”

Se quitaron la ropa, todavía sudando por el viaje. El aire nocturno era fresco, pero no demasiado frío. "¡Cuidado, Gerald, allá vamos!", y se zambulleron en la bañera humeante mientras él retrocedía. "¡Vale, vale, entiendo la indirecta!", rió, y salió, dejándolos solos para que retozaran en el agua deliciosamente caliente.

Capítulo XXIV

Buenos días. Es jueves 12 de agosto de 2157. Son las noticias de las 6:45 en Radio Ignatius de San Francisco, Jive 95 en la 94.9 FM, informa Don McQueen.

Amigos, tenemos un gran incendio fuera de control en la montaña de San Bruno. Son cinco alarmas, y se está llamando a todos los equipos de bomberos al sur de Islais Creek. Repito, un gran incendio está fuera de control en la montaña de San Bruno. Se solicita a todos los equipos de bomberos al sur de Islais Creek que se presenten en la zona de concentración de Guadalupe Parkway. Aún no se reportan víctimas, pero al menos dos edificios se han quemado y el incendio avanza rápidamente hacia Oak Canyon.

En otras noticias, el Consejo del Agua de San Francisco se reunió ayer en el Ayuntamiento y determinó que las reparaciones del sistema de recolección de agua de lluvia y aguas grises tardarían un año más. Por lo tanto, se reanudarán las conversaciones con el Consejo de Comunidades de Mid—Sierra Foothill para adquirir agua potable para el viaducto de Hetch Hetchy.

Un choque entre dos embarcaciones detuvo el tráfico en el centro de San Francisco ayer. Los informes de tráfico indican que una lancha privada circulaba a toda velocidad hacia el sur por el Canal de Kearny cuando se estrelló contra una barcaza que cruzaba en Sutter, estrellándola contra el Edificio Jameson en la esquina. Una persona sigue hospitalizada con contusiones.

Los festejos en la ciudad india de Mumbai paralizaron la ciudad ayer. La calma regresa tras la victoria de Mumbai en la final de críquet sobre su rival Peshawar por 99—21.

Científicos en Hanói informan de un avance en enzimas antienvejecimiento. Predicen que pronto será común alcanzar los 150 años de vida. Los trabajadores farmacéuticos de Hanói prometen ampliar la producción en seis meses. Los datos sobre la estructura molecular de la enzima están disponibles en la página web. Las fábricas de medicamentos del Área de la Bahía en Fremont y Santa Rosa anunciaron de inmediato sus planes de producir suministros

locales, pero estiman que se necesitarán al menos tres meses para que lleguen a las tiendas locales.

Este fin de semana se celebrará una feria vecinal en Potrero Hill, con concursos de repostería de tartas, asados, pasteles y budines, y los ganadores pasarán a la feria municipal de septiembre. (¡Les cuento, estuve allí el año pasado y esos panaderos de Potrero Hill están entre los mejores de la ciudad!). Comida, baile, música en vivo, carreras de trineo, carreras de patines, triatlón y, esta es una de las mejores cosas de Potrero Hill, lanzamientos de disco en la Misión.

Anoche, los Oaks extendieron su racha de victorias a siete juegos a costa de esos tristes Sacks que llamamos el equipo local, los Seals. Billy Bonds, el campocorto de los Seals, extendió su total de ponches, líder de la liga, a 154, y su racha de hits de la temporada a 32 juegos, en lo que debe ser una de las rachas combinadas más extrañas en la historia del béisbol. Los Farmers vencieron a los Slugs 8—2, y los Gamblers perdieron en entradas extras contra los Grizzlies 2—1, en los únicos otros juegos programados para anoche.

El tiempo de hoy: ¡Salió el sol, no hay niebla! Las temperaturas alcanzarán los 28° en San Francisco y hasta 37° tierra adentro. Se pronostican tormentas para el fin de semana. Sabes, David, todavía me parece extraño tener tormentas por aquí.

"¡Oh, eres un viejo pedorro!"

¡Gracias, yo también te quiero! Soy Don McQueen con las noticias de las 6:45 de Jive 95. Una vez más, los bomberos al sur del arroyo Islais son llamados a Guadalupe Parkway para ayudar en un incendio de cinco alarmas fuera de control en la montaña de San Bruno. ¿El Loco?

Gracias, Don. Esto va para los valientes hombres y mujeres que luchan contra el fuego. «Rain, rain, rain» de The Rhythmaholichaliacs.

¡Aa...

¡Ni siquiera debería estar aquí!, pensó con exasperación. Miró hacia adelante, donde la chica con la que se había acostado la noche anterior tiraba de la manguera. Poco antes de las 6 de la mañana, hacía casi una hora, se habían despertado sobresaltados por el sonido estridente de la alarma de incendios. Frieda era voluntaria, como aproximadamente un tercio de la población de la ciudad. Ella también estaba cubierta de hollín y barro, pues les habían asignado la tarea de sacar las mangueras del camión remolcador para llevar agua de la bahía al incendio.

William temblaba en el agua y el lodo, empequeñecido por la humareda gris que se alzaba frente a ellos, con llamas apenas visibles a lo lejos entre docenas de diminutas hormigas amarillas, que eran bomberos en primera línea.

Esta era la quinta manguera que subían desde la bahía desde que habían llegado media hora antes, corriendo para apoyar a los aproximadamente 300 bomberos que habían convergido en el incendio a los 15 minutos de la alarma. Los equipos que iban delante conectaron mangueras más pequeñas a los extremos de estas, y así sucesivamente, hasta las líneas de fuego.

Se había preparado para una versión mucho más reducida de esto muchas veces durante los simulacros semanales. Era impactante estar allí, en una ladera fangosa, lejos del paisaje urbano para el que se había entrenado. Estaba a kilómetros de su casa en Page Mews, y ahora mismo, deseaba haberse quedado allí la noche anterior con Frieda en lugar de aceptar su invitación de volver al sur, a su casa en McLaren Ridge. Estaban a solo diez minutos del incendio en su casa y al alcance de la alarma.

"¡Oigan! Necesitamos diez más en la segunda etapa", gritó el alguacil, gritando por su teléfono... Llegaban cada vez más bomberos, apresurándose a ponerse sus impermeables amarillos brillantes; la mayoría se había puesto sus botas gruesas antes de salir de casa.

La gente corría de un lado a otro sin ningún orden ni concierto. Gritaban y señalaban, la gente corría. William y su equipo dieron otro gran empujón para colocar la quinta manguera junto a los camiones de bomberos. Se esforzaron por conectarla al camión bomba y, una vez hecho esto, se

agacharon, con las manos sobre las rodillas, jadeando tras el tremendo esfuerzo. Un momento después, William se enderezó y buscó a Frieda. «¡Dios mío!», dijo inconscientemente, decepcionado al verla correr con un escuadrón a lo lejos. Antes de que pudiera pensarlo, el alguacil la envió a ayudar a apagar los focos de incendio restantes al sur. Una fina columna de humo seguía elevándose por el perímetro de la zona quemada. Sin tiempo para dudarlo, salió corriendo; las botas que le había prestado el compañero de piso de Frieda, que estaba de vacaciones, resonaban flojamente en sus pequeños pies.

Andy Steinway corrió de un lado a otro varias veces en la tenue luz del amanecer. Contempló las llamas y luego retrocedió a través del ferry para observar la oscuridad que se desvanecía lentamente. La explosión y el fuego fueron más grandes que cualquier cosa que hubiera visto jamás. Esto no era un espectáculo de fuegos artificiales monstruoso. El bote se movía con paso firme por las oscuras aguas de la bahía, brillando con llamas distantes. Intentaba recordar algo reconocible sobre el esquife. Estaba seguro de que estaba relacionado con la explosión. Se había estado moviendo rápidamente en línea recta hacia la bahía desde el lugar donde estalló el incendio. Había una persona dentro, estaba seguro. La persona había estado tumbada... ¿quizás herida? ¿Escondida?

Temblaba de emoción. *Parece un incendio enorme,* pensó. *Me pregunto si Robin lo conseguirá.* La oficina de

Investigación Pública seguramente tendría que investigar. ¡Puede que ya tenga pruebas importantes! Cuando empezó a escribir sus observaciones, se dio cuenta de que no había visto suficiente. El cielo se iluminaba tras las colinas de East Bay, proyectando un resplandor grisáceo sobre la bahía. *¡Allí, allí!* El esquife estaba ahí fuera, y quienquiera que fuera, él —sí, parecía un él— estaba de pie ahora, mirando hacia el fuego. Escribió «alto, delgado, hombre, de pie y observando» para complementar su primera nota sobre un esquife que pasaba a toda velocidad por una línea desde la escena del incendio.

* * *

"Señor, Capitán", informó el primer oficial Suárez—Ochoa, mirando a través de binoculares infrarrojos hacia el puente del *Leopold Tanzania.*

"Tráela", le dijo en voz baja a otro compañero que estaba detrás de ellos.

—¿Quieres que la despierte? —preguntó sorprendido, al notar que la luz del amanecer apenas comenzaba a iluminar la bahía, con las brillantes llamas danzando en las colinas lejanas. El capitán asintió, fulminándolo con la mirada, pues tuvo que pedírselo dos veces.

El oficial avanzó rápidamente por el barco hasta la cubierta de pasajeros. Al final de un largo pasillo de madera, llamó a

la habitación 311. No hubo respuesta. Llamó una segunda vez, un poco más fuerte y por más tiempo.

“¿Sí?” dijo la voz de la mujer con un tono de alarma.

Señora. El capitán solicita su presencia en el puente. — ¿Qué? ¿A estas horas?

“Señora, hay algo que debería ver”.

Muy bien. Estaré allí en cinco minutos. Por favor, avísale al capitán.

“Sí, señora”, y regresó al puente.

Cuando entró al puente, la habitación estaba cálida y los paneles de control brillaban en verde. Un amanecer rosado amanecía sobre la bahía. El capitán la tomó del codo y la dirigió hacia los binoculares que el primer oficial había estado usando. Señaló hacia San Francisco, donde media docena de barcos se dirigían hacia el norte en sus típicos viajes matutinos.

“¿Y…?”, preguntó ella.

—Mira —dijo, tenso y con los labios apretados, dirigiendo su vista hacia un pequeño esquife que surcaba el agua, acercándose a Treasure Island, quizás a medio kilómetro de distancia.

—Es él, ¿no?

“Sí, y mira allí, su último trabajo”, señaló hacia la montaña de San Bruno, donde una columna de humo llenaba el cielo.

Lo asimiló todo. Sacudió su larga melena negra, se la echó hacia atrás y la ató en un moño rápido. Su perfil afilado cortaba la grisácea mañana, enervado por la imagen que se desplegaba ante ella. "¡Pongamos algo de radio!", exigió. "Rastreadlo", señaló a Nwin en la distancia.

—¿Aún crees que podemos utilizarlo? —preguntó secamente el capitán.

Ella lo miró sin pestañear, consciente de que su anterior afirmación había sido desestimada. "No lo sé. Pero esto no puede hacer daño".

* * *

El Hot 1 volteó a través de la luz del amanecer. Nwin miró hacia atrás de vez en cuando a la creciente nube de humo gris, llenando lentamente el cielo sobre la montaña de San Bruno. ¡*Eso es un montón de humo para un techo pésimo!,* pensó. *¿Qué había en ese lugar apretado? No podía haber ardido tanto tiempo, prácticamente se estaba cayendo al agua.* Pero le dolía tanto la espalda que no podía concentrarse en su hazaña. Se acostó en el fondo del bote, estableciendo un rumbo entre Treasure Island y el centro de la ciudad. Maniobró su salvavidas y algunos suéteres viejos

debajo de él para acolchado adicional. El esquife, al ser un biobarco, también era mucho más blando que un bote de madera o plástico. Usó sus pies, uno en el botón del acelerador y el otro sosteniendo el timón firme.

De vez en cuando tenía que levantarse y voltearse para asegurarse de no chocar con nada. Al levantarse, pero antes de voltearse, notó por primera vez que el *Leopold Tanzania* seguía en medio de la bahía, donde había estado las últimas dos semanas. "¡Chingado!", corrigió el rumbo. *¿Por qué seguiría allí? ¿Esperando un cargamento?* Su mente daba vueltas.

Pronto se acercó al centro. Giró hacia el Canal de Washington que lo llevaría a la Pirámide y a su cama. El sol casi asomaba por las colinas del este de la Bahía. El cielo era de un azul brillante, salvo por la enorme nube de humo al sur. Miró hacia atrás, sintiendo una oleada de emoción y también una sensación de aprensión y confusión.

Con dificultad para incorporarse, se acercó al canal. Rodeó un pequeño atasco frente a los muelles residenciales de Domino 4.

Una mujer estaba parada en el muelle gritándole a una amiga: "¡Fuego! ¿Oíste? ¡Un incendio enorme en la montaña de San Bruno! ¡Creen que es provocado!"

La cabeza de Nwin giró bruscamente al oír la palabra "incendio" y volvió a girarse bruscamente al oír "incendio provocado". Se dejó caer lentamente de rodillas, con la espalda palpitante, intentando respirar a pesar del dolor punzante. Lentamente, se dirigió a los muelles de la Pirámide, pasando junto a la pequeña tienda de suministros. Abrió el panel de la biolancha. Las últimas pastillas de combustible casi se habían agotado, así que metió la mano, cogió dos 'phylls' más y las echó. Tras atracar, dejó los guantes, sin notar, en medio del dolor, el fuerte olor a gasolina que aún persistía.

Estaba exhausto, muy dolorido y un poco mareado. La cabeza le daba vueltas al subir al elevador, y al llegar al piso 33, se agarraba la cabeza con una mano y el estómago con la otra.

—Hola Nwin, ¿qué pasa? —gritó Lupe automáticamente mientras él casi se caía de la cápsula. Soltó un pequeño jadeo cuando él salió tambaleándose con evidente dolor, totalmente despeinado y apestando a gasolina. —¿Estás bien? ¿Quieres que llame a un médico? ¡Oye, Bobby! —gritó a otro hombre que se acercaba. Nwin se apoyó contra la pared y empezó a hundirse.

* * *

Nwin, Nwin, ¿estás ahí? ¿Me oyes? —Jennifer Luoc—Don Robertson no podía parar de llorar. Sollozaba

desconsoladamente mientras su hijo yacía en silencio en la cama del hospital—. ¿Qué he hecho? Jeffrey muere; antes de que pueda irme a casa, mi hijo es llevado inconsciente —lloró. Finalmente, tras inclinarse y secarle la frente a Nwin, completamente agotada, se dejó caer en el gran sillón sumida en un sueño intranquilo.

Capítulo XXV

Bric se movía por la ciudad en bicicleta rumbo a su prueba como Investigador Público. Era un día soleado y radiante, y sentía una alegría completamente nueva. Los recuerdos de Chicago perdían su dominio mientras su nueva vida los reemplazaba.

Qué contraste con su vida anterior en el este, ya sea con sus padres o en su primer intento de vivir solo en Chicago. Había sido muy difícil encontrar amigos, abrirse camino. El año que pasó en Chicago, participando en los Anuarios, lo había hecho sentir más aislado, en lugar de menos. Dondequiera que iba, las comunidades intactas parecían impenetrables. Había hecho amigos casuales aquí y allá, pero nunca se había sentido tan incluido como aquí, después de tan solo un mes.

Cynthia, de vuelta en Chicago, por fin dejó de atormentarlo en sus ensoñaciones. Había terminado su relación con él de forma tan abrupta. Un dolor familiar apareció, como un pariente que desearías que se fuera. Reprimió el dolor, disgustado por su familiaridad y sorprendido por su repentina extrañeza. Chicago había sido un desastre, pero quizá no fuera solo culpa suya después de todo. San Francisco era completamente diferente... pero quizá él también lo era, después de pasar quince meses sumido en la desesperación y la soledad.

El tráfico fluía desde Wiggle, pasaba por Octavia Greenway y sobre las vías del tranvía de Abundance. Pasó el *Camino* Elevado que cruzaba Mission con su algo así como una entrada en espiral de madera de tres pisos, las bicicletas salían de ella mientras otras aceleraban para subir. El sol de la mañana se sentía tan bien que no pudo resistir la tentación de demorarse en un extenso café al aire libre en Abundance, justo al este de Valencia. Eric estacionó la bicicleta y fue por un capuchino doble y un croissant. Llevando su refrigerio a una mesa vacía, se preocupó un poco por comer de nuevo después de haber tomado un gran tazón de cereal y fruta para comenzar el día una hora antes. Pero sentarse al sol con un café y un rico croissant con mantequilla era casi perfecto, y de todos modos, ya los había conseguido.

“¡Creen que es un incendio provocado! ¿Quién haría algo así?”, dijo un compañero en la mesa de al lado en voz alta. Su acompañante, un hombre de mediana edad con cabello

castaño largo y una larga cicatriz en su mejilla demacrada, negó con la cabeza. El primero, más ancho que su amigo y con una gorra de béisbol de los Seals, con las manos cruzadas sobre la barriga bajo el overol, continuó: “Escuché las alarmas de incendios esta mañana. Mi casa en Bernal está al norte del área de respuesta. Se oían las campanas sonando por todo el valle. Me levanté, pero cuando vi el humo al sur de McLaren, volví a la cama. No podía dormir, así que encendí la radio y escuché el informe del lugar de los hechos. ¡Menudo desastre!”

—Ya pasó, ¿no? —preguntó su amigo, mirando el reloj del café. Eran casi las diez.

“¡Diablos si lo supiera!”

Eric escuchó, recordando una conversación similar en el desayuno. Pero todo aquello estaba muy lejos de su mundo y de sus pensamientos. Un incendio en un lugar desconocido al sur de la ciudad no parecía particularmente importante, aunque la sospecha de incendio provocado sí le llamó la atención. Se terminó su segundo desayuno y poco después llegó al trabajo.

La oficina bullía con comentarios sobre el incendio. "Oye, Eric, ¿me oíste?", preguntó Anita, la otra Aspirante además de Andy Steinway, quien pasaba apresuradamente por la entrada cuando él entró. "¡Tenemos una reunión de

personal ahora mismo! ¡Qué bueno que llegaste!", le animó a seguirla.

En la sala de reuniones, Katherine Fairly y Pops O'Hair estaban sentados a un lado, sus homólogos, Bill Mooney y Stella Brooks, al otro lado de la mesa. Los tres aprendices, Robin, Leigh y Luis, y los tres participantes en prueba, Andy, Anita y Eric, se dispersaron alrededor de la mesa. El gran ventanal que daba al Civic Green estaba abierto al murmullo interminable de la plaza, el agua que caía mezclándose con miles de voces, el silencioso peso de los tranvías, el zumbido de los engranajes y los radios de innumerables bicicletas que pasaban. El calor del día estaba subiendo, pero la sofocante atmósfera de la sala exigía aire fresco, independientemente de la temperatura.

Kathy inició la reunión. «Bueno, tenemos nuestra reunión de personal habitual, pero obviamente todos están pensando en el gran incendio en la montaña de San Bruno. ¿Alguien aquí necesita un informe básico?»

Todos negaron con la cabeza, incluso Eric, aunque a él le habría gustado. Era demasiado vergonzoso ser el único que no sabía qué estaba pasando, así que siguió.

El último informe que recibí decía que el incendio estaba casi completamente controlado. Afortunadamente, nadie murió. Tres casas quedaron destruidas y al menos 135 acres

de la montaña se quemaron, la mayoría de ellos hábitats raros.

“El Comité de Montaña ya ha hecho un llamado a voluntarios para ayudar a defender la zona quemada de las especies exóticas invasoras”, dijo Stella, investigadora privada con 19 años de experiencia. Su territorio abarcaba la zona sur de la ciudad, pero también era la investigadora privada más involucrada en la política de la Fiesta del Jardín y en las disputas entre facciones de jardineros.

—Sí, vale, pero eso no nos incumbe ahora mismo —dijo Kathy secamente—. Robin, has estado a cargo de Incendios Provocados y Vandalismo, pero creo que aún no has investigado ningún incendio provocado, ¿verdad?

"No", explicó, visiblemente molesta. "Los últimos cuatro meses han sido solo jardines pisoteados, ventanas rotas y ese caso de una presa ilegal en el arroyo Precita".

Pops entró en la discusión: «Esto va a requerir nuestro máximo esfuerzo. Stella, tú estarás aquí porque es tu zona de la ciudad», a lo que Stella asintió, poniéndose un lápiz en la boca. «Robin tiene que estar allí, ya que los incendios provocados son su especialidad. Y creo que Eric también debería estar allí».

Andy casi saltó del asiento. "¡Pero yo estaba allí! Vi... ¡Vi la explosión y el fuego, y vi un esquife!" Estaba fuera de sí, deseando con urgencia que lo asignaran a la investigación.

Bill Mooney, un hombre afroamericano corpulento, vestido de forma conservadora y con un porte tranquilo y práctico, miró a Andy a través de sus gafas. Extendió la mano, le tocó el brazo y dijo con una voz tranquila y segura que demostraba al instante su larga experiencia: «Eres testigo. No puedes investigar un delito del que eres testigo». Miró a su alrededor antes de continuar para que todos lo oyeran: «Además, necesito que me ayudes con el informe sobre el mantenimiento del canal. El Consejo de Transporte ha solicitado una investigación pública sobre el deterioro de los canales, y tenemos mucha investigación que realizar, incluyendo inspecciones in situ y entrevistas».

Pops esperó a que Mooney terminara, señalando que Andy no estaba muy satisfecho con tener que trabajar en una gran investigación de obras públicas en lugar del glamoroso incendio temporal. "Kathy y yo vamos a trabajar con el equipo de incendios provocados, además de nuestras tres investigaciones de desvío de recursos en curso", a lo que Kathy asintió vigorosamente.

Kathy presentó breves resúmenes del progreso de las tareas de desvío de recursos. Encargó a Anita que realizara algunas visitas por la ciudad para recopilar testimonios. Para el bien de Eric y Anita, ambos bastante nuevos, explicó los

procedimientos para tomar declaraciones, enfatizando la importancia de investigar el contexto, conocer la historia de los enfoques comunitarios para controlar o sancionar diferentes transgresiones y aprovechar al máximo las grabaciones de audio.

Bill Mooney ofreció una breve reseña del papel del PI en la protección del interés público frente a la infraestructura pública, contando la historia de una ampliación no autorizada de una vía rápida para bicicletas a través de un huerto en el centro de la ciudad. “Mis colegas de toda la vida lo recordarán, pero ustedes, los novatos, no. Hace unos años, tuvimos que intervenir cuando unos ciclistas se atrevieron a despejar una vía rápida para bicicletas a través de Webster Commons. Los vecinos estaban divididos. Nos enteramos de que algunos de ellos habían colaborado. Estábamos investigando en respuesta a una preocupación pública legítima, pero nos acusaron de tomar partido. Las quejas de los activistas de Garden Party habían iniciado la investigación y, a decir verdad, tenían un caso. Pero debemos mantenernos al margen de las luchas entre facciones. Ese fue uno de los primeros estallidos en la lucha entre Garden y Transit”.

—Será mejor que les cuentes también cómo lo solucionamos, Bill —instó Kathy.

Fue una buena oportunidad para recurrir a nuestro mandato: exponer y explicar. ¡Recuerden eso! No acusamos

a nadie, y ni mucho menos proponemos ni implementamos remedios. Nuestra labor es exponer y explicar. Luego, el público podrá debatirlo y decidir qué hacer.

"Entonces, si descubrimos el nombre de alguien que rompió una ventana, por ejemplo", preguntó Robin, "¿no lo hacemos público?"

Sí, si encontramos pruebas sólidas que vinculen a alguien con un evento o problema, nuestra labor es publicarlas en la “Vyne” para que todos las vean. Invariablemente, el comité vecinal decide actuar sobre estos informes si el "delito" se considera lo suficientemente grave como para requerir una respuesta social. Muchas veces basta con publicar la información. El perpetrador se siente avergonzado, no puede refutar las pruebas y se le disuade de repetir un comportamiento similar.

“¿Qué pasa cuando se trata de algo peligroso o destructivo, como este incendio?”, preguntó Eric.

Pops tomó la palabra. «Aun así, nuestra misión es exponer y explicar. Si logramos identificar al culpable, quienes viven con él sin duda se sentirán responsables de celebrar una audiencia para que su vecino o amigo pueda limpiar su nombre. Con frecuencia, la persona identificada por nuestra investigación insiste en una audiencia pública para refutar nuestro trabajo».

"¿Y luego?"

En la audiencia, tiene derecho a un jurado y a confrontar a los testigos y las pruebas en público. Puede contar con un abogado si lo desea. Y puede testificar o no, según prefiera.

"¿Qué pasa si un jurado declara culpable a alguien, por ejemplo, de incendio provocado, ya que eso es de lo que se trata hoy en día?", preguntó Robin.

Stella dejó el lápiz y cogió un puñado de cacahuetes del bol del centro de la mesa. Se metió uno en la boca y continuó explicando: «La verdad es que no ha pasado muy a menudo. No tenemos muchos casos de este tipo. Es mucho más común la violencia entre parejas de hecho o compañeros de piso. Pero en un caso como este, suponiendo que sea un incendio provocado, si encontramos a una o varias personas responsables y un jurado las declara culpables, el remedio se negociará entre el jurado y la parte culpable. Lo mismo que hacemos con los delincuentes violentos. Normalmente se ofrecen varias opciones para irse. Es raro que a alguien que haya pasado por todo el proceso y sea declarado culpable se le permita quedarse. A veces se van para siempre, pero normalmente son entre seis meses y varios años».

¿A dónde van?, preguntó Eric.

Depende. Hay muchos lugares rurales que los acogen. Hay lugares aislados con miradores contra incendios, ganadería

ovina, agricultura de todo tipo, gestión de la naturaleza. Hay gente que simplemente emprende largos viajes alrededor del mundo...

“¿No vuelven a meterse en los mismos problemas una y otra vez?”

Eso prácticamente no sucede. Si se les saca del contexto en el que se comportaron mal, y tras una prolongada confrontación con testigos y pruebas, pocas personas se mantienen desafiantes y en negación sobre sus propias acciones. A veces permanecen amargadas, sintiendo que las circunstancias las obligaron de alguna manera. Pero cuando presentan su caso ante un jurado, si las circunstancias son realmente una parte legítima de la explicación, la solución se ajusta invariablemente para reflejarlo. Eso ayuda a reducir la sensación de ser tratado injustamente.

—Eh, si ya terminamos con esta lección de educación cívica, tengo un anuncio que hacer —dijo Robin sonrojándose.

Kathy miró a su alrededor, con las manos extendidas en señal de pregunta y las cejas levantadas, y al ver que nadie tenía más preguntas, asintió a Robin.

“¡Me voy a casar!”

Sonriendo y riendo, todos felicitaron y lanzaron diversos comentarios sarcásticos. "¿Tuviste que consumir drogas?",

rió Stella. "¿Quién es la víctima?", ululó Pops. "¿Atada en casa?", bromeó Mooney. Los trabajadores a perpetuidad respondieron al unísono, llenos de alegría burlona.

—Me gustaría que todos vinieran a la boda —continuó Robin, ignorando alegremente el sarcasmo. Empezó a repartir invitaciones hechas a mano con elegante caligrafía. El padre de mi amor es calígrafo...

“Oye, ¿por casualidad trabaja en Worth While Books?” preguntó Eric, recordando el hermoso trabajo de impresión y caligrafía que había visto allí.

"¿Cómo lo supiste?" preguntó Robin, sorprendida de que un hombre que sólo llevaba un mes en la ciudad pudiera conocer un lugar tan desconocido.

Eric sonrió, orgulloso de su afortunado encuentro: “Lo encontré cuando llegué aquí por primera vez, simplemente estaba deambulando un día”.

"Entonces, ¿quién es el afortunado?", preguntó Kathy, con la voz cada vez más apagada.

—Vale —dijo Robin radiante—. Es el amor de mi vida. Y es ella, se llama Trish, Trish Wadsworth.

Kathy, sintiendo una oleada de solidaridad fraternal, fue a abrazarla fuerte. "¿Y dónde es esa fiesta?"

Está cerca de un pueblito en Sonoma llamado Valley Ford. La familia de Trish tiene una antigua granja allí. Un ferry sale de North Beach esa mañana. Os dejará en Old Petaluma, la ciudad amurallada.

—¡Rocío! Siempre quise ver Petaluma —dijo Anita emocionada.

Después de un traslado a la costa, los llevarán a la granja en una carreta tirada por caballos. Son unos 25 kilómetros. Viajarán unas tres horas y media juntos, así que esperamos que pasen la noche aquí, ¿de acuerdo? Robin explicó los detalles con euforia. Todos los pensamientos sobre el incendio de San Bruno o las otras investigaciones que tenían ante ellos se habían evaporado en el placer colectivo de los planes de Robin.

De regreso a sus escritorios unos minutos después, admirando las invitaciones por última vez antes de guardarlas, Eric se volvió hacia Leigh, una de las aprendices. "¿Sabes qué les pasa a los acaparadores?"

Ella se rió: “¡Claro!... ¡Nada!”

¿Qué? No lo entiendo. Creía que esto era una de las cosas que investigábamos.

—Sí. Pero no es un gran problema, ¿verdad? Y quienes lo hacen no representan una amenaza para nadie. He trabajado en casos de acaparamiento.

“¿Y qué pasa después de exponer y explicar?”

Es triste, de verdad. Normalmente, los acumuladores se sienten humillados. O sea, ¿qué dice de ti si acumulas cosas? Puedes conseguir lo que quieras cuando quieras —sacudió la cabeza, perpleja—. Lo que he notado, sin embargo, es que la vergüenza no dura, y al poco tiempo vuelven a coleccionar cosas.

“¿Los envían lejos?”

¡Ay, no! ¡Caramba, qué duro sería! No, a menudo los vecinos se exasperan al ver a un acaparador arrastrando tantas cosas. Pero a todos les da vergüenza confrontarlo. Prácticamente todos los acaparadores que he visto son solitarios y tranquilos. Ante vecinos entrometidos, se retiran. Normalmente, se les pide a los acaparadores que redistribuyan sus excedentes. Si se niegan a permitir una reasignación comunitaria, se convoca un jurado. Suponiendo que la acusación se mantenga, el acaparador elige una selección de cosas que quiere conservar (muchísimas más cosas de las que jamás querría en mi casa, te lo aseguro). Luego, el resto vuelve a los almacenes de segunda mano. Pero como digo, no suele tardar mucho en volver a las andadas.

"¿Por qué molestarse?" preguntó Eric.

Supongo que es un proceso gradual. Leí algunos estudios sobre el acaparamiento compulsivo y el consenso es que es cada vez menos común. Un estudio sugirió que la vergüenza pública era un medio importante para disuadirlo. Por otro lado, algunos acumuladores solitarios solo llaman la atención si los pillan. —Volvió a negar con la cabeza—. No creo que valga la pena dedicarle tanto esfuerzo, pero ¿qué sé yo?

"Tengo que informarme sobre incendios provocados, ya que me acaban de asignar ese caso", Eric cambió de tema.

"Es bastante raro, pero puedes encontrar algunos estudios psicológicos sobre pirómanos en nuestra biblioteca al final del pasillo", recomendó Leigh. "Hasta ahora, no sabemos si esto es un incendio provocado o no, aunque todos creen que probablemente lo sea".

¿No le crees a Andy? Parecía bastante convencido de que el tipo al que observó lo había empezado.

"Andy estaba en un ferry a oscuras. Es libre de creer lo que quiera, pero no tiene ninguna prueba real, ¡eso sí lo sé!", dijo, mientras sus rizos negros se movían con fuerza.

Eric levantó las manos, evitando entrar en una discusión sobre la veracidad de Andy o la naturaleza de las pruebas. Recorrió el pasillo, asimilando con alegría la reunión. Leigh le recordó de repente el rigor necesario para afirmar algo como

prueba, y pensó: «*Sabía que me iba a gustar este trabajo».* Entró en la biblioteca mohosa, con las paredes repletas de libros antiguos sobre jurisprudencia, normas jurídicas, técnicas de investigación y el conocimiento acumulado de varias generaciones de investigadores públicos.

Capítulo XXVI

Al entrar en la habitación del cuarto piso, abrió las cortinas de golpe, sorprendida de que el ayudante de cocina no lo hubiera hecho. "¿Cómo te sientes hoy?... ¿Nwin?", preguntó mientras examinaba su historial. "Es importante que te levantes de la cama y te pongas en marcha cuanto antes". "Soy la Dra. Sung, pero llámame Angie".

Nwin yacía en la cama, sorprendido de despertar de un sueño en el que descendía volando por una ladera soleada en una bicicleta que nunca había visto. "Eh, eh", intentó ponerse de lado e hizo una mueca al sentir un dolor intenso en la parte baja de la espalda. "No muy bien", jadeó.

"Te has dañado los discos de aquí", le decía, mostrando una foto a color de la parte inferior de la columna. "Esta es L4 y esta es la L3. ¿Ves cómo se está expandiendo el disco?".

La foto a todo color era difícil de ver: rosas y rojos brillantes con protuberancias grisáceas.

Tenía la vista borrosa. "¿Qué significa, doctora? ¿Estoy lisiado?", preguntó con verdadera ansiedad.

Ella lo miró para consolarlo y le puso una mano en el hombro. "¡Claro que no! Te recuperarás, pero llevará tiempo y paciencia. También requerirá esfuerzo. Una vez que baje la inflamación y puedas ponerte de pie, tendrás que empezar la fisioterapia".

La puerta se abrió y entró la madre de Nwin. Corrió a su lado, le tomó la mano y le puso la otra en la frente. "Nwin, cariño, ¿cómo estás? ¿Te sientes mejor?". Luego se volvió hacia la médica. "Soy su madre, Jennifer Robertson. ¿Cuánto tiempo crees que tendrá que permanecer en el hospital?".

Puedes llevártelo a casa en cuanto se recupere. Le estamos dando medicamentos para aliviar el dolor y reducir la hinchazón. Podría estar listo para irse después del mediodía o mañana a más tardar.

¿En serio? ¡Genial! Nwin, ven a casa conmigo, ¿vale? Voy a organizar el transporte.

Miró a su madre sin expresión alguna. Ella lo miró demacrada, con su habitual optimismo atenuado, todo su cuerpo encorvado. Recordó que su padre había muerto. Que se había despertado en el hospital hacía dos días con su

madre llorando sobre él. Que se había desmayado en la Pirámide al llegar a casa esa mañana. ¿Alguien lo sabía? No lo parecía. Había dormido mucho desde entonces. Los médicos le habían tomado fotos de la espalda, y ahora esta mujer le decía que iba a estar bien.

“Doctora, ¿cuándo puedo empezar la fisioterapia?”

La médica lo miró, alentada por el deseo de afrontar su condición. "Si puede llegar a casa hoy, podemos programar una cita para más adelante esta semana".

Aquí tienes algunas cosas que puedes empezar de inmediato. Le mostró algunos ejercicios, simplemente levantando ligeramente la pierna y el brazo en lados opuestos mientras estaba boca abajo. "Pero no lo hagas si te duele. Es mejor que te quedes en cama unos días hasta que se calme".

¿Cuánto tiempo tardaré en mejorar?

Eres muy joven, así que tu cuerpo te ayudará mucho. Si tienes cuidado y haces fisioterapia a diario, podrás retomar casi toda tu vida normal en unas semanas. No te sentirás muy bien durante al menos 3 o 4 meses, pero podrás aguantar el día. ¿A qué te dedicas?

Le explicó lo del Cuenco de Arroz y ella inmediatamente prohibió que se agachara más en los arrozales. "Pero con los

rosales, siempre que no tengas que agacharte repetidamente, no debería haber problema".

* * *

Dos semanas después, Nwin y su madre caminaron hacia el puente de Harrison Street.

Arroyo Precita. Unos chicos pescaban al otro lado, observando con curiosidad a la pareja elegantemente vestida. El joven negro y alto caminaba con cautela, como si fuera mucho mayor, del brazo de una mujer asiática mucho más baja. Llevaba un vestido azul oscuro largo con elaborados bordados, botas negras de gamuza y un chal negro sobre la cabeza y los hombros.

Jennifer resopló mientras sacaba un pequeño recipiente de debajo de su chal y se lo entregaba a su hijo. "Nwin, toma", y empezó a llorar con más fuerza. "No puedo hacerlo".

Nwin tomó la urna y se enfrentó al arroyo. Se sentía vacío. Intentó pensar en algo que decir, algo que consolara a su madre. Pero no se le ocurrió nada. La inexpresividad dio paso a la amargura y al resentimiento. Su madre intentó contener el llanto.

Finalmente, Nwin inclinó la urna y las cenizas de su padre se arremolinaron en el arroyo, desapareciendo en cuanto tocaron el agua. Un sonido gutural siguió a las cenizas, pero ninguna palabra emergió de sus torturados recuerdos.

Rodeó los hombros de su madre con el brazo, apretándola, con los ojos secos como huesos, sin sentir ni pena ni alivio.

Murmuró algo en vietnamita que él no pudo entender. Sus sollozos se calmaron, y pronto incluso los sollozos desaparecieron. Se sonó la nariz una vez y se metió el pañuelo negro en la manga. Mirándolo, con los ojos enrojecidos aún llenos de lágrimas, preguntó: "¿Listo?", a lo que él asintió. Bajaron lentamente por el puente y regresaron al carro solar que usaban durante su convalecencia, y condujeron hasta la cima de Bernal Heights.

* * *

Desde la puerta de la cocina, el jardín no se veía tan mal. Pero el mes de descuido desde la muerte de su padre se notaba en las matas de maleza que se apiñaban entre los frijoles, los tomates marchitos y los escombros acumulados en los senderos. Pensó en trabajar en él, pero el recuerdo de su padre de rodillas allí afuera se lo impidió. Además, el médico le dijo que debía evitar trabajar cerca del suelo. Fue al Cuenco de Arroz un par de veces, pero ir y volver era mucho más difícil que trabajar con las rosas, así que había anunciado una excedencia. Ahora se preguntaba si alguna vez volvería.

—¡Oye, Nwin! —gritó su madre al entrar por la puerta—. ¡Mira quién está aquí! Se giró para ver a su prima Sonia y,

detrás de ella, jadeando ruidosamente, a su tía, que caminaba con dificultad.

¡Nwin! ¿Cómo estás? —llamó Sonia, acercándose y abrazándolo. Él sonrió, sorprendido de verlas. Hacía más de un año que no veía a Sonia, desde la reunión familiar en el Presidium la primavera anterior. Había crecido mucho, casi tan alta como él, y sin duda, ahora era más mujer que niña. De pie, incómoda, cerca de la pared, sus grandes ojos negros brillaban con calidez mientras jugaba con sus largas trenzas.

—¡Ayúdame, Sonia! —gritó la tía, a tientas, hasta el sofá. Sonia y Nwin se acercaron a ella y, sujetándola de la mano, la ayudaron a hundirse en el sofá, que cedió con facilidad, apenas suspendido sobre el suelo. —¡No recuerdo lo alto que está! —resopló.

"¿Vienes en carreta?", le preguntó Nwin a Sonia, y ella asintió. "Tomamos prestada la del taller de Jimmy".

"¿Qué puedo ofrecerte?" preguntó Jennifer con entusiasmo.

—¿Limonada? —sugirió Sonia. —Cerveza —gruñó la tía.

Jennifer se dirigió alegremente a la cocina. Las visitas eran escasas, y la familia aún más. Ella y Nwin habían adoptado una rutina que ninguno percibía, pues era prácticamente idéntica a la que había vivido con su padre durante los últimos 12 años. Ahora, con la llegada sorpresa de la tía y su

sobrina Sonia, Jennifer se afanaba en la cocina, preparando una bandeja de pequeños sándwiches, pasteles y fruta.

Nwin se sentó con los visitantes, explicando sobre su espalda, su descanso del Cuenco de Arroz y su fisioterapia. La tía sacó un cigarro y lo encendió, tomándose una libertad terriblemente grosera. Dio una calada, escuchando en silencio la historia de Nwin, mientras observaba la cómoda casa. Jennifer entró con las bebidas, repelida por el intenso olor a cigarro. Pero no dijo nada, solo tomó un plato pequeño para que la tía lo usara como cenicero.

La tía intentó asomarse entre la nube de humo para coger su vaso de cerveza, pero no pudo con su propio peso. "Toma, tía, te lo traigo", dijo Nwin amablemente. Tenía la espalda rígida, pero ya no le dolía tanto. Tras entregarle el vaso a la tía, se enderezó. Apoyándose las manos en la parte baja de la espalda, se inclinó hacia atrás todo lo que pudo, que no era mucho.

“¿Eso ayuda?” preguntó Sonia.

—Normalmente. —Tomó un plato, puso unos sándwiches y se los dio a la tía. Luego se preparó otro y se sentó. Ella apagó el cigarro, apagándolo con cuidado en el cenicero provisional. Le dio un mordisco y se volvió hacia Nwin, hablándole con la boca llena—: ¿Sabes?... las rosas de la calle H'rrson... —terminó de masticar—. Podrías venir a ayudarme con las rosas, Nwin.

A Jennifer le pareció una gran idea. "Sí, Nwin, ¿por qué no lo haces? Eres muy bueno con ellas". Lo había visto hundirse en un patrón de inactividad que empezaba a preocuparla. Recordó a su padre, la fisioterapia larga y lenta, la depresión, la derrota. Nwin no estaba tan dolido como Jeffrey. No podía dejar que se rindiera como su padre. Volver a las rosas con la tía lo ayudaría a salir. Vivían cerca, y él y la tía siempre habían tenido un vínculo especial.

—Lo pensaré —dijo Nwin con la boca llena.

Sonia lo miró con un destello de picardía. "Oye, Nwin, conozco a alguien que conoces...". La miró inexpresivo, esperando el chiste. "Valentina Rogers, me pidió que te saludara".

"¿Cómo la conoces?" preguntó, su corazón latía más rápido, felizmente sorprendido de escuchar esto.

La conozco de un coro en el que participamos hace unos años. Luego me la encontré hace dos semanas en esa heladería del Wiggle. Estábamos hablando y, de alguna manera, nos dimos cuenta de que ambas te conocíamos. ¡Ah, sí! Su amiga le preguntó si había hablado contigo últimamente mientras yo estaba allí, y entonces lo supimos.

“¿Cómo está?” preguntó, intentando contener su emoción.

“Está bien, supongo…”

"¿Te gusta?" preguntó la tía, sin saber quién era esa chica.

Nwin agachó la cabeza tímidamente y asintió con renuencia. Jennifer observaba con gran interés, sin recordar a ninguna chica desde el primer enamoramiento de Nwin dos años antes, pero Mimi no había durado más de un par de semanas.

Nwin le preguntó a Sonia: “¿La volverás a ver pronto?”

Ella negó con la cabeza: "No, no lo espero. ¿Por qué?"

"Oh, pensé que te enviaría un mensaje si estabas allí".

¿Por qué no la contactas por “Vyne”? Seguro que le gustaría saber de ti.

Él asintió, volviendo a los sándwiches, absorto en sus fantasías sobre Valentina. Los demás charlaban chismes familiares; Jennifer finalmente recogió la bandeja y la comida sobrante. La tía volvió a fumar su puro y se sentó contenta con su segunda cerveza.

“Jimmy dijo que deberías venir a verlo”, le dijo Sonia a Nwin.

—Dile que sí. —Miró a la tía, sintiendo una repentina ligereza—. Tía, ¿qué tal si nos vemos pasado mañana? ¿Podemos plantar unas rosas juntos? —Sonrió ampliamente a través del humo de su cigarro, asintiendo—. Ven cuando

quieras, cariño. ¡Si no estoy en casa, puedes encontrarme entre los arbustos! —Se rió ante las connotaciones sugestivas de su comentario inconsciente, y todos se unieron a ella.

* * *

Después de que la tía y la prima Sonia se fueran, su madre se puso a trabajar en la cocina. Nwin fue a la “Enredadera” y llamó: «Mensaje para Valentina Rogers, Pierce Palace, San Francisco. ¡Hola Valentina!». Unas palabras describiendo su lesión, y luego: «¿Qué hay del paseo en bote que íbamos a dar? Llevo un mes sin subirme a mi bote. Avísame...».

Sonrió, sintiendo que debía parecer falso, mirando fijamente la “Enredadera” como un idiota. Pero mejor sonreír que no sonreír, lo sabía.

“¿Y quién es Valentina?”, preguntó su madre, tras haberlo oído enviar el mensaje.

—Oh, sólo una amiga —dudó.

“Parece más que una simple amiga”, insistió.

Miró a su madre y supo que tenía buenas intenciones. «Me alegraría que lo fuera, pero aún no lo es», admitió.

"Espero que te vaya bien, cariño", dijo con dulzura, y se acercó a él y le dio un beso en la cabeza. Ninguno de los dos

se dio cuenta de que era exactamente el mismo gesto de cariño que solía hacerle a su padre.

Capítulo XXVII

"¡Vamos!" Emmy estaba de pie en la puerta, con los brazos cruzados, mirando fijamente a Eric mientras él se levantaba lentamente de la mesa donde estaba tratando de terminar de leer el capítulo que describía la psicología pirómana.

“Ya voy…” dijo distraídamente, todavía de pie con el libro abierto en la mano, sin entender que ella quería marcharse AHORA.

Emmy dio un golpe en el suelo con el pie, se acercó y le arrebató el libro de las manos, cerrándolo de golpe y arrojándolo contra el escritorio. "¡Dios mío! ¡Eric! ¿¡Qué estás haciendo?! ¡Vamos!" "¡Vale, vale, lo siento!" agarró el libro y lo metió en su mochila. Llegaron al Panhandle brillantemente iluminado por el sol del atardecer. Eric se sintió humillado y frustrado, sentado en la parte trasera del tándem reclinado, adaptado a la gran altura de Emmy. Su torso desgarbado ocultaba unas rodillas grandes y nudosas

que bombeaban al frente, mientras Eric pedaleaba al unísono, dejando que su visión se desviara de un lado a otro mientras ella conducía. El lugar estaba lleno de pequeños grupos de excursionistas, jugadores, hombres y mujeres mayores en bancos, discos volando por los aires, una improvisación folk bajo un gran ciprés. La luz naranja le daba a todo un brillo saludable.

Miró la nuca de Emmy, increíblemente larga. ¡*Qué gruñona está! ¿Qué demonios hice? ¡Solo estaba leyendo!* Se hundió en un estado de ánimo de victimización. Le confundía su irritación cuando antes había sido tolerante y tranquila.

"¿Puedes oírlo?" gritó Emmy por encima del hombro.

"¿Qué?"

"¡Escucha!"

Las melodías folklóricas desaparecieron tras ellos mientras él se sintonizaba con un profundo latido rítmico.

“¿Los tambores?”

¡Sí! ¡Vamos!

"Tú conduces", dijo.

Giró a la izquierda al entrar en el Golden Gate Park desde Panhandle, atravesando un laberinto de vías magnéticas de

tranvía. Atravesando una densa arboleda de arbustos bajos, llegaron a un túnel, una reliquia desmoronada de siglos pasados. Las estalactitas falsas colgaban de parches de malla de alambre rota a la luz ámbar de la tarde. El polvo se arremolinaba en rayos de sol, dando la impresión de entrar en una densa niebla de material suspendido. Salieron por el otro lado para encarar el cálido orbe naranja. Cegada momentáneamente, Emmy redujo la velocidad y giró a la derecha, evitando a los ruidosos ciclistas que corrían distraídamente con el sol a sus espaldas. El tamborileo era mucho más fuerte ahora. Reanudando la velocidad, cruzaron el prado y, a la vista de todos, una masa de gente giraba alrededor de los tambores retumbantes.

Se apearon cerca de un pequeño campo de bicicletas. Dos chicos, de unos 12 años, se acercaron corriendo. «Oye, ¿podemos dar una vuelta?»

—Claro, pero no tardes, porque vamos a la playa, ¿vale? — le advirtió Emmy.

"Nos quedaremos cerca", dijo el chico alto y delgado con aspecto chino. Su amigo agarró la bici e intentó sentarse delante, pero sus pies no alcanzaban los pedales, preparados para el cuerpo de dos metros de Emmy. El alto le dio un puñetazo juguetón en el hombro: "¡Quítate de mi camino, enano! Tú vas atrás". Se rieron mientras se alejaban tambaleándose.

Emmy se giró hacia el círculo de tambores, menos circular de lo que parecía desde la distancia. Miró a Eric con curiosidad, intentando captar su interés. Él ya estaba zapateando y balanceándose al ritmo contagioso, así que sonrió y empezó a dar vueltas en medio de la vibrante escena.

Eric se quedó de pie en el borde exterior, no listo para perderse en el baile público, pero embelesado por el ruido palpitante, su columna vertebral vibrando con simpatía. Observó a Emmy junto con los ojos de docenas de extraños. Llevaba un dashiki naranja, rojo y amarillo brillante envuelto alrededor de su torso columnar. El turbante a juego envuelto alrededor de su cabeza añadía unos centímetros adicionales a su altura, por lo que se alzaba sobre el resto de los bailarines y tamborileros. Su negrura devoraba la luz naranja del sol en contraste con su vestimenta, que casi parecía en llamas en comparación. Sus ojos luminosos y sus brillantes dientes blancos atrajeron carismáticamente a una docena de personas más al círculo de baile, pero Eric se contuvo, demasiado cohibido. Como el resto, estaba paralizado por la inspiradora derviche giratoria que tentativamente consideraba su novia.

Diferentes bateristas estaban tomando la delantera, a veces compitiendo en divertidísimas confrontaciones frontales, un frenesí de ritmos intrincados superado por el siguiente y luego de vuelta otra vez. Muchos de los mejores bateristas parecían ser del Caribe, Brasil o África, aunque era

difícil estar seguro de dónde era alguien más. Mientras miraba a su alrededor, Eric se sorprendió al ver a tres ancianas chinas golpeando su propia batería de djembés[22], un anciano filipino canoso golpeando una pieza de metal desechada de maquinaria desconocida, unas cuantas jóvenes hippies blancas marcando un ritmo meteórico, y a un lado, una sección de percusión latina de cajas, timbales, campanas, maracas y todo tipo de sonidos adicionales. Estaba sonriendo como un tonto, contagiándose del espíritu de los sonrientes bateristas, bañado en el denso placer de una casa de sonido con tantas habitaciones que nunca podía terminar de explorarlas.

De vuelta en el centro de la multitud circular, Emmy había atraído a un grupo de fieles, que ahora bailaban a su alrededor, bañados en sudor, intentando mover sus cuerpos al ritmo increíblemente rápido que alcanzaba su crescendo. De repente, en lo que siempre parece magia para quienes no están en sintonía con las señales ocultas, la mayoría de los bateristas se detuvieron, dejando a dos maestros para tejer un dúo de síncopa sombría. Los bailarines se perdieron en el aire como personajes de dibujos animados que hubieran caminado por un acantilado. Algunos de ellos jugaron con el predicamento, girando hacia abajo en transiciones inteligentes al ritmo recién ralentizado, mientras que otros simplemente levantaron las manos en resignación, habiendo

22 El Djembé (o yembé) es un instrumento de percusión africano, muy popular en países como Senegal, Costa de Marfil, Guinea, Malí o Burkina.

ofrecido sus almas interiores al ritmo y ahora se quedaron altos y secos por la imposibilidad de fusionarse realmente con el ruido. Sonrisas y risas, abrazos y besos. La gente retrocedió para sentarse, otros se prepararon para el siguiente aumento.

Emmy se acercó a Eric, entre las palmadas, los besos y los abrazos de sus nuevos discípulos, riendo a través del sudor que le corría por la cara. Agarró la camisa de Eric antes de que pudiera decir una palabra y hundió la cara en ella, convirtiéndola en una toalla improvisada.

¡Oye! ¡Oye! —Intentó apartarse con desgana, pero ella lo silenció con un beso enorme y sudoroso, acercándolo con sus largos brazos a su cuerpo humeante. Sus sentidos se llenaron del puro magnetismo animal de la fisicalidad de Emmy. Se fundieron en un abrazo profundo, disipando la irritabilidad de la hora anterior, y finalmente se giraron para encarar la puesta de sol entre los árboles antes de que desapareciera por completo tras la colina. El tamborileo había vuelto a surgir mientras se besaban, notó ahora, al darse cuenta de que su corazón y su respiración se habían alineado con el ritmo constante hasta el punto de que ya no parecía exterior.

Caminaron del brazo, entre las miradas amistosas pero envidiosas de muchos hombres y mujeres, hacia el aparcamiento de bicicletas. Al no ver su bicicleta reclinada, Emmy subió por Hippie Hill y se quedó con las manos en las

caderas, mirando a su alrededor como un cazador en busca de una presa. "¿Dónde están esos malditos niños?"

“¡Sabía que no debíamos dejar que se lo llevaran!”, dijo, por lo que ella le lanzó una mirada penetrante.

“¡Eso ayuda!”

Se encogió de hombros, mirando al suelo mientras el autodesprecio crecía automáticamente en su interior, dándose patadas por romper el momento con otro comentario estúpido.

"¡Aquí vienen!" anunció, señalando el camino que emergía de los arbustos distantes. Efectivamente, los dos chicos pedaleaban furiosamente mientras anochecía, y al acercarse, el más grande que iba delante gritó "¡No podemos parar!" riendo histéricamente. Emmy los miró acercarse a la colina con desaprobación maternal, esperando a que terminara su pequeña broma. Se salieron del camino y subieron la colina, dispersando a varias personas de sus cómodas posiciones. El impulso finalmente se rompió y parecía que no habían estado bromeando... no sabían cómo detenerse. Cuando el vehículo tándem se detuvo, cayeron de lado, tratando de agarrarse, pero en su lugar terminaron en un montón enredado a mitad de la colina. No les pasó nada a los chicos ni a la bicicleta, todos se rieron.

Emmy y Eric volvieron a montar y se deslizaron hacia el sendero, decididos a disfrutar de la agradable tarde en la fogata y barbacoa de sus amigos en la playa. Con vino y pan fresco del horno solar de Page Mews en la cesta trasera, se dirigieron hacia el cielo púrpura y magenta que se desvanecía, atravesando la oscuridad cada vez más densa del Parque Golden Gate.

Tras Hippie Hill, pedalearon hacia Kennedy Drive, una vía ancha y relativamente recta junto a la vía del tranvía. El equipo del Arboreto había ajardinado toda la zona, y cada zona contaba con su propia flora distintiva, procedente de una parte diferente del mundo, adaptada de alguna manera al parque, a menudo frío y brumoso. El antiguo Conservatorio de Flores relucía con luminiscencia; sus delicados marcos de madera y sus viejas ventanas aún conservaban el aire tropical en su interior, donde algunas plantas habían prosperado durante más de doscientos años.

Un fuerte zumbido y chasquidos se acercaban por detrás. "¿Qué pasa?", dijo William Grayson, sonriendo en la penumbra. No estaba solo. Una mujer desconocida, Gerald y Angie pedaleaban junto a él. "Esta es mi amiga Frieda", señaló a la rubia robusta de pelo rizado, quien sonrió y saludó con la mano.

—Gerald, ¿qué estás...? ¿Angie te arrastró hasta aquí? —bromeó Eric con buen humor. Había llegado a saber que Gerald era bastante perezoso y no muy de tomar la iniciativa.

Angie interrumpió: “Le dije que necesitaba aire fresco para su sinusitis”, y me guiñó un ojo ampliamente.

“¡Mi doctora!” cantó Gerald con fingida admiración, seguido de una inhalación ruidosa y un gran escupitajo.

"¡Qué asco!", le dio Angie una palmada en la espalda. "¡No tienes que hacer eso! No sirve de nada, ¡y es asqueroso!"

“¿Van a ir a la hoguera?”, preguntó William.

“Sí, solo me desvié un poco hacia la batería, pero ahora nos dirigimos hacia allí”, dijo Emmy.

Todos siguieron un ritmo constante, recorriendo los oscuros kilómetros hasta la playa. La temperatura bajó notablemente en cuanto se puso el sol. William y Frieda los deleitaron con historias de la lucha contra el incendio de la montaña de San Bruno. Eric se esforzó por escuchar los detalles, buscando pistas que pudieran ayudar en su investigación.

“Aparentemente comenzó en el techo de un almacén cerca del agua y luego saltó al follaje en el acantilado cercano”, explicó William.

—¡¿Saltó?! ¿Cómo lo hace? —preguntó Gerald.

Frieda explicó: «No estoy segura. Alguien dijo que pudo haber sido un trozo de grava en llamas que el viento atrapó

y arrastró diez metros hasta que impactó contra los arbustos secos. Seguro que lo parecía, porque el acantilado estaba negro cuando llegamos y el fuego ya se dirigía a toda velocidad hacia la montaña. Enviaron a mi equipo a mantener el cortafuegos en la ladera sureste. Casi lo perdimos». Se detuvo para recuperar el aliento mientras todos seguían pedaleando.

“¿Alguien resultó herido?” preguntó Angie.

“Nada grave”, respondió William, “¡por suerte! Se quemaron tres casas, pero todos estaban fuera antes de que eso sucediera. Creo que hubo algunas lesiones leves entre los bomberos, cortes y contusiones. Un hombre con máscara de oxígeno estaba acostado en una camilla, pero me dijeron que simplemente había fumado demasiado. Parecía estar bien más tarde, cuando lo vi caminando.

“¿Escuchaste cómo empezó?” preguntó Eric.

“Todo el mundo decía que alguien lo había colocado en el techo de ese almacén, pero no sé cómo lo sabían”.

Los ciclistas guardaron silencio y pronto se dispersaron, lo que dificultó la conversación. Emmy le preguntó a Eric por encima del hombro: "¿No vas a salir a echar un vistazo?".

Creo que Kathy y Robin ya fueron al lugar el día después del incendio. Mañana revisaremos las pruebas. Me han encargado que investigue sobre pirómanos —hizo una

pausa, recordando la discusión sobre el libro antes de ponerse en marcha—. Supongo que debe haber motivos para sospechar que el incendio fue intencionado.

Emmy se agachó al ver que aceleraban de repente. "¡Vamos, hombre, es la última cuesta hacia el océano!". Salieron de los oscuros árboles del parque a un mar infinito de arena. El camino se curvaba hacia las dunas, donde el viejo asfalto empezaba a desaparecer bajo la arena acumulada. Al poco rato se encontraron con sus compañeros, que habían llegado al final del camino momentos antes.

—¡Supongo que es aquí! —dijo Gerald, ya desmontado y con la mochila al hombro. Agarró un pequeño saco de palos y troncos que había traído.

“¡Sabes! ¡Eso no va a durar más de 15 minutos!”, advirtió Angie.

Es mejor no traer nada. Estoy seguro de que Mark y Jeff pensaron en traer suficiente leña antes de invitarnos a todos.

“¡Vamos, chicos, descansen un rato!”, regañó William.

La brillante luz de la luna ya caía sobre el océano. Una ballena emergió, visible contra el horizonte. Todos exclamaron exclamaciones de asombro, bañados por la luz plateada y el lejano romper de las olas. Con todo listo,

caminaron por las dunas hacia la playa, todavía a media hora al oeste. Pequeñas hogueras centelleaban a lo lejos en la orilla, pero su caminata los llevó a una depresión, rodeada de dunas imponentes. La aparente planitud del camino resultó ser completamente ilusoria, ya que se encontraron ascendiendo y descendiendo, luchando contra la arena suelta. Finalmente pudieron distinguir figuras oscuras alrededor de grandes hogueras, mientras la sal y la arena las golpeaban al dejar atrás las dunas.

"¡Oigan, miren quién llegó!", gritó alguien cerca de la fogata al acercarse. Una oleada de emoción recorrió las dos docenas de rostros, felices de que seis más se sumaran a sus filas. Eric solo conocía a la gente con la que había llegado, pero Emmy parecía conocer a todos. Los organizadores, Mark y Jeff, vivían en el Castro, y al menos la mitad de la pandilla eran homosexuales. Emmy había conocido a Mark y Jeff durante una temporada trabajando juntos en una fábrica de neumáticos en el sur de San Francisco, donde Jeff era aprendiz.

El fuego rugía, apilado con leña de una vieja terraza que Mark y Jeff habían demolido recientemente, y también de un árbol caído en el patio trasero de otro hombre, Gustavo. Una carreta tirada por caballos la había traído hasta aquí, prestada de los establos del parque. El caballo, una bestia enorme, pastaba tranquilo en una gran cesta de heno a poca distancia, con el remolque estacionado cerca.

“Nunca habíamos hecho algo así desde *entonces,* ¡y creo que así debe seguir!” Gustavo se estaba poniendo muy acalorado. Pasó una botella de tequila después de beber varios tragos grandes. Tenía un bigote largo y grueso, cejas grises muy pobladas y una larga melena grisácea con raya en medio, sujeta por un pañuelo alrededor de la cabeza.

—¡Gustavo, no sabes nada de esto! —dijo su compañero, un hombre andrógino, de piel tersa y rasgos asiáticos—. La ciencia ha estado embotellada durante décadas por la Muerte. Tenemos que avanzar.

“Francis, ¡solo estás repitiendo lo que dice la comunidad científica, y lo sabes!”, argumentó un viejo filipino de cara redonda, con los ojos brillando a través de sus arrugas. Negó con la cabeza mientras tomaba el tequila, mientras las personas cercanas a él esperaban respetuosamente. Después de un gran trago, continuó: “La Mortandad ocurrió porque la ciencia no estaba controlada por la sociedad. Si tienes un buen argumento sobre un experimento específico, te sugiero que te ciñas a eso. Porque la ciencia no puede justificarse a sí misma. Tienes que explicar qué quieres hacer, por qué, quién se beneficia. ¿Qué le hará a nuestra vida diaria y a la ecología local? Sin evaluación social, la ciencia se convierte fácilmente en un monstruo”, se limpió la boca y gruñó, “¡o al menos conduce a la creación de monstruos!”

Se oyeron murmullos de asentimiento, con algunas excepciones notables. Francis, frunciendo el ceño, intentó organizar su respuesta, pero antes de que pudiera reaccionar, un fuerte chirrido se escuchó fuera del círculo de fuego. William había sacado una caja en llamas del fuego y, tras atarle una larga cadena, empezó a girarla en el aire, lanzando chispas por todas partes. Varias personas entraban y salían bailando del perímetro de su peligroso juego, agachándose atrevidamente bajo el fuego en un extraño limbo improvisado.

La noche avanzaba, las conversaciones y los debates fluían y refluían. Eric y Emmy se acurrucaron abrazados frente al fuego, hipnotizados por el resplandor, absortos en sus pensamientos y en la calidez de sus caricias. La embriaguez del tequila acabó por reducir la intensidad del debate, dejando las acaloradas discusiones sociales tan sin resolver como al principio de la noche.

“¿Nos vamos?” susurró Eric, sintiéndose somnoliento y para nada entusiasmado por la larga caminata de regreso a la bicicleta, y luego el largo viaje de regreso a casa.

—A menos que quieras dormir aquí —murmuró Emmy, medio dormida.

“Hace demasiado frío”, dijo, poniéndose más alerta ante la perspectiva de una partida inminente.

"No tengo frío", respondió ella, acurrucándose un poco más entre sus brazos. Él sonrió, disfrutando del placer de acurrucarse. Se inclinó y le susurró al oído: "Te amo", lo que le produjo una descarga eléctrica. Abrió los ojos, despertando de repente. Cuando lo miró, él sonreía lo justo para que su declaración pareciera sospechosa.

"¿En realidad?"

Él asintió y la atrajo hacia sus labios, desapareciendo en un beso largo y prolongado. La mano de ella cubrió su nuca, calentándole el cuero cabelludo frío. "¿Nos vamos?", preguntó de nuevo, y ella asintió dulcemente, deseando ya que la cama caliente la esperara en casa.

Capítulo XXVIII

Alentina se bajó del tranvía en la esquina entre Mission y la calle 22. La Misión no era su territorio, así que tardó un momento en orientarse: Bernal Heights al sur, Twin Peaks al oeste. Un campo de hierba desgastada ocupaba la calle 22 al este, hacia Valencia, donde niños y niñas perseguían un balón de fútbol. Cruzó Mission, saltando sobre las vías del tranvía y sorteando el tráfico de bicicletas.

En la esquina frente a la intersección se encontraba Joyce's Nzyme Station, un bullicioso bar de barrio. Se abrió paso a codazos hasta el mostrador, donde un joven ágil, de pelo castaño largo y ondulado y barba desaliñada, finalmente se volvió hacia ella. "¿Qué va a tomar?"

Un batido de naranja y papaya con limpiador de piel y thikhair [cabello grueso], ¿vale? —Enseguida. —Mostró una

sonrisa encantadora, con dientes blancos perfectos entre su barba y bigote negros, y su pendiente reflejaba la luz mientras se daba la vuelta y se ponía a trabajar.

Entre la multitud, Valentina fue empujada. "¡Disculpe!", dijo irritada, volviéndose hacia una mujer con ropa de trabajo sucia y empujándola para no perder su lugar.

"Oye, no me hagas caso", rió la mujer, con el pelo rubio oscuro asomando por su pañuelo azul, cubriéndole casi los ojos. Miró a Valentina entrecerrando los ojos a través del pelo y el sudor. "¿No estás...?", hizo una pausa, moviendo el dedo.

A Valentina no le gustaba la atención que le prestaba esa mujer maloliente y se sentía muy claustrofóbica.

¡Lo sé! Eres una *Panduccino,* ¿verdad? —La mujer prácticamente gritó la palabra. Valentina hizo una mueca ante la atención indeseada. La miró impasible—. ¿Te conozco?

—Valentina, ¿verdad? No me identificas, ¿eh? Bueno. Supongo que sí me veo un poco diferente —y con eso volvió a soltar su carcajada, sacudiendo su pelo sucio—. Soy Evelyn McCauliffe, viví en el Pierce Palace hasta hace unos siete años, ¿recuerdas?

Valentina no podía ubicar a esta extraña mujer, de estatura media, hombros cuadrados, cabeza pequeña y esa melena en cascada que intentaba controlar sin éxito con el pañuelo.

Evelyn la miró fijamente, esperando un atisbo de reconocimiento. "¡Ponme un AgeBlocker Special!", le gritó al camarero cuando le trajo el batido a Valentina. Girándose hacia Valentina, que estaba bebiendo a sorbos, volvió a insistir: "Eras mucho más bajita entonces. Te encantaban los columpios, y te subías mucho a ese gran roble, ¿recuerdas?"

Valentina asintió, intentando recordar algo sobre esta mujer, pero sin conseguir nada.

¡Lo sé! Aquella vez que te quedaste atrapada en el árbol intentando rescatar a tu gatito, y trepaste casi hasta la cima. ¿Cuántos años tenías? ¿Quizás cuatro? Tuvimos que rescatarte. ¿No me digas que lo has olvidado?

Valentina no lo había olvidado. Se aferró a las ramas con todas sus fuerzas, llorando, furiosa porque bajar era mucho menos obvio que subir. "Ah, sí, vale. Tú fuiste quien trepó y me bajó". Ahora veía a la adolescente de aspecto desamparado de aquel entonces.

“Pensé que me ibas a morder”.

Valentina esbozó una sonrisa amable y dio un sorbo a su bebida. Llegó el AgeBlocker Special de Evelyn y empezó a inhalarlo con una pajita. "¡Guau! ¡Me encanta ese subidón!...

Entonces", se estremeció al ver el efecto del polvo, "¿qué haces por aquí?"

"Me encontré con una amiga en Harrison, en los Rosales". Ella se sonrojó ante la insinuación, que Evelyn aprovechó.

—¡Ay! ¡En los *rosales!* —Y le guiñó un ojo teatralmente, incluso dándole un codazo a Valentina.

Valentina la miró con malicia, reemplazando su vergüenza por timidez, y vació su bebida. "Bueno, me tengo que ir. Me alegro de verte, Evelyn". Ya se había puesto de pie.

“¿Aún en el Palacio?”

“Sí”, gritó por encima del hombro, luego se dio la vuelta y retrocedió, “¿Tú?”

“Estoy en Creekside Commons en la parte alta de Precita Creek”.

De vuelta en Mission, un leve escalofrío escapó de los hombros de Valentina al recordar lo escalofriante que era Evelyn. En cinco minutos, atravesó el oasis verde y sinuoso del Parque Niños Juntos camino a Harrison. El parque dio paso, a la entrada de Harrison, a densos rosales que bordeaban la antigua vía rápida. Evitando el paso de los ciclistas, se deslizó bajo pequeños árboles y entre los arbustos.

Un "Oye" la sobresaltó, como si surgiera de la nada. A su izquierda, vio a Nwin apoyado en una valla tras una hilera de rosas.

"Ven aquí", le indicó con un gesto. Ella llegó a su sitio, donde él estaba en cuclillas ante un ramo de rosas perfectas, con un impresionante diseño de amarillo, naranja y escarlata. Tomó una al levantarse y se la ofreció con un gesto. Al cruzarse sus miradas, salieron disparados hacia abajo. No podían mirarse directamente.

“¿Fue difícil encontrarme aquí?”

—¡No, no, fue fácil! —le aseguró mientras ambos se giraban a medias para mirar a cualquier lado menos el uno al otro. Se puso la rosa en la solapa.

Nwin la miró mientras ella acariciaba una rosa aún en el arbusto. Era alta, con el pelo castaño rojizo y ondulado, y su cintura se ceñía con una túnica de cuero con solapas de terciopelo rojo. Los pantalones rojos de batik le colgaban holgados hasta media pantorrilla por encima de unas botas de cuero marrón, y un pañuelo rojo realzaba sus electrizantes ojos verdes. Miró su propia ropa, sucia después de una tarde en el jardín. "Oye, déjame darme una ducha rápida y cambiarme en casa de mi tía". Señaló más allá de la esquina.

Ella frunció el ceño y no dijo nada. Él corría delante, su larguirucho cuerpo deambulando como una jirafa. Sus enormes pies se agitaban, recordándole a Valentina a un payaso. Su camisa de trabajo azul claro rota estaba manchada de hierba y barro, y sus bolsillos estaban abarrotados de herramientas y materiales. El sudor le corría por el pelo bicolor. Le había crecido unos centímetros desde que se lo decoloró de rubio. Apretó el paso, pero él pronto desapareció entre los árboles. Dobló la esquina a tiempo de verlo desaparecer en el edificio de la Escalera Atlas.

Se acercó al porche y se detuvo ante el intenso olor a cigarro que salía por la puerta. Se apoyó en el poste de la escalera y esperó. Después de solo un minuto, la tía emergió de la penumbra humeante del interior.

"Hmmphf. ¿Eres la chica?"

Valentina se puso de pie derecha ante esta pregunta directa.

“¿Vienes con Nwin?” insistió la tía.

Valentina asintió, “Soy Valentina” dijo extendiendo su mano para darle una palmada que no llegó.

La tía se sintió visiblemente desconcertada por tanta familiaridad. Pero no era su estilo responder directamente. Se encogió de hombros y se sentó en una silla del porche, exhalando ruidosamente al aterrizar.

“Disculpa, ¿cómo te llamabas?” preguntó Valentina.

—Llámame tía. —Dio una gran calada a su cigarro.

—Entonces, ¿eres la tía de Nwin?

—No... su mamá es mi cu... —dijo entre jadeos—, pero todos me llaman tía... ¿Dónde vives, cariño?

“En Palacio Pierce”.

—Oh. —La tía arqueó las cejas, y Valentina se preparó—. ¿Eres una Panduccino?

Valentina asintió en silencio, mirando hacia el callejón frente a la casa.

¡Qué cosa tan genial! ¡Deberías estar orgullosa!

Ella continuó asintiendo, temerosa de tener que decir algo al respecto. Por suerte, Nwin reapareció con una toalla en la cabeza, su pecho musculoso y su torso largo y moreno expuestos a su mirada. Valentina sintió un pequeño temblor en el pecho, una extraña náusea que le invadía el estómago.

“¡Hola de nuevo!” dijo, sonriendo alegremente a través de sus mejillas húmedas, “espero no haberte hecho esperar demasiado”.

—No hay problema. —Dejó ir su enojo anterior, aliviada de ser rescatada de la conversación forzada con la tía.

“Va a ser una puesta de sol increíble”, dijo Nwin. “Tía, vamos a dar un paseo por la bahía. Te veo mañana, o quizá pasado mañana, ¿de acuerdo?”. Le dio un beso en la frente y dijo “vámonos”, antes de que la tía pudiera decir nada.

Nwin tomó la mano de Valentina, agarró una chaqueta y una manta que tenía cerca de la puerta y bajaron las escaleras ruidosamente. Charlaron un rato mientras caminaban a paso ligero por Harrison hacia Los Sauces, donde Nwin había dejado su bote.

"¿Has estado mucho en la bahía?" preguntó Nwin mientras se dirigían al pequeño muelle de The Willows en Mission Creek.

Sí, algo. Pero sobre todo en los transbordadores.

“¡Hay algo húmedo ahí fuera, ya lo verás!”

Valentina observó a Nwin mientras él descendía rígidamente a su esquife.

—Oye, Nwin —empezó mientras tomaba su mano—, ¿qué te parece la fiesta en el jardín? Ella lo miró de reojo, pero él miraba fijamente hacia delante.

—Soy jardinero, como puedes ver —extendió sus manos callosas—. Pero creo que los del Garden Party son un poco raros. ¿Y tú?

¿Raros? "Raro" no significa nada. Al menos para mí.

Frunció los labios, sintiendo un ataque, y se refugió en su estado inescrutable durante un par de largos minutos. Se adentraron en el tráfico fluvial del amplio Mission Creek, dejando atrás las luces de colores que colgaban sobre el muelle de The Willows. Condujo entre varias góndolas, la embarcación preferida en Mission Creek.

“¡Como la góndola!”, exclamó de repente.

"¿Eh?"

"¿Sabías que antes era imposible llevar un bio esquife a Mission Creek?" Ella negó con la cabeza.

Mira, son los gondoleros tradicionales, como los líderes del Garden Party, todos quieren imponer su versión de lo mejor. Creo que hay que dejar espacio para cosas nuevas, para cambios. Los Jardineros dicen que todos deberían tener una relación diaria con la tierra. ¡Pero no todos quieren!

"¡Exactamente!"

A eso me refiero. Son raros porque creen que su camino es el único.

“O al menos la *mejor* manera”.

Él asintió, relajándose. Ese tipo de conversación era bastante raro con cualquiera, y más aún con una chica que le gustaba.

Señaló la berma[23] de tierra junto a los arrozales del Cuenco de Arroz. "No he estado allí últimamente".

¿En serio? ¿Por la espalda?

Sí, el médico dijo que tenía que dejar de trabajar cerca del suelo. En los rosales no tengo que agacharme todo el día. Son solo unas horas al día y es fácil. La tía tiene todo el jardín de rosas Harrison bajo control.

Pasaron junto al campus de la UC, con sus edificios grises y color melocotón apilados como bloques en el agua. Valentina miró hacia una fachada de cristal y se apoyó en el codo. "¿Has estado ahí?", preguntó.

“Sí, claro, ¿no?”

“Lo he revisado una o dos veces, pero no me gustó”.

"¿Por qué no?"

---

23 Una berma es un espacio llano, cornisa, o barrera elevada que separa dos zonas. El origen de la palabra es el término berm del neerlandés. En arqueología una berma es espacio nivelado entre un terraplén y su foso anexo o el estrecho espacio entre un terraplén y su foso y el terraplén externo.

¡Son todos tan engreídos! ¡Y están tan ocupados! ¡Tanta gente tan concentrada en el trabajo!

¿Y? Quizás les guste estar ahí.

—Apuesto a que sí. ¡Pero son científicos! ¿Quién sabe qué clase de ruina traman? —Nwin sonrió mientras conducía el esquife hacia la bahía abierta, con la estación de tren a su izquierda, y palmeras columnares subiendo por Rincon Hill. La Isla del Tesoro se alzaba imponente en la bahía, y los gritos resonaban desde la montaña rusa que giraba alrededor de la isla—. ¿Entonces crees que la ciencia es mala?

—¡Claro que no! —Se cruzó de brazos con un puchero—. ¡Pero no confío en esos labradores, eso seguro!

Pasó por el extremo de Potrero Hill hacia Islais Cove. "Estoy de acuerdo contigo. No veo por qué no dedican más tiempo a reparar el desastre que aún hay aquí".

Ella lo miró un momento antes de desviar la mirada hacia las terrazas en cascada en la esquina del cerro Potrero. Un tobogán de agua conectaba una piscina con otra más baja, y los niños gritaban de alegría al bajar corriendo. Algunas terrazas estaban cubiertas de macetas, otras de cafetos, el resto de verdes jardines. Los sombreros de paja se mecían entre el denso follaje por toda la colina. En la cima, un extenso complejo dominaba el horizonte, bajo un elaborado letrero de “Enredaderas” intrincadamente entrenadas que

formaban las palabras POTHILL PL—ATZ. Un gigantesco vaso de cerveza dorada y brillante se alzaba en medio del letrero; pequeños trozos de papel brillante creaban la ilusión de líquido.

"¿Qué desastre?"

"¿Sabes?", señaló a un lado y a otro, "toda esa basura que sigue en el agua. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la inundación? ¿40 o 50 años? Y todos estos edificios siguen en la bahía".

—Mmm. Nunca lo había pensado... ¿Qué deberíamos hacer?

“Destruirlos”, dijo con énfasis. “No es natural dejar todos estos edificios medio sumergidos. Es malo para los peces y la fauna. ¡Restauren la bahía!”

Valentina había trabajado con los Guardianes de la Bahía cuando era niña. Le habían mostrado cómo las casas parcialmente sumergidas se habían convertido en refugios para calamares y pulpos. Los tejados habían sido ocupados por focas en época de cría, y los restos submarinos se habían convertido en un nuevo hábitat para las especies que regresaban.

—Bueno... en realidad es una mezcla de todo —aventuró con cautela—. Muchas especies han prosperado en esas ruinas.

¡Chíngale![24] ¡Esos edificios deberían ser destruidos! —Su voz tembló con furia defensiva, y Valentina, al oírlo, decidió cambiar de tema.

De pie, Nwin condujo el *Hot 1* a través de torres derruidas en las antiguas aguas de Hunters' Point, bajo una torre de observación que se alzaba sobre The Lodge. Se mantuvo en la bahía, evitando el viejo canal que se deslizaba tras la colina hacia el arroyo Yosemite. "Espero que estés de acuerdo", dijo con naturalidad.

"¿Eh?"

“Por tus antecedentes, todo el mundo sabe que los Panduccino fueron grandes revolucionarios... ¿no estás continuando la tradición familiar?”

—¡Chingado! —lo miró con furia, con los ojos encendidos, las fosas nasales dilatadas y sonrojada de rabia—. Mi bisabuela y mi abuela hicieron lo que hicieron. Son quienes son... —insinuando su propia independencia, pero sin decirlo.

---

24 ¡Chíngale!, es como decir "no hay de otra, lo haces y punto". No importa si te gusta o no lo que vas a hacer, si estás feliz o triste de hacerlo, o si estás motivado o desanimado, no importa ninguna otra cosa, esto es lo que debes hacer, te parezca justo o injusto. "¡Chíngale! Tiene un significado parecido a "Échale ganas" es una frase motivacional que invita al esfuerzo y esmero, se usa normalmente para alentarnos cuando encontramos desafíos o quehaceres que no disfrutamos tanto. En México significa practicar el coito con alguien.

—¡Vaya! ¡Vale, vale...! ¡Perdón! —Se quedó callado. El esquife se dirigía hacia el sur sobre aguas turbulentas.

"¿Adónde vamos? ¿Cuánto falta para que volvamos?", se quejó, muy molesta por el giro de los acontecimientos.

“Allá arriba”, señaló, hacia el acantilado ennegrecido del Cañón de Guadalupe, bajo la montaña de San Bruno, que apenas comenzaba a verse con claridad.

"¿Qué es eso? Ah", se dio cuenta, "¿ese gran incendio?"

Él asintió sin hacer comentarios. Entraron en la boca del cañón, el agua lamiendo los lados aproximadamente un cuarto de milla de ancho. Los muelles se mecían en las olas con escaleras que conducían a complejos extensos de viviendas y jardines interconectados. En la cresta noreste, el sol brillaba en las paredes de cristal de una estructura reluciente dividida en una docena de niveles, un resplandor azulado que ocasionalmente cegaba a Nwin. Guardaron silencio mientras se deslizaba más profundamente en el cañón bañado por el sol, cada vez más escombros flotando a medida que se acercaban a los acantilados negros que tenían delante. Los loros graznando se elevaban sobre sus cabezas, perseguidos por gaviotas en busca de comida.

Se toparon con un muro de hormigón roto. Valentina se levantó para ver mejor y observó los restos de un gran edificio, con un muro de hormigón que emergía del agua por

dos lados. Palos ennegrecidos y tablones pequeños flotaban al azar en el interior del antiguo almacén. Trozos de plástico de colores, restos de botellas viejas y marcadores flotaban en las mismas aguas.

“Aquí es donde empezó todo”, dijo Nwin con autoridad.

¿Sí? ¿Ayudaste con los bomberos?

—No. Lo leí.

Miró desde las ruinas inundadas hasta el acantilado ennegrecido a una docena de metros de distancia. "¿Cómo pudo el fuego iniciarse aquí y luego cruzar el agua hasta allá?"

“Creen que los escombros en llamas volaron en el aire caliente”.

“¿Podemos subir y echar un vistazo?” Ahora tenía curiosidad.

—Supongo. —Maniobró *el Hot 1* hacia un lugar donde pudieran ascender por la ladera carbonizada. Al mirar a su alrededor, todo le resultaba completamente desconocido. La luz del sol iluminaba pequeñas briznas verdes que ya emergían de la tierra quemada. El agua de la bahía estaba completamente sucia; los restos del incendio aún cubrían la costa después de un mes. Pasaron rápidamente junto a la zona quemada y encontraron un pequeño muelle entre la

espesura de los arbustos. Nwin observó los almacenes que aún permanecían intactos en el agua. —¿Ves? ¿Por qué nadie retira esto?

Valentina no respondió. Contenta de estar fuera del bote, saltó al muelle tan pronto como amarraron. Una ligera brisa agitó sus holgados pantalones rojos mientras se pasaba las manos por el cabello. Se quitó el pañuelo y lo sostuvo bajo un pequeño arroyo que bajaba por la ladera. Se secó la cara con el paño húmedo y fresco, aliviada temporalmente del calor del sol. Nwin estaba de pie frente a ella en el muelle, observando las escaleras. Sus barandillas de madera pulidas y curvas demostraban el cuidado de un residente de mucho tiempo; tal artesanía requería tiempo y paciencia. Nwin la miró con cautela, asintiendo con la cabeza hacia las escaleras con curiosidad. Ella se encogió de hombros y le hizo un gesto para que avanzara.

Estaba entumecido después del paseo en bote. Empezó a subir las escaleras y, sin pensarlo dos veces, se llevó una mano a la parte baja de la espalda y la otra a la barandilla. Sentía una fuerte tensión en los músculos. Volver a la escena, por muy extraña que le pareciera ahora, lo ponía nervioso. Además, la horrible extensión de almacenes parcialmente sumergidos que cubrían el cañón lo enfureció de nuevo. Y Valentina estaba irritada, a viva voz. Se detuvo para mirarla, pero ella apartó la mirada y no dijo nada.

Al bajar las escaleras, apareció una bucólica casa de madera en medio de un colorido jardín de flores silvestres, realzada por un extenso roble n'oak que extendía sus brazos por la parte trasera. Una hamaca azul se balanceaba, tendida entre la esquina de la casa y el roble n'oak, pero quienquiera que estuviera dentro no podía verlos. Caminaron en silencio hacia la extensión negra donde había estado el incendio. Otras dos ruinas se alzaban cerca del arroyo.

“Esas deben ser las casas que se perdieron”, aventuró Valentine.

"Supongo." Nwin quedó atónito ante la devastadora escena que tenía ante sí. Al observar el incendio mientras se alejaba a toda velocidad esa mañana, y luego al leer los periódicos, no había comprendido la magnitud ni la intensidad de los daños. Lo veía por primera vez, semanas después, y después de que la naturaleza ya hubiera comenzado a restaurar, aunque tímidamente, lo que él había destruido. Esto no era lo que quería, y se apoderó de él un aturdimiento al negarse a asumir su responsabilidad.

Pasaron de puntillas por la primera casa, un destrozo ennegrecido prácticamente quemado hasta los cimientos. Restos de las paredes aún estaban en pie, junto con el marco de una ventana. Más allá de los escombros carbonizados se alzaba una chimenea de ladrillo, negra pero intacta. Nwin caminó a través de ella como un zombi, tratando de sacudirse un creciente sentimiento de culpa, todavía

incrédulo de que su fuego hubiera conducido a esto. Salieron de la casa para caminar a través de ceniza negra y barro seco, prácticamente un paisaje lunar. Miraba hacia adelante sin expresión, incapaz de hablar. Valentina también estaba abrumada por el paisaje desolado, roto solo por el ocasional brote verde que comenzaba a surgir en las ruinas. Huesos de pequeños mamíferos (ratones, ardillas, zarigüeyas, mapaches) estaban esparcidos por todas partes, ya recogidos por carroñeros, en el aire y vagando por la montaña.

Valentina notó que sus botas marrones estaban negras de ceniza y barro. Necesitarían una limpieza a fondo para recuperar su brillo. Nwin sugirió que regresaran.

“No hay mucho que ver aquí, supongo”, dijo neutralmente.

¿Qué quieres decir? ¡Esto es increíble!

—Nos están cubriendo con esta mierda. ¡Vamos! —dijo con más urgencia. Ella no ofreció más resistencia. Llegaron a la escalera, donde una voz grave los llamó.

¡Oye! ¿Qué hacéis?

Nwin se dio la vuelta, un niño con la mano en un tarro de galletas, lo que a Valentina le pareció extraño. "Eh, solo estamos echando un vistazo... ¿está bien?"

Un tipo canoso, de pelo rubio largo y desaliñado, con vaqueros y chaqueta vaquera, se les acercó rápidamente. «¡Menudo desastre!», dijo, a plena vista.

—Ya nos vamos —dijo Nwin, inquieto, incómodo, pero incapaz de irse. Valentina simplemente observaba.

El viejo hippie ya estaba sobre ellos. "Soy Jack Weatherly, este es mi lugar. Supongo que subiste por mi escalera, ¿eh?"

"¡Sí, es una preciosidad!", dijo Valentina, presentándose. Nwin hizo lo mismo, murmurando, lo que provocó que el hombre pidiera que repitiera.

—Nwin Robertson —dijo con más claridad, moviendo la cabeza de un lado a otro y evitando el contacto visual con Weatherly.

“¿Estabas aquí durante el incendio?” preguntó.

“Uhhh”, Nwin dudó, “no... no lo estábamos”.

Valentina sintió su incomodidad y lo agarró del brazo, tirando de él y diciendo: "Tengo que volver". Se giró hacia Weatherly y dijo: "Mis padres me esperan".

“¿Ustedes viven en la ciudad?” Weatherly los miró con los ojos entrecerrados.

Asintieron al unísono, Valentina dijo "el Haight", a lo que Weatherly asintió.

"Que tengáis un buen viaje a casa ", les instó, y se dieron la mano, despidiéndose. En pocos minutos, volvieron a pasar junto al almacén incendiado. Nwin lo observó y dirigió su esquife hacia la boca del cañón.

“¿Qué fue todo eso?” preguntó Valentina.

¿Eh? ¿Qué quieres decir?

Parecías muy nervioso. O quizás estaba alucinando.

—No lo sé. Solo quería irme.

“De repente parecías incómodo”.

Nwin empezó a decir algo, pero no le salió nada. Se adentraron en el tráfico de la bahía, con el sol aún brillando en las pequeñas olas mientras se dirigían hacia el norte. Se oían risas a lo lejos, provenientes de una casa en la cima de una colina donde un pequeño grupo disfrutaba de una fiesta al final de la tarde. La música se hizo más fuerte a sus espaldas; un ferry de vaina de guisante se cernía sobre su flanco, entonando una melodía popular sobre el agua. Valentina estaba sentada con tristeza en el *Hot 1*, mientras Nwin, de pie junto a ella, piloteaba con afán.

“¡No puedo creer que actuaras de forma tan extraña y luego actuaras como si no lo hicieras!” se quejó Valentina.

"¿Qué quieres decir con 'raro'?" respondió tenso, volviendo al tema anterior.

¡Chíngale! Te comportaste como si ese tipo te hubiera pillado con las manos en la masa. Si no te conociera, pensaría que sabías más sobre esto...

Se sintió atrapado y apretó la mandíbula. Ella se cruzó de brazos y miró fijamente el ferry que pasaba, con la furia en aumento. Le dolía la espalda de nuevo, e intentó sentarse, sintiendo un dolor agudo en la pierna derecha. "¡Aaagh!"

“¿Tu espalda?” preguntó ella, sin compasión.

Se puso de pie nuevamente y asintió.

“Mira, Valentina”. Quiso decirle, pero no pudo. “Escucha”.

Ella permaneció sentada allí, inmóvil, con los brazos cruzados, mirándolo fríamente.

“Soy todo oídos”.

“Está bien, vi el incendio”.

¿En serio? Estabas aquí lejos a... ¿a qué hora?

Él asintió. "A las seis. Temprano."

"¿Qué estabas haciendo?"

Solo estaba dando una vuelta. Lo hago a menudo, me gusta conducir de noche. Te llevaré a dar una vuelta un rato.

Ella ignoró su invitación. "¿Así que por casualidad pasabas por allí y viste el fuego?"

Él asintió.

“¿Y qué viste?”

Bueno, hubo una especie de explosión en ese almacén y salieron llamas. Estaba en la bahía y no vi cómo el fuego subía por la colina.

Observó sus ojos parpadear, fijos en la distancia. Su nerviosismo era palpable. Cuanto más lo pensaba, menos sentido tenía. ¿Por qué estaría navegando antes del amanecer, tan al sur, justo cuando un gran incendio estalló espontáneamente en el agua?

Nwin repitió haber visto la explosión a lo lejos, explicando los colores de las llamas que proyectaban sombras inquietantes en las paredes del cañón. Tras repetir la misma historia, con algunos detalles más, se quedó en silencio, al notar que ella ya no hacía preguntas.

“¿Regresamos al muelle de la calle 7?”, preguntó.

Podríamos. ¿Es ahí donde quieres ir?

—La verdad es que preferiría que me dejaras en Union Square. He quedado con un amigo para cenar en el centro.

—De acuerdo... —Volvió a fruncir los labios, presa de los celos—. ¿Con quién te encuentras? —preguntó, intentando parecer indiferente.

“Con Francis”.

¿Es un hombre? ¿Cómo podía preguntar sin ser obvio? Se sumió en sus pensamientos, mientras ella observaba el tráfico que llenaba los canales.

Un pequeño desfile de barcos extravagantemente decorados apareció desde la boca del Canal Battery, deteniendo el resto del tráfico. Una procesión fúnebre. Y al mejor estilo de San Francisco, un velorio flotante. Los juerguistas seguían un gran retrato del difunto, una vieja foto de un joven *cholo con bigote,* su espesa cabellera negra peinada en un gran pompadour, una camisa blanca con tachuelas que revelaba un pecho velludo, cadenas de oro alrededor de su cuello. Una banda de música tocaba un canto fúnebre, incongruentemente jubiloso, mientras que otra barcaza estaba llena de dolientes más interesados en brindar por el sol poniente que en el duelo. Banderas de colores ondeaban en el viento de la tarde mientras docenas

de embarcaciones se mecían silenciosamente, esperando el paso de la procesión.

Poco después, maniobraron silenciosamente entre la multitud hasta el muelle de Union Square. Nwin no pensaba quedarse, así que mantuvo el bote junto al embarcadero mientras Valentina desembarcaba.

"Gracias por el tour", dijo con formalidad. "Lo disfruté".

Su corazón se hundió al darse cuenta de que éste era un mal final.

¿Te acompaño, vale? ¿Vamos a trepar un árbol o algo así?

"Sí, claro", respondió ella con indiferencia. "Sabes dónde estoy". Dicho esto, se marchó a toda prisa, con las botas descascarilladas de barro seco y los pantalones rojos de batik apretados contra las piernas mientras caminaba hacia la brisa del atardecer. Mientras Nwin la veía desaparecer, se sintió confundido y derrotado. Golpeándose la palma de la mano, dirigió al *Hot 1* hacia la Pirámide, aunque ya no vivía allí. Tras entrar en el muelle residencial aturdido, reviviendo con furia las últimas horas con Valentina, recordó que su hogar estaba de vuelta en Bernal Heights. Nadie lo reconoció mientras se incorporaba al tráfico, abriéndose paso entre el bullicio de la hora de la cena hacia mar abierto.

Capítulo XXIX

Obin, Stella y Eric estaban sentados alrededor de una mesa en la sala de conferencias principal. Afuera, el aire era brumoso, y el sol de la tarde se reflejaba en el bullicio del Civic Green. Las bocinas de las bicicletas y los timbres de los tranvías sonaban intermitentemente, y un cuarteto de cuerdas estaba afinando para un recital vespertino. Eric estaba somnoliento después de una larga mañana estudiando detenidamente antiguas investigaciones de incendios provocados, como lo había estado haciendo durante más de una semana.

—Bueno, repasemos lo que tenemos —dijo Robin, dirigiendo la conversación—. Stella, ¿tienes un cubo de plástico parcialmente quemado?

En realidad, encontramos tres. Dos estaban quemados hasta el fondo, prácticamente plástico negro fundido. Uno estaba desplomado sobre el marco de cemento de la ventana, donde aparentemente había sido colocado. Los buzos encontraron los demás bajo dos metros de agua. Uno debió caer al agua por la primera explosión. Recuperamos el cubo entero, con una bengala y un reloj aún en la parte superior. Stella hizo una pausa, jugueteando con una guirnalda de hierbas y flores tejidas en su largo cabello castaño. Llevaba una chaqueta vaquera verde sobre un vestido largo de algodón bordado, cuya figura se veía minimizada por el corte holgado.

"¿Algún testigo?"

Nadie de la zona vio nada. Kathy y Pops hablaron con todos los vecinos. Recibieron muchos informes de gente que había ido a ver la zona quemada en los días posteriores al incendio. Pero nadie vio a nadie que pensaran que pudiera ser el pirómano.

"¿Qué pasa con la cuenta de Andy?"

—Claro. Eric, ya lo tienes. ¿Te sirve algo?

Sacudiéndose la somnolencia que le invadía las sienes, se sentó y se aclaró la garganta.

Andy estaba en el bote de las 5:40 que salía de Oyster Point. Dice que estaba sentado cerca del pasillo cuando se

produjo una gran explosión en la parte trasera del Cañón de Guadalupe, bajo la montaña de San Bruno. Junto con el resto de los pasajeros, saltó para ver mejor, pero como había otros pasajeros delante, se desvió hacia la popa para ver mejor. Al salir a la cubierta trasera, vio un esquife flotando cerca de la popa del ferry.

"¿Hasta dónde?"

No estaba seguro, calculó que unos 100 metros como máximo. En fin, era antes del amanecer cuando esto ocurrió, así que la visibilidad era mala. Describió que miraba del incendio al esquife y viceversa. Está seguro de que la persona en el esquife estaba involucrada porque minutos antes la había visto alejarse a toda velocidad del lugar de la explosión.

“Pura especulación”, se burló Stella. “No mantuvo contacto visual con el esquife en todo momento, ¿verdad?” Eric negó con la cabeza. “Bueno, su 'certeza' no sirve de nada, así que olvidémoslo. ¿Consiguió una descripción de la persona en el esquife? Eso podría ser útil”.

No. Estaba oscuro y no pudo distinguir nada con claridad. Dijo haber visto una figura grande de pie en un punto, pero la mayor parte del tiempo no pudo ver a nadie. Supuso que quienquiera que fuera estaba acostado en el bote.

—Qué raro. ¿Por qué alguien haría eso? —preguntó Robin.

“No creo que vayamos a ninguna parte con esto”, insistió Stella con la autoridad que le da su experiencia. “¿Qué sabemos? Había tres cubos de plástico. Uno de ellos sobrevivió intacto, lleno de gasolina con un temporizador eléctrico en la parte superior. Tenemos que investigar estas pruebas. Eric, ve a los distribuidores de combustible a ver si alguien recuerda algo inusual. Robin, el pirómano tuvo que fabricar los temporizadores, probablemente en un taller comunitario. ¿Podrías acudir a los talleres con preguntas?”

Robin asintió, mordiéndose el nudillo y tomando algunas notas. "Esto es como buscar una almeja en la bahía..." Su cabello negro brillaba en rizos apretados, prácticamente un casco. Levantó la vista de repente, con los ojos brillantes tras sus gafas de montura azul. "¡Gasolina! Eric, mientras investigas los dispensarios, ¿por qué no revisas también los hospitales locales para ver si hay ingresos relacionados con gasolina, quemaduras por fuego o algo así? ¿Quizás nuestro culpable se lastimó?"

“¡Buena idea, Robin!”, admiró Stella.

“¿Puedo hacerlo por ´Vyne´?” Eric se desesperó ante lo que parecía un trabajo abrumador.

"Adelante, consúltalo primero. Si algo sale mal, probablemente tendrás que ir en persona", aconsejó Stella.

“Me voy después de este fin de semana por un mes”, les recordó Robin a sus compañeros. “Así que tendrán que terminar esto sin mí. Mañana empezaré la investigación del taller, pero dudo que salga algo de inmediato. Les pediré que te respondan, Eric, ¿de acuerdo?” Asintió, sin saber cómo decir que no, pero un pánico creciente lo invadía.

“Ummm, uhh, yo también”

"¿Cuál es el problema? ¿Necesitas ayuda para saber por dónde empezar?" Stella vio que Eric empezaba a desfallecer bajo la presión.

Asintió agradecido, deteniéndose al hundirse en su silla. "Soy nuevo en San Francisco...", hizo una pausa, con la frente perlada de sudor, atormentado por la incomodidad. "No sé *cómo ni dónde* se distribuye la gasolina. Tampoco sé dónde están los hospitales. ¿Todo está en la ´vid´?"

—Robin —dijo Stella—, antes de irte, tienes que ayudar a Eric. Él solo está en pruebas y tú eres el aprendiz. —Le dio una palmadita en el brazo a Eric—. Es un tipo listo, pero no puedes esperar que de repente sepa cómo llevar a cabo una investigación compleja. La idea de que estuviera en nuestro equipo era entrenarlo, ¿recuerdas?

—Eric, nos vemos mañana a primera hora, digamos a las 10, ¿de acuerdo? —Robin acomodó sus papeles y se levantó; su físico atlético se transparentaba a través de su ajustada

camiseta de algodón y sus vaqueros—. Tengo que salir temprano hoy para terminar unos últimos detalles de la boda. —Sonrió, pensando más en su inminente compromiso que en la investigación que les aguardaba. La reunión se interrumpió y Robin salió corriendo de la sala.

Stella suspiró y luego se rió entre dientes. "¡Qué tortolita! Ya ves lo lista que es. Es una gran pensadora. Pero ahora está demasiado distraída".

Eric sonrió con tristeza. "¿Tenemos una fecha límite?"

Stella negó con la cabeza. "No realmente. Pero, francamente, este pirómano podría volver a actuar, así que tenemos que encontrarlo antes de que ocurra otra catástrofe. En esta época de sequía, todo es más propenso a incendiarse".

Él asintió con tristeza y se dio la vuelta para marcharse.

“¿Eric?”

Se volvió hacia Stella.

No te preocupes. No tendrás problemas. Empieza por la ´vid´. Allí encontrarás información básica: gasolineras, hospitales, todo eso. Pero el tema de la gasolina es más complejo. Los surtidores con los que hables no sabrán nada. Hay pocos, y son muy transparentes y llevan buenos

registros. Es muy poco probable que la gasolina que usó nuestro pirómano provenga de ellos.

“¿Y entonces de dónde?”

“Hay algunas pequeñas tiendas en la ciudad que venden productos no regulados... gasolina, fuegos artificiales, venenos, disolventes, ese tipo de cosas”.

¿Crees que se consiguió de alguno de ellos?

Apuesto a que sí. Así que averigua en los dispensarios y luego nos ocuparemos de los distribuidores restantes.

"¿Residuales?"

Sí, así los llamamos. Distribuyen provisiones viejas que alguien ha descubierto y traído a la ciudad... de gasolineras abandonadas o antiguas tiendas agrícolas en zonas rurales remotas donde todos murieron.

Eric negó con la cabeza, desconcertado de nuevo. Nunca había oído hablar de esas cosas. "Empezaré y luego me indicarás la dirección correcta, ¿de acuerdo?"

—¡Claro! —dijo Stella con la mano—. Robin también te dará algunas pistas mañana.

De vuelta en su escritorio, se desplomó ante la tarea que tenía por delante. Contempló los pájaros que volaban por el

Civic Green, deseando poder pasar sus días surcando el aire. Se le revolvió el estómago al contemplar con ansiedad el trabajo pendiente. Pero sabía que no podía rendirse, no ahora. Quería resolver el rompecabezas. Solo se veían unas pocas piezas, pero estaba seguro de que podría encontrar las que faltaban y armarlo.

En ese arrebato de entusiasmo, se giró hacia la pared. "¡Vyne!", y se desenrolló ante él, la ancha hoja verde aplanándose lentamente contra la pared. Una línea delgada dibujó un recuadro de un metro cuadrado alrededor de la superficie, y un pequeño signo de interrogación apareció en la esquina superior izquierda. "Enumere distribuidores de combustible en San Francisco". Pasó un momento y luego las venas verde oscuro de la hoja comenzaron a aparecer, formando letras con la lista que buscaba. Tomó un bloc de papel y anotó las cinco ubicaciones: tres ferreterías y dos gasolineras. "¡Siguiente!", y la hoja se aclaró, un signo de interrogación parpadeante reapareció. "Enumere hospitales en San Francisco". Aparecieron varias docenas de instalaciones, incluyendo números de camas y servicios especializados. Anotó las ubicaciones de las salas de emergencia.

Podría intentarlo ahora mismo, pensó. "Mostrar los ingresos a urgencias del 12 de agosto de 2157". Una larga lista comenzó a mostrarse, organizada por hora, con entradas a varios hospitales desde la medianoche del 12 hasta el 13. Cada línea indicaba un nombre, la hora de

ingreso, el nombre del hospital y el diagnóstico preliminar. Revisó la lista y encontró siete entradas que indicaban que los pacientes habían ingresado con quemaduras graves. Las anotó. Entonces recordó que el incendio había ocurrido alrededor de las 5:30 o 6:00 a.m., así que eliminó a los tres que habían sido llevados al hospital entre la medianoche y las 2 a.m. Los cuatro pacientes quemados restantes habían sido ingresados a media mañana, por lo que hizo planes para revisar a cada uno de ellos.

Su oficina se tiñó de naranja a medida que el sol descendía en el cielo del noroeste. Tomó más notas para continuar y decidió dar por finalizado el día. Ordenó su escritorio y cogió algunos informes que aún quería terminar de leer, los metió en su mochila y salió. Caminando por el pasillo, no vio a nadie trabajando hasta que casi llegó a la salida. Kathy Fairly estaba sentada en su escritorio y lo saludó. "Eric, ¿vienes un segundo?"

“Stella me dice que tienes un trabajo muy completo.” Asintió sin hacer comentarios. “Solo recuerda, no hay plazos y estás aprendiendo sobre la marcha. Nadie espera que logres un gran avance por tu cuenta. Puedes pedir una reunión de personal cuando quieras y también puedes venir a pedirme ayuda, ¿de acuerdo?”

“Claro, gracias.”

“Cambiando de tema, ¿vienes a Petaluma este fin de semana para la boda?”

"No conozco a nadie tan bien, así que no estaba seguro..."

¡Hmphf! Ya me lo imaginaba. ¡Tienes que venir! ¿Quieres que subamos juntos? Se recostó en su silla de cuero, cruzando los brazos bajo su amplio busto, con la camisa vaquera abriéndose por debajo del cuello. Sus ojos arrugados miraban a Eric expectantes.

Eric se sorprendió por la enérgica insistencia de Kathy. Antes de que pudiera responder, Kathy metió la mano en uno de sus muchos bolsillos y sacó un antiguo reloj de oro con una larga cadena. "¡Entonces está decidido!" Miró su reloj como si estuviera poniendo una alarma. "Nos vemos en el muelle de North Beach a las 10 de la mañana del sábado, ¿de acuerdo? ¿Vienes con alguien?"

“Uhhh, bueno, creo que m—m—mi novia”, tartamudeó, todavía sin acostumbrarse a poder hacer tal afirmación públicamente.

¡Genial! ¿Cómo se llama?

“Emmy, Emmy Ndbele Hodges”.

El segundo nombre llamó la atención de Fairly, quien arqueó las cejas. "¿Africana?" "¿Eh?"

—Ese nombre, Ndbele, es un nombre africano, ¿no?

Sí, seguro que sí. Pero es de San Francisco.

"Hmm", Kathy tomó nota mentalmente, "me gusta ese nombre".

Eric empezó a retirarse. "Nos vemos mañana por la mañana. Le preguntaré a Emmy sobre lo del sábado y te aviso, ¿vale?"

—¡Ya vienes, no intentes escaparte! —Fairy rió—. Nos vemos mañana.

* * *

Eric salió a disfrutar de la fresca brisa que soplaba desde la niebla del oeste. Fue al velome a buscar una bicicleta, pero antes de llegar, notó que había grupos de personas de pie en los límites del Green, todos leyendo atentamente los titulares de la tarde. Se acercó a un grupo y se sorprendió al ver el titular: "¡GUERRA!".

“¡En Chile!”

“—Masacraron a 700 personas.”

“Soldados misteriosos disparan contra una sentada masiva”

Le tomó unos minutos comprender la esencia de la historia, pero aparentemente una serie de incursiones que habían asolado granjas remotas en Chile habían sido precursoras de un esfuerzo más organizado para tomar el poder allí. La resistencia pasiva había sido inútil cuando los asaltantes habían disparado a cientos de personas, aterrorizando la región. Se estaba llevando a cabo un llamado general a filas en las ciudades más grandes de Chile, Bolivia y Ecuador. Los rebeldes habían confiscado armas en dos pequeñas armerías en las localidades chilenas de Ovalle e Illapel. Se estimaba que su número era inferior a 3.000.

"¡Tres mil soldados armados, listos para matar!", exclamó un joven. "¿Cuándo fue la última vez que ocurrió algo así?", preguntó otro. Un anciano permanecía de pie, con las manos en las caderas, sacudiendo la cabeza con tristeza. "Ha pasado muuucho tiempo", silbó entre dientes. "¿La última rebelión armada? ¿Hace 50 años, no?", preguntó a otra veterana al otro lado del círculo. La mujer negó con la cabeza: "No, fue hace 43 años, en Filipinas. ¿Recuerdas el resurgimiento de Huk?".

Eric se quedó allí paralizado, sin comprender. La guerra era algo histórico, algo de los tiempos bárbaros anteriores a la revolución, antes de la Muerte en Masa. Apenas tenía la vaga intuición de que hubiera habido violencia organizada desde entonces, al no ser un estudioso de la historia. "¿Q—qu—qué quieren?", preguntó con inocencia.

¡Quieren derrocar a la Cámara de los Comunes! ¡Se hacen llamar el Ejército de la Libertad Pinochet—Reagan! —se rió el hombre—. ¡Eso va a caer bien! ¡Apuesto a que los chilenos se mueren por volver a una dictadura militar!

“Este ejército no le pregunta a nadie qué quiere”, dijo una mujer con seriedad. “Deben asumir que nadie está listo para luchar contra ellos”.

Eric se alejó del círculo hacia el velome, aturdido por la noticia. *¡No tiene sentido! ¿Cómo puede haber una guerra? ¿Qué llevaría a alguien a tomar las armas para matar gente? ¿Qué imaginaban que harían si triunfaban?* ¿Y cómo los detendrían?

Entró al velome aturdido, saludó a Tina, la mecánica habitual del lugar, y agarró una Silver Fox.

"Oye, ¿puedes traerla mañana? Iba a hacerle una revisión", le gritó. Él se detuvo y la metió de vuelta.

Vio una bicicleta de bambú en la esquina. "¿Puedo llevarme esta, o es la bicicleta de alguien?"

—No, adelante. Lo dejaron aquí hace unas semanas, así que...

Afuera, se subió al asiento de mimbre y empezó a pedalear fuera del Civic Green. Las vías rápidas estaban abarrotadas de gente al anochecer. La bicicleta de bambú era tan ligera

que sentía que flotaba en el aire. Zigzagueaba entre el tráfico, y cuando llegó a un claro con la colina por delante, aceleró inconscientemente hasta que subió la colina más rápido que nunca. Al llegar a la cima, giró a la derecha por la verja de hierro hacia Wiggle y, sin darse cuenta, había cruzado el puente Sans Souci y pasaba por la heladería de Rexroth y Haight. *¡Esta bicicleta es increíble!* Había olvidado lo genial que era la bicicleta de bambú. Aceleró, sin atribuir su asombrosa velocidad a su propia adrenalina, pedaleando frenéticamente como si pudiera escapar de las inquietantes noticias de la guerra.

Su mente corría más rápido que sus piernas hasta que se sorprendió al llegar al patio trasero de Page Mews, sin recordar haber hecho el último kilómetro. Dejó la bici con las demás y pasó a paso ligero junto al horno solar, los jardines y los jacuzzis, espiado por dos chicos en lo alto del viejo roble, que no podían contener la risa. Levantó la vista justo a tiempo para apartarse y esquivar las bellotas que le lanzaban los chicos. Agitó el puño con fingida ira y corrió adentro. Subió las escaleras y entró corriendo en la habitación que compartía con Emmy, sobresaltándola.

Se sentó junto a la ventana a escribir en su diario. "¡Parece que has visto un fantasma o algo así!"

¡Hay guerra! ¿Viste las noticias?

"Es difícil de comprender", concluyó. "Escucha, Eric, espero que esto no sea tan terrible en cuanto al momento, pero tenemos que hacer un cambio".

"¿Qué?" Un pánico puro se apoderó de mí. "¿Qué pasa?"

Emmy se acercó, lo abrazó y lo besó, primero en la frente y luego con ternura en los labios. "No te lo tomes a mal..."

Apenas podía respirar; el miedo le sabía a metal. Los cálidos brazos que lo rodeaban la espalda, abrazándolo, no lo reconfortaban, sino que lo hacían retorcerse.

—Quiero que tengas tu propia habitación —dijo en voz baja—. Hay una nueva habitación dos edificios más abajo, en el mismo piso que Tanya. Es la habitación de Marge, se va.

—Pero ¿por qué? —preguntó con tristeza.

Ella lo besó de nuevo y luego suspiró. "Mira", se dio la vuelta y miró por la ventana. "Lo hemos pasado bien. Pero necesito mi propia habitación, mi privacidad. Llevas un mes viviendo aquí, pero es una habitación para una sola persona. ¿Lo entiendes, verdad?"

Él asintió, pero se sintió malhumorado.

“Esto no es un rechazo”, dijo con énfasis. “Todavía quiero que durmamos juntos. ¡Mucho!”, sonrió. “Pero a veces necesito estar sola, y a veces prefiero dormir sola”.

La miró tímidamente, agradecido por sus palabras de aliento. "¿Seguro que no soy yo?", preguntó tímidamente.

Ella regresó y lo abrazó de nuevo, apretando su rostro contra su cuello. La dulzura, el sudor y el aroma lo inundaron. Recorrió su espalda con las manos, acariciando su cintura larga y estrecha, hasta posarse sobre su trasero firme y redondo. Empezaron a mecerse juntos, moviendo lentamente las caderas al ritmo de la música, mientras su excitación mutua aumentaba. Ella lo jaló hacia la cama.

* * *

—Le diré al Comité de Residentes que quieres la habitación, ¿de acuerdo? —le preguntó mientras salía de la ducha, secándose la cabeza con la toalla.

"Sí, definitivamente", sintiéndose vagamente emocionado por tener su propia habitación ahora que había superado el miedo al rechazo que eso había implicado al principio.

Voy al comedor, nos vemos allí, ¿de acuerdo? Te guardo un asiento. —Le dio un beso rápido al pasar junto a él.

La vio desaparecer, reviviendo la intensidad de su encuentro amoroso. Su afición por envolverse en él y atraerlo más cerca y con más fuerza a medida que aceleraba siempre provocaba semejante explosión. Negó con la cabeza, sintiéndose como si hubiera esquivado una bala, asombrado de que aún le gustara. Se puso los calcetines,

pensando en una habitación propia, repentinamente preocupado por encontrar muebles. Alejó la ansiedad, y la sustituyó la guerra que se colaba de nuevo en un rincón de su mente. *¿Qué está pasando?* Estaba confundido. El fuego en la montaña de San Bruno ardía en su imaginación cuando la guerra no tomaba forma en sus pensamientos. Terminó de vestirse, su mente saltando sobre su creciente lista de preocupaciones.

En el comedor, la mesa estaba llena y la comida se había servido hacía apenas unos momentos. Un cálido bullicio lo recibió cuando Emmy le indicó que se sentara junto a ella. El revestimiento de madera oscura de la sala contribuía a la calidez, realzada por el brillo de las velas entre montones de pollo, patatas, brócoli y coliflor al vapor y abundantes ensaladas.

Emmy ya le había servido un plato rebosante de comida caliente cuando llegó a su asiento, así que se dedicó a comer. El resto de la mesa también estaba concentrado en comer, charlando un rato sobre cosas del hogar, alguna petición para pasar la sal o la mantequilla. Tras unos minutos de masticar con atención, Vinnie rompió el silencio carraspeando. Con su voz chillona y áspera, vocalizó lo que ya todos habían oído. "¡Dios mío, una guerra! ¡Creía que ya habíamos terminado con ese tipo de cosas!". La mesa se llenó de rumores y comentarios. Eric comió pensativo, intentando escuchar fragmentos de conversación, pero no oyó nada nuevo.

Se giró hacia Emmy, quien escuchaba atentamente la conversación entre Gerald y William. Esperó.

“—¿Lo harías?”

“¡Nunca he visto un arma, y mucho menos he disparado una!” dijo Gerald.

—Sí, pero si de repente algún grupo empezara a atacar granjas en el valle, ¿no querrías luchar?

—No. ¿No podríamos negociar?

Claro que es preferible. ¿Pero qué pasa si es como Chile? Los atacantes no negocian, quieren reinstaurar el poder y ponerse ellos arriba. ¿No tenemos que luchar en esa situación? William estaba menos asustado ante la perspectiva, pues había enfrentado el peligro muchas veces como bombero voluntario.

¿No podemos simplemente negarles la cooperación? ¡No pueden matar a todos!

“¿Alguna vez te ha coaccionado un acosador?”

—¡No, espera! ¡Sí que lo han hecho! Cuando era pequeño, un niño más grande me asustó, amenazándome con golpearme.

¿Y qué hiciste?

“Se lo dije a mis padres, quienes se lo dijeron a sus padres, y ahí terminó todo”.

¿Y ahora, cuando no hay padres a quienes recurrir? ¿Cómo debemos tratar a alguien que se empeña en obtener dominio mediante la violencia?

Gerald se encogió de hombros y una sonrisa estúpida cruzó su rostro.

William se volvió hacia Emmy, a quien había notado escuchando.

¿Qué opinas Emmy?

"Es difícil", dijo, apoyando la barbilla en la mano. "Parece que no se puede dejar que entren y maten gente. No hay problema con la inobservancia y la falta de cooperación, pero los matones armados no pueden aterrorizarnos a los demás".

—Bien. Entonces, ¿cómo los detenemos sin nuestra propia fuerza?

—No lo sé. ¿Qué opinas, William?

Creo que debemos estar listos para luchar. Preferiría no hacerlo, y sin duda preferiría detenerlos con barricadas, no violencia y resistencia pasiva. Pero no estoy dispuesto a que

me maten, ni quiero ver que una minoría armada mate a nadie más.

“¿Llamar a la milicia?”, sugirió Trixie, captando el sentido de la conversación, que ahora dominaba la mesa.

William se encogió de hombros. "Creo que tendríamos que hacerlo. Aunque han pasado años y todos han olvidado cómo hacerlo, deberíamos practicar la movilización, por si acaso".

—¡Vamos! —chilló Vinnie—. ¡No *estamos* en guerra! Eso está a medio mundo de distancia. ¡No tenemos que hacer nada!

William miró a Vinnie con un desdén apenas disimulado. «Ellos son nosotros, y nosotros somos ellos. Si les pasa a ellos, nos *está* pasando a nosotros, y les debemos toda la ayuda posible».

—No crees que deberíamos ir allí, ¿verdad? —preguntó Gerald con incredulidad.

—Bueno, quizá… algunos de nosotros, al menos —dijo William.

La cena terminó y varias personas estaban ocupadas limpiando la mesa. La conversación se interrumpió de nuevo y la gente se volvió hacia sus allegados.

"¿Emmy?"

Ella se volvió hacia Eric, expectante.

—Este sábado tengo una boda y puedo llevar a un amigo. ¿Vendrás? —Habló rápidamente, como si esperara una respuesta negativa.

Frunció el ceño, pensando en su horario. "Bueno, había planeado trabajar en el Arboreto ese día", dijo. Pero percibió su vulnerabilidad y quiso darle lo que quería. "¿Dónde está?"

“En un lugar llamado Petaluma, o cerca de allí”.

¿Ah, sí? Ese lugar es el rocío, amurallado por la bahía. ¿Lo conoces?

—Escuché algo. ¿Vendrás?

¡Claro! Suena divertido.

Empezó a contarle el plan, pero antes de que pudiera terminar, Trixie entró en la habitación con un gran pastel de cumpleaños con docenas de velas, comenzando el inevitable "Feliz Cumpleaños". Era el cumpleaños de Angie. Se removió incómoda mientras Gerald le sonreía radiante, sacando varios regalos envueltos y colocándolos frente a ella con un gesto elegante para acompañar la llegada del pastel. "¡Pide un deseo!", ordenó.

Hizo una pausa, apagó las velas y empezó a cortar el pastel. Poco después de devorarlo, todos se retiraron a descansar, aún hablando de las milicias y el inesperado resurgimiento de la guerra. Eric y Emmy volvieron a su habitación y se metieron en la cama, acurrucándose con sus respectivos libros.

Capítulo XXX

“¿¿¡Estás LOCA!??” ¿¡Y qué pasa con MI BEBÉ?!?”

—¡Tranquila, Ginnie, tu bebé está a salvo! —Jennifer estaba parada en la puerta trasera, encarando a su furiosa vecina—. Estamos hablando de dos parejas de lobos en toda la ciudad. Son básicamente nocturnos, y además, te tienen mucho más miedo a ti que tú a ellos. ¡Probablemente nunca los veas!

¡NO PUEDO CREERLO! ¿Cómo pudiste votar para traer depredadores a la ciudad? ¿Dónde van a jugar nuestros hijos? Te dije que esto era inaceptable. ¡Eres MI representante!

Ginnie, represento a todo el vecindario y a toda la ciudad en el consejo del agua. Tengo un hijo...

¡Ya es un hombre! ¡No me vengas con esas tonterías!

Jennifer levantó las manos, intentando calmar a Ginnie. "¿Quieres pasar y tomar una taza de té?", preguntó.

¡No intentes distraerme! Y NO, no voy a entrar en tu casa y hacer como si todo estuviera perfecto, ¡maldita sea!

A Jennifer se le estaba agotando la paciencia. «Ginnie, siento que no estemos de acuerdo en esto. Lo tuve todo en cuenta. Tus hijos crecerán en un lugar más salvaje y rico. Sí, hay cierto riesgo. Pero no es peor que los riesgos que corremos a diario, simplemente recorriendo la ciudad en góndolas, bicicletas o tranvías».

Ginnie se quedó al pie de las escaleras, respirando con dificultad. "¡Eres una imbécil! ¡Y todos los que votaron por eso están locos! ¡Voy a iniciar una petición de destitución ahora mismo!". Dicho esto, se marchó pisando fuerte por el sendero que atravesaba el parque hacia su lado de la colina.

Jennifer se quedó en la puerta, respirando con dificultad, recomponiéndose y resistiendo la ira que sentía crecer. Volviendo a la cocina, puso a hervir agua para el té cuando Nwin apareció al pie de la escalera.

—¿Qué demonios fue eso? —se frotó los ojos soñolientos, pues se había despertado mucho antes de su hora habitual de levantarse, al mediodía—. ¿Lobos?

Jennifer temía tener que seguir defendiendo la decisión, pero con cautela se la confirmó a su hijo. "En realidad, es una decisión de toda la ciudad, pero el Ayuntamiento de Bernal la respaldó. Vamos a introducir dos parejas de lobos en los corredores silvestres. Todas las investigaciones indican que los grandes depredadores son clave para la salud de los ecosistemas, y estamos siendo invadidos por pequeños mamíferos y ciervos".

Jennifer vertió su agua en la tetera y le ofreció un poco a Nwin.

Empezó a rebuscar en la alacena. "¿No queda cereal?"

"Supongo que no." Observó a su hijo, un joven que daba vueltas en el mismo sitio. Odiaba pensar en él así. Pero de repente, tras las emociones que le despertó su vecina y su aspecto soñoliento a la luz de la mañana, recordó con crudeza lo desorientado, aburrido y amargado que estaba. "¿Crees que podrías ir a la tienda hoy?", preguntó con cautela.

Miró en otro armario, convencido de que si seguía buscando, encontraría cereales o alguna alternativa razonable para desayunar. "¿Tengo que hacerlo?", se quejó, sin dejar de mirar con desgana varios armarios.

—No te lo pido muy a menudo —dijo en voz baja, con cierta dureza en su voz.

La miró sorprendido. «Hoy tengo que trabajar con la tía».

Ella bebió su té en silencio.

—Tengo la espalda bastante rígida —empezó a frotársela, mirando estúpidamente el refrigerador—. También se nos acabó la leche, ¿eh?

Jennifer miró la maleza que había invadido el patio trasero. "¿No ibas a dedicarle tiempo al huerto?"

Él se quedó en silencio.

—Nwin —empezó, luchando contra su propia incomodidad—, no puedes seguir así. ¡No podemos seguir así! Sé que solo tienes 18 años, pero no hay razón para que no puedas ser más responsable. Sobre todo ahora que tu padre ya no está, puedes ayudar más en casa. Hay que lavar la ropa, hacer la compra, cocinar, cuidar el jardín, limpiar la casa, y desde que te lesionaste, yo me encargo de todo. —Dio otro largo sorbo a su té, mirándolo por encima del borde de la taza. Él permanecía de pie, hosco, frotándose distraídamente la parte baja de la espalda, con la cabeza gacha—. Tienes que hacer tu parte.

Su cabeza se quebró ante ese último comentario. ¡Su propia madre! Repitiendo como un loro el discurso oficial, "haz tu parte", ¡era repugnante! La miró con rabia no disimulada y salió agitando el brazo hacia atrás con desdén.

"¡Bien, entonces me mudo!", gritó mientras subía las escaleras.

Jennifer se abrazó y luchó contra el impulso de correr tras él. Algo en ella sabía que era mejor dejarlo pasar ahora, y no retroceder solo para poder enfrentarlo otro día. La situación era intolerable. Su reacción lo confirmó. Retrocedió ante la dolorosa claridad de la vida de su hijo. Jeffrey... bueno, él era parte del problema, pero ahora se había ido. No podía eludir su propia responsabilidad, sus mimos a Nwin cuando probablemente necesitaba algo más. Jeffrey nunca lo había mimado, así que lo compensaba dándole siempre a su hijo todo lo que quería. No pudo contener las lágrimas por más tiempo y comenzó a sollozar en silencio, todavía abrazándose a sí misma. ¡Qué desastre!

* * *

Nwin estaba metiendo ropa en su mochila. "¡Qué descaro!", exclamó furioso. "¡Decirme que me encargue de todo! ¡Bien! ¡Me la saco de aquí! ¡Chíngale!". Metió lo que le quedaba de ropa en la mochila, seguido de dos libros y unas carpetas de papeles que sacó del armario. Terminó de vestirse, cogió su abrigo y se echó todo al hombro. Bajando las escaleras ruidosamente, vio a su madre llorando en la mesa, pero solo sintió rabia. No dijo nada, cruzó la puerta principal y la cerró de golpe.

Sentía un fuerte dolor de espalda al bajar la colina. Se detuvo para acomodar su mochila, dándose cuenta de que no duraría mucho la cuesta arriba. Más adelante se encontraba el puente Harrison, que se curvaba sobre el arroyo Precita, con su habitual aglomeración de pescadores. Tomó la mochila en la mano, preparándose para resistir el dolor. Subió al puente y la dejó en la cima, detrás de tres niños y un anciano.

—¡Nwin! —El anciano se giró. Era Al Robledo, el viejo amigo de su padre.

"Hola Al."

“Solo les estoy enseñando algunos trucos a estos chicos... los mismos que te enseñaba hace unos diez años, creo”, sonrió y presentó a Nwin a los jóvenes. Todos levantaron la vista hacia Nwin, viendo a un hombre, aunque eran mucho más cercanos a su edad que él a la de Al. “No te ves muy bien, hombre”.

"Estoy bien. Es mi espalda".

“Apuesto a que los chicos de aquí estarían encantados de ayudarte, ¿no es así, chicos?”

—¡Yo lo hago! —se ofreció el más pequeño, un niño afroamericano de diez años. —¿Adónde vas?

—Uuhhh, bueno, yo... —Nwin miró hacia el arroyo, al sol que brillaba sobre la superficie brillante—. Voy al Taller Comunitario de Shotwell en la calle 22.

—Está cerca. No hay problema. —El chico llevó su mochila a un local de bicicletas cercano.

"¿Cómo se llama?" le preguntó Nwin a Al.

“Melvin, Mel. Es un buen chico. Deberías hablar con él. Vive con su mamá”. Mel regresó corriendo. “¿Quieres ir ya? ¿O quieres pescar un poco primero?” “Vamos, ¿de acuerdo? No me gusta mucho pescar últimamente”.

“¡Claro!” y Mel regresó al remolque que lo esperaba.

“Gracias Al.”

Buena suerte, Nwin. Cuida esa espalda, ¿entiendes?

Bajó del puente con cuidado. Mel lo esperaba, sujetando la parte delantera del remolque. Lo arrastraría a pie.

“Sabes, puedo hacerlo yo mismo”, dijo Nwin, cuando vio lo fácil que era arrastrar el remolque.

"¿Quieres?" Mel lo miró con los ojos entrecerrados, visiblemente decepcionado. Nwin se dio cuenta y decidió dejarlo así.

“No, está bien, si no te importa...”

Mel sonrió ampliamente y avanzó con entusiasmo. Al notar que dejaba atrás a Nwin, aminoró la marcha. "¿Te duele?"

—¡Sí, mi espalda! Hice algo, no sé qué.

Mel intentó imaginarse que le dolía la espalda, pero era un pensamiento extraño.

“¿Ya trabajas?” preguntó Nwin.

He estado mucho en los jardines. Mi tío me llevó a plantar techos. Lo hice varias veces. En la escuela, hice un taller de góndolas. —Su voz se fue apagando.

"Parece que hiciste algo bueno", dijo Nwin alentadoramente. "¿Ya asististe al Taller Comunitario?"

He ido mucho al de Holly Court. Vivo por allí. Pero no al de Shotwell. ¿Y tú?

“Mi primo es el personaje principal allí”.

Mel gruñó mientras el carrito rebotaba sobre unas vías en la calle 24. La densa vegetación a lo largo de la calle 24 se extendía a baja altura, proyectando profundas sombras a su alrededor. Los loros graznaban ruidosamente en los árboles, mientras que a la derecha se extendía una animada cafetería. El tintineo de las campanas de las bicicletas instaba a Nwin y Mel a salir de la vía rápida. Un pequeño tranvía histórico se acercaba desde el este. Mel llevó el carrito a la

esquina opuesta, con Nwin caminando lentamente detrás de él, mientras el tranvía se detenía.

"¡Fernando! ¡Fernando!", gritó una joven desde el café de la esquina. Voltearon la vista y vieron a un apuesto joven bajarse del tranvía. La efervescente mujer saltó a sus brazos cuando él dejó caer su bolso, y desaparecieron en un largo y apasionado abrazo. La gente empezó a aplaudir después de un momento, al principio suavemente, pero a medida que el beso duraba, los aplausos se fundieron en un acompañamiento rítmico, todos riendo y disfrutando del momento. Mel se secó la frente mientras él y Nwin permanecían en silencio contra la pared, observando. Amenizados por una docena de mirones entusiastas, la joven pareja finalmente se separó riendo. Ambos se sonrojaron profundamente y les hicieron señas a todos para que pararan.

Mel y Nwin reanudaron su camino hacia la calle 22 y pronto se detuvieron frente a la elegante casa victoriana con su letrero ostentoso. Mel lo leyó para sí mismo y rió disimuladamente. "Qué pasada, tío. La casa de tu primo, ¿eh?"

"Es uno de los trabajadores habituales. Pasa y te lo presentaré. Si te interesa la carpintería, ¡es el mejor!", dijo Nwin con orgullo.

“¿Carpintería?” Un fuerte zumbido se escuchó desde adentro mientras una sierra de mesa cortaba una tabla.

"Tiene todo lo mismo que tu taller de Holly Court, y todos los demás, por supuesto", continuó Nwin, mientras comenzaba a sacar su bolso del remolque.

“¡Oye, ese es *mi* trabajo!” se quejó Mel alegremente.

“Está bien, está bien”, se rió Nwin.

Mel bajó la bolsa al suelo, apoyando con orgullo su carrito contra el lateral de la casa. Dentro, el aserrín flotaba en el aire. Dos personas trabajaban en bancos cerca de una de las ventanas abiertas. Jimmy estaba envuelto en una nube de aserrín junto a la sierra de mesa, parcialmente oculto tras su respirador y su sombrero. Nwin y Mel estaban en la puerta, mirando hacia dentro.

“¡Hola Jimmy!” llamó Nwin.

"Nwnngh", murmuró, antes de quitarse la máscara, asegurándose de apoyar la madera cortada contra la pared. "Nwin, ¿cómo estás? ¿Quién es tu amigo?"

"Este es Mel", y Mel se irguió lo más que pudo. Jimmy se acercó y le dio un manotazo a Mel, luego le dio a Nwin un polvoriento abrazo.

¡Cuidado! ¡Mi espalda...!

Perdón, lo olvidé. ¿Qué te trae por aquí?

—Mi madre... No pude soportarlo. Tuve que irme... —Miró a su primo, quien le devolvió la mirada, expectante.

"Uuhhh, yo, uh, me preguntaba", dijo Nwin en voz baja.

Jimmy mantuvo su vista fija en el niño mientras le decía a Nwin: “Oye, ¿por qué no vienes y te quedas en mi casa por unos días?”

Oye, Mel, ¿quieres hacer carpintería? El chico asintió con entusiasmo. "Déjame prepararte. Primero ponte esto", y Jimmy le lanzó un delantal. "Ven aquí. Empieza por familiarizarte con la madera. Toma, pongamos esto en el tornillo de banco", y ajustó una de sus maderas en el tornillo. "Ahora toma este bloque y la lija, y empieza a trabajarla así. ¿Ves? Sigue la veta y alísala mientras hablo con Nwin, ¿de acuerdo?" Observó al chico empezar, asintiendo con aprobación, y luego le dio una palmadita en la espalda. "Sigue así, vuelvo enseguida".

Nwin y Jimmy caminaron hacia el porche delantero.

—Nwin, amigo, ¿qué haces peleándote con tu madre? ¡Tienes que cuidarla!

“Ya sabes cómo es con ella, está en comités y juntas y todo eso; de todos modos, nunca está en casa”. Continuó

explicando el problema esa mañana, y Jimmy lo asimiló impasible.

—Bueno, quédate conmigo un tiempo. Tu madre te necesita. Pero tómate un descanso, quédate en mi casa y ya veremos en una semana más o menos.

Jimmy miró a lo lejos, con el ceño fruncido. Nwin no se dio cuenta, aliviado de haber terminado la incómoda charla familiar. Pasaron unos minutos antes de que Jimmy finalmente se aclarara la garganta, incómodo.

—Uuhh, Nwin... —sacó un papel arrugado—. ¿Sabes algo de esto? —Le entregó el papel a Nwin.

¡Era la primera página de las instrucciones del Frente de Liberación de la Tierra para el incendio provocado! Reprimió las ganas de correr. Evitó hacer ruidos extraños y tomó el papel sin temblar, diciendo solo "¿Eh?". Lo miró fijamente un instante antes de devolvérselo a Jimmy. "¿Qué es esto?"

“¿Nunca lo has visto?”

Nwin meneó la cabeza.

No sé Nwin. Harriet lo encontró en el taller de electricidad la semana pasada cuando estaba limpiando. Me lo trajo. Yo tampoco hice nada con él porque no sabía qué demonios era. Pero hace un par de días, nos llamaron de la oficina del Detective Público. Están buscando pistas sobre ese gran

incendio en la montaña de San Bruno. Parece que han concluido que fue provocado. Solicitaron a todos los Talleres Comunitarios que respondan si hay algo que pueda ser útil para su investigación. Jimmy hizo una pausa y miró fijamente a Nwin.

¿Por qué... por qué crees *que sabría* algo? Hace mucho que no uso la tienda.

—Sí, no lo creía. Olvídalo, hombre. —Volvió a guardar el periódico en el bolsillo.

—Tú... tú... eh... no creerás que *tuve* algo que ver con ese incendio, ¿verdad?

"No, olvídalo", Jimmy lo descartó con un gesto de desdén. Pero recordó que Nwin le había provocado un gran incendio a Bernal cuando era pequeño. Tuvo que preguntar.

—Oye, ¿has oído hablar de la guerra? —preguntó Jimmy de repente.

¿Guerra? ¿Qué guerra?

En Chile. Salió en las noticias esta mañana. Tres mil soldados armados atacaron dos pueblos y se apoderaron de los arsenales.

—¡Madre mía! —Nwin silbó sorprendido—. ¿En Chile, dices?

—Sí. ¡Qué locura! ¡Quieren acabar con lo Común!

Oí hablar de esto en el trabajo. Pero solo de pequeñas incursiones en una granja familiar de allá. Bueno, quienquiera que haya sido probablemente esté con el mismo grupo. Suena bastante mal. ¡Chíngale!

Se sentaron en el porche un rato más, el sol de la tarde desapareció tras el techo bañándolos en sombra.

—Escucha, Nwin, tengo... ¡Mierda! ¡Tu amigo! —Y volvió corriendo para averiguar en qué lío se había metido Mel. Mel estaba cerca del banco de trabajo, observando a Anne tallando una cara. Al ver a Jimmy y a Nwin, se acercó sonriendo.

—¡Vaya, qué pasada! ¡Quiero aprender a tallar así! ¿Me puedes enseñar?

Jimmy le dio una palmada en la espalda. "¡Claro que sí!". Jimmy siempre se alegraba cuando llegaba un chico nuevo. "Nwin, si quieres ir a casa, creo que Sheila está allí, aunque quizá esté en el restaurante. Siéntete como en casa. Puedes usar el sofá. Deja tus cosas en la esquina de la sala".

Nwin le dio un manotazo a Mel, felicitándose por haber encontrado al mejor chico del pueblo para aprender carpintería. Respirando profundamente para contener la ansiedad que lo azotaba, recogió su mochila, pero antes de

dar cinco pasos, oyó que la puerta se abría tras él y unos pasos ligeros descendían rápidamente por la escalera.

¡Espera, hombre! ¡Tengo que llevarte la mochila! Mel corrió a buscar su remolque para ayudar a Nwin a llegar a casa de Jimmy.

“Mel…”, hizo una pausa. El chico lo miró expectante. “Mira, puedo con esto. Te diré qué. ¿Qué tal si me prestas tu carrito y, cuando termines aquí, vas a casa con Jimmy a buscarlo?”

"¿Estás seguro?" Mel se sintió obligado a terminar de ayudar a Nwin.

—Sí, no hay problema. —Subió su bolsa al carrito y le quitó el asa a Mel—. ¿Ves? No es ningún esfuerzo. No pierdas el tiempo conmigo, ¡vuelve ahí y diviértete! Además, le caes bien a Jimmy —le dijo con un guiño cómplice.

—¡Muy bien, gracias! —Mel regresó corriendo al taller comunitario de Shotwell.

Nwin empezó a caminar por Shotwell, oliendo los perfumados jazmines que parecían estar frente a todas las casas de la manzana. Se sintió mareado, la ansiedad lo invadía. ¿Cómo demonios había olvidado eso? Se detuvo y abrió su maletín, buscando a tientas las carpetas. Sacó una y la abrió. "¡Mierda!". Efectivamente, faltaba la primera página. La guardó rápidamente, mirando furtivamente de un

lado a otro. Nadie podría relacionarlo con el periódico ni con el incendio.

La casa de Jimmy en la calle Folsom era una pequeña casa sobre pilotes. Todas las habitaciones estaban en el segundo y tercer piso. La planta baja estaba diáfana y servía principalmente de almacén. Nwin dejó el carrito a la sombra, tomó su mochila y subió las escaleras al segundo piso.

"¡Hola!", gritó. No había nadie en casa. Sheila probablemente estaba en el restaurante donde trabajaba en The Willows. Fue a la cocina, se sirvió agua fría y la llevó al porche. Intentó tumbarse en la hamaca, siempre su favorita, pero la espalda empezó a dolerle antes de poder soltarse del todo. En su lugar, encontró un pequeño sofá que miraba hacia el norte, hacia The Willows. Apenas distinguía Mission Creek y la densa y transitada autopista al otro lado. Cogió los prismáticos que estaban sobre una mesita y, ajustándoselos, se recostó para observar el tráfico que pasaba.

Al rato, le entró sueño. El sol estaba lo suficientemente bajo como para proyectar su calor intenso sobre el porche. Nwin se retiró a la cocina. Abrió el refrigerador y encontró restos de arroz y frijoles, que echó en una sartén para recalentar. Extendió la mano y encendió la radio.

“—Reportando desde Valparaíso, Chile.”

Gracias, Ophelia. Entonces, Hank, ¿qué sabes de este grupo en Chile, la Brigada Pinochet/Reagan?

Dave, llevan un par de años operando, pero este es, con diferencia, su mayor ataque hasta la fecha. No cuentan con mucho apoyo popular. Hasta ahora, sus operaciones se han limitado a pueblos pequeños en las laderas de Chile.

¿Qué crees que podrán hacer?

Obviamente, ataques terroristas como el de hoy, que mataron a sangre fría a decenas de personas indefensas, pondrán a prueba a la sociedad chilena, así como a la nuestra. Ha pasado medio siglo desde que lidiamos con insurgencias armadas serias. El fin de la guerra de guerrillas a principios del siglo XXII parece muy lejano.

¿Crees que esto nos obligará a reactivar nuestras milicias?

Creo que tendremos que considerarlo seriamente. Aprendimos hace mucho tiempo que la resistencia pasiva es muy eficaz para producir mártires, pero no conduce al éxito militar.

“Por ‘éxito’ supongo que te refieres no sólo a detener la agresión, sino también a evitar la militarización de nuestras propias vidas”.

Sí, bien dicho. Tengo la edad suficiente para recordar cuánto luchamos por este tema hace cincuenta años. Los

jóvenes nacidos después de 2110 no recordarán mucho al respecto, así que tenemos una tarea que hacer. Es importante que los jóvenes aprendan esa historia. Responder militarmente implica ceder terreno importante ideológicamente a los agresores.

Nwin apagó la radio. No soportaba tanta cháchara. Se sentó a comer y, tras acabar, decidió salir, aunque no estaba seguro de adónde.

Capítulo XXXI

Fue un día espectacular. El cielo era de un azul brillante y todo se veía vibrante y limpio. La densa vegetación de las colinas caía en cascada entre las viviendas dispersas por las laderas. Bandadas de pájaros volaban en picado sobre las Alturas del Parnaso, mientras los halcones volaban en círculos más arriba.

—Bridget, cariño —Kathy Fairly se inclinó y besó a su pareja en la frente—. Bridget, deberíamos empezar a movernos. —Le acarició la espalda mientras la besaba suavemente detrás de la oreja, apartándole el espeso cabello gris de la cara. Bridget se movió, emitiendo pequeños gemidos al despertar de su profundo sueño.

“¿Ya es de mañana?” murmuró, arrugando las sábanas con más fuerza, intentando en vano prolongar la comodidad de un sueño perdido.

Kathy acarició la espalda de Bridget una vez más, retirando las sábanas para dejar que el aire fresco de la mañana fluyera sobre la espalda bien formada de su amante. La piel de Bridget mostraba su edad aquí y allá en pequeñas arrugas donde sus brazos se unían a sus hombros, bultos donde sus muslos se unían a su trasero aún firme. En lo que a Kathy respectaba, su pareja era una diosa. Bridget era una artista y escritora fuerte, ingeniosa, brillante y hermosa. Durante sus tres décadas juntas, mucho había cambiado, pero habían perdurado. Cuando Kathy se convirtió en Investigadora Pública, la escritura y el arte escénico de Bridget habían florecido. De alguna manera, las dos vidas, separadas pero complementarias, habían trabajado en beneficio de cada una.

Kathy se estaba cepillando los dientes cuando Bridget cruzó la puerta detrás de ella hacia el baño; su postura fláccida matutina contrastaba con su físico aún esbelto. Con los ojos adormilados, se sentó en el inodoro a orinar mientras Kathy terminaba de cepillarse los dientes y empezó a tararear mientras terminaba sus abluciones.

¿Por qué estás tan alegre esta mañana?

Kathy miró a Bridget, que se hundía en el inodoro con cara de pocos amigos. Se rio suavemente y se acercó a besarla en la frente. "¡Querida! ¡Por favor, no te caigas! ¡Me arruinarás el humor si te quedas atrapada ahí!"

Bridget arrugó la cara en una mueca, pero no pudo contenerla y comenzó a sonreír, contagiada por el buen humor de Kathy.

"¿Quieres cereal esta mañana?" preguntó Kathy.

"Claro, supongo."

Diez minutos después estaban sentados en un gran ventanal en la torreta sobre su casa victoriana de estilo Reina Ana. Su vista hacia el sur desde Fulton y Lyon era brillante y soleada: Buena Vista, Twin Peaks y Parnassus Heights con el bosque Sutro detrás, puntos de referencia verdes que llenaban el panorama. Kathy preparó dos tazones rebosantes de cereal, cubiertos con una mezcla de pasas, frambuesas, duraznos y kiwis. Humeantes tazas de café fuerte acompañaban una pequeña tabla de madera con pan, miel, mantequilla y varios quesos. El viento entraba por la ventana abierta y sacudía los papeles en el estante detrás de su mesa, así que Bridget se acercó para cerrarla. "¡Parece un gran día para un paseo por la bahía!", dijo Kathy.

—Ah, sí, por eso estás tan feliz. Es el día de la boda de Robin. Así que dime otra vez, ¿cuál es el plan?

Nos reuniremos con la gente a las 10:00 a.m., en el muelle de North Beach. Un barco nos llevará a Petaluma. Allí bajaremos, pasearemos por el casco antiguo y luego tomaremos un autobús hasta la costa, donde nos recibirá un carruaje tirado por caballos. La boda es un poco tierra adentro, cerca de Valley Ford, creo. Pasaremos la noche en la granja, suponiendo que no tengamos que dormir con las vacas.

"¿Tus alergias?", preguntó Bridget, recordando una serie de viajes miserables al campo a lo largo de los años.

Traigo mis medicamentos. Si la cosa empeora, me medicaré hasta que me recupere.

Bridget no dijo nada, devorando afanosamente un buen bocado de la deliciosa fruta y cereal. Se mostró escéptica, pues conocía muy bien la obstinada negativa de Kathy a controlar sus alergias con medicamentos.

¿Y qué hay de la ceremonia? No es religiosa, ¿verdad?

Kathy resopló, dejando escapar un poco de café por la comisura de la boca. "¡Más vale que no!..." Tras una pausa pensativa, continuó: "Robin nunca ha dado muestras de ser particularmente religiosa, pero nunca he conocido a su novia, Trish. Así que, ¿quién sabe? Quizás armen un lío de jerga sobre abrazar árboles... ¡Diablos, que yo sepa, quizá Trish sea budista!"

"¿Vas a poder sentarte en una ceremonia como esa?" Bridget no estaba emocionada de ir hasta Petaluma solo para descubrir que su compañera se derrumbaría ante la elección de ritual ceremonial de otra persona.

Kathy la fulminó con la mirada. "Mira, puede que a veces sea intolerante, ¡pero esta es una boda lésbica! ¡Me portaré de maravilla, lo prometo!"

—Entonces, ¿no harás ruidos groseros, no saldrás furiosa y no harás una escena? —la empujó Bridget.

Kathy levantó las manos: "¡Lo prometo, lo juro por la vida, lo prometo!"

Bridget se rió. "¡Guau! Jurar por *la vida,* eso sí que es en serio. ¿Te das cuenta de que te caerá un rayo si lo explotas ahora?"

Kathy se rió, sacudiendo la cabeza, un poco frustrada con su merecida reputación de intolerante. "Oye, mi nuevo candidato, Eric Johanson, viene. Es religiosofóbico. ¡Quizás pueda ver a alguien más enloquecer, para variar!"

Bridget se apartaba de la mesa. "Creo que será mejor que nos vayamos si queremos llegar a North Beach a las 10:00. Ya son las 9:15 a.m.".

—¡Mierda! Se me ha parado el reloj otra vez. —Kathy le dio cuerda y lo guardó en el bolsillo de sus pantalones cortos.

—No vas a usar esos mismos pantalones cortos, ¿verdad? —preguntó Bridget con impaciencia.

¿Por qué? ¿Qué les pasa?

"¡Solo los usas a diario!" Kathy no era precisamente una fanática de la moda, pero Bridget deseaba que a veces se atreviera a arreglarse un poco. "Mira, vamos a una boda. ¡Puedes encontrar algo mejor! ¿Qué tal esos pantalones nuevos que te compraste para ocasiones especiales? ¿Por qué no hoy?"

—Vale, vale —gruñó Kathy. Odiaba arreglarse por cualquier motivo. Todo el asunto de la boda ya era bastante desagradable, pero tener que arreglarse y soportar un ritual estúpido, bueno, eso era ir más allá. Pero era Robin, su Aprendiz favorita, y era una boda lésbica. Y Bridget siempre la incitaba a ponerse ropa más elegante; podría hacerlo hoy y matar varios pájaros a la vez. Fue a su armario, refunfuñando para sí misma.

—¡Vamos! ¡Tenemos que irnos! —gritó Bridget.

Kathy salió con unos pantalones verde oscuro sueltos y una blusa de cuello en V a juego. Tomó uno de sus collares favoritos, una estrella miniatura de plata y turquesa que le colgaba justo en la parte superior del escote. Al llegar a lo alto de las escaleras, Bridget le dedicó una gran sonrisa y un entusiasta pulgar hacia arriba.

"¡Te ves fantástica!"

Mientras Kathy bajaba las escaleras con sus botas vaqueras para ocasiones especiales, Bridget la abrazó y le dio un beso apasionado. Le susurró "gracias" antes de separarse, y luego, con voz normal, "¡Vamos! ¡Vamos a llegar tarde!".

Kathy corrió tras ella, notando la elegancia informal del vestido elegido por Bridget. Botas de gamuza azul hasta la rodilla, un par de bragas anchas y flexibles, y una camisa de punto gris ajustada y escotada, que realzaba su magnífico busto. También llevaba un collar de plata y turquesa, el suyo con una pequeña trapecista balanceándose en la parte inferior. Sus trenzas grises estaban enrolladas elegantemente en su cabeza. "¿De dónde sacó tiempo para peinarse así?", se preguntó Kathy, de la misma manera que se había preguntado innumerables veces en años pasados sobre la asombrosa capacidad de su pareja para verse bien en tan solo unos minutos.

* * *

¿Mensajes? Emmy ya estaba fuera de la cama, sentada en bata, dirigiéndose a “la viña” cuando Eric se despertó. "¡Mierda!", siseó.

"¿Qué pasa?" murmuró con su garganta áspera y llena de sueño.

¡Ay, nada! Olvidé que prometí trabajar en el Exploratorium hoy.

"Mmmmm, te lo dije..." dijo, sin querer molestarla desde el principio.

Mensaje para Roy Woolery del Exploratorium. Roy, lo siento mucho. Olvidé por completo que prometí venir hoy. Mira, voy a una boda. Prometo compensarte. ¿Puedes avisarme cuándo necesites más ayuda la semana que viene? Intentaré que funcione. Gracias, Roy, y lo siento. —Hizo la pausa de cinco segundos de costumbre y luego—: ¡Envíalo! De Emmy Hodges, Page Mews.

—¡Hombre! ¡Tengo que dejar de reservar tantas cosas! —Cruzó la habitación hacia su armario, murmurando para sí misma, visiblemente frustrada.

—Oye —la llamó Eric—. ¿Vienes un momento?

Ella salió del armario con las manos en las caderas. Él la agarró y ella se acercó, suspirando, y se dejó caer en la cama.

“¿Por qué sigo haciendo esto?”

"¿Sólo estás tratando de ayudar?"

—Eso no lo entiende. —Lo besó en la frente. Él aprovechó para abrazarla. Ella se estiró a su lado, quitándose las pantuflas. Él la besó en la cara, acariciándole la espalda a

través de la bata. Ella se retorció apreciativamente y se apretó contra él a través de las sábanas.

“¿Tal vez sea hora de una prueba?”, reflexionó en voz alta.

"¿Estás listo para eso?", preguntó, apoyando la cabeza sobre un codo.

“Bueno, tengo que admitirlo, me estoy cansando de faltar a citas y de tener demasiadas citas”.

“No tienes que trabajar en tantos lugares conocidos”.

—Lo sé, lo sé. Pero me intriga. Cuando alguien me quiere, no puedo decir que no. —¿Quizás deberías aprender a decir que no antes de hacer una prueba?

“Tal vez… ella enterró su cabeza en su pecho y dejó que él le acariciara el cuello.

"Oye, ¿qué hora es?" preguntó.

“Son alrededor de las nueve, creo”.

“¿En serio?” la apartó y se incorporó bruscamente. “Tengo que ducharme. ¡Tenemos que darnos prisa!” Saltó de la cama y corrió a la ducha. Ella se dio la vuelta y se quedó tumbada con los brazos bajo la cabeza, mirando al techo. *Todo este viaje de bodas es una molestia,* pensó. Pero sabía que tenían que irse ya, sobre todo después de pedirle a Eric

que se mudara de su habitación. De alguna manera, necesitaba hacer más espacio y tiempo para ella misma. ¡*Mañana!*, pensó. *A partir de mañana, voy a trabajar menos y más... más... Bueno, ¡menos trabajo!* ¿Qué haría? De alguna manera, no se le ocurría nada y seguía recurriendo a las listas de los Anuarios. No era artista, ni escritora, ni fotógrafa. Le encantaba bailar. *Quizá tome clases de baile. Pero eso es tan frívolo.*

Frustrada, se levantó con determinación. Volvió a elegir su ropa para el viaje. Estaba terminando de empacar su maleta cuando apareció Eric, secándose el pelo mojado con una toalla.

"¡No puedo creer lo largo que está mi cabello de repente!", exclamó. Ella observó su piel pálida, firme y musculosa sin ser "fornida", y sonrió al ver su pelo raga y muffin, que ahora le caía por toda la cara. Se acercó a apretarle el trasero y mordisqueó su pezón.

"¡Ay!", retrocedió automáticamente, pero se alegró de la atención física. Ella le dio una palmada juguetona en la barriga antes de agarrar su bolso.

“Conseguiré algo que podamos comer en el camino”.

Ella desapareció por la puerta. Él eligió su ropa más elegante para la boda. Se puso pantalones de pana verde, zapatos marrones de cuero y una camisa roja oscura

abotonada estilo western con bordados ornamentales en el pecho y los hombros. Por miedo a perderse, se vistió rápidamente y terminó de empacar, y luego salió corriendo con su bolso en la mano. En la cocina encontró a Emmy lista con su propio bolso, un pequeño recipiente de magdalenas y dos tazas de café.

“Vamos a tomar un tándem y podemos alternar, ¿vale?”, sugirió.

"Buena idea."

En cuestión de minutos, bajaban a toda velocidad por Wiggle, con Eric detrás de Emmy, disfrutando de su café y un muffin mientras ella conducía. Tenían treinta y cinco minutos para llegar, así que se relajó. "¡Qué buen café!", exclamó.

—¡Lo hice fuerte! —gritó al viento que se acercaba—. ¿Te gustan esos muffins de limón?

"No están mal", murmuró con la boca llena. Después de devorar un muffin y terminar su café, preguntó: "¿Quieres cambiarte para poder comer?".

Me comí medio muffin mientras esperaba el café, así que estoy bien. Comeré en el barco.

Pedalearon a lo largo del camino, después de haber cruzado el puente Sans Souci y la puerta de hierro en el

extremo este de Wiggle, bajando la colina Abundance y pasando la torre de madera en espiral hasta “El Camino Real” en Valencia.

En la calle Polk, maniobraron con cuidado entre los peatones frente al Ayuntamiento. En medio del denso tráfico de bicicletas, se adelantaron a varios ciclistas. Las líneas entrecruzadas sobre la calle sostenían pancartas, pinturas y algún que otro letrero. Uno lucía un perro de tres cabezas y decía: "¡No es un mito! ¡La integridad de las especies es esencial!", una exhortación del movimiento integrista. Varias pancartas verdes colgaban mostrando diversos árboles y flores, a veces con la frase "Los jardines crecen... Cultivad jardines".

"¡Hola Eric!" Emmy frenó al recibir el saludo, y redujeron la velocidad junto a Kathy Fairly y una hermosa mujer con trenzas grises enrolladas en la cabeza, botas de gamuza azul que impulsaban la bicicleta mientras pedaleaban juntas. A Eric le resultaba muy familiar, pero no la reconocía. Sonrió a la detective pública.

—¡Hola, jefe! —bromeó—. Esta es mi amorcito, Emmy Ndbele Hodges.

Emmy le dio a Kathy una gran sonrisa: "Eric me contó todo sobre ti".

—¡Ay, no! —Kathy fingió horror—. ¡Eric, te dije que no se lo dijeras a nadie! —continuó bromeando—. Esta es mi compañera, Bridget O'Reilly.

Entonces Eric recordó: "Oye, ¿no nos conocimos en el Wiggle?"

¡Sí! Me preguntaba si me reconocerías. ¡Te recuerdo! De hecho, cuando nos vimos, me di cuenta de que debías ser el nuevo Tryout[25] del que me habló Kathy. —Sonrió con picardía, recordando que no se lo había dicho cuando se conocieron.

Eric se sorprendió. "¿Cómo es que no dijiste nada?"

Bridget se encogió de hombros. "Sabía que te volvería a ver". Lo dejó ahí. Todos se concentraron en su avance por Polk Street, ya que estaban llegando a la bifurcación donde tendrían que atravesar el túnel Broadway o continuar hacia Bay Street y la calzada acuática por la costa hasta los muelles de North Beach.

“Tomemos el túnel, ¿de acuerdo?”, sugirió Kathy, que ahora estaba apenas por delante.

El túnel tenuemente iluminado estaba oscurecido en parte por generaciones de pinturas que se habían apilado en las superficies de las paredes. En algún lugar del pasado, los

25 Un tryout es una prueba en la que los jugadores tienen la oportunidad de demostrar su talento, esfuerzo y disciplina.

muralistas habían comenzado a trabajar en el túnel, pero habían sido pintados tantas veces por tantos artistas diferentes que ahora era un revoltijo de imágenes incomprensibles y superpuestas. Todo, desde escenas de la jungla hasta horizontes en llamas en guerras imaginarias, escenas submarinas hasta vistas históricas de los barcos clipper que una vez llenaron la bahía. Eric se giró de un lado a otro repetidamente mientras bajaban por el túnel, tratando de digerir el aluvión de imágenes conflictivas y parciales que pasaban zumbando. Emmy dejó escapar un largo grito para aprovechar la acústica del túnel, y pronto se le unieron Kathy y Bridget. No había mucha gente en el túnel tan temprano, así que cuando tuvieron que correr hacia el otro túnel para evitar el derrumbe de décadas de antigüedad, apenas redujeron la velocidad. Salieron e hicieron el rápido giro a la izquierda hacia Powell.

Al llegar a Columbus, se dirigieron hacia los muelles, a pocas cuadras de distancia. Al estacionar en el velero contiguo, charlaron animadamente sobre el día que les esperaba.

“¿Sabes qué barco debemos tomar?” preguntó Eric.

"Veamos", dijo, y rebuscó en un papel en su bolsillo. “*Gamle Ole,* en la calle 53, Muelles de North Beach".

Se dirigieron hacia la calle 50 y encontraron la 53. Efectivamente, allí esperaba un pequeño ferry llamado

Gamle Ole. Un hombre de rostro colorado y barba blanca reía a carcajadas mientras se acercaban al barco. Si hubiera ido de rojo, habría pasado fácilmente por Papá Noel; su larga barba y cabello blancos contrastaban con su piel color remolacha. Sus ojos rieron al saludarlos, señalando con su pipa hacia la popa del ferry: «Tirad vuestras cosas ahí abajo».

Todos subieron a bordo y bajaron a guardar sus maletas. De vuelta en cubierta, subían más personas: una elegante mujer mayor con una elaborada túnica blanca y un tocado, seguida de tres mujeres jóvenes.

—¡Francesca! —Bridget le dio un fuerte abrazo—. ¿Tú también vas a la boda?

—¿Sí? —preguntó sorprendida—. Hola, Kathy —y se abrazaron también—. ¿De dónde conoces a Trish?

Kathy explicó que fue Robin, una de sus aprendices, quien los invitó y que aún no conocían a Trish. "¿Y tú?"

He sido amiga de los Wadsworth desde que tengo memoria. En aquellos tiempos... —Hizo una pausa y miró a su nieta, quien la observaba con evidente impaciencia—. Lo siento. Esta es mi nieta Valentina Rogers y sus amigas Shelley y Harmony Medina.

Se dieron una palmada en la mano mientras Kathy presentaba a sus compañeros: "Esta es mi amiga, Bridget O'Reilly".

“¡Hola Bridget!” rieron Valentina y las chicas, que la conocían bien.

“Y este es un nuevo Tryout en mi oficina, Eric Johanson y su novia”, hizo una pausa tratando de recordar su nombre exactamente, “Emmy Ndbele”. Y Emmy la interrumpió, sonriendo, feliz de haber dicho bien la parte más difícil de su nombre, “Hodges”.

Valentina sonrió cálidamente mientras le daba un golpecito con la mano. "Te he visto por ah. ¿Vives en Haight?"

“Sí, Page Mews, ¿lo conoces?”

"Claro, estoy cuesta abajo de ti en el Pierce Palace".

—No he estado allí. ¿Está en la zona también?

“Sí, en medio del Wiggle, al noreste del arroyo”.

Emmy negó con la cabeza. "¿Sabes? Casi nunca llego a ese lado del arroyo. Siempre estoy yendo y viniendo por la ruta principal. Pero más o menos sé a qué te refieres. Estaba haciendo anuales con un equipo de energía solar cerca de Alamo Square. Está bastante cerca, ¿verdad?"

Shelley intervino, para no quedarse afuera: "Sí, ¡solo cinco cuadras!"

Se acomodaron en bancos acolchados en la parte trasera del ferry mientras esperaban la salida. Eric se alegró de ver a Andy aparecer en la pasarela, acompañado de una mujer bajita y fibrosa de cabello oscuro. Luis iba justo detrás de él, con un hombre muy guapo de piel aceitunada, cabello y cejas negras y espesas, caminando con el placer cohibido de quien está acostumbrado a ser observado. Bajaron también a guardar sus cosas y luego salieron para unirse a la fiesta nupcial.

"Esta es Eleanor", dijo Andy a todos. Ella saludó nerviosamente y se retiraron a un banco, solos, para conversar en voz baja. Luis presentó a Roy a cada persona, feliz de que lo vieran con su guapísimo novio.

El capitán anunció que partirían en cuanto llegaran los dos últimos pasajeros, lo que ocurrió menos de un minuto después, cuando dos mujeres más, bajitas y corpulentas, resoplando, subieron al ferry. Se quedaron en la cubierta, jadeando, miraron a su alrededor, e hicieron contacto visual con Francesca Panduccino.

—¡Oye! —jadeó la que estaba más cerca, una rubia decolorada con una camiseta blanca sin mangas y un tatuaje recargado adornando el abultado bíceps de su brazo derecho. Era cuadrada, robusta, y parecía alguien que había estado en alguna que otra pelea de bar—. ¡Francesca! ¿Cómo va todo? ¿Vas a la boda?

—Hola Janet —dijo Francesca, cruzando la terraza para saludarla. Se dieron un fuerte abrazo y se separaron riendo.

—¡Lo sabes! —dijo Janet con una mirada radiante—. Este es mi amor, Sal. Sal era más baja que Janet, con una complexión robusta y parecía tener el ceño fruncido permanentemente. Llevaba el pelo negro muy corto, y sus pendientes de diamantes brillaban a la luz del sol, suavizando la furia contenida de su postura. Cuando sonreía, sus hileras de dientes blancos y perfectos disipaban la nube que parecía cernirse sobre ella. El *Gamle Ole* hizo sonar su sirena y empezó a moverse.

Harmony, que había estado explorando el barco, corrió directamente hacia Francesca, quien ya se encontraba rodeada informalmente por el resto de la fiesta. "¿Sabías que hay mucha más gente dentro que también va a la boda?", exclamó con entusiasmo.

"¿En serio?", y varias personas entraron para ver quién más estaba a bordo. Estalló una carcajada desde abajo, y momentos después, otra docena de jóvenes subió a cubierta. Una música de big band sonaba por el sistema de sonido, creando un ambiente alegre para la comitiva mientras los amigos se reencontraban y otros hacían nuevas amistades.

“¡Emmy!” la saludó alegremente una mujer negra de mediana edad.

"Eric, ella es Sue Billings", y se dieron la mano, "es una amiga cercana de la familia".

“De hecho, soy la mejor amiga de su tía”, explicó Sue. “Y esta es mi amor, Paula Pandit”, mientras presentaba a otra hermosa mujer de su misma edad, con una larga cabellera negra que enmarcaba su rostro perfectamente simétrico. “¿Qué tal?”, saludó Paula con cautela. Sue sonrió y la abrazó, explicando: “Finalmente la convencí de mudarse a San Francisco hace un año”.

—¿Ah, sí? —Emmy estaba intrigada—. ¿De dónde eres?

“Soy de Inglaterra, pero mis padres eran de Mumbai, India”.

"¡Me encantaría visitar la India!", exclamó Emmy. "¿Verdad, Eric?"

—Eh, sí, claro, supongo que sí. —Nunca lo había pensado. Mientras intentaba mantenerse animado y tranquilo, su habitual reticencia se estaba apoderando de él. Solo conocía a Kathy, Emmy y a sus compañeros de trabajo, y a estos últimos no muy bien. Obviamente, la mayoría de los presentes ya se conocían, creando una especie de ambiente lésbico del que se sentía desconectado.

Emmy charló con Sue y Paula mientras Eric se alejaba y caminaba hacia el otro lado del barco para verlo partir de la ciudad. Docenas de banderas coloridas ondeaban con la

brisa matutina desde los altos apartamentos en las laderas de Telegraph y Russian Hills. Más banderas y edificios altos se alzaban sobre las colinas del centro. Eric se desplomó en la barandilla, mirando hacia el este, hacia las colinas neblinosas a lo lejos. Fragmentos de conversación se arremolinaban tras él, pero era un murmullo indescifrable que competía con la música enlatada.

Saltaron delfines del agua justo a babor, con su piel gris brillante reluciendo a la luz del sol. Avanzó para ver mejor, y por primera vez vio bien Alcatraz. Había visto fotos... ¡*Rayos! Olvidé traer mi cámara.*

La estatua más grande en el centro de la isla estaba en ruinas, solo los muñones de sus piernas aún se erguían seis metros por encima del resto de las extensas esculturas que habían proliferado a lo largo de los años. En fotos antiguas de la inauguración del gigantesco soldado estadounidense, listo para defender las costas, miles de pequeñas embarcaciones habían rodeado la isla mientras los barcos de bomberos habían lanzado chorros de agua al cielo. Se había derrumbado en el gran terremoto de 2044, y como era tan controvertido, nunca se reconstruyó. Ahora la isla lucía cientos de extrañas esculturas e instalaciones. A medida que se acercaban, Eric pudo ver agua fluyendo desde una fuente central, en cascada a través de los jardines de esculturas y los acantilados hasta la bahía. Una enorme media cabeza emergió de la ladera occidental, dos ojos de al menos diez metros de ancho mirando hacia el Golden Gate. Al pasar

hacia el oeste de la isla, los ojos los siguieron inquietantemente.

"Oye, ¿estás bien?" Kathy Fairly apareció a su lado.

"¿Eh? Ah... claro, estoy bien", dijo sin mucho convencimiento.

“¿Te mareas?”

—No. No se sentía cómodo, pero no era físico.

“Menuda fiesta la que hay ahí atrás”, reflexionó Kathy.

"Sí, claro que lo parece", coincidió, y la risa resonó de nuevo.

“Lo encuentro un poco excesivo, especialmente tan temprano en la mañana”, confiesa Kathy.

¿En serio? ¿Creía que eras amiga de todos?

No es lo mío. Bridget es amiga íntima de Francesca Panduccino, y Francesca es la reina de este enjambre. No conozco a muchas, solo a Francesca y a las mujeres que he conocido a través de Bridget. ¡Y a todos ustedes, por supuesto!

—Creo que debería intentar ser más sociable —dijo Eric de mala gana.

¡No por mí! Por mí puedes esconderte donde quieras. Pero no te sientas como si fueras el único que no está en el ambiente, ¿de acuerdo? Todos en la oficina, excepto quizás Luis y Roy, están un poco desorientados.

Kathy comenzó a alejarse y luego se volvió hacia él.

Oye, ¿has oído algo de Robin o de alguien sobre qué tipo de ceremonia será?

Gimió profundamente. "¡Oh, mierda! ¿No iremos a una iglesia, verdad?"

No lo creo, pero la verdad es que no conozco los detalles. Creo que vamos a una granja. Claro, eso no significa que no vaya a haber algún tipo de ritual. ¡Solo espero que no tengamos que hacer un círculo, cantar y rezar!

Eric estaba horrorizado. "¿Estás bromeando, verdad?"

—Bueno —miró a las lesbianas que bailaban en la proa bañada por el sol—, depende. Robin es una chica sensata. Quizá tenga una ceremonia sencilla y directa —pero ni ella misma se lo creía—. Eric, oye, ya he pasado por esto varias veces. Se me da bien evitar lo peor. Si se pone demasiado empalagoso, sígueme, ¿vale?

Eric suspiró, su ansiedad aumentó. Se sintió aliviado de que Kathy le ofreciera solidaridad, tal vez incluso un escape.

Sonrió débilmente: "Gracias. Sin duda te buscaré en el momento crucial".

Le dio una palmada en la espalda. "¡No te preocupes! ¡Te salvaré! Pero si nos quedamos atascados, se acabará, y que yo sepa, no deja daños permanentes". Se rió y volvió a la fiesta.

* * *

Valentina estaba sentada observando a las parejas dar vueltas en la cubierta. Shelley estaba a su lado, observándola en silencio. Harmony corría por todo el barco, reapareciendo de vez en cuando contando historias de lo que había visto.

—¿Así que te llevó hasta la montaña de San Bruno? ¿Adonde estaba el incendio? —Shelley seguía intentando que Valentina le contara más sobre su cita con Nwin. Val no había estado muy comunicativa antes, pero quizá ahora podría entender la historia.

"Sí..." Valentina se puso de rodillas y se giró para asomarse a la barandilla del barco, disfrutando del fresco rocío de agua salada mientras el ferry solar surcaba la bahía. Shelley se unió a ella, con los codos apoyados en la barandilla de madera pulida. Valentina continuó: "¡Qué día tan raro! Primero, está hecho un desastre cuando lo encuentro, no está nada listo. Así que vamos a casa de su tía y se ducha."

—Eso no es tan malo, ¿verdad?

—No, supongo que no, pero… —Valentina volvió a sumirse en un silencio frustrado.

“Bueno, ¿y entonces qué?”

Estábamos dando un paseo por la bahía. Nos subimos a su bote y partimos. Parece que estuvimos discutiendo todo el tiempo.

"¿Acerca de?"

Ni siquiera me acuerdo. El Garden Party, la ciencia, las góndolas. —Hizo una pausa y Shelley esperó—. Pasábamos por Hunters Point, ¿sabes dónde están todos esos viejos almacenes y grúas en el agua?

Shelley asintió.

Se puso como loco, hablando de los edificios que aún quedan en la bahía, de que era algún problema ecológico. ¡No sabe de lo que habla!

Shelley observaba las distantes colinas marrones, con nubes blancas y esponjosas que llenaban el cielo azul profundo. Las aves volaban de un lado a otro en densas bandadas, proyectando sombras sobre el ferry, deslizándose velozmente por las aguas de la bahía de San Pablo.

Valentina continuó su relato. “En fin, no quería discutir, así que lo dejé decir lo que quisiera. Después llegamos al lugar

del incendio. Se dirigió directamente al lugar donde comenzó. Caminamos por la zona quemada. Fue espeluznante. Observamos una casa quemada, de la que prácticamente no quedaba nada más que algunos trozos de pared y una chimenea de ladrillo. También había animales muertos, pobres criaturas que quedaron atrapadas en el fuego".

"¡Qué asco!" Shelley arrugó la nariz.

Emmy se acercó a ellos en ese momento, después de admirar sus traseros respingones que se movían de un lado a otro mientras se inclinaban sobre la bahía. "¿Qué les pasa?"

Valentina y Shelley se voltearon bruscamente, sorprendidas de ser interrumpidas. Parecían niñas a las que habían pillado haciendo algo malo.

"Disculpad, ¿estoy interrumpiendo?"

—¡No, no! Solo estoy parloteando —le aseguró Valentina.

Shelley soltó: "Val estaba hablando de su visita a la zona de incendios de la montaña San Bruno".

"¿En serio?" Emmy llevaba semanas oyendo hablar de la investigación. "¿Por qué fuiste allí?"

Valentina se sintió halagada de que Emmy se interesara por ella. Al verla, Valentina siempre se había sentido fascinada por su increíble altura, esbeltez y belleza inusual. Ahora estaban hablando. Le dio a Emmy un breve resumen de la cita disfuncional con Nwin, el viaje a la montaña de San Bruno, y luego entró en detalles sobre lo que había visto: las ruinas, la muerte y los retazos de verde que ya se abrían paso entre las cenizas.

¿Por qué crees que este chico te llevó allí?

“Admitió que había estado allí cuando comenzó el incendio esa mañana”.

"¿¡¿Es así?!?"

Sí, afirmó haber estado dando vueltas por la bahía al amanecer... dijo que lo hace a menudo. Casualmente estaba en alta mar cuando ocurrió la explosión y la vio empezar. Eso fue lo que me contó.

—Mi novio trabaja en la oficina del Detective Público. ¿Sabes qué es eso, verdad? —Valentina asintió.

Está en el equipo que investiga el incendio. Seguro que le encantaría hablar con este chico. ¿Cómo se llama?

Nwin, Nwin Robertson. Trabajaba en el Tazón de arroz, pero creo que dejó de hacerlo. Tuvo una lesión de espalda o algo así.

Vaya. Podría ser un testigo importante. ¿Le contarías tu historia a mi novio? Está en el barco, por ahí.

"Claro, supongo que sí."

Emmy fue a buscar a Eric. Valentina volvió a sentarse en el banco y Shelley la miró.

"¿Crees que será un problema contarles sobre Nwin?"

¿Por qué? Quizás pueda ayudar.

Harmony llegó corriendo. "¡Hola, chicas! ¡Hay comida buenísima abajo! ¡Y yo también me senté en la silla del capitán!". Estaba roja de emoción. Señaló por encima de sus cabezas: "¡Miren! Debe ser Petaluma".

Todos se giraron para ver las murallas del falso castillo que se alzaban sobre el agua, aún a una buena distancia. Pequeños esquifes salpicaban las aguas circundantes. Otras personas se agolpaban alrededor de la proa, observando el pueblo que se acercaba.

“Parece un antiguo pueblo italiano o algo así”, exclamó una de las jóvenes.

¿Cuándo construyeron esas murallas? ¡Aquí no había ciudades renacentistas! —preguntó Paula en voz alta con su característico acento británico.

“Tuvieron problemas con las inundaciones incluso antes del diluvio”, explicó un hombre fibroso con cabello castaño que le caía sobre la cara. Era mayor de lo que aparentaba, porque al continuar, se dieron cuenta de que conocía el lugar antes de que subieran los océanos. “Esos muros se empezaron a construir hace más de 100 años, creo que fue alrededor de 2035”. Se rascó la barbilla, repentinamente perdido en sus recuerdos. “Sí, eran falsos en su época, pero supongo que después de un siglo, ¡tendrías que decir que son bastante reales!”, rió.

El ferry solar se detuvo en un muelle ornamentado, similar a un puente levadizo que colgaba de la muralla de la ciudad. La gente iba y venía desde docenas de embarcaciones. Una amplia escalera dorada brillaba bajo el sol radiante, elevándose por encima del muro en la parte trasera del muelle.

"¡Petaluma!", resonó la voz del capitán mientras el oficial amarraba al muelle y preparaba la pasarela. Entre alegres murmullos y risas, la comitiva nupcial partió de *Gamle Ole.*

Sonó un silbato y todos se reunieron alrededor de una joven atlética que iba al frente. "Hola, chicos, soy Barbara. Tengo el plan. Vamos a dar un paseo corto por el pueblo hasta el muelle oeste y luego tomar un autobús hasta la orilla, donde nos esperan carruajes tirados por caballos". Miró su reloj de pulsera. "Son las 11 en punto. Deberíamos llegar al muelle oeste a las 11:25 para salir a las 11:30. El

paseo en carruaje durará aproximadamente una hora y media, así que, suponiendo que no perdamos a nadie, deberíamos llegar a Rolling Oaks Ranch con tiempo de sobra para la ceremonia de las 3 en punto. ¡Síganme!", y empezó a subir la escalera dorada.

Harmony corrió delante, mareada de placer. Los demás avanzaron en pequeños grupos. Emmy y Eric buscaron a Valentina y la encontraron con Shelley y su abuela Francesca en lo alto de las escaleras, justo delante de Sue, Paula y varias jóvenes de la parte de Wadsworth.

Francesca estaba hablando cuando los alcanzaron, y bajaron en grupo las escaleras hacia el casco antiguo. “... resistieron aquí dos meses antes de que los insurgentes los convencieran de parar. ¡Creían que estaban sitiados! Recuerdo la sorpresa de la gente cuando salieron ondeando banderas blancas, y todos aplaudimos y les tiramos flores. Mucha gente no entendía de qué trataba la revolución. Así que tenían miedo”.

“¿Estabas aquí entonces?” preguntó Shelley con los ojos muy abiertos.

—Claro. Ni siquiera tenía tu edad entonces, pero lo recuerdo con claridad.

Emmy tocó a Valentina en el hombro: "Eh, Valentina, este es Eric".

“Hola, sí, nos conocimos en el barco”.

Eric quería sumergirse en la investigación del incendio, feliz de tener algo útil por delante. Pero había mucho ruido y todos estaban ocupados yendo al casco antiguo. "¿Hablamos luego? Tenemos todo el día y probablemente mañana también, ¿no?"

Valentina asintió sin comprometerse.

Shelley la jaló, y Eric y Emmy se quedaron atrás, mientras el grupo deambulaba por las calles. Petaluma era menos densa de lo que su perímetro amurallado habría sugerido. Mientras bajaban por la Gran Escalera, llegaron a una plaza pública frente a una moderna estructura de vidrio que era el Ayuntamiento. Un edificio de oficinas estaba a un lado, y una gran piscina pública llenaba el otro, llena de niños chapoteando en este caluroso sábado de finales de agosto. Siguieron como una manada mientras Barbara y sus amigos lideraban el camino más allá del perímetro de la piscina. Un material translúcido colgaba en cuatro toldos sobre la piscina. Uno de los toldos era opaco y sombreaba su esquina, donde muchos de los niños más pequeños estaban reunidos con sus jóvenes mamás y papás. Eric lo señaló, notando que el material parecía el mismo a pesar de que no dejaba pasar el sol como el resto.

Sue Billings estaba detrás de ellos. Al notar el interés de Eric, se inclinó hacia adelante: "¿Qué buen material, verdad?

Es un nuevo tejido solar. Viene directamente de la UCSF, ¿sabes?".

Paula anunció con orgullo: «Es demasiado modesta para admitirlo, pero participó en su desarrollo. Sue es bioingeniera allí».

Emmy le dio un codazo a Sue en las costillas, riendo. "¿Así que eres responsable de esas quemaduras que se da la gente por andar con camisetas de sol? ¿Ese es tu truco?"

Sue sonrió tímidamente. «Es ajustable y extremadamente flexible. Puedes hacerlo translúcido, opaco, dejando pasar los rayos ultravioleta, o bloquear el sol por completo. Me sorprende que haya sido tan popular para la ropa. Lo diseñamos para persianas, y quizás toldos—señaló el alero de la piscina—, para exteriores que necesitan sombra ocasional».

Entraron en una calle estrecha que se alejaba de la plaza. Edificios de tres y cuatro pisos colindaban a ambos lados, con fachadas de estuco y yeso, y algunos listones de madera, en su mayoría apartamentos residenciales. A pie de calle había pequeños talleres y tiendas artesanales. A Paula le llamó la atención un expositor de joyas y arrastró a Sue para que echara un vistazo. Otros miembros de su grupo estaban dispersos por la calle, deteniéndose para admirar esculturas, pinturas, joyas y textiles.

“¿Es esta una colonia de artistas?” preguntó Eric.

—No lo sé. Lo único que sé de Petaluma es que está en el agua, protegida por muros —respondió Emmy—. ¡Mira eso! —Se soltó del abrazo de Eric y se acercó a examinar una máscara alargada y ornamentada, tallada en madera oscura. No tenía ojos, solo agujeros vacíos en la madera. La recogió y se giró hacia Eric mientras la seguía a la pequeña tienda, con los ojos asomados por las aberturas.

"¡Espeluznante!"

"¡Me encanta!", dijo su voz apagada tras la máscara. "Es perfecta para Halloween. Y me gusta la pieza".

Se giró hacia el artista, un hombre de edad indeterminada, con el pelo ligeramente canoso alrededor de las sienes, pero piel oscura y rubicunda y una sonrisa pícara. "¿Te gusta?", preguntó, y Emmy asintió, visiblemente encantada. "¿Lo colgarás donde se vea cuando no lo uses para Halloween?"

"Vivo en una casa grande. Lo pondré cerca del comedor, donde lo verán habitualmente más de 50 personas", prometió.

“¡Tómalo y disfrútalo!”, le instó.

Ella anotó su dirección y lo invitó a cenar la próxima vez que estuviera en San Francisco. Le contó sobre la boda, y él les contó sobre sus viajes por el mundo y su fascinación por

la fabricación de máscaras. Se dieron la mano y prometieron volver a verse.

No les seguían el ritmo, pero por suerte, el camino al muelle oeste era directo. Además, varios más seguían en diferentes talleres, descubriendo tesoros y conectando con los lugareños. Sin duda, Trish y Robin habían planeado este desvío sabiendo que sus amigos disfrutarían visitando a artistas locales.

Emmy y Eric alcanzaron a Sue y Paula. "¿Vamos por buen camino?", preguntó Paula con ansiedad.

"Todavía no he visto ninguna curva, ¿y tú?", le preguntó Emmy a Sue, quien negó con la cabeza. Justo delante, Barbara regresaba a paso rápido hacia ellas, con el silbato balanceándose en el pecho mientras corría.

Bien, chicos. ¡Vamos! Faltan diez minutos para la salida. — Pasó corriendo junto a ellos, intentando alcanzar a otros rezagados. Pronto desembocaron en un largo sendero verde que bordeaba el pueblo, junto a un gran muro gris. Después de todo, no vieron mucho de Petaluma, solo una pequeña calle turística que salía de la plaza principal. Encontraron un letrero que indicaba el Muelle Oeste, donde se reunía su grupo. De nuevo se acercaron a una gran escalera que subía por el muro, pero esta evitaba el glamur dorado y hortera del muelle al que habían llegado. Bajaron por los escalones de hierro hacia los muelles flotantes.

"Miren, ahí..." Eric señaló un ferry de guisantes donde Kathy, Bridget y los demás ya estaban a bordo, las mujeres saludando para llamar su atención. Se apresuraron a subir, seguidas unos minutos después por Barbara y los últimos rezagados, aferrados a sus sombreros, bufandas, cuadros y esculturas.

Al partir, Barbara se paró en la proa del barco y levantó las manos para llamar la atención. El capitán del barco estaba en la popa, gritando: "¡Siguiente parada, Petaluma Oeste!". Barbara se quitó el silbato del cuello y lo levantó.

"Solo quería anunciar que mi trabajo ya está hecho", y todos rieron y aplaudieron. Una chica cerca del frente gritó: "¡Barbara! ¡Qué gran líder!", lo que provocó otra ronda de risas.

“Quiero presentarles a Lily, quien los llevará desde este ferry hasta los vagones”. Una de las muchas jóvenes del grupo se levantó de un salto. Llevaba una túnica naranja que funcionaba como un minivestido sobre sus piernas desnudas, que a su vez desaparecían bajo unas botas de trabajo marrones. Su cabello era rubio oscuro con reflejos verdes y se le erizaba hasta la coronilla. Tenía una mirada electrizante, y al empezar a hablar, era evidente que su físico se correspondía con su personalidad.

"Nunca pensé que iría a la boda de Trish", comenzó, y todos comenzaron a reír. "¡Y algunos de nosotros nos

preguntamos si no deberíamos salvarla de este destino infame!" Continuó como si estuviera haciendo una broma a expensas de Trish y sus amigos.

Eric se sumió en sus pensamientos. Las bromas ya lo estaban agotando, en parte porque no conocía a nadie, pero en parte porque esas bromas internas siempre lo dejaban fuera. Miró de reojo a Emmy, pero ella disfrutaba de las bromas, así que apartó la mirada. Ya no cruzaban una gran masa de agua, sino más bien un gran río, aunque formaba parte de la bahía que rodeaba Petaluma. Se alzaban colinas doradas, salpicadas de hermosos robles. Un largo corte en la colina distante parecía ser una carretera; podía distinguir varios camiones y vehículos subiendo la pendiente con dificultad, como hormigas en la distancia. Sus pensamientos se interrumpieron cuando Emmy le puso un número 3 verde en la mano.

"¿Qué es esto?"

“Están dando números a cada uno de los vagones que se supone que debes tomar”.

“¡Pero tú eres un número diferente!” dijo con evidente ansiedad, notando el 2 que ella sostenía.

—¡Eric, relájate! Conoces a mucha gente aquí, y si te dejas llevar, harás nuevos amigos... ¡de verdad! —Se estaba

cansando de las quejas de Eric—. ¡Supéralo! —espetó con firmeza, y se giró hacia el muelle que se acercaba.

Eric estaba nervioso, irritado, y ahora sentía náuseas. Quería que Emmy lo consolara, que le prometiera quedarse cerca, pero tuvo la sensatez de darse cuenta de que era mejor callarse. Así que se quedó allí sentado, conteniéndose, sintiendo una creciente ira por la falta de compasión de Emmy.

* * *

Harmony se esforzaba por avanzar, impaciente por bajarse del ferry y encontrar su carruaje.

Apretaba su número 3, mirando a su alrededor, intentando ver quién más tenía uno. Bridget lo tenía, pero su hermana y Valentina eran del 1 y el 2. No le importaba mucho, ya que todos lo consentían.

—Vigílala, ¿de acuerdo? —Francesca le dio un codazo a Bridget, señalando a Harmony.

—¡No te preocupes! Bridget se sentía bien. Era divertido ser una pareja mayor que iba a una boda como esta. *Tantas jóvenes hermosas...* Después de haber tenido buenas conversaciones, y con toda una noche y un día por delante, estaba relajada y feliz.

Atracaron y la gente desembarcó del ferry, cargada de mochilas y adquisiciones. Los viejos edificios de ladrillo rojo detrás del pequeño muelle constituían un pintoresco lugar de desembarque. A un lado de la pequeña plaza había tres grandes carruajes con dos caballos enormes cada uno. A pesar de las animadas conversaciones y risas, pronto se sentaron en los carruajes, ocho o nueve en cada uno. Miró hacia los dos primeros carruajes y vio a Kathy sentada en la parte trasera del primero con Luis y Roy. ¡*Espero que no intente que hablen de béisbol con ella!,* pensó con picardía. Apenas se le ocurrió la idea, cuando justo detrás de ella dos de los Tryouts de Kathy empezaron a hablar de béisbol. Se giró para ver a Eric y Andy, este último intentando explicarle la escena local.

Así que todos creían que los Farmers estarían fuera de la competición en junio. Pero desde entonces, han jugado mejor que nadie. Ahora tienen un juego y medio de ventaja sobre Reno por el comodín, con 15 por jugar. Los Oaks tienen el primer puesto asegurado. Su número mágico es cuatro.

“Nunca supe quién era quién aquí en la costa oeste”, admitió Eric. “En Chicago seguía un poco a los Cubs, e incluso a los White Sox, pero la liga del Medio Oeste nunca avanza, así que era difícil entusiasmarse con la postemporada”.

¿Qué quieres decir? ¡Los Cardinals fueron campeones continentales hace tres años!

—Ah, sí, vale, pero aun así, el campeón del Medio Oeste suele perder en la primera ronda. ¡Mierda, a nosotros —quiero decir a ellos— nos barren casi siempre!

Los mexicanos van a ganar para siempre. ¡Los Eagels son buenísimos! Andy era un gran aficionado, eso era evidente. Eric conocía lo básico y disfrutaba del partido, pero había perdido la noción de las estadísticas y la fuerza relativa de las diferentes ligas.

Sabes, creo que los mexicanos llenan a los Eagels con sus mejores jugadores. ¡Parece un equipo estelar! Han ganado siete años seguidos, y solo perdieron la Serie Mundial contra los Cardenales en 1954 y su primer año de campeonato cuando los coreanos los vencieron en la segunda ronda.

Eric no podía seguir el ritmo del conocimiento enciclopédico de Andy, y después de un rato, la conversación sobre béisbol se apagó. "¿Qué pasa con el caso de San Bruno?", preguntó Andy, todavía molesto por no estar involucrado.

—Qué curioso que lo preguntes. Hay una joven aquí —se puso de cuclillas—. ¡Ahí! Es ella, la del pelo castaño rojizo con esa camiseta turquesa —señaló a Valentina en la parte trasera del segundo vagón—. Mi novia Emmy estaba hablando con ella en el barco y conoce a un tipo que dijo que estaba allí cuando empezó.

"¡¿En realidad?!"

Sí. Empecé a hablar con ella, pero era muy difícil mientras caminábamos por Petaluma. Decidimos que nos veríamos más tarde.

—Mmm. ¿Algún otro avance?

No. Todavía no. Voy a visitar los dispensarios de combustible la semana que viene. Y tengo los nombres de las personas que recibieron tratamiento por quemaduras el día del incendio.

Andy asintió con seriedad, recordando cómo todas las investigaciones parecen tan desesperanzadoras al principio.

* * *

¡Miren! —chilló Harmony, señalando el bosque en la cima de la colina. A la sombra de los robles se alzaba un oso negro, aparentemente persiguiendo una colmena en el árbol. El oso se agachó rápidamente al oír el alboroto humano.

Los carruajes avanzaban a buen ritmo, el constante trote de los caballos creaba una relajante banda sonora para la fiesta nupcial. El agua corría entre los pasajeros bajo el implacable sol rural. Unos pocos afortunados tenían sombrillas y paraguas y les estaban dando buen uso. La hierba seca y los robles perfumaban el ambiente. Algunos se quedaron dormidos, cansados a medida que el viaje se

extendía más allá de las tres horas. Finalmente, casi todos se quedaron en silencio, ya sea durmiendo o perdidos en sus propios pensamientos. Los carruajes seguían un largo camino polvoriento sobre colinas cubiertas de hierba, maíz, marihuana, viñedos, trigo y ocasionales huertos de manzanos. Los aspersores a veces los rociaban con una ligera pulverización para deleite de todos, despertando a los somnolientos pasajeros de su letargo.

Finalmente, al coronar una cresta, apareció su destino. A lo lejos, un rancho bucólico con un pequeño arroyo que serpenteaba por un valle dorado. Una extensa granja se alzaba entre vibrantes jardines verdes, y una tienda de campaña blanca en un pastizal a poca distancia. Los vagones se detuvieron para que todos pudieran observar, lo que generó un agradable murmullo de anticipación por el descenso final al Rancho Rolling Oaks. En diez minutos, llegaron, y todos descendieron alegremente de los polvorientos vagones.

Lily se adelantó, volviéndose para dirigirse a todo el grupo. "Hay duchas y vestuarios en la granja", señaló hacia la casa grande. "Sus habitaciones están en el segundo piso. Hay diez literas por habitación, así que no duden en reservar sus lugares. Hay cuatro pequeñas habitaciones privadas para parejas".

Alguien llamaba desde dentro de la casa. Una mujer salió secándose las manos en un delantal. «Tenemos tiendas de

campaña para quien necesite privacidad pero no tenga una habitación, ¿de acuerdo?».

* * *

Eric buscó a Emmy y se quedó en silencio mientras le presentaban las opciones de habitación privada o tienda de campaña. Emmy lo encontró, lo abrazó y le dio un cálido abrazo. Se alegró de haber tenido un descanso. "¿Pedimos una tienda de campaña? De todas formas, me gusta dormir al aire libre", dijo.

"Me parece bien", asintió. Así que subieron a la granja y descubrieron que las tiendas estaban apiladas en la parte de atrás. Se divirtieron armando la tienda. Eric trajo un colchón inflable y grandes sacos de dormir de algodón. Cuando todo estuvo listo, se estiraron en el aire sofocante de la tienda y comenzaron a besarse, secándose el sudor que goteaba de la cara.

“¿Tal vez deberíamos ir a tomar una ducha?” sugirió Emmy.

"Prefiero quedarme", dijo Eric, esperando que ella se quedara y hubiera sexo.

"Me siento MUY sucia. Voy a ducharme", y se levantó de un salto, sintiéndose nada atractiva entre el polvo y el sudor. Al ver la mirada abatida de Eric, se agachó para darle un beso

y decirle suavemente: "Luego, cariño, ¿vale?", a lo que él asintió incómodo.

Se recostó y cerró los ojos. En el calor seco de la tienda, pronto se quedó dormido.

Capítulo XXXII

¡Hola! ¿Se nos acabó el jabón? —gritó Jimmy desde la ducha—. ¡Maldita sea! —Nwin se escondió bajo la almohada, intentando acallar el ruido. Llevaba casi una semana en casa de su primo, y la cosa se estaba poniendo tensa.

Sheila pasó apresuradamente junto a su sofá y salió al pasillo, rebuscando en un armario. Abrió la puerta del baño, dejando escapar el rugido humeante de la ducha: «Cariño, aquí tienes un jabón nuevo».

“¿Quizás Nwin pueda ir a la tienda?” murmuró Jimmy mientras Sheila salía del baño.

—Voy al restaurante. Nos vemos esta noche. —Nwin oyó a Sheila pasar junto a él otra vez, deteniéndose un momento en la habitación. ¿Lo estaba mirando, hundido en el sofá?

Los tacones de sus botas golpeaban el suelo de madera mientras entraba en la cocina, abría el refrigerador y recogía sus cosas. De camino a la puerta, se detuvo de nuevo en la habitación. «Nwin, tienes que ayudar. Podrías empezar por levantarte y hablar con Jimmy sobre lo que necesita que hagas».

No esperó a que respondiera ni a que se moviera. Se fue, cerrando la puerta casi de golpe.

Se estremeció al llegar a la puerta y luego se giró boca arriba, con los ojos bien abiertos. La tensión le palpitaba en la parte baja de la espalda. Movió los pies lentamente en círculos y notó que tenía la pierna izquierda entumecida. ¿Adónde iría ahora? Obviamente, no podía quedarse allí más tiempo. Se puso las manos detrás de la cabeza después de incorporarse sobre la almohada, casi sentado, y emitió un gemido sordo mientras maniobraba la parte baja de la espalda para evitar el dolor.

La ducha se detuvo en el baño. Se preparó para la aparición de Jimmy. Tras unos minutos, con el botiquín abriéndose y cerrándose varias veces, la puerta se abrió.

Jimmy estaba allí, literalmente humeante después de la ducha, mirando con el ceño fruncido a Nwin. La cabeza de Nwin estaba en la esquina, y Jimmy estaba de pie detrás de su hombro derecho.

"¿Bien?"

Nwin se giró rígidamente para mirar por encima del hombro. "Buenos días. ¿Necesitas que recoja algunas cosas?"

“Eso sería un comienzo”.

Nwin se esforzó por sentarse en el borde del sofá, apartando el saco de dormir. Miró con ojos legañosos a su primo, que permanecía de pie con las manos en las caderas, respirando a un ritmo vertiginoso, con una expresión feroz acentuada por el pelo y la cara mojados.

Nwin, vamos directo al grano. Este apartamento es pequeño y pensé que un par de semanas estaría bien.

Nwin miró sus rodillas.

—Mira, hombre, ¿qué pasa? —Se acercó y se sentó frente a Nwin—. ¿Sigues con dolor de espalda? ¿Qué vas a hacer? ¿Qué quieres hacer?

Nwin se sentó hoscamente, sacudiendo la cabeza, incapaz de hablar.

El teléfono móvil en la mesa de la cocina vibró y Jimmy se acercó, intentando secar el agua que aún goteaba. Tomó la concha, del tamaño de la palma de la mano, y la abrió. «Hola, Jen», y su vocecita incorpórea surgió de la concha.

“Jimmy, ¿está Nwin ahí?”

—Sí, Jen, está aquí. ¿Quieres hablar con él? Toma... —Y lo acercó y se lo puso a Nwin en las manos.

Nwin se sentó a mirar la imagen de cinco centímetros de su madre, sin decir nada.

“Nwin, ¿qué estás haciendo?”

“Nada, sólo despertar”.

¿Por qué no vienes a casa?

—No —dijo, y miró más allá del porche, hacia la luz del sol que se filtraba sobre el sendero, mientras los sauces se mecían con la brisa. Algunos peatones y ciclistas subían y bajaban por el sendero sin prisa. Un pequeño zorro salió disparado de entre unos arbustos y desapareció al otro lado del sendero, perseguido por pequeños perros que aullaban. Los loros chillaban ruidosamente en la palmera junto a la casa.

"Mamá", pero le faltaban las palabras. En un punto frío y duro del pecho, el pulso se le aceleró mientras buscaba a tientas qué decir. Estaba harto de responderle a su madre, a cualquiera.

"Nwin, ¿estás bien?" preguntó, y luego se tragó un sollozo mientras las lágrimas comenzaron a correr por su rostro.

"Mamá, te hablo luego, ¿vale?", cerró el teléfono de golpe, con el corazón latiendo con fuerza. Miró a su alrededor y descubrió que Jimmy había desaparecido en su habitación. Se metió rápidamente en la ducha, sumergiéndose en el agua caliente. Se lavó lentamente y se inclinó para que el agua caliente le golpeara los músculos de la espalda baja, aflojando su rigidez. Se quedó en la ducha hasta que sus manos se convirtieron en pasas y su piel prácticamente le dolía por el agua caliente. Terminando de secarse vigorosamente con la toalla, finalmente salió del baño casi media hora después de haber entrado. Jimmy estaba sentado a la mesa de la cocina, mirando unos papeles.

¿Y bien? ¿Vas a volver a casa de tu mamá?

—No, hombre. Ya no quiero vivir en casa. De hecho, creo que estoy listo para irme de aquí para siempre.

"¿De aquí?"

“Jimmy, siempre me has tratado bien. Te lo agradezco, de verdad. Gracias, amigo”, dijo, y se acercó y abrazó a su primo con cariño, que Jimmy correspondió. “No quiero causarte problemas. Buscaré otro lugar donde quedarme. Pero estoy pensando en largarme de San Francisco”.

Jimmy se sorprendió. Nunca había oído a Nwin hablar así. Él nunca había querido irse de su pueblo natal, salvo para tomarse unas vacaciones de vez en cuando.

"¿Por qué?"

Estoy harto de todo. ¡Odio todo eso de "haz tu parte"!, "¡Colabora!", todo eso... Puedo cuidar de mí mismo. ¡Me alegraría no volver a oír eso de "Nadie quiere, así que todos tenemos que hacerlo"!

Jimmy rió suavemente. "Sí, eso cansa un poco, ¿no?", se compadeció. "Pero sabes, nadie vive aislado. Puedes cuidarte, ¡pero no puedes hacerlo todo!"

—Jimmy, mira... —Y volvió a callarse, no queriendo estallarle la sangre a su primo. No quería otra explicación condescendiente sobre cómo tenía que aceptar verdades básicas—. Digamos que necesito un respiro, ¿vale?

Claro, todos necesitamos un descanso de vez en cuando. ¿Así que estás pensando en hacer un viaje?

No sé qué voy a hacer. Hoy buscaré otro sitio donde quedarme para no molestarte, ¿vale?

—De acuerdo, pero puedes quedarte un par de días más si lo necesitas. Sheila no estará tan malhumorada después, sobre todo si sabe que estás a punto de mudarte.

Nwin se sirvió un tazón de cereal. "¿Quieres que te traiga algunas cosas hoy?"

—Sí, eso sería genial. Aquí tienes una lista —y le pasó una pequeña lista de la compra a Nwin.

Nwin leyó la lista mientras comía su cereal: “leche, jabón, papel higiénico, pan, cereal, mostaza, jugo, esponjas”.

“Iré al Central Freestore esta tarde, ¿de acuerdo?”

“Gracias, Nwin”. Jimmy se levantó y se preparó para ir al Taller Comunitario. “Sabes dónde estoy si me necesitas, ¿vale? Nos vemos esta noche”. Tomó su almuerzo, se puso el sombrero y se fue, dejando a Nwin en la mesa de la cocina.

Terminó de desayunar y enjuagó los platos. Metió la lista en su bolsillo, agarró una chaqueta ligera y se la echó al hombro mientras salía por la puerta principal. Su espalda se sentía mucho mejor, no le dolía por el momento, solo un poco de rigidez. Caminó hacia el norte por el sendero verde bajo sauces colgantes y alguna que otra palmera. Espesos arbustos de impaciencia con flores rosas y blancas amurallaban el lado oeste del sendero, dando paso después de una corta distancia a una vieja valla cubierta de glorias de la mañana, sus vibrantes flores azules disfrutando del brillante sol. Apenas notó a la gente que pedaleaba junto a él mientras se dirigía al muelle de The Willows. Echó un vistazo a las áreas comunes y vio gente corriendo de un lado a otro en el área de la cocina, pero no vio a Sheila, para su alivio.

Un destartalado taxi a pedales se movía sobre Mission Creek, con su capitán sentado leyendo *Los hermanos Karamazov de Dostoyevsky,* cuando Nwin se acercó.

"¿Llevas gente al 7º?"

El tipo flaco levantó la vista; su cabello negro y ondulado ocultaba parcialmente su rostro marcado por el acné. "No. Deberías coger una bici o un tranvía en Folsom".

Nwin se encogió de hombros y se alejó, considerando sus opciones. No le apetecía aferrarse a la bicicleta, pues le preocupaba que le doliera la espalda. Decidió ir a la cafetería del Parque Dolores, pensando que podría encontrarse con Valentina. Si no la encontraba allí, probaría en la heladería de The Wiggle. Podría buscar habitaciones disponibles mientras caminaba. Así que empezó a caminar junto al arroyo, frente a la pista de trineos. Era un día precioso, aunque apenas se dio cuenta, todavía bastante agitado.

“¡Oye Nwin!”

Miró al otro lado del arroyo, hacia la parada de bicis donde Stefania lo estaba esperando desde su bicicleta. Señaló un pequeño puente peatonal un poco más adelante, hacia donde se dirigían. "Nos vemos allí, ¿de acuerdo?", y él asintió.

Se dieron la mano al encontrarse en la pasarela. Stefania había aparcado su bici al otro lado y estaba apoyada en la barandilla mientras él subía.

¡Mira todos esos peces! ¿Puedes creerlo? —Señaló el arroyo poco profundo, que de hecho estaba repleto de peces.

Se encogió de hombros y se giró hacia el otro lado, pues no quería inclinarse sobre la barandilla.

"Oye, ¿cómo está tu espalda?" le preguntó.

—Más o menos. No es buena idea inclinarse así, eso seguro.

"Entonces, ¿qué estás haciendo estos días?"

No mucho. He estado trabajando un rato en el jardín de rosas de Harrison. Mi "tía" es la mayor allí.

¿Vas a volver al Cuenco de Arroz? Nos vendrías bien.

—Todavía tengo la espalda bastante mal. Puede que vuelva, pero no sé cuándo —dijo vagamente, pasando por alto el problema de Angus—. Oye, ¿sabes si hay habitaciones vacías?

Apoyó su muslo grueso en la barandilla, mostrando un elaborado diseño en el lateral de su bota. Su cabello rubio

había crecido desde la última vez que la vio, y ahora los rizos le caían sobre la frente y los hombros. Su codo aterrizó en la rodilla justo a tiempo de tocarle la barbilla con la mano. Se giró hacia Nwin con una mirada traviesa. "De hecho, sí. ¿Quién quiere una habitación? ¿Tú?"

Él asintió. "No necesito mucho".

La casa de mi hermana busca nuevos huéspedes. Eres jardinero, así que eso ayuda. ¿Tocas alguna música?

Él negó con la cabeza, ya incómodo por someterse a esa evaluación.

“No estoy seguro... Creo que tal vez debería conseguir una habitación en uno de esos viejos hoteles en Mission Street o algo así”.

“¡Eeewww!” arrugó la cara, “¡Eso parece tan solitario y horrible!”

—No lo sé. He oído cosas diferentes.

“Lo que te convenga”.

¿Qué hay de Chile? Me enteré del inicio de la guerra. Debe ser lo mismo de lo que hablabas, ¿no?

“Sí, es terrible.” Una nube le cubrió el rostro. “Cientos de personas han muerto. Mis parientes más cercanos están

bien, pero tuvieron que huir de su granja porque está en plena zona de guerra. Se fueron a un pueblo cercano a esperar."

"¿No están peleando?"

Bueno, algunos de mis primos sí. Hablé con mi tío y, claro, está furioso.

"¿Está enojado con tus primos?"

Primero contra los atacantes, pero le molesta que sus hijos también se alcen en armas. Dice que es igual de grave.

"¿Estás de acuerdo?"

—No lo sé, Nwin. Es muy difícil saber cómo lidiar con esto. ¿Qué opinas?

Miró a lo lejos. Se preguntó cómo se sentiría la guerra. Sonaba emocionante, la emoción de lo prohibido. Pero no podía expresarlo con palabras.

"No creo que pudiera soportar que me atacaran y no contraatacar", dijo con sinceridad.

"Mi tío dice que está organizando una gran marcha, con mi bisabuela, para llevar a miles de personas al frente del conflicto".

"¿No habían fusilado ya a los resistentes no violentos?"

Stefania parecía asustada. «Esta vez serán demasiados. *No podrían*... ¿o sí? Es decir, ¿cómo podrían matar a miles de personas desarmadas que intentan detener la lucha?»

Nwin se irguió, pasándose las manos por la espalda baja, y luego se estiró hacia atrás, impaciente por la conversación. "No sé. Parece que si ya hubieran empezado a disparar, seguirían haciéndolo. Parece que quieren violencia, ¿no?"

—¿Cómo podrían? ¿Quién quiere muerte y violencia? ¿Por qué, por qué? —Su voz se fue apagando, al borde de las lágrimas.

Nwin recordó su conversación con Joseph. «El terror genera miedo y crea poder. Tiene sentido si lo piensas».

Stefania lo miró horrorizada. "¿Qué? ¿Estás loco? ¿De qué estás hablando?". Su tono serio la ofendió profundamente. "¿Qué sentido tiene un asesinato en masa?", su voz se elevó casi hasta convertirse en un grito.

Nwin levantó las manos. "Vaya, vaya... No digo que tengan razón. Solo digo que hay una lógica en el asesinato, al menos parece que podría haberla". No sentía mucha compasión por la angustia de Stefania, ni veía muchas razones para quedarse más tiempo. "Oye, espero que tus padres estén bien", ofreció con desgana. Le dio una palmadita a Stefania en el hombro, y ella lo miró fríamente, atónita por su insensibilidad.

“Adiós.” Caminó de regreso hacia su bicicleta.

Salió de la pasarela y atravesó un pequeño bosque de pinos recién plantados. Inhalando profundamente, su nariz se llenó del aroma a pino fresco, mientras pateaba una pequeña piña en su camino. Caminó rápido para escapar de la nube emocional en que Stefania lo había envuelto.

Guerra. ¿Cómo sería la guerra? No sentía tanto miedo como emoción y curiosidad. El romanticismo de la guerra lo embargó. Su imaginación se llenó de imágenes de soldados liderando a través de territorio hostil, alzándose victoriosos en edificios tomados, aceptando la rendición de diplomáticos cobardes como los idiotas con los que su madre tenía que lidiar constantemente en la política de la ciudad. Cuerpos mutilados, muerte, privaciones y miseria, nada de eso aparecía en su imaginario escenario de guerra.

El pinar dio paso a un sendero abierto entre edificios y el estrecho cauce de Mission Creek. Dos personas con respiradores y trajes blancos salieron del edificio justo delante, cerrando la puerta con cuidado. Rápidamente se quitaron las máscaras y las capuchas, revelando a dos mujeres: una rubia regordeta y una mujer de piel oscura. Nwin las vigilaba mientras se acercaba, pero estaban ocupadas quejándose de sus trabajos.

—¡Si Harriet sigue presionándonos así, me largo! —dijo la latina, mientras la rubia asentía vigorosamente. Sacó un porro, lo encendió y le dio una calada profunda.

—¡No puedes rendirte! ¡*Ching* Harriet! —La rubia intentaba animarse. Su compañera la miraba, con una mano en la cadera mientras fumaba el porro, con el escepticismo grabado en las arrugas de su rostro. La latina negó con la cabeza, impasible ante la exhortación de su compañera.

Voy a dejarlo después de este turno. ¡Me saca de quicio su actitud, su mandona condescendencia!

En ese momento, Nwin se acercó. La latina lo miró con ojos llameantes y, respondiendo a algo, le ofreció el porro.

"¿Por qué no?", dijo sonriendo, y se detuvo para darle una calada. "¿Qué hacen ahí?". "Reciclan plástico", explicó la rubia.

“Esta semana, estamos convirtiendo la sustancia pegajosa en utensilios de cocina y cajas de almacenamiento”, dijo la latina. “¿No te impresiona?”, recogió el porro, con sarcasmo en cada sílaba.

“La “perpetua” nos ha estado torturando estos últimos días”, explicó la rubia, tomando su turno con el porro. “No recibimos mucho apoyo del resto de la tripulación, que la adora”, dijo con incredulidad.

“Entonces, ¿por qué no dejarlo?”, preguntó Nwin, mientras daba una calada a su cigarrillo de marihuana, que tenía una cantidad muy reducida.

La latina ya tenía las manos en las caderas. "¡Claro que sí!", le dijo a la rubia, "¿por qué no?".

Nwin se rió y les deseó buena suerte, pues no quería verse arrastrado más a su saga. "Gracias por el humo", saludó con la mano, subiendo por el sendero mientras seguían hablando animadamente detrás de él. Pasó junto a unos niños pequeños que lanzaban palos al agua que corría. Una mujer grande y maternal colgaba la ropa en un tendedero que cruzaba el arroyo, sus sábanas goteaban en el arroyo de abajo. Una trompeta solista sonaba desde una ventana abierta en un edificio al otro lado del arroyo, compitiendo con algunos ritmos electrónicos que salían de otro apartamento cercano. Podía ver la niebla enroscándose en la cima de Twin Peaks al oeste, y notó la brisa que bajaba por el arroyo. En Mission Street giró al sur durante una cuadra, esquivando tranvías y evitando docenas de bicicletas para cruzar hacia el oeste. Las aceras estaban llenas de gente, las frutas y verduras salían a raudales de las tiendas, los cafés y restaurantes estaban abarrotados.

Los malabaristas lanzaban bolos de un lado a otro de la calle, haciéndolos pasar entre los ciclistas que pasaban, a quienes les resultaba irritante intentar ignorar los objetos voladores en su camino. Uno de los tranvías abiertos se

acercó y el malabarista más cercano a Nwin silbó fuerte en algún tipo de señal. Cuando pasó el tranvía, lanzó sus bolos a través del vagón abierto, pasando justo por encima de las cabezas de los pasajeros y por debajo del techo del tranvía. Todos los que lo vieron se rieron mucho, especialmente sus compañeros que atraparon los bolos cuando salieron volando por la otra parte del tranvía abierto, lanzándose hacia un lado para seguir la trayectoria. Pero un bolo golpeó un poste vertical en el vagón y cayó en el regazo de un anciano, que levantó la vista alarmado. Cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, arrojó enojado el bolo por el lateral del vagón, una buena media cuadra calle arriba, donde uno de los malabaristas lo recuperó riendo.

Nwin continuó hacia su lugar favorito en Dolores Park. Giró en la 19, entrando en la pista de carreras para esquivar a la densa multitud que salía de un bar en una esquina. Fragmentos de conversación le salieron volando: "¡Debería haber ganado eso para la séptima entrada!".

—¡A sangre fría! Estaban desarmados...

“...le dije que no me iba a quedar—”

“¡Podría haberlo atrapado!”

Dentro había una pantalla gigante con un partido de béisbol, pero Nwin, que no era muy fanático, no tenía idea de quién estaba jugando o dónde podrían estar a esa hora

de la mañana, probablemente en el este, o en un partido grabado.

Ignoró la bulliciosa escena y pasó junto a Valencia, deteniéndose para admirar los trajes que confeccionaba un grupo fuera de un taller. Las modelos estaban de pie sobre pedestales mientras la gente se balanceaba y tejía a su alrededor, tratando de colocar decoraciones de último minuto o arreglar dobladillos y costuras. Un poco más adelante, a la derecha, un taller de muebles daba a la calle. Este no era un Taller Comunitario, sino una tienda de artesanía, la de Luigi Barraso. Tenía un taller de góndolas en Shotwell, en algún lugar cerca de Mission Creek, pero aquí estaban haciendo hermosos gabinetes, mesas y sillas. Nwin se detuvo brevemente para oler la madera y admirar un juego casi completo de sillas ornamentadas. Intercambió asentimientos con uno de los trabajadores y luego caminó otra media cuadra hasta el parque y subió a la cafetería.

Al entrar, no vio ninguna cara conocida. De hecho, no había mucha gente, aún faltaba un rato para la hora punta del almuerzo. Pidió un capuchino y se sentó en su rincón favorito, contra los arbustos. Pensó con nostalgia en Valentina, pero no pudo seguir pensando en ella, y volvió a sus fantasías bélicas. Garabateó con un trozo de lápiz que encontró en la mesa, dibujando una imagen tosca de gente disparando rifles sobre una colina.

—¡Nwin! —dijo la voz áspera tras él. Encogió los hombros por reflejo y agachó la cabeza. Se giró rápidamente, esforzándose por ver quién era. El rostro le resultaba familiar. —¡Nance! —farfulló. Se había cortado el pelo muy corto y se lo había teñido de castaño claro. Sus mejillas y sus labios carnosos no habían cambiado, pero se había afeitado las pobladas cejas negras y se había dibujado unas extrañas cejas teatrales. En resumen, el efecto era muy extraño. Su aspecto era radicalmente distinto al de la última vez que la había visto.

¿Sorprendido? Supongo que deberías. Te descartamos después de ese pequeño fiasco en el Café Huracán. Se sentó frente a él, sin esperar invitación. Rió inesperadamente. «Te dije que te estábamos vigilando».

"¿Quién eres? ¿Qué quieres?" Nwin respiraba con dificultad.

"Ya llegaremos a eso a su debido tiempo", dijo, y su rostro se endureció mientras miraba a Nwin.

“¡Eres parte de esa guerra en Chile, ¿no?”

Parecía muy sorprendida, pero enseguida recuperó la compostura. "¿Qué te hace pensar eso?"

Tontamente, empezó a hablar rápido. «Sé que estabas en el *Leopold Tanzania,* te vi. Y sé que el capitán es de Chile, y que tramaban algo extraño. Estaban haciendo algo cerca del

muelle de Treasure Island». Le contó todo lo que sabía en cuestión de minutos. Ella permaneció sentada frente a él, impasible.

Un minuto de silencio, luego otro. Quiso agarrarla por los hombros y zarandearla, exigiéndole que le contara todo, pero recordó su agarre tenaz y decidió esperar.

Finalmente, se aclaró la garganta. "Bueno, eres un joven ingenioso. Ya me lo imaginaba." Lo miró fijamente. "¿Por qué prendes fuego?"

No dijo nada, sus ojos parpadearon brevemente ante la pregunta, pero luego miró hacia abajo.

“Te observamos salir de la montaña de San Bruno cuando comenzó el incendio”.

Empezó a sonrojarse, preguntándose si eso significaba que lo había visto masturbándose en su barco. No tenía sentido negárselo. Tal vez si era sincero con ella, le diría lo que ahora se moría por saber.

“¿Sigues anclado en la bahía?”

“No, el *Leopold Tanzania* partió hace dos semanas”, dijo con cautela.

—¿Pero no te fuiste con él?

"Lo hice."

—Bueno, mira, yo prendí ese fuego. Me gustan los fuegos... Ahí tienes. ¿Estás contenta?

Ella se inclinó hacia delante. "¿Te gusta provocar incendios?" Él asintió. "Me viene bien alguien como tú".

"¿Para qué?"

—Eso llegará *si* te unes a nosotros. —Se cruzó de brazos, observando atentamente el rostro de Nwin—. Te diré algo: si te unes a nosotros, provocarás más incendios y tendrás más poder del que jamás imaginaste.

“¿Formas parte de ese ejército en Chile?”

—Puede ser. Si quieres saber más, tendrás que acompañarnos. En cinco semanas, un barco saldrá de San Francisco. —Le pasó un papel por encima de la mesa y se levantó para irse. Él lo tomó, sorprendido.

Lo desdobló y leyó: “*República de Texas,* Muelle 1, 7 de octubre, 08:00 horas”. Cuando levantó la vista, ella ya no estaba.

Capítulo XXXIII

El olor a manzanas maduras era intenso en el calor menguante de la tarde. Robin sonreía radiante frente a la comitiva nupcial. Trish, del brazo de su padre, caminaba por el pasillo con un velo color melocotón, y un vestido de satén a juego le ceñía las caderas. Lloraba, y todos sonreían y la acariciaban para consolarla a su paso.

Eric estaba casi al fondo, junto a Emmy, justo detrás de Kathy y Bridget. Le sorprendió reconocer al padre de Trish, uno de los hombres que había conocido brevemente en Worth While Books en uno de sus primeros días en San Francisco. Se quedó allí, jugueteando con las manos en los bolsillos, preguntándose por qué había venido. Emmy le dio un codazo brusco al oír el tintineo de su bolsillo lleno de trastos. Retrocedió con resentimiento, deseando

desesperadamente irse antes de que la ceremonia continuara.

Una mujer muy alta apareció detrás del cenador. Miró rápidamente a Emmy, sorprendida al ver a otra mujer de su inusual altura, pero luego volvió a concentrarse en la tarea. Al parecer, ella presidiría la boda. Un vestido amarillo brillante le caía sobre los hombros, y una guirnalda de flores rodeaba su larga cabellera blanca. Cuando Robin y Trish estuvieron frente a ella, comenzó a cantar profundamente, y pronto se le unió el resto de la fiesta nupcial.

Kathy se desplomó frente a Eric. Soltó la mano de Bridget y la rozó con suavidad mientras ella comenzaba a alejarse de la boda. Le lanzó una mirada maliciosa a Eric y, con un rápido movimiento de cabeza, lo invitó a unirse a ella. Él le había advertido a Emmy que probablemente se iría si se le daba la oportunidad. Cuando Emmy vio que Kathy le hacía la señal, lo entendió. Al subir repentinamente el tono, dominado por las voces femeninas más agudas, le dio a Emmy un beso rápido en el cuello. Caminó de puntillas detrás de Kathy hacia la casa, lejos del huerto donde se celebraba la ceremonia.

El tono se atenuó al alejarse. Corrieron los últimos treinta metros hasta el porche, ahogando la risa mientras subían los escalones de dos en dos, intentando amortiguar el ruido de sus botas al golpear la madera. Eric echó un último vistazo atrás y observó al grupo formando lentamente un círculo

alrededor de la alta sacerdotisa, cuya voz, ahora aguda, se alzaba por encima del profundo zumbido, aunque no podía entender lo que decía. Kathy lo agarró del brazo y lo empujó bruscamente hacia la puerta.

—¡Si tienes tanta curiosidad, deberías haberte quedado allí! —le regañó.

"Es fascinante... de una forma repugnante", rió entre dientes, contento de estar dentro y fuera de la vista. "¿Qué clase de sacerdotisa es?"

Supongo que será de la Iglesia de Gaia. Nunca presto mucha atención a los detalles de estas cosas. Deberíamos habernos ido antes, pero me equivoqué.

"No creo que nadie se diera cuenta. Emmy y Bridget lo sabían." Su voz se fue apagando. Kathy se acercó a la vinoteca y sirvió vino tinto. Se guiñaron el ojo y chocaron las copas, oliendo y saboreando el delicioso merlot de cosecha tardía. Eric sintió una oleada de afecto por Kathy, agradecido de que compartiera su hostilidad hacia los rituales religiosos. Se hundió en uno de los grandes y mullidos sillones de la amplia sala de estar de la casa de campo.

Las obras de un taxidermista local se encontraban reunidas en el estante superior que rodeaba la sala: un mapache, dos patos, una gaviota, tres loros, un tejón, una zarigüeya y una gran cabeza de alce con cornamenta. Una antigua pintura al

óleo dominaba el fondo de la sala, frente a la chimenea, y representaba a un grupo de colonos blancos de los primeros tiempos enfrentándose al ataque de un enorme oso grizzly. Un hombre se arrodillaba con su rifle apuntando al pecho del oso, que permanecía de pie, mientras el resto de sus compatriotas huían apresuradamente de la fogata.

—Mira eso —dijo Eric señalando el cuadro—. ¡Menuda fantasía, ¿eh?

¿Por qué fantasía? En aquella época, había osos pardos por toda California.

—Sí, pero... —Y se detuvo. Explicó su opinión sobre el tema subyacente de la pro—tecnología y ella se rió.

El oso pardo está extinto, lleva así casi 300 años. No creo que la ideología lo haya destruido, ¡más bien fue plomo caliente! Empezó a estornudar violentamente.

“Supongo que nuestros amigos de ahí afuera propondrían que cantemos y nos tomemos de la mano para cortejar al oso con nuestra naturalidad”, dijo con desdén.

—¡Vamos, Eric! A mí tampoco me gusta esto —estornudó dos veces más y se sonó la nariz—. ¡Pero no tienes por qué convertirlos en idiotas!

Avergonzado, se disculpó.

Kathy apuró su copa de vino y se acercó de un salto. "Vamos a dar un paseo. Van a estar así al menos otros 45 minutos más o menos. ¿Qué te parece?"

—Claro, pero ¿estás bien? ¿Tienes una alergia? —Y se incorporó, terminando su vino y dejando la copa en la mesa auxiliar.

—¡Sí, tengo alergia! Tengo estas pastillas —y se tomó un par al salir.

Salieron por la cocina y se adentraron en el bosque dorado que había detrás de la casa. El sol del atardecer se filtraba a través de los nudosos robles, y el aroma del cálido campo californiano les inundaba los sentidos. Las moscas zumbaban y algún que otro mosquito atacaba, pero no era tan malo. No como las caminatas por el bosque que Eric había conocido en el este, donde pasaba toda la caminata luchando contra los insectos, dejando poco tiempo para apreciar la belleza del aire libre. Los ciervos corrían entre los árboles, pero Eric quedó cautivado por unos hongos silvestres que crecían en un árbol caído: grandes trozos rosas y naranjas que sobresalían de un tronco oscuro y húmedo. Pronto se reunió con Kathy, que subía una empinada cuesta.

Al llegar a la cima, llegaron a un prado abierto, con la hierba dorada meciéndose con una brisa que los refrescó al salir. "Subamos por ahí", sugirió Kathy, señalando un saliente de grandes rocas de granito al otro lado del prado. Eric

asintió con un gruñido, notando que sus alergias parecían haber desaparecido.

Al poco rato, se encontraban en la cima de la roca más alta. Pequeñas cornisas les proporcionaban lugares para sentarse con vistas al este, a través de las ondulantes colinas, prácticamente hasta donde alcanzaba la vista. Eric leyó los nombres grabados en la roca: ¿cuánto tiempo hacía? «Susie + Johnny para siempre». ¿Cuánto tiempo era «para siempre»? ¿Habían estado sentados allí hace 10 años? ¿100? ¿200? Enormes bandadas de pájaros volaban en círculos por el cielo ante ellos. Se sentaron en silencio, admirando la vista.

Después de un rato, Eric le preguntó a Kathy: "¿Alguna vez te has metido en problemas?"

¿Qué quieres decir? ¿Si me han investigado alguna vez?

¡No! No, me refería a problemas como que la gente se enfadara contigo por tu religión, que ofendieras a la gente escabulléndote de una boda... como hemos hecho aquí.

—Oohhh —se rió—. Pensé que te referías a problemas de otro tipo... —Se dio una palmada en las rodillas y empezó a acariciarse inconscientemente los suaves pantalones verdes, desacostumbrada a usar pantalones largos—. He ofendido a mis amigos y familiares MUCHAS veces. ¡Si a eso te refieres con problemas! —volvió a reír.

—Yo también —admitió Eric—. Parece una contradicción.

Kathy arqueó las cejas, interesada en ver adónde quería llegar Eric con esto. Él agradecía que ella quisiera escuchar su opinión. Pocas veces había tenido la oportunidad de explicarle sus pensamientos a alguien a quien respetaba.

“Quiero decir, aquí estamos viviendo en un mundo que se basa en el respeto por la diversidad, la libertad individual, la mutualidad, el bien común compartido de manera justa... Ya sabes, la cháchara de siempre”. Kathy asintió, sonriendo con suficiencia ante la letanía casual de cualidades que una vez engendraron una lealtad tan feroz. Eric continuó: “Pero la gente sigue con todas estas religiones, sectas y clubes. Es como si necesitaran unirse a algo y ser parte de un grupo...”, hizo una pausa. Miró a lo lejos, tratando de encontrar las palabras, la pasión que tantas veces lo había inflamado al pensar en esto en el pasado. “Lo que realmente me molesta es lo excluyente que es. Es como si quisieran encontrar alguna manera de definirse a sí mismos como 'dentro' y a los demás como 'fuera', ¿sabes?”

Kathy asintió. «No estoy segura de estar de acuerdo. Creo que en parte tienes razón. La gente necesita pertenecer, y es lógico que se unan en torno a creencias o prácticas tradicionales compartidas. Pero, la verdad, no me ha parecido tan excluyente. ¡De hecho, me han invitado innumerables veces a participar!»

“Claro, pero entonces tendrás que convertirte *en uno de ellos”.*

Kathy sonrió. "Verás, la naturaleza exclusiva proviene tanto de la percepción de estar afuera como de estar adentro. Parece que notas estar afuera y temes tener que renunciar a ello".

—¡No me voy a unir a nada! ¡Soy libre y no necesito pertenecer a ningún grupo! Y no es miedo —dijo con fiereza—. ¡Definitivamente no tengo miedo, ni una mierda! Ya me han dicho que tenía miedo, ¡y me saca de quicio!

—No digo que lo tengas. Pero podrías detenerte y pensar por qué te enoja tanto, qué sientes que lo convierte en un asunto tan importante. —Lo miró con compasión.

Se subió las rodillas hasta la barbilla, rodeándose las piernas con los brazos, adoptando una posición casi fetal. Apoyando la cabeza en las rodillas, escuchó su advertencia y contempló en silencio las lejanas colinas doradas, cuyas sombras se alargaban y oscurecían. Una brisa fresca se alejaba del sol poniente, enviándoles un frío refrescante. Permanecieron sentados en silencio un rato. Finalmente, él se liberó de su postura encorvada y estiró las piernas. Ella permaneció inmóvil, observando el griterío de los pájaros en lo alto.

“¿Kathy?”

"¿Mmm?"

"¿Cómo empezaste a ser detective público?"

—Oooohhh. Qué historia tan interesante. —Volvió a mirar el sol—. Te lo contaré en pocas palabras. Luego deberíamos regresar. Él asintió.

Había estado dando vueltas por San Francisco durante unos años, como todos, supongo. Era una niña pequeña en Ukiah, al norte de aquí, nacida 10 años después de la revolución. La muerte fue devastadora, pero en el Triángulo Esmeralda había tanta gente drogada que hubo una alta tasa de supervivencia, incluidos mis padres. Para cuando tenía veintitantos años, ya había emigrado a San Francisco. ¡Qué época! Todavía era caótico en aquellos días. Hice trabajos de reconstrucción, ayudando a instalar el edificio Shitsys, Creek y Wild Corridor. Solían llamarlo "restauración", pero estábamos construyendo esas cosas desde cero, lo cual admitieron finalmente en el lenguaje oficial. En fin, todos trabajaban mucho, haciendo cosas increíbles. Los debates diarios eran intensos sobre en qué trabajar, adónde iríamos, cuánto invertir en un proyecto determinado. Era fascinante. Y la ciudad estaba cambiando ante nuestros ojos. ¡La estábamos cambiando, haciéndola tan hermosa!

En algún momento me cansé del trabajo de infraestructura. Quería algo más, algo más analítico, pero aún quería estar en el centro de todo. ¡Sabía que no era

artista! Llevaba saliendo con Bridget aproximadamente un año. Era, y es, una artista de performance increíble. Todavía estaba buscando su estilo en aquel entonces, y recuerdo largas noches de ensayo. En una fiesta de inauguración, no recuerdo cuál... ah, sí, fue en un barco con fondo de cristal que flotaba en Rincon Hill… Estaba perdida en sus recuerdos y lejos del punto original de la historia.

—¿Uuhh, Kathy?

Rompiendo su ensoñación, miró a Eric, recordando la pregunta original, y se echó a reír. "¡Perdón! Es tan fácil desviarse del tema cuando se piensa en los viejos tiempos. En fin, ¿cómo me convertí en investigadora privada?"

"¡Bien!"

De hecho, iba por buen camino. Verás, fue en esa fiesta en el barco con fondo de cristal donde conocí a Virginia Moskowitz, a quien llamábamos «Moose». En fin, Moose había sido abogada de derechos civiles antes de la revolución. Fue una de las principales artífices del nuevo sistema legal. Gracias a ella, conservamos algunas de las mejores características del antiguo sistema: juicios por jurado, presunción de inocencia, normas probatorias y un montón de cosas por el estilo.

“¿Entonces ella te inspiró?”

¡Claro que sí! Pero más que eso, ¡me reclutó! Vio algo, no sé qué. Me invitó a su oficina, donde me explicó lo que intentaban hacer y cómo se había desarrollado la idea del Investigador Público. Conocí a los demás que trabajaban en la oficina, y era justo lo que buscaba.

Moose era una defensora de las libertades civiles de primera línea. ¡No podrías encontrar una mujer menos religiosa, lo prometo! Supongo que me inspiró en más de un sentido. Reforzó mi aversión a los grupos y prácticas religiosas. Sobre todo entonces, cuando tanta gente fundaba nuevas iglesias y nuevas campañas políticas impulsadas por agendas espirituales, a veces era bastante solitario ser una de las pocas que se alejaba de todo eso. —Su voz se fue apagando, recordando algunos de los momentos más oscuros de su pasado.

Eric se sintió extrañamente eufórico. Kathy era justo lo que nunca había conocido: una persona mayor e inteligente a la que realmente podía admirar y de la que podía aprender. Sonrió con aires de niño, desprendiéndose momentáneamente de su pesada armadura de carácter, y rió disimuladamente.

"¿Qué es tan gracioso?" Kathy lo miró frunciendo el ceño.

—¡Ay, lo siento! ¡No me río de ti! Solo me hacía gracia porque... bueno... —le costaba decirlo. Se sonrojó

profundamente y apartó la mirada, bajando la voz hasta casi no oírse—. Me... gustas. —Suspiró.

Ella lo vio tensarse, compadeciéndose de él y agradeciendo a la vez su expresión de afecto, que sabía que le había costado expresar. "Oye", le tocó el hombro.

Él se dio la vuelta y ella se sorprendió al ver que estaba al borde de las lágrimas.

—¡Oye, no te pongas sentimental conmigo! —lo regañó juguetonamente. Le dio un fuerte apretón y él logró sonreír de nuevo—. Creo que será mejor que nos volvamos. Seguro que la ceremonia ya ha terminado, y nos perderemos el champán y el pastel, ¡lo mejor de cualquier boda!

Saltó aliviado. Su cariño por ella creció en consecuencia. Bajó de la roca, seguido por Kathy. Cruzaron el prado de regreso a la ladera boscosa por la que habían pasado una hora antes. Una pequeña manada de ciervos al otro extremo del prado se quedó paralizada al pasar.

—¡Oye, me acabo de acordar! Emmy encontró a una chica aquí que tiene información sobre un testigo del incendio —soltó Eric mientras se adentraban en el robledal.

"¿En serio?" Kathy se interesó de inmediato y enseguida descubrió que él ya había planeado hablar con ella. "Quizás podamos convencer a esta chica de que se tome unos

minutos durante la fiesta, antes de que todos estén demasiado borrachos para hablar".

Eric accedió de inmediato. Podían oír risas y tintineo de copas mientras corrían por el sendero hacia el rancho. A lo lejos, las vacas mugían. Los arrendajos los regañaban desde los árboles mientras se precipitaban cuesta abajo, manteniendo precariamente el equilibrio contra la fuerza de la gravedad y las bellotas resbaladizas bajo sus pies. Al salir de los árboles, pudieron ver al grupo entrando en el patio al otro lado de la casa del rancho. Había media docena de tiendas de campaña entre el bosque y la casa, en una de las cuales Eric y Emmy dormirían más tarde. Le dijo a Kathy que la vería en la fiesta y corrió a su tienda, donde rápidamente se puso pantalones cortos y una camisa diferente.

La puerta de la tienda se abrió justo cuando notó un crujido de pies afuera. Emmy entró, sonriéndole con ironía. "¿Entonces... has estado escondido aquí todo este tiempo?"

"Kathy y yo dimos un paseo", señaló colina arriba, a través de la parte trasera de la tienda. Ella se cambió de ropa mientras él contaba su historia con entusiasmo. Antes de cambiarse, se dejó caer en la cama improvisada, extendió su larga mano sobre el muslo de Eric y comenzó a frotarlo.

—Cariño, ven aquí —dijo con coquetería—. Tengo una picazón y quiero que me la calmes.

No hizo falta que se lo pidieran dos veces. Nadie notó la vibración de la tienda durante los siguientes veinte minutos, ni se acercó lo suficiente para oír los jadeos y gemidos que no pudieron evitar emitir.

—¡Mierda! ¡Ahora todo está empapado! —gimió Emmy.

"Toma", Eric lanzó su bolso al otro lado de la tienda. "Tienes ropa seca aquí". También buscó en su bolso otra muda de ropa, apartando la ropa arrugada y sudada. Después de unos minutos, volvieron a la normalidad, radiantes de euforia poscoital, y salieron de la tienda. Recorrieron la casa para lavarse la cara y echarse agua antes de unirse a la fiesta. Para cuando salieron del rancho, del brazo, eran una pareja despampanante, felices y a gusto.

* * *

“¡Buenos días, chicos!” Harmony estaba adelante, apoyada en un pequeño árbol en la pendiente.

Shelley y Valentina caminaban a paso tranquilo, habiendo abandonado el círculo unos momentos antes por insistencia de Harmony, que se moría de ganas de explorar la zona.

“¡Trish estaba tan hermosa!” exclamó Shelley.

“Era tan adorable cómo lloraba todo el tiempo”, coincidió Valentina. “Y Robin también estaba guapísima. ¿Viste sus ojos cuando Trish se acercó? ¿No crees que las bodas son

increíbles? O sea, solo he asistido a unas pocas. ¡La gente que se casa prácticamente vibra!”

"Sé lo que quieres decir..." Shelley negó con la cabeza. "¡Casarme! No creo que vaya a hacerlo en mucho tiempo".

“¡Yo tampoco!” rió Valentina.

Un fuerte estruendo los detuvo en seco. Harmony iba delante, pero el ruido provenía de la cuesta a su derecha. Se abrazaron por reflejo y se quedaron paralizados. Un oso negro se alejó corriendo por la colina, fuera de su vista. Se miraron con ojos como platos y susurraron a la vez: "¡Un oso!".

"¡Buuu!" gritó Harmony, saltando desde detrás de un árbol justo delante. Saltaron automáticamente, y luego, riendo, comenzaron a perseguirla. Harmony estaba encantada de tener toda su atención ahora, y corrió hacia adelante, dejando atrás fácilmente a su hermana mayor y su amiga. Coronó la pequeña cresta que habían estado escalando y se giró para burlarse de ellas. Pero no venían. Lo intentó de nuevo, pero no hubo ruido. Con cautela, las llamó por sus nombres, pero no hubo respuesta. Frustrada, comenzó a bajar la colina, pateando una rama caída a un lado. Se preguntaba adónde habían ido cuando, de repente, Shelley saltó frente a ella gritando como un alma en pena, y unas manos le cubrieron los ojos desde atrás. Gritó y cayó al suelo

juguetonamente, mientras Shelley y Valentina se reían a su lado.

"Vale, vale, me has pillado", admitió Harmony. Saltó y se unió a las dos mayores mientras subían la colina con determinación. El oso que habían avistado unos minutos antes no estaba a la vista. El bosque de robles se extendía bajo ellas, con un sendero que bordeaba la ladera y descendía al fondo de un cañón. Un pequeño arroyo gorgoteaba a lo lejos. Los arrendajos gritaban sin cesar mientras las chicas se paraban bajo un árbol majestuoso, intentando decidir si bajar por el sendero.

—Vamos allá —sugirió Shelley, señalando una cresta más alta a poca distancia a su izquierda. Colinas mucho más altas se alzaban en el cielo turquesa, aún brillante bajo el sol del atardecer.

Valentina anunció: “Me gustaría volver a la fiesta muy pronto”.

Harmony estaba visiblemente decepcionada. Shelley se encogió de hombros, indiferente. "Espero que tengan buena música en esta fiesta... ¡No hay chicos!", se quejó. Era cierto, la fiesta era aproximadamente un 80% femenina, y los hombres que estaban allí estaban todos en pareja, fueran gays o heterosexuales.

Valentina le dio un codazo a Shelley. "¿Qué te importa? ¡Esta gente ya es demasiado mayor para ti!"

Shelley la miró con una expresión oscura, resentida por recordarle su edad.

"Solo espero que hayan terminado con todo el ritual antes de que regresemos", admitió Valentina. "Me estaba empezando a dar sueño allá atrás", rió.

Harmony se ofendió. «¡Qué bonito! Además, hay que hacer estas cosas bien, o quién sabe qué problemas tendrás después».

Shelley agarró la oreja de su hermana y le dio un pellizco de hermana mayor.

—¡Ay! —le gritó Harmony—. ¿Por qué hiciste eso?

¿Desde cuándo eres supersticiosa?

Francesca me lo estuvo explicando durante el viaje en barco. Me contó que la boda estaba planeada para esta época porque era awlspishis.

Shelley se rió de su hermana. "¿Awlspishis, eh? ¡Ni siquiera conoces la palabra! Es 'auspicioso'".

Harmony la fulminó con la mirada. "Sí, bueno, sé lo que significa. Significa que es un buen momento para casarse, las

señales son las correctas, los planetas son los correctos y el lugar es el correcto... ¡eso es lo que me dijo!"

—Vale, vale, estoy segura de que Francesca sabe de lo que habla —dijo Shelley con deferencia. Valentina, que conocía a su abuela más íntimamente y había visto fracasar sus afirmaciones espirituales en muchas ocasiones, guardó silencio. Habían bajado y ahora volvían a subir por el sendero.

"Regresemos", propuso Shelley, y rápidamente aceptaron, y todos se lanzaron por el sendero hasta que llegaron al pastizal donde se extendía la recepción sobre mesas bajo pérgolas arqueadas.

* * *

Francesca estaba sentada cerca del extremo de una de varias mesas largas. Bridget estaba a su lado, y Sue Billings y Paula Pandit al otro. Se reían de las novias ruborizadas que acababan de sentarse al otro lado de la mesa, con los platos repletos de las delicias culinarias de la recepción.

"¡No vas a poder llevar ese bonito vestido por mucho tiempo si comes así!" bromeó Bridget.

Robin sacó la lengua mientras se acomodaba en su asiento, admirando el plato rebosante de verduras al curry, almejas, mejillones y vieiras. "¡Esto no es nada! ¡Esperad al postre!"

Trish puso la mano sobre el cuello de Robin, acariciándola suavemente, y luego se inclinó para acariciarla. En contraste, su plato solo contenía una porción modesta. Pero claro, estaba delgada como un palo al lado de la atlética Robin. Resplandecía feliz en su noche de bodas, radiante con su vestido de encaje, con ambos hombros al descubierto para acentuar la delicada curva de su cuello, que se fundía con su hermoso rostro, y sus rizos rubios se balanceaban en un corte corto y elegante. Trish no estaba muy interesada en comer, toda su atención estaba en su nueva esposa. Robin, por su parte, estaba muerta de hambre y era incapaz de ignorar las constantes bromas que provenían del otro lado de la mesa. Luis y Roy estaban sentados cenando al mismo tiempo.

“¿Quién da el primer baile?” preguntó Luis a las recién casadas, quienes se miraron tímidamente.

"Qué curry tan bueno", elogió Paula, una especialista local en curry. "¿Quién es el chef?"

Antes de que nadie pudiera responder, Valentina y las chicas corrieron, sin aliento. Francesca le hizo un gesto a Valentina para que se acercara y hablara con ella.

Mientras Valentina hablaba en voz baja con su abuela, Bridget y Kathy volvieron a sus deliciosos mariscos. El recuerdo del aviso de Eric sobre el incendio inundó la mente

de Kathy. Supuso que debía ser la nieta de Francesca quien lo había dado.

Eric y Emmy entraron a la recepción y se sentaron al otro extremo de la mesa, junto a Luis y Roy, Sal y Janet, y algunos otros. Kathy se esforzó por captar la mirada de Eric, pero este estaba completamente absorto en Emmy. Cuando lo miró más tarde, estaba enfrascado en una acalorada conversación con Roy.

"¿Pero cómo puedes decir eso?"

¿Por qué? Si atacan a las personas, usan armas, intentan dominar a la gente, y hacerles perder sus derechos... ¡así de simple! —Roy bajó el tenedor para enfatizar.

"Pero no puedes ir matando gente... ¡eso es lo que *están* haciendo!"

Si esta gente ha tomado las armas y las ha usado contra gente pacífica, a sabiendas y con la intención de matar, ¿por qué deberíamos preocuparnos por sus vidas? ¡Obviamente han decidido sacrificar la vida de otros por sus propios intereses! Roy era un hombre pequeño, con el pelo corto y negro peinado hacia atrás. Tenía un pequeño bigote, pero por lo demás estaba bien afeitado. Su nuez de Adán se balanceaba mientras su fiebre subía con la discusión.

Emmy se unió. "Pero si empezamos a matar gente para defender una cultura que se opone a matar, ¿no perdemos incluso si 'ganamos'?"

Luis odiaba este tipo de discusiones. Le frustraba que la conversación sobre la guerra se estuviera apoderando de la fiesta nupcial. "¡Gente! ¡Gente!...

“Mira Luis, no estamos arruinando nada, sólo estamos discutiendo la situación”.

¿No puedes guardarlo para más tarde? ¿Como después de cenar?

—Está bien, está bien —dijo Roy dándole una palmadita a Luis en la pierna y se retiró de la conversación.

Eric volvió a sus vieiras, sacudiendo la cabeza. "No entiendo por qué las conversaciones políticas tienen que estar prohibidas... solo porque es una cena de bodas". Emmy compartía su frustración, pero también decidió retirarse. Se giró hacia Janet y conversó sobre la puesta de sol que acababan de presenciar. Eric cenó con tristeza, deseando poder levantarse de la mesa de alguna manera. Miró hacia el otro extremo, donde Kathy, Bridget y la famosa Francesca Panduccino estaban comiendo, pensando que no dudarían en hablar de política.

Poco después, estaba en la mesa de postres recibiendo una generosa porción de tarta de manzana y helado de vainilla cuando Kathy apareció a su lado.

—Eric, ¿quién es la chica que tiene la información sobre el fuego?

“Ella”, señalando a Valentina.

Retiraron los postres de la mesa donde las tres chicas se estaban levantando. Kathy y Eric le pidieron a Valentina que se sentara con ellos unos minutos.

"Seguro."

“Valentina, cuéntanos lo que sabes, no dejes nada fuera, por trivial que sea…” empezó Kathy, inclinándose hacia delante con gran curiosidad.

Valentina contó la historia de Nwin Robertson llevándola a dar un paseo en barco, bajando al lugar, caminando por los alrededores, su extraño nerviosismo, su confesión.

—¿Entonces dijo que estaba allí cuando ocurrió la explosión? —preguntó Kathy, y ella asintió—. ¿Pero no dijo nada sobre provocarla?

No, no, definitivamente no. Él no haría algo así.

—¿Pero no dijiste que él pensaba que los edificios antiguos en el agua eran un problema ecológico?

—Sí, pero eso no probaría nada, ¿verdad?

“Correcto. Pero sí empieza a proporcionar un motivo, aunque admito que muy débil”, concluyó Kathy. Continuaron un poco más, repitiendo los detalles para que Valentina los confirmara, asegurándose de que entendían bien la historia. Ella no sabía cómo contactarlo ahora, excepto por la “enredadera”. Pensaba que vivía en casa con su madre, pero no estaba segura. Eric observó a Kathy trabajar, impresionado de nuevo por su agudeza y cómo su entusiasmo contagió a la entrevistada y la hizo sincerarse. Ella le sacó detalles a Valentina.

Una melodía vibrante estalló en el granero. Todos tomaron parejas y corrieron a la pista de baile. Emmy se acercó y levantó a Eric, agarrándolo del brazo y negándose a soltarlo a pesar de sus insistentes protestas de que aún no había terminado con Kathy.

“¡Este no es momento para trabajar!”, advirtió, disfrutando la ironía de ser ella quien regañaba.

Bridget y Francesca se abalanzaron sobre Kathy y Valentina y también se las llevaron a rastras. En pocos minutos, toda la fiesta nupcial se arremolinaba alrededor del granero,

bailando al ritmo de *vallenato* que sonaba desde el escenario.

Capítulo XXXIV

Respirando con dificultad, terminó de subir el quinto tramo de escaleras y se detuvo a sentarse en un banco. Con el pecho agitado, permaneció inmóvil, sintiendo el corazón latir con fuerza. El sol ya estaba tras Twin Peaks; el aire sofocante de mediados de septiembre flotaba en una quietud inquietante, denso y brumoso. Abajo, Nwin veía tranvías aparcados en la ornamentada terminal de hierro de la calle 17 con Castro. Cientos de ciclistas y peatones abarrotaban la gran plaza donde Abundancia se unía a la calle 17 con Castro; una enorme réplica del David de Miguel Ángel se alzaba sobre una amplia fuente de mármol blanco en el centro. Nwin odiaba la estatua, como la mayoría de los sanfranciscanos.

Turistas con pequeñas mochilas y cámaras colgadas del cuello bajaban ruidosamente las escaleras, llamando su

atención. Le sonreían y le saludaban al pasar, a lo que él respondía con un gesto de la cabeza. *¿Por qué los turistas siempre llevan gorras de béisbol?,* pensó, observando a una joven cuadrada al fondo del grupo que, al igual que los otros cinco miembros de su grupo, llevaba una gorra verde de los Oakland Oaks.

"¡Mierda!", se frotó la espalda baja mientras intentaba sentarse derecho en el banco de madera. "¡Tengo que superar este problema de espalda!", dándose cuenta de que todo lo que podía pensar dependía de que el dolor de espalda no le afectara. Decidió buscar un acupunturista. *"Mamá conoce a uno bueno",* pensó, pero lo descartó de inmediato, pues no quería recurrir a su madre para nada.

Se levantó y, retorciéndose de un lado a otro, luchó contra la rigidez creciente. Había recuperado el aliento y subió, de dos en dos, con sus largas piernas. Había bancos ocasionales a lo largo del camino, lugares para detenerse y descansar. A veces había gente sentada en ellos, admirando la vista, pero la mayoría de las veces no había mucha gente allí arriba en un día caluroso. Su camisa, empapada de sudor, se le pegaba al cuerpo, así que se la quitó; su larguirucho torso moreno oscuro brillaba al sol.

Junto a las escaleras corría un pequeño arroyo construido al mismo tiempo que las escaleras, modelado según un plan propuesto originalmente por Daniel Burnham en 1906. Habían sido necesarios dos grandes terremotos, más de 200

años y una revolución social, pero los habitantes de San Francisco finalmente habían adoptado partes de su plan durante la remodelación de la ciudad en el siglo XXII. Nwin, por supuesto, nunca había conocido la ciudad antes de que se construyera esta escalera de 350 metros y 1000 escalones directamente por la ladera desde Abundancia y Castro. A lo largo de los recortes laterales, los diseñadores hortícolas habían creado diferentes espacios olfativos. Pasó junto a una pequeña arboleda de laureles de California con sus elegantes hojas de laurel esperando a que los transeúntes las recogieran para una próxima comida. Encima del siguiente tramo de escaleras había una valla cubierta de jazmines, con una pequeña arboleda de robles detrás. El perfume que flotaba por la escalera golpeó la nariz de Nwin como si hubiera tropezado con una colmena. Se frotó la nariz y parpadeó para alejar el poderoso olor, reaccionando a su intensa dulzura.

Reanudó su ascenso con una brisa fresca que descendía por la colina, suponiendo que la niebla se acumulaba justo detrás de la cima más alta de la ciudad. Tras otros 15 minutos de vigorosa subida, llegó a la cima. La plaza de mármol era tan llamativa como la de abajo. Allí, la fuente era un estanque de agua que parecía un espejo y rodeaba una réplica de gran tamaño de *Apolo y Dafne,* del escultor italiano Bernini, donde Dafne se transforma en un laurel para evitar ser raptada por el dios Apolo. Se había instalado para

representar la metamorfosis de San Francisco en una ciudad ecológicamente diseñada.

Nwin apenas miró la estatua, preparándose para el viento helado que soplaba desde la niebla. Secándose con la toalla con su camisa mojada, se sentó bajo el muro curvo, construido para proteger a los visitantes de la colina de los persistentes vientos del oeste mientras disfrutaban de la vista. Se sentó solo, aunque una docena más compartía los bancos protegidos que se extendían 250 metros alrededor del borde este de la cima de Twin Peaks. Las profundas aguas color aguamarina de la bahía rodeaban la alegre ciudad, ondeando con banderas, edificios coloridos trepando las colinas, residentes como hormigas maniobrando por las calles muy abajo. Los molinos de viento se erguían como centinelas en los confines del sur de Twin Peaks. Se podían ver más en Bernal Heights, sobre la casa de su madre, y más lejos, en Bayview Hill. Todos giraban constantemente, aprovechando la ráfaga de niebla fría en el aire caliente del interior.

Todavía era de tarde, quizá quedaban cuatro horas más de luz. Tenía que encontrar otro lugar donde quedarse. Tres semanas hasta el barco. No estaba seguro de si iría, pero sonaba atractivo. *¿Por qué quedarse en San Francisco?* Estaba aburrido de todo, o peor aún, ¡completamente cabreado! *Edificios abandonados aún en la bahía. Comités estúpidos que gobiernan la ciudad, lemas por todas partes.* Y esa ridícula pelea entre jardineros y ciclistas. *¿A eso le llaman*

política? Quería estar en un lugar donde se debatieran problemas reales, donde la gente supiera cómo luchar como si importara.

Empezó a soñar despierto con Chile otra vez. Intentó imaginar la vida bajo el sistema monetario, pero no pudo. ¿*Necesitas dinero para pagar cosas? ¿Recibes dinero por trabajar y luego lo usas para comprar las cosas que necesitas?* Parecía una locura. *Tan complicado.* Odiaba muchas cosas de la vida en San Francisco, pero al menos nadie prestaba atención a cuánto trabajabas ni dónde, y ciertamente nadie prestaba atención a qué cosas tomabas. ¿*Por qué lo harían? Había de todo en abundancia...* Intentó imaginar el acaparamiento, pero le repelía la idea de acumular algo que no necesitaba. Sabía que había algunos acaparadores por ahí. Había estado ese tipo en la Pirámide el año pasado. *¡Mierda, toda su casa estaba llena de basura! Libros que nunca había leído, más música de la que nadie podría recordar, ropa para diez personas, tres bicicletas allí mismo. ¡Qué loco!* Tal vez el sistema monetario impide que la gente acumule cosas que no necesita. Finalmente era incomprensible.

Recordó a Joseph y su teoría sobre el miedo, y eso tenía cierto sentido. El dinero no se trataba de cosas materiales, sino de miedo y control. Su corazón se aceleró; Nance le vino a la mente mientras estaba sentada frente a él en Dolores Park, prometiéndole... algo. Libertad *individual. No tener que rendirle cuentas al vecino. ¡Control de su propia vida!*

Cuidarse en lugar de esforzarse por uno mismo, o hacer los Anuarios, todo eso.

De repente, se levantó y caminó con paso rápido de vuelta al comienzo de las escaleras, empezando a bajar delante de una pareja mayor. Trotaba, usando las rodillas para amortiguar el fuerte efecto de la gravedad en su columna. A pesar de su altura, pudo bajar rápidamente, adelantando a muchos otros que iban en ambas direcciones. En diez minutos, bajó corriendo las escaleras, bordeando la fuente de David, abriéndose paso entre la multitud. Todavía no llevaba camisa, y justo al terminar de bajar, estaba de nuevo caliente y sudoroso. Aferrándose a su camisa mojada, se dio cuenta de que sería mejor adquirir algo más, así que, antes de tomar el tranvía, se metió en una tienda cercana.

Un vistazo rápido le indicó que no había ropa en la tienda, así que detuvo a una joven de cabello azul con quince anillos firmemente enrollados alrededor de su cuello. "Disculpe, ¿sabe dónde hay una tienda de ropa cerca?"

Miró su torso sudoroso y luego su rostro. Girándose rígidamente, moviendo el cuello, la cabeza y los hombros al unísono, señaló al otro lado de la plaza. "Seguro que encuentras algo por allí, en el bazar".

Inmediatamente se sintió estúpido, pues había estado en el bazar en muchas ocasiones. "¡Claro, gracias!". Cruzó la plaza corriendo.

Atravesó corriendo la estridente puerta roja, revestida de aluminio brillante y con brillantes luces amarillas. Las luces de neón se entrecruzaban en el techo. Decenas de personas, en su mayoría hombres, revisaban grandes mesas cubiertas de montones de ropa, admirando camisas, pantalones cortos, cinturones, bufandas, lo que fuera. A lo largo del perímetro había percheros con camisas, pantalones y chaquetas, organizados por talla, tela y color.

Se oyeron varios silbidos fuertes cuando Nwin entró. No perdió tiempo. Fue directo al perchero más cercano y se puso una camisa azul pálido con rayas amarillas. Su pecho desnudo ya había llamado demasiado la atención. Se miró al espejo y notó que varios hombres lo observaban. Por suerte, la camisa le quedaba bien, así que Nwin se la metió por dentro y prácticamente salió corriendo, perseguido por una segunda oleada de silbidos y abucheos.

Se subió a un tranvía que arrancaba, rumbo al norte por Castro. Atravesó la puerta lateral abierta, se dejó caer en un asiento vacío y respiró hondo, sintiendo como si hubiera escapado por los pelos.

“Oye, Nwin, ¿qué está pasando?”

Se sobresaltó al oír su nombre. Era Lupe, la compañera de piso en la Pirámide a la que tantas veces había intentado evitar. "Oh, eh, hola Lupe. ¿Cómo te va?"

—¡Ay, por dónde empiezo! —dijo sin aliento—. La semana que viene tendremos una gran fiesta de luna llena. Y la semana siguiente es el cumpleaños de Elijah... ¡lo vamos a pasar genial! Y se acerca Halloween. ¿De qué te disfrazarás este año?

Nwin negó con la cabeza. "Sabes, no lo he pensado. Parece que estás en medio de todo", su mirada se dirigió a la ventana, "como siempre".

¿Y dónde vives ahora? ¿Te mudaste a otra torre del centro?

—No, me fui a casa un tiempo después de que murió mi padre —exageró la verdad—, pero ahora estoy... —y buscó a tientas algo para cerrar la conversación. Tras un momento de silencio, ella lo interrumpió.

"¿Dónde?" Ella imaginó que simplemente se había olvidado de terminar la frase.

¿Mmm? Ah, eh. Escucha, esta es mi parada. Nos vemos por Lupe. ¡Cuídate! —Y se dirigió al frente, cerca del conductor. Ya habían atravesado la cima del Triángulo Duboce, girando hacia la calle Divisadero. Los tranvías se amontonaban delante de ellos, bloqueados por una manifestación que pasaba por la calle Haight. Las pancartas ondeaban al anochecer; la mayoría de los manifestantes llevaban batas

blancas. Se bajó y caminó rápidamente hacia los manifestantes.

Gritaban en un tono de llamada y respuesta: "¡Busca la verdad! ¡REEESearch! [INVEEstiga] ¡Busca la verdad! ¡REEESearch!". Los carteles ondeaban entre los manifestantes, evidentemente trabajadores médicos y científicos que bajaban del complejo hospitalario Parnassus Heights de la UC. "Libertad de investigación = Libertad de expresión", decía uno. Otro decía: "¡Ciencia y naturaleza, juntas de nuevo!". Otros decían: "¡Apoya a MacMillan, abre la puerta y abre tu mente!", "Habla con los delfines", "La comunicación interespecies es la próxima frontera de la evolución natural".

Nwin se paró detrás de una multitud ruidosa de integristas, burlándose de la manifestación que pasaba. "¡Vuelvan a sus laboratorios!" "¡Científicos bajo control!" "¡No tienen derecho a rediseñar la vida!" "¡No se metan con la integridad de las especies!", y así sucesivamente.

Otros estaban de pie en silencio, observando a los trabajadores del laboratorio que pasaban o a los integristas en la esquina. Nwin cruzó la calle para tener una mejor vista de Haight Street. Un mar de manifestantes con batas blancas se extendía sobre la cresta de Haight. Calle abajo, una masa equivalente de batas blancas con carteles ondeando giraba a la derecha en Rexroth, al sur del río Hayes. Nwin esperó hasta que apareció un hueco en la marcha y cruzó

rápidamente Haight Street. Se abrió paso entre la multitud en el lado norte. Los tranvías que esperaban para dirigirse al Castro estaban apilados como sus homólogos en dirección norte en el otro lado. Un café al aire libre escasamente poblado se encontraba en la esquina de Page, pero Nwin no estaba buscando un lugar donde detenerse. Continuó por Divisadero, mirando por las ventanas del segundo piso, con la esperanza de encontrar un cartel de "Habitación disponible".

Caminó varias cuadras antes de que aparecieran algunos letreros. Dos estaban en pisos altos en Divisadero, pero el que le gustó anunciaba una habitación en Alamo Square, solo una cuadra al este. Giró por Grove, con la esperanza de tener suerte. En Rexroth, pronto la encontró: una elegante casa victoriana antigua, de casi 300 años. Efectivamente, había un letrero de "Habitación disponible" en la ventana. Un fuerte tamborileo resonó desde Alamo Square, al otro lado de la calle, y se preguntó si esa sería la razón por la que la habitación estaba vacía. Subió al porche, llamó y entró.

"¿Hola? ¿Holaaaa?"

Nadie respondió. Caminó lentamente por el vestíbulo hasta la primera habitación, una gran sala de estar con un piano en una esquina, una chimenea bajo una repisa elaborada y viejas fotografías polvorientas de personas desaparecidas que llenaban las paredes. Observó una foto

en particular: el retrato de una anciana negra. Debía de ser de finales del siglo XIX o principios del XX.

—Mi bisabuela. ¡Qué guapa era! ¿Verdad?

Nwin se dio la vuelta, alarmado por no haber notado que alguien entraba en la habitación. La mujer que hablaba era bastante hermosa, pero tan blanca que era difícil imaginar que la mujer negra de la foto pudiera ser su antepasada.

"¿Viniste por la habitación?", preguntó, con sus cálidos ojos marrones brillando bajo su cabello rizado y negro azabache. "Soy Rochelle... Henderson".

Le dio la palmada de rigor, se presentó y confirmó su interés en la habitación. "No sé cuánto tiempo estaré en la ciudad, pero busco una habitación. Podría ser un mes, o indefinidamente, depende..."

Ella era décadas mayor que él. Arqueó las cejas con curiosidad, apareciendo pequeñas arrugas en su rostro. "¿Esperando?"

—Sí, puede que me vaya de viaje. Llevo un tiempo pensando si debería irme de la ciudad.

“¿Eres nativo?”

Él asintió.

"¿Trabajas en algún lugar fijo o solo cubres tus Anuarios?" Retrocedió por la habitación y se sentó en una silla de felpa cubierta con una tela azul oscuro y peluda.

Le contó sobre el Tazón de Arroz, su lesión de espalda y el Jardín de Rosas de Harrison. "Pero me estoy preparando para probar cosas nuevas", recordó su deseo de aprender a volar, aprender artes marciales y aprender español. "He estado pensando en participar en algunos Anuarios en un lugar de trabajo hispanohablante para mejorar mi español".

"¡Bien, bien! ¿Cuántos años tienes de español?"

“Uhh, um… no he tenido ninguno desde que era un niño”. Se alegró de poder al menos entender su pregunta.

Mi padre habla español en casa. Somos bilingües. Así que ¿quizás has venido al lugar indicado? Cruzó las piernas bajo un vestido largo de terciopelo color burdeos intenso, con brillantes botas marrón oscuro adornando sus pies. «Déjame enseñarte la habitación», se levantó y lo acompañó al segundo piso. A lo largo de las escaleras, otra docena de fotografías adornaban las paredes.

"¿De dónde sacaste todas estas fotos antiguas?"

Son parte de la casa. Este lugar se remonta a generaciones. Al llegar a lo alto de las escaleras, giraron y entraron en la primera habitación. Era una habitación cuadrada, de unos cinco metros de lado, con techos muy altos y una gran

ventana que daba al tejado inclinado del edificio contiguo. «La luz es buena, aunque la vista no es tan buena», dijo tímidamente.

Abrió un armario grande. "Parece estar bien. ¿Así que podría mudarme casi inmediatamente?"

—Bueno, claro, pero primero tienes que conocer al resto de la familia. ¿Puedes volver el jueves por la noche?

—Sí, claro, supongo que sí. —Se quedó de pie con las manos en las caderas—. Mmm, me pregunto... ¿te importaría si uso el Vyne un par de minutos? Solo quiero revisar mis mensajes.

—Claro, adelante. —Rochelle se fue, gritando por encima del hombro—: Mi habitación está en la parte delantera del edificio. ¿Por qué no te acercas y me avisas cuando te vas, de acuerdo? —y él asintió con un gruñido.

—¡Vyne! —Y la hoja grande empezó a desenrollarse en la pared opuesta a la ventana. El pequeño signo de interrogación parpadeó en la esquina después de que el delgado cuadrado se dibujara sobre la superficie desplegada—. Nwin Robertson, calle An—der—son, Bernal Heights, San Francisco —pronunció en un tono monótono y entrecortado. Tras una breve pausa, gritó—: ¡Mensajes! Segundos después, una serie de líneas aparecieron en la superficie de la hoja: nombres, temas, horas y fechas.

Jennifer Robertson, su madre, apareció seis veces. Entre sus mensajes entrantes aún había algunos viejos, con fecha de más de un mes. ¿Tanto tiempo hacía que no los revisaba? Stefania, Rikky, Marco, Jerry, todos amigos del Cuenco de Arroz, tenían mensajes de cuando estuvo hospitalizado en julio. ¿¡Angus!? Qué sorprendente que se pusiera en contacto, sobre todo un mes después de haberse ido. Probablemente solo quería confirmar que no volvería. Jimmy le había dejado un mensaje.

"Jimmy Van", llamó, y la hoja se transformó en el rostro de Jimmy:

Nwin, no te sientas como si te hubieran echado. Puedes quedarte hasta que encuentres algo. Vuelve esta noche para que podamos hablar, ¿de acuerdo? Avísame si no vienes o llama por el teléfono.

Cambio. Volvamos a la lista. Stella Brooks. ¿Quién es Stella Brooks?

"¡Stella Brooks!" y una mujer ancha, de cara roja y con cabello largo y castaño apareció en la hoja.

Nwin Robertson. Soy Stella Brooks, de la Oficina de Investigación Pública en Civic Green. Me gustaría que viniera a una entrevista o, si no es posible, por favor, indíqueme dónde puedo visitarlo. Nos gustaría hablar con usted sobre

el incendio de San Bruno Mountain. Sabemos que usted fue testigo del mismo.

El corazón le dio un vuelco. *¡Chíngale! ¿Quién les dijo eso? Tenía que ser Valentina,* se dijo furioso.

¡Maldita sea! Intentó mantener la compostura. El corazón le latía con fuerza y daba vueltas de un lado a otro. No le respondería a esa Brooks. Quería hablar con Valentina, pero pensándolo bien, ¿para qué? Era obvio que se lo había contado a la detective pública, pero ¿por qué? Hizo una pausa, respiró hondo y gritó a la "viña": «¡Nwin Robertson, cambio!». Observó cómo la "viña" se enrollaba. Apretó los puños varias veces; le dolían las sienes con un fuerte dolor de cabeza. Intentando tranquilizarse respirando con calma, avanzó lentamente por el pasillo hasta la habitación de Rochelle, donde la puerta estaba entreabierta.

—¡Gracias, Rochelle! Me voy. Vuelvo el jueves, ¿de acuerdo?

—Sí, genial. ¿Por qué no vienes a cenar sobre las ocho?

—Me parece bien. ¡Nos vemos!

Bajó corriendo las escaleras como si lo persiguieran, irrumpiendo por la puerta y adentrándose en la oscuridad emergente. Tenía que resolverlo.

Capítulo XXXV

Saltó del tranvía al entrar en una curva a la izquierda en la vía verde de Fort Mason, dejando atrás el corredor Van Ness. Eric guardó el periódico en su bolso, dándose cuenta de que había perdido la noción de dónde bajarse mientras leía sobre...

Sam MacMillan. Planeando diseñar cuerdas vocales, boca y lengua en delfines.

MacMillan afirmó: “¡Sé que este es un paso necesario e inevitable en la evolución!” El pensamiento resonó en su cabeza mientras corría entre las bicicletas para evitar un tranvía que se aproximaba.

En el lado opuesto de la vía verde se detuvo a mirar el Golden Gate. Las dos torres del puente se alzaban en la entrada de la bahía. La torre sur, la más cercana a San

Francisco, había sido pintada de verde por entusiastas ecologistas hacía un siglo, años después de que el gran terremoto de 2044 destruyera el puente y lo dejara inclinado precariamente sobre el borde del Presidio. Dos grandes molinos de viento giraban rápidamente en su cima, y media docena de otros más pequeños se extendían desde varios puntos a lo largo de sus montantes inclinados y retorcidos, atrapando el viento incesante para generar un suministro constante de electricidad. La torre norte conservaba su histórico color rojo y su postura erguida, pero extraños carbunclos brotaban de sus costados donde la gente había construido apartamentos y estudios. Una pasarela colgante la conectaba con las tierras del cabo Marin, donde la ladera estaba seca y marrón bajo la luz del sol de mediados de septiembre. Eric respiró profundamente, disfrutando de los frescos olores del mar, notando el gran barco de carga que avanzaba lentamente hacia la bahía. Los ladridos lejanos le recordaron la densa población de leones marinos que habitaba la costa norte de la ciudad.

Eric llevó a Franklin a la esquina de Union y giró a la izquierda hacia Van Ness. Una cerca densa, llena de “Enredaderas”, rodeaba un amplio terreno esquinero. En medio de una espesa arboleda se alzaba un reluciente silo plateado. Del lado de Union Street, había una entrada para autos a través de la cerca. Eric entró por un pequeño sendero peatonal que serpenteaba entre la espesura de árboles dentro de la cerca. La entrada estaba pavimentada con

grandes bloques de granito cubiertos de una especie de musgo verde.

Un triciclo entró por la entrada pocos segundos después de Eric, con un carrito de un solo asiento y un pequeño portaequipajes detrás. Se giró y vio a una elegante mujer vestida de negro de pies a cabeza, con el pelo rojo intenso, que conducía su pieza de museo hacia el silo, donde una puerta se abrió silenciosamente al acercarse. Su carrito tenía un nombre escrito a mano en la parte trasera: «Rambler».

Un hombre con una carpeta y una bata blanca la recibió, llenando un formulario que le pidió que firmara. Reapareció al instante y dobló la esquina, seguida de Eric, y entró por una puerta casi invisible. Eric la alcanzó justo cuando la puerta se cerraba y entró.

En la pared del fondo, un gran mapa brillaba con líneas de colores, que al examinarlo más de cerca reconoció como un expositor de “Enredaderas” hecho a medida. Varias personas caminaban tranquilamente; el pelirrojo al que había seguido se dirigía a unas sillas en la sala de espera. Se acercó a un mostrador donde un joven con bata blanca estaba encorvado sobre un escritorio, rellenando formularios.

Eric explicó que era de la oficina del Investigador Público. "Estoy investigando de dónde sacó gasolina un pirómano.

Quería revisar sus procedimientos de distribución y ver si alguien recuerda algo inusual de hace unos dos meses".

El joven mantuvo un tono muy profesional. "Aquí llevamos registros meticulosos. Nadie recibe ni una gota de gasolina sin firmar, y antes de eso, deben mostrar su Certificado de Dispensación".

"¿Podría echar un vistazo a las asignaciones entre el 15 de julio y el 15 de agosto de este año?"

"Claro. Sígueme".

Entraron en una oficina lateral, donde una docena de personas trabajaban afanosamente. La mayoría lo hacían en “vides”, aparentemente enviando y recibiendo mensajes sobre suministros y envíos de gasolina, el preciado pero tóxico combustible.

“Allá”, señaló el joven, “está el departamento de registros. Tienen todos los formularios de asignación de los últimos diez años, y también los registros de suministros. ¡Puede estar seguro de que todo cuadra, hasta la entrega!”, dijo con orgullo y desafío a partes iguales.

Eric se dio cuenta de que cualquier indagación pondría a la defensiva a estas personas, lo cual estaba lejos de su propósito. Explicó su misión en el mostrador.

Un hombre negro de mediana edad examinó a Eric con atención y lo buscó rápidamente en internet antes de acceder a ayudarlo a encontrar los registros que buscaba. "No vas a encontrar nada. Tenemos mucho cuidado con quién consigue gasolina aquí. Nadie entra y se va con gasolina sin una necesidad bien documentada".

Eric le aseguró que la reputación del Dispensario era ejemplar. Sin embargo, tenía que revisar los registros y ver si encontraba algo. El hombre lo condujo a un escritorio con un expositor de “vides” ya abierto en la pared, cerca de una hilera de archivadores. «Aquí encontrará todo lo que necesita saber», dijo con indiferencia. Luego desapareció en otra habitación. Nadie le prestó atención a Eric. No estaba seguro de cómo funcionaban los registros ni de qué buscaba. Mirando a su alrededor, se preguntó si alguien sería más útil que los dos que ya había conocido.

Como si respondiera a su confusión, una joven estudiosa de ojos grandes cruzó la habitación. "¿Necesitas ayuda? Pareces perdido".

Eric sonrió agradecido y explicó lo que estaba haciendo.

¿No te explicaron cómo funciona el sistema? ¡Cielos, parece que guardáramos secretos de Estado! —se quejó. Negó con la cabeza, exasperada, pero acercó una silla y empezó a explicarle a Eric las categorías y tipos de

información que podía examinar. El sistema era bastante sencillo.

Muchas gracias. Creo que ya puedo hacerlo.

—Está bien, bien —dijo ella, empujándose hacia atrás para irse.

¿Puedo llamarte si tengo alguna otra pregunta? ¿Cómo te llamas?

“Cecilia Forrester”, señaló. “Puedes acudir allí al fondo si me necesitas”.

Pasó las siguientes dos horas estudiando minuciosamente formas arcanas, buscando compras anómalas de pequeñas cantidades de gasolina. Todo parecía bastante regular y minuciosamente documentado. Su mente se nublaba con las listas que pasaban de pequeños vehículos históricos y dispositivos heredados que aún usaban combustión interna como fuente de energía. No iba a encontrar nada útil allí. Robin estaba revisando otro dispensario al sur de la ciudad. Ella tampoco iba a encontrar nada. Recordó que Stella dijo que primero tenían que hacer esto, pero que luego seguirían con los distribuidores restantes. Eso sonaba mucho más interesante, incluso un poco clandestino. "Suministros no regulados..." intentó imaginar cómo encontraría una pista, pero no se le ocurría nada.

* * *

"¿Encontraste algo?" Eric arrojó su carpeta sobre la mesa mientras se desplomaba en una silla.

—No. ¿Y tú? —Robin estaba revisando sus archivos, preparándose para la reunión.

Eric negó con la cabeza. "Es una búsqueda inútil. ¿Viene Stella?"

“Se supone que ella debería estar aquí”.

Kathy entró con paso rápido y se sentó a la cabecera de la mesa. Segundos después, Stella entró rápidamente tras ella, ataviada con una capa y un vestido largo que le cayó al sentarse. Anita, otra aspirante, fue la última en entrar, corriendo sigilosamente hacia el fondo de la sala, intentando pasar desapercibida.

Kathy tomó la iniciativa. "Creo que estamos cerca de resolver este caso. Robin, Eric, ¿tuvisteis suerte en los dispensarios?"

Ambos negaron con la cabeza y Robin murmuró: "¡Como buscar un camarón en una ballena!"

“Anita, ¿empezaste a recopilar los informes médicos?”

“Siete personas fueron hospitalizadas con quemaduras. Aquí está mi lista”, y se la pasó a Kathy, quien la miró rápida e intensamente.

¿Stella? ¿Conseguiste hablar con el Sr. Robertson?

He estado intentando localizarlo. Le he “echado hojas” y he hablado con su madre, pero no ha sabido nada de él desde hace dos semanas.

“Parece nuestro hombre, pero necesitamos conectar algunos puntos más”.

Anita intervino. «Esto llegó del Taller Comunitario de Shotwell: instrucciones para hacer temporizadores eléctricos con bombas de gasolina. Lo encontraron detrás del banco de trabajo en el taller de electricidad».

"¿Shotwell? Según su madre, fue allí mismo después de irse de casa. Su primo trabaja allí", dijo Robin.

Kathy se inclinó hacia adelante. «Ya casi lo tenemos. Anita, ve al taller Shotwell. A ver si puedes entrevistar a su primo. Voy a tener otra charla con Valentina Rogers en el Panduccino's. Stella, dales a Robin y Eric una visión general de los distribuidores de remanentes. Divídanlos a ver si reconocen a Robertson. Si podemos conectarlo con alguna de las tiendas de remanentes, creo que podemos presentar el caso».

¿No tenemos que encontrar a Robertson? ¿Y si está a punto de provocar otro incendio? Anita intentaba comprender el procedimiento.

Kathy la miró con calma. "Sí, claro que sí. Pero quiero recordarte que nuestra misión principal es exponer y explicar. Encontrar a Robertson y confrontarlo será más factible si publicamos nuestro trabajo. Entonces será tarea de todos encontrarlo".

Anita asintió. "¿Entonces esto no es una cacería?"

No. Pero intentamos encontrarlo durante la investigación para poder preguntarle directamente sobre nuestras sospechas. Eso también lo disuade de repetirlo. Es mucho menos probable que siga adelante si cree que es el principal sospechoso. Además, si logramos conectarlo con una de las tiendas restantes, no querrán darle más gasolina, suponiendo que tengamos razón.

* * *

Todo estaba extrañamente tranquilo considerando lo cerca que estaban del bullicioso centro de la ciudad. Eric estaba a menos de 30 metros de ABC Locks and Safes. Era una tienda destartalada, con ventanas sucias tras antiguas rejas de metal oxidadas. Volvió a mirar la nota, comprobando su dirección: Tailor 136, cerca de Eddy. Pius Lee Wong era el propietario.

“Simplemente acércate a ellos directa y discretamente. Son lo más parecido a un mercado negro hoy en día, así que son muy susceptibles a la publicidad”, le había explicado

Kathy. “Se consideran un puesto avanzado de libertad total, sin control social... y sí tienen sus enemigos”.

Se abrió paso entre una arboleda, agachándose bajo la más cercana a la tienda. La puerta cedió al tocarla, impulsándolo hacia el interior de la tienda polvorienta y desordenada. Dos ancianos chinos estaban sentados en el mostrador jugando al *Go.* Una joven emergió por la cortina de cuentas en cuanto Eric entró en la tienda.

¿Sí? ¿Puedo ayudarte? —Se apartó el pelo negro de la cara mientras se apoyaba en el mostrador; sus ajustados vaqueros se desbordaban.

Se acercó y dijo en voz baja: «Soy de la Fiscalía. Investigamos un incendio provocado. ¿Reconoce el nombre Nwin Robertson?»

“¿Por qué? Sí.”

“¿Tiene gasolina aquí?”

Miró por encima del hombro a su padre, que observaba la nuca de Eric. Él asintió.

Sí, tiene. Lo usa para limpiar herramientas. Al menos eso me dijo.

¿Lo has visto últimamente?

“No, ha pasado en más de un mes, quizá dos”.

“¿Cuándo fue la última vez que le diste gasolina?”

Diría que fue a principios de julio. No estoy del todo segura.

“¿No llevan registros?” dijo incrédulo, impresionado por el contraste con el Dispensario hiperregulado.

La boca de la joven se torció involuntariamente y apartó la mirada. "No", dijo secamente.

Al darse cuenta de que se estaba inmiscuyendo en un tema delicado, se retiró. «Quizás necesite una declaración suya».

Ella asintió casi imperceptiblemente.

Tenía lo que necesitaba por ahora. "Gracias". Eric se fue tan rápido como había llegado. Al adentrarse en el aromático bosque que había fuera de la tienda, respiró hondo, contento de haber salido de aquel lugar polvoriento. Una sensación de gran logro lo invadió mientras corría hacia Abundancia para tomar un tranvía de vuelta al Civic Green y a la oficina.

* * *

Cuando regresó a la oficina, todos se habían ido, así que aún no lo sabían. Eric estaba sentado en la gran mesa del

comedor con Gerald, William, Tanya y Angie. "¿Cómo se llama?", preguntó William.

“Nwin Robertson”

“¡Un momento!” Angie Sung prácticamente saltó de su asiento. “¡Lo conozco! Estaba en el hospital... se desplomó con dolor de espalda. Estaba inconsciente cuando lo trajeron”. Estaba de pie, con los ojos encendidos. “¡Claro! Olía a gasolina. Ahora lo recuerdo, me pareció muy extraño, pero no tenía nada que ver con su lesión, o eso supusimos…”, se quedó en silencio, intentando recordar.

“Angie, ¿recuerdas cuándo fue esto?” La emoción de Eric era igual a la de ella.

Chíngale. A ver. ¿Finales de julio? ¿Principios de agosto? Tendré que consultar el historial del hospital.

"¿Puedes buscarlo?"

“Claro, ¿quieres que lo haga ahora?”

“Cualquier información: su condición, lo que recuerda, las fechas de su hospitalización, etc.”

Emmy entró en ese momento, sonriendo y saludando a todos. Se sentó junto a Eric, le dio un beso en la mejilla y un breve abrazo. "¿Qué pasa?"

La pusieron al corriente rápidamente. Puso su largo brazo sobre el hombro de Eric y le dio un apretón. "¡Genial! ¡Felicidades! Supongo que la información de Valentina en la boda fue la pista que necesitabas, ¿verdad?"

Sí. Eso lo desveló todo. Ahora tenemos muchísimas pruebas. Si pudiéramos confrontarlo directamente, lo resolveríamos.

—Eric, te traje esa estantería —anunció Tanya—. ¿Quieres venir a buscarla ahora mismo? Tengo que irme y la tengo atada a la bici.

Eric se rió, recordando su primer encuentro en una bicicleta cargada. "Claro, claro." Se levantó.

—Después de cenar —le dijo Emmy—, hablemos, ¿de acuerdo?

Se le encogió el corazón. Sabía lo que se avecinaba. No habían dormido juntos desde la boda. Con tristeza, siguió a Tanya al patio trasero, pasando junto a los jacuzzis y el trepador.

—¿Y ahora qué? ¡Parece que te robaron los juguetes! —dijo Tanya con voz chillona.

“Creo que Emmy va a romper conmigo”.

¿En serio? Creía que eran muy buenos, sobre todo porque tenían su propia habitación.

—No, la verdad es que no. Creo que está harta de mí.

Tanya parecía confundida pero se mordió la lengua.

"Y creo que tal vez conoció a alguien más", dijo, derrotado, con el estómago revuelto por la ansiedad.

—Aquí estamos —anunció Tanya, intentando sonar alegre—. Te dije que podía conseguirte una buena estantería del Taller Comunitario.

"Sí, se ve perfecta", respondió sin entusiasmo. La ayudó a bajar de la bicicleta, tras lo cual ella salió corriendo a hacer otro recado. La subió a su habitación y la colocó en la pared desnuda frente a su cama. En la penumbra de la noche, su habitación le pareció deprimente. La cama estaba hecha un desastre, y todos sus libros y ropa estaban esparcidos por el suelo. Se dejó caer en la cama, se acurrucó y se echó la manta sobre los hombros. A los pocos minutos se quedó dormido.

Cuando despertó, habían pasado dos horas. Allí tendido, recordó que el hacha estaba a punto de caer con Emmy. De repente, se despertó por completo. Confundido con la hora, miró el reloj y se dio cuenta de que se había dormido durante la cena. "¡Mierda!". Subió las escaleras traseras y cruzó el patio corriendo hacia la cocina de Trixie.

La gente ya estaba limpiando, mientras algunos aún se quedaban tomando el té. Buscó restos en la cocina, pero ya estaba todo limpio. "Supongo que me perdí la cena, ¿eh?"

Vinnie estaba en el fregadero con un delantal. Oyó el lloriqueo de Eric y se giró con las manos en las caderas. Agitando el dedo, lo regañó. "Ya sabes cómo funcionan las cosas por aquí. Si no llegas a tiempo, no cenarás. ¡Pero tú! Tienes suerte. Emmy te apartó un plato".

"¿Está ella todavía aquí?"

—No, dijo que tenía una cita o algo así. Salió hace media hora.

Eric llevó el plato a la mesa de la cocina, donde se zambulló en unas patatas tibias, ensalada y guiso de lentejas. Compadecido consigo mismo, comió despacio mientras sus compañeros entraban y salían de la cocina.

—Ah, ahí estás. —Entró Angie Sung—. Aquí tienes la información sobre Robertson que necesitas. —Le entregó una hoja que indicaba que había ingresado el mismo día del incendio, el 12 de agosto. Las notas indicaban olor a gasolina, pero no se diagnosticaron quemaduras, solo vértebras dañadas en la parte baja de la columna. Lo enviaron a fisioterapia dos días después y le dieron el alta ese mismo día.

Genial, gracias Angie. Oye, ¿qué aspecto tiene este tipo?

Mmm. Parece negro, pero tiene el pelo grueso y liso. Su madre parece asiática. Es bastante alto, más bien delgado y de piel muy oscura. En algún momento se tiñó el pelo de rubio, pero le estaba creciendo cuando lo vi. Sus cejas también eran un poco raras. Creo que se las debió afeitar antes, porque no estaban del todo desarrolladas cuando llegó al hospital. Recuerdo que intentaba entender por qué su rostro era tan inusual. Cabello, cejas, rasgos asiáticos y piel negra... la verdad es que es muy llamativo.

"¿Aquí dice que se lastimó la espalda?"

"Sí, se rompió un disco en la parte baja de la columna".

"¿Pero salió del hospital a los dos días?"

Bueno, es joven. Los medicamentos para tejidos blandos funcionaron de maravilla. Si puedes moverte y hay alguien que te ayude, estás mucho mejor en casa que en el hospital. Su madre estaba allí con él.

¡Qué bien! Estaba emocionado por ir a trabajar mañana con dos descansos enormes. Terminó de comer, se llevó el informe de Angie a su habitación. Se preocupó por Emmy un rato, luego se sumergió en su novela. Más tarde, soñó que peleaba, que lo herían, que yacía en el barro con la espalda rota. Cuando despertó a la mañana siguiente, tenía el cuerpo extrañamente rígido y dolorido.

Capítulo XXXVI

Nwin se levantó del sofá al oír a Jimmy y Sheila moverse. Había llegado a casa después de que se acostaran. Ahora tendría que hablar con ellos.

Jimmy entró y le dijo que lo buscaban. "Nwin, deberías llamarlos. Seguro que puedes aclarar esto". Kathy Fairly había llamado, al igual que la madre de Nwin, después de que el detective público la contactara.

"¿Por qué sospechan de mí?", dijo con inocencia, con el corazón latiendo con fuerza mientras intentaba imaginar una huida. Llenó su mochila con sus pertenencias.

"¿Quién sabe?", dijo Sheila. "Deberías llamar a tu madre, Nwin, solo dile que estás bien". A Sheila le irritaba que Nwin no fuera más responsable.

Nwin la miró con el ceño fruncido, percibiendo su hostilidad subyacente. "Mi madre... no sé cuál es su problema. Empezó a molestarme. Y ahora...". Su voz se fue apagando, apretando y abriendo los puños mientras miraba al suelo. Deseaba que lo dejara en paz.

—Vale, vale —levantó las manos—. Llamaré a mi madre y también hablaré con el detective público. —Miró a su primo con aire desafiante.

Mira, no te enojes conmigo. Estoy tratando de ayudar. Les dije que no tuviste nada que ver con esas instrucciones que encontramos.

“¿Les contaste eso?”, preguntó Nwin con ansiedad reflejada en su voz.

—Bueno, claro. Dijeron que coincidía con unas pruebas que encontraron en el lugar del incendio. ¿Por qué no lo entregamos? Jimmy se cruzó de brazos.

—¡Por nada! ¡Nada! ¡Solo me sorprende que... que... que estés ayudando a los Investigadores! ¡Eso es todo! —Metió de golpe su última ropa sucia en su mochila.

"¿Quieres café o desayunar?", preguntó Jimmy, intentando calmar los ánimos. "No. Me voy. Tengo un sitio."

¿Lo hiciste? ¡Genial! ¿Dónde está?

"Eh...", pensó a toda velocidad mientras decidía dar una dirección falsa. "En Nuestra Misión, al otro lado del Puente Islais, en Silver".

¿Sí? ¿Cuál es el número para que podamos contactarte?

“Eh, Silver 243, justo al lado de Mission”, improvisó. “Una gran casa blanca de tres pisos. Palmeras en el jardín, una pequeña granja de higueras y limoneros, además de un huerto, algunos cerdos”. Se excedió al describir su nuevo hogar imaginario. “Una mujer llamada Rachel Emery”.

¿Ya te aceptaron? ¿Sin conocer al resto de la familia? ¿Y sin una estancia de prueba? Sheila captó la verdad, pero le interesaba más que Nwin saliera de su casa.

Jimmy, por su parte, no tenía motivos para desconfiar de Nwin. Lo conocía desde que nació, cuando él mismo tenía solo 13 años. "Espero que te vaya bien, hombre. Necesitas recuperar el rumbo". Hablaba con verdadero cariño, pero Nwin solo percibía condescendencia.

—Sí, bueno, gracias. —Le dio a su primo una palmada y un abrazo superficial, se echó el saco de dormir a la espalda, haciendo una mueca por el golpe en la parte baja de la espalda, y salió por la puerta.

—¡No seas un desconocido! —le gritó Jimmy—. Y no olvides hablar con tu madre. ¡Está preocupada por ti!

Nwin bajó las escaleras con cuidado, deseando que Mel y su carrito estuvieran cerca. Una vieja patineta sobresalía de un montón en la esquina. Tras atarle la mochila, la remolcó, dejando el espacio libre bajo la casa de su primo con mucho ruido. La brillante luz de la mañana proyectaba un tono naranja otoñal. Entrecerró los ojos para protegerse del brillo.

¿Y ahora qué? No esperaba que lo desalojaran tan de repente. Todavía necesitaba un lugar donde pasar la noche antes de la reunión en casa de Rochelle en Alamo Square al día siguiente. *¿Y si no me aceptan?* Sacudió la cabeza inconscientemente, dándose cuenta de que estaba en un aprieto. La rabia lo invadió.

¡Valentina, esa perra! ¿Por qué me denunció? ¡Chíngale! Nunca imaginó que podrían llegar a relacionarlo con los incendios.

Tras terminarse un panecillo y un café en el Willows, recogió su equipaje y se dirigió al muelle. Subió a un ferry con destino al norte y miró el periódico por encima del hombro de un hombre.

"MILES SE REÚNEN PARA DETENER LA GUERRA

VALPARAÍSO, CHILE—Decenas de miles de ciudadanos se congregaron hoy en la plaza central, animados por oradores a entrar en la zona de guerra y reprimir a los combatientes de forma no violenta. La gente lloraba

abiertamente, abrazándose y cantando, mientras se preparaban para emprender la mayor campaña militar no violenta de la historia.

Los líderes de las Asambleas Populares en veintitrés distritos chilenos, incluyendo las zonas urbanas más pobladas, reafirmaron sus planes para contrarrestar la rebelión armada con resistencia masiva. Miles de ciudadanos se congregaron en esta ciudad costera para ultimar las acciones y planificar su estrategia táctica frente a un enemigo armado y asesino.

Nwin se recostó. La cabeza le daba vueltas de nuevo con pensamientos de guerra. No podía imaginarse disparando un arma. De repente, un sueño que había tenido la noche anterior inundó su memoria:

Era un afloramiento rocoso polvoriento donde estaba sentado con otros tres, fumando. El sudor le corría por la espalda mientras el sol quemaba el promontorio expuesto. Nadie hablaba y todos se movían con una extraña y vacilante lentitud. Las explosiones resonaban huecamente en sus oídos, y miró a sus compañeros, que parecían no oír. Quiso levantarse y mirar, pero no pudo. Sus piernas no se movían. Relucientes rifles de metal yacían sobre sus regazos; el sudor corría desde la muñeca hasta el cañón, donde goteaba rápidamente entre el polvo. Cabezas empezaron a asomar por las rocas, escudriñando su escondite. Rostros familiares: Angus, su madre y su padre, Jimmy, la tía, Rikky y Stefania,

Valentina y Shelley, y entonces todos empezaron a reír, señalándolo, ridiculizándolo. Una de sus compañeras en el puesto de avanzada se giró para mirarlo entre risas. Era Nance. Le hizo una mueca, desdeñosa por su incapacidad para silenciar a las hienas que lo rodeaban. Su rabia aumentó mientras luchaba contra su parálisis, pero no podía moverse.

Eso era todo lo que podía recordar. Se puso de pie en el ferry mientras este se movía lentamente por el canal. Se movió hacia atrás mientras el ferry rodeaba un acantilado rocoso, destruido siglos atrás por los primeros colonos. Observó el robusto brazo de la capitana en el timón, con su sostén blanco visible bajo su camiseta sin mangas, extendiéndose sobre su amplio busto.

Se recuperó antes de que ella lo mirara y se giró para ver un banco de peces plateados brillando en el arroyo. Grandes jabalíes se movían pesadamente en la orilla opuesta, desapareciendo entre una espesura de arbustos cubiertos de flores rosa pálido. Un pequeño bote pasó velozmente en dirección contraria, muy parecido al suyo, pero ocupado por niños... Miró a través de las marismas hacia la ciudad que se alzaba a lo lejos.

El Cuenco de Arroz se alzaba a ambos lados del canal del arroyo. Se alzaban volutas de humo cerca del granero; el fuego matutino seguía consumiéndose. Reorientó sus pensamientos hacia su situación inmediata.

En dos minutos llegaron al muelle de la Séptima y Kioto, donde desembarcó. Se abrió paso entre la densa multitud matutina. Arrastró su mochila por el paseo marítimo de madera, salió a la calle y, pasando el velome, se dirigió a la mesa del Tazón de Arroz. Un pequeño cartel invitaba a trabajar en los arrozales y a probar sus productos. Había flores frescas y algunas bolsas de arroz sobre la mesa, disponibles para cualquiera. Miró hacia el camino que conducía al granero y almacén del Tazón de Arroz. Alguien a quien no reconoció trabajaba a lo lejos, lejos de la caseta de suministros donde iba a guardar sus cosas.

El sol ya calentaba. En la caseta encontró un sitio para dejar su mochila, todavía atada a la patineta. Cerrando la puerta tras él, volvió a mirar hacia su antiguo lugar de trabajo. Un ciclista apareció pedaleando: era Marco. Se quedó quieto, esperando.

“Hola Marco”, gritó cuando la bicicleta se acercó.

¡Nwin! ¿Qué haces aquí?

“Solo estaba guardando mi bolso aquí por un día”.

¿En serio? ¿Por qué?

“Oh, me estoy mudando a un nuevo lugar, pero aún no está del todo decidido”.

“¿Creí que te quedarías con tu madre?”

“Estuve, pero me fui la semana pasada”.

Marco lo miró con una atención inusual. Nwin enseguida se sintió cohibido. "¿Por qué me miras así?"

"Te ves más o menos como siempre."

"¿Qué se supone que significa eso?"

Nada. Esta chica pasó ayer buscándote.

"¿¡¿Qué?!?"

Una mujer de la oficina del detective público dijo que están investigando el incendio de San Bruno y que quizá sepas algo al respecto.

¿Y bien? ¿Qué le dijiste?

—No estaba aquí. Me acabo de enterar. No sé qué dijeron. Hace más de un mes que no te vemos.

—Seguro que solo te dijeron eso. ¿Por qué? ¿No quieres hablar con ellos?

—¡No! Eh, eh... Voy *a* hablar con ellos. Oí que me buscaban. He estado ocupado con otras cosas —dijo vagamente.

¿Cómo está tu espalda? ¿Vuelves pronto al trabajo?

—No lo sé, Marco. Desde que lo dejé, no sé si quiero saberlo. ¿Qué pasa con Angus ahora?

Marco se rió. "Igual que siempre, sigue siendo un imbécil. ¿Qué vas a hacer?", extendió las manos con impotencia. Pero su sonrisa demostraba que no sentía la misma frustración con Angus que había atormentado a Nwin.

Escucha, Marco. Voy a dejar mis cosas aquí un día, quizá dos, ¿vale?

Claro, hombre, no hay problema. Ese es un buen lugar.

No quiero hablar con nadie, ni siquiera que sepan que he estado aquí. ¿Te importaría no decir nada?

Marco lo miró desconcertado. Se encogió de hombros. "Claro, Nwin, lo que sea..."

Marco salió en su bicicleta, mientras Nwin caminaba lentamente de regreso al cruce. "No puedo creer que dejase el *Hot 1* en Precita", pensó con irritación, deseando tenerlo aquí en el muelle de 7th Street. Había mucho tráfico en el muelle cuando cruzó la calzada y miró hacia abajo, preguntándose qué hacer a continuación. A esta hora, la mayor parte del tráfico se dirigía a la Universidad. El sol se reflejaba en la bahía, oscureciendo el campus que se alzaba sobre el agua a medio kilómetro. Entrecerrando los ojos por el resplandor, bajó las escaleras en ángulo hacia los muelles, moviéndose sin dirección. Unos jóvenes técnicos estaban de

pie en un grupo en el Muelle 16 esperando la inminente llegada de su transporte. Nwin se acercó a ellos, curioso por su animada conversación. No pudo oír de qué estaban hablando hasta que se acercó.

—¡Fue la mayor estupidez que hicimos! ¡Decían que parecíamos tropas de choque o algo así!

—Frank, ¿de qué demonios estás hablando? ¡Nos veíamos geniales! Éramos enormes, fuertes, silenciosos y seguros de nosotros mismos. Una mujer negra y regordeta le estaba metiendo el dedo en el pecho.

—¡Dame un respiro! —interrumpió una mujer mayor, poniéndose del lado del hombre—. ¡Todas esas batas blancas! ¡Qué vergüenza!

—¡Chingado! —La mujer negra se giró hacia ella—. Ni siquiera participaste. De hecho, recuerdo que ni siquiera apoyas a MacMillan, ¿verdad?

—Darlene, estoy harta de tu intimidación. ¡Esa demostración fue una versión más grande de cómo te comportas ahora! —Su cuerpo se tensó al desafiar a la mujer más joven y corpulenta—. Hay buenas razones por las que mucha gente se opone a esto. ¡Eres tan arrogante! Nos ha llevado décadas ganarnos el respeto que tiene la ciencia ahora. *¡Eso es* lo que está en juego!

—Tranquilos, chicos —les instó un tipo con aspecto de profesor árabe—. Aquí está la lanzadera.

Interrumpieron su conversación mientras subían a la lanzadera, un aparato gris y peludo con treinta asientos. Nwin los siguió, curioso por ver si el debate continuaba, pensando que podría regresar en el siguiente viaje. Se sentó en uno de los nódulos sin respaldo que hacían las veces de asientos.

Los antagonistas se separaron en extremos opuestos del barco, por lo que el debate se apagó. Nwin estaba sentado cerca de Darlene, la mujer negra que había estado defendiendo con vehemencia la manifestación. Supuso que debía ser la misma manifestación que había visto el día anterior. La mujer abrió un grueso libro de texto y se sumergió en él. Un suave zumbido envolvió la lanzadera al iniciar su recorrido por Mission Bay. Nwin se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, y observó el agua que pasaba. Una pareja detrás de él comentaba el menú de la cena. Se arrepintió de haber venido.

En el muelle del Edificio de Física, una reluciente escultura cromada se balanceaba desde la pasarela exterior, un piso por encima del agua. Los pasajeros que desembarcaban intercambiaron miradas polémicas, pero el debate permaneció zanjado por ahora. Nwin subió sin rumbo por las frescas y lisas escaleras. En la parte superior, un salón acristalado lo atrajo, así que entró. La gente estaba sentada

en pequeños grupos, estudiando y charlando en voz baja. Una concurrida cafetería al fondo se alzaba junto a una puerta, con un cartel de "clínica" encima. Se acercó para mirar más de cerca, rechazando su instinto de volver a la ciudad. Algunas personas lo miraron sin reconocerlo.

Entró en la clínica. Un joven le preguntó: "¿Qué podemos hacer por usted?".

“Uhh, um, bueno, yo uh,... Me preguntaba qué hacéis aquí”.

¿Nuevo, eh? Somos una clínica abierta las 24 horas. Ofrecemos acupuntura, masajes y terapia del sueño.

"¿Acupuntura?" Se llevó la mano a la zona lumbar, que tenía rígida. "Sabes, me vendría bien un tratamiento para la espalda ".

¡Has venido al lugar correcto! Sígueme.

El joven lo condujo a una habitación oscura, encendiendo una luz tenue al entrar. "Siéntese ahí", le dijo, señalando una silla sencilla junto a un escritorio. "El doctor viene enseguida".

Se sentó por un momento en la tenue luz, sintiendo su dolorida espalda en la dura silla.

El médico, un hombre chino de baja estatura, entró, saludando bruscamente a Nwin sin decir palabra. Colocó el brazo de Nwin sobre una pequeña almohada y le tomó el pulso, presionando delicadamente sus venas con tres dedos, intentando determinar dónde estaba bloqueado *el qi de Nwin.* El trato del médico fue completamente hostil. Aún no había dicho nada. Miró a Nwin y finalmente dijo: «Saca la lengua». La sacó como si buscara fiebre aftosa. «De acuerdo», y señaló la camilla. «Quédate ahí».

Nwin se acostó, y el médico se acercó, presionando varios puntos, deslizando imperceptiblemente las agujas tras la punción. Luego volvió a cada una de las agujas, girándolas en su lugar. "Solo descansa". El médico salió de la habitación en silencio.

Nwin yacía allí, controlando su respiración, y pronto se quedó dormido. Su frente presionada contra el círculo acolchado, mientras caía en un sueño profundo. Soñó que se había apretado a través del reposacabezas acolchado y estaba cayendo. Las estrellas volaban mientras se deslizaba a través de la oscuridad arremolinada; luego, el remolino tomó una forma acuosa y se estaba sumergiendo en un remolino. Su velocidad vertical disminuyó y se concentró en los objetos en la pared de agua circundante. Juguetes de su infancia, su primera bicicleta, el triciclo de su madre. Entonces, los rostros de la gente se asomaban a través del agua como visitantes de un acuario y él era un pez en la pecera. No reconoció ninguno de los rostros, todos tenían

ojos grandes y expresiones congeladas. El remolino estaba disminuyendo, al igual que su descenso. Podía sentir sus pies debajo de él ahora, y mirando hacia abajo, estaba parado en un parche de hierba. El agua arremolinada había disminuido, y estaba en una cabina de cristal, una luz deslumbrante brillando sobre él. Las paredes cambiaron de forma cilíndrica a una caja de cuatro lados, con docenas de rostros empujando cada ventana. Daba vueltas y vueltas, confundido, observador, cohibido. Se agarró los codos con las manos y bajó la mirada, intentando calmarse con la respiración regular que le habían enseñado de pequeño.

Toc, toc, toc. Levantó la vista hacia el sonido y descubrió que la caja de cuatro lados había desaparecido. Estaba en un enorme prado abierto, rodeado a lo lejos por un bosque. Un misterioso muro con una gruesa puerta de madera cerrada se alzaba ante él. Toc, toc, toc. Alguien llamaba a la puerta. Dio tres pasos hacia la puerta y, al llegar al pomo ornamentado, descubrió que no podía girarlo. Toc, toc, toc, sonó la llamada urgente.

“Oye, lo intento, pero no puedo abrirla”. Oyó unos gritos apagados al otro lado, pero no pudo entenderlos. Luchó con la puerta, tirando y empujando, metiendo el hombro. Profundamente frustrado, retrocedió, con las manos en las caderas, mirando la puerta. Miró de un lado a otro, el único límite era un bosque a un kilómetro de distancia. Se dirigió al lado izquierdo de la puerta mientras los golpes se hacían más fuertes. Miró alrededor del lado de la pared con la

puerta, e inmediatamente un aire fresco lo arrastró y cayó en la oscuridad. Una vocecita lo llamó. “Nwin, Nwin ¡Usa tu cabeza!... Abre tu mente, abre tu corazón”. Pero estaba dando vueltas salvajemente otra vez, y todo estaba negro. Entonces se despertó cuando el médico volvió a girar las agujas en su espalda. Al recuperar la conciencia, oyó el tintineo de las agujas al aterrizar en un pequeño recipiente metálico, y se dio cuenta de que el médico estaba sacando las agujas, terminando su tratamiento.

"Siéntese ahora", ordenó el doctor. "¿Se siente mejor? ¿Más relajado?", señaló la parte baja de la espalda de Nwin. "¿Más relajado?", Nwin miró las arrugas y crujidos en el rostro del viejo doctor, tratando de entender lo que le preguntaba. El doctor debe de tener más de 100 años, pensó. "¿Tiene la espalda más relajada?"

Giró la espalda suavemente. «Sí, está mucho más suelta, ¡gracias!». ¿Por qué no había ido antes a acupuntura? Se vistió de nuevo y el médico le dio un montón de pastillas negras.

—Toma seis con las comidas —ordenó—. Tres días, vuelve si lo necesitas, ¿de acuerdo?

Nwin asintió y vio al viejo doctor salir de la habitación. Terminó de vestirse, aún afectado por su extraño sueño. Esa voz le sonaba tan familiar. Regresó al salón, y algo en la tapicería despertó el recuerdo que buscaba a tientas.

"¡Joseph!". La última vez que lo había visto fue en el Edificio de Biofabricación. Miró el reloj: eran casi las 11:00, demasiado temprano para Joseph. Al salir, se detuvo a leer un gran póster en la pared.

¡Enfrentamiento! ¡MacMillan contra Floyd, el debate de la década! En letra más pequeña, el cartel describía un debate público sobre la infame propuesta de MacMillan de dotar de habla a los delfines. No le gustó. Afligido por la idea de la dominación humana sobre la naturaleza, se alejó apresuradamente. Su estómago rugía, su cabeza estaba inundada de ansiedad. Su madre, la investigación, su esperanza de una nueva vivienda, el barco que zarpaba en octubre, la traición de Valentina. Su cabeza daba vueltas de un tema a otro, sin encontrar paz ni consuelo en ninguna parte. Todos estaban en su contra y tenía que evitar las trampas. Miró a su alrededor, presa del pánico, esperando que lo abordaran desconocidos.

Bajó corriendo las escaleras hasta el muelle y se subió a un ferry regular, la línea 6, que se dirigía al norte, hasta la estación central de trenes, donde se bajó.

Se metió bajo un andamio donde unos obreros restauraban un antiguo mural de mosaico. Representaba un enorme maremoto que llegaba al oeste de la ciudad, con bungalows al atardecer arrastrados por la gigantesca resaca. Nwin sabía que nunca había sucedido así, pero las aguas *habían* subido, aunque de forma menos espectacular. De

nuevo olió la fuerte presencia del humo de marihuana, empalagoso y repulsivo. Dirigiéndose al norte hacia los tranvías de la calle 3, se subió a uno cuando arrancó, subiendo al soleado segundo piso, acariciando inconscientemente la barandilla de bambú, pulida y suave, que serpenteaba por la escalera de caracol. Se dejó caer en un asiento, mirando a un grupo de jóvenes con mochilas.

Hizo contacto visual con una de las mujeres, más o menos de su edad. Ella le devolvió la mirada y empezó a sonreír. «Nwin, ¿no me reconoces?», rió.

"¿Eh?", negó con la cabeza, como si intentara despejarse los ojos. El rostro le resultaba familiar y le costaba identificarlo. "¿María?", graznó finalmente.

Extendió la mano para darle una palmada. "¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Sigues viviendo en Bernal?" Los recuerdos lo inundaron. María vivía a unas cuadras de distancia, una de las niñas con las que había ido a la escuela. Se habían metido en varias travesuras, como aquella vez que construyeron una presa en el arroyo Precita. Funcionó demasiado bien, haciendo que el arroyo se desbordara hasta que inundó algunas casas cercanas. De repente recordó su rostro bañado en lágrimas después de que lo atraparan provocando el gran incendio en la colina, un incendio que mató a dos de sus mascotas.

—¡Han pasado cinco años, por lo menos! —le devolvió la palmada y la miró de nuevo. Era una belleza imponente, de cabello oscuro, con un pequeño lunar en el pómulo izquierdo justo donde tanto le había molestado de niña. Ahora casi parecía un añadido cosmético, armonizando a la perfección con su rostro de belleza clásica. Sus espesas cejas negras se arquearon al devolverle la mirada, con sus propios recuerdos danzando en sus ojos.

Le contó sobre la muerte de su padre, lo que le recordó el accidente que había sufrido Jeffrey Robertson, un pequeño trauma para todos los niños del vecindario cuando el padre de Nwin quedó repentinamente postrado, lo que les dio a todos una dosis de vulnerabilidad. Habló brevemente sobre el Cuenco de Arroz, su lesión de espalda y su regreso a casa.

¿Y ahora qué? ¿Qué sigue para ti?

"Bueno, acabo de recibir un tratamiento de acupuntura", y se retorcía en el mismo sitio, todavía asombrado de lo mucho que había mejorado. "Así puedo dejar de preocuparme tanto por la espalda", le confesó, sorprendido de contarle tanto. Se sintió emboscado por la combinación de su indecisión y el reencuentro con un viejo amigo de la infancia.

María le habló de las secuoyas gigantes en King's Canyon, donde habían estado. "Hay un árbol enorme, dicen que tiene casi 3000 años. Los primeros colonos que le pusieron

nombre lo llamaron el Árbol Karl Marx. Fueron ellos quienes construyeron la primera carretera hacia los árboles gigantes; los radicales lo llamaron Cooperativa Kaweah. Luego, el gobierno estadounidense confiscó sus tierras y las convirtió en un parque a finales del siglo XIX. El gobierno renombró el árbol en honor al general Sherman, quien destruyó el sur al final de la Primera Guerra Civil ".

Uno de sus compañeros se inclinó y dijo: «Ahora se llama Árbol Califas». Miró fijamente a Nwin, pero este mantuvo su atención en María. Indiferente a los detalles, se sintió atraído por el entusiasmo de María. Estaba estupefacto de que la niña tímida que había conocido se hubiera convertido en esta hermosa mujer. María lo apartó de un codazo, percibiendo sus celos, y lo miró con enojo. Luego volvió a centrarse en Nwin.

“Estoy empezando un aprendizaje.”

¿En serio? ¿Ya? ¿A qué hora?

“Diseño de paisaje, horticultura”.

Sonrió, recordando a uno de sus compañeros de trabajo en el Tazón de Arroz que se había formado en horticultura. Había habido interminables disputas entre su idea de cómo debían hacerse las cosas y los preparativos prácticos que el resto de la gente hacía a diario. "¿No tienes que estudiar biofabricación como parte de eso?"

Sí, pero eso no es hasta el tercer año. Paso los dos primeros años trabajando en el campo. Un año en un proyecto de reconversión urbana y el otro en una granja de camiones a una hora de la ciudad.

El tranvía de dos pisos se detuvo junto a los Jardines Yerba Buena, protegido por el malecón que recorría el lado este de la 3.ª Avenida desde Howard hasta Abundance. Un puente elevado en diagonal partía de la terminal, elevándose sobre los jardines hacia los muelles del sur de Union Square en Abundance y Stockton.

“¿A dónde vas?” le preguntó María mientras ella y sus amigos comenzaban a marcharse.

—No estoy seguro. Me tomé el día libre —declaró.

Más tarde iremos a una fiesta de baile en Immersion. ¿Te unes?

Se despidieron con un manotazo y prometieron volver a verse, si no en el baile, se verían otro día. Él se quedó en la plataforma observando a María y a sus amigos caminar contoneándose bajo sus mochilas por el puente elevado. Entró en los jardines y bajó corriendo las escaleras hacia un laberinto subterráneo.

A veces se celebraban conciertos y conferencias en el extenso sótano, pero la mayor parte del tiempo permanecía en silencio, una reliquia vacía de una era pasada de

comercialismo y un obsoleto "negocio de convenciones". Nwin se sumergió en Yerba Buena Caverns, una famosa diversión para los habitantes de la ciudad, un laberinto en constante cambio lleno de puestos que ofrecían comidas especiales, aparatos, ropa de temporada, zapatos y producciones artísticas únicas, todo de producción local. Bromistas y payasos deambulaban, engañando regularmente a los visitantes desprevenidos. Era una colección de animales, un patio de recreo para la locura y el capricho caseros, hecho por y para los sanfranciscanos.

—¡Aquí hay uno alto! —chilló un rostro que miraba desde una pequeña ventana en un ángulo improbable al pie de la escalera. Nwin se encogió cuando la voz lo atacó. Eso lo envió directo a los brazos de un anfitrión que lo esperaba, un hombre con enormes zapatillas doradas con largas puntas redondeadas que sobresalían frente a él.

—¡Ajá! Bienvenido, amigo —e hizo una profunda reverencia—. Soy Abner... ¡a su servicio! Era un hombre pálido y gordo, de edad indeterminada, con una perilla rala y cejas pobladas y desiguales, una rubia y la otra negra.

Hola Abner. Iba a tomar un atajo por aquí.

"¿¡UN ATAJO!?", gritó Abner. Se movía de un lado a otro, repitiéndolo cada vez más fuerte. Las risas resonaron por toda la sala mientras la palabra rebotaba por el laberinto. Finalmente, entre un murmullo jocoso, Abner le dio una

palmada en el hombro a Nwin y le preguntó: "¿Has trabajado aquí?", un requisito obvio para cualquiera que supiera usar el lugar como atajo.

Nwin sonrió de oreja a oreja, retrocedió dos pasos hacia la derecha, hizo un pequeño gesto con la mano derecha, aplanando la palma y bajándola hasta formar un llamativo cartel de bienvenida, donde la cara de un payaso sonreía, formando una O con la boca. La palma de Nwin golpeó con cuidado la O y la pared giró, llevándolo al otro lado, con risas que resonaban en el aire tras él.

Estaba al final de un largo pasillo. Unos coches magnéticos flotaban en la pared del fondo. Se subió al primero y este aceleró por el pasillo, casi antes de que pudiera meter las manos y los pies. La espalda le punzaba con tristeza bajo el par de la aceleración. «Mierda», murmuró Nwin para sí mismo, intentando sentarse cómodamente mientras se precipitaba. En 200 segundos llegó al otro extremo. Tras salir, giró y retorció el torso con cuidado, probando su espalda, pero por suerte ya no le molestaba. Aliviado, corrió hacia los jardines detrás del Museo Old Mint. Una clase de niños salía ruidosamente del museo, describiendo con entusiasmo artefactos del antiguo San Francisco.

“¡Ese camión de bomberos era lo máximo!”, gritó una chica pelirroja y rizada.

“¡La diligencia era mejor!” dijo un niño que Nwin pensó que podría ser una versión más joven de sí mismo.

"¿Puedes creer que había gente por ahí con todas esas armas? ¿Y con ese estúpido uniforme azul? ¿Cómo podría alguien respetar a alguien que lleva algo tan ridículo?", rió otra chica.

Nwin se dio cuenta de que no había pasado *tanto* tiempo desde que él mismo había sido uno de esos niños. Caminó distraídamente por el patio verde, haciéndose a un lado para observar a una anciana en una bicicleta de madera que recorría lentamente el estrecho carril bici del amplio pabellón. Se dirigió a un café desierto y se sentó bajo un hermoso arce japonés. El árbol florecía en un rincón oscuro del pabellón, a la sombra de los viejos muros del hotel. El sol blanqueaba el resto del espacio abierto de una manzana, lleno de cafés, bancos, árboles bajos y arbustos.

De la mesa de al lado agarró un periódico y una revista, copias de *The Free Radical* y *The Dock of the Bay* [El Muelle de la Bahía*]. The Dock of the Bay* tenía una historia de portada sobre invasiones de especies rebeldes que presentaba una imagen sensacionalista de un reptil volador con un bebé sangrando en su boca. Dentro prometía artículos más prosaicos sobre la distribución de arena en la llanura costera, la lucha contra las moscas de la fruta, la química del compostaje, las recetas locales favoritas y un artículo sobre el campocorto de los Seals Billy Bonds y su

histórica familia de béisbol. Nwin lo tiró a un lado. *The Free Radical* tenía una rata enorme en su portada con rasgos faciales humanos y una etiqueta con un nombre que decía "¡Hola, mi nombre es Greg Duvall!". La rata monstruosa llenaba la mayor parte de una sección intermedia de San Francisco mientras pequeños manifestantes ondeaban carteles de piquete de Recall en el fondo. Al abrirlo, pasó el artículo sobre la campaña de destitución de Duvall, sin notar apenas las columnas dedicadas a informes regionales de los alrededores de la Bahía. Una revelación de un trabajador de laboratorio en UC Mission Bay le llamó la atención brevemente, hasta que se dio cuenta de que el autor era miembro del Comité Directivo del Garden Party, tras lo cual perdió el interés. "¡Qué fiesta tan genial!", murmuró, pasando las páginas.

Se detuvo en una página entera de fotos de tropas marchando con uniformes caqui verde. "¡Dentro de la Brigada de la Libertad Reagan—Pinochet!", era el titular. Se encorvó sobre la revista con avidez. El artículo era la traducción de un artículo publicado en una revista chilena seis meses antes, antes del reciente estallido de la guerra. Las fotos mostraban un pueblo que parecía un extraño suburbio de Disney del siglo XX: ordenadas hileras de casas repetidas, césped verde, coches de etanol de mediados del siglo XXI, viejas banderas ondeando en las casas. Nwin no pudo reconocer la mayoría de las banderas, excepto las antiguas banderas de Estados Unidos y la Confederación.

San Fernando, O'Higgins, Chile —Aquí todos son milicianos. Se considera obligatorio. No se cuestiona a las autoridades locales. Quienes se oponen a la militarización de la vida cotidiana son "invitados" a irse.

Las acusaciones de brutalidad, violencia e incluso asesinato no han sido probadas. Hombres, mujeres y niños niegan, sin excepción, que exista coerción alguna en la ferviente adhesión de esta comunidad a la iconografía de los estados prerrevolucionarios.

En una soleada mañana de sábado del pasado diciembre, la milicia ciudadana se reunió en un campo de fútbol local para preparar un espectáculo navideño. Los habitantes de una región vecina han acusado a las comunidades de O'Higgins de organizar una fuerza militar y temen ser víctimas de ello. Sin embargo, los lugareños entrevistados se burlaron de tales acusaciones y con gusto llevaron a este reportero de visita, permitiéndome elegir el lugar que quisiera.

“No somos violentos ni belicosos. Simplemente creemos que algunas cosas eran mejores en las sociedades prerrevolucionarias. ¡En primer lugar, eran mucho más eficientes!”, presumió Daniel Ortega Johnson, mi guía durante una visita de dos días a la zona. “La gente estaba orgullosa de su país, las familias permanecían unidas, se respetaban; era una época de crecimiento y aprendizaje bien organizados”.

Pero mientras observaba el ejercicio de la milicia esa templada mañana de sábado, me costaba imaginar que las estrictamente disciplinadas filas se estaban entrenando para un espectáculo navideño. El eco de las prácticas de tiro al blanco se escuchaba en las colinas cercanas esa tarde. Cuando pregunté por qué usaban armas y balas, me aseguraron que era una broma, parte del estricto atletismo de la comunidad. Planeaban ganar la medalla de oro en los próximos Juegos Olímpicos, dijeron.

Nwin abandonó el artículo, que no contenía noticias sobre la guerra, por ser demasiado antiguo. Observó las fotografías, intentando encontrar a Nance, pero fue en vano.

Un pequeño desfile apareció a lo lejos, con un gran bombo retumbando bajo el ritmo de varias trompetas y trombones tristes. Parecía una especie de velatorio, y se hizo más grande a medida que Nwin observaba. Cientos de personas seguían a la banda, algunas vestidas de negro, pero muchas más con el típico estilo festivo de San Francisco, ataviadas con todo tipo de atuendos llamativos, algunas en zancos, algunas con nubes de fuego. Cuando Nwin vio a los lanzallamas, se levantó de inmediato y comenzó a caminar hacia el espectáculo.

Cayó entre la multitud. Estaba rodeado por un grupo de personas con máscaras que blandían varitas doradas que emitían una especie de material dorado brillante, más ligero que el aire, que llenaba el aire. Se le pegó a la piel y a la ropa,

y al cepillarlo, pareció adherirse con más fuerza. Suspirando, supo que no podría deshacerse de él sin lavar la ropa y darse una buena ducha, así que se detuvo y los dejó pasar.

El siguiente contingente iba todo de negro, emitiendo un profundo zumbido. Él también los dejó pasar. A continuación, unos quince monociclistas, todos menos dos avanzaban sin esfuerzo. Una, una chica robusta y musculosa, se cayó tres veces seguidas y, finalmente, riendo, empezó a empujar su monociclo delante de ella. Miró a Nwin, que se alzaba sobre sus compañeros que se balanceaban. "¿Quieres intentarlo?", le ofreció su monociclo.

—No, gracias —dijo sonriendo—. ¡No puedo!

"No es tan difícil como parece", dijo alentadoramente, pero su propia experiencia lo desmintió.

—¿Para qué es este desfile? —preguntó Nwin.

Creo que es un funeral. Elmer Eddings, ¿lo conoces? —¿Eddings? Era un viejo revolucionario, ¿verdad?

Creo que sí. Y además era escritor.

Sí, había oído hablar de él. Pero no lo conocía.

—Yo tampoco. Estábamos practicando cuando vinieron, así que decidimos unirnos —dijo entre risas mientras una de

sus compañeras se caía justo delante—. ¡Francine! ¡Te pareces a mí! —gritó.

Francine miró hacia atrás, disgustada, y saludó con la mano con desdén mientras se levantaba y seguía adelante.

"Ah, en realidad es una buena monociclista".

“¿Sabes hacia dónde va esto?” continuó Nwin.

“Supongo que vamos al Civic Green... Creo que hay una ceremonia o una fiesta o algo así”.

Se apartó de los monociclistas. Al fondo, una pareja alta con túnicas negras ondeantes asintió con la cabeza mientras él se ponía a su lado.

El silencio le venía bien ahora. Ya había sido un día largo. ¿Dónde iba a pasar la noche? Claro que podía quedarse en cualquiera de los numerosos hostales o residencias. Incluso podía alojarse en uno de los hoteles. Pero algo lo detenía.

La marcha llegó a la calle 7 desde la vía verde de la Misión, desviándose hacia el este del corredor del tranvía. Las bicicletas esperaban en la calle 7 para cerrar la marcha, llenando la vía rápida hacia el Civic Green. En Abundance, varios otros desfiles convergieron desde otras direcciones.

Pronto entraron en el Green en pendiente, y la mayoría de los asistentes encontraron sitio para sentarse en el césped

alrededor del escenario, al fondo del hoyo. Nwin esperó a ver qué pasaba, lo cual no tardó mucho.

“Amigos míos”, dijo la voz entrecortada de una anciana negra vestida de negro, con un velo y un sombrero elaborado. “Gracias por venir. Elmer estaría orgulloso”. Se oyó un cántico: “Edificador, Edificador, Edificador”, y Nwin recordó que Eddings era venerado como El Edificador por su escritura clara y sus frecuentes intervenciones políticas en los primeros días de la revolución.

Inclinándose hacia la pareja de ancianos que estaba a su lado, preguntó: "¿Saben qué edad tenía cuando falleció?". Parecían contemporáneos de Eddings.

El anciano, de pelo blanco y con profundas arrugas en su rostro color café con leche, le sonrió a Nwin. "¿Elmer? ¡Mierda, tenía 136! ¡Él tampoco se quería ir, te lo aseguro!"

“¿Eran amigos?”

“Diablos, sí, Elmer y yo nos conocemos desde MUCHO tiempo atrás, quiero decir MUCHO tiempo atrás, antes de la Muerte y la Revolución”.

"¿Nada de mierda?"

Su esposa lo mandaba callar y le daba codazos, pero el anciano estaba feliz de hablar de Elmer y su pasado común. Se animó, superando la sombría sensación de pérdida que lo

había dominado todo el día. Con dificultad para levantarse, le habló en voz baja a su esposa y luego le ofreció el brazo a Nwin.

Nwin se abalanzó de un salto, mostrando automáticamente su respeto por el anciano. En cuanto hizo contacto, el peso del anciano recayó sobre su brazo.

“Vamos allá”, señaló el anciano, “Necesito algo de beber”.

Se sentaron en uno de los cafés que rodeaban la plaza. El hombre, cuyo nombre Nwin supo que era Abraham Miller, o Abe, pidió un whisky. Nwin fue por una cerveza. Mientras esperaban sus bebidas, Abe sacó un porro enorme y lo encendió. Luego, al exhalar, empezó a recordar viejos tiempos y le pasó el porro a Nwin, quien dudó.

—¡Esto es lo que nos salvó la vida, tío! —insistió—. ¡Si no hubiéramos estado colocados, habríamos muerto, así de simple! Nwin aceptó el porro a regañadientes y dio una calada corta. —¡No, tío, dale una calada de verdad! —exigió Abe. Nwin obedeció, dándose cuenta de que sería imprudente negarse en un momento como este.

Abe, con más de cien años y, como todos los ancianos, aficionado a contar historias, empezó a contar la historia que Nwin ya conocía bien, como todos en todas partes, sobre cómo la marihuana había salvado al mundo. Nwin permaneció en silencio, sintiendo cómo la fuerte droga

empezaba a notarse en sus extremidades, detrás de los ojos y en el cálido subidón que le invadía la parte posterior del cerebro. Un camarero, invisible, depositó sus bebidas mientras la historia continuaba. Nwin tenía la boca completamente seca y bebió la cerveza a grandes tragos como un hombre muerto de sed.

Así que estábamos drogados, preguntándonos cómo íbamos a luchar contra los planes del gobierno de construir más cárceles. Decidimos dar un paseo, y cuando salimos —estábamos en Oakland ese fatídico día— ¡había cadáveres por todas partes! ¡No podíamos creer lo que veíamos!

Nwin se desentendió de la historia. La había oído tantas veces: cómo los sobrevivientes corrían desorientados, cómo poco a poco comprendieron que estar drogados era el antídoto, cómo hicieron que todos los que no lo habían hecho fumaran, cómo se preguntaban si sobrevivirían si dejaban de estar drogados después de una noche de sueño, etcétera.

De todas formas, no pudo concentrarse en Abe ni en su historia. Bebió la cerveza de un trago, lo que solo le dio más sed, y luego la cabeza empezó a darle vueltas. Abe seguía hablando, fumando como una chimenea, sin darse cuenta de si Nwin le prestaba atención. Con solo tenerlo sentado a la misma mesa le bastaba.

“Así que los suizos empezaron a enviar pastillas a todo el mundo, intentando cortar la epidemia de raíz, ¡ja, ja, ja!” Era uno de los chistes favoritos de Abe. “Y funcionó. Después de ese mes horrible, paró”. Se detuvo y se bebió el resto de su bebida, pidiendo inmediatamente que se la rellenaran. Mientras tanto, a lo lejos, la ceremonia continuaba, pero Abe la había olvidado por completo.

Nwin intentó recomponerse, carraspeó y finalmente interrumpió a Abe. "Oye, Abe, tío, qué buena historia, pero ¿no crees que El Edificador esperaría que estuvieras en su velorio?"

Los ojos legañosos de Abe se fijaron de repente en Nwin, a quien le costaba mucho enfocar la vista. "¡Maldición!". Definitivamente, su memoria se le estaba escapando. Se apartó de la mesa y caminó con determinación, como un hombre mucho más joven, de vuelta a su lugar. Nwin se levantó con él, pero rápidamente se movió en dirección contraria, demasiado drogado para escuchar a Abe más sobre la ceremonia.

Dejando atrás a la multitud, caminó con paso vacilante hacia la parada del tranvía frente al Ayuntamiento. Subió a un tranvía que esperaba sin saber su destino ni dirección, pero que claramente tenía la cubierta superior descubierta. Subió por la escalera de caracol y se dejó caer en el primer asiento de la parte superior, desplomándose contra el lateral. Cuando el tranvía arrancó, una brisa fresca silbó

sobre él, sacándolo de su profundo estado de euforia. Se sentó a observar las calles pasar, levantando la vista para ver banderas y estandartes ondeando, bandadas de pájaros, filamentos de luces elevadas que comenzaban a iluminar el crepúsculo. Cerró los ojos brevemente, pero el vértigo empeoró drásticamente, así que los abrió rápidamente. No estaba cansado, solo terriblemente colocado.

Debería caminar, pensó, *una marcha extenuante cuesta arriba debería ayudarme a despejarme.* El tranvía se acercó a la ladera oeste de Russian Hill, todavía en Polk Street. En Greenwich se bajó y entró en los familiares jardines en terrazas, pasando el huerto frutal y los demás huertos, a través del campo de taro regado por un pequeño arroyo que corría por un canal bordeado de piedras. Cuando bordeó un ondulante parche de hermosas plantas de maceta, parecieron extenderse hacia él, lo que lo inquietó. Luego tomó la vieja escalera para el resto de la subida, finalmente emergiendo en la cima de la colina, a un corto paseo de su árbol favorito. Después de dos minutos de vigorosa subida, estaba encaramado en su rama favorita justo a tiempo para atrapar el último toque de rosa y naranja a través del acertadamente llamado Golden Gate. Suspiró profundamente, aliviado de estar una vez más cómodamente instalado en su retiro de la infancia.

Acarició su nombre donde lo había grabado años atrás y miró hacia arriba para ver el nido de halcón donde había estado durante al menos dos años. Una ardilla se movió al

final de una rama cercana, y él respondió, sintiéndose bienvenido a casa. Justo cuando se sentía completamente envuelto por una sensación de familiaridad y seguridad, recordó su conversación con Valentina sobre trepar árboles y su promesa incumplida de mostrarle este lugar.

¡Menos mal que no lo hice!, pensó con amargura. La ansiedad lo invadió, borrando su aturdido estado de drogadicción y arruinando la cómoda sensación de hogar que había estado apreciando. Pequeños barcos salpicaban la bahía que se oscurecía mientras se daba cuenta de que no sabía qué le depararía el futuro. ¡*Esas fotos de Chile no eran inspiradoras!* Pero probablemente no podría quedarse aquí mucho más tiempo. Seguro que el detective público lo atraparía tarde o temprano, ¿y si hubieran armado un caso? ¿Qué le harían? *¡No pretendía quemarle la casa a nadie! Eso debería ayudar, ¿no?* Se removió en el árbol, queriendo escapar de ese tren de pensamientos, pero no pudo.

El viento soplaba ahora, así que se ajustó la camisa y metió los brazos dentro, acurrucándose en busca de calor, pero empezó a temblar. Quería quedarse, pero se dio cuenta, enojado, de que ya había perdido lo que buscaba. Sacudió la cabeza vigorosamente, tratando de aclarar su intoxicación. Una pareja paseaba bajo el árbol, perdida en una absorción romántica mutua. Nwin miró hacia abajo en silencio, los vio detenerse, abrazarse y continuar un beso prolongado. Era una vista extraña, mirando directamente hacia abajo a las narices y lenguas encontrándose y separándose, susurros y

risitas. Nwin luchó contra sus escalofríos diez metros por encima de los amantes. Finalmente siguieron adelante, caminando del brazo hacia el sendero descendente sobre Lombard.

Brillantes luces azules y moradas iluminaron repentinamente la Cala Acuática. Un letrero rojo titiló: *INMERSIÓN.* Nwin recordó que María —la repentinamente hermosa María, con su sonrisa encantadora y su rostro esculpido— lo invitó a bailar allí. Congelado ya, la idea de sumergirse en agua tibia le resultaba muy atractiva. Bajó del árbol y comenzó la corta caminata cuesta abajo hacia la Cala Acuática y la entrada a Inmersión.

Se acercó a un alto y arqueado mamparo del muelle, reubicado en la esquina de Hyde y North Point. Aunque aún no eran las 9 p.m., los teleféricos ya estaban descargando a multitudes de juerguistas, mientras que los ciclistas comenzaban a llenar la zona de velódromos al otro lado de la calle. Nwin notó a mucha gente ataviada con tubos de neón destellantes y bajó la vista hacia su ropa arrugada y oscura, sintiéndose incómodo. Un anciano lo saludó desde una pequeña cabina junto a la entrada.

“Joven, necesitas color, algo de luz…” las manos artríticas aferraban un chaleco rosa brillante, que agitó brevemente, y luego cambió por una pequeña maraña de tubos pulsantes.

Nwin aceptó unos trozos de tubo morado eléctrico y los envolvió alrededor de su ropa negra. El marcado contraste coincidió con su satisfacción. "Gracias, amigo". El anciano asintió y centró su atención en el siguiente transeúnte.

Caminó a través de la alta puerta de entrada con un grupo de otros y entró en una pendiente cuesta abajo. La gente delante seguía las escaleras a través de dos puertas gigantes de neón, adornadas por un hombre a la izquierda y una mujer a la derecha. Vestidos como anfitriones de salones de baile antiguos, el hombre llevaba un gran sombrero de copa, faldones largos y pantalones a rayas, la mujer vestía un vestido rojo ajustado y escotado cubierto de lentejuelas con volantes. Un gran letrero de neón colgaba del otro lado de la rampa, deletreando: "*Desmond y Molly Jones te dan la bienvenida a Immersion".* Los Jones habían inventado el club de baile submarino y sus tecnologías habilitadoras décadas antes y la mayoría de los letreros databan de tiempos prerrevolucionarios. Desmond y Molly se habían ido hacía tiempo, por supuesto, pero su lugar seguía vivo, prosperando en el extremo norte de San Francisco.

Nwin siguió a la multitud hacia la izquierda. Al cruzar la puerta, una lluvia de líquido transparente los inundó. El contacto inicial con la sustancia viscosa, cálida y translúcida, escoció un poco, pero rápidamente formó una superficie que cubría todo el cuerpo sin obstruir el aire, la visibilidad ni el tacto. La sustancia se adhirió a todo y continuó por el suelo, subiendo y cubriendo a la siguiente persona, cubriendo

constantemente a todos los que pasaban. Nwin siguió a quienes iban delante de él mientras se adentraban en el agua con entusiasmo. Como la primera vez que llegó, fue extrañamente desconcertante estar cubierto de sustancia viscosa y luego adentrarse en las oscuras aguas de la bahía hasta estar cinco metros bajo el agua.

Una puerta submarina brillaba verde y se abría y cerraba al entrar la gente. Dentro, Nwin se encontró en un lugar luminoso y vibrante; no era exactamente una habitación, pero sí grato y acogedor. Un bajo profundo y palpitante los agarró a todos por la espalda y los lanzó a la pista de baile: una plataforma brillante, multicolor y semitransparente, un escalón más arriba de las escaleras de cemento por las que habían entrado. Parejas y pequeños grupos ya estaban reunidos, bailando con entusiasmo por la pista.

Antes de que estuviera listo para abandonarse, se acercó una aparición: un albino alto y delgado, con ojos de un dorado brillante con una luminiscencia extrañamente inhumana. Ambas manos, envueltas en túnicas blancas bajo la sustancia viscosa, se extendieron para tomar las de Nwin. En segundos, sus capas se reorientaron para formar una burbuja en la que se encontraba con el albino, cuya inquietante sonrisa revelaba dientes afilados hasta la punta dentro de unos labios rojos como la sangre.

—Holaaaa —dijo el albino con voz entrecortada—. Tengo algo para ti. —Y exhaló una nube de gas blanco en la cara de

Nwin. Él no intentó escapar. No había planeado tropezar, pero al entrar en el tanque, los recuerdos de la última vez le pusieron los nervios de punta y prácticamente ya estaba alucinando. Sonrió, inhaló el gas e hizo una profunda reverencia, como era su costumbre, ante el portador de visiones. El albino soltó las manos y, una vez más, la sustancia viscosa lo envolvió con fuerza mientras sentía de inmediato el subidón.

Ahora la música era abrumadora. En el ambiente cálido y cercano, se fundió con el movimiento y el sonido. Mientras giraba por la pista de baile, su vista se fijó repetidamente en trazadores de colores neón que volaban ante él, interrumpidos de vez en cuando por peces loro, simulacros proyectados por las cámaras del club, que nadaban frente a sus ojos.

Una mano cálida agarró la suya y lo hizo girar. La sustancia viscosa se levantó y en la burbuja estaba cara a cara con María. "¡Hola Nwin!", sonrió lascivamente. La atrajo hacia él, adivinando que estaba tan drogada como él, y juntos giraron al ritmo de la música con sus cuerpos apretados. La droga del albino, probablemente *Q,* pero no estaba seguro, hacía que cada parte de su cuerpo se sintiera como una zona erógena. María envolvió algunos tubos alrededor de sus cinturas, uniéndolos firmemente, antes de acercarse a un grupo de amigos próximos. En segundos, ella y Nwin estaban en una burbuja mucho más grande, bailando y toqueteandose con al menos una docena de personas en varios estados de

desnudez. Nwin sintió que le quitaban la camisa, pero no tenía la sensación de hacerlo él mismo. Estaba mirando hermosos pechos desnudos, entonces de repente se dio cuenta de que era María. Detrás de ella, otras dos mujeres presionaban sus cuerpos desnudos, mientras que dos parejas estaban en el suelo en un revoltijo.

Fue una presentación rápida y furiosa de María y sus lascivos amigos, pero apenas estaba comenzando. Pasaron horas y horas, bailando, teniendo sexo con extraños, bailando más y de alguna manera nunca cansándose. Cuando la oscuridad comenzó a romperse, un vacío frío se apoderó de Nwin. El zumbido rápidamente se desvaneció con la llegada del amanecer, y su agotamiento era palpable. Mirando a su alrededor, no reconoció a nadie. María no estaba a la vista. De hecho, no podía recordar cuándo la había visto por última vez. Parecía que habían pasado días. *La inmersión* era un lugar que dependía de la oscuridad, y los trasnochadores comenzaron a dirigirse lentamente hacia la salida, intercambiando los últimos besos y abrazos.

Salió del agua y regresó a la entrada. Las máquinas aspiraban la sustancia viscosa a su paso y luego lo rociaban con aire caliente. A un lado había lavabos, donde la mayoría de los clientes se desmaquillaban e intentaban avivar su consciencia con chorros de agua fría. Nwin se arregló la ropa después de un breve lavado y, al salir, dejó su tubo en la cabina, ahora desatendida.

El sol estaba bajo en el cielo del sureste, silueteando brevemente la Torre Coit. Caminó distraídamente hacia North Beach mientras los pasajeros de la mañana empezaban a llenar la autopista adyacente, recordando la última vez que había estado despierto al amanecer. El recuerdo de haber iniciado el incendio lo angustiaba por los investigadores que aún intentaban encontrarlo.

Necesitaba dormir. Esa noche podría volver a casa de Rochelle en Alamo Square. Si eso funcionaba, probablemente podría pasar desapercibido allí hasta octubre, hasta el barco. La oferta de Nance parecía su única alternativa a verse envuelto en un juicio público aquí, suponiendo que finalmente lo atraparan. Su madre... recordó lo disgustada que estaría, o ya debía estar, desde que la habían contactado. Se le revolvió el estómago. Entonces pensó en María, en la increíble noche que acababa de pasar. ¡Quería encontrarla de nuevo! Siguió caminando, con sus pensamientos saltando caóticamente de la ansiedad al deseo, al miedo y a la esperanza. Necesitaba dormir.

Capítulo XXXVII

Ric se aferró las rodillas al pecho, con un escalofrío involuntario recorriéndole el cuerpo. Ella le dijo que esperara allí, en su habitación, y que subiría en unos minutos. En el desayuno, Emmy había estado tan alegre como siempre, pero Eric pensó que podría ver cierta frialdad.

Esto es todo, pensó, luchando contra las lágrimas que ya le resbalaban por los ojos. "¡MIERDA!", se golpeó la frente contra la rodilla. Oyó pasos en la escalera trasera. Se encogió, preparándose. La puerta se abrió y entró Emmy. Llevaba un turbante negro alrededor de la cabeza, sus ojos brillaban intensamente en su rostro moreno. Forzó una sonrisa al entrar, deslumbrante incluso cuando no era sincera. Llevaba un mono ajustado con rayas de cebra que realzaba su figura alargada y su notable altura. Eric, como siempre, quedó maravillado con su apariencia.

—Eric —se sentó a su lado, girándose a medias para mirarlo. Con cuidado, le soltó los brazos de las piernas, bajando primero una pierna y luego la otra, y tomó ambas manos entre las suyas, mirándolo fijamente a la cara. Se inclinó y lo besó en la frente.

"¿Por qué no acabas con esto de una vez?" dijo con tristeza.

Ella retrocedió, decepcionada por su creciente amargura. No podía hacer nada para aliviarlo. Su mirada se endureció, pero no soltó sus manos.

"Lo lamento…"

“¡No, No es así!”

Ella frunció el ceño ante su infantilismo. «Has sido un amante dulce. Pero obviamente...»

Se llevó las manos a la cara de golpe mientras las lágrimas comenzaban a brotar, incapaz de reprimir los sollozos.

Intentó abrazarlo, pero estaba tan rígido y frío que se rindió. Se levantó de la cama para elevarse sobre él, reflejando inconscientemente la dinámica de poder que finalmente se había apoderado de la relación. "Lo siento, Eric..." Su voz se fue apagando; la habitación se llenó de sus sollozos. "Espero que sigamos siendo amigos. Hemos pasado buenos momentos juntos y atesoraré esos recuerdos".

"¿Cómo puedes hacerme esto?" gritó de repente, y luego rompió a llorar más fuerte que nunca.

Se quedó allí en silencio, con las manos en las caderas. Dijo suavemente: «No te estoy haciendo nada. No nos está saliendo bien, Eric. ¿Lo entiendes?».

“¡NOOO!” pero realmente lo hacía, y simplemente continuó con el papel en el que ya se había metido.

Mira, estoy dispuesta a hablar más, pero luego, cuando no estés tan molesto, ¿vale? Me esperan en el teatro. ¡Oye, te lo iba a decir anoche, conseguí el papel! —dijo, y de inmediato se sintió culpable por tener buenas noticias sobre sí misma en un momento como este.

La observó patéticamente cerca de la puerta con el rostro bañado en lágrimas. "¡Bien por ti!", y, como un adolescente despechado, se derrumbó en la almohada. Emmy se desplomó, triste por haberlo lastimado. Apenas susurró "adiós" y salió.

Boca abajo, dejó de llorar al instante, sintiéndose más avergonzado que nada. Se quedó allí tendido, con un último sollozo estremeciéndolo. Había perdido a su novia.

Lleno de autodesprecio, se secó los ojos hinchados con la funda de almohada sucia. Se quedó allí, paralizado por el dolor y la humillación. Empezó a llorar de nuevo, compadeciéndose de sí mismo. *«Apuesto a que se está*

liando con algún actor que conoció», pensó con rabia. Pero ni siquiera los celos fueron suficientes para sacarlo de su estado de autocompasión. Se agachó e intentó excitarse, pensando en el inolvidable sexo que había tenido con Emmy, pero su dolor era más fuerte. Asqueado, se obligó a levantarse de la cama.

Se dio una larga ducha caliente. En el espejo, un chico blanco y enfermizo, con los ojos rojos e hinchados, flacucho y sin pelo, lo miraba. "¡Qué asco!" Tiró la toalla al cesto de la ropa sucia. Se vistió y salió corriendo del edificio. Su habitación no era el lugar ideal.

En el Panhandle, le sorprendió lo agradable que le sentaba el cálido aire de finales de septiembre en el rostro. Los jardines olían tan bien como siempre, y la gente era amable, sonriendo y saludando al pasar junto a ellos en bicicleta. Su catástrofe personal era invisible para ellos.

Se sentía increíblemente aliviado de tener su trabajo al que ir y estaba ansioso por llegar. Tenía avances, información sólida que iba a aclarar el caso de incendio provocado en Robertson. Se preguntó si sus colegas habrían descubierto algo desde ayer. ¿Alguien lo habría encontrado? Avanzó con el tráfico hacia Rexroth, pasando la heladería y luego serpenteando por el puente Sans Souci, a lo largo del mural desmoronado. Se detuvo en Angelo's Juice Bar en la ladera sobre Market Pond. Eran casi las 10 a.m. y había docenas de pasajeros parando para tomar zumo o café. Pidió su

combinación favorita de zumo de naranja y maracuyá y esperó mientras Angelo, un hombre amable con bigote de manillar, lo preparaba. Con los codos sobre el mostrador, cerró los ojos para enfrentar el cálido sol, reconfortado por el zumbido de sonidos familiares: bicicletas traqueteando, el exprimidor moliendo fruta, el murmullo de conversaciones subiendo y bajando de mesa en mesa, en la distancia un tranvía deslizándose sobre el estanque del mercado, haciendo sonar su campana.

—Oye, ¿no eres tú...? —La voz de la mujer rompió el hechizo. Sentada sola en una mesa cercana había una mujer bajita y cuadrada. Era Victoria, la chica que había conocido al llegar al Hostal Tweezer. Llevaba el pelo castaño retocado; rizado o cortado, no estaba seguro.

—Sí, Eric, hola —se acercó y le dio un manotazo en la mano.

“¡Jugo!” gritó Angelo en español.

Eric recuperó su bebida y regresó con Victoria.

"¿Qué haces ahora?", preguntó con entusiasmo. "Acabo de regresar de dos meses en México. Creo que me quedaré un tiempo".

No se molestó en mencionar su lamentable situación personal, sino que le contó sobre su éxito en el trabajo. "Así que estamos cerca. Con las pruebas que presento hoy,

deberíamos poder publicar los hechos... al menos si entiendo bien el proceso".

¡Genial! ¡Felicidades! Parece un trabajo interesante.

Él estuvo de acuerdo. Victoria estaba eufórica; su alegría era un agradable antídoto para la crisis que había dejado en casa. ¿Tal vez debería mudarse de Page Mews? Ahora que tenía su propia habitación, no era urgente. Tener que cenar con Emmy y conocer a su nuevo novio —una suposición que aún no se había confirmado, pero que intuía— iba a ser horrible. El interés de Victoria le venía bien a su ego herido.

“¿Y dónde te alojas?” le preguntó.

Me quedo con unos amigos cerca de Mission Creek, pero voy a buscar una habitación para mí. ¿Alguna sugerencia?

—Bueno —pensó en su habitación, pero luego lo pensó mejor—. Estaré atento. Te avisaré si oigo algo. ¿Cuál es tu apellido?

Ayer redirigí mi dirección a San Francisco, a/c Mission District General Delivery, ¿de acuerdo?

Se bebió el zumo. "Tengo que irme a trabajar. Fue un placer volver a encontrarme contigo. Me mantendré en contacto."

Ella se levantó para darle un cálido apretón, lo cual le agradó.

Bajando en bicicleta por Abundance, se sentía extrañamente animado. *Mmm, quizá romper con Emmy no sea el fin del mundo después de todo,* pensó, pero le dolía el corazón al pensarlo. Su breve sensación de bienestar se desvaneció tan rápido como había aparecido. Se le hizo un nudo en la garganta mientras pedaleaba con cautela, con la vista desenfocada rastreando posibles obstáculos. Se abrió paso entre la multitud en Abundance y Van Ness, y un par de minutos después, dejó su bicicleta en el velome de Civic Green.

"Hola Eric", saludó Tina alegremente. Tenía las manos ennegrecidas de grasa, incluso la cara manchada, pero eso solo acentuaba su porte de duendecillo. Llevaba el pelo corto y rubio recogido en dos coletas, y su pequeña figura se escondía tras un delantal de trabajo flexible.

¿Cómo va ese *Bambú?* ¿Sigue funcionando bien?

La miró, sorprendido por su solicitud. *¿Intenta animarme?*

Va de maravilla. Pero los frenos son un poco blandos.

—Puedo arreglar eso en un santiamén. —Le arrebató la bicicleta.

—¡No hay prisa! —protestó—. Estoy trabajando al menos hasta media tarde.

Ella lo miró por encima del hombro.

¿Está coqueteando conmigo? ¿Me estoy volviendo loco? Sus pensamientos corrían mientras permanecía allí, aturdido e inmóvil.

—Bueno, nos vemos luego —dijo Tina, sin que su tono revelara su actitud. Él le dio las gracias y se fue.

El Green ya se estaba llenando con el sol del atardecer. Una banda de bluegrass estaba afinando para el concierto del mediodía en el escenario. *¡Mierda! ¿Qué hora es?* Cruzó a toda prisa el Polk Veloway hacia su edificio en la esquina de Grove. Subió corriendo a su oficina y se dio cuenta de que ya eran más de las once.

"Hola Eric", llamó Stella desde su oficina mientras él pasaba a toda velocidad.

¿Eh? ¡Ay, Stella! —se detuvo en seco—. ¡Ya lo tengo!

Stella se recostó en su gran silla. Cruzó los brazos, mirando expectante a Eric mientras entraba, rebuscando entre papeles.

—¡Aquí! —Y sacó el informe médico que Angie le había dado la noche anterior. Antes de que ella pudiera empezar a

leerlo, empezó a tartamudear de la emoción—. ¡Ayer... lo encontré! ¡El traficante de re—remanentes!

Stella lo miró, sorprendida por su inusual tartamudeo. «Tranquilo, Eric. Respira hondo y cuéntame qué has descubierto».

Respiró hondo y fue a beber agua, respirando hondo varias veces antes de continuar. Se quedó de pie junto a su escritorio y miró a Stella con orgullo manifiesto.

Me confirmaron que Robertson recogió gasolina en casa de los Wong en Tailor. Y aún mejor, una de las dueñas de casa es médica en el General. Lo atendió el día del incendio y dice que olía a gasolina.

¿Se quemó? No vi su nombre en la lista de Anita.

No, fue un golpe de suerte. Estaba hospitalizado por un problema de espalda. Pero Angie, mi ama de casa, recordó que llegó apestando a gasolina.

Convoquemos una reunión con los demás y juntemos todo. Creo que tenemos pruebas suficientes para publicarlas.

Ella y Eric reunieron a Kathy, Robin y Anita en la sala de conferencias. Eric temblaba de emoción. Hizo un rápido desvío para dejar sus cosas en su escritorio. Volvía apresuradamente a la sala de conferencias cuando casi se topa con Pops O'Hair.

—¡Eh, jovencito! ¿Adónde vas corriendo? —preguntó papá con jovialidad, tras haber evitado por poco la colisión.

Eric le sonrió sin aliento: "¡Resolví el caso del incendio de la montaña San Bruno!"

"¿En realidad?"

“Sí, ahora vamos a planificar los pasos finales”, señaló hacia la sala de conferencias.

"¿Te importa si te acompaño?"

“¡Por supuesto que no!” Eric le dio una palmada en la espalda como si fueran viejos amigos.

Pops se sorprendió de que el reticente Tryout se hubiera convertido ya en este investigador tan seguro y entusiasta. Creyó haber visto algo en él, pero esto superaba con creces sus expectativas.

—Hola, papá —llamó Bill Mooney desde su oficina—. Ven un segundo, ¿quieres? Tengo una pista sobre el caso Duvall.

Papá le apretó el brazo a Eric y lo saludó con la mano, indicándole que llegaría en un minuto. "¿Seguro que has oído hablar de la destitución de Duvall?", dijo mientras desaparecía en la oficina de Mooney.

Eric tenía curiosidad por saber más, pero su distracción momentánea pronto se olvidó cuando entró en la sala de conferencias, donde Stella ya les había contado informalmente a todos lo que había encontrado.

“¡Buen trabajo, Eric!” dijo Robin.

“¡No puedo creer que él estuviera en el hospital y no en mi lista!”, se quejó Anita, frustrada porque él había estado justo debajo de sus narices.

Eric la miró, regodeándose por dentro, disfrutando de la atención. "Oye, tuve suerte... sabes que no estuvo en el hospital por quemaduras, ¿verdad?"

Kathy observó atentamente a Eric. Le agradó que le respondiera a Anita con cierta humildad. "Eric, ¿qué averiguaste en casa de Wong? ¿Me han dicho que lo revisaron?"

La mujer que estaba allí confirmó que él había estado allí. Recogió cinco galones de gasolina a finales de julio o principios de agosto; no estaba segura.

“No hay registros, ¿eh?”

—No. —Eric miró a sus colegas. Papá entró justo en ese momento y se sentó en silencio al borde de la sala—. Hicimos esto juntos, ¿sabes? Es decir, no habría sabido qué buscar ni cómo hacerlo. Además, fue pura suerte que me enviaran a

casa de los Wong, y que el jefe de familia fuera su médico y recordara lo suficiente para ayudarnos.

"Algunas cosas están destinadas a suceder", dijo Stella. "La diosa obra de maneras misteriosas".

Pops resopló con desdén. Kathy miraba a Stella y a Pops, lista para intervenir si se enzarzaban en su típica discusión. No simpatizaba con las supersticiones de Stella, pero tenía que evitar que las reuniones se deterioraran. Stella simplemente fulminó con la mirada a Pops. Mientras tanto, Eric revolvía sus papeles. Ella intervino.

—Eric, has hecho un trabajo excelente. Francamente, ninguno de nosotros resolvería nada si trabajáramos solos. —Miró a Stella, que ahora estaba retraída, con los brazos cruzados sobre su torso despatarrado, pero seguía escuchando atentamente.

—Stella, creo que tenemos suficiente para publicar, ¿no crees?

¡Claro! Pero sería fantástico si pudiéramos encontrar al Sr. Robertson y obtener su declaración. Tenemos un caso circunstancial muy sólido. Es posible que Robertson pueda demostrar su inocencia. Propongo que esperemos unos días más a ver si podemos encontrarlo. Eric y Robin suspiraron audiblemente, ambos impacientes por dar por resuelto el caso después de trabajar en él todo el mes.

Pops intervino: «Estoy dispuesto a intentar encontrarlo. ¿Tenemos alguna pista sobre dónde podría estar?». Pops era el principal investigador de la oficina de Detectives Púbicos, con años de experiencia encontrando a las personas que necesitaban entrevistar, tanto sospechosos como testigos recalcitrantes.

—Llamé a su madre y a su primo —dijo Stella—. Pero ninguno sabe dónde está. El primo creía que se había mudado cerca de Islais Creek. No recordaba la dirección, pero dijo que estaba en algún lugar de Silver Street.

“No, Bill te necesita en el caso Duvall, y ya tienes a otros tres”, dijo Kathy. Ella era la líder de la oficina, y su función era asignar al personal. “Planeaba volver a visitar a la chica, ver si ha tenido algún contacto nuevo. Quizás recuerde algo más que ayude a encontrarlo. Eric, ve al Tazón de arroz donde solía trabajar. Pregunta por ahí, a ver si sus amigos saben adónde le gustaba ir. Además, tiene un bote en alguna parte. A ver si puedes encontrarlo. Robin, colabora con Stella en el informe, ¿de acuerdo? Llama a la oficina de Wong y diles que necesitamos una declaración firmada y por escrito”.

La reunión terminó. Quedaron en ponerse en contacto al final del día, alrededor de las 5 p.m.

* * *

Kathy revisaba sus numerosos bolsillos. «Tengo bolígrafos, el mapa», y rebuscó entre unas carpetas en su escritorio. Tomó la declaración de Valentina sobre su viaje con Robertson a la escena del crimen y la dobló y la guardó en uno de sus bolsillos. Su teléfono empezó a sonar en el bolsillo trasero. Como la mayoría de la gente, no lo usaba mucho, pero a veces Bridget la llamaba para una consulta rápida. Lo sacó y lo abrió, revelando una imagen borrosa de Bridget.

Hola, cariño. El ensayo de esta noche se ha cancelado porque lo tenemos esta tarde. Así que estaré en casa después de todo.

¡Genial! ¿Almejas y espárragos?

—¡Mmm, claro! ¿Cocinas?

—¡Bueno, no me refería a eso! —dijo Kathy, riendo—. Oye, ¿está Francesca? Necesito encontrar a su nieta.

"Espera", llamó Bridget a su colaboradora. Francesca apareció en el teléfono. "¿Buscas a Valentina?"

“Sí, necesito hablar con ella otra vez sobre el caso del incendio”.

Salió en ferry a Benicia esta mañana, pero debería estar de vuelta a las 2:00 p.m. Le dejé un mensaje diciendo que adelantamos el ensayo, así que espero que venga. Está arreglando las luces.

Eran las 12:30. "¿Dónde para el ferry de Benicia?"

—No lo sé, y tampoco estoy segura de a qué hora. Tendrás que buscarlo. Nos vemos luego. —Llamaban a Francesca desde el teléfono. Bridget reapareció.

"¿Vienes aquí?"

—No lo creo. Valentina llega en el ferry de Benicia. Se supone que debería estar de vuelta a las 2, probablemente antes en el muelle. Así que la encontraré allí. Oye, ¿no sabes dónde está el muelle del ferry de Benicia?

¿Yo? ¡Ni hablar! Nos vemos en la cena.

—Sí, a eso de las 7:30. ¡Adiós!

Cerró el teléfono de golpe y se lo metió en el bolsillo trasero. El hambre le rugía en las entrañas. Llamó "¡Vyne!". Se desenrolló en la pared, esperando su petición con un signo de interrogación parpadeante. "Servicio de ferry de Benicia a San Francisco". Mostraba un horario, 16 ferries al día de ida y vuelta. La mayoría de los viajes eran locales, con paradas en muchos puntos del camino, pero había dos servicios exprés sin escalas por la mañana y por la tarde. Buscó una llegada a las 2 p.m. y descubrió que la más cercana era a la 1:42, en la Estación Central de Trenes. "¡Kathy Fairly, cambio!", y el Vyne volvió a enrollarse mientras ella seguía su camino a toda prisa.

* * *

En su bicicleta Red Fury, Kathy cruzó rápidamente la parte trasera de la Green, entre los asiáticos.

El Museo de Arte y la Biblioteca, uniéndose al flujo de tráfico que pasaba a la derecha del antiguo Monumento a los Pioneros. Odiaba el racismo descarado de la estatua, pero a regañadientes apoyó su preservación cuando se había debatido públicamente más de treinta años antes. "Es un insulto, pero también es un recordatorio vigorizante del mundo de antes", argumentó "Moose", y ella tuvo que estar de acuerdo. Ahora pedaleaba tranquilamente por la vía verde hacia Abundancia, pasando por una variedad de puestos de frutas y verduras en la Plaza Farmers, todas cultivadas en las granjas de la ciudad. Varios puestos estaban repletos de manzanas maduras, sus favoritas, así que se detuvo a adquirir una reluciente Golden Delicious.

"¡Hola, Kathy!", la saludó alegremente su viejo vecino, Doug Wilkins. Encorvado y canoso, conocía a Fairly desde tiempos inmemoriales. Tenían tantos recuerdos en común que ninguno podía imaginarse San Francisco sin el otro, aunque rara vez pasaban tiempo juntos a propósito.

—¡Doug! ¿Qué pasa? —Seleccionó algunas manzanas y las guardó en sus amplios bolsillos.

"¿Tomamos algo?", le preguntó con los ojos brillantes, obviamente después de haber estado bebiendo toda la mañana. Le ofreció una botella de Wilkins AppleJack, su propia sidra de manzana, destilada en el patio trasero de su casa en el Distrito de la Misión.

—¡Doug, estoy trabajando! —protestó con desgana. Él se la acercó con firmeza, y ella cedió, tomando un trago ardiente antes de devolvérsela. Se limpió la boca con la manga, mientras la cálida sensación le subía al pecho—. ¡Caramba, esto es incluso mejor que el del año pasado!

Pensé que te gustaría. ¿Quieres llevarte una botella a casa? Las guardo para mis favoritas. —Claro, gracias. Qué amable. —Sostuvo la botella frente a ella, admirando la representación que la etiqueta hacía de la bucólica comunidad agrícola entre NoeValley y la Misión, donde Doug y sus amigos cultivaban manzanas, naranjas, nueces y aguacates. Sostuvo el litro de la sidra especial de Doug con orgullo, como si hubiera ganado un trofeo, le dio las gracias de nuevo y se lo guardó en el bolsillo izquierdo de la pierna. —Tú y Bill deberían venir a hacer una barbacoa —sugirió mientras se alejaba.

"¡Solo di cuándo!" y se despidieron, felizmente conectados a través de los años y en el momento. Kathy forcejeó con los pedales, con un pie decidido a resbalarse, pero finalmente encontró el ritmo al girar hacia la Séptima, rumbo al sur, hacia el Cruce. Podía oler el revelador cambio en el aire que

confirmaba que ya no era verano. El sol del mediodía ya se desplazaba hacia el sur después del equinoccio, proyectando sombras hacia atrás sobre todo lo que veía.

En el Crossroads miró el gran reloj solar. Eran unos minutos después de la 1, así que tenía más de media hora para terminar el resto de su corto viaje y tiempo para comer algo. A poca distancia por la Calzada de Kioto estaba la elegante fachada curva de Gwen. “Nunca bajo aquí", murmuró Kathy para sí misma, encantada de detenerse en el popular lugar de mariscos y saciar su hambre. Después de estacionar en el velome, se dirigió a Gwen's, encontró un lugar con vistas a Mission Bay y pidió la lubina rayada. No estaba demasiado lleno, sorprendentemente, así que pasó el tiempo mirando las brillantes aguas de la bahía, admirando el campus de la UC y sus caprichosos adornos que se elevaban en la distancia. El muelle cromado del Edificio de Física se reflejaba en el agua. El área del techo parecía más un parque de diversiones que cualquier otra cosa: altos puentes aéreos que se retorcían entre esculturas translúcidas, agujas y arcos. En comparación con la seriedad de los negocios que se desarrollaban en el interior, las decoraciones de la azotea parecían aún más incongruentes.

Llegó su pescado y lo atacó con un hambre voraz. La tensión y la frustración acumuladas durante la mañana hicieron que sus dedos volaran por el plato. Se lanzó bocado tras bocado hacia su paladar expectante, con la mayor inelegancia que jamás había tenido. Sus modales en la mesa,

cuidadosamente construidos, se sacrificaron ante su ritmo frenético, que solo terminó cuando el plato quedó vacío, salvo por las espinas. Se recostó, luchando por reprimir un enorme eructo intentando evitar que inundara toda la cubierta.

Al salir, dejó caer el plato en el cubo de la basura y volvió a la cocina para darle las gracias al chef. "¡Estuvo perfecto! ¡Muchísimas gracias!"

El chef, un tipo demacrado con aspecto italiano, esbozó una sonrisa satisfecha, poniendo las manos en las caderas. "¿Te gusta esa salsa de limón y granada?"

¿Eso era? ¡Sí, buenísima, muy picante! —Se marchó con un gesto de agradecimiento.

Llegó a la Estación Central de Tren a la 1:45, arrepintiéndose de no haber llegado antes. Al comprobar las llegadas, el ferry de Benicia había llegado puntual a la 1:42 en el Muelle B9. Dejó rápidamente la bicicleta en la caseta y se apresuró a ir a los muelles, abriéndose paso entre los viajeros que entraban y salían. Todavía había gente desembarcando en el B9, así que se relajó. Para cuando llegó al ferry, un elegante y moderno barco acuático llamado *Twinkle Toes,* todos los pasajeros ya habían bajado. Valentina Rogers bajó por la rampa delante de dos jóvenes, los tres con monos de tripulación. Se reía y los despedía con la mano mientras la perseguían con entusiasmo.

"¿Quieres decir que *no te* gusta bailar?" le dijo sarcásticamente el más alto de los dos.

"Después de anoche, creo que ya sabemos más", dijo su acompañante con un codazo y un guiño, molestando a Kathy. Pero Valentina se reía y, obviamente, disfrutaba de la atención. Al bajar de la rampa, vio a Kathy.

Su rostro se ensombreció al adivinar por qué estaba allí. "¿Se trata de Nwin?", a lo que Kathy asintió.

Me gustaría hacerte algunas preguntas más. ¿Quieres tomar un café?

—Claro. Dame un minuto para cambiarme, ¿vale?

No hay problema. Te espero en la puerta principal.

* * *

Unos minutos después estaban sentadas en la pequeña cafetería de la estación inmersas en densas nubes de humo de marihuana.

—¡Uf! —Valentina se llevó la mano a la nariz—. ¿Por qué tanta gente quiere drogarse en la estación de tren?

Valentina, estaba revisando tu estado de cuentas. Solo quería hacerte algunas preguntas adicionales.

“¡Claro, pregunta lo que quieras!”

—¿Cuánto tiempo hace que conoces a Roberts... eh... Nwin?

Bueno, lo conocí en el Tazón de arroz cuando hice los Annuals allí en mayo pasado, creo. No hace mucho.

¿Recuerdas a alguno de sus amigos? ¿Personas con las que fuese muy cercano en el Tazón de Arroz?

Era muy amigo de un chico llamado Marco y una chica llamada Stefania. Estoy bastante segura de que son pareja.

Kathy anotó los nombres. "¿Y recuerdas si tenía enemigos?"

No, la verdad es que no. Todos estaban peleados con el veterano de allí, un tipo llamado Angus. ¡Era un desastre!... en parte por eso no volví después de unos días.

¿Puedes describir el esquife de Nwin? ¿Tiene nombre? ¿Algún color o característica distintiva en particular?

Se llama *Hot 1.* Supongo que es como cualquier otro. No hay sitio para sentarse. Es solo un bote para una persona.

Dijiste que habló con enojo sobre los edificios inundados. ¿Dijo algo específico sobre desmantelarlos?

Valentina se inclinó hacia delante, con los ojos muy abiertos. "Ahora que lo mencionas, creo que sí. Estábamos

discutiendo sobre ciencia y dijo que los científicos de la UC deberían centrar sus esfuerzos en deshacer el 'desastre', como él lo expresó. Pensé que tenía ideas locas".

"¿Como?"

Cree que los edificios sumergidos causan daños ecológicos, pero está totalmente equivocado. Sin embargo, no fue fácil discutir con él. Se enojó un poco.

Recuerdo que lo mencionaste la última vez. ¿Recuerdas algo más?

No, ya te lo conté todo. No lo conocía tan bien. Quedamos un par de veces, y luego el paseo en barco. Se puso nervioso en el lugar del incendio y admitió haberlo visto empezar.

Kathy guardó su libreta en uno de sus numerosos bolsillos y apuró su café. "Vale, gracias, Val".

"No fui de mucha ayuda, ¿verdad?", dijo ella un poco avergonzada.

Nunca se sabe. Será mejor que vayas rápido al ensayo. Tengo que volver al trabajo. ¿Vas en bici o en tranvía?

Voy en el tranvía. Sabía que estaría demasiado cansada para pedalear de vuelta al otro lado de la ciudad después de estar despierta desde las 4 de la mañana, ¿sabes?

* * *

Eric encontró el Tazón de Arroz con bastante facilidad. Llegar al final del almuerzo había funcionado bastante bien. No había mucha gente en el granero cuando entró, pero algunas personas clave seguían allí. Se presentó y le indicaron que hablara con Marco, un tipo que limpiaba una carretilla en la parte de atrás.

"Hola, soy Eric Johanson, de la oficina del Investigador Público en Civic Green".

Hola, Marco Stillweger. ¿También buscas a Nwin Robertson?

Sí, lo hago. Supongo que Anita estuvo aquí hace unos días, pero eso fue antes de que encontráramos más pruebas cruciales.

¿En serio? ¿Cómo qué?

Bueno, no debería hablar de ello hasta que publiquemos nuestro informe. Pero permítanme decir que todo apunta a Robertson como el causante del incendio. Pero todas las pruebas son circunstanciales, así que podríamos estar completamente equivocados. Necesitamos escuchar su historia.

—¡Ya se lo dije! —dijo Marco con cierta exasperación—. Dijo que iba a contactarte. ¿Y aún no lo ha hecho?

Eric negó con la cabeza. "¿Cuándo hablaste con él?"

Ayer. Vino y escondió sus cosas.

¿En serio? ¿Dónde?

“Te lo mostraré, dame un segundo”.

Eric paseaba por el granero, sonriendo al ver algunos de los divertidos dibujos que adornaban las paredes, obviamente caricaturas de los trabajadores. Dos mujeres charlaban tranquilamente en la cocina. Al acercarse, dejaron de hablar.

Stefania había estado esperando a que Marco terminara para poder almorzar con él. Sabía que Eric estaba allí buscando a Nwin y se puso a la defensiva, aunque la última vez que lo vio en Mission Creek se había portado mal con él. "¿Así que buscas a Nwin?"

—Sí, así es. ¿Lo conocías?

“Por supuesto, trabajó aquí durante meses”, dijo con condescendencia.

¿Lo has visto últimamente?

Miró fijamente a Eric y no vio malicia en su pregunta ni en su actitud. «Sí, de hecho, me lo encontré hace unos días cerca de Los Sauces».

"Continúa", dijo mientras comenzaba a tomar notas.

Charlamos sobre la guerra en Chile. Él me dio una explicación completa sobre los combates... —Desvió la mirada, entristecida al pensar en la difícil situación de su familia—. Y, a decir verdad, parecía no importarle.

"¿Quieres decir que apoyó la guerra?"

—¡No, no, claro que no! Pero tenía una perspectiva extraña, emocionalmente. Era muy realista.

“Bueno, está bastante lejos”.

No para mí. Tengo familia en la zona de guerra.

"Lo lamento."

Marco la interrumpió. «Sígueme». Le dio un apretón a Stefania y dijo: «Enseguida vuelvo. Solo voy a enseñarle las cosas al investigador Nwin».

Stefania y Liza intercambiaron una mirada significativa, pero no dijeron nada.

“Me pareció bastante extraño cuando lo encontré guardando sus cosas en la choza. Fue ayer por la mañana. No ha estado aquí desde hace más de un mes, casi dos”, explicó Marco mientras caminaban por el camino polvoriento.

“¿Entonces lo conoces bastante bien?”

—No realmente. Supongo que lo conozco mejor que la mayoría de la gente de aquí, pero Nwin es un solitario. Trabajar aquí parecía bueno para él, salvo por sus interminables peleas con Angus.

"¿Oh?"

Es una larga historia. Angus es un veterano y tiene problemas con los jóvenes. Lo toleramos porque también tiene muchas cualidades excelentes, y sin duda tiene derechos aquí. Pero puede ser un completo imbécil. Por desgracia, él y Nwin solían pelearse mucho, sobre todo en las últimas semanas antes de que Nwin se fuera.

Dijiste que trabajar aquí era bueno para Nwin. ¿Por qué?

“Creo que le gusta la agricultura, aquí estamos”. Abrió la vieja y polvorienta choza y en la esquina trasera estaba la bolsa de lona que Nwin había dejado el día anterior.

—No quiero rebuscar entre sus cosas. Seguro que no tengo derecho —declaró Eric. Miró a un lado y a otro del camino, intentando decidir qué hacer. Desde luego, no iba a esperar allí hasta que Nwin regresara. ¿Quién sabe cuántos días serían? Marco lo miró expectante.

Voy a dejarle una nota en su bolso. Así estaremos completamente seguros de que sabe que necesitamos hablar con él.

“Lo que quieras, hombre”. Marco se movió un poco más abajo en el camino y comenzó a arrancar maleza de un sembrado de marihuana.

Eric sacó un bloc y escribió:

“Estimado Nwin Robertson,

Por favor, contacte con la oficina del Investigador Público en Civic Green. Hemos estado investigando el incendio provocado en la Montaña de San Bruno y, hasta el momento, todas las pruebas apuntan a usted. Nos gustaría conocer su versión de los hechos antes de publicar nuestras conclusiones.

Atentamente,

Eric Johanson, Investigador Público

Dobló la nota y la metió con cuidado en las correas de la bolsa de lona. Agradeció a Marco su ayuda. "¡Qué plantas tan preciosas!", dijo con aprecio sobre la maceta.

—Gracias. ¿Quieres cogollos? Toma —dijo Marco, y agarró unos cuantos cogollos, que colgaban fláccidos al sol de media tarde, con la resina brillando en las puntas. Puso la marihuana pegajosa y de olor penetrante en las manos de Eric.

“No fumo mucho, pero me aseguraré de darles un buen uso”.

—Buena suerte. Supongo que veremos qué pasa en las noticias, ¿eh? —dijo Marco con tristeza.

"Supongo que sí", asintió Eric. Se despidieron con un manotazo y Marco regresó al granero, mientras Eric emprendía el regreso a la Encrucijada. Una vez más, el dolor de su romance perdido lo inundó. Metió las manos en los bolsillos y miró al suelo. Caminó automáticamente de vuelta al velome donde había dejado su bolso. En la Encrucijada evitó el tráfico denso que llenaba la concurrida intersección.

En su preocupación, no se dio cuenta del joven negro alto que estaba detrás de un poste de luz en la esquina, observándolo por encima del hombro.

Capítulo XXVIII

Se oían voces zumbando a lo lejos, acercándose lentamente. Algo muy frío y duro le presionaba la mejilla. Un aire frío le recorría la cintura derecha. Al recobrar el conocimiento, sintió su peso contra el suelo. Aturdido, abrió los ojos y se encontró observando a través de una jungla de briznas de hierba, con colores brillantes y movimiento que llenaban el panorama. Se cubrió con la camisa el lugar donde el aire fresco lo había estado acariciando.

Una banda de música comenzó un canto fúnebre, encabezando un funeral desde una iglesia cercana. Nwin se incorporó lentamente sobre los codos, con la cabeza palpitante y la espalda rígida como una tabla. A pocos metros de su lugar, observó a una pareja recostada, leyendo el periódico. "Hola", su voz sonaba como si viniera de lejos. "¿Tienen hora?". Su visión volvió a ser nítida, y las altas

torres de la iglesia al otro lado de Washington Square despejaron cualquier duda sobre su paradero.

“Son aproximadamente las 12:30”, anunció la mujer sin apartar la vista del periódico.

Llevaba al menos cinco horas durmiendo en Washington Square. Nadie le prestaba atención. Se incorporó, frotándose las sienes, intentando aliviar el latido entre sus oídos. Apenas chasqueó los labios resecos ante la idea de beber, su estómago rugió con fuerza, exigiendo ser saciado también. Luchando contra sus miembros recalcitrantes, se puso de pie lentamente, incapaz de sostener la cabeza y trabajar la zona lumbar al mismo tiempo.

Tras un refrigerio rápido y un café, se dirigió a un velome, a la sombra de varios cipreses grandes en la esquina de Washington Square, donde encontró una bicicleta bastante alta y empezó a sacarla del portabicicletas. El encargado lo observaba; sus penetrantes ojos negros, que asomaban entre su larga melena enmarañada, seguían a Nwin.

"¿Qué estás mirando?"

Nada. Solo noto que te llevas la bici más alta del lugar. Pero parece que la necesitas, así que tómala.

Nwin fulminó con la mirada al mecánico; su creciente ira y paranoia bullían peligrosamente cerca de la superficie. Pero se alejó con prudencia, desahogando su furia en la subida

por la calle Stockton. Pronto entró en la abarrotada zona del mercado de frutas y verduras del barrio chino. Avanzaba despacio porque el tráfico de bicicletas era denso. Tranvías abarrotados se deslizaban por el centro de la calle, y había bicicletas de carga por todas partes descargando cajas de frutas y verduras en las concurridas tiendas. Pasó junto a una hilera de majestuosas palmeras para llegar a las ruinas del antiguo túnel. Desde allí siguió la sinuosa carretera que subía hacia un bosque de naranjos y limoneros, demasiado absorto en sí mismo para notar el dulce canto de los fruticultores que trabajaban en sus árboles.

Pero lo notaron. Tres jóvenes estaban encaramadas en un naranjo, cuando observaron a Nwin pedaleando furiosamente por la cima cercana de la colina. Una, una rubia desgarbada, le dio un codazo a su compañera, quien hizo callar a la tercera. Beth, la rubia, sacó una naranja madura de la rama y se la lanzó al pasar, pero pasó volando por encima de su cabeza, sin que nadie la viera. Riendo, esta vez las tres repitieron el gesto. Las naranjas golpearon a Nwin, dos impactos directos y la tercera rebotó en su rueda, tirándolo de lado, no de la bicicleta, pero lo suficiente como para enviarlo tambaleándose a una zanja cercana.

"¡Qué demonios!", gritó, pero antes de poder concentrar su ira, se estaba cayendo a la zanja. "¡Mierdaaaa!" No pudo recuperar el control de la bici y se fue al suelo. Respiraba furia, pero estaba enredado con su vehículo, tumbado de espaldas mirando hacia las ramas de un denso naranjo

verde, con fruta verde colgando de las ramas. Donde el aire se había llenado de cantos melódicos y luego risas momentos antes, ahora había silencio, roto solo por el lejano chillido de una gaviota. Susurros ansiosos y pasos apresurados precedieron la aparición de tres rostros preocupados sobre Nwin.

"¿Estás bien?"

¡Lo siento mucho! ¡Fue terrible!

—Ayúdalo a levantarse. Toma el manillar, ¿quieres?

Las mujeres trabajaron frenéticamente.

Sin palabras, yacía paralizado, con la boca abierta. Su furia hirviente era como una bola que giraba furiosamente, pero extrañamente se encogía, corriendo hacia un punto de fuga en lo profundo de su pecho. Flotaba, como separado de su cuerpo, viendo cómo la rabia se reducía mientras sus atacantes lo acosaban. Su pierna estaba enredada en un extraño lazo con la bicicleta. Cuando empezaron a empujarlo, un dolor abrasador le recorrió todo el cuerpo. Jadeó, todavía sin palabras, y entonces el punto de fuga se extendió rápidamente, envolviéndolo en la oscuridad.

* * *

¡Al menos no está herido!

"¿Estará bien?"

Sí, le dolerá bastante, pero es todo músculo. Es un joven afortunado.

Nwin emergió de una oscura niebla. Antes de abrir los ojos, sintió la manta de lana bajo los codos y las manos. Lentamente, buscó sensibilidad en todo su cuerpo y descubrió que estaba tumbado boca arriba, estirado sobre una superficie dura, cubierto con una manta. Abrió los ojos, entrecerrándolos ante la brillante luz del sol que se filtraba entre los árboles. Su nariz se llenó del pegajoso y dulce aroma del naranjal.

A su alrededor estaban las tres mujeres que lo habían derribado con su lluvia de fruta, además de un tipo muy delgado con una bata manchada de tinta. Parecía ser el médico. "¿Cómo te sientes? ¿Dónde te duele?"

Nwin intentó decir algo, pero solo logró emitir un gemido desenfocado. Se aclaró la garganta. "¿Dónde estoy?"

“Estás en Citrus Heights, ladera este de Nob Hill”, dijo una de las mujeres. Se apartó el pelo negro de la mirada preocupada. “Ibas en bicicleta y… bueno… te agredimos”, dijo con tristeza, mirando rápidamente a sus compañeras, quienes agacharon la cabeza y asintieron con aire de culpabilidad. La alta rubia tomó la mano de Nwin, con

lágrimas en los ojos. “Es mi culpa. Yo te vi primero y yo empecé. Lo siento mucho”.

Nwin apartó la mano, confundido al encontrarse de espaldas, objeto de tanta atención emocional. *¿Quiénes son estas personas?*

El médico hablaba, pero Nwin vio que sus labios se movían sin oír nada. Al fijarse más en él, empezó a oír lo que decía.

—Tranquilo por unos días. Supongo que el golpe fue muy fuerte, pero eres joven. Te golpeaste, eso es todo.

“¡Aaaagh!” Nwin intentó sentarse. El dolor le subió por la pierna hasta la parte baja de la espalda y cayó hacia atrás con un golpe.

“¿¡Qué pasa!?” preguntó el médico, con sus ojos profundamente hundidos mirándolo a través de su ceño fruncido.

"Mi..." jadeó al sentir un espasmo de nuevo, "mi espalda". Nwin explicó brevemente que había tenido problemas de espalda que acababan de curarse gracias al tratamiento de acupuntura... ¿ayer? ¿Habría sido ayer?

El impresor, manchado de tinta, se apartó, habiendo llegado al límite de sus habilidades médicas. "Oye, Rita, ¿tu tía no es médica? Hace acupuntura, ¿verdad?"

La mujer de cabello negro asintió. Tenía un ligero toque de ascendencia asiática alrededor de los ojos, aunque él casi no lo notó. "Está cerca. Voy por ella", y salió corriendo, tirando su delantal a un lado. La tercera chica, que no debía de ser mucho mayor que Nwin, intentó improvisar una almohada para él, pero moverle la cabeza solo agravó el dolor en la parte baja de la espalda.

—¿Te traigo algo? ¿Agua? ¿Algo de comer? —preguntó.

“Uh—unh”, hizo una mueca.

"Estaremos allí enseguida, si necesitas algo, ¿de acuerdo? Ella es Beth y yo soy Dru". Regresaron al otro lado del camino y empezaron a organizar sus herramientas, haciendo sonar rastrillos, palas y tijeras.

“Aguanta, amigo. Ya viene la doctora”, dijo el asistente sanitario para tranquilizarlo. Y, de hecho, llegó corriendo unos minutos después con Rita, con un estetoscopio colgando de un bolsillo y un pequeño maletín médico en la mano. Se arrodilló junto a Nwin, tocándole la frente y presionando sus extremidades con suavidad pero con firmeza. Él la observó aturdido, con una extraña sensación de *déjà vu*. La doctora le resultaba muy familiar.

"¿Rita me dijo que tuviste una mala caída?" Nwin asintió. "¿Y que has tenido problemas de espalda?" Volvió a asentir. "¿Te han tratado la espalda?"

“Bueno, estuve en el Hospital General hace unas seis semanas y ayer recibí un tratamiento de acupuntura en la clínica Mission Bay”.

¿Hospital General? ¿Quién era su médico?

Entonces reconoció el parecido. "¿Son o Song?", dijo, sin estar seguro de recordar bien el nombre.

“¿Angie Sung?”

"Creo que sí. "

La doctora miró a Rita, sonriendo y negando con la cabeza. "¿Qué pequeño es el mundo, eh?", y luego se volvió hacia Nwin. "Es mi hermana, la otra tía de Rita".

Mientras le tomaba el pulso a Nwin, le hizo explicar lo mejor que pudo qué tratamientos había recibido en el hospital y por parte del acupunturista.

“Vamos a voltearte. Probablemente te va a doler. Sigue respirando. Voy a intentar detener los espasmos de la espalda”. La doctora, junto con su sobrina y Wadsworth, el impresor, voltearon cuidadosamente a Nwin, a lo que se sometió nerviosa y dolorosamente. Le puso agujas en varios puntos. Luego empezó a trabajar en las plantas de los pies y después le colocó agujas en varios puntos del cuero cabelludo. “No te muevas. Vuelvo en quince minutos. Te sentirás mucho mejor”.

Nwin yacía aturdido entre la brisa cálida y el olor a tierra, el ruido de los ciclistas, el chillido de las gaviotas y un zumbido musical casi inaudible que parecía provenir de las mujeres del otro lado de la calle. No podía imaginar qué haría si este tratamiento no lo ayudaba a recuperarse.

Tengo que recoger mis cosas, mi bote... tengo que ir a Alamo Square esta noche... su cabeza daba vueltas con pensamientos ansiosos. Parecía que acababa de irse cuando el doctor reapareció.

Sacó las agujas. "Oye, voy a hacer una cosa más antes de que intentes levantarte. Hablé con mi hermana y buscó tu skan. Aquí...", y manipuló su columna vertebral, presionando un punto particularmente dolorido. De repente, algo pareció encajar, y ella se apartó, radiante. "¡Ahí!"

Nwin gimió al intentar levantarse. Le dolía, pero no era una agonía. Empujó un poco más y no sintió nada peor, así que se incorporó con cuidado, con las manos en los muslos. Parecía milagroso, pero no se sentía tan mal. Le dolía la espalda, sin duda, pero nada que ver con el dolor agudo que había sentido hacía un rato.

"¡Guau!", se retorció con mucha suavidad, frotándose la espalda baja y sonriendo. Beth y Dru vinieron corriendo para reunirse con Rita y el doctor, Laurie. "¿Cómo estás? ¿Estás bien?"

“¡Bueno, creo que podré volver a bailar!”

Las mujeres rieron. "¡Yo bailo primero!", declaró Rita. "¡Mi tía lo curó, así que es mío!". Las otras dos la pincharon y rieron al unísono. "¡Debería recibir algo por ser la que empezó todo esto!", bromeó Beth. A Nwin no le importó la charla juguetona, ahora que podía moverse de nuevo por sus propios medios. Se puso de pie y siguió moviendo el torso.

“Tal vez vuelva a acudir a usted si necesito otro tratamiento”.

"Claro, hazlo. Aquí tienes mi dirección", dijo Laurie, quien le entregó una tarjeta antes de regresar a su oficina, satisfecha con los buenos resultados.

Después de que la doctora se fuera, se volvió hacia las tres mujeres. La sonrisa de Rita era electrizante, por fin se dio cuenta. Dru y Beth también eran muy guapas. Quizás debería quedarse por allí a ver qué pasaba. Caminó un rato, relajándose al darse cuenta de que, después de todo, todo iba a salir bien.

—Mierda —vio su bici torcida—. Tengo que adquirir otra. ¿Hay algún velómetro cerca?

Beth, que era bastante alta, dijo: «Oye, llévate la mía. Es lo menos que puedo hacer». Señaló una bicicleta plateada alta que estaba apoyada contra la pared. «Llevaré la que rompimos para que la arreglen».

¿Tienes hambre? ¿Quieres comer? —preguntó Rita, extendiendo la mano para acariciarle el brazo con delicadeza. La tensión erótica era inconfundible. La orgía de anoche lo invadió de golpe.

Acabo de desayunar hace un rato. No tengo nada de hambre. —Le devolvió la mirada, sonriendo, y le tomó la mano—. Me encantaría verte luego. Tengo que encargarme de algunas cosas primero. ¿Dónde puedo contactarte?

Ella le dio su dirección, que resultó estar en la Pirámide, en el piso 17.

¿Llevas mucho tiempo ahí? Yo viví en el piso 33.

¿En serio? Llevo casi dos años allí. ¿Cuándo viviste allí? Charlaron sobre lo extraño que era no haberse conocido nunca. "Supongo que vive mucha gente allí", admitió ella. Él prometió que la visitaría. Se montó en la bicicleta que Beth le había dado y bajó por la ladera sur hacia los muelles de Union Square. Dejó la bicicleta en el velome y tomó un ferry exprés hacia el sur, rumbo a Redwood City. Pedaleó bajo el cálido sol, pasó la primera parada en la Estación Central de Tren y se bajó en el dique Precita.

Allí, desembarcó entre una multitud de personas que se preparaban para su viaje a la Isla del Tesoro.

"¡Nunca encontré ese vino *vintage* en ningún sitio!", exclamó un hombre, que de alguna manera había

conseguido el formulario de pedido del día antes de subir al ferry. Nwin pasó junto a ellos, todos charlando sobre su viaje bianual a la isla. Se dirigió al pequeño muelle más al sur, pasando junto a una piscina construida en los pisos inferiores del Arcóbolo, que se alzaba sobre el dique. Normalmente, la piscina estaba rodeada de cuerpos desnudos, con diversos tonos de marrón y rosa. Sin embargo, esta vez no perdió el tiempo en mirarlo con lujuria. Al encontrar la escalera que bajaba al muelle flotante, encontró el *Hot 1* donde lo había dejado varios días antes.

Pronto se abrió paso entre taxis, transbordadores y barcazas hacia la bahía. El cerro Potrero se alzaba a su izquierda mientras bordeaba la costa, evitando las vallas de las granjas de acuicultura donde se producían toneladas de ostras y almejas. Una bandada de periquitos, oriundos del cerro, se abalanzó sobre su camino antes de regresar a las majestuosas palmeras que se recortaban en la cima. La gran granja de cultivo de marihuana bajo el letrero de POTHILLPLATZ relucía de un verde esmeralda bajo la brillante luz del sol. Sentarse en el fondo del *Hot 1* en la bahía, en una tarde cálida, le resultaba familiar, aunque su cuerpo comenzaba a quejarse. No perdió tiempo y se dirigió directamente a los muelles de los Crossroads.

Moviéndose con cautela, cruzó la Calzada de Kioto que separaba Mission Bay de la concurrida intersección. Era media tarde ahora, casi las 3 en punto en el gran reloj de Crossroads. En el polvoriento camino hacia el Tazón de arroz,

se detuvo bruscamente cuando notó que la puerta de la choza se abría. Se movió hacia la pared del edificio y observó. Fue Marco quien retrocedió primero seguido de un extraño. Caminó lentamente de regreso a la bulliciosa intersección. Encontró una farola desde donde podía ver el camino. Marco y el extraño estaban hablando en la choza. *¿Quién demonios es ese?,* se preguntó, preocupado. *¿Y qué está haciendo Marco, enseñándole mis cosas?* Se giró para ver a Rikky dirigiéndose hacia el Tazón de arroz al otro lado de la extensa intersección, y rápidamente se agachó detrás de su poste. No necesitaba explicarle nada a nadie en este momento.

Observó a Rikky pedalear por la carretera y saludar a Marco y al desconocido, que estaban cogiendo unos cogollos de las plantas que ondeaban junto a la choza. Entonces Marco y el desconocido se separaron. Marco regresó a la granja, mientras el desconocido caminaba hacia Nwin con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el suelo. Nwin lo evaluó. Un joven alto, con el pelo castaño y grasiento cayéndole sobre la cara. Nwin se aseguró de que el poste se mantuviera entre él y el desconocido. El hombre pasó detrás de él, completamente absorto en sus pensamientos.

Esperó unos minutos mientras el tipo desaparecía en el velome y luego reapareció en una bicicleta Bambu, que Nwin reconoció de inmediato. *¡Al menos usa una bicicleta Dew!* Después de que el desconocido se marchara, Nwin, muy atento a cualquier persona que entrara o saliera, continuó

por el camino hacia la cabaña y su mochila. No apareció nadie antes de que se agazapara en la oscura cabaña.

Encendió la luz y encontró la nota que Eric le había dejado en la mochila. Leyó el escueto mensaje y murmuró: «¿Mi versión de la historia? ¡Chingado!». Arrugó el papel y lo tiró a un rincón. Su carrito de patineta destartalado seguía debajo de la mochila, así que lo sacó a la carretera, pero no sin antes comprobar si venía alguien. No había moros en la costa, así que se dirigió al Crossroads, remolcando ruidosamente la mochila, levantando una pequeña nube de polvo. También cogió unos cogollos maduros de marihuana de las grandes bellezas que bordeaban la carretera. *Quizá los necesite más tarde,* pensó distraídamente.

Llegó al *Hot 1* sin problemas. Sintió alivio al ponerse en marcha con sus pertenencias. Aún faltaban horas para su llegada a Rochelle's en Alamo Square. Decidió usar la videograbadora, así que se dirigió de nuevo al campus, pensando que era un buen lugar para diversificarse, ya que nadie lo buscaría allí. Se detuvo en el Edificio de Biofabricación y se dirigió a la sala de espera, pasando junto al cartel de la entrada que promocionaba "El Gran Enfrentamiento" entre MacMillan y Floyd, el 30 de septiembre.

Había varias cabinas públicas de vyne abiertas, así que entró en una y cerró la puerta tras él. "Vyne", dijo con calma, y la hoja se desenrolló, proyectando un resplandor verde en

la pequeña cabina. "Nwin Robertson, Bernal Heights, mensajes". Media docena de mensajes de su madre, un par de su primo Jimmy, incluso uno de su tía; eso era inusual, ella nunca usaba el vyne hasta donde él podía recordar. Alguien llamada Kathy Fairly tenía un mensaje, al igual que una mujer llamada Robin Davis. Decidió repasarlos, empezando por el primero de su madre. "Jennifer Robertson", llamó y el vyne inmediatamente produjo una imagen verde lechosa de su madre. Después de una breve vacilación, ella comenzó a hablar y a moverse.

“Nwin, ¿podrías venir a casa, por favor? Siento haberme frustrado contigo”. Y eso fue todo lo que contenía el primer mensaje. El siguiente fue bastante diferente, su madre lloraba mucho. Le enfureció verla llorar y rogarle que volviera a casa. “¡Eso es una mierda!”, exclamó. Tal vez ella también se sintió humillada, porque el siguiente mensaje fue un giro completo. Estaba tranquila, reservada. “El Investigador Público quiere entrevistarte sobre el incendio de San Bruno Mountain”. Ahora estaba preocupada, implorándole que la contactara, o al menos que lo intentara para que pudiera saber que estaba bien. Luego estaba la invocación de la familia. La Oficina del Investigador Público estaba contactando a todos. Le avergonzaba que pareciera estar escondido. Pasó a los mensajes de Jimmy. El primero lo invitaba a volver, ¡pero podía oír a Sheila quejándose de fondo! Entonces Jimmy le advirtió seriamente que más le valía una buena coartada, porque parecía que tenía un caso

serio en su contra por provocar el incendio. Cuando revisó el mensaje de la tía, resultó ser un mensaje falso. Apareció brevemente en la pantalla, pero no dijo nada. Llamó a Kathy Fairly para que le enviara el mensaje, sin saber qué esperar. Era un mensaje de texto, algo que no recibía muy a menudo.

Nwin Robertson. Le habla Kathy Fairly, jefa de la Oficina de Investigación Pública en Civic Green. Queremos que venga a hablar con nosotros sobre el incendio de San Bruno Mountain. Existe una gran cantidad de evidencia circunstancial que lo señala como responsable de dicho incendio. Publicaremos los resultados de nuestra investigación el 4 de octubre. Debe declarar y presentar cualquier coartada o prueba que refute nuestra acusación. Por favor, contáctenme en cuanto reciba este mensaje.

¡Mierda! —Llamó para el último mensaje de Robin Davis. Apareció una joven atlética de pelo corto y negro con gafas. Nwin Robertson. Soy Robin Davis, de la Oficina de Investigaciones Públicas. Se acaba el tiempo para incluir tu versión de los hechos. Creemos tener un caso muy sólido que demuestra que eres el pirómano que inició el incendio en el Cañón de Guadalupe. Si quieres refutar esta conclusión, debes —repito, DEBES— venir y declarar. Después de que publiquemos nuestro informe, estarás sujeto a arresto ciudadano y a un juicio con jurado que podría llevarte a la expulsión y al exilio forzoso. Contáctanos de inmediato.

Observó cómo su imagen se desvanecía. No había otros mensajes. Había planeado dejar a María y a esa chica que conoció hoy, Rita Jefferson. Pero ahora se sentía ansioso y atrapado. "¡MIERDA!", golpeó la pared de la cabina con el puño. Salió de la cabina y comenzó a caminar de un lado a otro. Las voces se alzaban cerca de las ventanas mientras la gente se reunía, señalando el agua. Su curiosidad se despertó, se acercó y vio una pequeña ballena rodando sobre su lomo, agitando las aletas en el aire. No le importó, así que siguió caminando junto a las ventanas, mirando las docenas de pequeñas embarcaciones que cruzaban el canal entre la Calzada de Kioto y el campus, evitando la zona de la bahía de la ballena.

“Oye... ¡Oye Nwin!”

Se dio la vuelta, con los ojos desorbitados y el corazón en un puño, esperando que un extraño hostil lo abordara. Pero allí estaba Joseph, recostado tranquilamente en su sillón favorito, sonriendo enigmáticamente, golpeando su bastón varias veces frente al sillón de al lado, invitando a Nwin a acercarse.

—Me sorprende verte aquí, Nwin. —Joseph permaneció inmóvil, con la mirada fija al frente—. Oí que estabas prófugo. ¿Estás prófugo?

"¿Yo?" Nwin casi se atragantó con la pregunta. "¡No! No voy a correr, ¿por qué debería?"

“Toda la familia sabe que el Investigador Público te está buscando, cree que iniciaste el incendio de la montaña San Bruno”.

“¡Eso es una mierda!”

Joseph se giró lentamente hacia Nwin, quien apartó la mirada. Joseph lo observó fijamente hasta que Nwin se giró y sus miradas se cruzaron. Entonces, como hipnotizado, Nwin no pudo apartar la mirada mientras Joseph mantenía la suya fija en la de Nwin.

—No eres muy bueno mintiendo —concluyó Joseph, recostándose en su silla—. Supongo que huir tiene sentido cuando no puedes decir una mentira convincente.

Nwin estaba furioso. ¿Cómo se atrevía a llamarlo mentiroso? Pero *mentía,* y el viejo lo veía. *¡Mierda!* Intentó encontrar una respuesta acorde a las circunstancias, pero no se le ocurrió nada y permaneció en silencio. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, habló: «Me voy de San Francisco».

De nuevo, Joseph se giró, apoyándose en su bastón, y miró atentamente a Nwin a la cara, mientras este miraba al frente, intentando ser inescrutable. «Crees que puedes ir solo, o te enviarán ellos lejos cuando te atrapen... ¿Y adónde crees que vas a ir?»

“No lo sé”, mintió.

“Podrías pedir comprensión”, sugirió Joseph en voz baja, ofreciéndola ya tácitamente. “¿¡Qué!? ¿De quién? ¿Para qué? ¡No hice nada!”, se enfureció. Joseph se encogió de hombros y no dijo nada más. Nwin se estremeció de ira, completamente atrapado en su mentira y demasiado orgulloso o asustado para confiar incluso en Joseph, quien solo le ofrecía apoyo. “¡Esto es una MIERDA! ¿Por qué están todos en mi contra?! Odio este lugar. Odio a todos en esta estúpida ciudad… ¡No sé por qué me quedé aquí tanto tiempo!” Y con eso, se levantó y se fue pisando fuerte, sin mirar atrás a Joseph, quien plácidamente observaba pasar los barcos, lamentando que Nwin estuviera tan perdido. También lamentaba no haberle pedido un pequeño brote, algo que tanto deseaba.

Veinte minutos después, Nwin navegaba de nuevo por la bahía. Joseph lo asustó. ¡Lo llamó mentiroso! ¿Era tan obvio? De ninguna manera iba a ir al Detective Público si no podía mantener su inocencia. Echaba humo en su esquife, componiendo sus negaciones, tratando de controlar su respiración, maniobrando a través del tráfico. Inconscientemente, siguió el camino familiar hacia la Pirámide. Rodeó la estación Rincon y se dirigió hacia el canal de California, con Nob Hill al frente. Miró a media colina hacia el borde de Citrus Heights, imaginando a las mujeres que había conocido antes, preguntándose si tendría una oportunidad con Rita antes de salir de la ciudad. Se excitó al pensar en ella y casi se estrella contra un taxi que se cruzó

en su camino. Reorientándose para navegar, viró a la derecha y a la izquierda hacia el callejón Halleck, evitando a los grandes elefantes marinos que se zambullían desde las ruinas justo frente a él. Se deslizó hacia Leidesdorff y señaló la fachada naranja de la Pirámide, pero al acercarse, se dio cuenta de que o se detenía a buscar a Rita o tendría que seguir adelante. Un minuto después, estaba amarrando en el muelle de visitantes.

Probablemente ni siquiera esté en casa, pensó mientras subía la rampa hacia el vestíbulo del segundo piso. Descartó sus pensamientos, atento a antiguos vecinos que no quería ver. En el gran escritorio estaban sentados dos asistentes, ayudando a la media docena de personas distribuidas alrededor del mostrador. Los ignoró y se dirigió al pequeño escaparate cerca de los ascensores, que brillaba con una exhibición dedicada a los residentes del edificio. Pronunció "Rita Jefferson", y mostró su nombre y el número 1443. Entró en el ascensor y marcó el 14, esperando mientras varios otros ingresaban sus destinos. Momentos después estaba llamando al 1443. Esperó y luego llamó por segunda vez.

"¡Mierda!", bajó los brazos, derrotado por la ausencia de Rita. Caminó lentamente de vuelta al ascensor, donde inconscientemente pulsó su antiguo piso 33. Perdido en sus pensamientos, de repente se dio cuenta de lo que había hecho y se detuvo en el 31 para entrar al comedor. No había nadie como Lupe, así que se sirvió lasaña y ensalada de la

azotea. Se sentó junto a una ventana, repentinamente hambriento, y mientras comía, contempló la luz dorada que iluminaba los edificios circundantes y la bahía color aguamarina.

—¡Nwin! —Se quedó paralizado al oír su nombre y una mano en su hombro simultáneamente. Con la boca llena, se giró lentamente y vio a Johnny Templer de pie junto a él, con una expresión severa.

—Mmphf —masticó y tragó a toda prisa—. Hola, Johnny, ¿qué pasa?

¿Qué haces aquí? ¿No te has movido?

“Pasé a visitar a una amiga, pero ella no estaba en casa”.

"¿Qué es eso que oigo sobre que estás en problemas?"

"¿Yo? ¿Problemas? ¿De qué estás hablando?", se hizo el inocente, usando las expresiones que había estado practicando en el *Hot 1.*

—Nwin —se inclinó sobre la mesa, mirándolo fijamente, mientras se esforzaba por concentrarse en su comida—. ¡No me mientas! ¡Llama a tu madre! Está desesperada, ha estado llamando a todos... ¡incluso a mí! Y hace años que no la veo, ni a ti desde hace meses. ¡Tu padre se enfadaría, te lo aseguro!

Nwin frunció el ceño. "Johnny, no quiero oírlo". Mantuvo la cabeza gacha, engullendo otro bocado de lasaña.

—Voy a llamar a tu madre y decirle que estuviste aquí. ¡Será mejor que hables con ella! —repitió, y luego se fue.

Nwin perdió el apetito. Se tragó lo que aún tenía en la boca, pero dejó el resto, llevando su bandeja automáticamente a l puesto de eliminación, donde puso todo en su contenedor correspondiente. Mirando furtivamente a su alrededor, se dirigió a los postes donde descendió rápidamente. En el piso 14, decidió darle otra oportunidad a Rita.

Para su sorpresa, la puerta se abrió a los pocos segundos de llamar. Rita estaba allí, envuelta en una toalla, recién salida de la ducha. El vapor inundaba el apartamento tras ella. "Hola", sonrió con recato, casi como si lo hubiera estado esperando. "Pasa. Dame un segundo mientras me visto, ¿vale?"

Caminó hacia las ventanas, con el corazón latiendo furiosamente, intentando decidir qué decir. Después de unos minutos, ella salió, con una blusa ajustada de ante marrón, de escote bajo que dejaba al descubierto un hermoso busto. Llevaba unos pantalones ajustados a juego y unas botas de tacón alto. Llevaba el pelo recogido hacia atrás, lo que le permitía ver mejor su hermoso rostro moreno, con sus dientes blancos brillando en una sonrisa encantadora. Ella lo abrazó.

"¿Cómo te sientes?"

"Estoy bien, en realidad."

¡Genial! Debes recuperarte rápido. Me sorprende verte ya.

“Sí, no tenía pensado estar aquí, pero pasaba por aquí y pensé en pasar a saludar”.

"Me alegro de que lo hicieras", ronroneó, llevándolo del brazo al sofá. No perdió tiempo y de inmediato comenzó a acariciarle el muslo. No tardó mucho en superar los preliminares, considerando su predisposición y que ella había pasado 25 minutos en una ducha caliente fantaseando con él.

* * *

Después ella tenía hambre, pero como él acababa de comer, se excusó.

—Bueno, tengo que comer, ¡me muero de hambre, sobre todo después de *eso!* ¿Quieres quedarte a pasar la noche?

Se rió suavemente, viendo una extraña justicia en este giro de los acontecimientos. "Rita, yo, eh, todo... bueno, resulta que estoy indeciso."

—¿En serio? —dijo con evidente sorpresa—. Puedes quedarte aquí. Es un lugar grande y me encantaría tenerte.

"Acepto", dijo sin dudarlo. Salieron juntos, él a sacar sus cosas del bote y volver a atracarlo en la zona residencial de ella, ella a comer. Al regresar al apartamento, se sintió repentinamente más ligero, como si su suerte estuviera cambiando. ¡Por fin alguien estaba de su lado! Dio un golpe alegre al cartel que colgaba sobre el pasillo: "¡Nadie quiere, así que todos tenemos que hacerlo! ¡Haga sus anuales!"

“¡*Ching* a tus malditos Anuales!”

Capítulo XXXIX

Kathy esperaba en su oficina cuando un desconsolado Eric pasó por allí. No había encontrado nada en el Tazón de arroz, salvo una bolsa de lona arrugada y algunos antiguos compañeros curiosos, aunque poco serviciales. Pero apenas pensaba en el caso al entrar en el edificio. En cambio, repasaba minuto a minuto la conversación que había tenido con Emmy esa mañana. «¡*Si hubiera reaccionado de otra manera, quizá todavía tendría novia!*». Cada vez sentía más lástima por sí mismo.

¡Hola! ¿Dónde has estado? Creí que volverías hace una hora. Kathy entró al pasillo a grandes zancadas.

¿Eh? ¡Ah, sí, lo siento! Me distraje de vuelta y terminé subiendo a Market Pond. —Su voz se fue apagando, dándose cuenta de que había olvidado que debía encontrarse con

Kathy. No podía salir de la confusión que la depresión le había invadido.

“¿Tuviste suerte?”

Me encontré con unos antiguos compañeros de trabajo. Estuvo allí ayer por la mañana y dejó su lío en una choza.

¡Estás bromeando! ¿Sigue ahí?

“Si, ¿por qué?”

“¿Esperaste a que regresara?”

Bueno, nadie sabía cuándo volvería. Dejé una nota.

"¿Qué decía?"

“Que necesitamos hablar con él, que tenemos un caso sólido y él necesita hacer una declaración”.

—Mmm. Bueno, seguimos sin verlo. Hace unas horas llegó un mensaje de su médico, el dueño de casa. Entraron en la oficina de Kathy.

“¿Angie?”

Sí. Su hermana, que también es médica, atendió a Robertson por espasmos en la espalda después de que sufriera un accidente de bicicleta en Citrus Heights esta tarde.

¿Llegó alguien a tiempo para entrevistarlo?

No. Para cuando recibimos el mensaje, ya se había ido. La doctora sabía que lo buscábamos, pero después de atenderlo, volvió al trabajo. Llamé para preguntarle si le había dicho que intentábamos contactarlo, pero no lo hizo. Es frustrante, pero no es su trabajo y, en este momento, no es un asunto público. Después de que publiquemos el caso, ella tendría cierta responsabilidad.

Eric todavía estaba distraído.

No fue muy amable cuando hablé con ella. Creo que pensó que la estaba presionando para que facilitara nuestra investigación. Kathy negó con la cabeza. Él miraba fijamente la pared, sin concentrarse en su trabajo.

"¿Qué pasa Eric?"

Su cabeza giró rápidamente ante la pregunta y la miró con miedo en sus ojos.

—¡Guau, guau! —Levantó las manos—. Estás molesto. ¿Es por no ver a nuestro chico en el Tazón de Arroz?

—¡No! —Respiraba con dificultad y, presa del pánico, sus ojos se movían a su alrededor, buscando algo que lo hiciera reaccionar.

¡Dios mío! ¿Qué pasa? —Kathy rodeó su escritorio y le puso la mano en el hombro—. ¡Tienes que decirlo, hombre, dilo ya!

Empezó a sollozar convulsivamente, incapaz de hablar ni detenerse. Finalmente recuperó la compostura. Miró a Kathy, ya no temeroso, sino profundamente avergonzado.

Oye, seguro que a todos nos ha pasado. Estarás bien. Cuéntame qué pasa.

Le contó su historia sobre Emmy. Se había vuelto cada vez más inseguro y quejoso en la relación. La situación empeoró al darse cuenta de que lo estaba haciendo, y finalmente, ella rompió con él esa misma mañana.

Kathy se sentó en el borde de su escritorio, dándole una suave palmadita en el hombro. Sentía lástima por él. No había visto mucho al Eric quejoso e inseguro que él describía. Su competencia y sus ocasionales arranques de entusiasmo eran engañosos, porque ahora era un chico indefenso. Pero ella había vivido lo suficiente como para saber que era en la intimidad del dormitorio y en los corazones de la gente donde se esconde la verdadera locura. Y esto no era locura, simplemente era joven y muy inexperto.

Él se recostó, con la cara hinchada y roja. Ella se acercó a la ventana, sin querer concentrarse en su sufrimiento. "Bueno, Eric", se volvió hacia él. "¡Tenemos trabajo que hacer!" Nada

aliviaba tanto el dolor romántico como un nuevo romance. Pero, sin eso, la distracción del trabajo duro era bastante buena.

La vaina de comunicación del escritorio cobró vida oyéndose la voz de Leigh: «Kathy, acaba de llegar un mensaje urgente dirigido a Eric. ¿Está ahí contigo?».

—Sí, Leigh. Lo tomaremos aquí. —Se giró hacia la “viña”, abierta en la pared—. ¡Eric Johanson, mensajes!

En la hoja se formó una imagen verde lechosa de Marco, el chico del Tazón de arroz con el que había estado unas horas antes. "Eric Johanson, soy Marco Stillweger del Tazón de arroz". La hora que parpadeaba en la esquina era las 17:52, hacía solo dos minutos. "Pensé que querrías saberlo. Me iba a terminar el día y eché un vistazo a la cabaña al salir. La bolsa de Nwin ha desaparecido. Y encontré esto", levantó un papel arrugado. "Es tu nota. Supongo que vino después de que nos conociéramos, pero que yo sepa, nadie lo vio. Eso es todo". La imagen se desvaneció.

Kathy tomaba notas frenéticamente. Eric la miró. "¿Y ahora qué?"

Estaba en Citrus Heights alrededor de las 14:30 y, según el médico, estaba bastante gravemente herido. ¿A qué hora te encontraste con Marco?

“Debían ser las 15:30 o algo así, no estoy seguro”.

Si eran las 15:30, o incluso las 16:00, eso significa que nuestro hombre se dirigió desde Citrus Heights al Tazón de arroz después de que te fueras, digamos a las 16:00, recogió sus cosas antes de que Marco se enterara, digamos a las 17:40 más o menos. ¿Y entonces adónde iría? —Se sentó, dando golpecitos con el lápiz en el bloc.

Está moviéndose. ¿Crees que intenta esconderse?

Creo que sí. Sabe que intentamos contactarlo. Su primo y su madre no saben nada de él desde hace más de una semana, pero sabemos que sigue en la ciudad. Valentina mencionó que era amigo de Marco y también de una mujer llamada Stefania. ¿La viste?

Sí, de hecho lo hice. Me contó de un encuentro extraño con él en Mission Creek. Hablaron de la guerra. Recordó que él estaba tranquilo, interesado y nada alterado.

Kathy mordisqueó su lápiz, intentando extraer algo de estos fragmentos de información dispares. «Creo que este joven está fascinado por la violencia, y sin duda por el fuego. Supongo que está probando diversas ideologías para justificar sus obsesiones, pero sin hablar con él, es imposible saberlo».

Anita entró corriendo. "Hola chicos, ¿adivinen qué?"

La miraron con las cejas levantadas, expectantes.

Encontré el lugar en la biblioteca de donde salieron las instrucciones para el incendio provocado. Y el empleado identificó a Robertson. Recibió los documentos en julio.

¡Buen trabajo, Anita! Lo publicaremos en uno o dos días. Estamos intentando averiguar adónde irá. Lo han visto dos veces hoy, pero no hemos conseguido contactarlo. Anita, ¿ya se lo has contado a Stella o a Robin?

—No. Pero lo haré. Oye, ¿van a ir a The Showdown esta noche?

—Lo estaba pensando. Pero tengo planes para cenar con Bridget, así que supongo que no.

—¿Qué es The Showdown? —preguntó Eric.

“Sam MacMillan y Cameron Floyd se enfrentarán en un debate público”

“¡Oh, sí! Me enteré. Todo el asunto del discurso para los delfines, ¿verdad?”

“Sí, pero va mucho más allá”, dijo Anita emocionada. Era al menos diez años mayor que Eric, pero como Tryout, estaba en una relación similar en el trabajo. Ahora que hablaba del Showdown, su mayor implicación en los temas del día se hacía evidente. Eric observaba su pelo castaño atado en una cola de caballo, sus ojos azul pálido como platos en su rostro pecoso. Era alta y atlética. Vestía ropa de trabajo poco

favorecedora, una camisa holgada a cuadros que colgaba sobre sus pantalones vaqueros. Un atisbo de escote brillaba en la parte superior de su camisa desabrochada cuando se inclinó hacia delante para describir el próximo debate.

La campaña de MacMillan por el derecho a trascender los límites actuales de las especies es un caballo de Troya para toda una gama de innovaciones biotecnológicas. Algunos la consideran fantástica, pero la mayoría sigue rotundamente en contra.

“Por razones históricas”, intervino Kathy.

“Por supuesto”, reconoció Anita. “Está presionando para dar voz a los delfines, pero justo detrás hay docenas de propuestas: dar alas, aletas, cuernos y garras a los humanos; crear una amplia gama de nuevos agentes virales para prolongar los inhibidores del envejecimiento más allá de los 200 años; poner 'ojos' conectados a la vid en aves y peces. Todas las ideas disparatadas que se te ocurran están esperando su turno”.

“¿Cuál es tu postura sobre todo esto?”, preguntó Kathy con insistencia.

Anita se recostó, cruzándose de brazos, y sonrió. "¡Me encanta! La verdad es que no me importa mucho ni una cosa ni la otra. Me interesa más la política. Me fascinan los argumentos, las facciones, los personajes".

Eric vio a Anita desde una perspectiva completamente nueva. "No tenía ni idea", murmuró, captando tanto su reacción a lo que ella había estado diciendo como la suya propia. "¿A qué hora es?"

Empieza a las 21:00. El formato es formal. Cada uno pronunciará un discurso y, posteriormente, se recogerán las opiniones en Vyne, donde se podrá ver el debate completo. El programa durará menos de una hora. Es difícil imaginar que surja algo nuevo. Todo se ha debatido en la prensa y en debates durante meses. Pero esta será una oportunidad para escuchar a dos de los mejores oradores hacer declaraciones claramente opuestas.

¿Qué va a pasar entonces? ¿Habrá un referéndum o algo así?

Todavía no. Este debate es candente aquí en el Área de la Bahía, pero apenas comienza en otras zonas. Lo que se diga aquí se difundirá en los próximos meses. Pasará al menos un año antes de que alguien formule algo para votar. MacMillan y su equipo saben que tienen mucho que convencer e inspirar para obtener apoyo popular. Podrían solicitar pronto la aprobación de la Junta de Revisión de Recursos para comenzar a realizar simulaciones de laboratorio. Este debate nos dará una buena idea de si tendrán o no esa oportunidad.

"¿Puedo ir contigo?", le preguntó Eric directamente a Anita. Kathy percibió de repente su interés.

— Voy con otros amigos también, ¿vale?

Claro. ¿Hay algún plan de alimentación previo? De repente tengo mucha hambre.

Nos vemos en casa de Gwen, donde tengo una mesa reservada. Les avisaré que tenemos otra reserva en la nuestra. Salimos en media hora. Tendremos tiempo de sobra para pedalear tranquilamente.

“Si ya terminaron de hacer planes sociales, me gustaría terminar con este caso de Robertson”.

Se concentraron unos minutos más mientras Kathy resumía los acontecimientos del día, y Eric y Anita aportaban detalles. Luego, arrancó la hoja y se la entregó a Anita. "Entrégale esto a Stella o a Robin con tu informe de la biblioteca, ¿de acuerdo?"

Eric se unió a Anita cuando salieron de la oficina de Kathy.

"¿Crees que vamos a encontrar a Robertson? ¿Qué clase de coartada podría tener?", preguntó Eric con entusiasmo.

Sí, este caso parece irrefutable. ¿Pero qué sabemos? ¡Es nuestro primer caso de incendio provocado!

Eric se quedó en silencio ante esa evidencia. Había tenido una sensación de logro, en parte porque Kathy confiaba en él en la investigación. Pero la sensata advertencia de Anita le dolió, y se dio cuenta de que había vuelto a engreírse. Su moral, que había subido un momento antes, comenzó su inevitable declive. Disminuyó el ritmo, luchando contra una desesperación creciente. Emmy reapareció en sus pensamientos y sintió un dolor repentino, quedando emocionalmente exhausto.

¿Estás bien? —Anita se detuvo al notar que Eric se desplomaba visiblemente. Avergonzado, se irguió. Respiró hondo, intentando escapar de la espiral que lo arrastraba hacia abajo—. Estoy bien —la tranquilizó. No quería compartir su dolor con Anita. Con la esperanza de empezar con buen pie, forzó una sonrisa—. Estoy muy cansado... últimamente no he dormido bien.

"¿Quieres echarte una siesta antes de irnos?"

—Buena idea. Iré a descansar al salón. ¿Me despertarás cuando sea hora de irnos? —¡Claro! —Anita le dio una palmadita en el hombro—. ¡Que tengas una buena siesta!

En el salón, se acurrucó en el gran sofá suave y se quedó dormido casi tan pronto como tocó la tapicería.

* * *

Su agradable canto, que recordaba al de su madre, lo despertó de un sueño profundo.

Poco después, iba en la parte trasera de una bicicleta tándem reclinada, dejando a Anita al mando entre la multitud de la cena. El aire le corría por el pelo. Bandadas de pájaros revoloteaban en el cielo. Edificios centenarios en la intersección de la Séptima y Abundancia se alzaban nobles donde habían estado desde principios del siglo XX. Un globo ocular flotante sobre una luna creciente rodeada de siete estrellas decoraba el Odd Fellows Hall [Salón de los raros], abandonado hacía tiempo por ese grupo de nombre provocativo, que a su vez se había desvanecido en el olvido.

—Oye —su voz tenía un tono grave, aún no del todo despierto—. ¡Esto es lo *máximo!* ¿Quieres llevarme a todas partes de ahora en adelante?

Anita rió entre dientes al frenar bruscamente para esperar el tráfico que cruzaba en The Ruins, un enorme edificio gubernamental del siglo XXI en la calle 7 y Stevenson, que ahora albergaba a miles de personas. "No creo que me quieras como conductora después de este viaje", rió.

"¿Qu—qu—qué estás tratando de decir?" Eric tartamudeó, fingiendo miedo.

"¡Oh, nada! ¡No les preguntes a mis amigos cómo conduzco!", exclamó Anita entre carcajadas, guiándolos

alegremente más allá del antiguo juzgado federal, cruzando Mission Plank Road, cubierta de madera, y entrando en Natoma Alley. Él se asomó por las aberturas entre viejas casas victorianas de madera, una al lado de la otra, con lofts cuadrados del siglo XXI, almacenes, iglesias, oficinas y exóticas estructuras recientes que parecían más bien pilas de platos que se derrumbaban o conos desplomados con puentes colgantes que salían de las paredes laterales. Cualquiera que fuera la mezcla arquitectónica, normalmente estaban unidas en complejos del tamaño de un bloque con patios interiores abiertos llenos de zonas de juegos, jardines, piscinas, pequeños bosques, terrazas e invernaderos.

“Así es Anita.”

"¿Sí?"

"¿Qué hacías antes de decidirte a hacer una prueba en el PI?"

Fui reportera en The *Call* durante cuatro años. Antes de eso, jugaba baloncesto y fútbol. Me lesioné la rodilla durante la Copa Oeste de 2015. Era mediocampista de los San Francisco Parrots. Choqué con Ruth Emory, de los Riverside Ravens, durante la primera mitad.

“*Chingo,* ¡qué horror!”

Sí. Bueno, ganamos 2—1, pero para entonces ya estaba en el hospital. Hice rehabilitación después de la cirugía, pero

nunca recuperé la fuerza ni la velocidad. Además, perdí la pasión.

“Debiste haber sido buena”

Se detuvieron en Bryant esperando a que se despejara el tráfico. Volvió a mirar a Eric. "Gané el MVP en el 50, y casi lo consigo ese año también", su rostro se tensó con orgullo.

“Me encantaría verte jugar... ¿tienes alguna grabación antigua?”

—¡No! —negó con la cabeza vigorosamente—. Nunca me metí en eso. Pero puedes ver cualquier partido de los últimos 50 años en el Salón de la Fama del Fútbol Femenino en San José. Los tienen todos archivados.

—Quizás sí. —Siguieron por la Calzada de Kioto, girando a la derecha pasando por Gwen's antes de detenerse en el Crossroads Velome—. ¿Entonces eras reportera? ¿Cuál era tu especialidad?

Cuando renuncié, era reportera político. Ya conoces The *Call*...

Eric levantó las manos. "La verdad es que no. No me he tomado el tiempo de analizar la prensa local".

Caminaron por la calzada hacia la casa de Gwen.

"*The Call,* oficialmente el *San Francisco Call of the Wild City* [La llamada de la ciudad salvaje de San Francisco], probablemente el diario más pro Garden Party [Partido de los jardines] y pro—naturaleza". Hizo comillas con los dedos mientras decía "pro—naturaleza".

Comenzaron la campaña para introducir lobos en los corredores silvestres y, hace décadas, impulsaron la construcción y restauración de arroyos y vías fluviales, destruyendo calles. *The Dock of the Bay* [El muelle de la Bahía] es el periódico regional más grande. Cubre el área metropolitana de la Bahía tres veces por semana. Suelen ser moderados, con muchas noticias básicas sobre lo que sucede en varios vecindarios, los mejores reportajes sobre las reuniones de los Consejos comunitarios y una gran sección de opinión con muchos debates en curso. *¿Por qué Rojo [Red]?* todavía se llama principalmente "*Wired*" [Cableado], ya que siempre ha estado abiertamente a favor del uso de la tecnología en lugar del trabajo humano. Tiene sus raíces en el período prerrevolucionario, cuando era la voz de la abolición de la Economía, viéndola como el mayor impedimento para el pleno desarrollo del potencial tecnológico de la humanidad. Fueron los primeros entusiastas de "la vid", antes de que fuera universalmente adoptada.

¿Por qué Rojo? ¿Se supone que también debe tomarse como un nombre poseconómico?

“Sí, sí, supongo que ese es el chiste. En fin, aquí estamos. Pero para terminar”, y se detuvo antes de entrar en la elegante fachada curva de madera de Gwen, “Hay más de cien periódicos de barrio por toda el Área de la Bahía, al menos veinte en San Francisco. Y también hay una docena de revistas. Mi favorita es *The Free Radical* [El radical libre]*,* una publicación mensual que ofrece análisis general, noticias de todo el mundo, opiniones y debates, artículos extensos, ese tipo de cosas. ¡Excelente fotografía! El editor es uno de los oradores de esta noche, Cameron Floyd.

Antes de dedicarme a la política, era periodista deportiva. Al principio cubría las ligas femeninas de fútbol y baloncesto, pero con el tiempo empecé a seguir a los Seals y, durante un tiempo, escribí una columna. Sigo los deportes con bastante atención, pero no en *The Call.* Leo *Sporting Games* para los deportes locales. A veces echo un vistazo a *Green Gardener,* una revista que se centra en la jardinería en los microclimas del Área de la Bahía y en la política de los Garden Party, con informes de las filiales de toda la zona, además de lo más destacado de Norteamérica y, por lo general, un breve artículo sobre acontecimientos en otras partes del mundo.

¡Guau! Sabes lo que haces. ¡Gracias!

Un placer. Como Investigador Público, puedes rastrear muchas cosas y encontrar lo que buscas si sabes qué leer.

Eric asintió. Atravesaron una enorme puerta de madera con paneles tallados con gran profusión. Cada panel tenía un cristal de diferente color, vibrante y centelleante, como si fuera una cara demente y parpadeante. Anita conocía la mesa que había reservado y saludó al anfitrión con familiaridad, quien les indicó que pasaran.

Eric la siguió hasta una ventana con vistas a la luz dorada del atardecer en Mission Bay. Ya había otras tres personas sentadas. Cerca de la ventana estaba sentado un hombre corpulento, sus papadas se movían con una risa jovial mientras llegaban. "Este es Jeremy Epstein", dijo Anita. Las dos mujeres se levantaron para saludarlos, besando a Anita simultáneamente en cada mejilla, provocando una risa alegre de ella. "¡Y estas son Grace Ullmer y Esther Smith, mis amigas más antiguas, antiguas compañeras de equipo!" Eric las saludó por turnos, primero Grace, una mujer muy alta y delgada con rasgos de pájaro, su cabello negro recogido en un pequeño moño, un elegante suéter negro colgando libremente sobre su torso huesudo. Luego Esther, el polo opuesto de Grace, baja, gruesa, musculosa, de buena apariencia angelical debajo de un cabello rubio ondulado.

¡Qué gusto conoceros! ¿Así que también jugábais al fútbol?

¡No! No, éramos compañeras de baloncesto. ¿No te contó de nuestra temporada de campeonas? —Grace se inclinó hacia delante, con expresión agresiva, con los ojos brillantes

y una sonrisa forzada en la boca, una vieja irritación reavivada. Miró a Anita con enojo—. Supongo que le contaste de tu carrera futbolística.

Anita bajó la mirada y asintió. "¡Pero yo también estaba empezando a jugar al baloncesto, simplemente aún no teníamos oportunidad!", protestó.

—¡Vamos, no vuelvan a empezar con eso! —se rió Esther. ¿Qué van a beber?

Todos optaron por un vino blanco muy seco, excepto Jeremy, que ya estaba bebiendo la mitad de su primera pinta de cerveza Angkor Steam.

Eric optó por salmón coho fresco, al igual que Grace, mientras que Esther optó por calamares fritos, Jeremy decidió pedir un plato de pargo mexicano y Anita eligió el *marisco especial del día.*

Las mujeres pronto desaparecieron en una feroz discusión sobre la próxima temporada de baloncesto, pero Jeremy y Eric comenzaron a conversar sobre el debate.

“¿Sabes quiénes son los oradores que vamos a escuchar?”, preguntó Eric.

Claro, he estado siguiendo esto desde que estalló el año pasado. Estuvo a fuego lento hasta finales del verano, pero ahora todos se preparan para una gran pelea. El Garden

Party está movilizando a sus miembros y probablemente habrá mucha gente entre el público esta noche. Floyd, ¿Conoces a Floyd?

Eric negó con la cabeza.

Cameron Floyd edita *The Free Radical.* Es un escritor y editor extravagante, descendiente de una larga familia de agitadores revolucionarios. Estuvo casado con Rosalind Rogers, la actual presidenta del Garden Party. Jeremy apuró su cerveza. Se divorciaron hace años, pero políticamente siguen unidos. Supongo que argumentará desde una perspectiva similar a la del Garden Party.

"¿Qué es qué?"

Llegó el vino y las ensaladas. Jeremy tomó rápidamente otro trago largo de cerveza y luego un buen bocado de ensalada antes de responder. "Mmmf", empezó a gesticular con el tenedor mientras murmuraba con la boca llena. "Puedes conseguir una copia del Party Man Ifesto casi en cualquier sitio... parece que dondequiera que voy, alguien las está repartiendo".

Eric se sorprendió, porque en sus casi tres meses en la ciudad, no había visto a nadie hacer eso.

"En fin", Jeremy preparó otro bocado de lechugas tiernas remojadas en vinagreta de ajo y balsámico, "Floyd estará en contra de una mayor intervención tecnológica, de asignar

más recursos a la propuesta de MacMillan, de la expansión del trabajo y los proyectos. Argumenta que todos deberíamos bajar el ritmo y tomárnoslo con más calma...". Tras engullir rápidamente parte de su siguiente bocado, soltó: "O algo así".

“¿Y qué pasa con MacMillan?”

Samuel MacMillan es un maestro inventor. Lo vi hace poco en el rincón de los púlpitos del Civic Green. Estaba exponiendo algunas de sus ideas y era bastante persuasivo. Sin embargo, está desafiando muchos principios históricos.

“A decir verdad, apenas estoy aprendiendo sobre todo esto”.

“Este debate es sobre la propuesta de MacMillan de dar voz a los delfines. Pero el conflicto se remonta al siglo XXI, la Mortandad y la Revolución. Ya conoces la historia básica: innumerables laboratorios renegados realizaron experimentos en ese entonces, y se habían cultivado todo tipo de híbridos extraños y monstruos genéticos. En la Era del Dinero, cualquiera con una cantidad modesta de dinero podía comprar un laboratorio funcional y comenzar a mezclar y combinar. Miles lo hicieron, pensando que era una nueva Fiebre del Oro. Eso desencadenó una era horrible de competencia frankensteiniana para ver quién podía crear las criaturas más extrañas o comercializables. Mascotas parlantes, ganado que se auto—pastoreaba (que pronto

salió de sus hábitats), botánicos sensibles que reclamaban conciencia universal y derechos "humanos" para el mundo vegetal, líneas celulares humanas fotosintetizadoras. Hubo una proliferación insana de dilemas éticos". Las mujeres se detuvieron a escuchar la sesión informativa de Jeremy. Llegaron sus cenas, y después de unos minutos de tintineo de cubiertos y cena intensa, Jeremy continuó.

La pandemia de 2074 mató a tres mil quinientos millones de personas en todo el planeta en tan solo dos meses, salvando a los fumetas y a quienes nunca fueron afectados por el virus. Cuando la gente supo que la causa era un virus manipulado, creado en un laboratorio rural de Texas, los supervivientes cerraron violentamente los laboratorios de investigación dondequiera que los encontraran. Agricultores con horcas atacando remotos puestos científicos... ¡Parecía sacado de Mary Shelley! —dijo entre risas—. La experimentación biológica y nanotecnológica se detuvo medio siglo antes de reanudarse tras el fin de la Era del Dinero con la Revolución.

Ahora los científicos se proclaman artistas, argumentando que la investigación y la experimentación científicas son tan artísticas como cualquier otra actividad humana. Y todos, independientemente del tipo de arte o trabajo que realicen o se propongan realizar, deben reunir los recursos necesarios, recursos sujetos al control popular.

Anita, que había estado inquieta ante la larga explicación de Jeremy, finalmente tomó la iniciativa. «El mejor ejemplo de cómo evolucionó la tecnología en el mundo poseconómico es el Vyne. Al principio parecía una idea descabellada, pero con el tiempo fue reconocido y adoptado. Al fin y al cabo, es una fuente de energía limpia casi ilimitada y un sistema de comunicaciones global. Pero el Vyne no tiene conciencia de sí mismo, ni boca ni cuerdas vocales. Mezclar atributos físicos humanos con otras especies está prohibido para casi todo el mundo, y también está prohibido dotar a los humanos de características de otras especies».

Esther había terminado sus calamares y le llegó el turno. «Ahora Sam MacMillan intenta obtener la aprobación formal para hacer precisamente eso. Y está usando los argumentos de los mejores artistas e inventores. Cameron Floyd tiene mucho trabajo por delante».

Anita nuevamente: «Floyd siempre ha defendido a los artistas, su necesidad de libertad creativa sin restricciones, contra la imposición de su compromiso laboral anual, y que se les deben dar los recursos que soliciten. Argumenta que la sociedad solo puede beneficiarse al mantener un cuerpo diverso de talentos creativos en cualquier campo que elijan».

Jeremy intervino de nuevo: “¡Pero esto es diferente!”

—Ése es el debate, ¿no? —sonrió Anita.

* * *

Viajaron en autobús a través de Mission Bay hasta el campus. Se unieron a la multitud que se dirigía al Auditorio Morales y tomaron asiento. En el escenario había tres sillas: Sam MacMillan a la derecha y Cameron Floyd a la izquierda. En la silla del medio estaba sentada una mujer de cabello corto y oscuro con un sencillo traje azul marino.

Anita señaló algunas caras conocidas entre el público: «Esa es Giselle Carrera, la pintora; él es Phillip Benjamin, coeditor de Cameron en *The Free Radical;* ese viejo rubio es Herman Aaronsen, el poeta. Allí está Francesca Panduccino...».

La conocí en la boda de Robin. Es amiga de Kathy y colabora con Bridget, su amiga.

¿Ah, sí? Interesante. Qué suerte... ¿Sabes que es una revolucionaria famosa?

“Sí, pero no sé los detalles”.

Recuérdame que te lo cuente algún día. En fin, su hija mayor es Rosalind Rogers, la presidenta del Garden Party, y fue la esposa de Floyd hace años. Anita observó a un grupo de mujeres que conocía de la Noche de Mujeres en el bar Toro Negro de Valencia, pero no vio motivo para señalárselas a Eric. "¡Ah, ahí está la mismísima Rosalind

Rogers!", dijo en la primera fila, rodeada de militantes del Garden Party, todas con guirnaldas y ramos de flores intensamente fragantes. El aroma llenaba el auditorio como una sutil presión política.

* * *

“Por favor, presten atención”. La mujer en el medio habló a través de una especie de sistema de amplificación invisible y el público rápidamente se quedó en silencio.

Soy Phyllis Fortney, la moderadora de esta noche. Enseño horticultura experimental aquí en la UCSF. Esta noche tendremos un debate entre Cameron Floyd y Sam MacMillan sobre la adición de características humanas a otras especies. En concreto, MacMillan propone criar un pequeño grupo de delfines experimentales con cuerdas vocales y lenguas humanas.

Muchos en el auditorio movieron la cabeza en señal de desaprobación.

Sam MacMillan era un personaje poderoso. Alto, rubio, radiante y seguro de sí mismo, su larga y brillante cabellera ondeaba libremente. «Sam MacMillan irá primero, con una declaración preparada que no excederá los 15 minutos».

El público aplaudió cortésmente.

“Gracias, Phyllis”, exclamó MacMillan con voz profunda y meliflua. “Propongo crear la capacidad de hablar con nuestros amigos de la bahía, los delfines; o, más precisamente, darles la capacidad de hablar con nosotros. Décadas de trabajo con el lenguaje de señas e intentos de descifrar su lenguaje no han logrado el avance que estoy convencido de que se puede lograr con este experimento”.

La multitud murmuraba inquieta y la desaprobación se esparcía por el suelo.

Sé que muchos de ustedes se oponen a este tipo de investigación por principio. Comparto sus preocupaciones. A mí también me preocupa este tipo de trabajo.

Grace Ullmer se removió nerviosa, ya opuesta a la propuesta, y luchando contra el impulso de interrumpir el discurso fluido de MacMillan. Ya tenía dos puntos que plantear y esperaba que Cameron Floyd reaccionara rápidamente. "¡Dios mío, qué arrogancia!", murmuró enfadada. Los que estaban detrás la callaron unánimemente.

MacMillan continuó: «...La pasión del científico es una fuerza social, como todos sabemos. Pero verla solo como algo malévolo, como algo que la sociedad debe bloquear, controlar y restringir, es un terrible error. ¡La verdadera esencia de la pasión del científico no es diferente a la de un artista!»

Los murmullos resonaron por la sala, y varias personas gritaron: "¡Vamos!", "¡Es ridículo!", "¡Los artistas no matan a 3 mil millones de personas!".

MacMillan levantó las manos: «Por favor, permítanme terminar. Estamos en una nueva era. Los científicos ya no realizan investigaciones secretas y lucrativas. No se trata de lucro ni de fama personal. Estamos comprometidos, como todos, con la mejora de la vida de todos».

Se oyeron silbidos y abucheos. MacMillan continuó con tenacidad: «Además, mi mera presencia aquí evidencia un sistema social radicalmente diferente en el que se desarrollará este trabajo, con su aprobación».

Los delfines son nuestros aliados naturales. Son nuestra mejor esperanza para comprender y reparar el daño que hemos causado a los océanos. Incluso podrían ayudarnos a anticipar nuevos cambios en el nivel del mar, que solo se ha estabilizado en los últimos 50 años. ¡No olvidemos las catástrofes del siglo XXI! —dijo, moviendo el dedo con pedantería.

Eric se inclinó hacia Anita. "¿Qué les pasa a estos? No le están dando muchas oportunidades, ¿verdad?"

Anita susurró: «Sí, me sorprende. Parece que ha caído en una trampa».

Sam MacMillan se estaba enfadando. Rara vez se había topado con tantos insultos y hostilidad. En la primera fila, Rosalind Rogers estaba sentada con una sonrisa de satisfacción. MacMillan, no tan astuto políticamente como se había imaginado, se dio cuenta de repente de que el público estaba lleno de incondicionales del Garden Party. Sabía que no había manera de conseguir su apoyo, así que dejó de intentar ser diplomático y se limitó a ir al grano.

Nuestro trabajo, mejor dicho, *nuestro arte,* es un *disolvente* que diluye los límites rígidos de nuestras vidas y abre nuevas posibilidades en la propia estructura de nuestro mundo material. ¡Podemos aportar la sabiduría y la creatividad humanas acumuladas durante siglos al proceso mismo de la evolución! ¡No actuamos a ciegas ni con arrogancia! ¡Nuestra misión es descubrir en la creación lo nuevo, lo desconocido, lo *inimaginable!* ¡Dennos los recursos, dennos su apoyo, y expandiremos la familia de la vida en la Tierra, iniciaremos el diálogo con nuestros hermanos oceánicos, abriremos una nueva dimensión en el arte de la vida!

“¡Gracias!” y MacMillan se sentó.

Una pequeña parte del público estalló en vítores y aplausos entusiastas. Muchos guardaron silencio y algunos abuchearon en voz baja.

Eric sintió escalofríos en la espalda. Las palabras de MacMillan habían sido lo suficientemente contundentes, pero la energía del público lo azotaba. Se estremeció. Las emociones se arremolinaban en la sala, la ira y el júbilo desafiante chocando entre sí.

Phyllis Fortney habló de nuevo. «Gracias, Sam MacMillan. En representación de la oposición está Cameron Floyd, ¡quien creo que no necesita presentación!».

La gente aplaudió cuando Floyd se levantó para hablar. Se apartó el cabello castaño despeinado de los ojos. Llevaba un cárdigan verde sobre pantalones de pana marrones, con el aspecto de un académico de mediana edad, aunque no lo era. El cabello blanco salpicaba sus patillas y convertía su barba en una máscara de canas. Miró a Rosalind, le guiñó un ojo y le sonrió. Ella le devolvió el gesto con los suyos, levantando los pulgares.

“Amigos míos”, comenzó Floyd, sintiendo que el apoyo maduraba, esperando a recoger sus frutos. “El Sr. MacMillan ha dado un mensaje contundente. Me sentí influenciado por su convicción y elocuencia”. Se giró y asintió a MacMillan, quien cruzó las piernas y esperó a que terminaran las palabras amables.

“A decir verdad, ¡a mí no me importaría hablar con delfines!” Todos rieron con él.

Pero mi estimado colega ha invocado una nueva frontera. No es una nueva frontera. Es la misma frontera que nos ha llevado por mal camino tantas veces en la historia de la humanidad. Su pasión científica no conduce a un embellecimiento sutil del mundo que ya habitamos, ¡ni mucho menos! Su pasión busca algo desconocido, más allá de nosotros. Este lugar de logros inconmensurables sirve como la zanahoria mítica, impulsándonos a experimentar, a violar las barreras vitales entre las especies, a imponer nuestros rasgos humanos a una especie que no los ha solicitado.

La ironía de la frase de Floyd provocó risas. Tuvo que detenerse y sonreír.

Mmm, sí, ¿cómo lo *pedirían,* de todos modos? Bueno, ese es uno de los principales problemas de toda esta propuesta. En esencia, huele a la arrogancia que casi destruyó a la humanidad hace un siglo. Claro, se puede decir que este experimento está controlado y es medible. No implica agentes virales ni bacteriológicos. Es cierto. Pero la suposición de que nos corresponde a nosotros abrogar la integridad de las especies existentes es precisamente el problema. Va mucho más allá de los detalles de este experimento en particular.

Anita estaba disfrutando esto. MacMillan era bueno, pero Floyd también. Los cuadros del Garden Party estaban desplegados por todo el auditorio. A Anita le molestaban sus

reacciones uniformes, casi como si les hubieran enseñado cómo reaccionar. (De hecho, el Garden Party había preparado a sus miembros para esto durante las últimas dos semanas, circulando documentos de posición y beneficiándose de la estrecha colaboración de Rosalind Rogers y Cameron Floyd. Rogers había ayudado a Floyd a enmarcar sus argumentos y, por supuesto, ella era una de las principales ideólogas del Partido). El Garden Party solía tener razón en la mayoría de las cosas, pero últimamente Anita lo había visto desde otra perspectiva. Le preocupaba la creciente intolerancia del Garden Party hacia las opiniones de otras personas y lo que sospechaba que era una creciente corrupción. Cuanto más pensaba en ello, más podía ver un comportamiento sectario donde nunca lo había visto antes.

Floyd seguía hablando. «Como saben, apoyo el desarrollo de nuevas tecnologías, pero solo aquellas que excluyen estrictamente la consciencia o la comunicación. Así, los biobarcos, la "Enredadera", los biovatores, los conchífonos, los velocípedos, los biotechos, etc., son magníficos ejemplos de creatividad científica al servicio de la humanidad y el arte. Artículos domésticos como aspiradoras, alfombras, ventanas, biobombillas, junto con alimentos híbridos, han mejorado nuestras vidas enormemente. Los avances en la fotosíntesis y la transmisión eléctrica de bajo voltaje que trajo la "Enredadera" han reducido radicalmente nuestro impacto en la ecología planetaria».

Rosalind Rogers estaba entusiasmada. Había trabajado duro con Floyd para argumentar correctamente. Temía que MacMillan pudiera obtener la aprobación para su experimento. Sus amigos y colegas habían acudido en masa y estaban contribuyendo a la respuesta del público. El debate se transmitiría por Vyne, por lo que conseguir audiencia...

La respuesta de todos era algo a lo que también había dedicado mucha reflexión y planificación. Floyd estaba terminando: «Los planes de MacMillan amenazan con disolver los límites necesarios entre mejorar la vida humana y cambiar peligrosamente la red de la vida. Mantengámonos alejados de la rueda de la agitación y la incertidumbre que prometen estos planes. Las fronteras inexploradas de la sociabilidad humana son tan numerosas y sin explotar como cualquier frontera científica o biológica. ¡Arriésguense con los límites que nos imponemos, arriésguense con el corazón! ¡Gracias!».

Cuando Floyd se sentó, el público vitoreó con entusiasmo, aunque también se oyeron silbidos de desaprobación. Un buen número de personas, muchas con batas blancas, se levantaron y se marcharon bruscamente, molestas por los incondicionales del Garden Party. Una pequeña pelea estalló al otro lado del pasillo cuando un asistente le arrebató un ramo a uno del Garden, lo tiró al suelo y lo pisoteó. Pero los separaron rápidamente, y no pasó nada más allá de algunos gestos acalorados y miradas sombrías.

Eric, Anita y los demás se levantaron mientras el moderador agradecía a la asamblea y animaba a todos los presentes y a los que seguían el debate por Vyne a contribuir con sus opiniones, que serían recogidas para avanzar en el debate.

—Entonces, ¿qué te pareció? —preguntó Anita a Eric primero.

“Uuhhh, bueno... Fue interesante”.

Jeremy exclamó: "¡Creí que me iba a morir ahí dentro! Las flores eran tan intensas... ¡Apuesto a que MacMillan se preguntó qué estaba pasando!"

Subieron a una lanzadera, abriéndose paso entre una densa multitud, animada por el debate. Grace los llevó a un rincón y, una vez que la lanzadera estaba en marcha, declaró: «Obviamente, Floyd ganó. O sea, MacMillan expuso su argumento y Floyd lo desmontó. ¡No entiendo cómo alguien podría seguir apoyando la propuesta!».

Esther se cruzó de brazos y negó con la cabeza. «No me escuchabas, ¿verdad? MacMillan usó los argumentos de Floyd sobre la libertad y la creatividad individual. ¿Cómo puedes decir que Floyd ganó? Pensé que fue un empate, o tal vez MacMillan salió ligeramente ganando».

Grace miró a Anita y a los hombres con una mirada de confianza. "¿Y bien? Sé que Esther no estará de acuerdo conmigo, pero ¿y ustedes?"

Eric se sintió completamente influenciado por ambos discursos. "Voy a estar de acuerdo con Esther. Fue un empate". Se sentía un cobarde.

Anita se inclinó hacia adelante sonriendo. Miró de reojo a Eric y luego a Jeremy. "¿Pero qué opinas? Si tuvieras que elegir ahora mismo, ¿apoyarías la propuesta?"

Eric miró a Jeremy. Tembló alegremente, riendo al responder: «Anita, mi amor, ¡eres tan exigente! Yo votaría que sí... porque estoy de acuerdo en que necesitamos relajarnos y seguir adelante con nuevos experimentos. Y si lo hacemos con calma, aún podemos dar marcha atrás si parece que va mal. ¿Unos delfines con bocas grandes? ¡Yo digo que sí!»

“Imagínense cómo los delfines parlantes cambiarán la escena de los clubes submarinos”, dijo Esther con sarcasmo.

Anita se recostó, cruzándose de brazos. "Me alegra que no tengamos que tomar una decisión todavía. Estoy de acuerdo con Eric, fue un empate. Hay argumentos sólidos de ambas partes".

Eric sonrió aliviado. Atracaron en Crossroads y regresaron a casa de Gwen para tomar una copa. Tras una hora sin

resultados, bebiendo y discutiendo, se separaron para volver a casa.

Era una noche muy oscura, iluminada por el resplandor naranja verdoso de las farolas que atravesaban la niebla. También hacía mucho frío, pues el final de septiembre traía consigo un cambio de tiempo. Subieron despacio por la calle 7 en el tándem, evitando a los peatones y el tráfico que cruzaban por el camino.

"¿Qué opinas de Kathy?" preguntó Eric.

Hasta ahora me cae muy bien. Aprecio su tenacidad.

Sí, yo también. Además, en la boda de Robin, pude pasar tiempo con ella. Es tan religiosamente fóbica como yo.

¿En serio? Me lo estaba preguntando.

"¿Tú?"

Mi madre era budista y mi padre, un vago cristiano verde, pero nada muy fuerte. Así que terminé sin mucho... pero tampoco me molesta.

“¡Odio la religión y los rituales!”

Frenó en seco en Abundancia y la Séptima. Le sonrió cuando se bajó de la bici. "¡Me aseguraré de no invitarte a la iglesia!", rió.

Sonrió débilmente, deseando encontrar una forma elegante de prolongar la velada. "Me lo pasé genial. Gracias por llevarme".

Ella lo abrazó con cariño. Al separarse, se inclinó y le dio un beso enorme. Sonrió, volvió a subirse a la parte delantera del tándem y aceleró hacia el norte, saludando por encima del hombro.

Se quedó parado en la esquina, sonriendo como un idiota. Apareció un tranvía Oak de la línea O y corrió a cogerlo. Dejándose caer cansado en un asiento, pensó con alegría en su nueva amistad con Anita y en la interesante velada. Tras un rápido y tranquilo viaje a casa, caminó una manzana hasta las Caballerizas y no fue hasta que llegó al patio trasero que recordó a Emmy y todo el dolor que había pasado ese mismo día.

¡Chíngale! ¡Qué día!

Capítulo XL

Swin despertó con fuertes golpes. Gimió y se dio la vuelta, sin saber dónde estaba. Al cabo de un momento, recordó que el cuerpo cálido a su lado era Rita y que estaba en la Pirámide.

Los golpes en la puerta eran insistentes. Rita se puso una bata ondulante y cruzó la habitación mientras los golpes continuaban sin parar. "¡Mierda, solo son las 8:15! ¿Quién llamaría tan temprano?". Abrió la puerta.

Una atractiva mujer asiática de mediana edad estaba allí, vestida de negro, con aspecto frenético. "Hola". Estaba confundida. "Busco a Nwin Robertson. ¿Está aquí?"

"¿Quién eres?"

"Soy su madre, Jennifer Robertson", y con naturalidad le dio una palmada en la mano a Rita, siguiendo con torpeza los movimientos.

Rita gritó desde la puerta: “¡Nwin, es tu madre!”

Al oír su voz, ya se estaba vistiendo. "¡Mierda!" *¿Cómo me encontró aquí?,* pensó frenéticamente.

Jennifer entró en el sencillo y cómodo apartamento. Rita fue al baño.

Jennifer observó a Rita cruzar la habitación, una chica muy bonita que inmediatamente supuso que tenía un padre negro y otro asiático, como Nwin.

Cuando Nwin salió, Jennifer corrió hacia él y lo abrazó. "Nwin, ¿por qué no has venido a casa o al menos no has llamado?"

Se quedó allí hoscamente, incapaz de hablar después de un "hola" inconexo. Su madre se aferró a él y luego comenzó a temblar y a sollozar.

—Nwin, Nwin —dijo entre lágrimas—. ¿Tú provocaste el incendio? Dicen que fuiste tú.

Suspiró profundamente y se encogió de hombros, alejándose de su madre, que seguía sollozando e intentaba abrazarlo. "¡No hice nada!", declaró.

¿Por qué creen que eres tú?

"No sé."

“Me dijeron que admitiste haber estado allí cuando comenzó el incendio”.

¡Menuda mentira! Dije que lo vi empezar; estaba en la bahía esa mañana. Se lo conté a una amiga, y supongo que ella... No lo hice.

Jennifer lo miró con el rostro bañado en lágrimas, con los ojos abiertos y llenos de miedo. "¡Tienes que decirles que no lo hiciste!"

¿Qué sentido tiene? Ya decidieron que soy yo. No veo qué beneficio tendrá.

—¡Nwin! —Jennifer se recompuso con toda su fuerza maternal. En ese momento, la puerta del baño se abrió y Rita salió—. Los dejo solos, denme un segundo mientras me visto. —Nwin quería que Rita lo salvara de su madre, pero ella oyó la conversación desde el baño y se apresuró a salir del apartamento. Desapareció en el dormitorio y cerró la puerta.

“Nwin, tienes que declarar. Si no lo haces, ¡es como reconocer tu culpa!” Jennifer llevaba muchos años en la política municipal. Sabía que se podían refutar incluso las peores acusaciones, pero había que defenderse. Ignorar el

proceso era la peor estrategia. Además, ¿cómo se lo explicaría al resto de su familia? ¿Y ni hablar de sus vecinos y sus compañeros concejales del Ayuntamiento de Bernal Heights? La vergüenza la invadió, encendiendo su ira hacia su hijo. “¡No puedo creerlo! Tú no hiciste esto, ¿verdad?”

—¡¡TE DIJE QUE NO!! —gritó. Se acercó a una silla y se sentó, poniendo la cabeza entre las manos. —¿Están todos en mi contra? —preguntó sin referirse a nadie.

Rita reapareció y cruzó la habitación apresuradamente. "Estaré en el comedor a las 12, ¿de acuerdo?", le dijo a Nwin, quien asintió distraídamente, observando su figura curvilínea balancearse al entrar por la puerta. "Un placer conocerte, Jennifer", dijo con tono neutral antes de que la puerta se cerrara.

Jennifer había llegado al límite de su paciencia. La rabia se apoderó de su pena y vergüenza. "¡No sé qué te pasa! Ya estoy harta. Ven conmigo, ¡AHORA MISMO! ¡Vamos a ir a Investigación Pública y vas a dar una buena impresión! ¿Entiendes?". Su voz no dejaba lugar a dudas sobre su autoridad.

Nwin estaba asustado. Había logrado evitar a su madre durante mucho tiempo, pero allí estaba ella, con las fosas nasales dilatadas y las manos en las caderas, exigiendo su obediencia.

"Está bien", murmuró. "Terminemos con esto de una vez". Se levantó, humillado y derrotado, con la cabeza gacha. Tendría que pasar por esto. No iba a admitir nada, eso seguro.

Bien. Me alegra que por fin vayas a ocuparte de esto. No puedo creer que no lo hayas hecho ya. Los investigadores me han contactado al menos cinco veces. Sin mencionar a tu primo Jimmy, a tu tía, y quién sabe quién más. Toda la familia está indignada.

—Está bien, está bien —levantó las manos con resignación—. Vámonos... —¿Y Rita? ¿No quieres decirle adónde vamos?

—Le dejaré una nota. —Buscó un bolígrafo y un bloc en un cajón—. ¿Cómo me encontraste aquí?

Johnny Templer me contactó. Dijo que te vio aquí ayer. Estaba muy preocupado. No sabía que te encontraría aquí. Pero miré por los muelles y encontré el *Hot 1* estacionado en el espacio para este apartamento, así que pensé en llamar. ¡Y estabas aquí, menos mal!

Nwin garabateó una breve nota: «Voy con mi madre unas horas. Vuelvo luego, Nwin». No tenía sentido decirle nada más a estas alturas. Quién sabe qué estaría pensando después de esta escena con su madre.

* * *

Stella Brooks llegó temprano esa mañana. No había dormido bien. Uno de sus cinco gatos estaba enfermo y tenía que levantarse cada cuatro horas para medicarlo. Llevaba despierta desde las 6:30.

Ya eran más de las nueve y había pasado una hora leyendo informes y memorandos de varios empleados. El relato de Anita desde la Biblioteca, el informe de Eric sobre su visita al Tazón de arroz, las notas de Kathy sobre los movimientos de Robertson el día anterior, incluyendo una nota adjunta que decía que había recuperado su bolso del Tazón de arroz después de que Eric llegara a las 4 p.m. El memorando de Kathy también describía un accidente de bicicleta que Robertson había sufrido y la doctora que lo había atendido, Laurie Sung. Leyó que la Dra. Sung era hermana de la doctora que vivía en casa de Eric, la misma que les había dicho que Robertson había estado en el hospital oliendo a gasolina la mañana del incendio.

—¡Qué pequeño es el mundo! —Stella negó con la cabeza ante la curiosa coincidencia. Dio un sorbo a una taza grande de té y reflexionó sobre los detalles de la historia, delineando mentalmente cómo debía escribirla. El repiqueteo de las campanas del tranvía y las voces fuertes estallaron afuera, así que fue a ver qué era el alboroto. Había gente de pie haciendo gestos a media cuadra de distancia junto a un tranvía parado, pero Stella no podía ver mucho. Empezó a alejarse de la ventana cuando por el rabillo del ojo vio a una

pareja caminando hacia su edificio: una mujer bajita vestida de negro seguida de un joven negro alto.

Se asomó a la ventana y miró hacia abajo. Sin duda parecía Robertson, pero nunca lo había visto en persona. Parecía improbable que apareciera de repente en sus oficinas. La pareja desapareció por la puerta principal, y ella regresó a su escritorio.

Dos minutos después, levantó la vista y vio a la mujer y al chico, tal como podía ver que eran ahora, caminando lentamente frente a su puerta.

—¿Hola? ¿Puedo ayudarles? —gritó Stella.

La mujer se giró, se quitó las gafas oscuras y se echó el pelo hacia atrás con una mano. "¿Sí? Sí, por favor. Busco...", y rebuscó algo en su bolso. Sacó un trozo de papel: "¿Kathy Fairly? ¿O Robin Davis?".

Todavía no han llegado. ¿Puedo ayudarles? Stella rodeaba su escritorio hacia la puerta. «Soy Stella Brooks», y extendió la mano para palmear.

Soy Jennifer Robertson y este es mi hijo Nwin. Nos han pedido que vengamos a hacer una declaración.

—¡Sí, claro! Pase, por favor. Puedo ayudarle, estoy trabajando en ese informe. —Miró a Nwin con gran interés. Así que ahí estaba su chico, obviamente arrastrado por su

madre. ¡Menuda sorpresa! Era un tipo corpulento, de más de un metro ochenta, mucho más alto que su madre, pero sin duda ella también era poderosa. El chico parecía hosco e intimidado.

Gracias por venir. Estamos ansiosos por escuchar su versión de la historia, Sr. Robertson.

"Llámalo Nwin", dijo su madre, quien parecía lista para realizar la entrevista ella misma. "¿Tienes alguna prueba que podamos revisar antes de declarar?"

Stella arqueó las cejas mientras hojeaba los papeles que tenía delante. «Bueno, hay pruebas físicas relacionadas con este caso. Y varios informes, en conjunto, presentan un sólido caso circunstancial contra su hijo, Sra. Robertson. Aquí tiene algunas declaraciones juradas relevantes que puede revisar. Conseguiré las pruebas físicas mientras usted las revisa». Les extendió una carpeta a los Robertson. Respiró hondo, jadeando levemente, y se dio cuenta de que se le estaban cerrando los pulmones ante la importante entrevista que estaba a punto de administrar. Salió de la habitación y se dirigió a la sala de pruebas del piso de arriba.

Jennifer abrió la carpeta. Hojeando las páginas, rápidamente determinó que la mayoría de las declaraciones juradas eran descripciones del incendio y luego descripciones del hallazgo de evidencia de incendio provocado en el punto de origen.

Mira, Nwin. Encontraron una especie de bomba incendiaria en un almacén sumergido cerca del lugar donde se originó el incendio.

Él tomó el papel y lo examinó rápidamente, sin reconocer nada de su propia experiencia en el seco relato de la ruina ennegrecida de la que el investigador había sacado un cubo de plástico blanco.

Jennifer siguió examinando el expediente. También se incluían noticias sobre el progreso del incendio, así como relatos del cuerpo de bomberos voluntarios, con una lista de las lesiones sufridas durante la larga mañana de lucha contra el fuego.

Oye, mira. Aquí está tu informe médico del Hospital General. Dice que olías mucho a gasolina cuando te trajeron. ¿Es cierto? Cuando llegué ya te habían lavado. —Se giró para mirar detenidamente a su hijo—. ¿Por qué se inventaría algo así el médico?

Él no la miró mientras negaba con la cabeza, mirando al suelo. Murmuró una negación: "¡No sé de qué están hablando!".

Jennifer se preocupó y volvió a los papeles que tenía delante. Siguió hojeando varios informes de investigadores, revisando distribuidores de gasolina y remanentes. "Ah, aquí

hay otro... ¡¿Nwin?! ¿Qué es esto? Un lugar en Tailor, uno de esos remanentes, dice que conseguiste gasolina de ellos".

Caminó hacia la ventana. Se imaginó gateando por el alféizar y escapando. Pero no había una forma clara de sujetarse. Se giró, ignorando las preguntas implorantes de su madre, y miró hacia la puerta, pensando que podría salir corriendo.

—¡Nwin! —La voz de su madre sonaba cada vez más nerviosa—. La bibliotecaria dijo que fuiste tú quien copió las instrucciones para encender fuego con bombas incendiarias. ¡Nwin! ¿¡Es cierto!?

Tenía que escapar. Se dirigió hacia la puerta, como si una fuerza irresistible lo atrajera. Se vio caminar hacia la puerta, oyendo a su madre a lo lejos, llamándolo con urgencia, gritando. Ella se levantó cuando él se acercaba a la puerta; ya casi estaba allí, solo un poco más lejos, y...

Un carrito grande llenaba la puerta, empujado por la investigadora gorda. Se detuvo bruscamente. Brooks dejó de empujar el carrito justo antes de chocar con él. ¡Pero ella estaba bloqueando la puerta! ¡*MIERDA! ¡MIERDA! ¡MIERDA!* Miró a izquierda y derecha, pero no encontró otras puertas. Las ventanas abiertas estaban demasiado altas. ¡*ATRAPADO!* Su madre lo agarró de la muñeca y lo arrastró hasta su asiento.

* * *

—Señor Roberts... ¿Nwin? ¿Adónde vas? —preguntó Stella desde detrás del carro.

Su mirada se movía de un lado a otro, presa del pánico, sin saber adónde ir. Su madre se abalanzaba sobre él. De repente, se desplomó, con los hombros hundidos, y su madre lo tomó de la muñeca y lo condujo, tambaleándose de vuelta a su asiento. Stella observó a la madre furiosa y al hijo hosco.

"¿Les traigo algo para tomar? ¿Algo para comer?", preguntó con solicitud.

—No, gracias. —El rostro de Jennifer Robertson se contorsionó de rabia y miedo.

“Aquí está la evidencia física que hemos recopilado”, dijo Stella mientras empujaba la camilla junto a la mesa. Levantó el primer objeto: las instrucciones del Frente de Liberación de la Tierra descubiertas en el Taller Comunitario Shotwell. Se las entregó a los Robertson. “Este es el documento que encontramos que corresponde a la declaración jurada de ese bibliotecario”, señaló la carpeta. “Y sabemos que Jimmy Van es primo de Nwin y coordinador del Taller Shotwell, así que hay una explicación plausible de que Nwin haya estado allí, aunque nadie afirma haberlo visto usando el taller eléctrico”.

"Y luego está esto", gimió mientras levantaba el cubo de plástico del estante inferior. "Como pueden ver, todavía tiene el sistema de encendido", señaló la bengala empapada pegada con cinta adhesiva a la tapa del cubo. La gasolina apestaba la habitación. "Suponemos que esta era una de varias bombas, pero se desprendió de la pared y cayó al agua antes de que pudiera encenderse. La tapa también se quedó puesta, así que la gasolina sigue ahí".

Jennifer se sintió impotente ante la creciente evidencia. Sabía que Nwin siempre había jugado con fuego. Sumado a las pruebas circunstanciales, estaba perdiendo la confianza en su inocencia. Pero reprimió esos pensamientos y permaneció en silencio.

El resto de las pruebas dependen de la unión de las piezas. Como el informe médico cuando fue hospitalizado por su lesión de espalda; o el relato de ah... uh... Stella buscó las declaraciones juradas y las hojeó hasta encontrar lo que buscaba: "¡Aquí! Esta historia de Valentina Rogers". Miró a Nwin esperando una reacción, pero él permaneció impasible, con la vista clavada en la mesa. Miró a la madre, que estaba claramente al borde de las lágrimas.

Se sobresaltó al oír el nombre. "¿Valentina? Nwin, ¿no es esa...?"

Él la despidió con un gesto. "La llevé a un crucero por la bahía, pasamos por el lugar del incendio, eso es todo".

—Ejem —Stella se aclaró la garganta con aire ostentoso. Nwin, ¿estás listo para contar tu versión de los hechos?

Él la miró con el ceño fruncido, pero sus ojos desmentían un miedo real. Se retorció en su asiento.

—Nwin, vamos. Tú no lo hiciste, me lo dijiste, así que tienes que declarar.

—Señora Roberston, si Nwin se siente incómodo declarando por su cuenta, tiene la opción de esperar a que un abogado le ayude a preparar su caso. No hay obligación de hablar ahora, aunque debo admitir —sonrió— que tengo muchísima curiosidad por escuchar su versión de los hechos. Volvió a mirar a Nwin.

¡Stella! ¿Qué tenemos aquí? —interrumpió Kathy Fairly. Llevaba sus pantalones cortos holgados como siempre; sus gruesas pantorrillas la llevaron con firmeza a la habitación. Su holgada camisa azul de trabajo ondeaba al mover el aire con la fuerza de su entrada. Stella le informó rápidamente a Kathy de la situación y le presentó a los Robertson.

El Sr. Robertson, Nwin, está a punto de hacer una declaración. O quizás espere a un abogado.

Kathy se sentó en el borde de la mesa, examinando el cubo de plástico, la carpeta abarrotada de declaraciones juradas y trozos de papel. El caso pasó zumbando por su mente,

apareciendo en primer plano con la tan esperada aparición de su principal sospechoso. Se inclinó hacia los Robertson.

He sido investigadora pública durante casi tres décadas. Pocas veces he visto tantas pruebas circunstanciales en un caso como en este. Le recomiendo que se reúna con un Defensor del Pueblo antes de declarar. Pero, por supuesto, si lo prefiere, podemos tomarle declaración ahora. Se recostó en su asiento, observando a Nwin de cerca, mirando de vez en cuando a su madre.

Jennifer le habló en voz baja a su hijo: «Nwin, creo que deberíamos reunirnos con el Defensor».

"¿¡Para qué!?", agitó el brazo, casi golpeándola en la cara. Ella retrocedió y, de repente, toda su fragilidad se desvaneció. Se levantó bruscamente. A Kathy y Stella les dijo con tono firme: "Discúlpennos un momento". Las dos mujeres salieron de la habitación sin demora.

* * *

En el pasillo, Stella y Kathy caminaron una corta distancia desde la puerta hacia la sala de conferencias.

"¿Qué opinas?" preguntó Kathy.

Esto podría ponerse feo. La madre entró furiosa y, después de ver algunas declaraciones juradas, la oí gritarle justo cuando regresaba con el carrito de pruebas. De hecho, estoy

bastante segura de que el chico intentaba huir, pero entré antes de que pudiera.

¿En serio? ¿Crees que sea seguro dejarlos ahí?

“¡Él no va a atacar a su madre, Kathy, sé realista!”

Hay algo raro con este tipo. Parece que no tiene los nervios muy templados, ¿sabes?

"No."

Tú lo has visto más que yo. Parecía paralizado.

Es un adolescente normal. Lo he visto muchas veces: si pillas a un chico portándose mal, lo niega por completo.

¿Podemos esperar a que la madre resuelva esto? Este joven es una amenaza.

“Sí, fue un incendio muy grave el que provocó, y claramente se tomó muchas molestias para hacerlo”.

—¡Noo! ¡Chíngale! —rugió Nwin en la habitación cerrada.

—¡Mierda! ¡Vamos! —Kathy se dirigió directamente a la puerta, abriéndola al mismo tiempo que Nwin la alcanzaba desde el otro lado. Su madre corría tras él, con el rostro bañado en lágrimas por la ira—. Disculpen, ¿está todo bien aquí? —preguntó Kathy con falsa inocencia. Nwin se detuvo de golpe, intimidado por la imponente presencia de Kathy,

aunque la sobrepasara en altura. Ella bloqueó la puerta, y atacar al Detective Público seguía estando fuera de su alcance. La miró con un odio manifiesto. Ella le devolvió la mirada con una calma desconcertante, cruzándose de brazos en la puerta—. ¿Y cómo vamos a proceder? ¿Han tomado una decisión?

La Sra. Robertson estaba de pie justo detrás de su hijo y, una vez más, lo tomó de la muñeca para jalarlo hacia las sillas. Él se soltó el brazo de su agarre y se giró hacia ella. "Mira, no hay nada que pueda hacer, ¿de acuerdo? Me van a acusar de esto. No puedo probar que no lo hice, como tampoco ellos pueden probar que lo hice".

“Nwin”, sollozó su madre, “¿podemos reunirnos con un abogado, por favor? ¿Y al menos ver cuáles son nuestras opciones?”

—Buen consejo, hijo. —Kathy estaba apoyada en el marco de la puerta. Nwin se giró para mirarla.

"¿A quién llamas 'hijo'?" Se quedó allí, flexionando los músculos, apretando y abriendo los puños. Kathy sacó un palillo, se apoyó tranquilamente en la puerta y lo observó, esperando a ver qué haría a continuación. Su madre le rogó que se sentara. De repente, el joven suspiró profundamente y se sentó junto a su madre. Ella le puso la mano en el brazo, pero él la apartó.

“Nos gustaría hacer una cita con el Defensor del Pueblo, por favor”, dijo Jennifer.

—No hay problema —dijo Kathy, tras entrar en la habitación, seguida de Stella. Detrás de Stella, Eric apareció en la puerta—. ¿Interrumpo?

—Eric, hola, para nada. Pasa —lo animó Kathy—. Eric Johanson, te presento a Nwin Robertson y a su madre, Jennifer Robertson.

Eric le dio un saludo a la Sra. Robertson, pero Nwin no hizo contacto visual ni lo saludó, y mucho menos le dio una palmada. Eric bajó la vista, extrañamente impasible ante la presencia del hombre que llevaba semanas buscando. No había ninguna sensación de victoria al mirar a la madre llorosa junto a su hijo adolescente hosco. Se sintió incómodo y se preguntó qué hacer, dirigiéndose automáticamente hacia la puerta. Deseó no haberse metido en esa situación incómoda.

“Vamos a concertar una reunión con un Defensor del Pueblo”, explicó Kathy a todos los presentes en la sala.

En la puerta, Eric dijo: “Estaré en mi oficina si me necesitas” y se fue apresuradamente.

* * *

Nwin planeó los siguientes días. Tenía que escapar de su madre; esa era la primera tarea. *¡Adiós a quedarse con Rita!* Tenía que recoger sus cosas y salir de allí rápido.

Su madre lo agarró del brazo mientras se acercaban a la oficina del Defensor del Pueblo. "Nos reuniremos con el Defensor y concertaremos una cita para volver más tarde, ¿de acuerdo?", dijo. Él no dijo nada. Se concentró en su abrumador deseo de escapar. En la oficina del Defensor entraron y se sentaron. Al cabo de un minuto, un joven de pelo corto y bien afeitado salió de la oficina interior. "¿Son ustedes los Robertson?" Jennifer tomó la palabra, explicando la situación, pero el joven, que se hacía llamar Felton Dangerfield, ya lo sabía todo. Sonrió para tranquilizarla, lo que hizo que Jennifer se sintiera mejor.

Eres inocente hasta que demuestren lo contrario. Me alegra que hayas venido antes de declarar. Es increíblemente fácil decir algo incorrecto, incluso de buena fe y con total inocencia. ¡Ojalá más gente lo entendiera! —Se veía extrañamente optimista y rebosaba confianza—. Te sorprendería lo difícil que es demostrar la culpabilidad con pruebas circunstanciales. Acabo de echar un vistazo a su caso mientras venías para aquí, ¡y creo que puedes ganar esto! —dijo radiante.

“¿Ya lo hiciste?”

El tipo levantó las manos al levantarse del escritorio. «Estamos todos en el mismo edificio, señora Roberston. Este es uno de los casos más importantes que han surgido últimamente, y cuando usted apareció esta mañana, no tardó en correr la voz. Pensé que llegaría antes de que terminara la mañana, ¡et voilá! ¡Aquí está!». Abrió los brazos, como si les diera la bienvenida a su rancho o algo así.

"Señor Dangerf…"

—Felton, por favor, llámame Felton. ¿Puedo llamarte Jennifer? ¿Y Nwin? —preguntó a cada uno por turno. Jennifer asintió con alivio, mientras que Nwin apenas lo reconoció—. Tenemos mucho trabajo que hacer. ¿Quieres empezar?

Iba a decir que creo que tenemos que volver más tarde. Ha sido una mañana difícil.

No hay problema, Jennifer. Lo entiendo. ¿Cuándo quieres empezar? Y, por cierto, no tienes que estar aquí si no quieres, o si prefieres trabajar en esto sin tu madre. Al fin y al cabo, es TU caso.

Eso le llamó la atención. Nwin miró a este hombre extraño y pulcro y se preguntó por qué estaba tan entusiasmado. ¿Qué sacaría de esto? En la pared detrás de Dangerfield estaba el cartel de siempre: «Nadie quiere, así que todos tenemos que hacerlo. Hagan sus anuales», pero «Anuales»

estaba tachado y reemplazado por un «Defensas» garabateado a mano.

“¿Qué es eso?” preguntó.

Dangerfield se giró para ver qué señalaba. "¡Ah, eso! Mi novia me lo regaló cuando terminé mi aprendizaje hace dos años".

Jennifer se sorprendió de que este joven ya hubiera pasado por un aprendizaje de cinco años. "Disculpe, pero si no le molesta que le pregunte, ¿cuántos años tiene?", rió Dangerfield. "¡No es el primero en preguntar, créame! Tengo 37".

"¿Y solo usa los antiedad habituales? ¡Increíble!"

Se pasó la mano por su abundante cabello castaño oscuro. "Supongo que son genes afortunados..." No se molestó en decir que no usaba bloqueadores de edad, aunque había mañanas en que se miraba la cara en el espejo y se preguntaba si debería hacerlo.

Hicieron un plan para empezar la tarde siguiente. Jennifer y Nwin le dieron las gracias a Felton y se dirigieron al Civic Green. Eran más de las once, y la banda del concierto del mediodía estaba preparándose en la concha acústica.

“¿Tienes hambre?” le preguntó su madre.

—No. Mira, me tengo que ir.

"¿Dónde?" Jennifer se preocupó de repente. "¿Por qué no vienes a casa conmigo?"

"Nos vemos aquí mañana. Tengo cosas que hacer".

—Entonces, ¿está bien que esté allí? —preguntó ansiosamente.

"Claro, mamá, no hay problema", hizo una mueca inconscientemente. "No tengo nada que ocultar". Ella sonrió débilmente, intentando tranquilizarse. Él la rodeó con el brazo, lo cual fue sorprendente, y le dio un apretón superficial. "Nos vemos aquí mañana a la una, ¿de acuerdo?", intentando sonar positivo.

—De acuerdo, Nwin. De acuerdo. —Su voz se fue apagando—. ¿Dónde puedo contactarte? ¿En casa de Rita?

"Sí, estaré allí más tarde", dijo por encima del hombro mientras entraba en el Green. Su madre se quedó allí, abrazándose, y lo vio desaparecer, helada a pesar del sol del mediodía.

Capítulo XLI

¡Eric! —La voz de Anita resonó desde el pasillo antes de que entrara—. Eric, ¿podrías hacer esta entrevista con *Dock of the Bay?* Están haciendo un reportaje sobre el caso del incendio provocado.

¿Por qué yo? Creo que debería hacerlo Kathy, o Stella.

“Ambos están ocupados con otros casos”.

¡Yo también estoy en otro caso! Apartó los documentos. Intentaba aprender lo suficiente sobre biofabricación para poder investigar el uso indebido de los recursos del laboratorio. "De acuerdo, lo haré".

Su pirómano, Nwin Robertson, había desaparecido de nuevo. Se saltó su cita del martes con Dangerfield, el enérgico Defensor del Pueblo. Ayer, Stella publicó el Informe

Oficial de los Investigadores Públicos sobre la investigación del incendio de la Montaña de San Bruno en “la viña”, y salió en todos los periódicos matutinos. Los periodistas querían examinar el lado personal de la historia, tanto del acusado como de los investigadores.

"Ojalá estuviera en cualquier otro lugar", se quejó Eric mientras se preparaba para la llegada del reportero. Anita estaba en la puerta, señalando hacia el pasillo.

"Es una reportera decente; no destrozará tus citas", le aseguró a Eric. Anita le brindó una amistad despreocupada y camaradería laboral. La observó desde la puerta. Hoy llevaba una extravagante falda de cuero con flecos que le llegaba por debajo de las rodillas. Sus viejas sandalias sucias, que usaba casi a diario, estaban descascarilladas de barro seco en el suelo. Se apoyó tímidamente contra la puerta, cruzándose de brazos y dedicándole una sonrisa pícara.

"Ella también es muy linda, ¡así que ten cuidado!"

La mujer entró y le lanzó una mirada penetrante a su antiguo colega. Llevaba el pelo negro como un sombrero, pero al mirarlo más de cerca, pudo ver que estaba densamente rizado.

"Soy Judith McLaughlin, ¿qué tal?", extendió una mano larga y estrecha desde un suéter de cachemira verde oscuro, ceñido a su esbelta figura. Sus ojos verdes brillaban tras unas

gafas de montura gruesa y marrón, realzados por unos labios carnosos. También olía a un aroma de flores que, por una vez, a Eric le pareció agradable.

"Siéntate, por favor", la instó tras presentarse y darle una ligera palmada. Llevaba zapatos planos de cuero y una falda a cuadros con una abertura al sentarse, dejando al descubierto un muslo blanco y lechoso. Eric se esforzó por apartar la mirada.

“Lo siento por Anita, siempre intenta sacarme de quicio”, le confesó Judith. “Trabajamos juntas durante algunos años, antes de que se fuera a *The Call”.*

Eric agitó la mano como si no supiera a qué se refería Judith, pero su corazón latía con fuerza, encontrándola enormemente atractiva.

“Entonces, eh, aahh...

—Eric —le recordó, abatido porque ella no había tomado nota de su nombre.

—Sí, Eric —rebuscó entre sus notas—. ¿Puedes contarme sobre la investigación?

Él le hizo un relato rápido mientras ella anotaba.

¿Y conoció al supuesto pirómano? ¿Nwin Robertson?

Sí, muy brevemente esta semana. Lo estuve siguiendo durante un mes, así que cuando por fin lo conocí...

“¿Sí?” ella se inclinó hacia delante.

Fue decepcionante. Es un joven confundido. Eric se sentía incómodo al caracterizar a alguien como niño o joven, pues él mismo se acercaba a ambas categorías.

¿Estaba desafiante? ¿Enfadado? ¿Crees que está psicótico?

Se recostó en su asiento, sorprendido por la dureza de su pregunta. "Claro que no. O sea, estaba sentado aquí con su madre y mis colegas cuando entré. Su madre había estado llorando..."

"¿En serio?", garabateó McLaughlin con furia. "¿Y qué aspecto tenía? ¿Era controladora?"

Eric se sintió intimidado por el interrogatorio agresivo de McLauglin.

Lo siento. No sé lo suficiente para ayudarte. Solo conocí a la madre y al sospechoso un par de minutos. Todo lo que digo se basa en esa mínima relación, en circunstancias muy difíciles y poco halagadoras. Se sorprendió a sí mismo con su bien formulada evasión. Ella dejó de escribir y lo miró con una mirada penetrante. Él se retorció.

"¿Podría hacerte algunas preguntas personales?", sugirió con suavidad, irresistiblemente. Eric asintió. Se sintió estúpido incluso antes de que ella pasara a la siguiente pregunta.

"¿Cuánto tiempo llevas como Investigador Público?" Explicó que estaba a punto de terminar su periodo de prueba de tres meses. "¿Y crees que esta oficina ofrece la formación adecuada? ¿Crees que te dieron las herramientas —me refiero a las herramientas conceptuales— para llevar a cabo esta importante investigación, con tan poca experiencia? Eras el investigador principal, ¿verdad?"

—Para nada. ¿De dónde sacaste esa idea? Estaba trabajando bajo estricta supervisión. La jefa del departamento, Kathy Fairly, me dirigía; una permanente con experiencia, Stella Brooks, también me ayudó. ¡Deberías estar entrevistándolas a ellas en lugar de a mí!

McLaughlin garabateó con atención: "¿Pueden Fairly o Brooks hablar conmigo hoy?"

"Creo que están en una misión."

Anita volvió a entrar y parecía haber estado escuchando tras la puerta. "¡Judy, dale un respiro! Te dije que Fairly y Brooks estaban de visita hoy. Puedes verlos el lunes. Fairly podría venir mañana, pero Brooks nunca trabaja los fines de semana. ¿Tienes alguna noticia de Eric?"

McLaughlin se levantó, alisándose la falda a cuadros y cepillando las arrugas de su suéter de cachemira. Irritada por la interrupción de Anita, le dedicó a Eric una sonrisa encantadora y extendió la mano para despedirse. "Muchas gracias, Aaron... quiero decir, ¡Eric! Me has ayudado mucho". Cruzó la puerta con paso rápido, mientras Anita se quedaba atrás, observándola salir.

"¿Estás bien?", miró a Eric. "Es una fuerza, ¿verdad? ¡No te creerías la cantidad de veces que ha dejado a los entrevistados hechos una histeria a grito pelado!"

—¿Anita? ¿Vienes? —Judith McLaughlin había vuelto a asomar la cabeza.

—Sí, claro, Judy. Dame un segundo. Nos vemos en recepción. —Judith McLaughlin volvió a saludar y desapareció—. ¡Puede ser un rollo! ¡Una gran reportera, pero una prima donna increíble!

"Supongo que fue indulgente conmigo", dijo en voz baja, todavía nervioso, con el dulce olor de su aroma flotando en el aire.

“La semana que viene se supone que empezaremos a trabajar en el caso de la UC, ¿no?”

Eric asintió, tomando su pila de papeles. "Estoy intentando prepararme. No veo cómo vamos a entrar y empezar a mirar... ¡Será tan obvio!"

Eso no importa. De hecho, se supone que ayuda. El Investigador Público interviene para descubrir malversaciones, desvíos no autorizados de recursos y despilfarro injustificable. Todos saben lo que hacemos cuando estamos allí. Una investigación a menudo puede solucionar el problema sin necesidad de tomar medidas adicionales. Intentamos exponer primero, explicar después. Anita había informado sobre Investigaciones Públicas en numerosas ocasiones como periodista.

Es impenetrable. ¡No sé cómo podríamos siquiera reconocer un problema si lo viéramos directamente! Estaba exasperado y abrumado.

—¡Ya lo solucionaremos, no te preocupes! —Apoyándose en su escritorio, lo miró a la cara—. ¡Tranquilo, Eric! Hacemos lo que podemos. Alguien se quejó, así que supongo que nos indicarán la dirección correcta.

“¿Y cómo evitamos que nos utilicen en una rivalidad interna?”

Anita se encogió de hombros. "¡No podemos! Al menos no hasta que entremos y hagamos algunas entrevistas. Ya sabes cómo funciona".

“No tan bien como tú.”

“Estarás bien, ¡y yo también!”

Eric sonrió con cautela. "¿Qué harás este fin de semana?", preguntó esperanzado.

“El domingo voy a los playoffs en Oakland con Grace y Esther”.

¿Ah, sí? ¿Quién toca?

Negó con la cabeza, asombrada de que alguien pudiera ser tan ajeno a la épica carrera por el campeonato que acababa de concluir y a los apasionantes playoffs que ya se estaban desarrollando. "¡Robles y babosas! ¡Vamos, seguro que has oído hablar de ello!"

“No.”

—¿En qué planeta vives? —lo regañó—. Mañana voy con Jeremy y sus amigos maricas a la Feria de la Calle Folsom. ¿Quieres venir?

"¿Feria callejera?"

¡Ay, ay! ¿¡No sabes de la Feria de la Calle Folsom!? ¡Tienes que venir! —Anita se reía entre dientes de una forma que hizo que Eric se sintiera estúpido—. Anda, Eric, deja de quejarte así... Mira, nos vemos mañana en el bar de jugos Angelo al mediodía. ¿Conoces el sitio?

Al darse cuenta con cierta sorpresa de que sí, Eric asintió automáticamente. "Sí, claro, sobre el Estanque del Mercado, ¿verdad?"

—Exacto. Hará calor, así que prepárate para un día de sol, ¿vale?

¿Bandas? ¿Comida? ¿Cosas así?

—Sí, todo eso y *mucho más.* Créeme —dijo misteriosamente. Y luego se fue.

Observó su investigación con consternación. Ya era la hora de comer del viernes. Habían terminado el trabajo en el incendio de San Bruno. Se levantó de su escritorio, atraído por el cálido día soleado. "¡Me voy! ¡Nos vemos el lunes!", les gritó a Leigh y Andy mientras caminaba por el pasillo para marcharse.

El cálido sol de la tarde lo acarició al comenzar la marcha. Al llegar a la cima de Alamo Square, estaba empapado en sudor. Se dejó caer en el césped al son de los timbres de bicicleta que tintineaban a lo lejos. Cruzó las manos bajo la cabeza, contemplando las nubes blancas y esponjosas en el cielo azul.

¡Así es la vida!, pensó. *¿Por qué no puedo sentirme así todo el tiempo?* Una satisfacción desconocida lo envolvió en un cálido capullo. Casi se dormía cuando oyó risitas no muy lejos. Le sonaba terriblemente familiar. *¡Mierda, no puede*

ser! Se giró boca abajo y miró hacia el sonido. Emmy estaba en brazos de un hombre alto y moreno, su larga melena negra cayendo en cascada sobre ella mientras la besaba. "¡Qué suerte la mía!", maldijo Eric en voz baja. Se alejó tan rápido como pudo hacia casa.

Agitado, cruzó las vías del tranvía de Divisadero y los densos senderos para bicicletas, evitando el tráfico de media tarde. En Hayes, se abrió paso entre plantas de marihuana pegajosas, dulces y ondulantes. *«Quizás debería fumar algo»,* pensó, con la ira apoderándose de él.

Una anciana cuidaba las plantas, arrancando brotes y podando ramas que obstruían el paso. No muy lejos, nubes de humo y risas se filtraban desde los ventanales abiertos. Un bajo de reggae retumbaba en el mismo lugar. Una joven en topless con largas rastas bailaba. Dos hombres corpulentos bailaban a cada lado, ambos con las manos sobre su torso, todos con largas rastas enredadas en una gran masa. Se pasaban un porro gigante. La chica lo invitó con una sonrisa, arqueando la espalda para resaltar sus pequeños y firmes pechos. "No, gracias", le devolvió Eric la sonrisa, "pero me encantaría un poco..."

Uno de los hombres se asomó a la ventana. "¿Por qué no vienes? ¡Es una fiesta!", rió.

—Me voy a casa, pero gracias de todos modos. —La chica sacó otro buen porro y se lo lanzó. Él lo sacó del arbusto

donde cayó y le hizo una pequeña reverencia en agradecimiento.

Atravesó el Panhandle, esquivando discos y perros que le mordían los talones juguetonamente. Le pidió fuego a un juerguista que disfrutaba del sol de la tarde y, tras una buena calada, pasó el porro. Para cuando lo recuperó, solo le quedaba el 20 %. Se despidió del grupo y se llevó lo último. Cruzó la puerta de Page Mews, aliviado al saber que al menos no se encontraría con Emmy.

"Hola Eric, ¿cómo estás?" Tanya estaba en el horno solar cuando él entró al patio.

“Supongo que todo va sobre ruedas”, dijo, profundamente drogado, con un tono de resignación.

—¡Anda ya! ¡Qué día tan bonito! ¡Y veo que no estás trabajando! —dijo con un guiño y una sonrisa. Sus brazos musculosos se abultaban mientras levantaba la gran pala para pan plano y comenzaba a mover las hogazas en el horno.

“Hola, ¿conoces a mi nuevo amor, Melinda?”

—No, ¿está ella aquí?

—¡Justo ahí! —Tanya señaló a una mujer que salía a toda prisa por una puerta. Era de hombros anchos, llevaba un gran recipiente de masa de pan y estaba cubierta con una

toalla. Al acercarse, Eric vio un gran tatuaje de ballena que le cubría el hombro izquierdo, su piel aceitunada y su nariz romana, lo que le hizo suponer que era latina, italiana o quizás judía.

—Hola, Mel, soy Eric.

—¿Recuerdas que te lo dije? Tiene la habitación al final del pasillo.

“¡Claro!” Ella arrojó el cuenco de masa sobre la mesa y le ofreció una palmada entusiasta.

“¿Horneando pan?” El tentador olor a pan en su estado alterado le estaba provocando un hambre terrible.

Se rieron. "Sí, pero no lo de siempre... Mira". Tanya abrió el horno y sacó un pan con forma de pene grande. Riéndose, lo metió de nuevo y sacó otro, que parecía ser dos mujeres en posición del 69, pero era difícil distinguirlo.

“¿Panes para adultos?”, preguntó Eric, desconcertado.

—Mañana a la Feria de la Calle Folsom. ¡Vamos de doncellas del pan! —dijo Tanya riendo con picardía—. ¿Vas?

Mi amiga Anita me lleva. ¿Pero qué pasa?

Melinda agarró a Eric de la muñeca. "¿Quieres decir que nunca has estado en la Feria de la Calle Folsom?"

No. No lo había oído hasta hace unas horas.

—¡Ay, ojalá fuera la primera vez! ¡Eso siempre es lo mejor! —miró a Tanya y ambas rieron.

—Supongo que la broma es mía —dijo Eric, cada vez más irritado—. ¿Qué es exactamente lo que pasa con esta feria?

"No puedo creer que nunca hayas oído hablar de ella", repitió Tanya. Y entonces empezó a contarme una breve historia: cómo la feria tenía casi 200 años, las legendarias fiestas de cuero y sexo. "Y sí, ¡hay mucho sexo, créelo!", sus ojos brillaban de emoción.

"Bueno, suena divertido", dijo sin mucha convicción. "¿Es una cuestión de disfraz?", se preocupó.

“Podrías decir eso”, rió Melinda. “Pero no es así”.

Esa no fue una gran respuesta, pero desistió de preguntar y subió. Le pareció curioso que Anita le pidiera que la acompañara. Quizás fuera una buena señal. En su habitación, abrió las ventanas para que entrara la brisa de la tarde y se acostó en la cama. Pero estaba inquieto y no tenía ganas de desperdiciar una hermosa tarde en casa.

"¡Vyne!", dijo, y todo empezó a sonar. "¡Mensajes!", y había varios: uno de sus padres, otro de Kathy y otro de Victoria Matthews. Sus padres le enviaban un saludo

informal sin ningún motivo en particular. Rápidamente compuso una respuesta similar.

Todo bien. Acabo de resolver un caso importante de incendio provocado. Me gustan los Investigadores Públicos. Mis compañeros son lo máximo. El trabajo o es bastante interesante o terriblemente aburrido. ¡Ahora aprenderé sobre laboratorios de biología! ¡Uf! En fin, estoy bien. Un abrazo a todos.

"¡Victoria Matthews!" llamó, y ella rápidamente tomó forma en la superficie de la hoja.

¡Hola Eric! Me alegro mucho de volver a encontrarte. No conozco a nadie aquí, así que imagínate mi sorpresa al encontrarte. ¿Estás ocupado el viernes por la noche?

¿Esta noche? Mmm.

Hay un concierto en el Civic Green después del desfile. ¿Quieres comer algo y salir? No sé si podré revisar los mensajes, así que estaré en Market Pond, cerca del muelle de Church Street, sobre las 5. Probablemente me tomaré una copa o dos y me quedaré hasta que empiece el desfile a las 6. Nos vemos allí si quieres. ¡Tengo muchas ganas de que volvamos a vernos!

En realidad no tenía planes para la noche. Quedarse con Victoria y cenar, música, el desfile del viernes... todo sonaba bastante civilizado y divertido.

Por último, revisó su mensaje de Kathy.

Hola Eric, me acabo de dar cuenta de que tu periodo de prueba de tres meses terminó. Quiero que empieces una formación. Hablemos el lunes.

¡Hora de decidir! ¡Un aprendizaje! Era un compromiso de tres años, no de tres meses. Tres años parecían una eternidad. Pero le gustaba trabajar con Kathy y los demás, sobre todo con Anita. Pensó que probablemente lo haría, pero le costó mucho decidirse, sobre todo con un compromiso tan grande. *No hay necesidad de decidir ahora. Tengo todo el fin de semana.* Pero se sentía bastante bien de nuevo. *Las cosas no están tan mal.*

* * *

Eran más de las 10:30 de la mañana siguiente cuando se despertó en su cama, con una profunda y plomiza resaca que le nublaba los sentidos. Intentó recordar la noche anterior. Se había colocado muchísimo al final de la tarde, y más tarde por la noche con Victoria. "¡Oh, mierda!". Los sucesos vergonzosos de la noche empezaron a volver a él. Encontrarse con Victoria en Market Pond había estado bien. Pero estaba tan colocado que le costaba conversar. Por suerte, Victoria era bastante habladora, pero a medida que avanzaba la noche, la cosa empeoró.

Gimió al recordar, mucho después, haber caído en la fuente del Civic Green después de girar con demasiado entusiasmo al ritmo de Belle and the Bluebells. "Oh, tío", se llevó las manos a la cabeza, que le dolía mucho. Intentando concentrarse al otro lado de la habitación, descubrió su ropa arrugada y mojada apilada en un rincón. *¡Victoria debe pensar que soy idiota!* El horrible recuerdo de estar sentado en agua fría, con el rocío de la fuente vertiéndo una niebla fría y vigorizante sobre él, lo hacía sentir miserable. Luchó por recordar cómo había salido de la fuente, quién más había estado allí. ¿*Victoria? ¡No estaba allí, no la recuerdo! Tal vez no me vio caer.* Entonces recordó. Se había ido un rato antes, no tan borracha como él. Había sido bastante agradable al irse...

¡Chíngale! ¡De todas formas, no es mi tipo! Se obligó a entrar al baño, mirándose al espejo. Se afeitó la barba, que le quedaba irregular, y se metió en la ducha caliente durante veinte minutos. Se vistió despacio, preguntándose si debería usar seda o cuero, aunque no tenía nada parecido. "Al fin y al cabo, solo es una fiesta callejera. ¡No puede ser tan importante lo que lleves puesto!"

Bajó ruidosamente las escaleras traseras hacia la cocina de Trixie, con la intención de llegar a casa de Angelo a tiempo para encontrarse con Anita. Pero primero, necesitaba un café. En los jacuzzis se encontró con Angie y Gerald, que estaban disfrutando de un relajante baño matutino.

"¿Adónde vas tan rápido?" preguntó Gerald.

Me encontré con una amiga. Me llevará a la Feria de la Calle Folsom.

“¡Oh, hola!” exclamaron Gerald y Angie juntos, riendo.

"¿De todos modos, qué pasa con eso?"

—Ya verás —dijo Angie en tono sensual y con una inconfundible sonrisa lasciva.

“¡Me siento como la única persona en toda la Bahía que no sabe qué está pasando!” dijo Eric, exasperado.

—¡Te lo vas a pasar genial! —dijo Angie—. Oye, ¿qué hay de nuevo sobre Robertson?

Supongo que está prófugo... Espero que ya se haya ido de San Francisco. Existe la preocupación de que pueda provocar otro incendio como regalo de despedida.

¿En serio? Pensaba que sería bastante fácil detenerlo después de toda esa publicidad, ¿no?

¿Quién sabe? Si la gente no presta atención, quizá no sepan qué trama.

"Mi hermana me contó que lo avistaron en Citrus Heights", negó con la cabeza. "¿Qué hacen con alguien así?" Todos se

encogieron de hombros, incapaces de entender por qué alguien provocaría incendios.

Si no se va por su cuenta, supongo que habrá un juicio. ¿Adónde se exilia a la gente de aquí?

Gerald intervino. «Hay un rancho cerca de Susanville, al otro lado de las montañas, muy al norte de aquí. Creo que también hay un lugar en Baja. ¡Sin duda los envían lejos!»

"Necesito tomar una taza de café", se disculpó mientras los dejaba atrás.

“¡Diviértete en la feria!” bromeó Angie.

Eric frunció el ceño mientras se alejaba, consciente de lo que percibía como una insinuación de su inexperiencia. Y así era, ¡y eso solo empeoró las cosas!

Entró en la cocina, donde Trixie estaba ocupada cocinando algo para más tarde. "¡Mmm, huele genial! ¿Qué es eso?", preguntó.

Es un guiso de lentejas. ¿Estarás por aquí para comer?

—No. Voy al centro —se mordió la lengua—, a encontrarme con un amigo. —Se preparó un café mientras Trixie le echaba comino al guiso. Cruzó la puerta batiente hacia el comedor y se detuvo en seco.

"Ah, eh, hola", murmuró. Emmy y su nuevo novio estaban sentados al otro lado de la sala, compartiendo una tostada y café.

—¡Eric! —gritó Emmy nerviosa—.Este es Jan. Él saludó y sonrió a través de su larga melena, cuya pequeña perilla le daba agudeza a su barbilla.

"Hola", le devolvió el saludo y se retiró inmediatamente a la cocina, sin decir nada más. Sentía un gran peso en el corazón mientras bebía rápidamente el café. Pensó en las veces que había estado él en la mesa con Emmy en un estado matutino igualmente aturdido. En el patio trasero, se acercó a un banco bajo unos limoneros y se sentó solo, tratando de recomponerse antes de irse. Su resaca había disminuido, y los recuerdos de la noche anterior también se estaban desvaneciendo. No estaba enojado con Emmy, pero verla con Jan lo llenó de autocompasión. Observó a Gerald y Angie acurrucándose en el jacuzzi. Otra pareja que no conocía salió del edificio más al este de las Mews, también con aspecto bastante acaramelado. Se levantó bruscamente y se dirigió al aparcabicicletas. Las risas subieron de Tanya y Melinda. En un minuto, cruzó la puerta oeste del Wiggle y se unió al denso tráfico entrante.

En cinco minutos llegó al puente Sans Souci y terminó la última recta hacia Angelo's. Aparcó la bici, buscando a Anita. Al principio, la pasó por alto. Entonces, su sonrisa pícara le llamó la atención.

¡No podía creer que fuera ella! Llevaba el pelo trenzado en docenas de trenzas pequeñas, y luego estas también estaban firmemente unidas. Llevaba una minifalda de ante azul oscuro increíblemente diminuta y ajustada, con botas de tacón de aguja a juego que le llegaban por encima de las rodillas. Llevaba el abdomen al descubierto y un top de ante azul con cuello halter, del que se le marcaba el pecho. Inusualmente, llevaba los labios pintados de rojo brillante. También llevaba guantes azules hasta los codos. Sintió una opresión en el pecho al acercarse a ella.

"Te estaba esperando". Ella le dirigió su mejor mirada *de mujer fatal.*

—Maldita sea Anita, ¡no puedo creer que seas tú! —Le dio un beso en la mejilla, rozando su abdomen con la mano como si violara un límite.

—Ajá, amigo —dijo con voz áspera. Puso una mano en su entrepierna y presionó su boca contra la de él en un beso largo y violento.

Cuando lo soltó, estaba completamente excitado y jadeante. "¡Anita!", dijo con voz cantarina, "¡No tenía ni idea!... Oye, no me dijiste que me arreglara".

¡Cariño, no te preocupes! *Todo* está disponible en la Feria de la Calle Folsom.

Él iba detrás de ella, comiéndose con los ojos su trasero sorprendentemente perfecto mientras ella pedaleaba torpemente con sus botas de tacón. Cada vez aparecía más gente con atuendos similares. Los tranvías estaban abarrotados de hombres y mujeres vestidos de depredadores sexuales. Nunca había visto nada igual. Giraron a la derecha en la calle 11 y cruzaron Mission Plank Road, donde dejaron sus bicicletas en el velome. Ella lo agarró del codo y se tambaleó con sus tacones altísimos, señalando otros atuendos por el camino. Cerca, un escenario en vivo irradiaba música a todo volumen. En la esquina de la calle 11 y Folsom llegaron al Oasis, un estanque extenso rodeado de palmeras y mesas de café.

"Nos encontraremos con Jeremy y sus chicos aquí", anunció. Multitudes abarrotaban la calle frente al estanque. Media docena de Adonis retozaban en el agua. Otro grupo de hombres, en diversos estados de desnudez, se afanaban en besarse, manosearse y acariciarse en la orilla del estanque. "Seguro que ya están por aquí", dijo Anita, haciendo un puchero provocativo, de una forma que él ya había visto antes, pero que nunca había interpretado correctamente hasta ahora.

—¡Vaya, vaya, vaya! —bramó Jeremy detrás de ellos, y sus manos aterrizaron en los hombros de Eric al mismo tiempo. Sobresaltado, Eric se giró, pero solo pudo ver tres grandes barrigas que sobresalían de sus camisas blancas, con brillantes botones de latón y tirantes de cuero. Se inclinó

hacia delante para ver mejor a Jeremy y a los otros dos chicos que parecían trillizos. Anita se reía a carcajadas y pronto todas las barrigas se mecían con ella, envolviendo a Eric con una risa profunda y gutural.

—Así que, querida, nos has traído a uno vivo, ¿eh? —bramó Jeremy. Sus compañeros se estremecieron de risa. Llevaban camisas formales con gemelos y pajaritas bajo sus pantalones de cuero tachonados. También llevaban sombreros con volantes, maquillaje de ojos, quizá incluso colorete en las mejillas; Eric no estaba seguro. Eran todo un espectáculo: tres hombres con forma de bolos, contoneándose con pantalones de cuero, riendo como payasos de circo.

Eric se dio cuenta de que era el objetivo de sus planes tácitos y una oleada de miedo lo invadió. "¿Qué—qué—qué tenéis en mente?", balbuceó, lo que solo los hizo reír aún más fuerte. Anita se puso de pie, asumiendo toda su postura y poder.

—¡Dios mío, Anita! —exclamó Jeremy. Eric jadeaba, asombrado de nuevo por la transformación de Anita.

—¡Muy bien, chicos, retrocedan! —gruñó ella con una risa—. ¡Es mío! Eric se sintió aliviado por un momento, y luego atrapado por una nueva oleada de ansiedad.

“Anita”, susurró, “¿qué pasa?”

Ella le sonrió con timidez, acariciándole el brazo para tranquilizarlo. "¡Es pura diversión, no te preocupes!"

Suspiró y decidió seguir la corriente lo mejor que pudo.

—Ven, cariño —dijo Anita tomándolo de la mano. Jeremy y sus compañeros, Ron y Moe, iban dando tumbos detrás, distraídos por los hombres guapos que se alineaban en las calles. Eric se quedó atónito ante la descarada sexualidad que se exhibía a su alrededor. En las ventanas del piso superior, hombres se hacían sexo oral a la vista de todos, a menudo aclamados por pequeños grupos de observadores desde el suelo. En un callejón soleado contiguo, el suelo estaba cubierto de terciopelo rojo, aparentemente sobre colchones. La gente estaba despatarrada en todas las posturas imaginables. Eric se quedó mirando mientras Anita lo arrastraba.

Podemos volver más tarde si quieres. Pero primero... —Y llegaron a una tienda y entraron. Jeremy, Ron y Moe decidieron continuar—. Anita, a las 2, en la Guarida del Oso, ¿de acuerdo?

Le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba a Jeremy, con los guantes azules, y desaparecieron. "Eso hará que esto sea un poco menos estresante", declaró Anita. "Son divertidos, pero necesitamos unos minutos para prepararte".

La propietaria cruzó ruidosamente el suelo de madera con sus propios tacones de aguja, y un extraño sonido de deslizamiento acompañaba su andar contoneándose con un ceñido vestido negro de cuero. Su abundante cabello rubio le caía en cascada por la espalda y los hombros. Le guiñó un ojo conspiradoramente.

“Jerri, ayúdame aquí”.

Jerri arrastró a Eric hacia atrás. Eric se dio cuenta de que Jerri probablemente era un hombre. Tenía las caderas muy rectas y los hombros rectos, además de que lo agarraba con fuerza. Su voz lo confirmó, un extraño sonido intermedio, ni femenino ni masculino.

"Veamos..." Jerri se llevó su larga uña dorada al labio. "Prueba esto", le entregó un chaleco negro. Frenéticamente, sacó más prendas mientras Eric sentía las manos enguantadas de Anita quitándole lentamente la ropa. *¿Para qué resistirse?* Se puso la ropa nueva. De pie frente al espejo, frunció el ceño al ver lo blanca que estaba su piel y murmuró algo al respecto.

“¡Oye, no te quejes de tu mejor cualidad!”, amonestó Anita con una risita.

A Jerri se le ocurrió un toque elegante: «Toma, esto completará el look...». Le dio a Eric un sombrero negro de ala ancha y vuelo. Eric admiró su imagen, sorprendido y

complacido. Llevaba una camisa de rejilla que se estiraba sobre su pecho, ocultando su delgadez. El chaleco negro iba sobre la camisa, y unos pantalones de cuero marrón, muy ajustados, caían sobre unas botas vaqueras con grabados ornamentales. Alrededor de su cuello llevaba una gargantilla con hebilla, de la que colgaban algunos anillos. «¿Para qué es esto?».

"Ya verás", le susurró Anita al oído, apretándole los pechos mientras se acercaba, frotando una mano en su trasero y la otra en su abultada polla, apretando su entrepierna contra su cadera. Estaba muy excitado. Estaba completamente sorprendido por la nueva Anita. La miró en el espejo, asombrado, y finalmente se rió a carcajadas. "¡No puedo creerlo!"

"¿Qué?", se apartó, poniendo las manos en las caderas. "¿No te gusta?"

—¡No, claro que sí! —Y la atrajo hacia sí para besarla, duplicando su violento abrazo de antes en casa de Angelo. Jerri aplaudió con fuerza—. Bueno, bueno, supongo que esto funciona, ¿eh? Solo recuérdame luego —y chasqueó los dedos y se fue hacia atrás.

“¿Es ella o él?” preguntó Eric en voz baja.

"¿Importa?"

“Bueno... sí, más o menos”.

"Ambos."

Él no sabía qué decir a eso.

¡Vamos! —Anita lo condujo de repente a la calle, donde la densidad era cada vez mayor. Una pequeña cañada de robles crecía junto a la tienda en Folsom, y al pasar por debajo, oyeron los gruñidos y gemidos de sexo que emanaban de ella. Una casa del árbol transparente se alzaba entre las ramas, donde cinco hombres estaban encadenados en un círculo sexual. A juzgar por los sonidos, todos estaban cerca del clímax. —Sigue —Anita empujó a Eric.

Pronto llegaron a un laberinto al aire libre, y una vez dentro, ella le instó a quedarse cerca. "Es increíblemente fácil separarse y perderse aquí. Si nos mantenemos unidos, no importará cuánto tiempo lleve".

Dentro del laberinto bañado por el sol, se toparon con una escena bacanal tras otra. Ambos se excitaban muchísimo con el intenso sexo que se veía a cada paso. Finalmente, llegaron a un callejón sin salida vacío; este tenía un amplio césped suave en el suelo, un arnés colgando de un gancho en la pared y una mesa con forma de tocón. Anita soltó un suave grito y tiró de Eric hacia la mesa. Se arrojó sobre ella, levantando el trasero al aire.

Llorando de lujuria, descubrió que Eric no lo entendía. Se giró sobre su espalda arqueada, levantó las piernas y las

abrió bien. No llevaba nada debajo de la falda. "¡Dámelo!", imploró, "¡Dios mío, ¿a qué esperas?!"

Empezó a forcejear con sus pantalones, pero no pudo desabrocharlos. "¡Aaaargh! ¡¿Qué demonios?!" Anita saltó hacia adelante, arrancándole los pantalones. Iba a arrancárselos, pero milagrosamente consiguió abrir la cremallera. En segundos, le bajó los pantalones y lo tomó en su boca, completamente erecto. Jadeando de placer, volvió a su posición original sobre la mesa. Esta vez no necesitó más estímulo y en segundos estaba entrando y saliendo de ella, completamente perdido en un frenesí sexual. Ambos se corrieron en menos de un minuto, estallando en fuertes gemidos.

Eric se inclinó sobre la espalda de Anita, agachando la cabeza, jadeando. Una risita invadió su consciencia y se giró para ver a media docena de espectadores observando con aprobación a un hombre acariciando el pene erecto de otro.

"¡Excelente!"

“¡Hermosos! ¡Ustedes son simplemente hermosos!”

Anita tenía una mirada soñadora, sonriendo y disfrutando de los elogios. Eric se subió la cremallera de los pantalones lo más rápido que pudo, agradeciendo tímidamente los cumplidos. Los espectadores siguieron su camino.

Hola Anita, ¿cómo estás?

“¡Es maravilloso!”

Él le acarició los muslos y ella empezó a abrirse de piernas. Pronto volvieron a la carga. Tras el segundo encuentro, recorrieron el laberinto, observando a los demás un rato, y finalmente, una hora después, salieron por una de las puertas laterales. Caminaron felices, cogidos del brazo.

“¡Necesito un trago!” exigió Anita.

“¡Lo que tu corazón desee!”

"Vamos allá", señaló la Guarida del Oso. Docenas de hombres barrigones entraban y salían del bar, muchos calvos, muy peludos, la mayoría con camisas a cuadros, vaqueros y sombreros de vaquero. En la barra, pidieron vodkas de arándanos.

—¡Ahí estás! —bramó Jeremy—. ¡Eric! ¡Te ves maravilloso! ¡Y parece que ambos han estado *ocupados!* —Le guiñó un ojo exageradamente.

¿Y tú, Jeremy? ¿Dónde están Ron y Moe?

—En realidad, acaban de irse. Creo que van a la Mazmorra, pero no nos veremos hasta la cena. —Insinuó que habían discutido.

—¡Ven con nosotros! —insistió Eric. Luego miró a Anita y a Jeremy y extendió las manos, dándose cuenta de que no

tenía ni idea de qué hacer. Subieron al segundo piso para sentarse junto a la ventana y terminar sus bebidas.

"Entonces, ¿qué te parece?", le preguntó Jeremy a Eric.

Negó con la cabeza, soñando. «No puedo creerlo. ¡Pero sobre todo a Anita!», y la besó, acariciándole el muslo por debajo de la mesa.

¡MMMPHFF! Anita se apartó de repente, saltando y señalando por la ventana. "¡FUEGO! ¡FUEGO!", gritó a todo pulmón. Todos los que estaban al alcance del oído en la amplia avenida se detuvieron al oírlo. Una columna de humo se elevaba tras los edificios de Folsom y el olor acre impregnaba el aire. Probablemente estaba en el Callejón Clementina.

¡FUEGO! El grito resonó por toda la feria, y cientos de bomberos voluntarios dejaron lo que estaban haciendo y entraron en acción.

Capítulo XLII

Un cálido sol brillaba en aquel sábado de principios de octubre, y la gente abarrotaba las calles. Se abrió paso entre los pasajeros del tranvía hasta la escalera del segundo piso, mirando furtivamente a un lado y a otro. Se disfrazó con una bufanda gris y gafas de sol. Dos días antes, su foto había aparecido en todos los periódicos. Desde el asiento trasero de la esquina, observaba los puestos de frutas y verduras que pasaban. Los productos cultivados en los huertos callejeros cercanos se apilaban bajo las ondeantes banderas verdes del Garden Party.

En la parte superior del tranvía, podía ver mejor las partes altas de la calle. Pancartas colgaban de los tejados y extrañas esculturas se extendían de tejado en tejado, ocultando los prácticos molinos de viento y paneles solares que lucían todos los edificios. Una figura humana de gran tamaño

apareció en una fachada que databa de mediados del siglo XX, ondeando una gran bandera del Garden Party en la mano. Nwin tardó un segundo en asegurarse de que no era realmente alguien trepando al edificio. Ahora pasaban bajo la omnipresente pancarta que él particularmente odiaba: "¡Nadie quiere, así que todos tenemos que... haga sus anuales!"

«Si no vuelvo a verlo, será demasiado pronto», pensó con tristeza. Intentó calcular lo difícil que sería alcanzarlo y bajarlo, pero lo pensó mejor.

Cruzaron el puente Broadway en Polk, con un pequeño estanque que llenaba el barranco bajo ellos. Tras coronar la colina, Polk se llenó aún más de gente haciendo recados del sábado por la mañana. A lo lejos, un largo tubo transparente se elevaba por el aire, con ciclistas yendo y viniendo entre Cathedral y Nob Hills. Nwin divisó el primer teleférico, construido para evitar que los ciclistas tuvieran que bajar y subir. El Garden Party había estado en contra de ellos, mientras que los partidarios del Tránsito discutían dónde construirlos. Este era el prototipo, recortando el barranco de Polk entre las dos colinas.

Su atención se desvió hacia una enorme pancarta que anunciaba: "¡La fiesta sexual pública más importante de la ciudad! Feria de la calle Folsom, sábado 6 de octubre, mediodía—medianoche". Nwin nunca había estado. El informe de Jimmy lo había desanimado. No le interesaba en

absoluto el sexo gay; de hecho, lo desanimaba. Jimmy dijo que era muy relajado e impredecible. *Mierda, debería ir a verlo. ¿Qué demonios?* Pensando que *podía* controlar a quién dejaba que lo tocara.

Todavía faltaban unas horas para que abriera la Feria de la Calle Folsom, así que decidió desayunar. Tomó la escalera de caracol hasta el nivel inferior del tranvía. Al acercarse a la salida, una anciana jadeó fuertemente y todos guardaron silencio. Lentamente se giró, seguro de que todos lo estarían mirando. El tranvía se detuvo justo cuando se dio cuenta de que la gente detrás de él estaba mirando a una pareja que ya paseaba con sus atuendos escandalosos para la Feria de la Calle Folsom. Todos estaban entusiasmados, algunos con aprobación. Se oyeron algunos silbidos. La anciana cuyo jadeo había atraído la atención de todos seguía negando con la cabeza.

Nwin se dirigió a la sombra de un pequeño bosquecillo de robles en el cruce con Sutter. Bajo los árboles, comprobó si alguien lo observaba, pero no vio nada. Rodeó los jardines de Sutter, cruzó la vía rápida y pasó junto a una parcela de hermosas plantas de marihuana listas para cosechar. San Francisco rebosaba con una nueva cosecha de marihuana. Era difícil ir a algún sitio sin notar el dulce y pegajoso olor a marihuana fresca, ya fuera creciendo o fumándose. Nwin solía fumar socialmente sin pensar mucho en ello. Pero había pasado una semana desde que pasó la noche en casa de Rita, y no había dado una calada desde entonces.

Distraídamente, arrancó unos cogollos densos al pasar, deseando que su madre no lo hubiera encontrado en casa de Rita. Rita estaba furiosa porque su madre lo había rastreado hasta su casa, y cuando intentó explicarle, contándole sobre el caso del Detective Público, se alteró aún más.

—¿Te escondes *aquí*? ¿Por qué no limpias tu nombre si no tuviste nada que ver? —preguntó con recelo. Él se fue sin intentar dar más explicaciones. Ella cerró la puerta de golpe. Esa noche había atracado cerca de *Inmersión* y había subido a su árbol para ver el atardecer. Ya había perdido el puesto en la Plaza del Álamo, así que no tenía adónde ir. *Chíngale, acamparé unos días.*

Un pequeño patio junto a Sutter estaba lleno de mesas. El sol caía a raudales en un rincón donde una pareja estaba sentada con sus cafés humeantes. Nwin eligió una mesa vacía en un rincón oscuro y se quitó la bufanda al sentarse. Un extraño mural adornaba la pared del edificio contiguo: una gran cabeza de caballo sonreía de forma ostentosa, mostrando una dentadura inverosímil. «El Caballo Dientes» era el nombre del café.

Un hombre rubio de melena espesa apareció con un delantal atado a la cintura. Les entregó una bandeja de huevos y fruta a una pareja bajo el sol. Apenas notaron la llegada del desayuno, tan absortos estaban el uno con el otro. Nwin se recostó en su silla, meciéndose contra la pared,

con los brazos cruzados mientras enfocaba su hostilidad, que flotaba libremente, en la pareja anónima del otro lado.

"¿Qué le traigo?", preguntó el camarero. Estaba muy bronceado y llevaba una delicada gargantilla de filigrana dorada. Nwin lo miró con el ceño fruncido inconscientemente, balanceándose hacia adelante con un golpe sordo.

“Traeme un capuchino y huevos revueltos”.

El camarero se giró en silencio y desapareció, indiferente al joven hosco. Por suerte para Nwin, el camarero no estaba al tanto de las noticias y no lo reconoció. Volvió a centrarse en la pareja, irritado por la fascinación que los dos tortolitos tenían. Perversamente, quería que lo vieran y lo reconocieran.

Finalmente estaban desayunando, hablando en voz baja, fuera del alcance de Nwin. El tenedor del hombre se le cayó de la mano y se recostó en la silla, mirando fijamente a Nwin. El hombre empezó a susurrarle con urgencia a su compañera, quien miró a Nwin y se llevó la mano a la boca. Luego bajaron la vista hacia la comida y empezaron a comer rápidamente, como si quisieran escapar.

Nwin, al darse cuenta de que no querían confrontarlo, se volvió arrogante y desdeñoso. Estaba a punto de burlarse de ellos cuando el camarero regresó con su pedido,

devolviéndolo a la realidad. En la muñeca del camarero lucía una hermosa pulsera, a juego con su gargantilla de filigrana. Nwin lo miró, suponiendo que era gay.

"¿Vas a la feria de la calle Folsom?" preguntó agresivamente.

El camarero no dijo nada y comenzó a retirarse.

¡Oye! ¡Te hice una pregunta! Nwin se tambaleaba peligrosamente fuera de control, y el camarero, al presentirlo, ansiaba alejarse de su alcance. Desapareció en la casa. Nwin empezó a levantarse de su asiento al ver que la pareja lo miraba con miedo.

"¿Cuál es el problema?" preguntó.

—Nada. Nada, hombre —dijo el tipo, y él y su novia se levantaron bruscamente y salieron rápidamente del café.

"¡Chingados!", gruñó Nwin a sus espaldas. "¡Mejor que no!". Empezó a devorar sus huevos revueltos, tomando su café con la misma rapidez. Al terminar, se levantó tan de repente que volcó la mesa. El plato y la taza se hicieron añicos contra las losas del patio. Nwin se quedó allí, respirando con dificultad, mirando el desastre. La rabia lo dominó y pateó con todas sus fuerzas, pero falló, balanceándose sobre todo. Se giró hacia el café. El camarero se asomó por una ventana, pero la mirada fulminante de

Nwin lo ahuyentó aún más, perdiéndolo de vista. "¡Cobarde!", le hizo un gesto obsceno y salió.

Caminó con fuerza, instintivamente subiendo la colina. No sabía adónde iba y no importaba. Su anterior preocupación por ser visto se había evaporado y miraba a todos con enojo, desafiándolos a que lo afrontaran. Zigzagueó cuesta arriba, atravesando patios ajardinados, recuperando poco a poco el control. Al acercarse a la salida del teleférico en Leavenworth, se detuvo a poca distancia del cable. Aún no lo había usado. De fondo sonaba una cabina, subiendo pesadamente la colina, visible a través del cable detrás de los ciclistas que en su mayoría llegaban al extremo este; muchos habían subido Nob Hill para el viaje al oeste hacia Gough.

Una vez detenido, su humor empezó a cambiar rápidamente. La rabia se había disipado y su arrogancia desafiante se había desvanecido. De nuevo se sintió aislado y vulnerable, seguro de que estaba a punto de ser reconocido y confrontado. Al ver a dos tipos que salían del teleférico, a los que conocía vagamente de sus días en la Pirámide, se metió de lado en una escalera. Una anciana bajaba las escaleras con su terrier miniatura.

—¡Buenos días, jovencito! ¿Cómo estás en este hermoso día? —le cantó con voz melodiosa.

Nwin se sobresaltó ante el saludo anormalmente musical, y cuando vio lo mayor que parecía la mujer, se sorprendió aún más.

—Buenos días —respondió él, bajando los escalones para salir de su camino.

"¿No es precioso?", dijo mientras caminaba por el sendero, admirando los arbustos florecientes y el verde vibrante de los jardines que llenaban Leavenworth, justo al sur de California. Su perro ladraba y tiraba de la correa. "¡Ferdy, cálmate!". La anciana miró a Nwin, con su mirada penetrante. "¿Estás bien?", preguntó, tocándole el brazo.

Se sacudió hacia atrás, con los ojos muy abiertos.

—¡Ay, ay! —se rió entre dientes—. ¡No me tengas miedo! ¡Ciento trece, y sigues viendo una amenaza! ¡Ay, ay!

Forzó una sonrisa y metió las manos en los bolsillos. Caminó una corta distancia colina arriba.

—¡Un momento! —gritó tras él—. ¿Te importaría echarme una mano?

Se detuvo y se dio la vuelta lentamente. La anciana lo esperaba, sonriéndole con picardía. Le tendió la mano y él, obedientemente, le devolvió el brazo.

"¿Qué te trae por aquí en esta hermosa mañana de sábado?", le cantó de nuevo. "Pareces estar un poquito perdido".

Él se rió de su forma operística de conversar, y la tensión se desvaneció. Ella pareció notarlo también y rió con él.

"¿Perdido? ¿Yo? ¡Para nada!", respondió en voz baja, imitando su musicalidad con un ritmo *staccato*. Recorrieron quince metros cerca del teleférico. Apareció una pareja en tándem, girando desde Jones hacia California, iniciando su descenso hacia el tubo. De cerca, Nwin pudo ver que no era un tubo cerrado, sino un puente circular de plástico con los laterales abiertos. Se balanceaba, respondiendo al viento y al peso de docenas de ciclistas que lo atravesaban.

La anciana también lo estaba mirando. "No sé si soportaría entrar ahí", dijo, negando con la cabeza. "¡Parece aterrador!"

"¿Quieres decir porque no es estable?"

“¡Me gusta tener los pies en la tierra!”, dijo con énfasis, abandonando su musical en ciernes.

“Podría ser divertido”, sugirió Nwin, viendo su utilidad y conveniencia, pero también el puro placer de volar por el cielo en una bicicleta, sin obstáculos ni tráfico ni gravedad.

"¿Seguro que estás bien?", dijo la anciana, mirando fijamente el rostro de Nwin. "No te ves muy bien..."

“Gracias, pero no quiero hablar de eso”.

“Llevo mucho tiempo aquí”, dijo, con un tono de cansancio en la voz. “Tú, en cambio, tienes una larga vida por delante”. Su voz se endureció, su mirada alerta brilló, y no soltó a Nwin. “Un juicio público puede ser una experiencia maravillosa. El acusado puede limpiar su nombre, o se puede revelar la verdad de una situación complicada, o el público puede ofrecer perdón; ¡a veces las tres cosas a la vez!”

Se apartó horrorizado al darse cuenta de que esa anciana profundamente arrugada sabía quién era.

“No te preocupes por mí. Mantén la mente abierta. Acepta un camino hacia la reconciliación o la resolución, o al menos una oportunidad de seguir adelante. No hay necesidad de esconderse, no hay necesidad de temer. ¡Que tenga un buen día, Sr. Robertson!” Su agarre de hierro y su notable fuerza desmentían a la frágil mujer que había sido hasta entonces. Él no podía irse hasta que terminara con él. Lo atrajo hacia sí para besarlo en la mejilla con sus labios curtidos. Luego dejó que su perro Ferdy la guiara de vuelta a los jardines, ladrando furiosamente. No miró atrás.

Nwin observó un momento y luego subió la colina, sudando y confundido. Sintió náuseas y mareos, y se sentó

en otra escalera. Cerró los ojos con todas sus fuerzas. *Respira, respira, respira,* se dijo. La anciana era aterradora. Su consejo parecía de otro mundo. *¿Reconciliación? ¿Perdón?* Era imposible de imaginar, y además, *¡quiero salir, no entrar!*

Un grupo bullicioso salió de un edificio de apartamentos, vestidos con atuendos ligeros y transparentes. Se congregaron frente a las vías del teleférico, riendo y abucheándose.

Los juerguistas desplegaron una gran pancarta para encabezar su procesión, evidentemente hacia la Feria de la Calle Folsom. "¡Los más traviesos de Nob Hill!", con una letra más pequeña que decía "Harén Huntington". Este último nombre también adornaba su edificio. Los últimos rezagados salieron ruidosamente del vestíbulo y terminaron de atarse con todo tipo de cintas y cadenas. Algunos se pusieron mordazas con frutas y vendas de colores, cuatro tocaban trompetas y un extraño personaje encapuchado con un gran látigo guiaba al resto. Con un fuerte chasquido de látigo, el siguiente tranvía avanzó con una sacudida y los llevó por California, pasando por el Velobrij y los jardines de Leavenworth.

El mareo y las náuseas remitieron gracias a la respiración regular y a la distracción del Harén Huntington. Pasó junto a las ruinas de la Catedral de Grace, atravesó los jardines en la cima de Nob Hill y se detuvo frente al Mark Hopkins, en la

esquina de California y Tailor. Los turistas abarrotaban el venerable y antiguo hotel, docenas de ellos preparados para la Feria.

Así que aquí es donde traen a la gente que acaba de llegar, pensó Nwin, de pie sin rumbo en la esquina opuesta, mirando la bulliciosa escena. Había estado en Nob Hill de vez en cuando, pero por alguna razón nunca había notado a los turistas y recién llegados en el Mark Hopkins. Mentalmente a medio camino fuera de la ciudad, se sintió atraído por la energía pasajera del lugar. Caminó por los adoquines llenos de gente hacia las ornamentadas puertas de hierro. Algunos lugareños con abultados trajes renacentistas hicieron una profunda reverencia y le abrieron las puertas cuando se acercó, lo que lo puso nervioso. Miró fijamente el caótico vestíbulo donde más turistas se arremolinaban con varios tipos de ropa "sexy". Los dos porteros lo miraron expectantes, pero se retiró del patio y comenzó a bajar la empinada pendiente.

* * *

¿Cuánto tiempo llevaba en esa habitación soleada bajo los tragaluces abiertos? Buscó a tientas su ropa en un rincón. Había montones de prendas, y sacó una tras otra, sin reconocer nada. Usó la camisa de alguien para limpiarse el sudor y la eyaculación del torso y las piernas.

Jadeando y gimiendo, tres parejas copulaban con energía renovada al otro lado de la habitación. Decenas de otras parejas yacían esparcidas por el suelo en diversos estados de agotamiento y placer. Piernas y brazos entrelazados de forma imposible, un cuerpo indistinguible del otro.

Se sentía inestable después de correrse una y otra vez durante las últimas dos horas. *¿Dónde estaba la chica que lo trajo?* No se veía por ningún lado. *¿Y quiénes eran los demás? ¿Quién sabe?* Era la primera vez que compartía habitación con desconocidos teniendo sexo. Vio a una pareja gay en un rincón haciéndolo y se quedó frío. Recordó que una cara peluda lo había besado en algún momento, pero se dio la vuelta al sentir la barba. *¿A quién le importa? No importa.*

Finalmente encontró su ropa y entró al callejón por la puerta trasera. Metió las manos en los bolsillos, pensando en conseguir algo de beber. Encontró cerillas. Al otro lado del callejón había un contenedor de basura lleno, apoyado contra la parte trasera de un gran edificio de madera. Miró a un lado y a otro del callejón y observó a unas pocas personas, incluyendo un pequeño grupo que mantenía relaciones sexuales bajo un árbol. Sin pensarlo, se dirigió automáticamente al contenedor y, antes de darse cuenta, había lanzado una cerilla encendida. No pasó nada. Lanzó una segunda y una tercera. Empezaron a elevarse volutas de humo. Las llamas comenzaron a consumir lentamente el contenedor.

Su respiración era corta y rápida mientras retrocedía, mirando furtivamente el callejón. Nadie le prestó atención. Admiró la conflagración que crecía lentamente, las llamas saltando del contenedor de basura, quemando la pared del edificio detrás de él. Entonces el edificio estaba en llamas y las llamas crecieron rápidamente, devorando vorazmente su esquina de madera. "¡FUEGO! ¡FUEGO!" La llamada sonó desde algún lugar. Luego estaba en todas partes, la gente gritando "¡FUEGO!" corriendo de un lado a otro, las campanas sonando en la distancia. Se apoyó contra la pared, observando la escena desarrollarse como si estuviera en un sueño, hipnotizado por la pared de llamas anaranjadas bailando por el costado del edificio.

Una multitud salió corriendo de la calle 6, ataviada con todo tipo de atuendos atrevidos. Arrastraron mangueras hacia el callejón. Bomberos voluntarios, ya desnudos, tenían una manguera que regaba el edificio en llamas desde la azotea, al otro lado del callejón. Otros bombardearon el contenedor de basura y la esquina del edificio con extintores, pero las llamas habían alcanzado una altura indetenible.

Nwin empezó a caminar con calma entre la multitud enloquecida, una figura solitaria luchando contra la corriente de humanidad que se abalanzaba sobre él. "¡Oye! ¡ALTO!", retumbó una voz, y de repente dos figuras se pararon frente a él. Intentó esquivarlos, pero lo alcanzaron, negándose a dejarlo pasar. Varios hombres barrigones con

pantalones de cuero se acercaron un momento después para respaldarlos.

—¿Qué te pasa? —preguntó, sin querer seguirle el juego a nadie. El hombre le agarró un brazo y la mujer el otro. Nwin se revolvió violentamente, derribándolos a ambos y creando espacio a su alrededor. Corrió hacia el fuego, sumergiéndose entre los cientos de personas que observaban el edificio en llamas. Presa del pánico, miró para ver si seguían tras él, pero no lo supo.

Al ver una abertura al otro extremo del callejón, se abrió paso entre la multitud. Tras él oyó "¡Deténganlo! ¡Detengan a ese hombre!", pero la gente que pasaba corriendo no lo relacionaba. En pocos segundos, se metió en la Quinta Calle corriendo a toda velocidad. Enseguida volvió a entrar en la abarrotada Feria de Folsom, con todos zumbando y señalando el humo, pero sin prestarle atención. Lleno de adrenalina, corrió hasta la Cuarta y giró hacia el sur. No se detuvo hasta llegar al muro que rodeaba Russ Gardens. Agotado, se detuvo cerca de unos arbustos densos para buscar perseguidores, pero no vio a nadie.

Lentamente, siguió la muralla hasta las puertas de la calle 5. Un flujo constante de celebrantes pasó y se mezcló fácilmente con la gente que se dirigía al muelle del ferry. Miró hacia la Feria y, por la pequeña columna de humo, dedujo que ya debía estar bajo control. El gran reloj de los Jardines marcaba las 5:25.

¡No puedo creer que haya estado allí tanto tiempo! —Subió a un ferry con destino al norte—. ¡De vuelta a mi escondite una noche más! ¡Y luego Sayonara San Francisco!

Capítulo XLIII

Las jarras de cerveza y los platos se estrellaron cuando todos en el segundo piso reaccionaron al grito de Anita: "¡Fuego!". Eric, Anita y Jeremy se abalanzaron sobre la multitud que corría por Folsom. Abriéndose paso entre la gente, esforzándose por llegar a la calle 6, donde podrían rodear el callejón Clementina, Anita tiró bruscamente a Eric hacia un bar oscuro.

¡Por aquí! Hay una puerta trasera en Clementina.

Había pocos clientes en el turbio bar. Un camarero fregando la barra y una mujer muy enamorada, despatarrada en una mesa de la esquina, los observaban pasar tambaleándose.

—¡Ya están todos ahí fuera! ¡No hay nada que puedan hacer! —gritó el camarero.

A Anita le costaba correr con sus botas de tacón, pero se aferró al brazo de Eric con fuerza. Eric, por su parte, estaba absorto en la adrenalina del momento. Le excitaba extrañamente la intensidad con la que la mano de Anita se hundía en su brazo. En la prisa desesperada por llegar al fuego, no se había parado a pensar en lo completamente desprevenido que estaba para hacer algo útil. Nunca antes había combatido un incendio.

Atravesaron un pasillo abarrotado detrás del bar hasta una gran puerta metálica, abriéndola de golpe, casi aplastando a la gente que pasaba corriendo. Una columna de humo se elevaba 100 metros al este. El agua se derramó por el callejón hacia el fuego. La multitud los empujó hacia el incendio.

—¡Alto! —gritó Eric, mirando con asombro al tipo alto y moreno que se acercaba. Nwin Robertson caminaba hacia ellos como un salmón subiendo por una corriente embravecida. Una multitud torrencial lo rodeó mientras se adentraba en la corriente.

Se pusieron delante de él. Intentó moverse a un lado. Ellos imitaron su movimiento.

"¿Qué os pasa?", gruñó. Nwin Robertson claramente no reconoció a Eric ni a Anita. Anita y Eric le agarraron un brazo cada uno sin pensarlo. Robertson se revolvió furiosamente, soltándose de su agarre. Antes de que Eric pudiera

reaccionar, Nwin Robertson se dio la vuelta y corrió entre la multitud, escapándose. Lo persiguieron durante un par de minutos, pero los esquivó. Para cuando llegaron a la calle 5, ya no estaba.

"¡Maldita sea!"

—¡Chíngale! ¿Adónde se fue? —exclamó Anita, sin aliento, agachándose con las manos sobre las rodillas, intentando recuperar el aliento.

Eric estaba demasiado enojado por haber perdido a Robertson como para notar el trasero de Anita, completamente expuesto una vez más. Pero su ira y frustración pronto se calmaron y empezó a sentir que había fracasado. Se apoyó en la pared, sumido en la desesperación.

—Se ha ido. Volvamos a ver cómo van con el incendio. Parece que debe estar bajo control —Anita señalaba el callejón donde la gente se dispersaba y el humo se disipaba. Miró a Eric, pero el apasionado vaquero que había estado montando las últimas horas había desaparecido, reemplazado por el chico desanimado y triste al que estaba acostumbrada del trabajo. *Supongo que era demasiado bueno para durar.*

—Oye, vamos —extendió los brazos y él se acercó a ellos, abrazándola con fuerza. Habló con una vocecita.

“¿Anita?”

—¿Qué pasa, Eric?

“Debería haberlo atrapado”.

No es tu culpa, los *dos* lo teníamos. Se escapó. Después de todo, no es nuestro trabajo atraparlo.

No lo entiendo. No tiene sentido.

"¿Qué quieres decir?"

Se apartó, intentando mantener la compostura. «Pasamos los últimos tres meses intentando averiguar que Robertson es el pirómano. Viene a nuestra oficina, lo niega todo y desaparece. Luego lo encontramos, por pura casualidad, abandonando el lugar del incendio».

“¡No sabemos si tuvo algo que ver con eso!”

—Lo sé. Pero parece probable, ¿no?

Anita se encogió de hombros.

No estoy seguro de qué hago como Investigador Público. No parece muy eficaz, como mínimo.

Estás molesto. Olvídalo. ¿Quedarás con Kathy mañana para hablar de una pasantía?

Eric asintió.

Empezaron a caminar por el callejón, hacia los charcos llenos de ceniza y escombros quemados donde los bomberos apagaban las últimas ruinas humeantes. «Necesitas dormir bien. Mañana puedes decidir qué quieres hacer». Ella notó que estaba bastante molesto. «¿Quieres tomar algo y volver a la fiesta?».

Negó con la cabeza. El apetito sexual de Eric ya estaba saciado. Se sentía ridículo con su traje de cuero y miró a Anita con su atuendo y deseó estar en una habitación tranquila con ella, o quizás sentados en un prado soleado bajo un árbol, no en un callejón embarrado con ropa sexual. Suspiró y se alejó de Anita desconsolado.

—Eh, ¿Eric?

Se detuvo y se giró. "Lo siento... Me siento mal del estómago..." Habían bebido y fumado muchísimo durante las últimas horas, además de una dosis embriagadora de adrenalina. "Creo que será mejor que me vaya a casa. ¿Qué quieres hacer?". Esperaba que ella dijera que quería irse a casa con él. Volvió a hacer pucheros provocativos. Pero no pudo superar su desaliento. La conmoción del incendio, la aparición de Robertson y su posterior huida lo habían devuelto a la realidad de golpe.

—Te veo el lunes entonces, ¿de acuerdo? Anita se dio por vencida con Eric. Pero no iba a dejar que la detuviera. La orgía anual era uno de sus eventos favoritos del año, ¡y aún le faltaba algo!

* * *

El lunes, Eric entró en la oficina de Kathy.

—¿Qué tal la feria de Folsom Street? —Lo miró con un brillo travieso en los ojos.

Eric estaba avergonzado. «Sí, fue divertido», murmuró, pero no dio más detalles. Kathy tampoco lo presionó, pues se dio cuenta de que estaba incómodo. Eric le contó lo del incendio y de Robertson.

—No seas tan duro contigo mismo, Eric. ¡No hay policía! —le advirtió—. Hiciste lo que pudiste. Además, parece que el grito de Anita fue, al menos en parte, responsable de la rápida respuesta que ayudó a controlar el incendio, ¿no?

Eric se encogió de hombros, sintiendo una poderosa combinación de vergüenza y miedo.

—Kathy, yo... —Pero se le atragantó. Ella esperó pacientemente, sin decir nada.

“Mira, sobre ese Aprendizaje... '

Dio la vuelta a su escritorio y se dio cuenta, sorprendida, de que él no iba a pasar automáticamente a un programa de aprendizaje. Le puso la mano en el hombro.

"Eric, ¿qué pasa?"

Él la miró, confundido y asustado. Kathy lo miró con compasión.

Su voz era profunda y áspera al hablar. "No sirvo para este trabajo. Como en ese caso de laboratorio biológico en el que me pusiste... ¡No quiero investigar a inventores!", suspiró. "Además, bueno... Anita y yo fuimos juntos a la Feria... y..."

Kathy sonrió. "¡Ajá!", se cruzó de brazos y se sentó en su escritorio. "¿Así que no te gusta la idea de trabajar con una pareja?", adivinó.

Eric asintió. "No sé qué pensar". Se pasó la mano por el pelo. "O sea, ¡creo que *empezamos* algo! Pero quizá solo fue la Feria..."

Eric estaba obviamente sobrecargado, sus circuitos estaban sobrecargados.

Eric, necesitas un descanso. Tómate unas semanas. Deberías irte de la ciudad... has estado trabajando duro.

Su cabeza colgaba entre los hombros caídos. "Sí, supongo que sí..." Había estado temiendo esta reunión, pero no había

sido tan difícil. Quería hacer el aprendizaje, pero su confianza estaba por los suelos. Se levantó bruscamente y le dio un abrazo, que ella le devolvió con rigidez.

Regresaré en dos semanas, ¿de acuerdo?

—Claro, Eric. Ve a divertirte. ¡Lleva a Anita de viaje! — sugirió Kathy.

Frunció el ceño. "Me gustaría, pero..."

“¡Hola a todos!” Anita estaba parada en la puerta.

“¡Hablando del diablo!”, rió Kathy.

¿Qué...? ¿Yo? Anita estaba en la puerta, sin rastro de la zorrita que había sido el sábado. Llevaba el pelo oculto bajo una gorra de los Slugs y llevaba una camisa holgada a cuadros, sin maquillaje, vaqueros negros y sus infaltables sandalias embarradas. También tenía los pies sucios. Se miró inconscientemente, como si también estuviera pensando en el contraste entre el sábado y hoy.

Kathy se dirigió a la puerta con paso rápido. "Voy a tomar un café. Nos vemos luego". Le dio un apretón a Anita en el brazo y la miró a escondidas de Eric al pasar junto a ella.

Anita caminó directamente hacia Eric, quien se puso de pie. Se arrojó a sus brazos, quitándose el sombrero de un golpe. Su actitud cambió por completo al rodearla con sus

brazos. Empezó a besarla en la frente y las mejillas, y ella se retorció ante la embestida, pero sonrió dulcemente, disfrutando del cariño. Cuando se detuvo un momento, lo miró a los ojos, y los suyos brillaban alegremente.

—Eso fue un saludo, Eric. Me sorprendiste.

"¿Te sorprendí? " Ambos rieron. Él le contó que Kathy le había sugerido tomarse unas vacaciones antes de empezar su aprendizaje.

—¿Eric? —Anita retrocedió un paso y lo miró con atención—. ¿Lo del sábado te dificulta trabajar conmigo?

Él asintió.

—Mierda, me lo temía —dijo Anita, dirigiéndose a la ventana—. Fue egoísta por mi parte.

¡No! No sabía en qué me metía, pero te seguí hasta el final. Créeme, ¡no me arrepiento!

“Pero arruina un trabajo que disfrutabas...”

La miró con aprecio. "Francamente, preferiría mucho más involucrarme contigo que investigar".

Se apartó de la ventana para ver si era sincero. "No quiero que tengas que elegir". Le acarició el cuello, tocándola con

suavidad. Ella se derritió en sus brazos y le dio un beso largo y profundo.

“¿Quieres hacer un viaje conmigo Anita?”

Sus labios estaban a centímetros de los suyos. "Sí, pero solo si prometes que no dejarás que interfiera con tu trabajo como Detective Público".

—Trato hecho —dijo sonriendo—. ¿Sabes cómo llegar a...? —Intentó recordar el nombre de algún otro lugar que hubiera querido visitar—. ¿...San José?

Mi primo vive en una cooperativa grande allá, un lugar lleno de inventores. No está en San José, pero está cerca. Tengo una invitación permanente. —Le sonrió—. ¡Incluso puedo llevarte a ver mi placa en el Salón de la Fama!

Eric y Anita salieron justo cuando Kathy regresaba con su café.

"Entonces, ¿qué vais a hacer, tortolitos?"

¡Nos vamos a San José! ¡Nos vemos el mes que viene! Y allá se fueron.

* * *

Nwin esperaba a que una pareja de ancianos terminara de alimentar a las palomas cerca de su campamento oculto.

Cuando por fin se fueron, salió, enrolló su saco de dormir y cerró su mochila. Se estiró y realizó su breve rutina de ejercicios. El sol brillaba allá arriba, tras un cielo gris y nublado. Domingo, 7 de octubre de 2157. Todo parecía inexplicablemente alterado. Estaba flotando. No tenía hambre en absoluto.

En el muelle, justo al este de *Immersion,* vio a los últimos rezagados salir del club submarino abierto toda la noche. Encontró el *Hot 1* donde lo había dejado unos días antes, flotando en la bahía. Al meter sus maletas, notó que el esquife estaba arrugado en los bordes, señal de que necesitaba pastillas de combustible. Se acercó a la caja de almacenamiento en el muelle de madera y agarró media docena de 'phylls' para el *esquife.* Navegó sobre aguas extrañamente tranquilas en la grisura matutina. La cubierta del bote, recién nutrida, se tensó e incluso pareció sonrojarse a medida que ganaba velocidad, llevando *al Hot 1* a su límite de 25 nudos.

Palmeó la popa de su esquife. «Nos lo hemos pasado bien juntos, ¿eh?», murmuró mientras aceleraba. «Espero que alguien te dé un buen uso cuando me vaya».

No tardó mucho en rodear North Beach y llegar al Muelle 1. Esperando en el muelle, como lo habían prometido, había un barco modesto. "*The Republic of Texas*" adornaba la popa junto a una fláccida bandera roja, blanca y azul. Nwin se detuvo en la bahía para mirar el barco. La ciudad se alzaba

tras él: la brillante pirámide naranja donde había vivido, las fichas de dominó cayendo unas sobre otras, las Tweezer Towers más al oeste, las Rincon Towers al sur. La grisácea luz de la mañana le daba a todo una ligera sensación de aburrimiento. El domingo por la mañana el tráfico era ligero. Pocos transbordadores o taxis se movían y prácticamente ninguna barcaza. Nwin contempló la ciudad donde había pasado toda su vida, el único lugar que había conocido, y no sintió pena, sin duda. Estaba listo para partir. ¡Se moría de ganas de escapar de San Francisco!

Con renovada seguridad, se dirigió a los muelles, amarrando el *Hot 1* cerca del Muelle 3. Izó sus maletas sin esfuerzo y caminó con paso vacilante por el muelle oscilante hacia el Muelle 1º. Una docena más ya estaban alineados en la pasarela del barco, donde dos hombres los revisaban. En la cubierta, Nwin vio a Nance y a algunos hombres que no reconoció en la barandilla, observando a sus reclutas. Hizo contacto visual con Nance, pero ella tenía el rostro impasible, así que tampoco hizo ningún gesto.

Sin tonterías, sin estupideces... me gusta eso.

"Espere aquí", dijo bruscamente un marino, un hombre alto y ancho de hombros con abrigo marinero, bigote espeso y cejas que ocultaban sus ojos hundidos. Un rubio corpulento frente a él estaba siendo interrogado. Lo detuvieron justo fuera del alcance del oído.

“Está bien, eres el siguiente”.

Nwin se acercó a la rampa de embarque. Dos hombres estaban frente a él, uno con un portapapeles. El encargado era un hombre de rostro aguileño con una herida moteada que le recorría el pómulo derecho hasta debajo de la mandíbula. Sus ojos azul pálido no delataban emoción alguna.

"¿Su nombre?"

“Nwin Robertson”.

El tipo con el portapapeles encontró su nombre. Asintió en silencio a su colega.

“¿Alguien sabe que estás aquí?”

“No.”

“¿Sabes por qué estás aquí?”

Nwin se quedó perplejo ante la pregunta. Nance había sido, en el mejor de los casos, vaga.

“Tengo una idea.”

Cara de Halcón hizo una mueca, o quizás sonrió. La respuesta de Nwin se consideró suficiente.

“Pase”, le hicieron señas para que subiera a bordo.

Una vez a bordo, se encontró con una fila de hombres y mujeres vestidos con monos negros. El hombre más cercano le señaló una escalera, así que Nwin bajó a la bodega. Bajo cubierta, lo recibió de inmediato un marinero robusto y canoso.

—¡Allá! —dijo en voz demasiado alta. Los ojos de Nwin se acostumbraron a la penumbra y se unió a los demás junto al muro, al final de la fila.

—¡Maldito negro! ¿Qué hace aquí? —espetó el rubio corpulento que lo precedía en la rampa. Nwin se sobresaltó al oír esa clase de conversación, algo que nunca había experimentado. Los dos hombres al otro lado del rubio murmuraron entre dientes.

¡¿QUÉ DIJERON?! El marinero que los había estado guiando a sus puestos se hizo a un lado cuando un oficial uniformado apareció detrás de él. Caminó con autoridad por la sala directamente hacia el joven que había expresado la queja. Se detuvo a centímetros del rostro del denunciante y lo miró fijamente a los ojos sin pestañear.

¡Marinero! ¡Te hice una pregunta!

El rubio se enderezó, miró a sus compatriotas con los que se había alojado y habló con claridad. "¡Señor! ¡He dicho 'negro chingón', señor! ¡'Qué hace aquí', señor!"

El oficial lo miró fijamente, con el rostro endurecido. De repente, se oyó un crujido sordo, y el rubio abrió la boca, abrió los ojos de par en par y se desplomó dramáticamente al suelo.

—¡Bobby! —El hombre a su lado cayó de rodillas, intentando alcanzar a su hermano caído. Al mismo tiempo, el hombre que estaba detrás se abalanzó sobre el oficial, quien lo golpeó en la sien con la culata de su arma. Se desplomó en el suelo, con el hombro en el charco de sangre que manaba de su hermano asesinado. Los tres hermanos ahora eran dos. El único hermano consciente sollozaba sobre el cadáver, encogido por la terrible furia del oficial.

“No vamos a permitir ninguna estupidez racista en este barco, ¿está claro?”

Todos, excepto los tres hermanos, permanecieron en silencio junto a la pared. El hermano, quejumbroso, apartó a su hermano inconsciente de la sangre. «Mataste a Bobby», se lamentó. «¿Cómo pudiste?».

"¡SILENCIO!"

El oficial caminaba de un lado a otro, mirando fijamente los rostros de sus nuevos reclutas. Todos estaban aterrorizados, pero algunos lo parecían más que otros. Nwin permanecía inescrutable ante el horror que acababa de ocurrir.

“Algunos de ustedes parecen creer que se han unido a una organización involucrada en una guerra racial de cuento de hadas. ¡Pues supérenlo!” El oficial caminaba furioso de un lado a otro. “Soy el Capitán Ortega. Esta es la División Norte del Ejército Reagan—Pinochet. Nuestro objetivo es simple. Luchamos por la libertad, la libertad individual completa, la libertad para todos, sin importar raza, credo o color. ¡Destruiremos el comunismo!” Cruzó las manos a la espalda mientras caminaba de un lado a otro, completamente ajeno al cadáver a sus pies, al charco de sangre o al hermano que sollozaba en silencio sentado junto a sus dos hermanos, uno muerto y el otro inconsciente.

Nuestro ejército ha comenzado la lucha final. El frente de la guerra está actualmente en Chile, pero pronto abriremos frentes en todo el planeta.

El capitán trastornado prometió revelar cosas más pronto. “Primero tenemos que salir de este triste pueblito con su gente patética. Cuando lleguemos a alta mar, les contaremos más. Por ahora, a cada uno se le asignará una litera y se le dará una tarea que hacer. Estaremos observando atentamente durante los próximos días para ver quién ha venido a luchar... y quién no”, terminó ominosamente. Los reclutas permanecieron inmóviles. Finalmente, el capitán señaló a dos reclutas. “Ustedes dos, lleven el cuerpo a la cubierta de proa y llévenlo a la enfermería. El resto de ustedes…” y miró a sus reclutas de arriba abajo, “Jones les

mostrará dónde están sus literas. Acomódense y los llamaremos cuando hayamos pasado el Golden Gate".

El capitán se dirigió a la puerta, pero de repente se dio la vuelta. "¡Robertson!"

Nwin saltó y se puso de pie lo más erguido que pudo.

"¡Sígueme!"

Nwin siguió a la figura silenciosa por una escalera de caracol hasta la cubierta. El barco ya se movía. La ciudad ya se alejaba al rodear Telegraph Hill. El capitán se dirigió a proa, donde varios tripulantes observaban su progreso. Nwin se sobresaltó cuando una de las figuras oscuras se giró: era Nance. La *comandante Anna N. Kzyzcynski* leyó la insignia que llevaba en el pecho.

"¡Señor Robertson, nos volvemos a encontrar!" dijo con una sonrisa sombría, extendiendo la mano. Él intentó golpeársela, pero ella le agarró la mano con fuerza y la estrechó en un apretón de manos tradicional. "Disculpe esa mierda racista. Advertí a nuestro agente sobre el reclutamiento de supremacistas blancos, pero supongo que intentó colar a algunos de todos modos". Hizo girar los guantes en una mano mientras comenzaba a caminar de un lado a otro. "Entiendo que el Capitán ya ha tomado algunas medidas correctivas", miró al Capitán. "¡No creo que tengamos más comportamiento retrógrado en *esta* nave!"

Mirando fijamente a Nwin, continuó. “Nos gusta su iniciativa y... ¿las llamaremos 'habilidades nativas'?... Con eso en mente, ¿está preparado para aceptar una comisión oficial?”

“¿Yo?” Se puso de pie, satisfecho de que lo hubieran elegido, sintiendo ya lealtad hacia Nance y el resto de ellos.

De acuerdo, es solo el comienzo. Nos gustaría nombrarte para liderar el nuevo escuadrón de reclutas al comenzar el entrenamiento. ¿Aceptas?

Inmediatamente Nwin respondió: “¡Sí, señora!” con el pecho hinchado de orgullo.

Muy bien. Le informaré sobre sus responsabilidades y la cadena de mando. Por favor, espérenme en la popa del barco.

Avanzó por la cubierta exterior mientras el *Republic of Texas* pasaba a toda velocidad junto a la torre sur del antiguo puente Golden Gate, verde e inclinado precariamente sobre los acantilados donde antes estaba la carretera. Los molinos de viento se alzaban en silencio en el aire sereno de la mañana. Llegó a la popa y se inclinó sobre la barandilla. En la estela del barco, una pequeña bandada de gaviotas volaba de arriba abajo. Al fijarse en algo que le llamó la atención a un lado, observó una pequeña manada de delfines brincando con la marea baja.

La *República de Texas* avanzaba a toda velocidad y el Golden Gate se encogía tras él. «*Libertad individual absoluta»,* pensó. Le gustaba cómo sonaba eso, sobre todo después de toda una vida bajo la constante presión de San Francisco, que siempre lo impulsaba a hacer su parte... *¡Se acabaron los malditos Annuals!* Contempló el océano que se ensanchaba, San Francisco desapareciendo en la anodina costa. Agarrado a la barandilla, esperó a que le dijeran qué hacer.

EXPRESIONES DE GRATITUD

Escribir una novela ha sido una experiencia sorprendente. Si bien es un esfuerzo bastante solitario, esta historia no estaría terminada sin la ayuda de muchos amigos, algunos viejos y otros nuevos.

Agradezco a dos retiros de escritores que me permitieron aislarme del incesante parloteo de la vida diaria y comprobar si realmente tenía una novela rondando en la cabeza. El Refugio Mesa en la Estación Pt. Reyes, California, me brindó dos gloriosas semanas en octubre de 1999, cuando me aventuré a crear algunos de los personajes y escenas de *Después del Diluvio.* Casi dos años después (agosto—septiembre de 2001), prácticamente volví a empezar cuando tuve la suerte de pasar un mes entero en el Blue Mountain Center, en las Adirondacks de Nueva York. Me encantó hacer muchos amigos nuevos en ambos retiros y espero con ilusión futuros encuentros.

Agradezco a los lectores que me brindaron comentarios tan detallados y útiles: Kurt Lipschutz, Elizabeth Creely, Jim Fisher, Daniel Steven Crafts, Laura Lent, Glenn Bachmann, Karen Franklin, Jon Christensen, Hugh D'Andrade, Jeff Mooney y mis padres, Dick y Bente Carlsson. Adam Cornford, Marina Lazzarra, Pete Holloran, Giovanni Maruzzelli y David Rosen me brindaron un apoyo crucial, al igual que mi maravillosa hija Francesca Manning.

Un agradecimiento especial a Jim Swanson, mi socio, por todas las horas, días, semanas e incluso meses que pude dedicar a trabajar en este libro. No podría haberlo hecho sin su apoyo incondicional durante mi frecuente ausencia.

Un agradecimiento especial también a Hugh D'Andrade por los mapas y la magnífica portada. Es un honor para mí que su obra adorne este libro.

Por último, gracias a mi querida Mona Caron, por su constante entusiasmo por mis ideas disparatadas y su cálido apoyo y constante aliento para que me esfuerce al máximo y hacer las cosas lo más sólidas posible. Mona es una gran musa e inspiración; este libro es inconcebible sin ella.

Dejando a un lado todos esos agradecimientos, ninguna de estas personas debería ser considerada responsable de los defectos e insuficiencias de esta obra. ¡Los fallos de este libro son todos míos!

No concebí este libro como un plan, sino más bien como un intento de describir el mundo en el que me gustaría despertar. Y quería contar una historia lo suficientemente buena como para transportarte, querido lector, a ese mundo conmigo. Habiendo estado involucrado en la política radical durante toda mi vida adulta, sentí la necesidad de esforzarme en articular y describir cuánto mejor podría ser realmente la vida. Piénsalo como un punto de partida para una discusión más detallada, más que como una "respuesta" completa. Si te quedas preguntándote, reflexionando, rascándote la cabeza e intentando responder a estas preguntas por ti mismo, este libro habrá superado mis más preciadas aspiraciones.

—Chris Carlsson
25 de agosto de 2004

COMENTARIOS SOBRE ESTA NOVELA

Como escribió Carl Sandburg, gran escritor estadounidense y defensor de los derechos de los trabajadores: «Nada sucede sin un sueño». «Después del Diluvio» es el sueño de una América inteligentemente organizada en el siglo venidero. Sin embargo, lejos de ser una polémica árida, la obra presenta sus argumentos a través de una historia de misterio intrigante y reveladora, deliciosamente llena de toques de humor. Aquí encontramos personajes cautivadores, de carne y hueso, con puntos de vista a menudo contradictorios, que culminan en un capítulo final tan efectivo y cautivador como cualquier otro que haya leído en décadas.

—Daniel Steven Crafts, compositor ganador de un Emmy y revolucionario social (no necesariamente en ese orden).

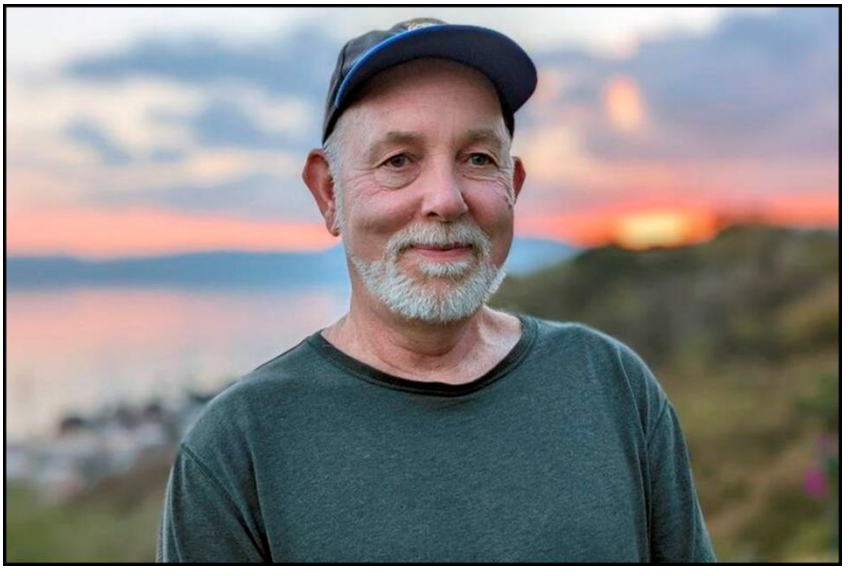
Muchos abordan el apocalipsis, pero desde *Ecotopía* de Ernest Callenbach, ningún escritor había imaginado sus consecuencias utópicas en la Costa Oeste. En el imaginativo thriller de ciencia ficción de Carlsson, un adolescente

alienado y un investigador de incendios provocados revelan las fisuras de la nueva sociedad revolucionaria de San Francisco. *Después del Diluvio* merece un amplio público por su vívido proyecto de democracia directa sostenible, ambientado en las culturas y barrios humanos aún familiares —enriquecidos por vías verdes y canales— de la Ciudad de la Bahía.

— Laura Lent, bibliotecaria,
Biblioteca Pública de San Francisco

Ambientada en un futuro plausible en San Francisco, la primera novela de Chris Carlsson explora el bien y el mal en un mundo demasiado perfecto donde las pasiones humanas, para bien o para mal, no pueden predecirse, controlarse ni siquiera canalizarse sutilmente hacia una sumisión voluntaria. Puede que nunca veamos el mundo que soñamos, que se encuentra justo debajo de la ciudad que amamos y de las vidas que llevamos. Necesitamos ficción como esta para mostrarnos las posibilidades que podríamos atrevernos a imaginar.

— Jon Christensen, Becario Steinbeck,
Universidad Estatal de San José



ACERCA DEL AUTOR

CHRIS CARLSSON es escritor, historiador de San Francisco, profesor, ciclista, guía turístico, bloguero, fotógrafo y diseñador de libros y revistas. Vive en San Francisco desde 1978 y ha trabajado por cuenta propia en diversas áreas desde principios de los años ochenta. Ha escrito tres libros: *Hidden San Francisco: A Guide to Lost Landscapes, Unsung Heroes, and Radical Histories, After the Deluge* y *Nowtopia,* ha editado otros seis y es coautor de la segunda edición ampliada de *Vanished Waters: The History of San Francisco's Mission Bay.*

Chris cofundó *Critical Mass* en septiembre de 1992 y, desde entonces, ha participado en viajes con *Critical Mass* en una docena de ciudades de tres continentes. Su libro *Nowtopia*, junto con su participación en *Critical Mass*, lo ha impulsado a recorrer el mundo desde 2002, y ha traducido y publicado tres de sus libros en Italia y uno en Brasil. Sus frecuentes apariciones públicas están bien documentadas en YouTube y en diversos archivos de radio y audio.

Ha dirigido *Shaping San Francisco* desde su creación a mediados de la década de 1990 y continúa siendo codirector del archivo de historia de San Francisco en FoundSF.org. También organiza galardonados recorridos históricos en bicicleta y a pie una docena de veces al año, y presenta una serie continua de charlas públicas en San Francisco. Justo antes de la pandemia de coronavirus, comenzó a presentar cruceros por la bahía y espera que se reanuden más adelante. Desde 2011, ha sido un "estudioso de la carretera" intermitente como profesor adjunto en el Instituto de Arte de San Francisco, el Instituto de Estudios Integrales de California y, más recientemente, en la Universidad de San Francisco.

Lea más sobre Chris y su trabajo en

http://www.chriscarlsson.com.